

The Signs of the Times

**Colección de escritos de Elena G. de White en el
periódico The Signs of the Times**

Volumen 8

23 de mayo de 1895 – 7 de octubre de 1897

Elena G. de White

Contenido

23 de mayo de 1895	7
30 de mayo de 1895	10
6 de junio de 1895	14
13 de junio de 1895	17
20 de junio de 1895	20
27 de junio de 1895	23
4 de julio de 1895	26
11 de julio de 1895	29
18 de julio de 1895	32
25 de julio de 1895	35
1 de agosto de 1895	38
8 de agosto de 1895	42
15 de agosto de 1895	45
22 de agosto de 1895	47
29 de agosto de 1895	50
5 de septiembre de 1895	53
12 de septiembre de 1895	56
19 de septiembre de 1895	60
26 de septiembre de 1895	63
3 de octubre de 1895	64
10 de octubre de 1895	69
17 de octubre de 1895	73
24 de octubre de 1895	76
31 de octubre de 1895	78
7 de noviembre de 1895	81
14 de noviembre de 1895	83
21 de noviembre de 1895	88
5 de diciembre de 1895	91

12 de diciembre de 1895	94
2 de enero de 1896	97
9 de enero de 1896	99
16 de enero de 1896	103
23 de enero de 1896	107
6 de febrero de 1896.....	109
13 de febrero de 1896.....	111
20 de febrero de 1896.....	114
27 de febrero de 1896.....	118
5 de marzo de 1896	122
12 de marzo de 1896	125
26 de marzo de 1896	128
2 de abril de 1896	131
9 de abril de 1896	134
16 de abril de 1896	138
23 de abril de 1896	141
30 de abril de 1896	143
7 de mayo de 1896	146
14 de mayo de 1896	149
21 de mayo de 1896	151
28 de mayo de 1896	154
11 de junio de 1896	157
18 de junio de 1896	161
25 de junio de 1896	165
2 de julio de 1896	168
9 de julio de 1896	171
16 de julio de 1896	173
23 de julio de 1896	177
30 de julio de 1896	181

6 de agosto de 1896.....	185
13 de agosto de 1896.....	190
20 de agosto de 1896.....	194
27 de agosto de 1896.....	196
3 de septiembre de 1896.....	199
10 de septiembre de 1896.....	203
17 de septiembre de 1896.....	205
24 de septiembre de 1896.....	208
1 de octubre de 1896	211
8 de octubre de 1896	215
15 de octubre de 1896	217
22 de octubre de 1896	220
29 de octubre de 1896	223
5 de noviembre de 1896	226
12 de noviembre de 1896	230
19 de noviembre de 1896	233
26 de noviembre de 1896	236
3 de diciembre de 1896	240
10 de diciembre de 1896	243
17 de diciembre de 1896	247
24 de diciembre de 1896	250
7 de enero de 1897	254
14 de enero de 1897	257
21 de enero de 1897	260
28 de enero de 1897	264
4 de febrero de 1897.....	267
11 de febrero de 1897.....	271
18 de febrero de 1897.....	275
25 de febrero de 1897.....	279

4 de marzo de 1897	281
11 de marzo de 1897	285
18 de marzo de 1897	289
25 de marzo de 1897	292
1 de abril de 1897	295
8 de abril de 1897	299
15 de abril de 1897	302
22 de abril de 1897	306
29 de abril de 1897	311
6 de mayo de 1897	314
13 de mayo de 1897	319
20 de mayo de 1897	322
27 de mayo de 1897	326
3 de junio de 1897	329
17 de junio de 1897	333
24 de junio de 1897	337
1 de julio de 1897	340
8 de julio de 1897	344
15 de julio de 1897	347
22 de julio de 1897	351
29 de julio de 1897	355
5 de agosto de 1897	358
12 de agosto de 1897	361
19 de agosto de 1897	365
26 de agosto de 1897	370
2 de septiembre de 1897	373
9 de septiembre de 1897	377
16 de septiembre de 1897	381
23 de septiembre de 1897	385

30 de septiembre de 1897.....	389
7 de octubre de 1897	392

SECABIPP

23 de mayo de 1895

Reflexiones sobre la Primera Epístola de Juan

EGW

"Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y nuestras manos han tocado, de la palabra de vida (porque la vida se manifestó, y nosotros la hemos visto, y damos testimonio, y os mostramos esa vida eterna, que estaba con el Padre, y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y verdaderamente nuestra comunión es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo. Y estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido."

Juan, el autor de estas palabras, por la providencia de Dios se salvó hasta que le sobrevino la vejez. Había sido discípulo de Cristo desde el comienzo de su ministerio, había escuchado sus enseñanzas y había sido testigo de sus milagros. Le había seguido a lo largo de las diferentes etapas de su obra misionera en la tierra, y había visto su agonía en Getsemaní, su traición, su juicio, su rechazo, su condena, su sufrimiento y su muerte en la cruz del Calvario. Lo había contemplado después de su resurrección y había sido testigo de su ascensión, y tenía un mensaje que repetir en todas partes que era verdad presente para el mundo entonces, y será verdad presente mientras el mundo subsista. Juan declaró al pueblo lo que había visto y oído, lo que sus manos habían tocado de la palabra de Dios.

El Señor Jesús se apareció a Juan y le mostró lo que debía escribir a la gente, revelándoles lo que sucedería en adelante, y los mensajes que Juan escribió en épocas pasadas son ahora verdad presente para el mundo. En su providencia, Dios ha perdonado la vida de algunos que, como Juan, pueden dar testimonio de la fuerza de los mensajes que se aplican a nuestro propio tiempo; porque ellos han tenido una experiencia desde el principio en el cumplimiento de la palabra profética de Dios, y han experimentado el poder de Dios en el establecimiento y la promulgación de los mensajes de advertencia para este tiempo. Pueden contar la manera maravillosa en que el Señor ha revelado la verdad y, como Juan, pueden dar testimonio de lo que han visto y oído y manejado de la palabra de Dios.

Los poderosos tratos de Dios con su pueblo en el pasado han de ser ensayados para beneficio y bendición de los que siguen en la fe, y por medio de la palabra

de Dios ven a Jesús, su Sumo Sacerdote en el santuario del cielo. Los mensajes de Juan ejercieron una gran influencia al exponer el hecho de que Jesús era el Mesías, el Redentor del mundo. Nadie podía dudar de la sinceridad de Juan, y los mensajes que salían de sus labios tenían gran poder para convertir a muchos a la fe en Jesucristo. Las verdades expuestas por Juan eran el mensaje mismo que el Señor quería que llevara; pero los judíos que rechazaban la verdad se sentían muy molestos por su testimonio, y pensaban que mientras Juan siguiera haciendo resonar su testimonio en los oídos del pueblo de que Jesús era el Mesías, ellos no prevalecerían nada contra los que tenían fe en Jesús, a quien habían crucificado. Muchos se volvían continuamente de su incredulidad y aceptaban a Cristo como el Mesías, y los enemigos de la verdad declararon que había que silenciar el testimonio de Juan para que se olvidaran los milagros y la misión de Jesús. Esperaban dar muerte a Juan por las falsas acusaciones de sus enemigos; pero el Señor preservó de la muerte a su fiel testigo. Aunque encarcelado en la isla de Patmos por la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo, no dejó de dar testimonio de la verdad. El suyo fue un mensaje de alegría, proclamando el hecho de que Cristo no estaba en la tumba, sino que era un Salvador resucitado que había ascendido a lo alto e intercedía por su pueblo hasta que regresara de nuevo para tomarlo consigo.

"Este, pues, es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: que Dios es luz, y en él no hay tinieblas. Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no hacemos la verdad." Aquellos que son hacedores de las palabras de Cristo caminarán en la luz como Cristo está en la luz. El corazón leal seguirá el ejemplo de aquel que no se agradó a sí mismo. Los seguidores de Cristo no optarán por cumplir un deber y pasar por alto otro porque sea desagradable. Dios envía luz a su pueblo, pero si rehúsan andar en la luz, no recibirán bendición. "Pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad."

Los que caminan en la luz de Cristo no rechazan ningún mensaje de la verdad, y el fruto de su aceptación de la verdad es la unidad entre ellos. Cristo es su centro, Cristo es para ellos el camino, la verdad y la vida. Pero los que se limitan a gritar: "Cristo, Cristo", y no aceptan las palabras de Cristo, no participan de su naturaleza divina, y no comen de su carne ni beben de su sangre. Los que viven de toda palabra que sale de la boca de Dios no pueden estar en desacuerdo, porque son como las muchas ramas que están unidas a un solo tronco. Esta es

la unidad que existirá entre aquellos en cuyos corazones se ha formado Cristo, la esperanza de gloria. Los que están unidos a Cristo respetarán todos los mandamientos de Dios y aceptarán la luz que brilla en su camino.

Si somos hacedores de la palabra de Dios, seremos seguidores de Cristo, y nuestras vidas se caracterizarán por la santidad en el objetivo, la santidad en la aspiración, la santidad en la acción, que es la santificación progresiva. Tendremos una simpatía semejante a la de Cristo por todas las almas, tanto santas como pecadoras; pero con esta experiencia no habrá vana jactancia de nuestra impecabilidad. Hablaremos más bien en el lenguaje de Pablo, y diremos: "No como si ya lo hubiera alcanzado, ni como si ya fuera perfecto; sino que me persigo a mí mismo, si he de alcanzar aquello para lo cual también fui alcanzado por Cristo Jesús. Hermanos, no me tengo por alcanzado, sino que esto hago: olvidando lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús. Así que, todos los que somos perfectos, tengamos este sentir; y si en algo tenéis otro sentir, Dios os lo revelará."

Pablo era de los que habían dejado posiciones de honor, dejado a un lado los incentivos mundanos y se habían alejado de sus amigos para poder hacer la voluntad de Dios. No permitió que ninguna atracción mundana lo influenciara; sino que hizo el propósito de su vida seguir a Jesús, y presionó y urgió su camino contra todo obstáculo a fin de alcanzar la meta para el premio de su alto llamamiento en Cristo Jesús. Pero si había alguien que podía esperar que se justificara su pretensión de perfección de carácter, ése era Pablo; pero no oímos de sus labios ninguna jactancia presuntuosa. Más bien dice que no se considera a sí mismo como alguien que lo ha alcanzado, sino sólo como alguien que lo persigue, avanzando hacia la meta por el premio de su supremo llamamiento en Dios por medio de Cristo Jesús. Cristo le detuvo en su ciego camino de justicia propia, cuando perseguía a los santos de Dios, y le hizo pasar de una vida de pecado en la ignorancia a una vida de fidelidad, para que por la gracia divina pudiera ser limpiado y santificado, y llevar al fin la corona del vencedor.

La actitud de Pablo es la actitud que debe adoptar cada uno de los seguidores de Cristo, pues siempre hemos de estar abriéndonos camino, esforzándonos legítimamente por alcanzar la corona de la inmortalidad. Nadie puede pretender ser perfecto. Que los ángeles registradores escriban la historia de las santas luchas y conflictos del pueblo de Dios, que registren sus oraciones y lágrimas; pero que Dios no sea deshonrado por la proclamación de labios humanos, declarando: "Estoy libre de pecado. Yo soy santo". Los labios santificados

nunca pronunciarán palabras tan presuntuosas. Pablo había sido arrebatado al tercer cielo, y había visto y oído cosas que no se podían expresar, y sin embargo su modesta declaración es: "No como si ya lo hubiera alcanzado, ni como si ya fuera perfecto; sino que voy tras él." Que los ángeles del cielo escriban de las victorias de Pablo en la buena batalla de la fe. Que el cielo se regocije en su firme andar hacia el cielo, manteniendo el premio a la vista por el cual considera cualquier otra consideración como escoria. Que los ángeles del cielo se regocijen al contar sus triunfos, pero que Pablo no haga vanas alabanzas de sí mismo al jactarse de sus logros.

Que los que se sientan inclinados a hacer una elevada profesión de santidad, se miren en el espejo de la ley de Dios, que nos descubre los defectos de nuestro carácter. Los que ven las exigencias de largo alcance de la ley de Dios, los que se dan cuenta de que es un discernidor de los pensamientos y las intenciones del corazón, no se atreverán a hacer alarde de impecabilidad, y se aventurarán a declarar: "Yo soy perfecto, yo soy santo". "Si nosotros", dice Juan, sin separarse de sus hermanos, "decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros." "Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros". "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad".

30 de mayo de 1895

Cristo, nuestra salvación completa

EGW

El carácter del Señor Jesucristo ha de reproducirse en aquellos que creen en él como su Salvador personal. Serán "ricos en buenas obras, prontos para repartir, dispuestos a comunicar; acumulando para sí un buen fundamento para el tiempo venidero, a fin de asirse de la vida eterna." Nuestra aceptación con Dios no es sobre la base de nuestras buenas obras, pero nuestra recompensa será de acuerdo a nuestras obras. "Porque lo que la ley no pudo hacer, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado, y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu."

"La mente carnal [o natural] es enemistad contra Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede". La naturaleza humana no podría guardar la ley,

aunque quisiera. Aparte de Cristo, sin unión con él, no podemos hacer nada. "No es que nos bastemos a nosotros mismos para pensar algo como por nosotros mismos, sino que nuestra suficiencia proviene de Dios". La ley exige que presentemos a Dios un carácter santo. Exige de los hombres de hoy lo mismo que exigió de Adán en el Edén: obediencia perfecta, perfecta armonía con todos sus preceptos en todas las relaciones de la vida, bajo todas las circunstancias y condiciones. Ningún pensamiento impío puede ser tolerado, ninguna acción impía puede ser justificada. Como la ley exige lo que ningún hombre puede dar por sí mismo, la familia humana es hallada culpable ante la gran norma moral, y no corresponde a la ley perdonar al transgresor de la ley. La norma de la ley no puede rebajarse para satisfacer al hombre en su condición caída. No se puede transigir con el pecador para que acepte menos de lo que exige la ley. La ley no puede absolver al culpable, no puede limpiar al pecador, ni dar poder al transgresor para elevarse a una atmósfera más pura y santa. Estando ante una ley santa, buena y justa, y encontrándonos condenados a causa de la transgresión, bien podemos exclamar: ¿Qué haremos para ser salvos?

Sólo hay una vía de escape para el pecador. Sólo hay un medio por el cual puede ser purificado del pecado. Debe aceptar la propiciación hecha por el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. La sangre derramada de Cristo nos limpia de todo pecado. "Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él". "A éste exaltó Dios con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados". Se ha hecho una ofrenda completa; porque "de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito", no un hijo por creación, como lo fueron los ángeles, ni un hijo por adopción, como lo es el pecador perdonado, sino un Hijo engendrado a la imagen expresa de la persona del Padre, y en todo el resplandor de su majestad y gloria, uno igual a Dios en autoridad, dignidad y perfección divina. En Él habitaba corporalmente toda la plenitud de la Divinidad.

Juan dijo: "Hemos visto y damos testimonio de que el Padre envió al Hijo para ser el Salvador del mundo". El Hijo de Dios tomó sobre sí la naturaleza humana,-"el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros". "Dios se manifestó en la carne". La unión de la divinidad con la humanidad aporta a la raza caída un valor que apenas comprendemos. Lo humano y lo divino se unieron en Cristo, para que pudiera representar a los que creyeran en él. Tomó nuestra naturaleza, pasó por nuestras experiencias y, como representante nuestro, asumió nuestras responsabilidades. A Cristo se le imputaron los pecados de los hombres y, a pesar de ser inocente, se comprometió a sufrir por los culpables,

para que, mediante la fe en Él, el mundo pudiera salvarse. "Fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo". Cristo reconcilió consigo al mundo, no imputándole sus pecados. ¡Oh, qué compasión y qué amor se revelan aquí! ¡Cómo es exaltada la humanidad por los méritos de Cristo! Su sacrificio fue amplio y completo. El Santo murió en lugar del impío. Se vistió con nuestras vestiduras inmundas, para que lleváramos el manto inmaculado de su justicia, tejida en el telar del cielo. Él pagó toda la deuda por todos los que creyeran en él como su Salvador personal. Su sangre limpia de todo pecado y purifica de toda maldad. En él, sólo por él, tenemos el perdón de los pecados. Por la fe en su sangre tenemos justificación ante Dios.

De nada nos servirá hacer penitencia, afligir el cuerpo por el pecado del alma, o lisonjearnos de que por nuestras buenas obras mereceremos o compraremos una herencia entre los santos. Cuando le preguntaron a Cristo: "¿Qué haremos para obrar las obras de Dios?", respondió: "Esta es la obra de Dios: que creáis en el que él ha enviado". No debemos hacer algo para comprar nuestra entrada en el cielo; porque el Señor nos da el cielo por el mérito de Jesucristo, y no por ningún mérito nuestro. Las buenas obras son el resultado de la fe y del amor; porque, conscientes de la deuda de amor y de gratitud que tenemos con Dios por el sacrificio infinito hecho en nuestro favor, manifestamos las alabanzas de Aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable. Cada uno está obligado ante Dios a manifestar obediencia a todos sus mandamientos, confiando plenamente en la justicia de Cristo para su aceptación ante Dios. Aceptando la gracia de Cristo, hemos de vivir para honra y gloria de Dios, guardando los mandamientos con cualquier sacrificio para nosotros mismos. "No hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos".

La expiación de Cristo no se hizo para inducir a Dios a amar a quienes de otro modo odiaba; no se hizo para producir un amor que no existía; sino que se hizo como una manifestación del amor que ya estaba en el corazón de Dios, un exponente del favor divino a la vista de las inteligencias celestiales, a la vista de los mundos no caídos y a la vista de una raza caída. "Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna". No debemos pensar que Dios nos ama porque Cristo murió por nosotros, sino que nos amó tanto que dio a su Hijo unigénito para que muriera por nosotros. La muerte de Cristo fue conveniente para que la misericordia nos alcanzara con todo su poder perdonador y, al mismo tiempo, para que la justicia quedara satisfecha en el justo sustituto. La gloria de Dios se reveló en la rica misericordia que derramó sobre una raza de rebeldes, que mediante el arrepentimiento y la fe podían ser perdonados por los méritos de

Cristo, pues Dios no exculpará en modo alguno a los culpables que se nieguen a reconocer el mérito de un Salvador crucificado y resucitado. Sólo mediante la fe en Cristo puede imputarse a los pecadores la justicia de Cristo y ser "hechos justicia de Dios en él". Nuestros pecados fueron cargados sobre Cristo, castigados en Cristo, quitados por Cristo, para que su justicia nos fuera imputada a nosotros, que no andamos según la carne, sino según el Espíritu. Aunque el pecado fue cargado a su cuenta en nuestro nombre, él permaneció perfectamente sin pecado.

¡Oh, qué historia tenemos en la vida y muerte, resurrección y exaltación de Cristo! Él era el Dios encarnado, el Señor de la vida y de la gloria; sin embargo, por nuestra causa fue entregado en manos de hombres malvados. Satanás y toda la confederación de hombres y ángeles malvados se ensañaron con él, y sufrió lo que habría sido insoportable para cualquier ser humano. Su vida fue una abnegación y sacrificio absolutos, llena de logros de la misericordia, la bondad y el poder divinos. Las enfermedades desaparecían a su contacto, los ciegos veían, los sordos oían, los demonios eran expulsados, los muertos resucitaban. Las aguas agitadas por la tempestad se calmaron a su orden, y mientras colgaba de la cruz, la naturaleza dio señales de que simpatizaba con su Autor moribundo. La tierra se estremeció y se agitó bajo los pies de los hombres; el sol se vistió de cilicio. Cuando el ángel poderoso descendió del cielo, apartando las tinieblas de su camino, la guardia romana cayó como muerta ante la gloria resplandeciente, y Cristo, en su divinidad, resplandeció al salir del sepulcro y levantarse triunfante sobre la muerte y el sepulcro. Los discípulos comprendieron, cuando le vieron resucitado de entre los muertos, lo que quería decir cuando dijo: "Destruid este templo, y en tres días lo levantaré".

¿Volverá a flaquear nuestra fe? ¿Qué prueba más contundente podría habernos dado Dios de que Jesús es el Hijo de Dios? ¿Qué mayor evidencia podría darse del poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo que la que nos han dado aquellos que fueron testigos oculares de su Majestad? Los que afirman creer en Cristo como Salvador personal, ¿deshonrarán a Dios dudando de que aquel a cuya custodia han encomendado sus almas guardará lo que le ha sido confiado para aquel día? Jesús es un Salvador resucitado. Salió de la tumba para reivindicar sus pretensiones anteriores, para confirmar la fe de sus seguidores, para establecer la verdad de su Deidad ante los hombres, para hacer doblemente segura la seguridad de que todo el que crea en él no perecerá, sino que tendrá vida eterna.

6 de junio de 1895

Pensamientos reconfortantes

EGW

El sábado pasado, 28 de julio, mi hijo, W. C. White, y yo, fuimos a Kellyville, para hablar a la iglesia, por petición especial. Había una persona familiarizada con nuestra fe, pero que no era de los nuestros, que dijo que vendría a la reunión para oír hablar a uno de nuestros ministros. Éramos los únicos que podíamos responder a la petición. Nos alegró ver en la asamblea, además de esta persona interesada, a la familia del hermano Radcliff, de Castle Hill, que había recorrido diez millas para venir a la reunión. Tuvimos una temporada muy preciosa, pues se cumplió la promesa del Salvador: "Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio." Cuando Jesús se reúne con su pueblo, su bendición descansa sobre los que se reúnen con el propósito de adorar a Dios. Necesitamos abrigar y cultivar un espíritu de verdadera adoración, un espíritu de devoción, en el día santo y santificado del Señor. Debemos reunirnos creyendo que recibiremos consuelo y esperanza, luz y paz, de Jesucristo.

Mientras cabalgábamos lentamente por las colinas, todo aquello sobre lo que se posaban nuestros ojos era apacible y agradable. Mirásemos en la dirección que mirásemos, el paisaje era encantador. Los huertos de naranjos y mandarinos mostraban sus frutos dorados, y observamos que el mundo sigue siendo bello y agradable, aunque lo haya estropeado la maldad de los hombres.

Hablé de Mateo, capítulo quinto, y W. C. White me siguió con un breve discurso, después del cual tuvimos una reunión social, en la que se dieron varios testimonios. Sabemos que el Señor consoló a los que fueron testigos de Cristo. Por lo general, el servicio de predicación debe ser breve, para dar oportunidad a los que aman a Dios de expresar su gratitud y adoración. La oración y la alabanza ofrecidas a Dios por sus hijos creyentes honran y glorifican su nombre. La compañía de los creyentes puede ser poco numerosa, pero han sido tomados por el Cortador de la verdad como piedras brutas de la cantera del mundo, y han sido llevados al taller de Dios para ser labrados y escuadrados con hacha y cincel, para ser equipados mediante prueba y ensayo para un lugar en el templo celestial de Dios, y son muy preciosos a los ojos del Señor. Aunque han de ser talladas y escuadradas, y ajustadas y pulidas para el edificio celestial, aun en bruto son preciosas a los ojos de Dios. El hacha, el martillo y el cincel de la prueba están en las manos de Aquel que es hábil, y se usan no para destruir, no para reducir a la nada, sino para trabajar en la perfección de cada alma, de modo

que, como piedras preciosas, transformadas y pulidas, los hijos de Dios puedan encontrar su lugar en el edificio de Dios.

Quisiera que cada alma que ve las evidencias de la verdad, aceptara a Jesucristo como su Salvador personal. Los que así aceptan a Cristo son vistos por Dios, no como son en Adán, sino como son en Jesucristo, como hijos e hijas de Dios. El Señor no desechará al más humilde creyente en Jesús, ni demolerá su trono. Somos aceptados en el Amado. Somos miembros de la familia real, hijos del Rey celestial, herederos de Dios y coherederos con Jesucristo.

La iglesia de Dios en la tierra es una con la iglesia de Dios arriba. Los creyentes en la tierra y los que nunca han caído en el cielo son una sola iglesia. Toda inteligencia celestial está interesada en las asambleas de los santos que en la tierra se reúnen para adorar a Dios en espíritu y verdad y en la belleza de la santidad. En el atrio interior del cielo escuchan los testimonios de los testigos de Cristo en el atrio exterior de la tierra, y la alabanza y la acción de gracias que proceden de la iglesia de abajo se recogen en el himno celestial, y la alabanza y el regocijo resuenan por todo el atrio celestial porque Cristo no ha muerto en vano por los hijos caídos de Adán. Mientras los ángeles beben de la fuente principal, los santos en la tierra beben de la corriente pura que fluye del trono de Dios, alegrando la ciudad de Dios. ¡Ojalá todos nos diéramos cuenta de la cercanía del cielo a la tierra! Cuando los hijos nacidos en la tierra no lo saben, tienen como compañeros a los ángeles de la luz, pues los mensajeros celestiales son enviados para ministrar a los que serán herederos de la salvación. Un testigo silencioso guarda cada alma que vive, procurando ganarla y atraerla a Cristo.

Los ángeles nunca dejan a los tentados presa del enemigo, que destruiría las almas de los hombres si se lo permitieran. Mientras haya esperanza, hasta que se resistan al Espíritu Santo para su ruina eterna, los hombres son custodiados por las inteligencias celestiales. Tengamos todos presente que en cada asamblea de los santos abajo están los ángeles de Dios, escuchando la acción de gracias, la alabanza, la súplica que ofrece el pueblo de Dios en testimonios, cantos y oraciones. Que recuerden que sus alabanzas son complementadas por los coros de las huestes angélicas de lo alto.

Mientras viajábamos de regreso a casa, mi mente se detuvo en la contemplación de estos preciosos temas, y me invadió un intenso anhelo de transmitir algunos de estos preciosos pensamientos a mis hermanos y hermanas. ¡Oh, que con la pluma y la voz pudiera representar los privilegios de los hijos de Dios tal como realmente existen! ¡Oh, que nosotros que somos peregrinos y extranjeros en este

país extranjero, buscando un país mejor, incluso celestial, pudiéramos comprender a Cristo, el camino, la verdad y la vida! Él dice: "Nadie viene al Padre sino por mí". La senda que ha trazado es tan clara y distinta que el más vil pecador, cargado de culpa, no tiene por qué perderse. Ni un solo buscador tembloroso tiene que dejar de encontrar el camino verdadero, y de caminar en luz pura y santa; porque Jesús guía el camino. El camino es tan estrecho, tan santo, que el pecado no puede ser tolerado en él, sin embargo, el acceso al camino se ha hecho para todos, y ni un alma abatida, dudosa, temblorosa necesita decir: "Dios no se preocupa por mí". Toda alma es preciosa a sus ojos; "porque de tal manera amó Dios al mundo", aun en su negrura y desobediencia, aun con la pesada sombra del pecado y de Satanás sobre él, "que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna."

Cuando Satanás triunfaba como príncipe del mundo, cuando reclamaba el mundo como su reino, cuando todos estábamos estropeados y corrompidos por el pecado, Dios envió a su mensajero del cielo, a su Hijo unigénito, para proclamar a todos los habitantes del mundo: He encontrado un rescate. He hecho una vía de escape para todos los que perecen. Os he proporcionado los papeles de vuestra emancipación, sellados por el Señor del cielo y de la tierra. Podéis tener libertad con la condición de la fe en Aquel que es poderoso para salvar perpetuamente a todos los que por Él se acercan a Dios. Un rescate ha sido provisto a un costo infinito, y no es porque haya alguna falla en el título que ha sido comprado para las almas perdidas que ellas no lo aceptan. No es porque la misericordia, la gracia, el amor del Padre y del Hijo no sean amplios, y no hayan sido otorgados gratuitamente, que no se regocijan en el amor perdonador, sino que es a causa de su incredulidad, a causa de su elección del mundo, que no son consolados con la gracia de Dios. Es su amor a la desobediencia, su placer en el pecado, su disfrute de la rebelión, lo que ha embotado sus percepciones hasta que no logran discernir las cosas que hacen su paz. Si se pierden, será porque no quieren venir a Cristo para tener vida.

Dios espera para conceder la bendición del perdón de los pecados, del perdón de la iniquidad, del don de la justicia, a todos los que crean en su amor y acepten su salvación. Cristo está dispuesto a decir al pecador arrepentido: "Quítale las vestiduras sucias.... He aquí, he hecho pasar de ti tu iniquidad, y te vestiré de muda de ropa. Y dije: Pongan sobre su cabeza una mitra hermosa. Y pusieron una mitra hermosa sobre su cabeza, y lo vistieron de ropas". "Así dice el Señor de los ejércitos: Si anduvieres en mis caminos, y si guardares mi ordenanza, tú también juzgarás mi casa, y tú también guardarás mis atrios, y yo te daré lugar

para que andes entre estos que están delante." Cristo es el vínculo de unión entre Dios y el hombre. La sangre de Jesucristo es la súplica elocuente que habla en favor de los pecadores. La sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado.

Villa Norfolk, Granville, N. S. W.,

30 de julio de 1894.

13 de junio de 1895

Impugnación de la autoridad del usurpador

EGW

Después de su defección en el cielo, el Señor declara de Satanás que no permaneció en la verdad. Después de su pecado, se convirtió en un rebelde, un antagonista declarado de Dios, y con el propósito de llevar a cabo su rebelión, estableció un imperio infernal, y desplegó el estandarte de la rebelión, reuniendo a su alrededor los poderes del mal. Satanás obró sobre principios tales que conformarían a los que simpatizaban con él a su propia norma corrupta, y los asimilarían a su propia naturaleza satánica. Era su decidido propósito borrar del hombre la imagen de Dios, y estampar en las almas de sus súbditos su propia imagen y superíndice. Empleó en su obra los métodos más engañosos, y logró inducir a los hombres a cooperar con él en la rebelión contra Dios. Cristo le da el título de "padre de la mentira", "acusador de los hermanos", "homicida desde el principio". Con su poder embrujador infundió en el hombre el mismo espíritu de oposición y odio a Dios que él mismo tenía, y erigió su trono en punto de reunión de la confederación de la maldad.

Satanás reclama el mundo como su reino, y cuenta como sus súbditos a los que se unen a él en oposición al Dios del cielo, porque lo han elegido como su gobernante. Es incapaz de destronar a Jehová; pero se exalta a sí mismo como gobernante de este mundo, y planta su trono entre el alma que quiere adorar hacia el cielo, y el ser divino Jehová, que es el único digno de todo honor, gloria y alabanza, al único que pertenece todo poder, dominio y fuerza. Satanás arregla sus planes de tal manera que intercepta la adoración debida a Dios, y transfiere a sí mismo la adoración debida sólo a Dios. Pero el Señor no dejó a la raza caída a merced de las artimañas del enemigo. Eligió un pueblo para sí, y dio instrucciones para la erección de un templo en beneficio de aquellos que serían sus verdaderos adoradores, a fin de que la presencia y el nombre del Señor no fueran olvidados en la tierra. Este templo del Dios verdadero debía erigirse

como protesta contra la usurpación del enemigo, como testimonio de que existe un Dios vivo y verdadero, como proclamación del carácter de Jehová y de su derecho a la suprema consideración de los hombres. Satanás se encendió en enemistad contra los adoradores de Dios, y determinó seducir a este pueblo a la idolatría, y hacer que el nombre de Dios fuera borrado de la tierra.

Satanás determinó sentarse en el trono de Dios en la tierra, sentarse en el templo de Dios, mostrándose como Dios. Durante siglos pareció gobernar como si el mundo fuera enteramente suyo, y su asunción de la autoridad suprema parecía indiscutible. Los poderes del infierno parecían tener a los hombres bajo su control, y Satanás reveló sus principios infernales al tomar posesión del cuerpo humano y sumir a sus súbditos en la miseria y el crimen. En apariencia, el mundo se había convertido en sus súbditos, con la excepción de una pequeña minoría que se atrevía a resistir su poder y a disputar su autoridad. A través de sus agentes inventó instrumentos de tortura y sometió a sus víctimas a crueles sufrimientos, y luego cargó sus propios atributos sobre Dios y acusó a la ley de Dios como la causa de la miseria de los hombres. La tentación se convirtió en una ciencia en sus manos, y los hombres fueron educados para ser pecadores. Las confederaciones del mal eran numerosas, y cada poder demoníaco tenía un papel que desempeñar en la realización de los planes del mal, y cada obrero debía estar listo para entrar en acción y realizar la obra que se le había asignado en un instante. Si se hubiera corrido la cortina para que los hombres pudieran ver las medidas que se estaban tomando para tener acceso al alma humana, si se hubieran dado cuenta del éxito que iban a tener las conspiraciones demoníacas, habrían retrocedido horrorizados y habrían roto con Satanás sin demora.

Pero aunque los hombres no pudieron ver las profundas conspiraciones del enemigo de Dios y de los hombres, estas conspiraciones no estaban ocultas a las huestes del cielo. Eran conocidas de Dios, y se proporcionó una vía de escape para todos los que creyeran en el plan de salvación, ideado desde la fundación del mundo. Jesús vino a nuestro mundo para oponerse al usurpador, y Cristo fue el objeto del odio de Satanás. Cristo era el soberano legítimo del mundo, y Satanás se propuso seducirlo para que abandonara su lealtad a la ley de Dios. Lo condujo al desierto de la tentación, y tentó a Cristo diciéndole que si Jesús se inclinaba y lo adoraba lo haría rey del mundo. Declaró: "Todo este poder te daré, y la gloria de ellos; porque a mí me es entregada; y a quien yo quiero, se la doy. Si, pues, me adorares, todo será tuyo". Pero Cristo había venido al mundo para disputar la supuesta autoridad de Satanás, y para derrocar sus

pretensiones al reino de este mundo. "Respondió Jesús y le dijo: Apártate de mí, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás."

Cristo vino a revelar al mundo, a la vista de las inteligencias celestiales, el verdadero carácter del Padre, y a presentar sus pretensiones a la soberanía del universo. Jesús representó el carácter del Padre de una manera que refutaba las representaciones mentirosas del enemigo, pues el Hijo de Dios reveló al Padre como un ser lleno de misericordia, compasión, bondad, verdad y amor. Lejos de desechar a los hijos caídos de Adán, Jesús había venido a tomar sobre sí su culpa, su infortunio y su miseria, y a sufrir el castigo de la ley que el hombre había transgredido. En Él habitaba corporalmente toda la plenitud de la Divinidad. Era la imagen misma de la persona de su Padre, el resplandor de su gloria.

Cristo era el camino, la verdad y la vida. Descendió de las cortes reales del cielo, y apareció en gloria sin mancha, en perfección de belleza, en santidad de carácter, el más grande entre diez mil, y el Único todo él codiciable. Tan inmaculado era que pudo decir: "Satanás viene, y nada tiene en mí".

Pero aunque no podía hallarse mancha alguna de maldad en el Hijo de Dios, aunque no podía detectarse defecto alguno, aunque los hombres no podían encontrar falta alguna en él, sin embargo, controlados por el odio satánico de su jefe, los hombres se levantaron contra el Príncipe de la vida, y con furia demoníaca gritaron: "Fuera, fuera, crucifícale". Cuando Pilato sacó a Jesús y a Barrabás, y preguntó: "¿A cuál de los dos queréis que os suelte?", dijeron: "A Barrabás". Preferían un ladrón y un asesino al Hijo de Dios, y cuando se les preguntó qué debía hacerse con Jesús, gritaron: "Que sea crucificado." Pero el gran objetivo por el que Cristo había venido a la tierra no fue derrotado por su muerte y sufrimiento. Aunque fue llevado como un cordero al matadero, y como una oveja ante sus trasquiladores enmudece, así no abrió su boca, sin embargo reveló el amor de Dios por un mundo caído; porque "tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna."

20 de junio de 1895

"Se purifica a sí mismo"

EGW

"Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es." La herencia del pueblo de Dios se discierne por la fe en la palabra de Dios. "Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado". Por la fe, los hijos de Dios llegan a conocer a Cristo y abrigan la esperanza de su aparición para juzgar al mundo con justicia, hasta que se convierte en una gloriosa expectación; porque entonces lo verán tal como es, y serán hechos semejantes a él, y estarán siempre con el Señor. Los santos durmientes serán entonces llamados de sus tumbas a una gloriosa inmortalidad. Cuando llegue el día de la liberación, entonces volveréis y discerniréis entre el que sirve a Dios y el que no le sirve. Cuando Cristo venga, será para admiración de todos los que creen, y los reinos de este mundo se convertirán en los reinos de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Los que esperan la revelación de Cristo en las nubes del cielo con poder y gran gloria, como Rey de reyes y Señor de señores, en vida y carácter procurarán representarlo ante el mundo. "Y todo hombre que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro". Aborrecerán el pecado y la iniquidad, así como Cristo aborreció el pecado. Guardarán los mandamientos de Dios, como Cristo guardó los mandamientos de su Padre. Comprenderán que no basta asentir a las doctrinas de la verdad, sino que la verdad debe aplicarse al corazón, practicarse en la vida, a fin de que los seguidores de Cristo sean uno con él, y que los hombres sean tan puros en su esfera como Dios lo es en la suya. Ha habido hombres en todas las generaciones que han pretendido ser hijos de Dios, que pagaban el diezmo de la menta, el anís y el comino, y que, sin embargo, llevaban una vida impía, porque descuidaban los asuntos más importantes de la ley: la misericordia, la justicia y el amor de Dios. Hoy en día hay muchos que están en un engaño similar, ya que mientras que llevan una apariencia de gran santidad, no son hacedores de la palabra de Dios. ¿Qué se puede hacer para abrir los ojos de estas almas autoengañadas, excepto poner ante ellas un ejemplo de verdadera piedad, y no ser nosotros solamente oidores, sino hacedores de los mandamientos del Señor, reflejando así la luz de la pureza de carácter en su camino?

Los hijos de Dios no serán como el mundano; porque la verdad recibida en el corazón, será el medio de purificar el alma, y de transformar el carácter, y de hacer a su receptor semejante a Dios. A menos que un hombre llegue a ser semejante a Dios, todavía está en su depravación natural. Si Cristo está en el corazón, aparecerá en el hogar, en el taller, en el mercado, en la iglesia. El poder de la verdad se hará sentir elevando, ennobleciendo la mente, y ablandando y subyugando el corazón, poniendo a todo el hombre en armonía con Dios. El que es transformado por la verdad derramará una luz sobre el mundo. El que tiene en sí la esperanza de Cristo se purificará a sí mismo como Él es puro. La esperanza de la aparición de Cristo es una gran esperanza, una esperanza de largo alcance. Es la esperanza de ver al Rey en su hermosura, y de ser hechos semejantes a Él.

Cuando Cristo venga, la tierra temblará delante de él, y los cielos se enrollarán como un pergamino, y todo monte y toda isla se moverán de su lugar. "Vendrá nuestro Dios, y no callará; fuego devorará delante de él, y habrá gran tempestad en derredor de él. Clamará a los cielos desde lo alto, y a la tierra, para juzgar a su pueblo. Reúne conmigo a mis santos, a los que han hecho conmigo alianza mediante sacrificios. Y los cielos anunciarán su justicia; porque Dios se juzga a sí mismo". En vista del gran día de Dios, podemos ver que nuestra única seguridad se encontrará en apartarnos de todo pecado e iniquidad. Los que continúen en el pecado se encontrarán entre los condenados y los que perecen. Juan vio el destino de los que eligen el camino de la transgresión: "Y los reyes de la tierra, y los grandes, y los ricos, y los capitanes, y los valientes, y todo siervo y todo libre, se escondieron en las cavernas y en las peñas de los montes, y dijeron a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos de la faz del que está sentado en el trono, y de la ira del Cordero; porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?".

Al pecador le espera una terrible condena, y por eso es necesario que sepamos lo que es el pecado, para que podamos escapar de su poder. Juan dice: "Cualquiera que comete pecado, infringe también la ley; porque el pecado es infracción de la ley". Aquí tenemos la verdadera definición del pecado; es "la transgresión de la ley". Cuántas veces se exhorta al pecador a que deje sus pecados y venga a Jesús; pero, ¿le ha indicado claramente el camino el mensajero que lo llevaría a Cristo? ¿Ha señalado claramente el hecho de que "el pecado es la transgresión de la ley", y que debe arrepentirse y dejar de quebrantar los mandamientos de Dios? Cristo vendrá para consumir al falso profeta, para barrer las huestes de la apostasía, para vengarse de los que no conocen a Dios y no obedecen el evangelio de Dios; y es de la mayor

importancia para cada uno de nosotros que conozcamos las condiciones por las cuales escaparemos de la condenación del pecador. Es de suma importancia que comprendamos la naturaleza de nuestra caída y las consecuencias de la transgresión. La conciencia del hombre se ha endurecido por el pecado, y su entendimiento se ha oscurecido por la transgresión, y su juicio se ha vuelto confuso en cuanto a lo que es pecado. Se ha entumecido por la influencia de la iniquidad, y es esencial que su conciencia se despierte para comprender que el pecado es la transgresión de la santa ley de Dios. El que no obedece los mandamientos de Dios es un pecador a los ojos de Dios.

"Todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios", y por esta razón el Señor ha provisto un remedio para el pecado: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna". "Y sabéis que él fue manifestado para quitar nuestros pecados; y en él no hay pecado. El que permanece en él no peca; el que peca no le ha visto, ni le ha conocido." Aquí se da la verdadera prueba de la experiencia religiosa. El que permanece en Cristo está perfeccionado en el amor de Dios, y sus propósitos, pensamientos, palabras y acciones están en armonía con la voluntad de Dios expresada en los mandamientos de su ley. No hay nada en el corazón del hombre que permanece en Cristo que esté en guerra con ningún precepto de la ley de Dios. Donde el Espíritu de Cristo está en el corazón, se revelará el carácter de Cristo, y se manifestará la mansedumbre bajo la provocación, y la paciencia bajo la prueba. "Hijitos, que nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo". La justicia sólo puede ser definida por la gran norma moral de Dios, los Diez Mandamientos. No hay otra regla por la cual medir el carácter. "El que comete pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio". Fue la negativa de Satanás a obedecer los mandamientos de Dios lo que trajo el pecado y la apostasía al universo. "Para esto fue manifestado el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo".

Por los ardidés del gran apóstata, el hombre ha sido inducido a separarse de Dios, y ha cedido a las tentaciones del adversario de Dios y del hombre cometiendo pecado y quebrantando la ley del Altísimo. Dios no podía alterar ni una jota ni un tilde de su santa ley para satisfacer al hombre en su condición caída, porque esto reflejaría descrédito sobre la sabiduría de Dios al hacer una ley por la cual gobernar el cielo y la tierra. Pero Dios pudo dar a su Hijo unigénito como sustituto y garantía del hombre, para que sufriera la pena merecida por el transgresor e impartiera al alma arrepentida su justicia perfecta. Cristo se convirtió en el sacrificio sin pecado por una raza culpable, haciendo a los hombres prisioneros de la esperanza, para que, a través del arrepentimiento

hacia Dios porque habían quebrantado su santa ley, y a través de la fe en Cristo como su sustituto, garantía y justicia, pudieran ser llevados de nuevo a la lealtad a Dios y a la obediencia a su santa ley.

Era imposible para el pecador guardar la ley de Dios, que era santa, justa y buena; pero esta imposibilidad fue eliminada por la impartición de la justicia de Cristo al alma arrepentida y creyente. La vida y la muerte de Cristo en favor del hombre pecador tenían el propósito de restaurar al pecador al favor de Dios, impartándole la justicia que satisfaría las exigencias de la ley, y encontraría aceptación con el Padre. Pero el propósito de Satanás es siempre anular la ley de Dios y pervertir el verdadero significado del plan de salvación. Por eso ha originado la falsedad de que el sacrificio de Cristo en la cruz del Calvario tuvo por objeto liberar a los hombres de la obligación de guardar los mandamientos de Dios. Ha endilgado al mundo el engaño de que Dios ha abolido su constitución, desechado su norma moral y anulado su santa y perfecta ley. Si lo hubiera hecho, ¡a qué terrible costo habría sido para el Cielo! En lugar de proclamar la abolición de la ley, la cruz del Calvario proclama en tonos de trueno su carácter inmutable y eterno. Si se hubiera abolido la ley y se hubiera mantenido el gobierno del cielo y de la tierra y de los innumerables mundos de Dios, Cristo no habría tenido necesidad de morir. La muerte de Cristo iba a zanjar para siempre la cuestión de la validez de la ley de Jehová. Habiendo sufrido la pena completa por un mundo culpable, Jesús se convirtió en el Mediador entre Dios y el hombre, para restaurar el alma arrepentida al favor de Dios dándole gracia para guardar la ley del Altísimo. Cristo no vino a destruir la ley ni los profetas, sino a cumplirlos al pie de la letra. La expiación del Calvario vindicó la ley de Dios como santa, justa y verdadera, no sólo ante el mundo caído, sino ante el Cielo y ante los mundos no caídos. Cristo vino para magnificar la ley y hacerla honorable.

27 de junio de 1895

El objetivo de Cristo al venir al mundo

EGW

El gran objetivo que trajo a Cristo a la tierra fue revelar al Padre. Cuando Moisés había deseado conocer más de cerca a Dios, y había orado: "Te ruego, muéstrame tu gloria", el Señor había respondido: "Haré pasar delante de ti toda mi bondad, y proclamaré el nombre del Señor delante de ti; y tendré piedad de quien tendré piedad, y mostraré misericordia de quien mostraré misericordia."

"Y descendió el Señor en la nube, y estuvo allí con él, y proclamó el nombre del Señor. Y Jehová pasó delante de él, y proclamó: Jehová, Jehová Dios, clemente y misericordioso, tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad, que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad y la rebelión y el pecado, y que en ninguna manera absolverá al culpable". La gloria del Señor es su carácter revelado a Moisés; pero ¡cuán diferente es la representación de sí mismo de la que hace Satanás, el padre de la mentira!

Pero, ¿quién que no sea infinito puede comprender lo infinito? Cristo declara: "Nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo revele". Se cuenta de Epicteto que, cuando sus oyentes le dijeron: "Has dicho muchas cosas excelentes de Dios, pero todavía no podemos comprender lo que es", él respondió con verdad y nobleza: "Si yo pudiera exponer completamente a Dios, o bien yo mismo sería un dios, o bien Dios mismo dejaría de ser lo que es". La grandeza de Dios no puede medirse ni comprenderse. Y la doctrina que niega la divinidad absoluta de Jesucristo, niega también la divinidad del Padre; porque nadie conoce al Hijo sino el Padre.

La más poderosa inteligencia creada no puede comprender la divinidad. Los principados y potestades del cielo están abrumados por la inmensidad del tema del carácter de Cristo y el misterio de la unión de la divinidad y la humanidad. Las notas más elocuentes de querubines y serafines no logran describirlo; pero los ángeles de Dios se deleitan en su presencia. Se regocijan al contemplar su rostro, y se apresuran a obedecer su mandato, a cumplir su comisión de amor a aquellos por quienes Cristo murió.

Los sufrimientos de Cristo por la redención de una raza caída eran una necesidad, y su exaltación forma parte del plan por el cual sus elegidos contemplarán al fin su gloria plena e inefable. Nuestro Señor Jesucristo no podría haberse convertido en el Redentor si antes no hubiera sido el Sacrificio. ¡Qué precioso es contemplar la fidelidad de Dios a sus promesas! Después de su humillación, sufrimiento y muerte, el Hijo de Dios vuelve a la posición de su antigua gloria, y es uno con el Padre en poder y dominio. Mientras estuvo en la tierra vivió una vida de humillación, esforzándose por el bien de los hombres. Sufrió, murió, triunfó sobre la muerte y el sepulcro, y fue recibido en la gloria. Pero antes de sentarse en el trono con su Padre, prefiere pedir: "Quiero que también ellos, los que tú me has dado, estén conmigo donde yo estoy, para que contemplen mi gloria, que tú me has dado; porque tú me amaste antes de la fundación del mundo. Padre justo, el mundo no te ha conocido; pero yo te he conocido, y éstos han conocido que tú me enviaste. Y yo les he anunciado tu

nombre, y se lo anunciaré, para que el amor con que me has amado esté en ellos, y yo en ellos." Jesús había representado al Padre ante sus discípulos, y ante el trono de Dios representa ahora a sus hijos creyentes, diciendo: "Estos han conocido que tú me has enviado". "Y la gloria que me diste, yo les he dado; para que sean uno, como nosotros somos uno; yo en ellos, y tú en mí, para que se perfeccionen en uno; y para que el mundo conozca que tú me has enviado, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado."

Jesús dijo: "Les he declarado tu nombre, y lo declararé". Había representado al mundo el carácter del Padre. Cuando Felipe le había dicho: "Muéstranos al Padre, y nos basta", él había dicho: "¿Tanto tiempo he estado con vosotros, y aún no me has conocido, Felipe? el que me ha visto a mí, ha visto al Padre". El Padre era uno con Cristo en todos sus sufrimientos, en todas sus humillaciones. El corazón del Padre anhelaba a su Hijo; su amor no conocía mudanza ni sombra de variación. Dios consideraba a su Hijo como el siervo fiel de la alianza eterna, y aprobaba la obra que había realizado con su vida de humillación, trabajo y sufrimiento. Oyó su grito expirante en la cruz, cuando llegó hasta lo más profundo de la humillación, y con su último aliento exclamó: "Consumado es." Dios se comprometió a elevar a su Hijo, en quien se complacía, a la más alta exaltación como Redentor de la humanidad, y a darle un nombre sobre todo nombre. Como siervo en la tierra, su vida había sido de trabajo y fidelidad; como sacrificio, había muerto una muerte de vergüenza y sufrimiento, para expiar por la familia humana, a fin de que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna.

En la pureza de su vida había revelado al Padre, y la gloria de Dios había resplandecido en su carácter. La perfección del Padre se había manifestado ante los mundos no caídos, ante las inteligencias celestiales y ante los hombres pecadores. En la obra mediadora de Cristo, el amor de Dios se reveló en su perfección a los hombres y a los ángeles. Habiendo vencido la tentación y soportado la prueba en el desierto, habiendo vencido en nuestro favor, encamina sus pasos hacia el Calvario, y en la perfección de su humanidad se apodera del mundo, y en la plenitud de su divinidad se asienta en el trono de Dios, y proclama el resultado de su terrible conflicto con el enemigo, exclamando: "Ahora ha sido arrojado el príncipe de este mundo", ahora ha sido destruido el último enemigo. El usurpador del trono y de los reinos del mundo es puesto en fuga; su confederación del mal es rota y dispersada. Con su brazo humano rodea a la raza de Adán, y con su brazo divino se aferra al trono de Dios, y une al hombre finito con el Dios infinito, y la tierra con el cielo. Contempla como resultado de su victoria un cielo nuevo y una tierra nueva, de los que ha

desaparecido toda huella del mal, y donde Dios es todo en todos para sus justos habitantes.

4 de julio de 1895

Continuar en el Hijo y en el Padre

EGW

"Hijitos, es el último tiempo; y como habéis oído que ha de venir el anticristo, así también ahora hay muchos anticristos; por lo cual sabemos que es el último tiempo". Jesús nos ha dejado una advertencia sobre este mismo punto. Dijo: "Mirad que nadie os engañe. Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo, y engañarán a muchos". "Porque se levantarán falsos cristos y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos. He aquí, os lo he dicho antes". Juan continúa: "Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubieran sido de nosotros, sin duda habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos eran de nosotros."

Estos engañadores vendrán, y, mientras afirman estar haciendo una obra especial para Dios, mientras profesan tener una piedad avanzada, estar santificados, ver visiones y tener sueños, estarán haciendo la obra del enemigo, y serán hallados quebrantando los mandamientos de Dios. Debemos estar en guardia y poner a prueba a estos pretendientes: "a la ley y al testimonio; si no hablan conforme a esta palabra, es porque no hay luz en ellos". Prestemos atención a las solemnes advertencias de Cristo, de Pablo y de Juan sobre este punto, y no nos dejemos engañar por las sutiles artimañas del enemigo, porque Cristo ha dicho que las señales y prodigios obrados por estos engañadores serán tan grandes que si fuera posible engañarán a los mismos elegidos.

De los elegidos, Juan escribe: "Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas". "Y cuando saca a sus ovejas, va delante de ellas, y las ovejas le siguen, porque conocen su voz. Pero al extraño no seguirán, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños." Los que han oído la voz de Dios proclamando su santa ley en el monte Sinaí, a oídos del pueblo, conocen su voz, y cuando hombres que dicen ser guiados por Cristo, y profesan estar enteramente santificados, afirman que la ley de Dios está abolida, y ridiculizan y restan importancia a la gran norma moral, y echan por tierra el testimonio de profetas y apóstoles, podemos decir con confianza que no oímos en sus enseñanzas la voz del verdadero Pastor. Se ha oído la voz del verdadero

Pastor, que da un testimonio diferente. Jesús dice: "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido. Cualquiera, pues, que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así lo enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; pero cualquiera que los cumpla y los enseñe, ése será llamado grande en el reino de los cielos." La voz que engrandece la ley de Dios la reconocemos como la voz del verdadero Pastor; pero sabemos que los que quieren dejar sin efecto los mandamientos de Dios, son falsos pastores, que quieren exaltar la tradición por encima de los mandamientos de Jehová.

Juan escribe: "No os he escrito porque no conozcáis la verdad, sino porque la conocéis, y que ninguna mentira es de la verdad. ¿Quién es el mentiroso sino el que niega que Jesús es el Cristo? Es anticristo el que niega al Padre y al Hijo". Hay quienes afirman tener una gran luz, que dicen tener comunicación con los espíritus de los muertos, que niegan la divinidad de Cristo, y al hacerlo niegan al Padre, a quien Cristo representó en la tierra. "El que niega al Hijo, no tiene al Padre; [pero] el que reconoce al Hijo, tiene también al Padre". La clase que niega al Padre y al Hijo está aumentando rápidamente en el mundo, y el nombre dado a esta clase por la Biblia es anticristo. Hay muchos que tienen sus nombres en los registros de la iglesia, que afirman poseer una piedad superior, y sin embargo, si Cristo apareciera entre ellos, reprenderían al Hijo de Dios. Hay hombres que profesan ser ministros del Evangelio que están enseñando herejía, y engañando a muchos, y llevando a miles por el camino de la apostasía.

Pero Juan escribe a los verdaderos seguidores de Cristo, diciendo: "Permanezca, pues, en vosotros lo que habéis oído desde el principio. Si permanece en vosotros lo que habéis oído desde el principio, permaneceréis en el Hijo y en el Padre. Y esta es la promesa que él nos ha hecho: la vida eterna". Tenemos aquí una promesa preciosísima, que se cumplirá a los que dejan que la verdad permanezca en ellos. Entonces aférrense a la verdad, y no se dejen engañar de la firme adhesión a la verdad por ninguna de las artes del engañador. "Estas cosas os he escrito acerca de los que os seducen. Pero la unción que vosotros habéis recibido de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; sino que como la misma unción os enseña todas las cosas, y es verdad, y no es mentira, así como ella os ha enseñado, vosotros permaneceréis en él. Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, y no seamos avergonzados delante de él en su venida. Si sabéis que él es justo, sabed también que todo el que hace justicia es nacido de

él". Nuestro carácter debe moldearse según el carácter de Cristo. ¡Cuánta humillación soportó por nosotros! Mientras estuvo en este mundo vivió una vida de obediencia a los mandamientos de Dios, dejándonos un ejemplo para que siguiéramos sus pasos. Debemos esperar a que Dios nos revele su plan, para que nuestra vida sea la revelación del carácter de Cristo. Sólo podemos ser santificados en la medida en que obedezcamos a la verdad tal como se nos revela. No podemos vivir en desobediencia consciente de cualquier precepto de Dios, y no estar en el lado perdedor. Necesitamos contemplar el carácter de Cristo y, al contemplarlo, ser transformados a su imagen.

"Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por eso el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él." "Pero a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios." "Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Porque no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: Abba, Padre. El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios; y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo; si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados. Porque estimo que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que en nosotros ha de manifestarse."

Juan no puede encontrar palabras adecuadas para describir el asombroso amor de Dios al hombre pecador; pero exhorta a todos a contemplar el amor de Dios revelado en el don de su Hijo unigénito. A través de la perfección del sacrificio dado por la raza culpable, aquellos que creen en Cristo, viniendo a él, pueden ser salvados de la ruina eterna. Cristo era uno con el Padre, y sin embargo, cuando el pecado entró en nuestro mundo por la transgresión de Adán, estuvo dispuesto a descender de la exaltación de quien era igual a Dios, que habitaba en luz inaccesible para la humanidad, tan lleno de gloria que ningún hombre podía contemplar su rostro y vivir, y someterse al insulto, la burla, el sufrimiento, el dolor y la muerte para responder a las exigencias de la inmutable ley de Dios, y hacer una vía de escape para el transgresor mediante su muerte y su justicia. Esta fue la obra que su Padre le encomendó, y los que aceptan a Cristo, confiando enteramente en sus méritos, son hechos hijos e hijas adoptivos de Dios, son herederos de Dios y coherederos con Jesucristo. "Mirad qué amor nos ha dado el Padre para que seamos llamados hijos de Dios". Que nadie se deje engañar tanto por el enemigo como para pensar que es una condescendencia para cualquier hombre, por talentoso o erudito u honrado que

sea, aceptar a Cristo. Todo ser humano debería mirar al cielo con reverencia y gratitud, y exclamar con asombro: "Mirad qué amor nos ha concedido el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios."

11 de julio de 1895

La piedad vital golpea la cabeza de la serpiente

EGW

"En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. El mismo estaba en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas; y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz resplandece en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron.... Aquella era la Luz verdadera, que alumbra a todo hombre que viene al mundo. Estaba en el mundo, y el mundo fue hecho por él, y el mundo no le conoció. Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron".

Fue seduciendo las mentes de Adán y Eva por medio del error de los impíos, que Satanás los indujo a transgredir la ley de Dios. Por el pecado, las tinieblas han cubierto la tierra, y la oscuridad crasa al pueblo; pero Dios envió la verdad a nuestro mundo en gloria, belleza y perfección inmaculadas, y la puso en contraste con el error. Ni los hombres ni los demonios fueron capaces de detectar un defecto en el carácter de Cristo; pero la revelación de la Luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene al mundo, colocó las tinieblas en tal contraste que los hombres no quisieron recibir la luz. El corazón carnal es enemistad contra Dios, y no está sujeto a su ley, ni puede estarlo. Al no creer en Cristo, el mundo no lo conoció.

Después de la transgresión de la ley de Dios, nuestros primeros padres fueron llamados a la presencia de Dios. "Y llamó Jehová Dios a Adán, y le dijo: ¿Dónde estás? Y él respondió: Oí tu voz en el jardín, y tuve miedo, porque estaba desnudo; y me escondí. Y él dijo: ¿Quién te dijo que estabas desnudo? ¿Has comido del árbol del cual te mandé que no comieses? Y el hombre respondió: La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y comí. Y Jehová Dios dijo a la mujer: ¿Qué es esto que has hecho? Y la mujer respondió: La serpiente me engañó, y comí. Y el Señor Dios dijo a la serpiente: Por cuanto has hecho esto, maldita eres sobre todo ganado.... Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar."

Esta profecía se refiere no sólo a la enemistad entre Cristo y Satanás, sino también a la enemistad que existe entre el mundo y los seguidores del Redentor del mundo. Cristo era el especial que debía herir la cabeza de la serpiente; pero la profecía incluye también a todos los que vencerán al enemigo por la sangre del Cordero y por la palabra de su testimonio. En las palabras dirigidas a la serpiente está delineado el gran e interminable conflicto que se libra en el mundo desde el principio del pecado. La tierra es el campo de batalla del conflicto, y el resultado del conflicto, si bien ocasiona pérdidas temporales a los seguidores de Cristo, traerá la ruina eterna a Satanás, a los ángeles malignos y a los hombres malvados que se unen al enemigo en la controversia contra Cristo.

El Señor dice: "Pondré enemistad entre ti y la mujer". La enemistad no existe como hecho natural. Tan pronto como Adán pecó, estaba en armonía con el primer gran apóstata, y en guerra con Dios; y si Dios no hubiera interferido en favor del hombre, Satanás y el hombre habrían formado una confederación contra el cielo, y llevado a cabo una oposición unida contra el Dios de los ejércitos. No hay enemistad natural entre los ángeles malos y los hombres malos; ambos son malos por transgresión de la ley de Dios, y el mal siempre se aliará contra el bien. Los hombres caídos y los ángeles caídos entran en una compañía desesperada.

La profecía de la enemistad entre la serpiente y la simiente de la mujer fue el primer indicio que tuvo Satanás de que Dios proporcionaría un camino de salvación para la raza caída. Satanás había calculado que induciría a los hombres a aliarse con él como había inducido a los ángeles, y mediante esta confederación desesperada no vacilaría en guerrear contra el cielo y tratar de destronar al Señor de los ejércitos.

La enemistad contra Satanás nunca obró con tanto poder como en tiempos de Cristo. Nunca un hijo de Adán sintió un odio tan absoluto hacia el pecado como el que sintió el inmaculado Hijo de Dios; y téngase presente que el pecado es la transgresión de la ley. La pureza y la santidad del carácter de Cristo despertaron las peores pasiones del corazón humano, porque su carácter impecable contrastaba marcadamente con el carácter de los hombres de raza caída, que amaban más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Su perfecta obediencia a los mandamientos de Dios era una continua reprensión para una generación sensual y perversa. Su carácter inmaculado derramaba luz en medio de las tinieblas morales del mundo, y las tinieblas no la comprendían.

El mundo no conoce a los seguidores de Cristo. No reconocen su origen santo, y no estarán en armonía con ellos más de lo que estuvieron en armonía con Jesús, su Señor. El justo celo manifestado por Cristo por el honor de Dios como soberano supremo, la denuncia sin paliativos del pecado, el desenmascaramiento de la hipocresía de los que fingían piedad y engañaban así al pueblo, la hermosura celestial de su propio carácter sin mancha, despertaron la enemistad del mundo contra él, que no odiaba otra cosa que el pecado. Luchó contra la lujuria y la hipocresía, y esto despertó contra él la más amarga hostilidad. La misma serpiente acudió en ayuda de su descendencia, y los ángeles y los hombres malvados conspiraron juntos en una confederación de apostasía para destruir al campeón de Dios y anular la ley del Altísimo.

Los que llegan a ser hijos de Dios no pueden evitar entrar en conflicto con las huestes de la apostasía. "El mundo no nos conoce, porque no le conoció a él". El Redentor del mundo se sometió a toda clase de insultos y burlas, y soportó la contradicción de los pecadores contra sí mismo. Qué amor, qué maravilloso amor nos ha concedido el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios. Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo unigénito para que pasara por la humillación, el sufrimiento y la muerte, a fin de pagar la deuda del pecado del hombre y comprar para el transgresor arrepentido la justicia de su vida inmaculada, para que no se perpetuara la iniquidad, sino que, por la condescendencia de Cristo, el transgresor volviera a ser fiel a Dios. Por los méritos del Redentor, Dios acepta los esfuerzos del hombre pecador por cumplir su ley, que es santa, justa y buena.

Los que verdaderamente se unan a Cristo, serán hallados haciendo la misma obra que Cristo hizo mientras estuvo en la tierra: serán hallados magnificando la ley y haciéndola honorable. Pero los que defiendan el honor de la ley de Dios serán objeto de la enemistad de Satanás; porque él despreció la ley desde el principio, y su simiente guerreará contra los justos, y los impíos procurarán exterminar a los buenos de la faz de la tierra.

Satanás ha sembrado abundantemente la semilla de herejías peligrosas, que producirán una cosecha de corrupción, y serán como cizaña entre el trigo. Está llenando los corazones y las mentes de los hombres con fábulas, y haciendo que aparten sus oídos para no oír la verdad. Los defensores de la verdad son considerados enemigos del cristianismo, y sin embargo, aunque Satanás hace que el mundo considere a los seguidores de Cristo como enemigos del progreso, siempre que un alma toma una posición decidida en favor de la verdad, la cabeza de la serpiente es herida por la simiente de la mujer, y la serpiente no puede

herir sino el calcañar de la simiente. Cuando se declara que el cristianismo nominal falta, y se lo encuentra insuficiente, y sólo la piedad práctica es declarada religión genuina, la enemistad de Satanás se despierta de inmediato, pero su ira es una evidencia de su magulladura. Está tratando de mantener al pueblo en el engaño de una forma de piedad sin su poder, de mantenerlo satisfecho con una profesión de piedad, cuando sus corazones son carnales y están en enemistad con la ley de Jehová. Cuando los defensores de la verdad revelan la eficacia de la verdad en su vida y carácter, se asesta un golpe al reino de Satanás.

18 de julio de 1895

Cristo recibido, el carácter del hombre transformado

La lección de Judas

EGW

"Se acercaba la fiesta de los panes sin levadura, que se llama la Pascua. Y los príncipes de los sacerdotes y los escribas buscaban cómo matarle, porque tenían miedo del pueblo. Entonces entró Satanás en Judas apellidado Iscariote, que era del número de los doce". Satanás no habría entrado en Judas si no le hubiera abierto la puerta para darle entrada. No habría entrado en él si hubiera sido cumplidor de las palabras de Cristo. "Velad, pues, y orad siempre, para que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie delante del Hijo del hombre." Si hubiera sido un hacedor de las palabras de Cristo, habría tenido cuidado, y habría atrincherado el alma, de modo que Satanás no hubiera podido entrar.

Judas había tenido mucha luz; había tenido muchas oportunidades de comprender cuáles eran las exigencias de Dios. Numerado entre los doce, había escuchado las lecciones de Cristo; había oído la verdad, y no tenía excusa para no formar un carácter a semejanza de Cristo. Había tenido el privilegio de contemplar el carácter de Cristo, de contemplar su bondad, su compasión, de ver sus obras de misericordia, de contemplar sus maravillosos milagros al curar a los enfermos y dar vida a los muertos. Debería haber sido rico en fe, y estar unido a Cristo con cuerdas de amor que nada podría cortar; pero aunque era un oyente de las palabras de Cristo, no era un hacedor de su palabra. Si Judas hubiera mejorado sus oportunidades y apreciado sus privilegios mientras estaba en estrecha relación con Cristo como discípulo, habría velado hasta la oración, y habría vencido su pecado acosador, la avaricia y la codicia, que es idolatría, y

se habría transformado en carácter. Pero, aunque Cristo dio lecciones condenando este pecado, Judas no sintió su peligro. No hizo su petición a Dios por la ayuda del Espíritu Santo para ayudar a sus debilidades, ni se esforzó seriamente por obtener los mejores dones a fin de que pudiera lograr el mayor bien y recibir gracia por gracia.

En esta época, si los que caen bajo la preciosa influencia de la verdad no se transforman en carácter, irán, como Judas, de la luz a las tinieblas; y cuán grandes serán sus tinieblas. Dios había confiado a Judas talentos de habilidad, y si hubiera usado estos dones de Dios para bendecir a la humanidad con los rayos de luz que brillaban sobre él desde el Sol de Justicia, habría tenido mayor luz, y su camino habría sido como el camino del justo, que brilla más y más hasta el día perfecto. Pero estaba más ansioso por la posición, por el rango y la riqueza, que por la gloria de Dios y el bien de la humanidad. Llegó a ser tan estrecho en sus ideas, tan egoísta en sus planes, que las impresiones buenas y santas no pudieron hacerse en su corazón y en su mente. Si hubiera buscado con tanto afán el espíritu de verdadera bondad, misericordia, compasión, tolerancia y verdadera cortesía, como el poder y la riqueza, no habría poseído los atributos de Satanás, sino que habría manifestado los atributos del carácter de Aquel que diariamente no vivía para complacerse a sí mismo, sino que andaba haciendo el bien, curando a todos los poseídos por el demonio. Judas tenía talentos de influencia, y si hubiera recibido el Espíritu de Cristo, habría sido transformado en su carácter para que pudiera realizar la obra a la que Dios lo había llamado. Dios califica a sus discípulos para la obra que quiere que hagan, y les da talentos según sus diversas capacidades. Pero para que puedan realizar la obra para la que han sido llamados, se les amonesta a esperar, a velar, a orar, no sea que Satanás se aproveche de ellos.

Sólo Cristo nos ayuda

Todo aquel que verdaderamente se convierta en discípulo de Cristo será probado y puesto a prueba. Si el agente humano determina plenamente que no puede y no quiere vivir sin Cristo, será un vencedor. Aunque, como Pedro, Santiago y Juan, pueda revelar defectos de carácter, recibirá las lecciones de reprensión del Salvador, y será transformado en su carácter. Los ángeles de Dios rodearán al alma tentada que lucha por la victoria. Su determinación, su importunidad, le traerán la fuerza y la gracia necesarias.

Santiago y Juan pensaban que podrían obtener el favor de Dios y, por pedirlo, tener un asiento a la derecha y a la izquierda de Cristo cuando recibiera su reino.

Pero Jesús les respondió "No sabéis lo que pedís. ¿Sois capaces de beber del cáliz que yo beberé, y de ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado?". Esta pregunta significaba: "¿Podéis soportar la prueba de Dios? ¿Podéis beber el cáliz de la abnegación, de la humillación, del oprobio, del sufrimiento, de la ignominia y de la muerte? Ellos respondieron: "Podemos". Oh, ¡qué poco comprendían lo que serían los sufrimientos de Cristo! Si lo hubieran sabido, habrían retrocedido ante tal afirmación, y su respuesta habría sido de mucha menos seguridad y confianza en sí mismos. Si se hubieran dado cuenta de que su Señor sería sometido a una humillación tan absoluta como la que sufrió, si lo hubieran visto tambalearse y caer bajo la cruz, y supieran que su propio camino sería de oprobio, de ignominia, de encarcelamiento, de persecución y vergüenza, antes de poder ganar la corona, nunca habrían dicho con confianza en sí mismos: "Somos capaces." Pero se hicieron partícipes de los sufrimientos de Cristo. Bebieron de la copa de la que él bebió, y fueron bautizados con el bautismo con el que él fue bautizado.

Es esencial que se comprendan a fondo las lecciones de humildad que Cristo ha dado. Estos discípulos de Cristo amaban a Jesús y estaban siempre cerca de él. Santiago y Juan deseaban el privilegio de estar más cerca de Jesús en el reino de los cielos. Esto les llevó a pedir un asiento a su derecha y a su izquierda. Pero a cada discípulo, de edad en edad, se le exige individualmente que tome su cruz y siga por donde Cristo le marca el camino, aprendiendo en la escuela de Cristo su mansedumbre y humildad de corazón.

Los que reinan con Cristo en su reino deben participar en sus sufrimientos. Todo defecto de carácter condenado por la ley de Dios debe ser vencido por la gracia de Cristo, que se da gratuitamente a toda alma que la desee. Toda tendencia hereditaria y cultivada al mal debe ser vista, subyugada y limpiada, para que el templo del alma llegue a ser apto para la morada del Espíritu de Dios. La voluntad divina debe ser aceptada, y la voluntad humana puesta en armonía con Dios, aunque cause amarga agonía y lágrimas. Los rasgos de carácter que ofenden a Dios son a menudo muy queridos por el hombre, y son apreciados como virtudes. ¡Cuán ciega es la humanidad si no acepta y aprecia la luz del cielo! Cuando se aferra resueltamente a la verdad, y se abriga un propósito firme y decidido de poner la vida en armonía con la verdad, entonces se cultiva la fe que obra por el amor y purifica el alma. Entonces los discípulos de Cristo manifiestan esa firmeza de propósito que no fallará ni se desalentará. Dios concederá sus dones al alma que se esfuerza, en proporción a su disposición para recibirlos y a su disposición para impartirlos para la gloria de Dios.

Pero la misma resistencia a la luz se manifiesta ahora como se manifestó en los días de Cristo. ¿Por qué la nación judía no conoció y comprendió a Jesús? Él podría haberlo sido todo para ellos. "En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz en las tinieblas resplandece; y las tinieblas no la comprendieron.... Aquella era la Luz verdadera, que alumbra a todo hombre que viene al mundo. Estaba en el mundo, y el mundo fue hecho por él, y el mundo no le conoció. Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron. Pero a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios."

Ninguno de nosotros tiene el poder de salvarse a sí mismo. Sólo Jesús, el Redentor del mundo, puede dar poder para reformarse, para creer en sí mismo como el Restaurador. Sólo Él puede romper todo yugo. Todas las ceremonias externas de los judíos, todas sus ofrendas de sacrificio, no tenían ninguna virtud, porque Aquel que estaba prefigurado en ellas estaba en medio de ellos, y, triste hecho, ellos no lo conocían. Vino a los suyos, a la nación que había redimido de la esclavitud egipcia, pero no quisieron recibirle.

"Pero a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no nacieron de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios. Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad." "Pero todos nosotros, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor."

25 de julio de 1895

Caminar a la luz de la Cruz

EGW

Anoche, o esta mañana, tuve un sueño maravilloso. Estábamos reunidos unas cuantas personas y conversábamos sobre la manera de llevar adelante la obra en este país, cuando hay tal escasez de medios para hacerla progresar. Parecíamos ovejas en medio de lobos. Rezábamos con lágrimas en los ojos. Nuestra esperanza, nuestro valor y nuestra fe fueron puestos a prueba. No podíamos ver cómo avanzar en la obra que estábamos ansiosos por hacer, y que el Señor nos instaba a hacer. En nuestro solemne consejo, decidimos que debían idearse métodos para que la obra fuera más completa y eficaz.

Mientras exponíamos nuestra situación ante Dios, se oyó una voz llena de dulzura y melodía, que decía: "Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídale a Dios, que da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada. Pero que pida con fe, sin vacilar; porque el que vacila es como la ola del mar que se agita con el viento y es zarandeada. Pues no piense ese hombre que recibirá algo del Señor". La voz continuó: "Echad la red a la derecha de la nave. No caminéis a la sombra de la cruz, sino por el sendero donde brilla siempre el Sol de Justicia, para impartir vida y vitalidad, y dar gracia por gracia. La cruz del Calvario es para ti prenda de perdón, de justicia, de paz y de plenitud de gozo. Es como un pozo de agua para todo creyente, que brota para vida eterna. Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.

"La cruz habla de vida y no de muerte al alma que cree en Jesús. Acoged los preciosos rayos vivificadores que brillan desde la cruz del Calvario. Dios no quiere privar a su pueblo de las bendiciones. Es Satanás quien interpone su sombra de tinieblas y crea recelos y dudas, para que no discernamos los brillantes rayos del Sol de Justicia que brillan desde la cruz del Calvario. Alcánzate para la bendición, cree para la bendición. Tu Salvador que murió en la cruz es el regalo de Dios a un mundo caído, y ese regalo abarca todo el cielo. No camines a la sombra de la cruz. No des expresión al llanto, al lamento y a la aflicción, sino alienta tu alma a la esperanza y a la alegría. La cruz te señala hacia arriba, hacia un Salvador vivo que, como abogado tuyo, aboga en tu favor."

Recuerdo que mi marido solía detenerse a veces a la sombra de la cruz, y no podía ver más que el lado oscuro. Estaba muy probado y perplejo. Sufría siendo tentado. Tan duramente fuimos probados que pensé que la muerte sería preferible a los sufrimientos que soportábamos. Las nubes nos rodeaban, y todo era desfavorable para la luz, la esperanza y el valor del alma. Ahora corremos el mismo peligro de no discernir la luz que brilla desde la cruz del Calvario. Nos hemos detenido a la sombra de la cruz. A veces hemos dejado de recoger a nuestro alrededor los rayos cálidos y brillantes que nos llegan de un Salvador levantado. Hermanos, la cruz habla mejor que la sangre de Abel, a favor de cada alma que recibe a Jesucristo. Cuando estáis profundamente ensombrecidos, es porque Satanás se ha interpuesto entre vosotros y los brillantes rayos del Sol de Justicia. En tiempos de angustia se eclipsa el resplandor, y no comprendemos por qué parece retirarse la seguridad. Se nos lleva a mirarnos a nosotros mismos y a la sombra de la cruz, y esto nos impide ver el consuelo que hay para nosotros. Nos quejamos del camino, y retiramos la mano de la mano de Cristo. Pero a

veces el favor de Dios irrumpe repentinamente en el alma, y la penumbra se disipa.

Vivamos a la luz del sol de la cruz del Calvario. No vivamos más en la sombra, quejándonos de nuestras penas, porque esto sólo agrava nuestros problemas. Nunca olvidemos, aun cuando caminemos en el valle, que Cristo está tanto con nosotros cuando caminamos confiadamente allí, como cuando estamos en la cima de la montaña. La voz nos dijo: "¿No echarás tu carga sobre el que la lleva, el Señor Jesús? ¿No vivirás en el lado soleado de la cruz, diciendo: Yo conozco a aquel en quien he creído, y estoy seguro de que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día. A quien, sin haberle visto, amáis; en quien, aunque ahora no le veáis, creyendo, os alegráis con gozo inefable y glorioso; recibiendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas."

En efecto, me he detenido bajo la sombra de la cruz. No es común que me sienta dominado y que sufra tanta depresión de espíritu como la que he padecido en los últimos meses. No me gustaría jugar con mi propia alma, y por lo tanto jugar con mi Salvador. No enseñaría que Jesús ha resucitado de la tumba, y que ha ascendido a lo alto, y vive para interceder por nosotros ante el Padre, a menos que lleve a la práctica mi enseñanza, y crea en él para su salvación, arrojando mi alma indefensa sobre Jesús en busca de gracia, justicia, paz y amor. Debo confiar en él independientemente de los cambios de mi atmósfera emocional. Debo alabar a Aquel que me ha llamado de las tinieblas a su luz admirable. Mi corazón debe estar firme en Cristo, mi Salvador, contemplando su amor, su bondadosa bondad. No debo confiar en él de vez en cuando, sino siempre, para que pueda manifestar los resultados de permanecer en Aquel que me ha comprado con su propia sangre preciosa. Debemos aprender a creer las promesas, a tener una fe permanente, para que podamos tomarlas como la palabra segura de Dios.

Muchos que aman a Dios, y que buscan honrarlo, temen no tener derecho a reclamar sus ricas promesas. Se detienen en sus dolorosas luchas y en la oscuridad que envuelve su camino, y al hacerlo pierden de vista la luz del amor que Jesucristo ha derramado sobre ellos. Pierden de vista la gran redención que les ha sido comprada a un precio infinito. Muchos se quedan lejos, como si tuvieran miedo de tocar siquiera el borde de las vestiduras de Cristo; pero su amable invitación está siempre extendida hacia ellos, y él está suplicando: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de

corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga". *Granville, N. S. W.*

1 de agosto de 1895

Bienaventurados los pobres de espíritu

EGW

"Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos". Estas consoladoras palabras de Cristo se dirigen no a los orgullosos, no a los jactanciosos y engreídos, sino a los que se dan cuenta de su propia debilidad y pecaminosidad. Los que lloran, los mansos que se sienten indignos del favor de Dios, y los que tienen hambre y sed de justicia, están todos incluidos en "los pobres de espíritu."

Pero miles de almas no conocen su pobreza. Están llenas de ansias de algo que no poseen. Las riquezas que los hombres acumulan no satisfacen, aunque preocupan al alma y la alejan de la posesión de las verdaderas riquezas. Pero los bienaventurados son los que se vacían de sí mismos, los que tienen espacio para las riquezas espirituales y eternas. Son las almas hambrientas y sedientas que buscan la fuerza y la gracia de Cristo. No son de los que se creen íntegros y están satisfechos con su propia justicia. No son de los que no sienten necesidad de mayores logros. Son de los que sienten la necesidad del perdón y anhelan la gracia de Cristo que trae la salvación.

Hay perdón para el penitente, pues Cristo es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. "La sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado.... Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad."

Cristo vino a este mundo caído para impugnar las pretensiones de Satanás sobre la raza humana pecadora. Él conoce el conflicto de cada alma con los poderes de las tinieblas, y mediante el don de su Espíritu Santo se ha comprometido a hacer a los hombres más preciosos que el oro fino, incluso a un hombre que la cuña de oro de Ofir. Porque Dios está más dispuesto a dar el Espíritu Santo a los que se lo piden, que los padres terrenales a dar buenos regalos a sus hijos. Pero la batalla de la superación se presenta a toda alma que quiera entrar en el reino de Dios. "El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, sino que confesaré su nombre delante de mi Padre y de sus ángeles". Los seguidores de Cristo deben luchar contra toda mala

tendencia que hayan heredado o cultivado; porque las malas prácticas contaminan el alma. Muchos se han engañado a sí mismos, y han considerado su carácter tan bueno como el promedio. A pesar de que la Palabra de Dios les advierte con la señal de peligro, siguen avanzando de un punto de resistencia y desobediencia a otro, y mientras viven en el pecado se halagan a sí mismos diciendo que han actuado de una manera meritoria, que no dependen de nadie para que los ayude, sino que pueden por sí mismos ser buenos y hacer el bien. No creen en la palabra de Cristo cuando dice: "Sin mí nada podéis hacer".

Los que aspiran a la vida eterna practicarán la abnegación, porque aman a Jesús. Se considerarán peregrinos y extranjeros en este mundo. Centran sus esperanzas en lo alto, y esperan el día de Dios. Donde esté el corazón, allí estará también el tesoro.

El joven gobernante que vino a Cristo se lisonjeaba de que había puesto sus esperanzas en las cosas celestiales, y de que necesitaba poco para obtener la vida eterna. Vino a Cristo y le dijo: Maestro bueno, ¿qué cosa buena haré para tener la vida eterna? Y él le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? No hay bueno sino uno, que es Dios; pero si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. Dícele: ¿Cuáles? Jesús dijo: No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no levantarás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre, y ama a tu prójimo como a ti mismo. El joven le dijo: Todo esto lo he guardado desde mi juventud; ¿qué me falta todavía?".

El Redentor del mundo sabía que, aunque el joven tenía una teoría de la religión y se halagaba a sí mismo pensando que cumplía los mandamientos de Dios, estaba muy lejos de hacerlo.

No amaba a Dios con todo su corazón, fuerza, mente y fuerzas, ni a su prójimo como a sí mismo. Jesús le sometió a una prueba que pondría al descubierto la debilidad y pobreza de su corazón. Jesús le dijo: "Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y ven y sígueme". Cuando el joven preguntó a Cristo: "¿Qué me falta todavía?", se creía un hombre perfecto. Las palabras de Cristo le revelaron su ídolo; pero ¿lo expulsó pronto de su corazón, para ser perfecto? Jesús miró con compasión al joven gobernante, porque lo amaba. "Pero cuando el joven oyó lo que decía, se marchó entristecido, porque tenía grandes posesiones. Aunque Jesús había venido al mundo para salvarlo, él rechazó al Salvador y cedió a su inclinación de aferrarse a sus ídolos. El joven amaba más sus posesiones que a Dios.

Hay muchos en el mismo peligro, que permiten que sus medios se interpongan entre ellos y su Salvador, y cuando se les pone a prueba, y Cristo les pide "vende todo lo que tienes, y ven y sígueme", retroceden. Aman el dinero más de lo que aman a Dios y su justicia.

Muchos profesan creer en la Biblia, y con el joven gobernante dicen: "Todo esto lo he guardado desde mi juventud; ¿qué me falta todavía?". Se dirigen a Cristo como Señor, y sin embargo no reconocen sus pretensiones en los pobres y los oprimidos, y así se apartan de la verdadera unión con Cristo. No practican la abnegación necesaria para guardar los mandamientos de Dios. Como el joven gobernante, se apartan de los tesoros del cielo, porque permiten que su vista espiritual se pervierta, y valoran el tesoro terrenal por encima del celestial. Cristo les ofrece el precioso tesoro de su gracia; pero no tienen espacio para su rico don. Su actitud es la del joven gobernante, cuando preguntaba: "¿Qué me falta todavía?". Cristo se vuelve de los que se sienten enteros a los que reconocen su pobreza de espíritu, que tienen hambre y sed de justicia, y él suplirá sus necesidades de su inmenso depósito de gracia.

Anhelos de Dios

Los pobres de espíritu sienten su pobreza, su falta de la gracia de Cristo. Se dan cuenta de que saben poco de Dios y de su gran amor, y de que necesitan luz para conocer y guardar el camino del Señor. No se atreven a afrontar la tentación con sus propias fuerzas, porque se dan cuenta de que no tienen fuerza moral para resistir al mal. No les agrada repasar su vida pasada, y tienen poca confianza en mirar hacia el futuro, pues están enfermos del corazón. Pero es a los tales a quienes Cristo dice: "Bienaventurados los pobres de espíritu". Cristo vio que los que sienten su pobreza pueden enriquecerse.

El verdadero Testigo describe la condición de aquellos que se sienten "ricos y colmados de bienes, y de ninguna cosa tienen necesidad". De ellos dice: "No sabes que eres desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo". Son una clase que ha tenido grandes privilegios, que ha sido bendecida con luz y conocimiento, y que no ha respondido, que confía en su propia justicia, y se jacta de sus ventajas espirituales. Pero el verdadero Testigo dice: "Te aconsejo que compres de mí oro refinado en el fuego [fe y amor] para que seas rico; y vestiduras blancas para que estés vestido [es decir, la justicia de Cristo], y no aparezca la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio para que veas. Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso y arrepiéntete. He

aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, cenaré con él y él conmigo."

¡Qué grandes privilegios están al alcance de los que sienten la pobreza de su alma y se someten a la voluntad de Dios! El remedio para la pobreza del alma se encuentra únicamente en Cristo. Cuando el corazón es santificado por la gracia, cuando el cristiano tiene la mente de Cristo, tiene el amor de Cristo, que es riqueza espiritual, más preciosa que el oro de Ofir. Pero antes de que pueda haber un deseo intenso de la riqueza contenida en Cristo, que está disponible para todos los que sienten su pobreza, debe haber un sentido de necesidad. Cuando el corazón está lleno de autosuficiencia y preocupado por las cosas superficiales de la tierra, el Señor Jesús reprende y castiga para que los hombres despierten y se den cuenta de su verdadera condición.

Una obra de fe

Al que Cristo perdona, primero lo hace penitente, y es obra del Espíritu Santo convencerlo de pecado, de justicia y de juicio. El pecador reconoce la perfección de Dios, la justicia de Cristo, y así glorifica a Dios. Al contemplar esta perfección, el pecador ve sus pecados, se arrepiente y cree en la expiación de Jesucristo, "a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, a fin de manifestar su justicia para remisión de los pecados pasados, mediante la paciencia de Dios".

La nación judía fue víctima de un engaño fatal al adularse a sí misma que era la elegida de Dios, cuando en su carácter no tenía nada que ver con Cristo. Se negaron a aceptar las virtudes de Cristo, y rechazaron al único que podía ayudarles; porque es mediante la aceptación de Cristo como la fe nos hace partícipes de la naturaleza divina. Caín presentó una ofrenda a Dios, y con ello lo reconoció como su soberano; pero no hizo ninguna confesión de pecado, ningún reconocimiento de culpa, no expresó ningún deseo, y no sintió ninguna necesidad de un Mediador que pudiera limpiarlo del pecado. Pero el que no ve a Cristo como su todo-suficiente se sentirá atraído y atrapado por las cosas de la tierra que no pueden satisfacer el alma. No experimentará la bendición que se pronuncia sobre todos aquellos que tienen un sentido de su profunda pobreza de alma. Pero aquellos que desconfían de sí mismos, que sienten que no tienen fuerzas para las cargas de la vida, encontrarán fortaleza mirando a Jesús. Cristo dice: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar". Te pide que cambies la pobreza de tu alma por las riquezas de su gracia. Nadie es digno de su favor, pero Cristo, nuestra garantía, es digno, y es

abundantemente capaz de salvar a todos los que vengan a él. Él dice: "Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga".

Puedes venir a Jesús con fe y sin demora. Su provisión es rica y gratuita, su amor es abundante, y te dará gracia para llevar su yugo y soportar su carga con alegría. Puedes reclamar tu derecho a su bendición en virtud de su promesa. Puedes entrar en su reino, que es su gracia, su amor, su justicia, su paz y su gozo en el Espíritu Santo. Si te sientes en la más profunda necesidad, puedes ser suplido con toda su plenitud; porque Cristo dice: "No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento". Jesús te llama a venir. "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos".

8 de agosto de 1895

"Bienaventurados los que lloran"

EGW

"Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados". No agrada al Señor que cubramos el altar de lágrimas, aunque estemos oprimidos por un sentimiento de indignidad. La misión de Cristo en este mundo era curar a los quebrantados de corazón. Recibía a los afligidos y consolaba a los afligidos, a los que habían perdido el ánimo y la esperanza. Sobre ellos pronunció su bendición y declaró que debían ser consolados.

El Señor trabaja a través de instrumentos humanos, y ha encomendado a sus seguidores el deber de ministrar a aquellos que están abatidos y angustiados. Hay corazones a nuestro alrededor que necesitan ser elevados, que necesitan los brillantes rayos del Sol de Justicia. El Señor mira a los que ha consolado y bendecido para iluminar a los que están en tinieblas, y para aliviar a los que están afligidos. Los que han recibido la luz, la paz y la alegría no deben pasar de largo ante los que lloran, sino acercarse a ellos con simpatía humana y ayudarles a ver a un Salvador que perdona los pecados, a un Dios misericordioso.

Cristo ha llevado nuestras penas y cargado con nuestros dolores, y dará gozo y alegría a los que lloran. Hermano mío, tú que has sentido las penas de la tierra, ¿servirás a Cristo ayudando a los que necesitan tu ayuda? ¿Llevarás tú, que eres

fuerte, las enfermedades de los débiles? Nuestro Salvador era un hombre de dolores y estaba familiarizado con el dolor. Él identificó sus intereses con los de los débiles y los que sufren. Al mirar a Jesús, miramos a uno que consuela a todos los que lloran en Sión. ¡Cuántos más podrían haber sido consolados y bendecidos si los mensajeros humanos hubieran prestado a la humanidad doliente el servicio que Cristo les había encomendado! "La religión pura y sin mácula delante de Dios y del Padre es ésta: visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo".

Los que aman a Jesús tendrán la mente de Cristo, y consolarán a todos los que lloran; a los pobres, tentados y desalentados los ayudarán a caminar a la luz de la cruz, y no en las sombras y en las tinieblas. Les señalarán el hecho de que la sangre de Cristo habla en su favor "cosas mejores que la de Abel". Los cristianos han de ministrar a todos los que lloran, consolar a muchos corazones afligidos cuya memoria está llena de imágenes de desilusión, de amistades perdidas y de amargos duelos, cuya historia ha sido una de dolor y luto.

El Señor Jesús ha encomendado a su pueblo la obra especial de consolar a todos los que lloran. Cristo está trabajando para esta clase, y llama a los seres humanos a convertirse en sus instrumentos para llevar luz y esperanza a los que lloran en medio de providencias aparentemente oscuras. Cristo nos llama a mostrarles un lado luminoso con nuestra simpatía y amor, y evitar que el alma atribulada acuse a Dios de infidelidad. Nuestro Padre celestial nunca olvida a aquellos a quienes el dolor ha tocado. Pero muchos piensan que Dios no se ocupa de ellos, como resultado de la negligencia de sus profesos seguidores; porque éstos no cumplen su parte como colaboradores de Cristo en consolar a los que lloran.

Cuando David subió por el monte Olivete, "y lloró al subir, y se cubrió la cabeza", y fue descalzo, el Señor lo miraba con compasión. Estaba vestido de cilicio, y su conciencia lo azotaba. Los signos externos de humillación atestiguaban su contrición y el quebrantamiento de su corazón. No consentía que el arca de Dios fuese llevada delante de él como emblema de la presencia de Dios. Dijo a los portadores del arca: "Llevad de nuevo el arca de Dios a la ciudad; si hallo gracia en los ojos del Señor, él me hará volver y me mostrará tanto el arca como su morada; pero si dice así: No me agradas; heme aquí, haga de mí lo que bien le parezca". No quería que el arca se viera en peligro por sus vicisitudes. El precioso símbolo, la carga sagrada, debía ser llevada de vuelta a su templo. Si su aflicción, su expulsión del trono, hubiera sido obra del poder humano, si su conciencia hubiera estado limpia y sin reproche, de buena gana habría acogido el arca, y habría permitido que los portadores la llevaran delante

de él; pero a causa de la conciencia de pecado, en su arrepentimiento y contrición, no podía consentir en la presencia del arca. Cuando Simei profería maldiciones contra él, las oía en silencio, y no consentía que el hombre fuese retribuido según su proceder. David dijo: "Que maldiga, pues el Señor le ha dicho: Maldice a David. ¿Quién dirá entonces: Por qué lo has hecho? Y dijo David a Abisai y a todos sus siervos: He aquí, mi hijo, que salió de mis entrañas, procura mi vida; ¿cuánto más ahora podrá hacerlo este benjamita? Dejadle, pues, que maldiga, porque Jehová se lo ha mandado. Puede ser que el Señor mire mi aflicción, y que el Señor me exija bien por su maldición de hoy". David miraba a Dios, ante quien se humilló, y el Señor vio su sumisión y no abandonó a su siervo. El Señor obtuvo una victoria para David.

El fuego del horno puede encenderse sobre los siervos de Dios, pero es con el propósito de purificarlos de toda escoria, y no para que sean destruidos y consumidos. El Alto y Santo dice: "Si sus hijos dejaren mi ley, y no anduvieren en mis juicios; si invalidaren mis estatutos, y no guardaren mis mandamientos, yo castigaré con vara su rebelión, y con azotes su iniquidad. Sin embargo, no quitaré de él mi misericordia, ni haré que falte mi fidelidad". Honramos a Dios confiando en él cuando todo parece oscuro y prohibitivo. Que los afligidos miren hacia él, hablen de su poder y canten su misericordia. "Bueno es Jehová, fortaleza en el día de la angustia, y conoce a los que en él confían". "En el tiempo que temo, en ti confiaré". "Encomienda al Señor tu camino; confía también en él, y él lo realizará. Y él sacará tu justicia [limpia de toda contaminación terrenal] como la luz, y tu juicio como el mediodía."

Nunca estuvo David más cerca del corazón del amor infinito que cuando, herido en su conciencia, huyó para salvar la vida de sus enemigos, incitados a la rebelión por su propio hijo. Con palabras llenas de lágrimas y con el corazón destrozado, presentó su caso a Dios y prosiguió su penoso camino; pero de sus labios no escapó palabra alguna de arrepentimiento. El Señor dice: "Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso y arrepiéntete". Hay una bendición pronunciada sobre todos los que lloran. Si no hubiera dolientes en nuestro mundo, Cristo no habría podido revelar al hombre el carácter paternal de Dios. Los oprimidos por la convicción del pecado han de conocer la bendición del perdón y ver borradas sus transgresiones. Si no hubiera habido dolientes, no se habría comprendido la suficiencia de la expiación de Cristo por el pecado.

(Concluido la próxima semana).

15 de agosto de 1895

"Bienaventurados los que lloran

(Concluido.)

EGW

El Señor tiene una gracia especial para los dolientes, y su poder es derretir corazones, ganar almas. Su amor abre un canal en el alma herida y magullada y se convierte en un bálsamo curativo para los que lloran. Su amor es como un eslabón precioso que une las almas de los finitos al trono del Infinito, de quien fluyen todas las bendiciones para los necesitados y afligidos; porque Él consuela a todos los que lloran. El Señor Jesús es un restaurador de todo lo perdido, e identifica sus intereses con los de la humanidad sufriente. Él levanta el corazón contrito, y refina el alma afligida hasta que se convierte en su morada.

"Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados". A primera vista, la causa del luto no parece ser una bendición. Las aflicciones se manifiestan de muchas maneras, y nos preguntamos en tono afligido: ¿Por qué estamos así afligidos? Jesús responde: "Todo sarmiento que da fruto, lo limpia para que dé más fruto". El Señor "no aflige voluntariamente ni entristece a los hijos de los hombres". Dios ha manifestado su amor al hombre dando a la familia humana como sustituto y fiador a su amado Hijo. "Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna", una vida que corre paralela a la vida de Jehová. Cristo era el resplandor de la gloria de su Padre, y para que pudiera permanecer con él a través de las incesantes edades de la eternidad, vino al mundo para cuidar de nuestra raza apóstata. Todo el cielo nos fue dado en Cristo, y el Señor nos está concediendo ricas y gratuitas misericordias, haciendo toda clase de provisiones, a fin de que nos erijamos individualmente en sus representantes, manifestando al mundo la eficacia y el poder de la gracia que sólo Dios puede conceder. En vista de lo que el Señor quiere hacer de su pueblo, no es extraño que las potencias morales sean disciplinadas por la prueba y el dolor. Cuando las potencias espirituales están empequeñecidas y lisiadas, cuando se aferran a las cosas temporales e inferiores, el Señor permite que venga la aflicción, igual que se clava la podadera en los sarmientos de la viña. Hay que desatar los zarcillos enredados en las cosas terrenas y quitar los apoyos terrenales para que los zarcillos se enreden en Dios y el sarmiento dé mucho fruto. Cristo dice: "En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto".

El Señor ve que estamos en peligro de engañarnos a nosotros mismos, y que debe producirse un cambio en nuestra vida o la muerte espiritual será la consecuencia. El Señor ha dotado a los hombres con capacidades y talentos variados, y ha diseñado que sean santificados para su uso, pero son pervertidos del servicio del Maestro, y empleados en el servicio del yo. Las necesidades del futuro se presentan con una urgencia tan apremiante que los hombres dedican su poder, mente, alma y fuerza a adquirir lo que debe perecer con el uso. Sus talentos dados por Dios son absorbidos en lo que es terrenal y temporal, y el Señor se acerca con la aflicción, y les insta a no dejar la eternidad fuera de su cuenta. El Señor permite la aflicción y el dolor con el propósito de atraer las mentes a la única fuente de fortaleza. Quiere que los agentes humanos conozcan al gran Médico y se den cuenta de la curación que hay en el bálsamo de Galaad. Él alejaría la mente de la tierra. Se revelaría en toda aflicción humana como el Consolador.

Aquellos que son consolados por Dios, que experimentan paz y descanso en Él, darán ricos racimos de fruto al consolar a otros con el consuelo que ellos mismos han recibido del compasivo Salvador. El Señor Jesús atrae a menudo las almas hacia sí por medio de algún agente humano a quien ha dado una valiosa experiencia en el luto y el dolor. A menudo llega a los corazones haciendo que los que han sufrido se acerquen a otros que están pasando por la aflicción, quienes pueden señalar a los dolientes el arco de promesa que rodea el trono de Dios. Pueden decir a los que están en duelo o en sufrimiento físico que hay Alguien que conoce su debilidad, y que será para ellos esperanza, consuelo, paz y alegría. Pueden animarles a confiar en Dios, que desea que el frágil sufriente humano se apoye con fuerza en sus brazos eternos. Cristo quería animar a los tímidos discípulos a levantar la vista hacia Él. Con el propósito de levantar y animar a otros, el Señor ha preparado ayudantes para cada emergencia. Que todos los que están al servicio del Señor estén dispuestos a ver las necesidades de los demás y a extraer de su experiencia lo que será una bendición para los que lloran. Que derramen los brillantes rayos del Sol de Justicia.

Cuando se comprenden los caminos del Señor, sus providencias no oscurecerán nuestra fe, aunque estén llenas de sufrimientos y penas. Purificarán el corazón, refinarán y elevarán el carácter, ennoblecerán los pensamientos y las prácticas, de modo que se producirá mucho fruto para gloria de Dios. Satanás ha proyectado su sombra infernal de corrupción e iniquidad, y ha cubierto la tierra con tinieblas como con un velo fúnebre, pero el Sol de Justicia aún brilla, y Dios quiere que toda alma afligida mire hacia el resplandor de la cruz del Calvario. La fe, la esperanza y el valor pueden extraerse de la Fuente de toda luz y verdad.

Que cada doliente mire hacia arriba y sea consolado. Cada servicio prestado al Maestro ayudando a otros, es bendición para ti mismo, y la bendición que se dice a los que lloran, resultará en tu propio consuelo. Discernirás lo invisible y conocerás la realidad que hay en la experiencia cristiana. Que haya regocijo en medio de la aflicción, hasta que incluso en medio de las sombras que se han espesado a tu alrededor, puedas tener un espíritu verdaderamente agradecido. Cristo mismo iluminará tu penumbra con brillantes destellos de luz, y su luz divina será tanto más preciosa y gloriosa cuanto más brille en medio de las nubes y las tinieblas. "Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados".

22 de agosto de 1895

Bienaventurados los mansos

EGW

"Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra". La mansedumbre que nace de la tristeza, cuando el corazón se ha ejercitado rectamente mediante la sumisión sumisa a la voluntad de Dios, produce los frutos apacibles de la justicia. Los que han buscado humildemente a Dios para obtener consuelo y paz en medio de la prueba, han recibido la mansedumbre de Cristo. Los que han aprendido de Aquel que es manso y humilde de corazón, expresan simpatía y manifiestan gentileza hacia los que necesitan consuelo; porque pueden consolar a otros con el consuelo con que son consolados por Dios. Al tratar de salvar a las almas que están a punto de perecer, hacen de Jesús su modelo en todas las cosas. Responden al consuelo que Dios les da y se convierten en herederos de su reino. Mediante las operaciones del Espíritu Santo se implanta en ellos una nueva naturaleza, y son santificados de alma, y el Señor da gracia por gracia.

Jesús espera que su mansedumbre y condescendencia se reproduzcan en aquellos a quienes bendice. Jesús vino a nuestro mundo, y eligió la vida más humilde, tomó la posición más humilde, dejándonos un ejemplo para que sigamos sus pasos. La Majestad del cielo era manso y humilde de corazón, y espera que todos sus seguidores se contagien de su espíritu de mansedumbre y humildad, y se vuelvan sabios para ayudar a los que lloran. No hay momento en la vida en que no necesitemos cultivar la mansedumbre y la humildad de corazón. Aquellos que ministran en conexión con Cristo, serán llamados a manifestar mansedumbre y humildad, para que puedan revelar este atributo a aquellos que son aprendices en la escuela de Cristo. La posesión de la

mansedumbre de Cristo significa la posesión de la verdadera dignidad. El adorno que tiene valor para Dios es un espíritu manso y tranquilo, y tiene más valor que el oro, la plata y las piedras preciosas. Los atributos de Dios son la bondad, la misericordia, el amor, la longanimidad y la paciencia, y sus seguidores deben poseer los mismos atributos de carácter, representando a Cristo en la verdadera espiritualidad. La mansedumbre, tesoro de riqueza interior, puede poseerse en medio de la pobreza y el dolor. El alma revela la fuente de su fuerza en la manifestación de mansedumbre y humildad de corazón; porque la gracia de la mansedumbre tiene su origen en la fuente de toda bienaventuranza, y quienes poseen esta gracia están en armonía con Cristo y con el Padre. Los seguidores de Cristo se hacen así uno con los demás. Si la mansedumbre y el amor no forman parte de nuestro carácter, no somos discípulos del Señor Jesucristo, y toda nuestra experiencia es débil e incierta.

La mansedumbre es un fruto del Espíritu y una prueba de que somos sarmientos del Dios vivo. La presencia permanente de la mansedumbre es una evidencia inequívoca de que somos sarmientos de la Vid Verdadera, y de que estamos dando mucho fruto. Es una evidencia de que, por fe, contemplamos al Rey en su belleza y nos transformamos a su semejanza. Donde existe la mansedumbre, las tendencias naturales están bajo el control del Espíritu Santo. La mansedumbre no es una especie de cobardía. Es el espíritu que Cristo manifestaba cuando sufría injurias, cuando soportaba insultos y vejaciones. Ser manso no es renunciar a nuestros derechos, sino conservar el dominio de sí mismo ante la provocación de ceder a la ira o al espíritu de represalia. La mansedumbre no permitirá que la pasión tome las líneas.

Cuando Cristo fue acusado por los sacerdotes y fariseos, conservó el dominio de sí mismo, pero adoptó decididamente la postura de que sus acusaciones eran falsas. Les dijo: "¿Quién de vosotros me acusa de pecado?" "Si he hablado mal, dad testimonio del mal; pero si bien, ¿por qué me golpeáis?". Sabía que su posición era correcta. Cuando Pablo y Silas fueron golpeados y metidos en prisión sin juicio ni sentencia, no renunciaron a su derecho a ser tratados como ciudadanos honrados. Cuando hubo un gran terremoto, y se sacudieron los cimientos de la cárcel, y se abrieron las puertas, y se soltaron las ataduras de cada uno, y los magistrados mandaron decir a los presos que podían salir en paz, Pablo protestó, y dijo: "Nos han golpeado abiertamente sin condena, siendo romanos, y nos han echado en la cárcel; ¿y ahora nos echan en privado? No, en verdad; pero que vengan ellos mismos y nos saquen.... Y vinieron, y les rogaron, y los sacaron, y les rogaron que saliesen de la ciudad". A través de la acción de Pablo y Silas el nombre de Dios fue magnificado y las autoridades fueron

humilladas. Era necesario que el honor de Dios fuera vindicado en ese momento.

En todo tiempo y lugar el cristiano debe ser lo que el Señor quiere que sea: un hombre libre en Cristo Jesús. El deber cumplido en el Espíritu de Cristo se hará con prudencia santificada. Seremos guiados como con una luz del cielo cuando tengamos una conexión vital con Dios. Los hombres santos escribieron movidos por el Espíritu Santo. Ser mansos no significa que nos consideremos serviles, porque Cristo es nuestra suficiencia. Cristo pronunció su bendición sobre aquellos que sentían su necesidad de la gracia divina. Él pronuncia su bendición sobre los cansados y agobiados de cada época. Los agentes humanos que aceptan su guía, que escuchan su palabra, serán conducidos a la luz clara, y darán fruto para gloria de Dios. Aquellos que se hayan arrepentido de sus pecados, que hayan arrojado sus almas cansadas y cargadas a los pies de Cristo, que se hayan sometido a su yugo y se hayan hecho sus colaboradores, serán partícipes con Cristo en sus sufrimientos, y partícipes también de su naturaleza divina. En el mundo, el cristiano será menospreciado y deshonrado, y consentirá en ser el más pequeño de todos y el servidor de todos. Se someterá a ser herido, a ser usado despectivamente y perseguido, pero llevando el yugo de Cristo hallará descanso para su alma, y el yugo no le será pesado. Oirá decir al Salvador: "Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque sin mí nada podéis hacer". Jesús no sólo ordena a sus seguidores, sino que los instruye, ayuda a los desvalidos, vigoriza a los desfallecidos, inspira fe y esperanza a los incrédulos. "Él da fuerza a los débiles, y a los que no la tienen les aumenta las fuerzas. Aun los jóvenes desmayarán y se fatigarán, y los mozos caerán; pero los que esperan en el Señor renovarán sus fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no desmayarán." Si los hombres han llorado con piadosa tristeza, el fruto de mansedumbre y humildad se manifestará en el carácter. Sus afectos se apartarán de las cosas terrenales, y habrán aprendido, por medio de la prueba y el ensayo, la preciosa lección de que las grandes verdades pueden llevarse a las cosas pequeñas de la vida tanto como a las grandes. La religión práctica es de gran alcance en su influencia, y nos ayudará en el cumplimiento de los deberes de la vida diaria. Diariamente debemos aprender de Aquel que es manso y humilde de corazón, y encontrar descanso para nuestras almas. Es en la obediencia a la palabra de Dios que vienen la paz y el descanso. ¡Oh, qué fragancia entraría en la vida diaria si todos siguieran simple y completamente las enseñanzas de la palabra de Dios, que es una lámpara para nuestros pies y una luz para nuestro camino! Como los rayos del sol en el cielo, que iluminan la tierra, así son de anchurosos los mandamientos de Dios.

En el auditorio al que Jesús se dirigió en su sermón de la montaña, no sólo estaban los que estaban cansados y agobiados, sino también los fariseos, los saduceos, los rabinos y los gobernantes, y los llamados grandes hombres, que ambicionaban recibir el honor de los hombres. Sabía que había luchas en la nación judía y deseos de supremacía en los corazones de los hombres. Sabía que había infelicidad en los hogares porque se había perdido la preciosa joya de la mansedumbre. La mansedumbre y la humildad de corazón sirven de escudo y quebrantan los feroces dardos del enemigo. Los mansos a menudo tienen un camino espinoso que recorrer; porque la mansedumbre es a menudo considerada como debilidad o insensibilidad, mientras que los que pierden el dominio de sí mismos concluyen que su orgullo es sensibilidad. Pero Jesús es nuestro modelo, y de él recibimos la fuerza y la gracia para caminar en humildad y contrición ante Dios. Pero cualesquiera que sean nuestras pruebas, Dios las comprende, y nos invita a compartir la bendición que ha pronunciado sobre los mansos y humildes de corazón.

29 de agosto de 1895

Hambre de justicia

EGW

"Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados". Jesús dice: "El pan de Dios es el que descende del cielo y da vida al mundo". Entonces le dijeron: Señor, danos siempre este pan". En estas palabras se expresa el deseo del pan de vida; pero los que expresaban este deseo no tenían ese anhelo de vida espiritual del que habla nuestro texto. El verdadero pan de vida sólo se encuentra en Cristo. Aquellos que no reconocen que las bondades de la rica gracia, el banquete celestial, han sido preparadas a un costo infinito para satisfacer a aquellos que tienen hambre y sed de justicia, no serán refrescados.

"Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás.... Y ésta es la voluntad del que me ha enviado: que todo el que vea al Hijo [por la fe] y crea en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el último día.... Yo soy el pan de vida.... Este es el pan que ha bajado del cielo, para que el hombre coma de él y no muera. Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo.... Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le

resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida.... El Espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os hablo son espíritu y son vida."

Sentado junto al pozo de Jacob, Jesús pronunció las mismas verdades al hablar con la mujer samaritana. Dijo: "El que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna." La misma verdad aparece de nuevo en la parábola de la vid y los sarmientos. Jesús dice: "Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí". Cristo es el principio vital por el cual la salud espiritual y la fuerza y la justicia se imparten a la vida, para revelarse en la práctica diaria del cristiano.

Los que tienen hambre y sed de justicia están llenos de un anhelante deseo de llegar a ser semejantes a Cristo en carácter, de asimilarse a su imagen, de guardar el camino del Señor y de hacer justicia y juicio. Debemos cultivar siempre un ferviente deseo de la justicia de Cristo. Ningún deseo temporal debe atraer y desviar la mente a tal grado que no experimentemos esta hambre del alma por poseer los atributos de Cristo. El mandamiento es: "Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia". Todo lo demás debe subordinarse a este fin. No debemos contentarnos con las cosas baratas y comunes de cada día. Al presenciar las aflicciones, los sufrimientos de la humanidad y la prevalencia de la iniquidad, nos sentimos descorazonados e insatisfechos. Es un negocio insatisfactorio traer sólo madera, heno y rastrojo a los cimientos. En la tribulación y la aflicción, el alma anhela el amor y el poder de Dios. Hay un intenso deseo de seguridad, de esperanza, de fe, de confianza. Buscamos el perdón, la paz, la justicia de Cristo. Anhelamos que se produzca un cambio en nuestras circunstancias, para que las pruebas de la vida no nos expongan a tantas tentaciones. Toda alma que busca al Señor de todo corazón tiene hambre y sed de justicia. "A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no nacieron de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios. Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad."

El hambre del alma quedará satisfecha cuando nuestros corazones se vacíen de orgullo, vanidad y egoísmo; porque entonces la fe se apropiará de las promesas de Dios, y Cristo llenará el vacío y morará en el corazón. Habrá un cántico nuevo en la boca, porque se cumplirá la palabra: "Un corazón nuevo también os

daré". El testimonio del creyente será: "De su plenitud hemos recibido todos, y gracia por gracia.... A Dios nadie lo ha visto jamás; el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, él lo ha declarado."

Cristo era la representación de Dios. Contemplándolo ejercitamos la fe, y el afecto se entrelaza en torno a él como viendo a Aquel que es invisible. Sin Cristo, el hambre y la sed del alma quedarían insatisfechas. El sentimiento de necesidad, el anhelo de algo que no sea temporal, que no esté contaminado por la terrenalidad y la vulgaridad, nunca podría ser aplacado. La mente debe captar algo más elevado y más puro que cualquier cosa que pueda encontrarse en este mundo.

Jesucristo era el fundamento de toda la economía judía. El Redentor del mundo fue simbolizado en tipos y sombras a través de sus servicios religiosos. La gloria de Dios se reveló en Cristo dentro del velo hasta que Cristo apareciera en el mundo y mostrara al mundo toda la plenitud de la Divinidad corporalmente. En Cristo contemplamos la imagen del Dios invisible; en sus atributos vemos los atributos del carácter del Infinito. Jesús dijo: "Yo y mi Padre somos uno". "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre".

Cristo fue crucificado por el pecado del mundo y, tras su resurrección y ascensión, todo el mundo fue invitado a mirarle y a vivir. Se nos pide que miremos las cosas invisibles, que mantengamos ante los ojos de la mente las imágenes más vívidas de las realidades eternas, para que al contemplarlas nos transformemos en la imagen de Cristo. Cristo es la escala mística que une la tierra con el universo del cielo, y a medida que nuestra fe se aferra a él, lo vemos como nuestro abogado, nuestra seguridad, nuestra vida. A menos que mantengamos nuestra atención fija en Jesús, Satanás interceptará los brillantes destellos de luz del trono de Dios, y perderemos el conocimiento del carácter de Dios tal como se revela en los diez preceptos morales, y tal como se ve en la vida de su Hijo unigénito. Satanás trata constantemente de obstruir la visión de Cristo colocando una representación de sí mismo ante nosotros; pero a menos que nuestra fe traspase su sombra infernal, y obtengamos una visión de la santidad del carácter de Dios, seremos despojados de nuestra fuerza, y nos convertiremos en seres sin propósito, impotentes, débiles e ineficaces, presa engañada de las tentaciones de Satanás. Entregaremos al mundo la fuerza de las facultades del alma, la mente y el cuerpo, y privaremos a Cristo del servicio que ha comprado con su propia sangre.

(Concluido la próxima semana).

5 de septiembre de 1895

Hambre de justicia

(Concluido.)

EGW

Los que ceden a las tentaciones de Satanás tienen hambre y sed de los placeres del mundo. Ansían la excitación terrenal, y muchos tienen la mente tan completamente ocupada con diversiones, con deseos febriles de placer terrenal, con ambiciones manchadas y corrompidas, que caen en la tumba sin tener un conocimiento experimental de Dios. Escuchan al gran engañador mientras les expone sus planes línea tras línea y precepto tras precepto, aquí un poco y allá otro poco, hasta que dedican toda su vida a hacer el servicio del gran apóstata. Tienen hambre y sed de indulgencias egoístas hasta que todas sus facultades se pervierten. Pero "bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados".

Con cuánto cuidado debe velar y orar toda alma por la que Cristo ha muerto, para que no se pervierta el gusto moral, para que alimentando los pensamientos con cosas terrenales y comunes, no lleguen al fin a desear nada mejor. Es necesario que sigamos el mandato de Cristo y escudriñemos las Escrituras, porque en ellas "creéis tener la vida eterna, y ellas son las que dan testimonio de mí". Lo que Jesús logró para el pueblo cuando estuvo en la tierra, lo logró abriendo las Escrituras a su entendimiento. Los que le seguían se familiarizaban con las Escrituras del Antiguo Testamento, y así se alimentaban del pan de vida, y encontraban fuerzas para andar por el camino de los mandamientos de Dios. Los que se alimentan continuamente de la palabra de Dios no se desviarán, como Adán y Eva, y desobedecerán la ley de Dios. La palabra de Dios les dará gracia y fuerza para obrar la justicia de Cristo a través de la abundancia de gracia que les ha sido dada. La vida de Cristo fue el cumplimiento de las profecías de las Sagradas Escrituras. Él mismo era la Palabra viva. "Las palabras que yo os hablo son espíritu y son vida".

Nosotros mismos podemos corromper y pervertir el gusto moral para que no haya hambre y sed de justicia. Si alguna vez hubo alguien que pudiera vivir sobre la tierra y no tener necesidad de la palabra escrita, ese fue el Autor de la palabra de Dios. Cristo tenía el Espíritu sin medida, pero utilizó las Escrituras para probar la certeza y necesidad de sus sufrimientos, muerte y resurrección. Mientras estaba en el desierto de la tentación, se enfrentó y venció a Satanás

con la palabra de Dios, derrotando sus tentaciones con el "Escrito está". En su conflicto con los fariseos presentó continuamente las Escrituras, y les reveló su verdadero significado. Les decía: "¿Cómo lees?". La vida de Dios se manifestó en la carne, y era la palabra viva, y la vida de Dios se manifestó en el habla humana. El agente humano que se familiariza con las Escrituras y que es un hacedor de la palabra, encontrará que la palabra está entretejida con la vida del alma; porque tendrá una experiencia personal en las cosas de Dios. "No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios". Obediencia es hacer la palabra de Cristo. La palabra de Dios es un canal de comunicación con el Dios vivo. El que se alimenta de la palabra fructificará en toda buena obra. El que trabaja junto a Dios será descubridor de ricas minas de verdad que deberá trabajar para encontrar el tesoro escondido. Cuando esté rodeado de tentaciones, el Espíritu Santo le traerá a la mente las palabras con las que hacer frente a la tentación en el momento en que más las necesite, y podrá usarlas eficazmente con poder de mando. El apóstol dice: "La palabra de Cristo habite en vosotros abundantemente en toda sabiduría; enseñándoos y exhortándoos unos a otros con salmos e himnos y cánticos espirituales, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor."

Nuestra hambre y sed de justicia serán proporcionales al alimento con que alimentemos el alma. Tendremos hambre y sed de justicia más y más a medida que nos separemos del mundo, de sus costumbres, de sus prácticas, y conformemos nuestras vidas a la norma de la justicia. Jesús revistió su divinidad de humanidad para que, mediante la fe, la humanidad pudiera aferrarse a la divinidad y, mediante el hambre y la sed de justicia, llegar a una estrecha unión con lo divino. Los privilegios del agente humano son muy grandes. No podemos estar satisfechos sin Dios, ni el Señor está satisfecho sin el amor que ha comprado a un precio infinito. Dios nos ha dado a Cristo, y con él todo el cielo, para que reclame nuestra raza perdida, y nos una a sí mismo, para que también nosotros seamos llenos de toda la plenitud de Dios.

"Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados". Las palabras de Dios son manantiales de agua de vida. Cuando recibimos la palabra, obedeciéndola con sinceridad, tiene poder para reproducirse y multiplicarse en la mente de los hombres. Cristo declaró: "Las palabras que yo os hablo, son espíritu y son vida". Las palabras que pronunció desde la columna de nube en el desierto fueron las mismas que pronunció en su sermón de la montaña. A lo largo de su vida humana vivió por la fe, ejerciendo una continua dependencia de la Palabra. "La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros".

¿Te asimilarías a la imagen divina? ¿Tendrás hambre y sed de justicia? ¿Beberías del agua que Cristo te dará, que será en ti una fuente de agua que salte para vida eterna? ¿Darías fruto para gloria de Dios? ¿Refrescarías a otros? Entonces, con el corazón hambriento del pan de vida, la palabra de Dios, escudriña las Escrituras, y vive de toda palabra que sale de la boca de Dios. La santificación y la justicia de tu alma resultarán de la fe en la palabra de Dios, que conduce a la obediencia de sus mandamientos. Que la palabra de Dios sea para vosotros como la voz de Dios que os instruye y dice: "Este es el camino, andad por él". Cristo oró: "Santifícalos en tu verdad, tu palabra es verdad".

Cristo se hizo hombre para representar ante los hombres, con vida y carácter humanos, lo que estaba expresado en su santa palabra. Era uno con el Padre; su vida correspondía a la vida de Dios, y su carácter era semejante al representado en la norma de justicia, los diez preceptos morales. La justicia es vivir la ley de Dios como Cristo la vivió; es la salud, la actividad de toda energía espiritual al servicio de Dios. Es la elevación del alma hacia Dios en la oración, la vuelta del alma hacia Dios, como la flor se vuelve hacia la luz. Hay salud y cielo para el alma en permanecer bajo los brillantes rayos del Sol de Justicia; porque así seremos elevados de las bajas y oscuras preocupaciones de la tierra, que traen depresión y melancolía, para morar en la luz que está por encima y más allá de ellas. La justicia es la posesión de una utilidad creciente. Es la ocultación del alma en Cristo con Dios. Es experimentar la comunión con Dios. Es ejemplificar al mundo el hecho de que Dios ha vindicado su palabra al mundo, y ha cumplido su promesa al decir: "Vendremos y haremos morada con él". La justicia prepara al agente humano para las mansiones que Cristo ha ido a preparar para los que le aman.

Es lo opuesto a la rectitud, la transgresión de la ley de Dios, buscar tan fervorosa y persistentemente las ventajas temporales como para excluir las cosas de interés eterno. ¡Cuán lánguidos, cuán débiles son los esfuerzos del profeso pueblo de Dios por alcanzar la semejanza de Cristo en carácter! ¡Cuán pocos parecen darse cuenta de que la vida eterna depende de nuestro curso de acción en el tiempo de prueba! Pero los que tienen hambre y sed de justicia purificarán sus almas obedeciendo la verdad. Es contemplando como somos transformados a la semejanza de Cristo. Mirando a Jesús, hablando con Jesús, modelando la vida según el ejemplo de Cristo, llegamos a ser aptos para la herencia de los santos en luz, pues nuestro gusto se perfecciona para la pureza del cielo.

Los que tienen hambre y sed de justicia llegan a ser aptos para ministrar en la tierra. No necesitamos a los que son débiles y de carácter no cristiano. Debemos

mirar a Jesús y vivir. "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados". Al contemplar la perfección de Cristo, han de crearse en el corazón hambre y sed de justicia. Sólo el Señor puede darnos el pan y el agua de la vida, para que seamos saciados. Esta plenitud es la gloria que Cristo declara haber dado a sus discípulos, el carácter que ha de modelarlos según la semejanza divina. Los que experimentan hambre en el alma serán bendecidos con satisfacción. Sus luchas sinceras y llenas de oración no serán en vano, porque no hay fracaso con Dios. Dios perdona todas nuestras imperfecciones. Debemos creer que nos espera una rica satisfacción. El que es la verdad dice que los que tienen hambre y sed de justicia serán saciados. Nos corresponde a nosotros cumplir la condición de que se cumpla la promesa. Hemos de acudir a Dios con espíritu contrito, y en cuanto le busquemos de veras, nos saciará.

Cristo está a la puerta, llamando e invitándonos a aceptar su presencia. Dice: "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa, cenaré con él y él conmigo". Con Cristo morando en el alma, el agente humano se hace partícipe de la naturaleza divina, y es colaborador de Jesucristo. Manifiesta ardor y seriedad, y posee esa perseverancia, de modo que, como su Maestro, no fracasará ni se desanimará. Que todos aparten del corazón las ansias de gratificación egoísta; que todos vacíen el alma de amor propio, deseos y ambiciones egoístas, y Cristo suplirá el vacío; reinará en el corazón que se vacía de sí mismo, y de su divina presencia brotarán corrientes vivas para reanimar y refrescar las almas de los que están a punto de perecer. "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados".

12 de septiembre de 1895

Bienaventurados los misericordiosos

EGW

"Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia". Continuamente recibimos ricas misericordias de las manos de Dios. "Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna". Jesús ha mandado, diciendo: "Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso." El hombre misericordioso hace bien a su propia alma; porque el misericordioso alcanzará misericordia. La posesión de esta preciosa gracia produce el fruto de la bondad y del amor. La dureza, la frialdad de corazón que muchos cristianos profesos

abrigan, es una característica del gran apóstata. Si todos los que profesan ser seguidores de Cristo ejercieran una misericordia semejante a la de Cristo, el mundo tendría un aspecto totalmente diferente. La alabanza ascendería a Dios de muchas voces que ahora están calladas. El amor y la ternura de Cristo revelados en el carácter de los que son sus seguidores, engendrarían amor en los demás. Es imposible que representemos a Cristo y seamos fríos, indiferentes y atados por el egoísmo.

Estamos en este mundo, rodeados de hombres y mujeres que necesitan nuestra compasión, y somos responsables de poner en práctica las entrañables misericordias de nuestro Dios. Él nos ha concedido generosamente su amor, y ha depositado en nosotros su misericordia, para que seamos administradores de la misma, ministrando su amor a los demás. Pablo escribe: "Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Y si tengo el don de profecía, y conozco todos los misterios y toda ciencia; y si tengo toda la fe, de tal manera que traspase los montes, pero no tengo amor, nada soy." La humanidad sufriente nos rodea continuamente, y exige el ejercicio de la misericordia. "A los pobres los tenéis siempre con vosotros".

Es deber de los hijos de Dios ser toda luz en el Señor, y esparcir bendiciones en el camino de los demás. No deben decir: "Calentaos y alimentaos", y no hacer nada para aliviar las necesidades de los necesitados. El Señor quiere que sus hijos participen activamente en las obras de misericordia. Hay corazones destrozados que necesitan la expresión de palabras bondadosas, que necesitan ayuda práctica para aliviar sus necesidades. Para muchos la vida es una lucha dolorosa. Sienten sus deficiencias, y se sienten miserables e incrédulos. Piensan que no tienen nada por lo que estar agradecidos. Que los hijos e hijas de Dios revelen los atributos del carácter de Cristo, administrando a estas almas necesitadas. Que muestren la gran deuda de gratitud que tienen con Dios como receptores de bienes temporales y espirituales.

Somos la posesión adquirida del Señor, y como sus agentes humanos es nuestro deber positivo administrar en las cosas temporales y espirituales de la reserva que Dios nos ha dado. El amor debe mantenerse en constante ejercicio para inspirar fe en Dios, para que de los corazones humanos broten alabanzas a Dios, y para que la cadena de oro del amor una los corazones de la humanidad. Los destinatarios de la misericordia, la simpatía y la compasión de Dios deben transmitirlos a los demás. Pero muchos que dicen amar a Dios y cumplir sus mandamientos, son fríos, insolidarios y anticristianos. Tienen poco amor que

ejercer, excepto hacia unos pocos que les son simpáticos, y su afecto hacia estos pocos a quienes se les antoja hace más mal que bien. No manifiestan amor hacia aquellos que apreciarían la menor manifestación de afecto. Los que son verdaderamente semejantes a Cristo poseen un principio subyacente de amor. Pero por muy estrechamente relacionados que estén los seres humanos, no deben ser idolatrados, no deben ser rodeados de un afecto sobreabundante, mientras que otras almas que son igual de queridas para el corazón del Amor Infinito no son abrazadas dentro de su círculo. El amor egoísta es una trampa para las almas de aquellos que están enredados en él. La vida y la práctica de Cristo muestran que el círculo de nuestro amor debe ser ilimitado. Cristo no reconoce como santificado aquel amor que se derrama sin escatimar sobre unos pocos favoritos, mientras que el corazón es frío hacia los mismos que necesitan una manifestación de amor.

El Hijo del Dios infinito es nuestro Modelo. El Cielo está lleno de misericordia, y se derrama constantemente no sólo hacia unos pocos favorecidos, sino para bendición de los que más la necesitan, para beneficio de los que menos placer y felicidad tienen en sus vidas. La vida de Dios está ligada a la vida de aquellos por quienes Cristo murió. Aquel cuya vida está escondida con Cristo en Dios poseerá los atributos del carácter divino, y será partícipe de la naturaleza divina, manifestando al mundo que Dios es misericordioso, lleno de tierna compasión, abundante en gracia y verdad. La severidad que Dios manifiesta a través de sus providencias hacia aquellos que son rebeldes y malvados, se manifiesta para la salvación de los descarriados. ¡Oh, cómo anhelaba Cristo por las almas que vino a salvar, con intenso deseo de que comprendiesen la vida eterna! "Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado".

Satanás es un vigilante y un obrero, y procura interceptar todo rayo de luz celestial para que no llegue al alma; pero Cristo también está obrando, y por misericordias dadas y por misericordias retenidas, procura conducir a los hombres y a las mujeres a mirar por encima de lo terrenal hacia lo celestial y eterno. A cada hombre se le confían capacidades, una mayordomía para el gran Dueño de Casa, y debe mirar al gran Consejero en busca de direcciones y sabiduría. Cristo quiere que sus siervos trabajen para los que no le comprenden; porque mira con infinita compasión a la familia humana sometida a las artimañas engañosas de Satanás. Los ve emplear el tiempo de prueba que Dios les ha concedido buscando todo menos lo esencial. La voz de Jesús suplica a los hombres, diciendo: "Si alguno tiene sed, venga a mí y beba, y el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna." Ninguna

criatura creada por Dios es mirada con indiferencia. Dios tiene un intenso deseo de aliviar los males de la humanidad y aplicar su bálsamo a sus heridas. Su amor se ejercita siempre por los necesitados y oprimidos. Su corazón se llena de gozo cuando el pecador rompe con Satanás y mira a Dios como a un Padre misericordioso, compasivo y amoroso. Jesús declaró: "Mi Padre hasta ahora obra, y yo obro". El Señor está siempre activo en el ejercicio de su misericordia; quiere que cada alma se familiarice con el carácter paternal de Dios. Cuando los hombres obtengan una visión correcta de la incesante misericordia de Dios, se sentirán atraídos, y al contemplarla se transformarán en la misma imagen. A aquellos a quienes Dios ha hecho administradores de capacidades y medios, les ordena, por su propio interés, que guarden su tesoro en el cielo, y así como les ha dado gratuitamente de su generosa misericordia, que den gratuitamente a los demás. En lugar de vivir para sí mismos, Cristo ha de vivir en ellos, y su Espíritu Santo ha de guiarlos a dispensar sabiamente sus bienes, siendo misericordiosos con los demás como Él lo es con todos. Nadie puede ser seguidor de Cristo y vivir para sí mismo. El cristiano ha de ser un agente de Dios, dispensando sus bendiciones a los demás, y acumulando así para sí un tesoro en el cielo. De este modo, su tesoro nunca se perderá, sino que acumulará siempre intereses crecientes, y se pondrá un buen cimiento para los tiempos venideros.

Cuánto mejor es depositar riquezas inciertas en el banco del cielo, rindiendo beneficio a la herencia del Señor, que gastar la riqueza dada por Dios en la gratificación del yo obteniendo aquellas cosas que perecen en el uso. Al bendecir a otros, se alegran con el pensamiento de que Dios no los ha olvidado, y la gratitud brota en los corazones de los que han estado sufriendo y oprimidos. Es así como nos hacemos amigos del Mammón de la injusticia, y la misma riqueza que dispensamos a otros es la que ha sido prestada en fideicomiso para ser usada como el Dueño de Casa indique, para que sus siervos fieles la usen en obras de misericordia y compasión. Pero al obrar de este modo se asegura la bienvenida a las moradas eternas. En la medida en que los bienes son confiados, deben ser dispensados a otros. Los hombres y mujeres más humildes deben comerciar con los talentos del Señor, comprendiendo que lo que se les ha prestado debe devolverse con usura a Dios. Aunque no tengamos más que un talento, si lo consagramos fielmente a Dios y lo empleamos en actos de misericordia en cosas temporales o espirituales, atendiendo así a las necesidades de los necesitados, nuestro talento aumentará de valor y se anotará en el registro celestial como algo que excede nuestra capacidad de cálculo. Cada acción misericordiosa, cada sacrificio, cada abnegación, traerá una recompensa segura, cien veces mayor en este tiempo, y en el mundo venidero la vida eterna.

19 de septiembre de 1895

Ejercer la compasión

EGW

"Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso". El Señor honra a sus agentes humanos tomándolos en sociedad consigo mismo. El corazón de Cristo está lleno de misericordia perdonadora y de verdad. Él se aflige en todas las aflicciones de su pueblo. Hemos de ser compasivos, y encontrar alegría en acudir con un interés bondadoso a vendar las heridas de los que han sido perseguidos y dejados medio muertos por la mano despiadada del destructor. Debemos estar dispuestos a curar las heridas causadas por el pecado. Los que hacen esto son ministros de Cristo, y el mundo tiene ante sí un testimonio vivo del amor de Dios en sus representantes. Dios se revela ante el mundo en aquellos que practican las obras de Cristo, y a través de sus mensajeros es conocido como un Dios de misericordia, bondad y perdón. "El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él gratuitamente todas las cosas? Dios en Cristo es nuestro, y sus bondades de amor y misericordia son inagotables. Él desea que todos se beneficien de las ricas provisiones que ha hecho para los que le aman; nos invita a todos a compartir con Él su gloria. La bienaventuranza del cielo ha sido provista para toda alma que ama a Dios supremamente y a sus semejantes como a sí misma.

Los hombres dejarían de ser esclavos del pecado si se apartaran de las seductoras y engañosas atracciones de Satanás y miraran a Jesús el tiempo suficiente para ver y comprender su amor. Se formarían nuevos hábitos, y se refrenarían las poderosas propensiones al mal. Nuestro Líder es un conquistador, y nos guía hacia una victoria segura. Nuestro Abogado, Jesús, suplica ante el trono de su Padre en nuestro favor, y suplica también al pecador, diciendo: "Convertíos, porque ¿para qué moriréis?". ¿No ha hecho Dios todo lo posible por medio de Cristo para ganar a los hombres del engaño satánico? ¿No se ha entregado a sí mismo? ¿No se hizo pobre por nosotros, para que nosotros nos enriqueciéramos con su pobreza? ¿No es un Salvador resucitado, que vive siempre para interceder por nosotros? ¿No continúa siempre su gran obra de expiación con la obra del Espíritu Santo en cada corazón? El arco de la misericordia todavía se arquea en el trono de Dios, dando testimonio del hecho de que cada alma que cree en Cristo como su Salvador personal, tendrá vida

eterna. La misericordia y la justicia se mezclan en el trato de Dios con su heredad.

Los que participan de la naturaleza divina son uno con Dios en Cristo, y uno con los demás para realizar las obras de Dios, que son obras de misericordia y de tierna compasión. Es la misericordia la que nos ha salvado, y cuando manifestamos misericordia hacia nuestros semejantes, sólo estamos obrando en la línea de Cristo. La misericordia está continuamente activa en todo el vasto universo. La misericordia abunda en el corazón de Dios, y es de esta fuente de donde procede toda nuestra felicidad. La familia de Dios en la tierra es grande, y sus hijos están sufriendo en los mortales sufrientes que nos rodean; y cada alma que esté imbuida del Espíritu Santo, practicará obras de misericordia, y revelará a los demás tierno amor, piedad y compasión. Del verdadero corazón cristiano se desarraigará toda fibra de egoísmo, porque se opone a la práctica de Cristo. Jesús dijo: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame."

¡Oh, que los hombres supieran lo que pueden hacer por el Maestro practicando la misericordia y el amor! Si se dieran cuenta de lo que Cristo ha hecho, se moverían en líneas más amplias de lo que lo hacen ahora en la práctica de la benevolencia. Es cierto que parecerá a un gran costo, porque el yo debe ser negado, y el placer individual debe convertirse en un asunto secundario. Satanás nos empuja continuamente al servicio del yo, y muchos que deberían ser ejemplos de dar buen fruto en la abnegación y el sacrificio de sí mismos, están llenos de orgullo y amor propio, y el registro en el cielo de ellos es: "Despreciáis a los pobres, a los afligidos y a los que sufren, por quienes Cristo ha muerto, que están bajo la bendición celestial: 'Bienaventurados los pobres en espíritu, bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.'"

¡Cuántos que profesan ser seguidores de Cristo suben al tribunal y pronuncian condenas, magnificando alguna falta que a los seres finitos les parece una ofensa contra Dios! Pero esta obra, que tanto agrada al gran adversario de las almas, cesaría toda si el Espíritu de Cristo estuviera en el corazón. La misericordia no se alegra de la iniquidad. Imaginamos que los demás no nos aprecian; magnificamos nuestras pequeñas acciones misericordiosas hasta convertirlas en algo muy grande, y nos excusamos del deber de mostrar misericordia, porque los demás manifiestan ingratitud hacia nosotros. Supongamos que, a causa de nuestra ingratitud, Dios obrara según este mismo plan. Nosotros no apreciamos sus muchas misericordias y benevolencias hacia nosotros; pero Él continúa repartiendo de su abundancia sus riquezas de gracia. Supongamos que el agente

humano que dispensa los dones de Dios a quienes los necesitan, se encuentra con la ingratitud, que recuerde que no está usando sus propios bienes, sino los de su Señor, y Dios mira desde el cielo para ver cómo su mayordomo está tratando a su herencia, por quien ha dado su preciosa vida. Dios ha hecho una amplia provisión para suplir las necesidades de los pobres, y no hay caso de necesidad del que alguien no sea responsable. Los hombres deben someterse a la influencia controladora del Espíritu de Dios para que la misericordia y la compasión se muestren al que sufre. Debemos comerciar con los bienes del Señor aliviando, en la medida de lo posible, los males de la humanidad. Cada hermano y hermana cristianos deberían ocupar su propio lugar y estar en su propio puesto de trabajo. Podríamos hacer mucho más de lo que se ha hecho para aliviar las penas de los que están hambrientos, desnudos y en peligro, en las cosas temporales y espirituales. El canal está constantemente abierto, y las corrientes de misericordia fluyen siempre de Aquel que tiene un tesoro de provisión, y Él dará a aquellos que son dispensadores de Sus generosidades. Pero la gloria de Dios no progresará si los hombres y las mujeres se apropian para sí mismos de su misericordia incomparable y de sus ricos dones. Tales no son aquellos sobre quienes se pronuncia la bendición celestial. ¡Oh, que los fríos corazones de los hombres, endurecidos por el egoísmo, sean calentados por el amor de Jesús! ¡Oh, que sus corazones sean quebrantados y santificados! Para que se sometan a la voluntad divina. ¡Oh, que el entendimiento de cada miembro de la iglesia sea iluminado, que el corazón de piedra sea cambiado por el corazón de carne, y que el espíritu feroz, malvado y satánico sea expulsado, y que la misericordia y el amor de Cristo posean y controlen el alma! ¡Oh, que el templo del alma sea purificado y se convierta en la morada del Espíritu!

"Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí". El que cree en Jesús se convierte en un canal vivo de luz y bendición para conferir beneficios a los necesitados y a los que sufren. Se convierte en un trabajador junto con Dios. El sarmiento da los mismos racimos de fruto que la vid. El cristiano se hace uno con Cristo en Dios, y Dios lo ama como ama a su propio Hijo. Cuando los discípulos de Cristo se hacen uno con Él, como Él es uno con el Padre, serán un poder en el mundo al revelar la misericordia, el perdón y la verdad de Dios. Los que hacen las obras de Cristo son aceptados en el Amado. La unión con Cristo significa la dispensación de sus bendiciones. Los rayos brillantes del Sol de Justicia resplandecen en misericordia y amor. Los frutos del Espíritu son "amor, alegría, paz, longanimidad, mansedumbre, bondad, fe, mansedumbre, templanza."

Las multitudes deben entrar en el Espíritu del Salvador; porque él no vino a ser ministrado, sino a ministrar. Cuando estén imbuidos del Espíritu de Cristo, valorarán a los hombres como Cristo los ha valorado; trabajarán como Cristo ha trabajado; no fracasarán ni se desanimarán. Verán puertas abiertas por las que siempre fluyen la misericordia y la gracia. Contemplantarán la cruz de Cristo y estimarán el valor de las almas por el costo de la redención. Compartirán con Cristo su intenso afán por salvar las almas de los que perecen y no conocen a Dios. El amor, la piedad y la ternura de Cristo derribarán toda barrera, y hombres, mujeres y jóvenes responderán a la verdad y se presentarán para compartir la carga con Cristo. El amor y la piedad de Cristo les impulsarán a participar con Él en su abnegación y en sus sufrimientos.

26 de septiembre de 1895

Estudio de la Biblia

EGW

"Dado por inspiración de Dios", "capaz de hacernos sabios para la salvación", haciendo "perfecto al hombre de Dios, enteramente preparado para toda buena obra", el Libro de los libros tiene el más alto derecho a nuestra reverente atención. El estudio superficial de la Palabra de Dios no puede satisfacer las demandas que nos hace, ni proporcionarnos el beneficio prometido. Debemos procurar aprender el pleno significado de las palabras de verdad, y beber profundamente el espíritu de los santos oráculos. Leer diariamente un cierto número de capítulos, o memorizar una cantidad estipulada de Escrituras, sin pensar cuidadosamente en el significado del texto, no nos beneficiará en nada. Estudiar un pasaje hasta que su significado sea claro para la mente, y su relación con el plan de salvación sea evidente, es de más valor que la lectura de muchos capítulos sin un propósito definido y sin obtener ninguna instrucción positiva. No podemos obtener sabiduría de la Palabra de Dios sin dedicar una atención sincera y orante a su estudio. Es verdad que algunas porciones de la Escritura son, en verdad, demasiado claras para ser malentendidas; pero hay muchas porciones cuyo significado no puede verse a simple vista; porque la verdad no está en la superficie. Para entender el significado de tales pasajes, la Escritura debe ser comparada con la Escritura; debe haber una investigación cuidadosa y una reflexión en oración. Tal estudio será ricamente recompensado. Como el minero descubre preciosas vetas de metal ocultas bajo la superficie de la tierra, así el que busca perseverantemente en la palabra de Dios como si fuera un tesoro

escondido, encontrará verdades del mayor valor que están ocultas al buscador descuidado.

Debes cavar en la mina de la verdad hasta encontrar su mayor tesoro, y comparando escritura con escritura puedes encontrar el verdadero significado del texto. Pero si no haces de las enseñanzas sagradas de la palabra de Dios la regla y guía de tu vida, la verdad no será nada para ti. La verdad es eficaz sólo en la medida en que se lleva a cabo en la vida práctica. Si la palabra de Dios condena algún hábito que has consentido, un sentimiento que has abrigado, un espíritu que has manifestado, no te apartes de la palabra de Dios, sino apártate del mal de tus obras, y deja que Jesús limpie y santifique tu corazón. Confiesa tus faltas y abandónalas total y decididamente, creyendo en las promesas de Dios y mostrando tu fe con tus obras. Si las verdades de la Biblia se entretajan en la vida práctica, elevarán la mente de la terrenalidad y el envilecimiento. Los que están familiarizados con las Escrituras serán hombres y mujeres que ejercerán una influencia elevadora.

En la búsqueda de las verdades reveladas por el Cielo, el Espíritu de Dios entra en estrecha conexión con el sincero escudriñador de las Escrituras. La comprensión de la voluntad revelada de Dios agranda la mente, la expande, la eleva y la dota de nuevo vigor, al poner sus facultades en contacto con la estupenda verdad. Ningún estudio es mejor para dar energía a la mente, para fortalecer el intelecto, que el estudio de la palabra de Dios. Ningún otro libro es tan potente para elevar los pensamientos, para dar vigor a las facultades, como lo es la Biblia, que contiene las verdades más ennoblecedoras. Si se estudiara la palabra de Dios como es debido, veríamos una amplitud de mente, una estabilidad de propósito y una nobleza de carácter como raramente se ven en estos tiempos.

3 de octubre de 1895

Bienaventurados los puros de corazón

EGW

"Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios". La impureza en el pensamiento o en la práctica oscurece la visión espiritual, de modo que el alma no puede contemplar ni encantarse con el carácter de Dios. El mundo está lleno de desobediencia, y el entendimiento de los hombres se ha entenebrecido tanto por un proceder pecaminoso, que la justicia no se discierne claramente, y por lo tanto no se aprecia por encima de la injusticia. Los puros

de corazón verán a Dios, cuyo carácter está representado en la ley. "A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios.... Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad."

El que tiene un solo ojo para las cosas celestiales y divinas, se deleitará en contemplar a Dios en Cristo Jesús, y al contemplarlo se transformará en su imagen. "Despojaos, pues, de toda inmundicia y superfluidad, y recibid con mansedumbre la palabra injertada, que puede salvar vuestras almas. Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno es oidor de la palabra y no hacedor, semejante es al hombre que mira su rostro natural en un espejo; porque mirándose a sí mismo, se va por su camino, y luego olvida qué clase de hombre era. Pero el que mira la ley perfecta de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en su obra". Procura ser como el Modelo. Cuando está perplejo, pregunta: "¿Cómo haría Jesús en circunstancias similares? Es importante que siga a Cristo, que ajuste mi conducta al modelo de su ejemplo. Sin santidad nadie verá a Dios. Debo obedecer los mandamientos de Dios; porque su ley es un trasunto de su carácter".

Los limpios de corazón verán a Dios. Mientras que todos los hombres verán a Cristo como a un juez, los puros de corazón lo verán como a un amigo; porque Jesús ha dicho: "Desde ahora no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor, sino que os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre os las he dado a conocer". Los puros de corazón verán a Cristo como amigo y hermano mayor. Los que miran constantemente a Cristo en busca de su consejo, los que oran con sinceridad pidiendo su Espíritu Santo, se afligirán si una nube lo oculta de su vista. Satanás pasará su sombra infernal a través de su camino para que el agente humano no discierna a Dios, sino que pueda contemplar al que se interpone entre el alma y Dios, sugiriendo, como hizo con Adán, su sofisma mentiroso para inducir a los hombres a la transgresión. Trama mentiras para sustituir un "Así dice el Señor".

El mundo cristiano de esta época se inclina a aceptar los sofismas de Satanás en lugar de las palabras de Dios. Muchos se han separado de Dios por obras perversas, y no quieren contemplar a Dios ni retenerlo en su conocimiento. No quieren ver a Dios más de lo que hizo Adán cuando se escondió del acercamiento de su Padre celestial. Pero no sigamos el ejemplo de Adán, pues ningún miembro de la familia humana puede esconderse de Dios. Podéis apartar

vuestro rostro de Dios para no verle, pero no podéis ponerlos donde Dios no os vea; porque las tinieblas son para él como la luz, y él conoce todo lo secreto.

Puro por Cristo

"Y si invocáis al Padre, que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno, pasad el tiempo de vuestra estancia aquí con temor". ¿Qué clase de temor? No temor servil. "El temor del Señor es el principio de la sabiduría". Todo ser humano debe temer ofender a Dios, debe temer perder su favor comprometiéndose en cualquier cosa de carácter impuro. "Por cuanto sabéis que no fuisteis rescatados con cosas corruptibles, como oro y plata, de vuestra vana manera de vivir, recibida por tradición de vuestros padres, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación; el cual ciertamente fue predestinado antes de la fundación del mundo, pero manifestado en estos postreros tiempos para vosotros, que por él creéis en Dios, que le resucitó de los muertos y le dio gloria; para que vuestra fe y esperanza estén en Dios."

Hemos de mirar a Jesús como nuestra única esperanza para la eliminación de nuestros pecados, porque en él no hay pecado. Él se hizo pecado por nosotros, para llevar nuestra culpa, presentándose ante el Padre como culpable en nuestro lugar, mientras que nosotros, que creemos en él como Salvador personal, seremos considerados, por sus méritos, como puros de la influencia contaminante del pecado. Por la justicia imputada de Cristo, somos considerados libres de culpa. Cristo ha dado a todo ser humano la prueba de que sólo Él es capaz de soportar la pena, el dolor y el pecado humanos. Aquellos que reclaman a Cristo como su sustituto y garantía, colgando sus almas indefensas sobre Cristo, pueden soportar como ver al que es invisible. A ellos pertenece la bendición: "Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios".

Cuando te traicionen en el pecado, no desesperes. No te demores ni te lamentes en una desesperanzada incredulidad, sino lleva tu caso de inmediato a Jesús. "No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades", sino que, para ser un perfecto Salvador de la humanidad, fue "tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado". Entiende todas las artimañas que el enemigo prepara para los incautos. Sintió nuestras flaquezas; él mismo padeció la tentación. Aunque estaba libre de pecado y no estaba manchado de engaño, mediante una dolorosa experiencia comprendió lo que significa entrar en conflicto con el archiengañador. Él sufrió, resistiendo sus

tentaciones, y sabe lo que el hombre encontrará al resistir el mal. Alienta a las almas que confían en él como su Salvador, prometiéndoles que no serán tentadas más de lo que pueden soportar. "En toda tentación", dice, "yo, vuestro Señor y Salvador, os he preparado una vía de escape".

Cristo pasó por el suelo donde Adán fracasó, y redimió su vergonzoso fracaso. Él se perfeccionó mediante el sufrimiento, y es capaz de socorrer a todos los que sean tentados, y de abrirles una vía de escape para que puedan soportar la tentación. Aunque era hijo, aprendió la obediencia por las cosas que padeció. Sabe compadecerse de todo ser humano, pues ha identificado su interés con los intereses de aquellos a quienes vino a salvar. ¡Qué maravilloso sumo sacerdote es Jesús! Podemos depositar en él la carga de nuestra alma. Podemos poner nuestra mano de fe sobre la promesa de Dios de que perdonará a los culpables y nos imputará la pureza de Cristo. Mediante la fe que obra por el amor, el alma se purifica, y el agente humano puede discernir a Dios; porque es partícipe de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que hay en el mundo por la concupiscencia. La única gran necesidad del pecador es la justicia, y la palabra de Dios se llama "ministerio de justicia", porque presenta al alma contaminada un Salvador sin pecado, que fue hecho pecado por nosotros, para que fuésemos hechos justicia de Dios en él. La justicia de Cristo es un don gratuito; podemos obtenerla sin dinero y sin precio. Cristo mismo se ha hecho portador del pecado. En su propia persona respondió a todas las exigencias de la ley y, mediante la ofrenda de sí mismo, hizo posible que el agente humano cumpliera la ley de Dios y se presentara ante Dios como inocente, aceptado en el Amado.

El poder de Cristo

Aunque los hombres hayan caído por transgresión, pueden recibir el poder moral de Cristo, y volver a su lealtad. Pueden recibir el Espíritu Santo como representante del Señor. Si creen en el testimonio del Espíritu, obedecen las exigencias del Evangelio, siguiendo los caminos de la pureza y la santidad, sabrán que "sus salidas están preparadas como la mañana." El Espíritu Santo conduce a los hombres a Cristo, vincula el alma al Salvador y hace que el agente humano se identifique con Cristo.

Sólo Cristo puede salvar del pecado, porque puede hacernos su justicia y ponerla a nuestra cuenta. Tanto amó Dios al mundo, que dio por nosotros a su Hijo unigénito, para que con este sacrificio infinito no sólo mostrara el carácter terrible del pecado, sino que condenara el pecado en la carne. Los hombres no

pueden continuar en el pecado y permanecer intachables ante Dios; porque Dios no tolerará el pecado. El agente humano debe separarse del pecado, clamando con ferviente hambre del alma: "Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio". El Señor responderá a tal clamor, diciendo: "Un corazón nuevo también te daré".

Si los hombres que ocupan puestos de confianza, no importa en qué línea trabajen, cultivaran esa fe que obra por amor y purifica el alma, experimentarían el poder creador del Espíritu Santo. ¡Qué cambio se produciría en las familias! ¡Qué maravilloso cambio se produciría en nuestras iglesias! Es porque hay tanta falta de la pureza y justicia de Cristo que hay familias infelices e iglesias contaminadas que necesitan limpieza. A menos que esta purificación tenga lugar, el edificio no puede estar bien armado, no puede crecer para ser un templo santo para el Señor. Muchos sostienen la verdad en la injusticia; tienen una teoría de la verdad, pero no están santificados, alma y cuerpo, por medio de la verdad. Al carecer de pureza de corazón, no discernen el pecado en su verdadero carácter, y no tienen una visión correcta de la justicia y del juicio venidero. Controlados por el espíritu del mundo, sus corazones son impuros, terrenales, sensuales, y no pueden tener comunión con el único Dios verdadero, no pueden conocer a Dios, ni a Jesucristo, a quien él ha enviado.

Hay esperanza para el hombre que tiene hambre y sed de justicia, que anhela la pureza del corazón, que desea tener comunión con el Espíritu de Dios. Tal hombre ora, y vela en oración. Busca fuerza para guardar el corazón con toda diligencia, sabiendo que de él salen los asuntos de la vida. "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados". La comunión con Dios significa mucho, y los que tienen esta comunión con Dios, oyen la voz de invitación que dice "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga". Cuanto más humilde sea el alma en su propia estimación, tanto más clara y distintamente se discernirá a Dios. El que está en comunión con Dios reconocerá la excelencia divina de las cosas celestiales, y responderá a la invitación: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón." La palabra de Dios llega con poder al alma, impresionando la mente con las grandísimas y preciosas promesas. Los que aprenden de Cristo, le miran con fervor para captar su Espíritu, y perfeccionan la santidad en el temor del Señor. Sus sentimientos se vuelven puros, sus palabras puras y tiernas, y las arras de la herencia los llevan a caminar en amor, acercándose a Dios, para escuchar la voz del verdadero Pastor.

Los puros de corazón verán a Dios

El que no se ha complacido en contemplar a Dios en este mundo, el que no ha sentido el privilegio de comulgar con Dios, no estará preparado para ver a Dios ni para apreciar su carácter en la vida futura. Los que están ocupados con las cosas terrenales, gozan de un nivel bajo y barato, y sus almas no podrían soportar la pureza de los santos en la luz. La conversación del cielo sería un lenguaje que no podrían entender, y no podrían soportar la pureza de la santidad infinita. El cielo no sería un lugar de perfecta bendición para ellos; porque las facultades de la mente no serían capaces de detenerse en las cosas celestiales.

"Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por eso el mundo no nos conoce, porque no le conoció". Si respiráramos en la atmósfera del mundo, no seríamos considerados por el mundo como extraños; pero si nuestros afectos están puestos en las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios, seremos incomprendidos por el mundo. Pero veremos a Dios, porque nuestro ojo es único para su gloria. Todo nuestro cuerpo estará lleno de luz, porque estamos muertos al pecado y vivos para Dios por Jesucristo, Señor nuestro. Purificados por la fe que obra por el amor, veremos y apreciaremos la preciosidad de Cristo. "Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios".

10 de octubre de 1895

Bienaventurados los pacificadores

EGW

"Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios". ¿Cuántos hay que estén verdaderamente deseosos de ser bendecidos, que no sólo escuchen sino que hagan las palabras de Cristo? Aquellos que no confíen en sí mismos, sino que pongan su confianza en un poder fuera y por encima de ellos mismos, serán capaces de convertirse en hacedores de las palabras de Cristo. Aquellos que vislumbren la perfección del carácter de Cristo, se llenarán del anhelo de ser como él. Desearán ser pacificadores y recibir la bendición que él ha prometido a los pacificadores.

Si la gracia de Cristo permanece en el alma, tendremos la mente de Cristo. "Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados; en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los

hijos de desobediencia; entre los cuales también todos nosotros anduvimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, satisfaciendo los deseos de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás. Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos); y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús."

Si la mente que también estaba en Cristo Jesús está en vosotros, practicaréis las lecciones de Cristo, y porque apreciáis su gran misericordia y amor, seréis pacificadores. Miraréis a Jesús, y os alimentaréis de él, la Vid viva, y como sarmiento daréis la misma clase de fruto que la cepa madre. El enemigo de toda justicia estará listo para llevarlos a un curso que será todo lo contrario del que debe tomar el pacificador. El que ama la discordia y la contienda, te tentará a que actúes en conexión con él mismo para atizar la contienda. Te inducirá a pensar que ves en algún hermano o hermana algo que está mal, y Satanás te instará a que vayas y se lo digas a otros; pero Cristo te ha dicho que vayas a tu hermano y "le digas su falta entre tú y él solamente." ¿A qué líder vas a obedecer? No está de acuerdo con el corazón natural tratar franca y fielmente unos con otros. Parece más fácil decir la falta de tu hermano a otra persona que decírsela a él solo; pero es su oído el único que debe oír tu acusación. El que se aparta de la clara luz que Cristo ha hecho brillar en su camino, pierde el privilegio de ser misionero de Cristo, y se convierte en agente del maligno. ¡Cuántas pruebas eclesíásticas podrían ahorrarse, cuánta amargura e ira podrían ahorrarse, si los profesos seguidores de Cristo obedecieran sus palabras! "Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios". Los bienaventurados son los que trabajan en armonía con Dios, los que son colaboradores de Cristo. La gracia que el Espíritu de Dios imparte es un manantial de vida para el alma, y refrescará a todos los que entren en contacto con el pacificador.

Cuántas almas se han perdido porque los que profesan ser seguidores de Cristo se han ocupado en llevar a cabo los planes de Satanás, y con ello han suscitado contiendas, y han desanimado a las almas, y las han conducido al campo de batalla de Satanás, cuando podrían haberlas ayudado con palabras de bondad y consuelo. Satanás es el que suscita contiendas. Perdió el cielo porque se llenó de envidia, celos y malas conjeturas, porque deseaba ser igual a Dios. Es importante que consideremos que el espíritu que abriguemos ahora, las obras

que hagamos ahora, testificarán de nuestra aptitud o ineptitud para la vida futura. Ahora estamos a prueba, y ha de verse si cumpliremos o no la oración del Señor, y si haremos la voluntad de Dios en la tierra como se hace en el cielo. Los que llevan a cabo los planes de Satanás, y hieren y lastiman a las almas con su proceder, prueban que no son hijos de Cristo. Quienquiera que tenga la palabra de Dios, el instrumento designado de salvación, morando en él, vencerá al maligno, y crecerá en Cristo en todas las cosas. Pero de cuántos puede decirse: "Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios". ¡Cuántos, cuando se ven acosados por la tentación, se equivocan por no ser pacificadores! Su debilidad se encuentra en el hecho de que no estudian las Escrituras con el propósito de practicarlas en su vida diaria. El salmista dice: "En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti"; pero ¡cuántos son destruidos por falta de conocimiento!

Es mejor que cada uno de nosotros haga lo correcto porque es correcto, y así podremos crear a nuestro alrededor una atmósfera de paz. Entonces no se nos encontrará presionando al lado de los agentes humanos de Satanás, para captar su espíritu y repetir sus palabras de acusación y reproche contra los que tratan de ser obedientes a los mandamientos del Señor. No nos uniremos al adversario de las almas, y le ayudaremos a suscitar sospechas y contiendas, y a hacer que las almas que aman a Dios se sientan tentadas a hacer el mal. Por la gracia de Cristo, estas almas serían levantadas para sentarse juntas en los lugares celestiales con Cristo Jesús; pero si los agentes de Satanás vienen a ellas como acusadores de otros, pueden caer de su firmeza, y ser desviadas del camino de la santidad.

Aquellos que están llenos de envidia, celos y malas conjeturas, y que se complacen en hablar mal, ponen de manifiesto que no son aptos para el reino de los cielos porque no son pacificadores. Mediante la prueba y el juicio, se demuestra que son pesados en la balanza y hallados faltos.

"Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia" (no por su espíritu tosco y áspero que les lleva a suscitar contiendas y disensiones, sino "por causa de la justicia"). Los justos son los que desean la paz, y la tendrán a costa de todo, excepto del sacrificio de los principios. No pueden sacrificar la verdad, aunque la adhesión a ella les cueste angustia, reproche, sufrimiento e incluso la muerte. "Porque de ellos es el reino de los cielos". Aquellos que son perseguidos por causa de la justicia, ponen los mandamientos de Dios en primer lugar en sus vidas, y no permiten que ninguna política humana, ninguna promesa de recompensa, ninguna oferta de honor, se interponga entre ellos y su

Dios. No pueden ser inducidos a negar a Cristo y a traicionar su causa. Las ricas promesas de Dios tienen un lugar en su memoria, y cuando el enemigo entra como una inundación, el Espíritu del Señor levanta un estandarte contra él. El Espíritu Santo abre al entendimiento la preciosidad de las Escrituras.

"Bienaventurados seréis cuando os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo, por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque grande es vuestra recompensa en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros." Estas palabras son plenas, amplias y profundas, y no debes abatirte, no debes ser sacudido en la fe, no debes llenarte de murmuraciones o quejas. El tiempo y el valor y la fe son todos preciosos, demasiado preciosos para sacrificarlos al abatimiento, al lamento. Cristo os dice que os regocijéis y os alegréis en gran manera. Todo el cielo está mirando, y está listo para ayudarte. "Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes."

La Iglesia misma necesita convertirse, para que sus miembros se conviertan en canales de luz, sean bendecidos y se conviertan en una bendición. Una vaga confianza en la misericordia de Dios no nos conseguirá el acceso al trono de la gracia, ni atraerá de Dios Padre la bendición que ha dispuesto para los que hacen su voluntad. La fe debe centrarse en la Palabra de Dios, que es espíritu y vida. Cada página de la palabra sagrada está iluminada con los rayos del Sol de Justicia. La palabra de Dios debe ser el apoyo de los afligidos, el consuelo de los perseguidos. Dios mismo habla al alma creyente y confiada; porque el Espíritu de Dios está en su palabra, y una bendición especial recibirán quienes acepten las palabras de Dios cuando sean iluminadas a su mente por el Espíritu Santo. Es así como el creyente come de Cristo, el Pan de Vida. La verdad se ve bajo una nueva luz, y el alma se regocija como en la presencia visible de Cristo.

Cristo eligió a doce hombres de entre la multitud, a los que llamó sus apóstoles. Ellos debían captar las palabras de sus labios y recibirlas en sus corazones, para ser testigos de Él ante el mundo. Aunque los que escuchaban a Cristo entre la multitud quedaban profundamente impresionados por su enseñanza, aunque la muchedumbre se acercaba constantemente a Cristo, los discípulos comprendieron que no debían alejarse de su presencia. Se acercaban a su persona para no perder ni una palabra de aquella enseñanza tan importante. Eran oyentes ávidos y atentos. Comprendían que "la carne no aprovecha para nada",

pero que las palabras que les decía eran "espíritu y vida". Acudían a él porque tenía palabras de vida eterna.

17 de octubre de 1895

La controversia despertada por la verdad

EGW

La congregación que se reunió para escuchar el sermón de Cristo en el monte era una multitud mixta. El corazón de Cristo se compadecía de ellos con ternura, porque sabía cuán grandes eran sus necesidades. Utilizó ilustraciones de las cosas de la naturaleza y de sus prácticas cotidianas para aclarar a sus mentes asuntos de importancia eterna. Sus palabras estaban llenas de tierno amor cuando se dirigía a los cansados y oprimidos. A menudo era interrumpido por las súplicas de los enfermos y afligidos, y mientras curaba sus males físicos, administraba consuelo a sus almas hambrientas. Sus palabras: "Tus pecados te son perdonados", cayeron como una lluvia refrescante sobre algunas almas sedientas, que no sabían qué hacer para obtener la salvación. Y comenzó a enseñarles muchas cosas. Les habló del reino de Dios, presentando la justicia como la primera consideración. Les expuso las exigencias de la ley de Dios. Los mandamientos de Dios habían quedado sepultados bajo una masa de dichos humanos, y era necesario que, como detector, separara lo sagrado de lo común.

Sus discursos crearon discusión entre la gente, y aunque la discusión no es lo más deseable, es preferible a la fría y muerta apatía. Las interpretaciones que Cristo hacía de las Escrituras eran tan nuevas para los que pretendían ser expositores de la ley como para las multitudes que se agolpaban a su paso; porque la verdad había sido mutilada en manos de los escribas y rabinos. Cristo vino a quitar la basura y a dejar que las joyas de la verdad resplandecieran con su belleza inestimable. Sabía que sus discursos crearían controversia, y excitarían las pasiones de los escribas y fariseos; pero sabía también que la controversia sería mejor que la calma, cuando nadie preguntara: "¿Qué es la verdad?". La calma viene después de la tormenta, y la investigación debe ser despertada para que la verdad avanzada pueda ser descubierta. Cuando se despierta la controversia, los defensores de la verdad son acreditados por causar disturbios. Aquellos que están absortos con los negocios, que están buscando la gratificación de los sentidos carnales en pos del placer, no se preocupan por las realidades eternas; pero ¿no deberían presentarse los asuntos eternos a aquellos que están, por así decirlo, durmiendo el sueño de la muerte? Que se despierte la seriedad incluso en medio de la contención, y muchos buscarán la verdad como

un tesoro escondido. En todas las audiencias en que Cristo presentó la verdad en líneas claras, hubo airadas interrupciones por parte de los sacerdotes y gobernantes, y sus protestas condujeron a agudas contiendas, pero en esas audiencias hubo muchos que dijeron: "Este es el Cristo de Dios."

Las Escrituras eran suficientemente claras para probar que Cristo era el Hijo de Dios, el Mesías, la "luz para alumbrar a los gentiles" y "la gloria de tu pueblo Israel"; pero las mentes de los hombres estaban tan entenebrecidas por la mala aplicación de las Escrituras, que, aunque la profecía se cumplía ante sus propios ojos, en las enseñanzas y milagros de Cristo, sin embargo, no reconocían el cumplimiento de la profecía y permanecían en las tinieblas. A veces se convencían de la verdad, pero la humillación de reconocer la verdad era mayor de lo que podían soportar.

¿Por qué la nación judía no aceptó las evidencias que eran tan claras y convincentes? El Espíritu Santo dio testimonio en los milagros que hizo Cristo. Todos los atributos divinos se revelaron en él, y aunque llevaba los sufrimientos de la humanidad, era la Majestad del cielo. No encontró a unos pocos elegidos a quienes enseñar las grandes verdades eternas, sino que expuso estos asuntos ante la multitud; porque el mundo era su campo. Exponía la ley de su reino tanto ante el santo como ante el pecador, ante los grandes hombres del mundo y ante el pueblo llano. La verdad que enseñaba era enviada a los corazones de los que escuchaban por el poder del Espíritu Santo, para que escudriñaran sus corazones como con una vela encendida. Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo. Cristo enseñó los misterios del reino de Dios presentando la verdad a las mentes de los hombres a través de algún objeto natural que desplegaba su naturaleza espiritual. No se trataba de una teoría sutil, inventada por el hombre, que sólo unos pocos podían percibir; era la presentación de aquello que satisfacía las necesidades de los sufrientes y oprimidos. Por muy prejuiciosos que fueran los hombres, se daban cuenta de que sus palabras satisfacían sus necesidades. Sus palabras eran la simplicidad misma, y los más ignorantes podían comprender su significado cuando prometía descanso a los cansados y bendición a los pobres y afligidos. No presentaba la verdad en un lenguaje ambiguo. Había demasiado en juego para hacerlo; porque los ignorantes son muchos, y la vida de paz y descanso se obtiene mediante la recepción de la verdad. Era necesario que fuera tan clara que ninguno de sus oyentes se dejara engañar.

Sacerdotes y gobernantes se habían interpuesto entre el pueblo y Dios, y trataron de interponerse entre ellos y el gran Maestro, tal como lo hacen en nuestros días.

¡Cuán grande será la responsabilidad de los hombres que tratan de impedir que las almas entren en el reino de los cielos! Todo el tenor de la enseñanza de Cristo era contrario al de los rabinos. En su sermón de la montaña derribó el muro de separación que separaba a los hombres por prejuicios nacionales, y enseñó el ejercicio de un amor que debía abarcar a toda la raza humana. Dijo al pueblo: "Habéis oído que se ha dicho: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os odian y orad por los que os ultrajan y os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen lo mismo hasta los publicanos? Y si sólo saludáis a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No lo hacen también los publicanos? Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto."

Cristo enseña que debemos reconocer a nuestro prójimo en toda raza y condición de hombres. No se debe hacer ninguna distinción en cuanto a quién es nuestro prójimo, sobre la base de la pobreza, la riqueza o la posición. Los seguidores de Cristo deben ver a su prójimo en cualquiera que necesite su ayuda. "Todos vosotros sois hermanos". El Señor no ha establecido un reino sólo para los ricos, y lo único esencial para entrar en su reino es la semejanza a Cristo en el carácter. El Legislador explicó el significado de los preceptos divinos, y mostró que no eran requisitos arbitrarios, sino que en su cumplimiento está la vida; pues Cristo, desde la columna de nube, les había dicho claramente que quienes los cumplieran vivirían en ellos. Los Diez Mandamientos son llamados en el Nuevo Testamento la ley real de la libertad. Al obedecer los preceptos divinos, los hombres se asimilarán al carácter divino; porque el carácter de Dios está expresado en su santa ley. Al sustituir sus propias ideas, al erigir su propia norma, llegarán a tergiversar al Padre y a Jesucristo, a quien él ha enviado, quedando muy lejos de la semejanza de Cristo en carácter. Al erigir una norma para sí mismos, se aferrarán a sus propias deficiencias, practicarán sus antiguos hábitos y caerán muy por debajo de la perfección del carácter de Cristo. Pero por la gracia de Cristo, debemos esforzarnos siempre por alcanzar la norma perfecta.

Estamos en un mundo de imperfección, y por todas partes se ve la imagen de falsos Cristos, cristianos que lo son sólo de nombre, pues conservan atributos objetables de carácter que los señalan como súbditos del enemigo, en vez de súbditos del Príncipe Emanuel. Si estuvieran bajo el control de Cristo, llevarían su imagen y superinscripción; pero son falsos cristos, que tergiversan a Jesús,

negándolo cada día en carácter, aunque profesan creer en su nombre. Cristo expuso los preceptos de la ley en su sermón de la montaña; porque sabía que algunos que se apartaban de ella, volverían a la lealtad y se convertirían en representantes del Hijo y del Padre.

24 de octubre de 1895

El culto espiritual es esencial

EGW

El Señor Jesús, en sus lecciones de la verdad divina, trató de inducir a sus oyentes a mirar por debajo de las ofrendas típicas de sacrificio hacia las cosas esenciales simbolizadas por las ordenanzas judías. Exaltó la ley de Dios, mostrando que es más amplia en su carácter que cualquier ley civil para el gobierno de los reinos terrenales. Había inspirado a los profetas el discernimiento de los principios puros y santos que habían comunicado al mundo. Les había presentado su obra de instrucción divina; pero a pesar de que Cristo había establecido línea tras línea y precepto tras precepto, la nación judía se había hundido en una dolorosa idolatría. Hacían de todo forma y ceremonia y descuidaban el culto espiritual. Se revestían de celo en hacer rígidas observancias externas, y concluían que su nación había caído en la decadencia porque habían sido demasiado laxos en sus formas externas. Los maestros se dedicaron a formular nuevas exacciones en sus ceremonias religiosas. El pueblo era llamado a pasar por una fatigosa ronda de ofrendas de purificación. Los rabinos no se contentaron con seguir las especificaciones que habían sido dadas al pueblo a través de Moisés, sino que hicieron minuciosas especificaciones que debían cumplirse. Debían dedicarse a largas y tediosas oraciones, participar en diversos ayunos, en el lavado y limpieza de los vasos y en muchas ceremonias sin sentido.

Cuando el Señor eligió a Juan el Bautista como precursor de Cristo para preparar su camino ante él anunciando al mundo la venida del divino Maestro, se le ordenó especialmente que no recibiera su educación en las escuelas de los rabinos; porque ellos habían mutilado la ley, cargándola con tales requisitos que los hombres no podían obtener una idea correcta de la verdad. Debía alejarse mucho de sus enseñanzas, y en ningún caso dejarse moldear por su imponente despliegue. Su religión carecía de espiritualidad, era una mera piedad mecánica. Juan debía obtener su educación en el desierto, respirando el aire puro y estudiando la palabra no adulterada de Dios a través de sus profetas. Cristo les había enseñado la justicia, el amor a Dios y al prójimo, que eran los requisitos

de la ley. Cuando el gran Maestro en persona vino del cielo, despojó a la ley de la basura de las opiniones de los hombres y repudió sus tradiciones humanas. Elevó la ley real, que había sido degradada por sacerdotes y rabinos, y la presentó como el carácter expreso del único Dios verdadero. Demostró que, tanto en sus disposiciones mínimas como en las más importantes, sería vinculante para siempre para los habitantes del cielo y de la tierra.

Los rabinos vieron que la enseñanza de Cristo contrarrestaba las tradiciones de los ancianos y dejaba sin efecto las ceremonias religiosas que se les habían enseñado como esenciales. La explicación de Cristo sobre lo que constituye la verdadera virtud y los verdaderos principios los condenaba en sus meras observancias externas. Reprendió abiertamente su hipocresía, diciendo a sus discípulos: "Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos."

Los fariseos fueron acusados de quebrantar los mandamientos de Dios. Cristo mismo era la Palabra divina, y había instruido a Israel; pero ellos habían interpretado la palabra de Dios a su manera. En su ceguera, en su separación de Dios, trataron de hacer que las santas enseñanzas de los profetas parecieran sostenerlos en su injusto proceder. Así engañaban a la nación y la hacían beber de fuentes corrompidas. Estaban confundidos en sus concepciones de la verdad. Los rabinos magnificaban nimiedades hasta convertirlas en montañas de importancia, mientras que asuntos de importancia eterna eran depreciados a sus ojos. Los verdaderos principios de la moralidad fueron audazmente socavados.

Pero Jesús presentó la ley en su significado original. En un lenguaje claro y nítido abrió ante las multitudes los principios engañosos de estos maestros hipócritas, que torcían los preceptos más claros de la ley real, por medio de sus tradiciones, de modo que se llegaba a una conclusión totalmente opuesta a la que exigía el precepto claro de Dios. El hombre que era puntilloso en materia de observancias era mirado con la mayor reverencia, aunque su vida interior fuera egoísta, inmoral y depravada. No se tenían en cuenta las enseñanzas de los profetas, ni se obedecían los principios que forjaban la santidad de vida. Todo esto se dejaba de lado como no esencial; pero las exacciones de los rabinos, en las que no había ni una partícula de divinidad, en las que sólo había oscuridad, se consideraban con reverencia supersticiosa.

Con qué piedad y simpatía miraba el Señor a este pueblo extraviado; pero en el sermón de la montaña anunció la ley real en expresiones claras y decididas. Aquellos que servían bajo su bandera debían poseer una piedad, una rectitud

más allá de cualquier cosa presentada en el precepto o el ejemplo de los escribas y fariseos. No permitiría que los hombres pensarán que había venido a acabar con la ley de los profetas. Esta no era su misión. Dijo: "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido".

Los principios del reino de Cristo han de llevarse a la práctica en la vida, en la abnegación y el sacrificio por el bien de los demás. Cristo reveló al Padre como alguien que amaba a la humanidad desde el principio del mundo. El amor de Dios se hizo evidente en las flores que crecían hermosas a su alrededor. Él les había dado estas cosas bellas. Él cuida de las flores y de los pájaros, y ¿no tendría un amor más grande por alguien formado a su propia imagen? El mundo entero, el malo y el bueno, estaba al sol de su amor eterno. En vista del amor del Padre, el Salvador nos exhorta a amar a los demás. En el sermón de la montaña dijo: "Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced el bien a los que os odian y orad por los que os ultrajan y os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos; porque él hace salir su sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos."

31 de octubre de 1895

Ascensión y retorno

EGW

Cristo había permanecido en el mundo durante treinta y tres años; había soportado sus desprecios, insultos y burlas; había sido rechazado y crucificado. Ahora, cuando está a punto de ascender a su trono de gloria -mientras repasa la ingratitud del pueblo al que vino a salvar-, ¿no les retirará su simpatía y su amor? Su promesa a los seres queridos que deja en la tierra es: "Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo". Antes de su conflicto había rogado al Padre que no fuesen sacados del mundo, sino que fuesen guardados del mal que hay en el mundo.

Por fin la pequeña compañía llegó al Monte de los Olivos. Este lugar había sido especialmente santificado por la presencia de Jesús mientras llevaba la naturaleza de hombre. Estaba consagrado por sus oraciones y lágrimas. Cuando había cabalgado hacia Jerusalén, justo antes de su juicio, las laderas del Olivete se habían hecho eco de los gritos de júbilo de la multitud triunfante. En su pendiente descendente estaba Betania, donde a menudo había encontrado

reposo en casa de Lázaro. Al pie del monte estaba el Huerto de Getsemaní, donde había agonizado solo y humedecido el césped con su sangre.

Jesús dirigió la marcha a través de la cumbre, hasta las cercanías de Betania. Se detuvo y todos se reunieron a su alrededor. Rayos de luz parecían irradiar de su rostro, mientras miraba con profundo amor a sus discípulos. No los reprendió por sus faltas y fracasos, sino que palabras de indecible ternura fueron las últimas que cayeron en sus oídos de labios de su Señor. Con las manos extendidas para bendecirlos, y como en la seguridad de su cuidado protector, ascendió lentamente de entre ellos, atraído hacia el cielo por un poder más fuerte que cualquier atracción terrenal. A medida que ascendía, los discípulos, asombrados, buscaban con los ojos entornados la última visión de su Señor ascendente. Una nube de gloria lo recibió fuera de su vista, y en el mismo momento flotó hasta sus sentidos encantados la música más dulce y más alegre del coro de ángeles.

Mientras su mirada seguía clavada en lo alto, se dirigieron a ellos unas voces que sonaban como la música que acababa de encantarles. Se volvieron y vieron a dos seres con forma de hombres; sin embargo, su carácter celestial fue inmediatamente discernido por los discípulos, a quienes se dirigieron con acentos consoladores, diciendo: "Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? este mismo Jesús, que ha sido llevado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo." Estos ángeles eran de la compañía que había estado esperando en una nube brillante para escoltar a Jesús a su trono; y en simpatía y amor por aquellos a quienes el Salvador había dejado, vinieron a quitar toda incertidumbre de sus mentes, y a darles la seguridad de que vendría a la tierra otra vez.

Todo el cielo esperaba para dar la bienvenida al Salvador a los atrios celestiales. Mientras ascendía, él encabezaba la marcha, y la multitud de cautivos que había resucitado de entre los muertos en el momento en que salió del sepulcro, le seguía. Las huestes celestiales, con cantos de alegría y de triunfo, le escoltaban hacia arriba. A las puertas de la ciudad de Dios, una innumerable compañía de ángeles aguardaba su llegada. A medida que se acercaban a las puertas de la ciudad, los ángeles que escoltaban a la Majestad del cielo, en tono triunfal se dirigieron a la compañía en los portales: "¡Levantad la cabeza, oh puertas, y levantaos, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria!".

Los ángeles que aguardan a las puertas de la ciudad preguntan arrobados: "¿Quién es este Rey de gloria?". Los ángeles que lo escoltan responden

jubilosos con cantos de triunfo: "¡El Señor, fuerte y poderoso! ¡El Señor, poderoso en la batalla! Levantad la cabeza, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria". De nuevo los ángeles que esperan preguntan: "¿Quién es este Rey de gloria?", y los ángeles que lo escoltan responden con melodiosos acordes "¡El Señor de los ejércitos! ¡Él es el Rey de la gloria! Entonces se abren de par en par los portales de la ciudad de Dios, y el tren celestial pasa en medio de un estallido de música angélica. Todas las huestes celestiales rodean a su majestuoso Comandante, que ocupa su puesto en el trono del Padre.

Con la más profunda adoración y alegría, las huestes de ángeles se inclinan ante él, mientras el grito de alegría resuena por los atrios del cielo: "¡Digno es el Cordero que fue inmolado de recibir poder, y riquezas, y sabiduría, y fortaleza, y honor, y gloria, y bendición!" Los cantos de triunfo se mezclan con la música de las arpas angélicas, hasta que el cielo parece desbordarse de deliciosa armonía e inconcebible alegría y alabanza. El Hijo de Dios ha triunfado sobre el príncipe de las tinieblas y ha vencido a la muerte y al sepulcro. El cielo resuena con voces que en elevados acordes proclaman: "¡Bendición, honor, gloria y poder al que está sentado en el trono y al Cordero por los siglos de los siglos!".

Está sentado junto a su Padre en su trono. El Salvador presenta a los cautivos que ha rescatado de las cadenas de la muerte, al precio de su propia vida. Sus manos colocan coronas inmortales sobre sus frentes, porque son los representantes y las muestras de los que serán redimidos, por la sangre de Cristo, de todas las naciones, lenguas y pueblos, y resucitarán de entre los muertos, cuando llame a los justos de sus tumbas en su segunda venida. Entonces verán las marcas del Calvario en el cuerpo glorificado del Hijo de Dios. Su mayor gozo lo encontrarán en la presencia de Aquel que está sentado en el trono; y los santos embelesados exclamarán: ¡Mío es mi Amado, y yo suya! Es el primero entre diez mil, y todo él codiciable.

El hecho más precioso para los discípulos en la ascensión de Jesús fue que se fue de ellos al cielo en la forma tangible de su divino Maestro. El mismo Jesús que había caminado, hablado y orado con ellos, que había partido el pan con ellos, que había estado con ellos en sus barcas en el lago, que había buscado retiro con ellos en las arboledas, y que ese mismo día había trabajado con ellos en la empinada subida del Olivar, había ascendido al cielo en forma humana. Y los mensajeros celestiales les habían asegurado que el mismo Jesús a quien habían visto subir al cielo, volvería de la misma manera que había ascendido.

Esta seguridad ha sido siempre, y será hasta el fin de los tiempos, la esperanza y el gozo de todos los verdaderos amantes de Cristo.

7 de noviembre de 1895

La sal es buena

EGW

"Buena es la sal; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué se sazonará? No sirve para la tierra, ni para el muladar; pero los hombres la echan fuera". La sal posee cualidades conservadoras que impiden la corrupción. Cristo, que fue la luz del mundo, que fue propiciación por nuestros pecados, y por los pecados de todos los que creen en él, dijo: "Yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados por medio de la verdad." Los cristianos deben tener una conexión vital con Dios; sus vidas, su carácter, purificados por medio de la verdad, deben poseer cualidades salvíficas que impidan que el mundo entre en una corrupción moral absoluta. Los cristianos reciben instrucción de Jesús, su Ejemplo. Deben orar con fe para estar conectados con su gracia salvadora, para que la justicia de Cristo les sea impartida. Su influencia salvará al mundo de una gran cantidad de crimen e iniquidad, y obrará la reforma de muchas almas.

Pero, ¿qué valor tiene la sal que ha perdido su sabor? Cuando los que dicen ser cristianos no revelan en sus palabras y acciones los atributos de Cristo, son representados como sal que ha perdido su sabor. Cualquiera que sea su profesión, son vistos por los hombres y los ángeles como insípidos y desagradables. De los tales dice Cristo: "Ojalá fueras frío o caliente. Así que, porque eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca". Tienen una apariencia de piedad, una profesión de religión; pero sus vidas la contradicen. Cualquier intento por su parte de defender la verdad carece de peso, porque han perdido su conexión con Dios. El creyente sincero difunde energía vital, que es penetrante, e imparte nuevo poder moral a las almas por las que trabaja. No es el poder del hombre mismo, sino el poder del Espíritu Santo, el que realiza la obra transformadora. "La ley del Señor es perfecta, que convierte el alma". La sal ha conservado su sabor, y ejerce una influencia que se percibe y se estima sobre el carácter de los que la poseen. El Señor dice: "Haré al hombre más precioso que el oro fino, al hombre más que la cuña de oro de Ofir". El que recibe a Cristo por fe viva tiene una conexión viva con Dios, y es un vaso para honra. Lleva consigo la atmósfera del cielo, que es la gracia de Dios, un tesoro que el mundo no puede comprar. El que está en conexión viva con Dios puede estar en una posición humilde, pero su valor moral es tan precioso como el de

José y Daniel, que fueron reconocidos por los reyes paganos como hombres con quienes estaba el Espíritu de Dios. Eran hombres representativos, y se les confiaron las responsabilidades más importantes. Debido a su conexión viva con Dios, tenían poder con Dios y con los hombres, y de ellos podía decirse verdaderamente: "Vosotros sois la sal de la tierra." Representaban el carácter de Cristo, y eran como la sal que poseía cualidades salvíficas esenciales para la transformación del carácter de aquellos con quienes se asociaban.

Daniel era amado de Dios. El que trajo la justicia eterna, el Ungido, el Santo de Dios, aceptó de buen grado la agencia consagrada de su siervo, a través del cual obró imbuyéndole de su Espíritu Santo e impartándole gracia por gracia. De Daniel y sus compañeros en Babilonia el registro celestial declara: "Dios les dio conocimiento y habilidad en toda ciencia y sabiduría; y Daniel tuvo entendimiento en todas las visiones y sueños." Así fue representado el Señor Dios del cielo en los atrios de Babilonia. También fue representado en el reino de Egipto por su siervo José. Estos hombres eran representantes de lo que significa ser "la sal de la tierra". A través de estos agentes Dios podía obrar y obró para dar a conocer su majestad a los reinos paganos del mundo.

Era su integridad moral lo que los constituía la "sal de la tierra". José no quiso sacrificar su pureza de carácter. Cuando fue tentado al mal, se enfrentó al tentador, diciendo: "¿Cómo puedo hacer esta gran maldad, y pecar contra Dios?" Jesús de Nazaret es el representante del Padre. Él es la cadena vital por la que el hombre está unido a Dios. En él habita toda la plenitud, y de él el cristiano puede recibir un suministro constante de gracia, que está representado por las propiedades salvíficas de la sal. Aquellos que tienen un interés personal en Jesucristo poseerán esas cualidades de carácter representadas por la sal, que obrarán para la salvación del mundo. Así es como los cristianos se convierten en testigos vivientes del cielo. Por su vida dan testimonio, diciendo: "Yo sé a quién he creído, y estoy seguro de que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día."

Pero Cristo expresó un hecho doloroso cuando dijo: "Si la sal ha perdido su sabor, ¿con qué será sazonada?". ¿Cómo se preservará al mundo de la corrupción moral? Que estas palabras tengan el debido peso en la mente. El Señor Jesucristo, el Ungido de Dios, está tratando de asimilar nuestros caracteres al suyo. Aunque profesamos grandes cosas, se nos representa como sal que ha perdido su sabor, y como enteramente sin valor, a menos que el Espíritu Santo pueda usarnos como canales por medio de los cuales comunicar al mundo la verdad tal como es en Jesús. Por precepto y ejemplo debemos

revelar al mundo que Cristo ha hecho la reconciliación por el pecado, que Él es nuestra única esperanza, Aquel que ha traído la justicia eterna. Él es el Sacerdote Ungido que siempre vive para interceder por cada alma individual. Nuestra única eficacia es Jesucristo. Debemos representar al mundo su amor, tanto en palabras como en obras. Debemos expresar constantemente al mundo nuestro aprecio por el don inefable de Dios, que nos ha concedido por el gran amor con que nos ha amado. "Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna".

En el don de Jesús está incluido todo el tesoro celestial. Pero qué terrible responsabilidad recae sobre aquellos que oyen la verdad, y que afirman creerla, y que sin embargo no son santificados por medio de la verdad. Testifican al mundo que la verdad que dicen creer no tiene poder santificador, y así hacen que la verdad de Dios carezca de efecto. Es privilegio de los que aceptan a Cristo alcanzar un alto nivel de carácter, y así llegar a ser epístolas vivientes, conocidas y leídas por todos los hombres, como lo fueron José en Egipto y Daniel en Babilonia. No hay razón para que no poseamos fragancia de carácter por los méritos de Cristo, y seamos reconocidos en el cielo como obreros juntamente con Dios. Por medio de Jesucristo podemos ejercer una influencia salvadora en el mundo. Cristo quiere que cada uno de nosotros sea olor de vida para vida. Quiere imputarnos su justicia, para que comuniquemos su bondad, su misericordia y su amor a la humanidad caída. Cuando entremos en el gozo de nuestro Señor, la alabanza ascenderá al trono de Dios, y diremos: "Ningún mérito nos corresponde; Cristo lo hizo todo, y a su nombre sea toda la gloria."

14 de noviembre de 1895

"Teme a Dios y guarda sus mandamientos"

EGW

"Si sabéis que es justo, sabed que todo el que hace justicia es nacido de él". Dios ha probado el carácter de los hombres desde el tiempo de Adán hasta el presente, y siempre ha bendecido a los leales y obedientes. Pero los que guardan la ley de Jehová no gozan del favor del mundo, ni de los cristianos profesos que anulan la ley de Dios. Abel guardó el mandamiento del Señor, y fue odiado por su hermano Caín, y desde el tiempo de la persecución y muerte de Abel a manos de su hermano, ha habido dos clases sobre la tierra que han manifestado las mismas características que mostraron estos dos hermanos. Los hombres justos siempre han sido objeto de los ataques combinados de hombres malvados y

ángeles malvados. Cristo mismo fue traicionado, insultado, escarnecido, azotado y crucificado por instigación de ángeles malignos que actuaban por medio de una clase de hombres que, aunque profesaban gran santidad, eran los peores hipócritas y engañadores.

Después de la caída de Adán en el Edén, el Señor dijo: "Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar". La enemistad se desarrolla y se manifiesta en una clase por la recepción de la verdad, mientras que se desarrolla en otras por su antagonismo con la verdad y la justicia. Una clase vindica la ley de Dios, preservando el orden, deteniendo la maldad y vindicando el honor de Dios. La otra clase anula su ley y persigue a los que obedecen los mandamientos de Dios. El Escudriñador de los corazones dijo de Abrahán: "Yo le conozco, que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, y guardarán el camino del Señor, haciendo justicia y juicio". No habría por parte de Abrahán ninguna traición a la sagrada confianza, ni cedería a ningún poder ni a ningún guía sino a Uno. Abrahán reconoció el hecho de que Jehová tenía una ley, y determinó que guardaría esa ley como la niña de sus ojos. Reconoció el hecho de que estaba sujeto al Legislador, y no se apartaría de su deber. Dios gobierna por la influencia combinada de la autoridad y el afecto, y las bendiciones siguen el rastro de los que obedecen su ley. El Santo nos ha dado reglas por las cuales debemos ser guiados a los atrios del cielo, y estas reglas forman la norma, de la cual no puede haber desvío. Los primeros principios de santidad están aún por aprenderse cuando no se escucha y obedece la voz de Dios como autoridad suprema.

Satanás, con todo su poder magistral, se ha interpuesto entre el hombre y la ley de Dios, para inspirar a los hombres, por medio de la falsedad y el sofisma, la misma rebelión contra Dios y su ley que le mueve a él mismo. Odia a aquellos a quienes no puede engañar. Malinterpreta sus palabras y acciones, y hace que el mundo persiga y destruya, a fin de que en la tierra no haya alma alguna que no esté aliada con el príncipe de este mundo y el gobernante de sus tinieblas. La historia atestigua el hecho de que ningún hombre puede servir a Dios sin entrar en conflicto con las fuerzas unidas del mal. El conflicto entre el creyente y sus enemigos puede ser doloroso y prolongado, y a veces el alma puede, a través de múltiples tentaciones, ceder al poder del maligno; pero Dios no entregará a su siervo para que sea presa del destructor mientras clame a él. El piadoso Salvador conoce su debilidad, y por medio de su siervo Juan, ha enviado al pecador arrepentido un mensaje de consuelo: "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad". "Hijitos

míos, estas cosas os escribo para que no pequéis. Y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo; y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo. Y en esto sabemos que le conocemos, si guardamos sus mandamientos."

De los que honran a Jesús, y guardan los mandamientos del Señor, Cristo ha dicho: "No os maravilléis si el mundo os aborrece". No podemos esperar mejor trato del mundo que el que se da a la ley de Dios. Los que vindican la ley de Dios guardando los mandamientos, serán blanco de la ira del dragón, y la oposición a la justicia no terminará hasta que el mal sea destruido; porque mientras la naturaleza humana esté bajo el control del enemigo de toda justicia, la enemistad contra los justos se manifestará por medio de los hijos de los hombres. La ofensa de la cruz no ha cesado de ninguna manera. Satanás tiene sus baterías más eficientes enmascaradas bajo pretensiones de piedad, y hará que abran fuego contra los seguidores de Jesucristo. Los siervos de Dios deben esperar que serán injuriados, tergiversados, calumniados, perseguidos y oprimidos; porque todos los que "quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución." El pueblo de Dios permanecerá firme en la fe sólo por la gracia de Dios. "El dragón se enfureció contra la mujer, y fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo." El gran rebelde contra Dios está conduciendo sus ejércitos al conflicto; pero que los seguidores de Cristo tengan presente el hecho de que él sólo puede herir el calcañar, mientras que los que son leales a Cristo por su fidelidad y piedad herirán la cabeza de la serpiente. Mientras los hombres anulan la ley de Dios, debemos orar, como lo hizo David: "Ya es hora de que obres, Señor, porque han anulado tu ley." Por medio de Cristo los creyentes obtendrán el dominio, y pulgada a pulgada disputarán el terreno, y obtendrán la victoria.

Que los seguidores de Cristo hagan todo lo posible por enseñar el arrepentimiento hacia Dios y la fe en nuestro Señor Jesucristo. Un alma ganada trae alegría al Padre y al Hijo, y hay regocijo en presencia de los ángeles del cielo, y un himno de alabanza sube de innumerables arpas y voces a través de los atrios celestiales. Los que quebrantan la ley de Dios y enseñan a otros a quebrantar los mandamientos de Dios, no siguen a Jesús, que dice: "Yo he guardado los mandamientos de mi Padre"; siguen a otro líder. Fue la propia voz de Cristo la que proclamó en el monte Sinaí los Diez Mandamientos, y él no contrariará sus estatutos. Satanás, en su rebelión en el cielo, trató de encontrar algún defecto en la ley de Dios, a fin de apoyar su argumento de que la ley de

Dios debe ser cambiada; pero sus esfuerzos fueron en vano. No tuvo éxito, y después de haber engañado a miles de ángeles, y de haberlos atraído a su lado, fue expulsado del cielo. Pero la ley de Dios no fue cambiada ni en una jota ni en una tilde. Dios es sabio e inmutable, y los que se lisonjean de que pueden encontrar una regla de vida más segura que la que Dios ha dado, se engañan con los mismos engaños que llevaron a los ángeles del cielo a unirse a las filas de Lucifer para cuestionar la autoridad de la ley de Dios y la justicia de su gobierno.

Los que tienen verdadera religión bíblica someterán su voluntad a la voluntad de Dios como suprema, y reverenciarán a Dios rindiendo obediencia a sus leyes rectas y justas. Se colocarán bajo el estandarte manchado de sangre del Príncipe Emmanuel, y se reconocerán bajo el control del Gobernante, no sólo de las inteligencias terrenales sino de las huestes del cielo. ¿Puede el hombre elaborar una constitución para el gobierno del mundo que se adapte mejor al propósito que la que Dios ha elaborado? ¿En qué particular es deficiente el código moral? ¿Puede ser enmendado por hombres finitos? Si es así, entonces el hombre puede exaltarse a sí mismo al lugar de Dios. ¿Puede la familia humana permitirse prescindir de uno de los mandamientos que Dios ha dado? Lee atentamente los Diez Mandamientos, y fíjate de cuál se puede prescindir. El hombre de pecado se cree capaz de cambiar los tiempos y las leyes de Dios, y el mundo protestante ha aceptado la autoridad del poder papal, y al hacerlo ha apostatado de Dios. Todas las naciones se han embriagado participando del vino de Babilonia, aceptando la obra presuntuosa del hombre de pecado, que ha manipulado la ley de Dios, y ha pensado cambiar los preceptos de Jehová.

Pero la ley original de Dios está depositada a salvo en el arca del santuario celestial, y será presentada al hombre tal como Dios la grabó en las tablas de piedra. Para el rey en su trono y para el más humilde de sus súbditos, la ley de justicia constituirá la norma del carácter, y por sus preceptos será probada toda obra y sometido a examen todo pensamiento. El cuarto mandamiento se encontrará en el seno del Decálogo tal como fue escrito por el dedo de Dios, y toda alma que haya presumido exaltar el falso sábado por encima del sábado que fue santificado y bendecido y dado a la humanidad para su respeto y observancia, será hallada en desarmonía con la ley de Dios. Dios dio el sábado para que fuera una señal entre él y su pueblo, para que supieran que era el Señor quien los santificaba. Los que han pisoteado a sabiendas el verdadero sábado, mientras han exaltado a su lugar una institución espuria, tendrán que responder de su acción ante el Señor que hizo el cielo y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos. Dios se ha proclamado un Dios celoso.

¿Pueden los hombres presumir de pensar que se puede encontrar un camino mejor que el que Jehová les ha señalado? La obediencia a los mandamientos de Dios coloca los pies del hombre en el camino real que conduce a la santidad y al cielo. Pablo pregunta: "¿Quién os ha embrujado para que no obedezcáis a la verdad?". Bien puede hacerse esta pregunta a los que tienen mentes que buscan razones de por qué los hombres se apartan de Dios. Satanás no pudo presentar razones definidas de por qué deseaba que la ley de Dios fuese cambiada o abolida. Se limitó a declarar su convicción de que los ángeles estarían mejor sin la ley, pero no pudo decir de qué manera se verían favorecidos. Deseaba exaltarse por encima de Dios y convencer a las huestes del cielo de que su sabiduría era superior a la del Omnipotente. La familia humana se ha embriagado con el vino de Babilonia, y los hombres borrachos no razonan. Han tomado grandes bocanadas de los sofismas de Satanás, y están decididos a no ver la necesidad de aceptar otra norma, mientras desechan la ley del Señor de los ejércitos.

La verdadera santificación consiste en someter la voluntad a la voluntad de Dios, en obedecer sus mandamientos y en hacer de su norma de justicia el objetivo de nuestra vida. Si los hombres consintieran en seguir plenamente al Señor, si no se confundieran con el vino de Babilonia, verían que alterar la norma del Señor, apartarse de sus mandamientos, es la peor especie de rebelión. Esto está bien representado como el vino de la ira de la abominación de Babilonia, la copa que ella ha dado a beber a todas las naciones. Si no fuera por esto, miles, sí, millones, se encontrarían en el camino trazado para los rescatados del Señor. Pero la voluntad de Dios, expresada en su ley, la dirección que ha dado para guiar a los hombres en el camino del cielo, es autoritativa y divina. Tenemos más que un camino real al cielo, tenemos una senda divina por la que viajar. Las opiniones de los hombres no deben pesar como enmiendas a la ley de Dios; porque la ley de Dios es la expresión de la voluntad y de la mente de Dios, de Aquel que es inmutable en su consejo. Los preceptos de la ley no son dados a la familia humana como proposiciones para criticar. Son las declaraciones y decisiones positivas de un Juez infalible, y permanecerán eternamente. Son las mismas leyes que probarán el carácter, por las cuales seremos juzgados por las obras hechas en el cuerpo. ¿Quién os ha hechizado para que vosotros, que sois finitos por naturaleza, que sois pecadores y errantes, os atreváis a manejar la ley de Dios de la manera en que lo hacéis? ¿Cómo es que os creéis en libertad de anular las decisiones de Jehová, de quitar los antiguos mojones y de sustituir los verdaderos tableros por falsos hitos que lleven a los hombres a seguir el camino del primer gran apóstata en vez de seguir a Jesucristo? Dios no ha dejado que su ley sea refrendada, vilipendiada o

anulada según el gusto de sus criaturas. El sabio declara la verdadera actitud del hombre ante la ley, y dice: "Oigamos la conclusión de todo el asunto: Temed a Dios y guardad sus mandamientos, porque éste es todo el deber del hombre. Porque Dios someterá a juicio toda obra, con toda cosa secreta, sea buena o sea mala."

21 de noviembre de 1895

"Después lo cortarás"

EGW

Cristo pronunció una parábola para transmitir al pueblo una verdad que recordaría siempre. Dijo: "Un hombre tenía plantada una higuera en su viña; y vino a buscar fruto en ella, y no lo halló. Entonces dijo al viñador: He aquí, hace tres años que vengo buscando fruto en esta higuera, y no lo hallo; córtala; ¿por qué se acumula en la tierra? Respondiendo él, le dijo: Señor, déjala también este año, hasta que cave alrededor de ella y la estercole; y si da fruto, bien; y si no, después la cortarás." Durante tres años Cristo había buscado cuidadosamente fruto entre el pueblo judío. Se les habían concedido ricas oportunidades y privilegios. Durante tres años y medio Cristo había tabernaculado entre los hombres. "El Verbo se hizo carne, y habitó [tabernaculó] entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad". Era como la sombra de una gran roca en tierra desierta, donde no hay agua. Él refrescaba constantemente a la humanidad abriendo a los hombres las frescas corrientes del arroyo que fluye del Líbano. Buscaba siempre refrescar su viña. Trataba de dejar su impronta en los corazones y caracteres de sus seguidores. Identificaba su interés con el de la humanidad caída. Su debilidad era su debilidad. Su necesidad era su necesidad. Como un humilde suplicante que buscaba la fuerza divina de la mano de su Padre, tomó la actitud de peticionario, para que él mismo pudiera ser vigorizado y refrescado por la conversación con Dios.

Cristo asumió la naturaleza humana, pero la unió diariamente a la naturaleza divina. Dedicó noches enteras a la oración, dejando un ejemplo para toda la humanidad; pues así como él se apoyaba en Dios, fuente de toda fuerza, así nosotros debemos ser vigorizados y refrescados, fortalecidos para el deber y preparados para la prueba, mediante la comunión con Dios.

Cristo trabajó por su viña. Príncipe de los cielos, era sin embargo el intercesor de los hombres, y tenía poder ante Dios, y prevalecía por sí mismo y por su

pueblo. Mañana tras mañana se comunicaba con su Padre celestial, recibiendo de él cada día un nuevo bautismo del Espíritu Santo. El Señor lo despertaba de su sueño en las primeras horas del nuevo día, para que su alma y sus labios fueran ungidos con la gracia que debía impartir a los demás. Sus palabras le fueron dadas frescas desde los atrios celestiales, palabras que podría decir a tiempo a los que estaban cansados y oprimidos. De Cristo leemos: "El Señor Dios me ha dado la lengua de los doctos, para que sepa hablar a tiempo al que está cansado; despierta de mañana en mañana, despierta mi oído para oír como los doctos".

El Hijo de Dios, teniendo humanidad sobre sí, vivió en nuestro mundo como un agente humano. Recorrió el camino que el hombre debe recorrer. Suplicó por la humanidad sufriente hasta que su humanidad se cargó de una corriente celestial que debía conectar a la humanidad con la divinidad. Elevó súplicas por un pueblo sobre el que el príncipe de las tinieblas se esforzaba por dominar. Sanó a los enfermos, alivió a los sufrientes y oprimidos, consoló a los afligidos y restauró a los descarriados, buscando y salvando lo que estaba perdido. Cristo trabajó por su viña, diciendo palabras a su tiempo. Pero qué frase tan ominosa es ésta: "Y si diere fruto, bien; y si no, después la cortarás". Nuestro Salvador estaba llamando a la nación judía al arrepentimiento. A ellos les dijo: "Si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente". En la parábola de la viña, Cristo les representó la manera en que Dios había tratado con ellos. Les mostró las bendiciones que Dios les había dado; porque la viña era un símbolo de la nación judía.

Bien podría preguntar la nación judía: "¿Qué significan estas palabras: Y después la talarás?". Se les podría haber contestado: "Oh habitantes de Jerusalén, éste es vuestro día de oportunidad y privilegio, vuestro día de misericordiosa visitación". Aún era tiempo de que conocieran las cosas que pertenecían a su paz. Jesús estaba en medio de ellos, el único que tenía poder para salvarlos; pero su incredulidad, su resistencia, les estaba trayendo sus resultados seguros de dureza de corazón e impenitencia, y los estaba llenando de terquedad y rebelión. Jesús estaba difundiendo luz, esparciendo sus bendiciones por todas partes, derramando misericordias sobre los ingratos y los malos. Sus misericordias no fueron reconocidas, y Jesús, la Luz, el Camino y la Verdad, fue rechazado. Todavía les quedaba un breve espacio antes de que se pronunciaran las palabras irrevocables. ¿Terminará el tiempo de la prueba, y *después* se pronunciará el mandato del cielo. "Cortadla; ¿para qué se acumula en la tierra?". Habían cumplido la palabra: "No quisieron mi consejo; menospreciaron toda mi reprensión". No tenían a quién culpar sino a sí mismos

si perecían en sus pecados. Jesús les había dicho: "No queréis venir a mí para tener vida".

El Señor había castigado a menudo a los enemigos de la nación judía, y había salvado a su pueblo cuando sus enemigos se proponían destruirlo. Como poderoso guerrero había levantado su mano para hacer retroceder a los poderes de las tinieblas, obrando en favor de su pueblo para que los judíos y las demás naciones tuvieran la oportunidad de ver el carácter de Dios representado en Cristo Jesús. Les dio la oportunidad de arrepentirse y creer en el unigénito Hijo de Dios. Y "a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios". Se portó bien con la nación judía, incluso cuando se entregaron a la idolatría. No los veía como árboles frutales, sino como sembradores de la tierra. Éstos no eran meramente inútiles, sino decididos estorbos. Su religión era engañosa y producía ruina en vez de salvación.

Pero el gran Maestro había emprendido la tarea de corregir el mal que existía en el mundo. Trató de romper el hechizo que paralizaba toda energía espiritual. ¡Con qué autoridad hablaba, con qué gracia ganadora hacía sus invitaciones, sus seguridades y sus promesas! Sus mandatos y denuncias estaban revestidos por igual de un lenguaje que elevaba y elevaba. Sus palabras eran la expresión de una ternura y un amor paternales. En ningún caso rebajó la norma de la ley de Dios. Vino a mostrar al mundo su valor, su carácter elevado. Era el Deseado de las naciones, la única esperanza del mundo, y fue obediente a todos los mandamientos de Dios, mostrando así el carácter divino. Vino para probar a la nación judía, para probarla según el plan de Dios. Si persistían en continuar en la transgresión, perecerían miserablemente. Este será el destino de todos los que hagan oídos sordos a las palabras de invitación y advertencia enviadas por Dios. Aquellos que se nieguen a escuchar en este día de prueba, tendrán que afrontar los resultados de su propia perversidad. Podrán aferrarse ávidamente a los tesoros de la tierra, buscar sus honores y placeres, pero ¡qué escena presentará el juicio cuando se abran los libros, y cada uno sea recompensado según hayan sido sus obras!

El valor del alma se estima por la cruz del Calvario. El Señor aprecia a las almas por las que murió, y quiere que sean súbditas de su reino; pero el dios de este mundo ciega las facultades perceptivas de los hombres para que no vean su peligro. A ellos les dice Cristo: "¡Si conocieras, tú también, al menos en este tu día, las cosas que pertenecen a tu paz!". Sigue suplicando que comprendan el día de su visitación, diciendo, como hizo el jardinero respecto al árbol

infructuoso: "Déjalo también este año, hasta que cave a su alrededor y lo estercole, y si da fruto, bien; y si no, después lo cortarás."

5 de diciembre de 1895

Tened cuidado

EGW

"Sabed también esto, que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque los hombres serán amadores de sí mismos, avaros, jactanciosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, transgresores, acusadores falsos, incontinentes, fieros, despreciadores de los que son buenos, traidores, embriagadores, altaneros, amadores de los placeres más que de Dios; teniendo apariencia de piedad, pero negando la eficacia de ella; de tales cosas apartaos."

La clase aquí mencionada por el apóstol no son simples paganos. Los describe como "teniendo apariencia de piedad, pero negando la eficacia de ella". Dice: "Y como Janes y Jambres se opusieron a Moisés, así también éstos se oponen a la verdad; hombres de mente corrompida, réprobos en cuanto a la fe". Esta es una descripción del carácter que se manifestará entre los que profesan la piedad en los últimos días. Pero habrá otra clase. El apóstol dice: "Sí, y todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución. Pero los malos hombres y los seductores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados."

Los engañadores son aquellos que han apartado sus oídos de oír la verdad, y que han abierto la puerta de su corazón para la entrada de los sofismas de Satanás. Al principio, los que finalmente son engañados no creen lo que ellos mismos suponen; pero a medida que malinterpretan las Escrituras, a medida que afirman haber recibido nueva luz, a medida que entran en desvíos, a medida que repiten sus propias falsedades, llegan a considerar sus teorías como asuntos de importancia. Engañan a otros, presentando los argumentos que fueron preparados por la sinagoga de Satanás. Cada repetición de sus errores los confirma en sus falsas teorías. Son inspirados por las agencias satánicas para presentar falsedades ante los demás, y finalmente llegan a creer una mentira, engañando y siendo engañados. Pero Pablo exhortó a Timoteo, diciendo: "Persiste en lo que has aprendido y de lo cual estás seguro, sabiendo de quién lo has aprendido; y que desde niño has conocido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús.

Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra."

"Ahora bien, el Espíritu habla expresamente, que en los últimos tiempos algunos se apartarán de la fe, prestando atención a espíritus seductores y a doctrinas de demonios [espiritismo]; hablando mentiras con hipocresía; teniendo su conciencia cauterizada con un hierro candente."

"Pero de los tiempos y las sazones, hermanos, no tenéis necesidad de que os escriba. Porque vosotros mismos sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá como ladrón en la noche. Porque cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escapan. Pero vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón. Todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas. Por tanto, no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios. Porque los que duermen de noche, y los que se embriagan, de noche se embriagan. Pero nosotros, que somos del día, seamos sobrios, vistiéndonos la coraza de la fe y del amor; y por yelmo, la esperanza de la salvación."

Dios ha provisto a cada uno de una armadura completa, pero tenemos la necesidad de ponérmola.

"Porque Dios no nos ha destinado a la ira, sino a obtener la salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo, que murió por nosotros, para que, velemos o durmamos, vivamos juntamente con él. Por tanto, confortaos unos a otros y edificaos mutuamente".

"Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas. Viendo, pues, que todas estas cosas serán deshechas, ¿qué clase de personas debéis ser en toda santa conducta y piedad, aguardando y esperando la venida del día de Dios, en el cual los cielos, ardiendo, serán deshechos, y los elementos ardiendo se fundirán? Pero nosotros, según su promesa, esperamos cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia. Por tanto, amados, puesto que esperáis tales cosas, procurad con diligencia ser hallados por él en paz, sin mancha e irreprochables."

"Y mirad por vosotros mismos, no sea que en cualquier momento sus corazones se sobrecargan con el exceso, y la embriaguez, y los cuidados de esta vida, y así

ese día venga sobre vosotros sin avisar. Porque como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra. Velad, pues, y orad siempre, para que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie delante del Hijo del hombre."

Como pueblo, ¿tenemos suficientemente en cuenta esta advertencia? Si descuidamos prestar atención, si consideramos la advertencia con indiferencia, si permitimos que las cosas terrenales y temporales tomen nuestra atención, y perdemos nuestra comprensión del carácter esencial de la oración, seremos encontrados entre aquellos que no son considerados dignos de escapar. La justicia de Cristo debe ser nuestra primera consideración. El servicio de Dios debe ser nuestro primer asunto. Cristo ha dicho: "Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor". ¿Cuántos admiten que los mandamientos son de Dios, y sin embargo descuidan obedecerlos plenamente! Juan no deja lugar a dudas sobre los mandamientos que debemos obedecer. Años después de la resurrección de Cristo, escribe:

"Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis. Y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo; y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo. Y en esto sabemos que le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él. Mas el que guarda su palabra, en éste verdaderamente se ha perfeccionado el amor de Dios; en esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo. Hermanos, no os escribo mandamiento nuevo, sino el mandamiento antiguo que ya teníais desde el principio. El mandamiento antiguo es la palabra que habéis oído desde el principio."

No se ha hecho ningún cambio en la ley desde el principio. Es la misma que era antes de la caída de Satanás; y en los atrios celestiales la familia angélica obedece la ley de Dios como lo hacían cuando se echaron los cimientos de la tierra, cuando las estrellas de la mañana cantaban juntas, y todos los hijos de Dios gritaban de alegría.

12 de diciembre de 1895

El carácter de la Ley revelado en la vida de Cristo

EGW

En la oración de Cristo por sus discípulos, dijo respecto a ellos: "La gloria que me diste, yo les he dado; para que sean uno, como nosotros somos uno: Yo en ellos, y tú en mí, para que se perfeccionen en uno [en unión espiritual]; y para que el mundo conozca que tú me has enviado, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado".

La gloria de Cristo es su carácter, y su carácter es una expresión de la ley de Dios. Él cumplió la ley en todas sus especificaciones, y dio al mundo en su vida un modelo perfecto de lo que es posible alcanzar para la humanidad mediante la cooperación con la divinidad. En su humanidad, Cristo dependía del Padre, del mismo modo que ahora la humanidad depende de Dios para alcanzar la perfección de carácter. La ley de Dios es un exponente de su carácter, una expresión de su santidad; pero, vista por quien ha caído por el pecado, es una voz de condenación, un ministerio de muerte. No corresponde a la ley perdonar al transgresor, porque "por la ley es el conocimiento del pecado". "Por la ley nadie será justificado". Ningún rayo de esperanza brilla de la ley para el pecador, y su transgresor no puede encontrar respuesta de la ley a su ansiosa pregunta: "¿Qué haré para ser salvo?". "¿Cómo seré justo con Dios?".

Pero a través de Cristo se ha proporcionado una vía de escape. Nuestro Redentor vino en la carne para condenar el pecado en la carne, para aferrar el alma arrepentida con un agarre inflexible y, al mismo tiempo, para aferrarse al trono de Dios, convirtiéndose en el vínculo de unión entre la humanidad y la divinidad, entre la tierra y el cielo. Él es el único refugio para el alma culpable. Al buscar conocer a Dios, el hombre se dirige a Cristo, que vivió la ley de Dios y manifestó al mundo los atributos del Padre. En el Hijo de Dios se revela la inefable bondad de Dios, porque en Él se encuentran la misericordia y la verdad, la justicia y la paz se besan. "Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna". Cristo en la carne, condenando el pecado en la carne, fue una perfecta revelación de Dios al mundo. Cristo declaró: "Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí".

En respuesta a la petición de Felipe: "Señor, muéstranos al Padre, y nos basta", dijo Jesús: "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú:

Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras." El Señor Jesús es la encarnación de la gloria de la Divinidad. La luz del conocimiento de la gloria de Dios se ve en el rostro de Jesucristo. Dios se ha revelado a los hombres; se rebajó a tomar sobre sí nuestra naturaleza, y en su Hijo vemos la gloria de los atributos divinos. Los que no ven en Cristo el carácter divino están a la sombra de la tergiversación que Satanás hace de la divinidad. "El dios de este mundo ha cegado el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del glorioso Evangelio de Cristo, que es la imagen de Dios". "El cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo purgado por sí mismo nuestros pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas." "En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de los pecados; quien es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda criatura."

En Cristo Jesús hay una revelación de la gloria de la Divinidad. Todo lo que el agente humano puede saber de Dios para la salvación del alma, es la medida del conocimiento de la verdad tal como está en Jesús, a la que puede llegar; porque Cristo es el que representa al Padre. La verdad más maravillosa que pueden captar los hombres es la de "Emanuel, Dios con nosotros". Cristo es la sabiduría de Dios. Él es el gran "YO SOY" para el mundo. Al contemplar la gloria del carácter divino tal como se revela en Cristo, nos vemos llevados a exclamar: "¡Oh profundidad de las riquezas, tanto de la sabiduría como de la ciencia de Dios!". Esta sabiduría se manifiesta en el amor que se extiende para la recuperación del hombre perdido y arruinado.

La obra de Dios en la creación del hombre no necesitaba deshacerse. No había nada imperfecto, nada incompleto. Él habló y fue hecho. El mismo polvo de la tierra del que se formó el hombre era puro, y el aliento de vida que Dios sopló en su nariz era santo. Fue colocado en el Edén, el jardín de Dios, y su atmósfera era inmaculada, y desde los rayos del sol en los cielos que bendecían y alegraban la tierra, hasta las fuentes y los arroyos que regaban el jardín, todo era santo, todo estaba revestido de una pureza sin mancha y de una belleza sin igual, y estaba en armonía con el carácter del Padre y del Hijo, por quienes fueron hechos los mundos, y en quienes estaba la vida, y la vida es la luz de los hombres.

Pero en la transgresión del hombre fueron deshonrados tanto el Padre como el Hijo. El hombre cometió pecado, y el pecado es la transgresión de la ley, que es

santa, justa y buena. Por el pecado, el templo de Dios, que él había construido para su propia morada y gloria, quedó reducido a ruinas, caído y en decadencia. Satanás engañó a la santa pareja para su propia destrucción, e introdujo un elemento de carácter que era antagónico a Dios y a sus semejantes. Antes de la entrada del pecado, los corazones de los hijos de Dios habían estado llenos de amor hacia su Creador, y estaban en armonía con su voluntad; pero al ceder al tentador, un elemento beligerante comenzó a obrar en el agente humano. Hasta la misma tierra muestra la maldición de la transgresión, y aparecen signos de enemistad. Las tinieblas cubren la tierra como el manto de la muerte, y seguirán cubriendo la gloria de Dios hasta que la muerte sea devorada por la victoria.

En la creación de Dios antes de la entrada del pecado, cada parte de la naturaleza estaba en perfección; Dios no tenía nada que quitar como innecesario para su plan. No necesitaba poner en funcionamiento ningún poder con el cual desposeer; no necesitaba inaugurar ninguna fuerza opositora. Pero por la calamidad del pecado, comenzó la obra de desintegración, y el hermoso templo del edificio de Dios fue profanado y puesto en ruinas. Dios ya no habitaba en el corazón del hombre. Para oponerse y echar por tierra la obra del enemigo, se dio la promesa: "Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar".

En los concilios del cielo, se proporcionó esperanza a la raza caída. Jesucristo ofreció su vida como rescate por los perdidos, como el precio por el cual podría comprar el derecho de recrear al pecador, y formar de nuevo la imagen de Dios en el alma. El hombre caído debía ser renovado a semejanza divina. Debía ser elevado, perdonado y redimido, no por la ley, sino por Jesucristo, nuestra Justicia. Los ángeles vuelan en medio del cielo, proclamando la buena nueva de que se ha encontrado un rescate, y que los tesoros que han estado ocultos durante siglos y generaciones en Cristo, van a ser expuestos ante un universo maravillado.

En Cristo se encuentra un recurso que nunca antes había sido invocado. Vistiendo su divinidad con humanidad, con la riqueza de los tesoros del cielo a sus órdenes, iba a venir a nuestro mundo para contrarrestar la ruina que Satanás había forjado. ¡Qué escena aquella en la que ángeles, querubines y serafines se regocijaban mientras se apresuraban por los atrios celestiales, proclamando que se había encontrado un rescate, y que Dios podía ser justo, y sin embargo ser el justificador de aquel que creyera en el rescate que se había proporcionado! La ley podía ser magnificada y honrada, y sin embargo el hombre caído podía ser restaurado a más de su antigua dignidad y gloria, y exaltado como vencedor de

las huestes satánicas. Todo aquel que creyera en Jesús sería recreado para andar en novedad de vida, y de las ruinas que Satanás había labrado por el pecado, se levantaría en pureza y santidad el templo caído del Señor. El hombre debía ser reconstruido, formado a imagen de Jesucristo, la Sabiduría de Dios. "A quien viniendo, piedra viva, desechada a la verdad por los hombres, pero para Dios escogida, preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sois edificados como casa espiritual, para ser un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, agradables a Dios por medio de Jesucristo."

2 de enero de 1896

Cristo revela el carácter de la Ley

EGW

"Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo". El Hijo de Dios revistió la divinidad de humanidad. Isaías lo describe diciendo: "Un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, para ordenarlo y confirmarlo con juicio y con justicia desde ahora y para siempre". Dios en la naturaleza humana es el misterio de la piedad. Cristo, unigénito del Padre, era la imagen expresa de la persona de su Padre, el resplandor de su gloria, y vino al mundo no para condenar al mundo, sino para salvarlo. Dios estaba en Cristo en forma humana, y soportó todas las tentaciones que acosan al hombre; en nuestro favor participó en los sufrimientos y pruebas de la dolorosa naturaleza humana. "Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos. Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados". En su naturaleza humana fue "tentado en todo según nuestra semejanza", "padeció siendo tentado", pero no había en él mancha de pecado.

La condescendencia por parte del Hijo de Dios estaba incluida en el plan de Dios para el despliegue de la sabiduría divina a los hombres caídos. Sólo la divinidad unida a la humanidad podía alcanzar a ésta e impartir vida espiritual a los que estaban "muertos en delitos y pecados". Para obrar la restauración de los caídos, era necesario que la voluntad del hombre entrara en armonía con la voluntad divina. Dios se propuso que los hombres se conformasen al Modelo

divino. La gloria de la sabiduría de Dios resplandece continuamente ante la humanidad en el Hijo de Dios. "Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado". Cada paso que Cristo avanzó desde el pesebre hasta el Calvario estableció su carácter como Aquel que podía decir sin ninguna calificación: "He guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor." ¡Qué ideas tan exaltadas de la ley de Dios obtenemos al contemplar a Jesús cumpliendo cada precepto, y representando el carácter de Dios ante el mundo! Fue cumpliendo la ley como Cristo dio a conocer al Padre al mundo.

El plan de redención es perfecto en todas sus partes. No disminuye las exigencias de la ley de Dios ni en una jota ni en una tilde, al salvar al pecador de la justa pena de la ley. Mediante la provisión de la muerte del Hijo unigénito de Dios en favor de los pecadores, se demuestra la inmutabilidad de la ley de Dios para el tiempo y la eternidad. La justicia honra la ley de Dios al proporcionar un sustituto para el transgresor; porque Cristo dio su propia vida como rescate para que Dios pudiera ser justo y, sin embargo, ser el justificador del que cree en Jesús. La obra de salvar a los perdidos por el mérito de Cristo engrandece la ley y armoniza con toda perfección de Jehová. En el plan de salvación se rinde el más alto honor a la ley del gobierno celestial, y sin embargo se dispensa gratuitamente misericordia a los hijos caídos de Adán. Cada alma creyente, cooperando con el Gran Restaurador, es bendecida con la gracia celestial y dotada de los más ricos tesoros de la gloria de Dios. La imaginación no puede imaginar nada más glorioso que lo que se alcanza mediante el plan de la redención. Bien podemos exclamar: "¡Oh profundidad de las riquezas tanto de la sabiduría como del conocimiento de Dios!".

Mediante la obediencia del Hijo de Dios, mediante su sumisión para soportar la pena de muerte por la transgresión humana, la ley es magnificada y honrada ante el universo. Los ángeles, los querubines, los serafines y los mundos no caídos contemplan la ley vindicada y exaltada. Mediante el despliegue de la perfección de la naturaleza divina ven la imagen de Dios restaurada en el hombre, y el honor del gobierno divino mantenido. La sabiduría de Dios ha abundado hacia todos los hijos e hijas de Adán. Cristo entregó su vida, derramó su sangre, sufrió la pena de muerte por el pecador y se convirtió en el portador del pecado para toda alma creyente y arrepentida. Vemos el pecado plenamente castigado en el Sustituto, y al pecador plenamente salvado por Su mérito. Vemos la ley de Dios altamente exaltada, sin dejar de lado ni una jota ni una tilde de su autoridad, mientras que el transgresor, confiando en el mérito del Sustituto, es justificado por la ley. En el plan de la salvación se encuentran la

misericordia y la verdad, la justicia y la paz. No hay vacilación en los principios de los mandamientos de Dios; pero son pronunciados por los ángeles del cielo, por los habitantes, de nuestro mundo caído, y por las almas justificadas, como "santos, y justos, y buenos."

Cristo, el exaltado de Dios, Dios que habita en la humanidad, debe ser amado y obedecido. Su vida es un modelo a imitar por todo el mundo. Cada uno de nosotros puede conocer a Dios en Cristo, uno con cada creyente. Cada uno puede exclamar con Pablo: "La vida que ahora vivo en la carne, la vivo por la fe del Hijo de Dios". En la cruz de Cristo está la prueba segura de que existe el perdón de los pecados. Cristo crucificado es la fuente de toda sabiduría y virtud para el hombre.

Podemos decir: "Yo sé a quién he creído, y estoy seguro de que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día". Pero, aunque confiemos en Dios, no estaremos exentos de pruebas y tentaciones. A menudo tendremos que sufrir severas desilusiones y soportar la pesadumbre del corazón debido a que el mundo malinterpreta nuestros motivos y propósitos. Pero, aunque abatidos, no seremos abandonados por Dios, a menos que rompamos el eslabón de oro de la cadena que nos une a Dios a través de Cristo. Jesús es nuestro Modelo. La Majestad del cielo, el Rey de gloria, fue tentado en todo según la tentación del hombre pecador. Pero por medio de Cristo podemos ser colocados en terreno ventajoso, y llegar a ser partícipes de la naturaleza divina, escapando de la corrupción que hay en el mundo por la concupiscencia.

9 de enero de 1896

La obediencia es mejor que el sacrificio

EGW

La palabra del Señor ha de ser obedecida sin discusión; ha de ser la autoridad suprema en nuestra vida. Saúl se apartó del mandamiento expreso del Señor, y trató de calmar los remordimientos de conciencia persuadiéndose de que el Señor aceptaría su sacrificio y pasaría por alto su desobediencia. Cuando el profeta Samuel salió a su encuentro, Saúl actuó como si se considerase un hombre justo, y exclamó: "Bendito seas tú del Señor; yo he cumplido el mandamiento del Señor". Pero las señales inequívocas de su desobediencia eran tan manifiestas que su afirmación de obediencia tenía poco peso. "Y Samuel dijo: ¿Qué significa, pues, este balido de las ovejas en mis oídos, y el mugir de los bueyes que oigo? Y Saúl respondió: Los han traído de los amalecitas; porque

el pueblo perdonó lo mejor de las ovejas y de los bueyes, para sacrificar a Jehová tu Dios." "Y Samuel respondió: ¿Se complace tanto Jehová en los holocaustos y sacrificios, como en obedecer la voz de Jehová? He aquí, obedecer es mejor que los sacrificios, y escuchar que la grosura de los carneros, Porque la rebelión es como el pecado de hechicería, y la obstinación como la iniquidad y la idolatría. Por cuanto has desechado la palabra del Señor, él también te ha desechado para que no seas rey."

Aunque desobedeció el mandato expreso del Señor, Saulo afirmó que había cumplido las instrucciones que se le habían dado; y en nuestros días hay quienes afirman ser hijos de Dios y siguen una conducta similar. Pero Juan nos dice que "el que comete pecado es del diablo".

Hay quienes afirman estar enteramente santificados, y sin embargo persisten en mantener una guerra implacable contra la ley de Dios. No necesitamos especificar a qué clase pertenecen, pues Juan ha declarado claramente que "el que comete pecado es del diablo". "Todo aquel que es nacido de Dios no comete pecado", es decir, no se encuentra en transgresión de la ley de Dios. No debemos dejarnos engañar por las elevadas pretensiones de quienes se jactan de una piedad avanzada, pues nuestro Salvador nos ha dado una regla para medir sus pretensiones. Dice: "Por sus frutos los conoceréis". "A la ley y al testimonio; si no hablan conforme a esta palabra, es porque no hay luz en ellos".

"Bienaventurados los inmaculados de camino, los que andan en la ley del Señor. Bienaventurados los que guardan sus testimonios y lo buscan de todo corazón. Ellos tampoco hacen iniquidad; andan en sus caminos. Tú nos has mandado guardar tus preceptos con diligencia. ¡Oh, si mis caminos fuesen encaminados a guardar tus estatutos! Entonces no me avergonzaré, cuando respete todos tus mandamientos. Te alabaré con rectitud de corazón, cuando haya aprendido todos tus justos juicios. Guardaré tus estatutos.... Dame entendimiento, y guardaré tu ley; sí, la observaré con todo mi corazón. Hazme seguir la senda de tus mandamientos, porque en ella me deleito.... No quites de mi boca la palabra de verdad, porque en tus juicios he esperado. Así guardaré tu ley continuamente por los siglos de los siglos. Y andaré en libertad, porque busco tus preceptos. Hablaré también de tus testimonios delante de los reyes, y no me avergonzaré. Y me deleitaré en tus mandamientos, que he amado. Alzaré también mis manos a tus mandamientos, que he amado; y meditaré en tus estatutos.... Oh cómo amo tu ley! Es mi meditación todo el día. Tú, con tus mandamientos, me has hecho más sabio que mis enemigos, pues ellos están siempre conmigo. Tengo más

entendimiento que todos mis maestros, porque tus testimonios son mi meditación. Entiendo más que los antiguos, porque guardo tus preceptos".

El lenguaje de David será el lenguaje de todo corazón verdaderamente obediente y santificado. Pero los que continuamente derraman amargura contra la ley de Jehová, tienen otro espíritu. Están siguiendo el liderazgo de aquel que primero trajo el pecado al mundo, y que ha obrado, y sigue obrando, con todo engaño de injusticia. Por medio de sus tergiversaciones de la ley de Dios, Satanás indujo a muchos de los ángeles del cielo a ponerse de su parte en la apostasía y la rebelión, y por este mismo método ha logrado que el mundo, y aun la mayor parte de la iglesia profesamente cristiana, estén enemistados con la ley de Jehová. Pero el hecho de que Satanás tenga al mundo de su lado, no argumenta que la verdad sea error, o que el error sea verdad. Los números no pueden hacer del pecado otra cosa que pecado: la transgresión de la ley de Dios.

"En esto se manifiestan los hijos de Dios y los hijos del diablo: el que no hace justicia no es de Dios, ni el que no ama a su hermano". Todo carácter debe ser sometido a la prueba de esta medida; pero ha sido el propósito decidido de Satanás derribar la norma de la ley de Dios, y erigir en su lugar una norma inferior, una medida finita por la cual los hombres puedan medirse entre sí; y así sus ideas en cuanto a lo que constituye la justicia se han rebajado y confundido. Esta es la razón por la que un número tan grande de los que profesan ser seguidores de Cristo, afirman ser perfectos y santificados cuando son pecadores a los ojos de Dios.

"Porque este es el mensaje que habéis oído desde el principio: que nos amemos unos a otros". Juan se refiere en estas palabras no a un mandamiento nuevo, sino al mandamiento antiguo, que oísteis desde el principio: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo." "No como Caín, que era de aquel inicuo, y mató a su hermano. ¿Y por qué lo mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas". Los que no se conforman con la ley de Jehová, no se conforman con los que magnifican la ley de Dios, llamándola santa, justa y buena. Manifiestan el mismo espíritu de amargura, malicia y odio que Caín hacia Abel. El hermano menor cumplió la orden expresa de Dios de llevar el sacrificio al altar; pero Caín, exaltando su juicio por encima del del Infinito, determinó traer una ofrenda de acuerdo con sus propias ideas. Cuando el Señor manifestó su aprobación del proceder de Abel, y se negó a aceptar la ofrenda de Caín, éste se llenó de envidia, celos y odio, y mató a su hermano, cuyas obras justas condenaban su proceder pecaminoso.

Muchos, muchos en el mundo cristiano están siguiendo un curso del orden del que siguió Caín. El Señor ha dado a los hombres su ley, y ha prometido que bendecirá a los que guarden sus mandamientos. En el cuarto mandamiento ordenó a los hombres que guardaran el sábado, monumento conmemorativo de su obra y poder creadores; pero los hombres han recurrido a muchas invenciones, y se ha permitido a Satanás abrirse camino en la fe y la doctrina de la iglesia supuestamente cristiana, hasta que el sábado del Señor, monumento conmemorativo del poder creador, ha sido dejado de lado, y la ley ha sido anulada por los hombres pecadores, mientras que en su lugar se ha instituido un sábado espurio. Los hombres declaran que el primer día de la semana se conmemora en honor de la resurrección de Cristo de entre los muertos, cuando no se puede encontrar ni una línea en la palabra de Dios que exija esto a sus manos. "Mejor es obedecer que los sacrificios, y prestar atención que la grosura de los carneros". Pero muchos barren por completo los Diez Mandamientos, anunciando que fueron clavados en la cruz con la ley ceremonial de tipos y sacrificios. Mientras profesan honrar al Hijo guardando un día en honor de su resurrección, derraman desprecio sobre la ley de Jehová, y siguen el curso de Caín al ofrecer lo que Dios nunca ha ordenado, y al ignorar un mandato claro que él ha dado. Los que obedecen la voz de Dios, como Abel, reciben de manos de los desobedientes un trato semejante al que Abel recibió de manos de Caín. Juan dice: "No os maravilléis, hermanos míos, si el mundo os aborrece".

La palabra de Dios ha de ser de suprema autoridad. El Señor dice: "No romperé mi pacto, ni mudaré lo que ha salido de mis labios". Dios no podría cambiar ni un tilde de su ley sin dejar de ser supremo. Los hombres no pueden torcer la ley de Dios para adaptarla a sus ideas, y, al no lograr armonizarla con ellos mismos, quebrantan sus mandamientos y violan sus preceptos. Demasiado tarde aprenderá el mundo que ellos no pueden juzgar la palabra de Dios, sino que la palabra de Dios los juzgará a ellos. ¡Ojalá que los hombres consideraran cuán insensato y perverso es contender con Dios! ¡Ojalá dejaran de oponer su voluntad a la voluntad del Infinito! Los que se oponen a Dios aprenderán que, al hacerlo, han abandonado el único camino que conduce a la santidad, a la felicidad y al cielo.

16 de enero de 1896

El pecado condenado en la carne

EGW

"Dios, enviando a su propio Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne, para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos según la carne, sino según el Espíritu."

Satanás declaró que era imposible que los hijos e hijas de Adán cumplieran la ley de Dios, y así acusó a Dios de falta de sabiduría y de amor. Si no podían guardar la ley, entonces había falta en el Legislador. Los hombres que están bajo el control de Satanás repiten estas acusaciones contra Dios, al afirmar que los hombres no pueden guardar la ley de Dios. Jesús se humilló a sí mismo, revistiendo su divinidad de humanidad, a fin de erigirse en cabeza y representante de la familia humana, y condenar con el precepto y el ejemplo el pecado en la carne, desmintiendo las acusaciones de Satanás. Fue sometido a las tentaciones más feroces que la naturaleza humana puede conocer, y sin embargo no pecó; porque el pecado es la transgresión de la ley. Por la fe se aferró a la divinidad, así como la humanidad puede aferrarse al poder infinito a través de él. Aunque fue tentado en todo como los hombres, no pecó. No renunció a su lealtad a Dios, como Adán.

Los fariseos acusaron a Cristo de quebrantar el sábado porque había curado a un hombre en día de sábado; pero sus palabras hicieron evidente que no había violado el mandamiento de Dios. Declaró que ignoraban tanto las Escrituras como el poder de Dios, y les recordó que si hubieran sabido lo que significa esto: "Misericordia tendré, y no sacrificio", no habrían condenado al inocente. Llevó sus mentes a la ley y al testimonio, a las palabras que él mismo había pronunciado cuando estaba envuelto en la columna de nube, y les reveló los principios de la ley de Dios. Les mostró que aliviar el sufrimiento del hombre o de la bestia en el día de reposo estaba en armonía con el mandamiento de Dios. Les dijo: "¿Qué hombre habrá entre vosotros que tenga una sola oveja, y si ésta cayere en una fosa en día de sábado, no echará mano de ella y la sacará? Pues ¿cuánto más vale un hombre que una oveja? Por tanto, es lícito hacer bien en los días de reposo". Les señaló la acción de David, cómo cuando tuvo hambre, y los que estaban con él, "entró en la casa de Dios, y comió los panes de la proposición, que no le era lícito comer a él, ni a los que estaban con él, sino sólo a los sacerdotes". Fue su propia ignorancia del verdadero significado de la ley de Dios lo que los envalentonó a acusar a Cristo del pecado de quebrantar el

sábado. Si hubieran podido encontrar una sola acción que violara cualquier mandamiento del Decálogo, no habrían perdido tiempo en condenar a Cristo. Pero fue porque no se le pudo encontrar ninguna falta que tuvieron que contratar a hombres para que dieran falso testimonio contra él. En su ansiedad y determinación por darle muerte, tuvieron que perjurar sus almas.

Cristo tomó sobre sí la naturaleza humana, y se hizo deudor de cumplir toda la ley en favor de aquellos a quienes representaba. Si hubiera fallado en una jota o tilde, habría sido un transgresor de la ley, y habríamos tenido en él una ofrenda pecaminosa e inútil. Pero él cumplió cada especificación de la ley, y condenó el pecado en la carne; sin embargo, muchos ministros repiten las falsedades de los escribas, sacerdotes y fariseos, y siguen su ejemplo apartando al pueblo de la verdad.

Dios se manifestó en la carne para condenar el pecado en la carne, manifestando perfecta obediencia a toda la ley de Dios. Cristo no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca. No corrompió la naturaleza humana, y, aunque en la carne, no transgredió la ley de Dios en ningún particular. Más que esto, le quitó al hombre caído toda excusa que pudiera alegar como razón para no guardar la ley de Dios. Cristo estuvo rodeado de las debilidades de la humanidad, fue acosado por las tentaciones más feroces, tentado en todos los puntos como los hombres, y sin embargo desarrolló un carácter perfectamente recto. No se encontró en él mancha alguna de pecado.

Mediante la victoria de Cristo se proporcionan al hombre las mismas ventajas que él tuvo; para que pueda ser partícipe de un poder fuera y por encima de sí mismo, incluso partícipe de la naturaleza divina, por medio de la cual puede vencer la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia. En la naturaleza humana, Cristo desarrolló un carácter perfecto. "Porque ciertamente no tomó sobre sí la naturaleza de los ángeles, sino que tomó sobre sí la simiente de Abraham. Por lo cual fue necesario que en todo fuese semejante a sus hermanos, para que fuese misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, a fin de expiar los pecados del pueblo. Porque en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados." "El cual, en los días de su carne, habiendo ofrecido oraciones y súplicas con gran clamor y lágrimas al que podía salvarlo de la muerte, y habiendo sido oído en lo que temía; aunque era Hijo, aprendió la obediencia por las cosas que padeció; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser Autor de eterna salvación para todos los que le obedecen."

La humanidad de Cristo es llamada "esa cosa santa". El registro inspirado dice de Cristo, "Él no hizo pecado," él "no conoció pecado," y "en él no había pecado." Era "santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores". Él tabernaculó entre los hombres. Este testimonio acerca de Cristo muestra claramente que condenó el pecado en la carne. Ningún hombre puede decir que está irremediamente sujeto a la esclavitud del pecado y de Satanás. Cristo ha asumido las responsabilidades de la raza humana, y los pecados de todos los que creen le son imputados a él. Se ha comprometido a ser responsable de ellos. Obedeció cada jota y tilde de la ley, para testificar ante los mundos no caídos, ante los santos ángeles, ante el mundo caído, que aquellos que creen en él, que lo aceptan como su ofrenda por el pecado, que confían en él como su Salvador personal, serán favorecidos por su justicia, y llegarán a ser partícipes de su naturaleza divina. Testifica que por su justicia imputada el alma creyente obedecerá los mandamientos de Dios.

Juan señaló a Cristo, diciendo: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo". El Hijo del Dios infinito no quita al hombre su obligación de guardar todos los mandamientos de Dios. Pero con Cristo formado en su interior, el apóstol declara: "Estáis completos en él, que es la Cabeza de todo principado y potestad." Todas nuestras transgresiones son transferidas a Cristo. Mientras que el que no conoció pecado fue hecho pecado por nosotros, y el que no tiene pecado es considerado pecador, la justicia de Cristo es colocada sobre el que no la merece, de modo que el pecador arrepentido es declarado sin pecado ante Dios. Pero si un hombre se ciega a la luz, y endurece su conciencia, y no se reconoce a sí mismo como un pecador perdido y deshecho, y necesitado de un Salvador, su pecado permanecerá. No cree en el Hijo unigénito del Dios infinito. Como Caín, se niega a ofrecer a Dios la sangre del Hijo de Dios. Se niega a reconocer que "de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna".

Es muy importante que comprendamos el arte de creer, que aceptemos individualmente la provisión que se ha hecho para que tengamos vida eterna. La compasión divina fue conmovida por la ruina del hombre, y Dios envió a Cristo al mundo para que su propio brazo trajera la salvación a la raza humana, que se hallaba en peligro, desamparada y atada en cautividad al carro de Satanás. Dios vio al hombre perdido y arruinado, y sin posibilidad de recuperarse. Las capacidades y facultades que le habían sido confiadas se habían desviado de su propósito y se habían degradado al servicio del yo, de Satanás y del pecado. Vio que los hombres perdían de vista las solemnes

realidades de la eternidad y, al ver la ruina a la que se precipitaban, la compasión divina se sintió conmovida por un mundo caído y se dispuso su recuperación con los recursos ilimitados del amor divino. Se hace provisión para que aquellos que discernen su apostasía puedan volver a su lealtad. Los que regresen encontrarán el corazón del Padre abierto para recibirlos, lleno de anhelante ternura y compasión hacia ellos. Los agentes humanos son demasiado preciosos para Dios como para dejarlos sin todos los esfuerzos posibles de su parte para su recuperación. En la recuperación de cada alma, Dios realizará una alegría peculiar. "Así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentirse".

Evidencias de la fe:

Fue por la recuperación de la ley que Cristo exhibió una integridad santa en medio de la corrupción universal, y manifestó una adhesión inquebrantable al derecho cuando la verdad, la equidad y la justicia eran objeto de desprecio y escarnio popular. Vivió la ley de Dios, reconociendo así plenamente el derecho supremo de Dios a gobernar y a ser obedecido incluso en un mundo hundido en la incredulidad y que anulaba su ley. Cuanto más duramente fue probado, tanto más fielmente se adhirió a la verdad de Dios. Esta debe ser también nuestra experiencia, y si somos partícipes de los sufrimientos de Cristo, tanto más seguramente seremos partícipes de su gloria. Cuanto más decididas sean la incredulidad y la corrupción del mundo, tanto más clara y conspicua debe brillar la integridad y la lealtad de los seguidores de Cristo. Cuanto más generalmente prevalezca la apostasía, tanto más firmes deben permanecer los hijos de Dios en defensa de las leyes del gobierno de Dios. Cristo es nuestro ejemplo. Cuando la maldad crecía como un torrente rugiente a su alrededor, él se mantuvo firme como una roca. Era un testigo verdadero, fiel, autorizado e inflexible de Dios. ¡Qué carácter el de Cristo! Al contemplarlo, nos transformaremos a su imagen, de carácter en carácter. Si de verdad queremos ser testigos de Cristo, debemos contemplarle, trabajar como él trabajaba, orar como él oraba. Debemos pelear la batalla de la fe, vestidos con la armadura de la justicia de Cristo. Cristo declaró que no hacía nada por sí mismo, sino sólo lo que veía hacer a su Padre.

Ministros de Dios, estudiad la lección de la vida de Cristo. Judas describe a los cristianos como aquellos "que son santificados por Dios Padre, y preservados en Jesucristo, y llamados." A ellos dirige este saludo: "Misericordia, paz y amor os sean multiplicados. Amados, habiendo puesto toda mi diligencia en escribiros acerca de la común salvación, me fue necesario escribiros

exhortándoos a que contendieseis ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos."

23 de enero de 1896

La gracia resultará en liberalidad

EGW

Los que aman y sirven a Dios lo manifestarán amando y sirviendo a sus semejantes. Pablo nos presenta el ejemplo de conversos de mentalidad liberal, que en sus obras de caridad superaron sus expectativas más optimistas. Su amor al prójimo era el resultado de su entrega al Señor. Se entregaron a la obra del Espíritu divino, y sus corazones se sintieron atraídos por una compasión tierna, semejante a la de Cristo, para aliviar a los necesitados y a los que sufrían. Reconocieron la obligación que recaía sobre ellos y obraron en armonía con la voluntad de Dios, glorificando así a su Padre celestial.

Los que tienen la mente de Cristo no pueden mirar con indiferencia el sufrimiento humano. No pueden ser desalmados, fríos y egoístas. Los que se inclinan naturalmente a la ternura y a la simpatía cuando se entregan sin reservas a Dios, cooperarán con Él en la realización de obras de misericordia, en el alivio de los afligidos, aunque ello exija la práctica de la abnegación. Pero los que no cultivan la gratitud a Dios por su misericordia y amor hacia ellos, los que no aprecian el gran don de Cristo a nuestro mundo, no manifestarán simpatía por los que sufren y los necesitados, no tratarán de consolar a los afligidos, de atender a los huérfanos y a las viudas. Pueden, como los fariseos, hacer largas oraciones, y sin embargo robar a la viuda y al huérfano, olvidando en su dureza de corazón que el Señor juzgará a los que descuidan al necesitado y al que sufre como si lo hubieran descuidado a él en la persona de sus santos.

"Pero esto digo: El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará. Cada uno dé como propuso en su corazón, no con tristeza ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre". El Señor ha confiado sus bienes a sus agentes humanos, y cuando los miembros individuales de la iglesia se convierten en hacedores de las palabras de Cristo, no viven para complacerse y glorificarse a sí mismos, sino que viven para hacer el mayor servicio posible a Jesucristo sirviendo a sus semejantes. Al hacerlo, adquieren una experiencia que tiene más valor que las grandes riquezas. Aunque el trabajo exige abnegación, aunque sus medios sean limitados, buscan el alivio de la humanidad que sufre. Abrigan la fe que obra

por el amor y purifica el alma del egoísmo, y que los pone en estrecha relación con Dios. Cuando la verdad encuentra por primera vez a los hombres, los encuentra poseídos del espíritu del mundo; pero no los deja con este espíritu. Cuando se recibe la verdad, comienza a obrar la obra de la santificación en el corazón, la mente y el carácter. La verdad purifica, eleva y transforma el alma hasta que los hombres revelan una semejanza con el carácter de Aquel que se dio a sí mismo para salvar a un mundo que perece. El egoísmo, la egolatría, el orgullo, la extravagancia y la ostentación son los resultados naturales de la rebelión contra Dios; pero es obra de Cristo someter nuestras malas prácticas, desprender nuestros zarcillos de las cosas terrenales y entrelazarlos en torno a Dios. El que recibe el amor de la verdad será transformado en su carácter; pero si la verdad no es acogida en el corazón, si la puerta se cierra a la entrada de la palabra de Dios, el corazón y el carácter permanecen inmutables. Los que se resisten a la verdad, siguen abrigando el amor del mundo.

Fue la gracia de Dios concedida a las iglesias de Macedonia la que se tradujo en liberalidad y desinterés. Pablo escribe acerca de su benevolencia, diciendo: "Cómo en una gran prueba de aflicción la abundancia de su gozo y su profunda pobreza abundaron hasta las riquezas de su liberalidad". Dice: "Porque doy testimonio de que, aun más allá de sus fuerzas, estaban dispuestos por sí mismos, rogándonos con muchas súplicas que recibiésemos el don y tomásemos sobre nosotros la comunión del servicio a los santos. Y esto hicieron, no como nosotros esperábamos, sino que primero se entregaron al Señor y a nosotros por la voluntad de Dios". El pueblo del que escribe Pablo estaba bajo la opresiva mano de la pobreza, pero incluso "su profunda pobreza abundaba en las riquezas de su liberalidad." El Espíritu Santo obró grandes cambios en el carácter de los que buscaban la verdad como un tesoro escondido. La iglesia de Macedonia llegó a ser representativa de lo que puede ser una iglesia cuando es iluminada por la palabra de Dios. Habían gustado del maná celestial, y habían sido hechos partícipes del Espíritu Santo, y fueron transformados a la semejanza de Cristo. Pero la gracia de Dios es capaz de hacer hoy la misma obra transformadora en el carácter humano. Pablo dice: "Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra (como está escrito: Repartió, dio a los pobres; su justicia permanece para siempre. Y el que da semilla al sembrador, os dará pan para vuestro sustento, multiplicará vuestra semilla sembrada y aumentará los frutos de vuestra justicia); siendo enriquecidos en todo con toda abundancia, lo cual causa por medio de nosotros acción de gracias a Dios. Porque la administración de este servicio no sólo suple la necesidad de los santos, sino que también abunda en muchas acciones de gracias a Dios."

6 de febrero de 1896

Es lícito hacer el bien en sábado

EGW

"Aconteció que entrando en casa de uno de los principales fariseos para comer pan en sábado, le estaban observando. Y he aquí que estaba delante de él un hombre que tenía la hidropesía".

Jesús había sido invitado a la casa de este fariseo principal, y él había aceptado la invitación para que, como era su costumbre, sembrara semillas de verdad en su conversación a la mesa. Había muchos que por este medio habían tenido el privilegio de conocer a Cristo. Se encontró con ellos en términos familiares y les reveló la verdad. Se convencían de la verdad no sólo por lo que él decía, sino por la pureza y elevada nobleza de su carácter. Las ocasiones en que los hombres se reunían con él en los hogares de sus compatriotas no se olvidaban; pero incluso después de su humillación, su juicio, rechazo, condena y crucifixión, después de su resurrección, cuando salió de la tumba como triunfante conquistador, los hombres recordaban las palabras que había pronunciado en los momentos en que habían compartido con él la hospitalidad del pueblo.

El fariseo que había invitado a Cristo a su casa en esta ocasión era un gobernante de Israel, miembro del Sanedrín, hombre de reputación e influencia. Jesús no había aceptado su invitación con el propósito de satisfacer su apetito, o para proporcionarse una hora de diversión; sino que la había aceptado con el propósito de representar el carácter de Dios. Debía dar testimonio de la verdad y (en la medida de lo posible) dejar la impronta de su propia imagen divina en las almas humanas. Era el Maestro enviado de Dios, la Luz del mundo, que había resucitado para derramar rayos divinos de luz sobre todos los que estaban en las tinieblas del error. Era la Revelación de Dios, y debía decir palabras que el Espíritu Santo les recordaría más tarde.

Los cristianos pueden aceptar con seguridad invitaciones a cenas donde se reúna una compañía promiscua, si siguen el ejemplo de Cristo y actúan por los mismos motivos que nuestro Salvador. Su influencia estará del lado correcto si hablan palabras que impresionen con la verdad divina a los reunidos, y siembren así la semilla de la vida eterna.

Pero los fariseos no habían invitado a Cristo para oír hablar de cosas eternas. Llenos de celos y envidia, él y sus invitados habían trazado planes con los que esperaban desacreditar a Cristo. El hombre con hidropesía que se sentó ante Cristo había sido elegido a propósito como medio para condenar a Cristo. El hombre que sufría fue colocado directamente ante Cristo, "y lo vigilaban" para ver si violaba sus tradiciones y sanaba al hombre en el día de reposo, a fin de encontrar ocasión para condenarlo a muerte. Sabían que Cristo siempre expresaba simpatía por la aflicción humana, y que siempre ejercía su poder para aliviar a la humanidad sufriente. Jesús leyó sus corazones como un libro abierto. No tenían necesidad de decirle cuáles eran sus pensamientos. Se adelantó a todos sus argumentos y reveló el hecho de que leía sus preguntas y propósitos. "Respondiendo Jesús, habló a los doctores de la ley y a los fariseos, diciendo: ¿Es lícito curar en sábado? Si hubiera curado al hombre sin cerrar la boca a sus acusadores, le habrían acusado inmediatamente de quebrantar el sábado. Hizo esta pregunta ante los invitados para que estos hombres no se aventuraran a adoptar la postura de que no era lícito. Se habrían visto obligados a contestar, si respondían honestamente: "La ley no prohíbe el trabajo que alivia el sufrimiento del hombre o de la bestia en el día de reposo." Jesús les dio la oportunidad de revelar sus sentimientos y señalar el motivo de su objeción a sus obras de misericordia. Pero "callaron". Eran lo bastante sabios para ver que ésta era la mejor política. Sabían que su Huésped comprendía perfectamente la ley, y que era capaz de poner en claro sus falsedades y desvelar sus subterfugios ante los presentes. Y tomando al hombre de la hidropesía, "le sanó, y le dejó ir".

Pero, a pesar de su silencio, Jesús sabía que los fariseos estaban planeando en sus mentes cómo podrían culparlo. Y "les respondió, diciendo: ¿Quién de vosotros tiene un asno o un buey que haya caído en un hoyo, y no lo saca inmediatamente en día de reposo?". Cuando les preguntó. "¿Es lícito curar en día de sábado?", dice el acta. "Ellos callaron." Y cuando presentó su argumento, "no pudieron responderle de nuevo a estas cosas". Pero, aunque no pudieron responderle, no estaban menos disgustados porque su plan para condenarlo había provocado su propia condenación. Sabían que era práctica de su pueblo salvar la vida de una criatura muda, aunque requiriera atención en el día de reposo. Consideraban conforme al mandamiento del sábado llevar a su buey o a su asno al agua, y ¿por qué no era del todo apropiado aliviar el sufrimiento humano en sábado?

Cristo había hablado de manera tranquila y convincente. Al devolver la salud al enfermo, había dado pruebas de que en él había vida. Por las lecciones que había dado, por el milagro que había realizado, había respondido a la pregunta de si

era lícito curar en sábado. Mostró la falacia de los argumentos de los escribas y fariseos, que en varias ocasiones anteriores le habían acusado de violar el sábado al curar a los enfermos y aliviar a los que sufrían. Se vieron obligados a guardar silencio, porque no podían encontrar ningún argumento para responder al Señor Jesús que no los colocara bajo una luz muy desfavorable. El razonamiento que habían empleado entre ellos había parecido muy concluyente, y habían fermentado las mentes de muchos de los presentes con la sutileza de sus argumentos. Pero ahora, antes de que pudieran presentar sus argumentos, Cristo les había respondido, y quedaron indefensos; porque todos reconocieron que Cristo había dicho palabras de verdad y de justicia.

Cristo supo actuar con serenidad e inteligencia, y echar por tierra sus planes de condenarle. Las palabras del Señor eran como flechas afiladas que iban al blanco y herían el corazón de sus acusadores. Cada vez que Cristo se dirigía al pueblo, fuese grande o pequeña su audiencia, sus palabras tenían efecto salvador sobre las almas de algunos de sus oyentes. Ningún mensaje que saliera de los labios de Cristo debía perderse. Cada palabra que pronunciaba imponía una nueva responsabilidad a los que la oían. Los ministros que están dando el último mensaje de misericordia al mundo, que están presentando la verdad con sinceridad, que están confiando en la fuerza de Dios, nunca deben temer que sus esfuerzos sean en vano. Nadie puede decir que la flecha de la verdad no ha dado en el blanco y ha atravesado el alma de los que escuchan. Aunque ningún ojo humano pudo ver el vuelo de la flecha de la verdad, aunque ningún oído humano oyó el grito del alma herida, sin embargo la verdad ha cortado silenciosamente su camino al corazón. Dios ha hablado al alma, y en el día de la cuenta final el ministro de Dios estará de pie con los trofeos de la gracia redentora para dar honor a Cristo, a quien se debe honor. Dios, que ve en secreto, recompensará abiertamente a los que han declarado la verdad en su nombre.

13 de febrero de 1896

La prueba de la lealtad

EGW

"Pero ¿dónde se hallará la sabiduría? y ¿dónde está el lugar de la inteligencia? El hombre no conoce su precio, ni se halla en la tierra de los vivientes. La profundidad dice: No está en mí; y el mar dice: No está conmigo. No puede comprarse por oro, ni se pesará plata por su precio. No puede valorarse con el oro de Ofir, ni con el precioso ónice, ni con el zafiro. El oro y el cristal no

pueden igualarlo; y no se cambiará por joyas de oro fino. No se hará mención del coral, ni de las perlas; porque el precio de la sabiduría está por encima de los rubíes. El topacio de Etiopía no la igualará, ni será valorada con oro puro. ¿De dónde, pues, viene la sabiduría, y dónde está el lugar del entendimiento? He aquí que el temor del Señor es la sabiduría; y apartarse del mal es la inteligencia."

Aprenderemos a apartarnos del mal estudiando la palabra de Dios, y cumpliendo las indicaciones que se nos dan en las Escrituras. El salmista dice: "La entrada de tus palabras alumbrará; da entendimiento a los sencillos". Aquellos que siempre tienen presente el hecho de que son aprendices, aquellos que están dispuestos a ser instruidos, aquellos que abren sus corazones para recibir cada rayo de luz que brilla de la palabra de Dios, o que les es presentado por mensajeros a quienes Dios ha comisionado para predicar el Evangelio, aprenderán el temor del Señor, que es el principio de la sabiduría. Hemos de estudiar tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, pues se necesitan las Escrituras completas para desplegar el Evangelio. La Biblia es el tesoro de la sabiduría.

El carácter del pecado y el trato que Dios le da se nos revelan por primera vez en la transgresión de Adán. El pecado es la transgresión de la ley, y cuando Adán y Eva pecaron, abrieron las compuertas del infortunio sobre nuestro mundo. La promesa dada a Adán de que la simiente de la mujer heriría a la serpiente en la cabeza, y que ésta le heriría en el talón, fue la primera proclamación del Evangelio. Pero aunque se proporcionó un camino para el perdón del pecado, esta disposición no disminuyó en modo alguno su carácter odioso a los ojos de Dios, ni eliminó las terribles consecuencias que caerían sobre los transgresores impenitentes. Cristo era el Cordero inmolado desde la fundación del mundo, y los hombres siempre podían decir: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo."

Cristo se convirtió en nuestro sustituto y fiador. Tomó sobre sí el caso del hombre caído. Se convirtió en el Redentor, el Intercesor. Cuando se proclamó la muerte como castigo del pecado, ofreció dar su vida por la vida del mundo, a fin de que el hombre pudiera tener una segunda probación, y que individualmente pudiera gozar de los privilegios que nos vendrían por esta provisión divina, y recibir poder para formar un carácter conforme a la imagen divina. Pero Dios tiene un día en que juzgará al mundo por medio de aquel Hombre a quien ha ordenado. Todo el juicio está en manos del Hijo. Cristo se ha comprometido a convertirse en la garantía del pecador, pero no se

compromete a disminuir o quitar la obligación de la ley divina. Si Cristo cambiara la ley en algo en particular, se cumplirían las exigencias de Satanás, y Dios, Cristo y el universo quedarían sometidos a sus pretensiones. Cristo es la estrella de la esperanza. Él es quien se opone a las pretensiones de Satanás; él es la semilla de la mujer que herirá la cabeza de la serpiente. Él venció a Satanás en el cielo, y lo expulsó a causa de su rebelión y apostasía.

Fue cuando entró en conflicto con el hombre cuando Satanás obtuvo su primera victoria. Cambiando de aspecto y disfrazándose de serpiente, atacó a Eva de la manera más sutil y astuta, diciendo: "¿Acaso ha dicho Dios: No comeréis de todos los árboles del jardín? Y la mujer respondió a la serpiente: Podemos comer del fruto de los árboles del jardín; pero del fruto del árbol que está en medio del jardín ha dicho Dios: No comeréis de él, ni lo tocaréis, para que no muráis." La mujer se equivocó cuando entró en controversia con la serpiente. El Señor no había dicho: "No la tocaréis". Había dicho: "De todo árbol del jardín puedes comer; pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque el día que de él comas, ciertamente morirás."

"Y la serpiente dijo a la mujer: No moriréis ciertamente; porque Dios sabe que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal. Y viendo la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría," comenzó a encantarse con las representaciones de Satanás, y pensó que Dios restringía innecesariamente su libertad, y la retenía de lo que sería para su adelanto. "Tomó de su fruto, y comió". Contó a su marido lo que la serpiente había dicho, "y dio también a su marido con ella, y comió". Olvidaron el gran amor que Dios les había manifestado al darles la vida, al proporcionarles un hermoso jardín, al proporcionarles un empleo agradable. Olvidaron sus misericordias, y lo consideraron egoísta y poco amable. "Y fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos". Las vestiduras de luz que los habían envuelto desaparecieron cuando pecaron contra Dios.

No había nada venenoso en el fruto del árbol del conocimiento, nada que pudiera causar la muerte al comerlo. El árbol había sido colocado en el jardín para probar su lealtad a Dios. El Señor quiere que contemplemos la lección que Adán no aprendió en su primera experiencia, y quiere que nos demos cuenta de que las exigencias de Dios en esta época no son menores de lo que eran en el Jardín del Edén. El Evangelio, dado por primera vez a Adán en el Edén, no ha perdido nada de sus elevadas pretensiones desde entonces. Se requiere que obedezcamos todos los mandamientos de Dios. El mandamiento del sábado está

colocado en medio del Decálogo, y fue instituido en el Edén al mismo tiempo que Dios instituyó la relación matrimonial. Dios dio el sábado como memorial de su poder creador y de sus obras, "porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por lo cual bendijo Jehová el día del sábado, y lo santificó". Hizo obligatoria su observancia para que el hombre pudiera contemplar las obras de Dios, detenerse en su bondad, en su misericordia y en su amor, y, a través de la naturaleza, admirar al Dios de la naturaleza. Si el hombre hubiera observado siempre el sábado, nunca habría habido un incrédulo, un infiel o un ateo en el mundo. Si Adán y Eva hubiesen contemplado las obras de Dios al crear el mundo, si hubiesen considerado la razón que Dios tuvo al darles el sábado, si hubiesen contemplado las hermosas muestras que les dio al no retenerles nada que pudiera aumentar su felicidad, habrían estado seguros, le habrían adorado por su bondad y amor hacia ellos, y en lugar de escuchar los sofismas de Satanás, que echan la culpa a Dios, atribuyéndole motivos de egoísmo, habrían considerado las obras de sus manos, y cantos de melodía y acción de gracias y alabanza habrían brotado de sus labios en adoración a Aquel que les había provisto generosamente de todo bien. Si hubieran considerado cómo los había hecho objeto de su amor desbordante, no habrían caído; pero olvidaron la presencia de Dios. Olvidaron que los ángeles los rodeaban para protegerlos de todo peligro, y apartaron la mirada de su gran Benefactor.

El sábado es una prueba para esta generación. Al obedecer el cuarto mandamiento en espíritu y verdad, los hombres obedecerán todos los preceptos del Decálogo. Para cumplir este mandamiento hay que amar a Dios supremamente, y ejercitar el amor hacia todas las criaturas que Él ha hecho. El Señor nos exhorta a "acordarnos del día de reposo, para santificarlo"; y puesto que ésta es su exhortación, ¿nos acusará alguien de cansarles al traerles a la memoria este mandamiento?

20 de febrero de 1896

Lo que tiene valor para Dios

EGW

"Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis, y os será hecho". Los que son uno con Cristo, presentarán sus peticiones al Padre en el nombre de Cristo, y no pedirán nada que no le plazca conceder. Jesús continúa: "En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto; así seréis mis discípulos. Como el Padre me ha amado, así os he amado yo a

vosotros; permaneced en mi amor. Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor." Esta es la elección bíblica; porque si guardamos sus mandamientos, permanecemos en él, y somos elegidos en él.

El Salvador es nuestro sustituto y garantía. Está a la cabeza de la familia humana. Él ha estado sujeto a todas las tentaciones que nos molestan y oprimen. Fue tentado en todo según nuestra semejanza, y por eso puede (conoce exactamente el método) socorrer a los que son tentados. Fue afligido en todas nuestras aflicciones. Cristo es nuestro refugio, nuestra fuente de fortaleza. En él se nos da todo poder si su palabra permanece en nosotros, y a nosotros nos corresponde elegir si servimos a Dios o a Baal.

Cristo dice: "Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo". ¡Cuán pocos comprenden la plenitud de esta promesa! Los discípulos no la asimilaron, no comprendieron el sentido de estas palabras, hasta que el Espíritu Santo fue derramado sobre ellos. De él había dicho Jesús: "Cuando venga el Espíritu de la verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. Él me glorificará, porque recibirá de lo mío y os lo mostrará". Al contemplar estas palabras, nuestros corazones deberían resplandecer de amor hacia nuestro Salvador, porque no ha dejado nada sin decir que concierna a nuestra salvación. Aunque estemos acosados y acosados por pruebas y tentaciones que nos llegan por medio de los artificios de la sinagoga de Satanás, tenemos a uno que es plenamente capaz y está siempre dispuesto a darnos la ayuda que necesitamos en el momento de necesidad. Se nos ha invitado a pedir ayuda, a acudir con denuedo al trono de la gracia, a pedir lo que queramos, para que nos sea hecho. Y si las palabras de Cristo permanecen en nosotros, somos los elegidos de Dios, y daremos fruto en la fe firme, acariciando la fe que obra por el amor y purifica el alma de toda mancha moral. "Mucho fruto" es la evidencia de que las palabras de Cristo permanecen y obran en el alma.

Los que viven la vida del mundo, aunque se les considere educados y refinados, manifiestan que son egoístas, que las palabras de Cristo no moran en ellos. Se apartan de los necesitados y angustiados, y usan los dones que Dios les ha confiado para bendecir a sus semejantes, exaltándose y glorificándose a sí mismos. Sólo les interesa lo que les reporta más dinero. El valor del hombre se mide en el mundo por la cantidad de dinero que posee, y así los hombres cultivan el amor al dinero, ponen el mundo en primer lugar, y manifiestan que las palabras de Cristo no moran en sus corazones. No siguen las huellas de

nuestro Redentor, que dio su vida por el rescate del mundo. Se separan de los que están en la pobreza, de los que no han sido favorecidos con ventajas para obtener una educación. Valoran a los hombres según la cantidad de dinero que tienen, pero Jesús hace una estimación totalmente distinta del alma humana. Está pesando a los hombres en la balanza de oro del santuario, y pregunta: "¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma? o ¿qué dará el hombre a cambio de su alma?".

Cristo anunció que su misión era "anunciar buenas nuevas a los humildes". Dijo: El Señor "me ha enviado a vendar a los quebrantados de corazón, a pregonar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel; a pregonar el año agradable del Señor, y el día de venganza de nuestro Dios; a consolar a todos los enlutados; para consagrar a los que lloran en Sión; para darles belleza en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alabanza en lugar del espíritu afligido; para que sean llamados Árboles de justicia, Plantación del Señor, para que sea glorificado." ¡Cuán perfectamente armonizan estas palabras con las de Cristo en el capítulo quince de Juan! Si podemos juzgar a los hombres por sus acciones, podemos pensar que el hombre mundano y sabio se ve a sí mismo como hecho de mejor material que el inculto e inculto, y se estima a sí mismo como demasiado elevado para asociarse con esta clase. Pero su espíritu, su actitud y sus acciones, están delineados en el registro anterior, y determinarán si se le pueden confiar o no las riquezas eternas del cielo. Los ángeles de Dios están marcando el desarrollo del carácter, y pesando el valor moral. No se confiará en nadie en el cielo que tenga el espíritu del primer gran apóstata, que se enaltecía a sí mismo, y se exaltó en su propia estima, llegó a envidiar al Señor Jesucristo, de quien obtuvo su gloria, su sabiduría y su belleza.

El Espíritu de Cristo

El carácter de la misión de Cristo está delineado en las palabras de Isaías que hemos citado. Él no vino a ministrar simplemente al grado más alto de la sociedad. El Señor se compadeció de los que sentían la necesidad de un Salvador, y los que son tocados por el Espíritu de Cristo, si han tenido mejores oportunidades que otros para cultivarse, para refinarse y para la nobleza de carácter, se sentirán deudores de los que han tenido una situación menos favorable, y ministrarán en la medida de lo posible sus beneficios a los que carecen de estas cosas. Dios ha dado esta manera de trabajar a su pueblo elegido. Deben revelar al mundo que son discípulos del Maestro más grande que el mundo haya conocido, y que están trabajando en la misma línea en que él trabajó. Deben abrir sus tesoros a los que los necesitan, y esto los pondrá en

contacto con los mismos que apreciaron los trabajos de Cristo; pues leemos que la gente común lo escuchaba con gusto. Sus corazones no estaban absortos en las cosas del mundo, y podían discernir las cosas de valor eterno. Los que están en posiciones elevadas, a quienes se confían ricas capacidades, son propensos a adorarse a sí mismos, a hacer de sí mismos un centro, a complacerse en deseos destemplados, a temer devolver a Dios lo suyo, y a descuidar el ejemplo de Cristo, que tomó sobre sí el ropaje de la humanidad, a fin de poder alcanzar y elevar a la humanidad por su influencia divina.

Cristo quiere que los hombres sean agentes a través de los cuales lleguen al pueblo sus palabras de verdad, esperanza y perdón. Los discípulos de Cristo han de ser canales de su justicia, de su mansedumbre y de su amor. Deben ser representantes de Cristo. Esto significa que deben actuar en lugar de Cristo. Él ha subido a lo alto, pero ha encargado a sus discípulos que trabajen siguiendo las mismas líneas por las que él trabajaba cuando estaba en el mundo. Cristo siguió los mejores métodos para llegar al corazón de los hombres. Los escribas y fariseos no aprobaban el tipo de trabajo que Cristo estaba haciendo. Su ejemplo les hizo reflexionar y puso al descubierto su egoísmo. Se consideraban educados y refinados, y le acusaron diciendo: "Este recibe a los pecadores y come con ellos". Preguntaron a la gente qué pensaban de un hombre que era culpable de esto. Lo clasificaron entre los pecadores, porque se juntaba con ellos; pero Jesús no pareció en absoluto avergonzado por la acusación. Miró agudamente a sus acusadores, y dijo: "No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento". Pasaron de largo precisamente de aquellos que necesitaban ayuda, que recibirían la luz que ellos rechazaban, y que estaban más cerca del reino de los cielos que aquellos que los consideraban pecadores, cuya sociedad contaminaría su moral.

Cristo vino a levantar a los caídos. Presentó la parábola del fariseo y del publicano para representarnos la manera en que el Cielo considera al presumido orgulloso y pretencioso, y cómo mira Dios al alma que siente su verdadera necesidad, que se sabe pecadora y anhela una mayor cercanía a Dios. Tal persona tiene más discernimiento de las cosas celestiales que el hombre que se cree un personaje importante y se estima justo. Cuanto más se separen los hombres de Dios y menos obedezcan sus mandamientos, más confianza tendrán en sí mismos. Sus pensamientos serán egoístas, y sus acciones tendrán el mismo carácter. Se enorgullecerán de su juicio en el manejo de los negocios, pero serán muy ignorantes de las cosas que conciernen a su bienestar futuro. Tan encaprichados estarán con las cosas de este mundo, que las palabras que Pablo dirigió a los gálatas son aplicables a ellos, cuando dice: "¿Quién os ha hechizado

para que no obedezcáis a la verdad?". Desechan las cosas imperecederas como asuntos de muy poca importancia. Piensan que las riquezas significan grandeza y honor, que significan amor a la facilidad, gratificación egoísta y ostentación. Desean mandar en posiciones de poder, tener la adulación y reverencia del mundo. Se entregan libremente al pecado hasta que su poder moral se paraliza. Hacen de la riqueza un ídolo. En el santuario de la riqueza, miles y miles de personas ofrecen sacrificios idolátricos. Pero no es la riqueza temporal la que hace valiosos a los hombres. El cielo no estima a los hombres de la misma manera que lo hace el mundo. El que permanece en Cristo es hallado de valor para Dios. En él se cumple la promesa: "Haré al hombre más precioso que el oro fino; más que la cuña de oro de Ofir".

27 de febrero de 1896

El tiempo de tu visita

EGW

"Así dice el Señor que te creó, oh Jacob, y el que te formó, oh Israel: No temas, porque yo te he redimido, te he llamado por tu nombre; mío eres tú. Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y por los ríos, no te anegarán; cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni la llama se encenderá sobre ti. Porque yo soy el Señor tu Dios, el Santo de Israel, tu Salvador; yo di Egipto por tu rescate, Etiopía y Seba por ti. Puesto que fuiste preciosa a mis ojos, has sido honorable, y yo te he amado; por eso daré hombres por ti, y pueblos por tu vida."

Dios sacó a su pueblo elegido de Egipto con poderosas señales y prodigios. Desoló la tierra con plagas y mató a los primogénitos de los egipcios para liberar a su pueblo. Les abrió un camino a través del Mar Rojo, y en la columna de nube y fuego se interpuso como muro de protección entre su pueblo y el Faraón, que con sus ejércitos, carros y jinetes venía persiguiendo a Israel. A la voz de mando, el Mar Rojo rodó sobre las huestes de los egipcios, mientras Israel entonaba cánticos de triunfo y alabanza.

El Señor sacó de Egipto a su pueblo elegido para que santificara el día de reposo y cumpliera los preceptos de su ley. Los alimentó con maná en el desierto, y por un doble milagro puso su sello sobre el carácter sagrado de la institución del sábado. Con terrible grandeza, el Señor descendió sobre el monte Sinaí y proclamó su ley al pueblo. Los israelitas habían vivido tanto tiempo en medio de la idolatría que estaban modelando su vida religiosa según las costumbres idólatras de la tierra de su esclavitud. El Hijo de Dios les dio su ley de los Diez

Mandamientos, y les proclamó las reglas y estatutos de Dios en el cielo y en la tierra.

Representó a su pueblo como una vid silvestre que había sacado de Egipto y plantado en Canaán, donde la alimentó y la cuidó; pero cuando esperaba que diera uvas, dio uvas silvestres. Su pueblo se olvidó de Dios y se rebeló, pero él no le retiró su amor. Envío a sus profetas para advertirles, instituyó el sistema de sacrificios para que tuvieran ante sus mentes el único gran Sacrificio, la única Ofrenda eficiente que estaba prefigurada en su sistema típico. Pero a pesar de todo su amor y cuidado, Israel abusó de sus privilegios de edad en edad, y su religión se convirtió en un formalismo vacío. Cristo vio el orgullo farisaico, la exaltación propia, los atributos crueles y satánicos, desarrollados y acariciados por el pueblo que llevaba su nombre. No quisieron aceptar su invitación a la misericordia, y de la apostasía nacional surgió un espíritu de cruel persecución que terminó matando a los mismos mensajeros que él envió para advertirles del resultado de su mal proceder. Cristo vio cómo se echaba a perder su viña a través de crueles labradores, hasta que se volvió infructuosa por la ingratitud, por la gracia resistida, por su negativa a aceptar las oportunidades y privilegios que el Dios de compasión y amor les proporcionaba. Durante mil años multiplicaron transgresión sobre transgresión, e incluso rechazaron al Hijo de Dios, y estuvieron dispuestos a darle muerte. La nube del juicio retributivo de Dios estaba a punto de estallar sobre ellos con furia desenfrenada.

Jesús había tratado a Israel como lo haría un padre amoroso con su hijo. Su amor a Israel fue representado en la parábola del hijo pródigo; pero ellos habían rechazado las olas de la misericordia, y, sabiendo lo que caería sobre Jerusalén, mientras él está de pie en el monte de los Olivos, su figura se estremece con sollozos de angustia. Su corazón se rompe de anhelo. Las lágrimas brotan de sus ojos mientras dice: "¿Cómo podré entregarte?".

El descuidado y el impenitente siguen su temerario curso de desobediencia, y se endurecen en rebelión contra Dios; pero no consideran el valor del alma humana. El Redentor del mundo procuraba constantemente conducir a los hombres a una verdadera apreciación del valor del alma. Hizo la pregunta: "¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma? o ¿qué dará el hombre a cambio de su alma?". El mundo se hunde en la insignificancia en comparación con el alma. Cuando Cristo lloró en el monte de los Olivos, contempló con ojo profético, no sólo la pérdida de un alma, sino la destrucción de una nación.

El Redentor del mundo había salido de su corte real, había bajado de su trono real, había revestido su divinidad de humanidad y, por nosotros, se había hecho pobre, para que nosotros, por su pobreza, nos enriqueciéramos. Al aceptar a Cristo, las naciones pecadoras que estaban a punto de ser destruidas podrían haber aceptado las riquezas del cielo, obtenido un eterno peso de gloria. ¿Debía ser vana su ofrenda? En su misión en la tierra entre los hombres había desplegado el mismo poder que había desplegado al liberar a la nación de la esclavitud egipcia, al abrir un camino a través del Mar Rojo y al incomodar al ejército del Faraón. Había revelado lo suficiente de su divinidad para mostrarles que era el Hijo de Dios, y que era capaz de liberarlos del yugo romano, si así le complacía, y darles el triunfo temporal; pero fue el hecho de que no ejerciera su poder en traerles beneficios temporales de la manera que ellos deseaban, lo que llevó a los escribas y a los fariseos a rechazar al Redentor del mundo. Llevaba un mensaje que denunciaba todas las abominaciones del país. Expuso sus hipocresías y reveló el hecho de que su santidad era sólo un manto para la iniquidad.

La pureza intachable de su vida, el carácter intachable de sus palabras y obras, fueron una amarga reprensión para los farisaicos pero impuros pretendientes a la religión. Reprendió su proceder al entretener tradiciones humanas y máximas de los hombres con las leyes de Dios, de modo que los hombres se confundían respecto a las leyes del gobierno de Dios, y eran inducidos a anular su ley siguiendo invenciones humanas. Él les dijo: "Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me honran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres. Porque dejando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres, ... invalidando la palabra de Dios por vuestra tradición". Acusó a los maestros religiosos de ser ignorantes tanto de las Escrituras como del poder de Dios.

Los judíos odiaban a Cristo porque tenía un carácter hermoso e inmaculado. Sólo podía odiar una cosa: el pecado. Este odio al pecado por su parte provocó su más encarnizada hostilidad. Si hubiera dado licencia a su orgullo, si hubiera fomentado su ambición y hubiera pasado por alto sus malas pasiones, su injusticia, su fraude, su robo a los pobres, habrían aplaudido a Jesús. No les habría disgustado que curara a los enfermos, que se compadeciera de los que sufrían, que resucitara a los muertos; pero les disgustó que condenara sus malas obras y los avergonzara abiertamente exponiendo sus malos motivos. Reprendió sus largas oraciones en las esquinas de las calles, y el uso de sus largas túnicas con el propósito de hacer creer a la gente que eran muy piadosos, cuando al mismo tiempo devoraban con exacciones las casas de las viudas. No consentían

en reformarse y transformarse en su carácter, sino que estaban decididos por todos los medios posibles a deshacerse de Aquel que revelaba su verdadero carácter al pueblo, y no hacía caso de sus pretensiones de santidad superior. La más feroz e inveterada enemistad se interpuso entre Cristo y estos intolerantes pretendientes. Se movilizó toda la energía de las filas de la apostasía, y hombres malvados conspiraron con ángeles malvados para la destrucción del Campeón de Dios y de la verdad.

En el monte del Olivar, Cristo echó una mirada retrospectiva a las edades y siglos transcurridos, y se dio cuenta de lo que sería el acto culminante de la apostasía de la nación. Al dar muerte al Hijo del Dios Infinito, añadirían la última cifra a la suma de sus culpas. ¿Podemos extrañarnos de que el corazón de Cristo se llenara de dolor, y que mientras lloraba con sollozos agónicos, su figura se balanceara como un árbol ante la tempestad? Vio el castigo que caería sobre Jerusalén, y exclamó: "¡Oh Jerusalén, Jerusalén, tú que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados, cuántas veces quise reunir a tus hijos, como reúne la gallina a sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste! He aquí, vuestra casa os es dejada desierta". "¡Si hubieras conocido, tú también, al menos en este tu día, las cosas que pertenecen a tu paz! pero ahora están ocultas a tus ojos. Porque vendrán días sobre ti, en que tus enemigos te cercarán con trinchera, y te rodearán, y te cercarán por todas partes, y te pondrán a ras de tierra, y a tus hijos dentro de ti; y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación."

La puerta de las ovejas estaba delante de Cristo, y el camino que conducía al templo, y durante siglos las víctimas habían sido conducidas allí para el sacrificio. Los corderos que habían sido sacrificados eran una representación del gran sacrificio antitípico que en pocas horas se haría por los que rechazaban su gracia y compasión, los que rechazaban sus ofertas de misericordia. El Hijo unigénito del Dios Infinito sería conducido a través de la puerta de las ovejas como un cordero al matadero, mientras que a través de los sacerdotes y gobernantes y a través del pueblo llano se manifestarían los atributos satánicos. Durante unos instantes, el Hijo de Dios se detiene sobre el Monte de los Olivos, expresando el intenso anhelo de su alma de que Jerusalén se arrepienta en los últimos momentos antes de que el sol poniente se oculte tras la colina. Ese día los judíos como nación pondrían fin a su período de prueba. La misericordia, que durante tanto tiempo había sido designada como su ángel guardián, había sido insultada, despreciada y rechazada, y ya estaba bajando del trono de oro, lista para partir. Pero, ¡oh, que los que rechazan la misericordia de Dios, llenos de celo por mantenerse a su manera, se aparten todavía de sus invenciones

hechas por el hombre, se arrepientan y busquen la reconciliación con Dios! Las sombras del crepúsculo comienzan a cernirse y, ¡oh, que Jerusalén conozca las cosas que pertenecen a su paz! Pero ahora se pronuncia la sentencia irrevocable, porque "no conoció el tiempo de su visitación".

Jesús oye el ruido del ejército sitiador. Ve el templo en ruinas. Ve el hambre y la angustia en la ciudad. Su ojo profético ve el Calvario, la colina sobre la que será elevado, sembrada de cruces tan espesas como los árboles del bosque. Ve a los mismos clavados allí que clamaron por su condenación, y que gritaron bajo su engaño satánico: "Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos". La retribución que ha caído sobre ellos es de lo más terrible; pues quedan a merced del caudillo que han elegido, y Satanás y su confederación de ángeles malignos descargan su rencor sobre la familia humana.

Jesús ve todo esto como el resultado de su negativa a aceptar sus ofertas de misericordia. Así se han labrado su propia ruina presente y eterna, y como nación se han divorciado de Dios. Podía decir a toda la nación como había dicho a Felipe: "¿Tanto tiempo he estado con vosotros, y no me habéis conocido?". Habían rechazado los mensajes de advertencia, de reprensión y de misericordia que les habían sido enviados por medio de los profetas, siervos delegados de Dios, aunque estos mensajeros habían sido enviados para salvarlos de dar pasos que serían su ruina. Por fin Dios había enviado a su Hijo, y ellos habían dicho: "Este es el heredero; venid, matémosle, y la herencia será nuestra".

"¿Tanto tiempo he estado con vosotros, y no me habéis conocido?". Estas palabras son aplicables a muchos en nuestros días. Muchos no lo conocen, aunque fue levantado y crucificado por nosotros. No le conocen, aunque un ángel poderoso del cielo apartó las tinieblas de su camino, y revolvió la piedra de la puerta del sepulcro, y Jesús, el Señor de luz y de gloria, salió del sepulcro rasgado proclamándose a sí mismo la resurrección y la vida.

5 de marzo de 1896

Divinidad en la Humanidad

EGW

"Así dice el alto y sublime que habita la eternidad, cuyo nombre es Santo: Yo habito en el lugar alto y santo, también con el que es de espíritu contrito y humilde, para reanimar el espíritu de los humildes y reanimar el corazón de los contritos."

Cristo habita en quien lo recibe por la fe. Aunque las pruebas vengan sobre el alma, la presencia del Señor estará con nosotros. La zarza ardiente en la que estaba la presencia del Señor no se consumió. El fuego no extinguió ni una fibra de las ramas. Así será con el débil agente humano que pone su confianza en Cristo. El fuego del horno de la tentación puede arder, la persecución y la prueba pueden venir, pero sólo la escoria se consumirá. El oro brillará más debido al proceso de purificación. Mayor es el que está en el corazón de los fieles, que el que controla los corazones de los incrédulos. No os quejéis amargamente de la prueba que os sobreviene, sino dirigid vuestra mirada a Cristo, que ha revestido su divinidad de humanidad, para que comprendamos cuán grande es su interés por nosotros, puesto que se ha identificado con la humanidad doliente. Ha gustado el cáliz del dolor humano, ha sido afligido en todas nuestras aflicciones, ha sido perfeccionado por el sufrimiento, tentado en todo como es tentada la humanidad, para socorrer a los que están en la tentación. Dice: "Haré al hombre más precioso que el oro fino, más que la cuña de oro de Ofir". Hará precioso a un hombre permaneciendo con él, dándole el Espíritu Santo. Dice: "Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?".

El Señor nos ha instruido para que llamemos a Dios nuestro Padre, para que lo consideremos como la fuente del afecto paternal, la fuente del amor que ha estado fluyendo de siglo en siglo a través del canal del corazón humano. Toda la piedad, la compasión y el amor que se han manifestado en la tierra han emanado del trono de Dios, y, comparados con el amor que habita en su corazón, son como una fuente a un océano. Su amor brota sin cesar para fortalecer a los débiles, para dar firmeza a los pusilánimes y valor moral a los vacilantes. Dios obra por medio de Cristo, y el hombre puede acercarse al Padre en el nombre del Hijo. Nuestra ciencia y nuestro canto es: "Oíd lo que el Señor ha hecho por mi alma.

¿Quién puede comprender el don del Amor Infinito? "Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, hecho de mujer, hecho bajo la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiéramos la adopción de hijos". Durante siglos, antes de la manifestación de Cristo al mundo, Dios ejerció la paciencia hacia un mundo rebelde. Vio su santa ley pisoteada en el polvo, y dejó que sus juicios cayeran sobre el mundo en un diluvio; pero el hombre no aprendió la lección de esta experiencia, y volvió a sus caminos rebeldes.

De nuevo se multiplicaron los hombres sobre la tierra, y de nuevo adoptaron la actitud de rebelión contra Dios. La lealtad a la ley de Dios no sólo fue condenada, sino castigada como un crimen. Los hombres anularon la ley y naturalizaron los principios del pecado. Los que no desobedecieron la ley de Dios fueron objeto de la más fuerte enemistad; pues se legalizó toda especie de pecado. Satanás se jactaba ante los ángeles del cielo de que tenía dominio sobre la creación de Dios. La unidad de la sociedad se hizo por enemistad con Dios. Existía entre los hombres una armonía corrompida por su aversión a Dios, que los unía en un vasto ejército. El universo celestial y los ángeles de Dios velaban por la exhibición de la justicia, pero cuando los mundos no caídos esperaban que se administrara la retribución, prevaleció la misericordia, y el consejo de Dios estaba con el Príncipe del cielo. Debía desplegar el plan de redención, manifestar el plan de salvación. El que era igual a Dios, que era grande en consejo, poderoso en obrar, estaba a la altura de la emergencia que había llegado al gobierno de Dios. Dios envió a su Hijo al mundo, no para condenar a una raza rebelde, sino para manifestar su amor y dar la esperanza de la vida eterna a los que creyeran en su Hijo.

Aquí hubo amor, y una gracia asombrosa que triunfó sobre la justicia. El castigo recayó nada menos que sobre el Hijo del Dios Infinito, y el universo celestial se regocijó en la gloria de la benevolencia y abnegación de Dios al entregar al Príncipe del cielo a nuestro mundo. Tal amor estaba más allá de la comprensión de los ángeles celestiales. Cristo vino al mundo a buscar su perla perdida, y tuvo que atravesar las puertas de la muerte para recuperar su joya perdida. Porque "como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que sea levantado el Hijo del hombre, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna". Todos los que le miran con fe serán curados de sus males espirituales. Él es el Bálsamo de Galaad, es el gran Médico. Cristo fue quien consintió en cumplir las condiciones necesarias para la salvación del hombre. Ningún ángel, ningún hombre, era suficiente para la gran obra que había que realizar. Sólo el Hijo del hombre debía ser elevado, pues sólo una naturaleza infinita podía emprender el proceso redentor. Cristo consintió en unirse a los desleales y pecadores, en participar de la naturaleza del hombre, en dar su propia sangre y en hacer de su alma una ofrenda por el pecado. En los consejos del cielo, se midió la culpa del hombre, se estimó la ira por el pecado, y sin embargo Cristo anunció su decisión de asumir la responsabilidad de cumplir las condiciones por las que la esperanza debía extenderse a una raza caída. Comprendió la posibilidad del alma humana y unió la humanidad a sí mismo, como la vid une a su ser los sarmientos y ramitas injertados, hasta que, vena a vena y fibra a fibra, los sarmientos se unen a la Vid viva.

El mercader lo vendió todo para comprar la perla de la humanidad perdida. También el pecador ha de entregarlo todo para llegar a ser partícipe de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que hay en el mundo por la concupiscencia. El que se une a Cristo tiene su vida escondida con Cristo en Dios. Cristo y el alma creyente están unidos por los lazos del amor, y el Señor llama a esta unión "continuar en su amor". Dice: "Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor." "Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor".

Jesús toma al hombre en coparticipación consigo mismo, y la unidad y el amor entre Cristo y su Padre presentan al mundo las credenciales de la divinidad de Cristo. Transformado en carácter, el creyente presenta el hecho de que sólo Cristo puede remodelar, purificar y ennoblecer el alma. El amor que Dios ha manifestado hacia los hombres no tiene paralelo. Jesús dice: "Por eso me ama mi Padre, porque yo doy mi vida" por las ovejas. Con esta expresión quiere demostrar al hombre que el amor del Padre es tan grande, tan ilimitado hacia el hombre, que incluso ama al Hijo por el sacrificio que hizo para la recuperación de la humanidad. Dios mismo sufrió en el sufrimiento de su Hijo. Mientras Jesús caminaba por la tierra con los atuendos de la humanidad, podía decir: "Yo y mi Padre somos uno". Habiendo emprendido la obra de la redención, el Señor no escatima nada, por costoso que sea, que sea esencial para la realización de su designio. No retiene el cielo mismo, sino que sigue rodeando a los hombres con sus favores, amontonando don sobre don, hasta que el mundo mismo queda inundado de su misericordia y amor sin límites. Jesús dice: "Estas cosas os he hablado para que mi gozo permanezca en vosotros y vuestro gozo sea completo".

12 de marzo de 1896

La ley de Dios es inmutable

EGW

La ley de Dios es la expresión de su carácter. Dios posee independencia absoluta, invariable e inmutable, y su ley es sin variabilidad, inalterable, eterna, porque es la transcripción de su carácter. No puede ocurrir ningún acontecimiento que haga necesario declarar una ley de naturaleza contraria. "La ley del Señor es perfecta, que convierte el alma". Cualquier cambio en la ley estropearía su perfección. La menor variación en sus preceptos daría motivo a las huestes del cielo y a los mundos no caídos para pensar que los consejos y

declaraciones de Dios no son dignos de confianza, sino que necesitan ser remodelados, porque son de carácter defectuoso. Si se hiciera algún cambio en la ley de Dios, Satanás ganaría aquello para lo cual había instituido la controversia.

Satanás ha tratado de despreciar la ley de Dios y de reprochar a Dios ante sus inteligencias creadas. Ha tratado de hacer creer a los hombres que la ley debe ser modificada, porque no satisface las necesidades y posibilidades de los hombres. Pero Dios es la verdad misma, y en ningún caso puede Satanás encontrar un defecto en su voluntad o en su carácter. Si su ley pudiera ser cambiada en una jota o tilde, Satanás tendría una ventaja en la controversia, y llevaría consigo a la familia humana en el reproche contra Dios; porque si una jota o tilde necesita cambio, todo puede ser defectuoso. Pero en el futuro el maligno mismo tendrá que confesar que sus acusaciones contra Dios han sido injustas, porque en Dios no hay mudanza ni sombra de variación. Hará esta confesión ante el mundo caído, ante los mundos no caídos, ante las huestes del cielo. Reconocerá que Dios ha dicho verdades inmutables, eternas, y que no puede alterar lo que ha salido de sus labios.

Satanás y su confederación del mal han tentado al mundo a creer una mentira como tentaron a Adán y Eva en el Edén. Ha sido el propósito del enemigo desbaratar todo el tejido de la verdad, y poner al mundo a la deriva en los laberintos del escepticismo; pero la verdad es inmutable. Un astuto enemigo ha pervertido los sentidos de los hombres para que hayan elegido la falsedad en lugar de la verdad. El mundo cristiano ha aceptado las falsedades de Satanás, y ha creído y defendido un cambio en el cuarto mandamiento, que fue dado como conmemoración del poder creador de Dios al hacer el mundo. Esta falsedad ha estado produciendo sus funestos resultados al dejar sin efecto toda la ley, al dar a la mente humana la impresión de que Dios no es la verdad invariable e invencible. Esta es la copa de intoxicación que está bebiendo el mundo cristiano, con la cual se están embriagando los habitantes de la tierra. Satanás está tratando de destruir la fuerza de los Diez Mandamientos, instando a sus agentes a declarar que Cristo los clavó en su cruz. La cruz es un argumento inmutable del carácter inmutable de la ley de Dios. Cristo murió a fin de que se proporcionara un camino para salvar al pecador, cumpliendo las exigencias de la ley quebrantada. La ley fue escrita con el dedo de Dios sobre tablas de piedra, y Juan vio el templo de Dios abierto en el cielo, y en el templo el arca de su pacto. "Miré, y he aquí que el templo del tabernáculo del testimonio en el cielo estaba abierto; ... y el templo estaba lleno del humo de la gloria de Dios y de su

poder; y nadie podía entrar en el templo, hasta que se cumpliesen las siete plagas de los siete ángeles."

En el libro del Apocalipsis, el profeta describe las escenas de la era evangélica, y ve en el cielo el arca del testimonio. Allí brilla la santa ley de Dios en santa dignidad, como cuando Dios la escribió con su propio dedo en tablas de piedra. Juan describe la obra que se hará en los últimos días, cuando las iglesias protestantes formen una confederación con el poder católico, y obren contra la ley de Dios y contra los que guardan sus mandamientos. Juan dice: "El dragón se enfureció contra la mujer, y fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo." El mundo protestante ha mantenido una institución del papado, ha observado el domingo con preferencia al sábado del Señor su Dios, y al obligar a los hombres a guardar el domingo, bajo pena de ley, están exaltando el primer día de la semana, un sábado espurio, y deshonorando el sábado del cuarto mandamiento. Pero el Señor dice: "De cierto mis sábados guardaréis; porque es señal entre mí y vosotros por vuestras generaciones, para que sepáis que yo soy el Señor que os santifico". "Porque tú eres un pueblo santo para el Señor tu Dios; el Señor tu Dios te ha escogido para que seas un pueblo especial para él, por encima de todos los pueblos que hay sobre la faz de la tierra. No puso Jehová su amor en vosotros, ni os escogió porque fueseis más numerosos que todos los pueblos; porque erais los menos numerosos de todos los pueblos; sino porque Jehová os amó, y porque quiso guardar el juramento que había hecho a vuestros padres, os sacó Jehová con mano poderosa, y os rescató de casa de siervos, de mano de Faraón rey de Egipto. Conoce, pues, que Jehová tu Dios, él es Dios, Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos por mil generaciones; y a los que le aborrecen les paga en su cara, para destruirlos; no será negligente con el que le aborrece, le pagará en su cara. Guardarás, pues, los mandamientos, estatutos y decretos que yo te mando hoy, para ponerlos por obra."

Si las generaciones del pasado hubieran dado la bienvenida a la religión de la Biblia, si hubieran recibido el mensaje nacido por Cristo y sus apóstoles, veríamos un estado diferente en el mundo que vemos hoy. El Evangelio habría sido predicado hace mucho tiempo a toda familia bajo el cielo; pero los hombres no han seguido para conocer al Señor, para saber que sus salidas están preparadas como la mañana. Son los hombres los que han dejado de progresar. Dios ha estado dispuesto a cumplir su palabra a su pueblo. La promesa es: "Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la

tierra." Todo fue provisto para que los hombres se convirtieran en colaboradores de Dios en la difusión del conocimiento de la verdad a los que están cerca y a los que están lejos. El Evangelio ha sido publicado a una gran parte de la raza humana; pero la ley de Dios, fundamento de su gobierno, ha sido enturbiada por las supersticiones e invenciones de los hombres. Incluso los sacerdotes, que deberían haber publicado la ley de Dios, se han atrevido a declarar que no tiene ningún derecho sobre la raza humana. Precisamente en el momento en que es más esencial que comprendamos las sagradas demandas de la ley, y nos conformemos a sus demandas como norma de justicia, para que podamos ser justificados en el juicio, falsos pastores están educando al mundo para anular la ley de Dios por medio de sus tradiciones.

El Señor quiere que su pueblo tome un rumbo diferente. Dice: "Grita, no te detengas, alza tu voz como trompeta, y muestra a mi pueblo su rebelión, y a la casa de Jacob sus pecados. Sin embargo, cada día me buscan y se deleitan en conocer mis caminos, como una nación que hizo justicia y no abandonó la ordenanza de su Dios." El Señor habla a su pueblo, diciendo: "Escuchadme, los que seguís la justicia, los que buscáis al Señor; mirad a la roca de donde habéis sido labrados, y al hoyo de la fosa de donde habéis sido cavados..... Mi justicia está cerca; ha salido mi salvación, y mi brazo juzgará a los pueblos; las islas esperarán en mí, y en mi brazo confiarán. Alzad a los cielos vuestros ojos, y mirad abajo a la tierra; porque los cielos se desvanecerán como humo, y la tierra se envejecerá como un vestido, y los que en ella habitan morirán igualmente; pero mi salvación será para siempre, y mi justicia no será abolida. Escuchadme, los que conocéis la justicia, el pueblo en cuyo corazón está mi ley; no temáis el oprobio de los hombres, ni tengáis miedo de sus injurias. Porque la polilla los consumirá como a vestidos, y el gusano los devorará como a lana; pero mi justicia será para siempre, y mi salvación de generación en generación."

26 de marzo de 1896

Tradiciones humanas poco rentables

EGW

En su sermón de la montaña, Jesús presentó la forma de espíritu y las obras que manifestarán los que aman a Dios y guardan sus mandamientos. Sus seguidores debían sostener ante el mundo la relación puesta de manifiesto en sus palabras: "Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos." Pero los fariseos pensaban que este nuevo Maestro se detenía demasiado en la ley y sus

requisitos. Habían expuesto los requisitos de la ley de una manera totalmente diferente a la del Redentor del mundo, y habían hecho de la ley un cuerpo de rigurosas exacciones; pues estaban "enseñando como doctrinas mandamientos de hombres." Nuestro Señor vino a despojar de la verdad las observancias externas que habían sido suministradas para ocupar el lugar de la verdadera religión. Predicó su sermón de la montaña para definir claramente los verdaderos principios de la ley de Dios, que habían sido mal aplicados y mal interpretados, y que habían sido forzados a significar lo que Dios nunca había querido. El Señor Jesús limpió la basura del "dicen", barrió las viejas tradiciones de los antiguos maestros y sacó a la luz las enseñanzas de los profetas y de los santos varones de la antigüedad que hablaban movidos por el Espíritu Santo. Cristo mismo había comunicado la verdad a estos hombres representativos, y en las lecciones que daba al pueblo, limpiaba la basura de las opiniones de los hombres con la verdad que él mismo había impartido a los escritores de las Escrituras.

Jesús predicaba la verdad de las Escrituras del Antiguo Testamento con frescura y poder, y elevaba la palabra de Dios por encima de las tradiciones y máximas de los hombres. Todo lo que decía caía en los oídos de sus oyentes como una nueva revelación. No repetía los lugares comunes de las máximas tradicionales a la manera de los rabinos, ni hablaba con vacilación e incertidumbre como ellos. Hablaba con serena seguridad y con marcada independencia. La religión que prevalecía en la época del ministerio público de Cristo carecía de vida. Aunque era enseñada por hombres de educación y talento, su instrucción consistía en gran parte en repeticiones sin sentido; pero las palabras de Cristo, pronunciadas con tanta seriedad y poder, conmovían los corazones del pueblo y creaban un intenso interés. Escuchaban en vano las repeticiones sin sentido de las exacciones inmutables, y se asombraban de su doctrina, porque enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas.

Pero cuando los fariseos vieron la enorme diferencia que había entre la enseñanza de Cristo y la suya, cuando empezaron a darse cuenta de que la majestad, la belleza y la pureza de la verdad que él enseñaba ejercían una influencia suave pero poderosa, y se apoderaban de las mentes de los hombres y operaban una reforma en sus caracteres, vieron que su propia instrucción carecía de efecto, y razonaron que, a menos que se hiciera algo para poner fin al ministerio de Cristo, todo el mundo creería en él. Veían que su porte de amor y ternura divinos atraía hacia él los corazones de todos los desprejuiciados. El ceño fruncido de los sacerdotes y de los gobernantes, sus burlas y sus venganzas, contrastaban favorablemente con la paciencia y la tolerancia de

Cristo, que se mantenía tranquilo ante las críticas y la hostilidad más injustas. Era evidente que su enemistad surgía del hecho de que Cristo no los exaltaba como maestros de piedad y piedad. Las enseñanzas de Cristo reprendían continuamente sus prácticas impías. Presentaba verdades de la más vital importancia, y no armonizaban con las enseñanzas de los escribas y fariseos; porque estos instructores habían enseñado lo que tergiversaba el carácter de Dios. Habían malinterpretado sus mandamientos, y como Cristo no enseñaba los mandamientos como lo hacían los rabinos, decidieron que estaba destruyendo la ley. A sus atónitos oídos llegaron las palabras: "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido. Por tanto, cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos más pequeños y así lo enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; pero cualquiera que los cumpla y los enseñe, ése será llamado grande en el reino de los cielos." Luego, extendiendo las manos hacia sus discípulos, dijo: "Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos."

En otra ocasión dijo al pueblo: "¿No os dio Moisés la ley, y sin embargo ninguno de vosotros la guarda?". Nuestro Padre celestial exige que su pueblo camine en la luz que él le da. Sus exigencias son siempre razonables y justas, y no puede aceptar menos de lo que reclama, que es la obediencia perfecta a sus mandamientos. En el sermón de la montaña, el Señor reveló que era el no caminar en la luz lo que separaba al pueblo judío de Dios y, como resultado seguro, las tinieblas se cernían sobre ellos en la misma proporción en que se había permitido que la luz brillara en su camino. Si el pueblo escogido de Dios hubiera mejorado la responsabilidad que Dios le había dado, y hubiera obedecido la voluntad de Dios claramente revelada, tal como se le había dado a conocer a través del patriarca y del profeta, habría estado preparado para exhibir al mundo un carácter y unas obras de orden elevado, en armonía con la luz que se había acumulado en su camino.

Las tradiciones de los hombres, a las que prestaban tanta atención, eran como la paja para el trigo. Cristo limpió la basura de las opiniones de los hombres, las múltiples exacciones con que los hombres habían rodeado los mandamientos de Dios, de modo que se reveló el verdadero carácter de la ley. Jesús había dado la ley, y era él quien podía exponer sus verdaderos principios. Era esencial que esto se hiciera para que el carácter de Dios pudiera ser vindicado ante los habitantes de un mundo caído, y ante los habitantes de mundos no caídos. Jesús

mostró el contraste que había entre el error y la verdad, entre las palabras de los hombres finitos y la palabra de Dios. La palabra de Dios era clara, pero las palabras de los hombres la habían hecho misteriosa e ininteligible. Pero la instrucción que Cristo dio era inequívoca. Sus discípulos debían obedecer los preceptos de la ley y representar el carácter de Dios ante el mundo. Dijo: "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto".

2 de abril de 1896

Piedad esencial del corazón

EGW

"Este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos".

Dondequiera que se observen los santos preceptos de Dios, es una prueba de que la Palabra y el Espíritu de Dios han penetrado en el corazón humano y transformado el carácter natural. La ley de Dios es la verdadera norma del carácter, y los mandamientos no pueden ser desatendidos e ignorados sin detrimento del carácter. Dondequiera que haya desviación de los preceptos de Jehová, se deforman los atributos morales. "La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma".

Tal como era la ley de Dios en el Edén, así es hoy. Exige de nosotros lo que exigió de nuestros primeros padres: "pureza de corazón". Por medio de Jesucristo puede impartirse al hombre el poder moral, y cuando se combina con el esfuerzo humano, podemos alcanzar la norma divina. La fe que obra por el amor es un agente activo, y purifica el alma, separando del carácter todo lo que está fuera de armonía con la norma de justicia. La conformidad externa con la ley no es suficiente. En su sermón de la montaña, Jesús dice: "Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos."

Los fariseos, aunque profesaban guardar los mandamientos de Dios, exaltaban sus propias tradiciones por encima de la ley y exigían al pueblo exacciones innecesarias. Muchos en nuestros días hacen lo mismo que los fariseos y, aunque se jactan de una gran piedad y santificación, siguen sus propias ideas y se niegan a cumplir la condición bajo la cual Dios ha prometido la vida eterna. Pablo presentó los verdaderos pasos por los cuales los hombres pueden llegar a Dios. Dice: "No he rehuído anunciaros todo el consejo de Dios". "Nada que

fuese útil os he rehuido, sino que os lo he manifestado y enseñado públicamente, y por las casas, testificando a judíos y a griegos acerca del arrepentimiento para con Dios [a causa de la transgresión de la ley de Dios], y de la fe en nuestro Señor Jesucristo", por medio de lo cual los hombres pueden volver a la lealtad a la ley del cielo.

Cristo vino a nuestro mundo porque el género humano se había apartado de Dios, había quebrantado su ley y había multiplicado transgresión sobre transgresión. Entre los maestros religiosos de la época de Cristo se practicaba el engaño y la hipocresía. Los hombres se edificaban en su propia justicia y engañaban al pueblo presentándole una norma falsa. Lo que presentaban como verdadera piedad era un artículo espurio; malinterpretaba las percepciones de Dios para el pueblo, y quebrantaba los principios de la ley divina. Mientras afirmaban ser el pueblo de Dios, transgredían su palabra y, en lugar de un Así dice el Señor, sustituían sus propias exigencias. Eran celosos en llevar a cabo una ronda de ceremonias, y se satisfacían a sí mismos con las formas, mientras que sus vidas estaban corrompidas ante Dios. Jesús vino a exaltar la ley y a hacerla honorable. En su sermón de la montaña eliminó las tradiciones de los hombres y proclamó la verdad, poniéndola en agudo contraste con los errores envejecidos. Hizo que la verdad apareciera en su preciosidad y valor ante la multitud.

Los fariseos sustituyeron la verdadera piedad del corazón por ceremonias externas, e hicieron que las ocasiones de observancia religiosa sirvieran para su propia exaltación. Hacían alarde de pagar el diezmo y de abstenerse de comer, y enseñaban que estas apariencias externas de humildad satisfacían las exigencias de toda la ley de Dios. La adulación de sí mismos se entretejía con cada fase de su vida religiosa, y así elevaban sus almas a la vanidad. Pero Cristo describió la religión de los fariseos como sal que ha perdido su sabor. Cristo, el Autor de la verdad, era plenamente capaz de separar la verdad de la compañía del error, y colocarla donde brillara con su resplandor original.

Cristo fue maestro desde su juventud. A los doce años se encontraba entre los doctores, escuchándoles y haciéndoles preguntas. Hacía preguntas que sugerían el descubrimiento de verdades profundas que se habían perdido de las doctrinas que se enseñaban y que, sin embargo, eran vitales para la salvación de las almas. Dondequiera que iba, se presentaba como alguien hambriento y sediento *de* conocer a Dios. Sus preguntas eran de tal orden que desconcertaban la sabiduría de los sabios; sin embargo, cada pregunta que hacía ponía ante ellos una lección divina, y colocaba la verdad bajo un nuevo aspecto. Podían ver que sus

enseñanzas no estaban en armonía con el verdadero significado de las Escrituras. Pero mientras presentaba verdades profundas a sus mentes, sus modales eran modestos y humildes. Aunque dejaba perplejos a los escribas y doctores con sus profundas preguntas, era amable y modesto.

Curiosos por poner a prueba sus conocimientos, los doctores y los escribas se dirigieron a él con preguntas, y se asombraron de sus respuestas. Exponía la palabra inspirada, dando un significado espiritual a las palabras de los profetas que los sabios no habían visto ni concebido. Mientras estaba en el templo, había trazado líneas de verdad que, de haber sido seguidas, habrían producido una gran reforma en la religión de la época. Pero miró en vano para ver a los líderes de la nación conduciendo al pueblo hacia arriba, presentándoles con sencillez la palabra del Señor. Las Escrituras del Antiguo Testamento que les había expuesto eran vitales con la verdad, y habrían hecho sabios para la salvación tanto a los maestros como a los alumnos.

Si estas verdades hubieran sido presentadas y obedecidas, un profundo interés en las cosas espirituales habría sido el resultado. Pero la verdad, que debería haberse iluminado y expandido a través de la contemplación y la práctica, se convirtió en la condenación de los sacerdotes, escribas y fariseos. En vez de elevarse, ennoblecerse y santificarse por medio de la verdad que les había sido presentada, permitieron que su preciosa y vital influencia se alejara de ellos, y dejaron que la verdad se les escapara. Si hubieran abierto sus corazones para recibir la verdad que Cristo presentó en su sermón del monte, sus mentes se habrían iluminado y habrían visto que su sistema de sacrificios no era más que una sombra y un ejemplo de la vida y las enseñanzas de Cristo. Si no hubieran apartado sus corazones de Dios, no habrían sentido envidia de Cristo, ni habrían rechazado las preciosas verdades que vino a revelarles. No habrían exaltado como sagradas sus invenciones y tradiciones humanas; no habrían dejado de lado las Escrituras, convirtiéndolas en un confuso revoltijo de incoherencias; pero rechazaron a Cristo y, aunque habían sido hechos depositarios de la verdad sagrada, persistieron en malinterpretar la Biblia, cerrando así la palabra de Dios al pueblo.

En nuestros días existe un peligro similar de cerrar la Biblia al pueblo mediante una mala interpretación de la palabra de Dios. Muchos desprecian las Escrituras del Antiguo Testamento, pero éstas no deben perder su carácter sagrado; no deben ser excluidas de nuestra instrucción a lo largo de todos los tiempos. Pablo escribe acerca de las experiencias del pueblo de Dios en los tiempos antiguos: "Todas estas cosas les sucedieron como ejemplos, y están escritas para nuestra

amonestación, sobre quienes ha llegado el fin del mundo." Los profetas hablaron menos para su propio tiempo que para las edades que han seguido, y para nuestro propio día. Pedro dice: "De cuya salvación han inquirido y escudriñado diligentemente los profetas que profetizaron de la gracia que había de venir a vosotros; escudriñando qué o qué tiempo significaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, cuando daba testimonio de antemano de los padecimientos de Cristo y de la gloria que vendría después. A quienes les fue revelado que no a sí mismos, sino a nosotros, nos ministraron las cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el Evangelio con el Espíritu Santo enviado del cielo; cosas que los ángeles desean ver."

En esta era del mundo encontramos las mismas influencias obrando para dejar sin efecto la palabra de Dios. Las tradiciones de los hombres vuelven a ser exaltadas por encima de los mandamientos de Dios. Pero Cristo declara: "En vano me honran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres". Cristo declaró que vino a nuestro mundo no para destruir la ley o los profetas, sino para cumplir cada especificación de la ley viviendo sus preceptos. "El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (y contemplamos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad". La luz que brilla en las Escrituras del Antiguo Testamento es la luz que Jesucristo impartió a los profetas y a los sabios.

Procuremos estudiar las palabras de Cristo, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, y cuidemos de no ser agentes que obren para dejar sin efecto la palabra de Dios, exaltando las tradiciones y opiniones de los hombres.

9 de abril de 1896

La madre cristiana, colaboradora de Dios

EGW

"Entonces le fueron presentados unos niños, para que pusiese las manos sobre ellos y orase; y los discípulos les reñían. Pero Jesús dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impedáis, porque de los tales es el reino de los cielos. Y les impuso las manos". Marcos da una versión un poco diferente de la circunstancia, y dice: "Y le trajeron niños para que los tocara; y sus discípulos reprendieron a los que los habían traído. Al verlo Jesús, se disgustó mucho y les dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impedáis, porque de los tales es el reino de Dios. De cierto os digo que el que no reciba el Reino de Dios como un

niño, no entrará en él. Y tomándolos en sus brazos, puso las manos sobre ellos y los bendijo".

Los discípulos pensaron que la obra del Maestro era demasiado importante para ser interrumpida, o, como ellos pensaban, obstaculizada, por la introducción de una compañía de niños que estaban siendo conducidos por sus madres a la presencia de Cristo. Los discípulos supusieron que estos niños eran demasiado pequeños para beneficiarse de una entrevista con Jesús, y concluyeron que su presencia le disgustaría y molestaría mucho. Pero fue con los discípulos con quienes se disgustó. El Salvador comprendía el cuidado y la carga de las madres que procuraban educar a sus hijos según la palabra de Dios. Conocía su aflicción de alma; las había visto ocupadas en fervientes oraciones en favor de sus pequeños. Él mismo las había atraído a su presencia. Una madre cansada había salido de su casa con sus pequeños aferrados a ella. Mientras iba de camino, se encontró con una vecina, le dio a conocer su encargo y despertó en el corazón de su vecina el deseo de que Cristo bendijera también a sus hijos. Así, varias madres se reunieron para llevar a sus hijos. Algunos de los niños habían pasado de la edad de la infancia a la niñez y la juventud. Cuando le hicieron saber su encargo, Jesús escuchó con simpatía y compasión sus tímidas y llorosas peticiones. Pero esperó a ver cómo trataban los discípulos a aquellas madres y a sus pequeños. Cuando los vio despedirlos, suponiendo erróneamente que hacían un gran favor al Maestro, les mostró su error, y recibió con ternura a las madres y a sus pequeños. Tomó a los niños en sus brazos y puso sus manos sobre sus cabezas. Acunó las cansadas cabezas de los pequeños sobre su pecho de amor infinito. Les dio la bendición por la que habían venido.

Con ocasión de recibir a los niños, Cristo dio a sus discípulos una lección que nunca olvidaron. Escucharon con asombro las palabras: "Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis, porque de los tales es el reino de Dios". Las madres que habían llevado a sus hijos a Jesús, fueron consoladas por su compasión. Pero también las madres de hoy deben comprender y apreciar estas palabras. Deben aferrarse a ellas con la misma fe que lo hicieron las mujeres que llevaron a sus hijos a Jesús, que habían buscado a Cristo con temor tembloroso y, sin embargo, con ansiosa seriedad. Estas madres fueron animadas a tomar con nueva alegría su carga de cuidado y amor, y a trabajar con esperanza por sus hijos. Toda madre agobiada por los cuidados debería recibir las palabras de Cristo con el mismo espíritu.

Pero también afirmó una verdad que es de aplicación general. Dijo: "El que no reciba el reino de Dios como un niño pequeño [dispuesto a ser enseñado y

guiado por Cristo, dispuesto a creer en él como Salvador personal], no entrará en él". Los hombres y las mujeres no son más que niños adultos. Están bajo la disciplina de Dios, así como los niños están bajo la disciplina de sus padres terrenales. La iglesia se compone de hombres y mujeres que tienen la misma naturaleza, las mismas disposiciones, como los niños pequeños que fueron llevados a Cristo. Los miembros de nuestras iglesias se componen de personas que tienen los mismos impulsos, que manifiestan lo que les gusta y lo que no les gusta, que muestran las mismas pasiones, como los niños que al recibir a Cristo iban a componer su reino celestial.

¡Qué apropiado era que estos niños fueran llevados a Cristo para su intercesión y bendición! Eran tipos de lo que debían llegar a ser los miembros de su Iglesia. Los hijos de Dios deben poseer la humildad, la confianza amorosa, el espíritu enseñable, la inocencia, no corrompida por el engaño mundano, que poseían los niños pequeños.

Las madres cristianas deben darse cuenta de que son colaboradoras de Dios cuando educan y disciplinan a sus hijos de tal manera que les permita reflejar el carácter de Cristo. En esta obra contarán con la cooperación de los ángeles celestiales; pero es una obra que tristemente se descuida, y por esta razón Cristo es despojado de su herencia: los miembros más jóvenes de su familia. Pero por la inhabitación del Espíritu Santo, la humanidad puede ser colaboradora de la divinidad. Las lecciones de Cristo en la ocasión de recibir a los niños, deben dejar una impresión más profunda en nuestras mentes. Las palabras de Cristo animan a los padres a llevar a sus pequeños a Jesús. Pueden ser caprichosos y poseer pasiones como las de la humanidad, pero esto no debe disuadirnos de llevarlos a Cristo. Él bendijo a los niños que poseían pasiones como las suyas. A menudo nos equivocamos al educar a nuestros hijos. Los padres a menudo complacen a sus hijos en lo que es egoísta y desmoralizador, y en lugar de tener aflicción del alma por su salvación, los dejan ir a la deriva, y crecen con temperamentos perversos y caracteres desagradables. No aceptan la responsabilidad que Dios les ha dado de educar y formar a sus hijos para la gloria de Dios. Se sienten insatisfechos con los modales de sus hijos, y descorazonados al darse cuenta de que sus faltas son el resultado de su propia negligencia, y entonces se desaniman. Pero si los padres sintieran que nunca están liberados de su carga de educar y formar a sus hijos para Dios, si hicieran su obra con fe, cooperando con Dios mediante la oración y el trabajo sinceros, tendrían éxito en llevar a sus hijos al Salvador. Que los padres y las madres se consagren a Dios en alma, cuerpo y espíritu antes del nacimiento de sus hijos. Que presten atención a las instrucciones que Dios reveló a la esposa de Manoa.

El ángel del Señor se apareció a la mujer y le dijo: He aquí ahora... concebirás y darás a luz un hijo. Guárdate, pues, ahora, y no bebas vino ni sidra, ni comas cosa inmunda". La carga de este mensaje era una carga de instrucción para la esposa de Manoa. Ella se turbó grandemente, y Manoa buscó al Señor en ferviente oración, y dijo: "Oh Señor mío, que vuelva a nosotros el varón de Dios que enviaste, y nos enseñe lo que hemos de hacer con el niño que ha de nacer". Y Dios escuchó la voz de Manoa; y el ángel de Dios vino otra vez a la mujer cuando estaba sentada en el campo; pero Manoa su marido no estaba con ella. Entonces la mujer se apresuró a correr, y se lo mostró a su marido, y le dijo: He aquí se me ha aparecido el varón que vino a mí el otro día. Entonces Manoa se levantó, y fue tras su mujer, y vino al hombre, y le dijo: ¿Eres tú el hombre que hablaste a la mujer? Y él respondió: Yo soy. Y dijo Manoa: Cúmplase ahora lo que has dicho. ¿Cómo ordenaremos al niño, y qué haremos con él? Y el ángel del Señor dijo a Manoa: Guárdese de todo lo que he dicho a la mujer. No coma de nada que venga de la vid, ni beba vino ni sidra, ni coma cosa inmunda; todo lo que yo le mandé, guárdelo."

En esta instrucción se manifiesta que, antes del nacimiento de su hijo, la madre debe ser cuidadosa en sus hábitos. No debe dar rienda suelta a un apetito pervertido, ni beber vino o bebidas fuertes, ni comer nada impuro. Los hábitos de una madre influyen en los apetitos y pasiones de su hijo. El Señor consideraba de tal importancia la instrucción a la madre, que envió un ángel, que veló su gloria, para dar un mensaje directo a la esposa de Manoa, y prescribirle el curso de acción que debía seguir. La instrucción dada a la esposa de Manoa es la instrucción que todas las madres deben seguir para que la influencia prenatal sea de carácter correcto.

La que espera ser madre debe mantener su alma en el amor de Dios. Su mente debe estar en paz; debe descansar en el amor de Jesús, practicando las palabras de Cristo. Debe recordar que la madre es una trabajadora junto con Dios. Él es el gran trabajador, así como el legislador. Mientras nosotros debemos trabajar en nuestra propia salvación con temor y temblor, Dios debe obrar en nosotros el querer y el hacer de su agrado. "Vosotras sois la labranza de Dios, vosotras sois el edificio de Dios". Madres, dejad que vuestros corazones estén abiertos para recibir la instrucción de Dios, teniendo siempre presente el hecho de que debéis actuar vuestra parte para conformaros a la voluntad de Dios. Debéis ponerlos en la luz y buscar en Dios la sabiduría, para saber cómo actuar, para reconocer a Dios como el obrero principal y daros cuenta de que sois obreras junto con él. Deja que tu corazón se extienda en la contemplación de las cosas celestiales. Ejercita los talentos que Dios te ha dado en el cumplimiento de los

deberes que Dios te ha encomendado como madre, y trabaja en asociación con las agencias divinas. Trabaja inteligentemente, y, "ya comáis, ya bebáis, o hagáis lo que hagáis, hacedlo todo para la gloria de Dios."

16 de abril de 1896

El trabajo de los padres en sus hijos

EGW

"Hubo en los días de Herodes, rey de Judea, un sacerdote llamado Zacarías, del curso de Abia; y su mujer era de las hijas de Aarón, y se llamaba Isabel. Y ambos eran justos delante de Dios, y andaban irreprehensibles en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor. Y no tuvieron hijo, porque Elisabet era estéril; y ambos eran ya de edad avanzada. Y aconteció que, ejecutando él el oficio sacerdotal delante de Dios en el orden de su curso, según la costumbre del oficio sacerdotal, le tocó en suerte quemar incienso cuando entraba en el templo del Señor. Y toda la multitud del pueblo oraba fuera a la hora del incienso. Y se le apareció un ángel del Señor que estaba de pie a la derecha del altar del incienso. Al verlo, Zacarías se turbó y le sobrevino el temor. Pero el ángel le dijo: No temas, Zacarías, porque tu oración ha sido escuchada; y tu mujer Isabel te dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Juan. Y tendrás gozo y alegría; y muchos se alegrarán de su nacimiento. Porque será grande a los ojos del Señor, y no beberá vino ni sidra; y estará lleno del Espíritu Santo desde el seno de su madre. Y muchos de los hijos de Israel se convertirán al Señor su Dios. E irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver el corazón de los padres a los hijos, y de los desobedientes a la sabiduría de los justos; para preparar un pueblo dispuesto para el Señor.... Y el niño creció, y se fortaleció en espíritu, y estuvo en los desiertos hasta el día de su manifestación a Israel."

Un ángel del cielo vino a instruir a Zacarías e Isabel sobre cómo debían formar y educar a su hijo, a fin de trabajar en armonía con Dios en la preparación de un mensajero para anunciar la venida de Cristo. Como padres, debían cooperar fielmente con Dios en la formación de un carácter en Juan que le capacitara para desempeñar el papel que Dios le había asignado como obrero competente. Juan era el hijo de su vejez, era un hijo del milagro, y los padres podrían haber razonado que tenía una obra especial que hacer para el Señor, y el Señor cuidaría de él. Pero los padres no razonaron así; se trasladaron a un lugar retirado en el campo, donde su hijo no estaría expuesto a las tentaciones de la vida de la ciudad, ni sería inducido a apartarse del consejo y la instrucción que ellos, como

padres, le darían. Hicieron su parte para desarrollar en el niño un carácter que cumpliera en todo sentido el propósito para el cual Dios había diseñado su vida. Por ningún descuido de su parte dejará su hijo de llegar a ser bueno y sabio, "para alumbrar a los que habitan en tinieblas y en sombra de muerte, y para encaminar nuestros pies por camino de paz". Cumplieron sagradamente con su obligación.

En la época del nacimiento de Juan, el pueblo en general era adicto al consumo de vino sin fermentar. En las bodas de Caná, Cristo convirtió el agua en vino. Mediante un milagro, transformó el agua en zumo puro de uva. El vino sólo es bueno cuando no está fermentado. Entonces es inofensivo; sin embargo, a pesar de ello, el Señor Dios del cielo estableció la prohibición de que Juan no bebiera ni vino ni sidra. El vino sin fermentar se agriaba pronto en Palestina, y ni el vino dulce ni el agrio debían pasar por los labios de Juan. Cristo conocía todas las cosas; miró a través de las edades hasta nuestro propio tiempo, y vio cuál sería la condición de la sociedad al final de la historia del mundo. Vio que miles y miles perecían por el uso del vino y las bebidas fuertes. El mundo llegaría gradualmente al mismo estado en que se encontraba en los días anteriores al diluvio. Pero el cielo ha levantado una señal de peligro, para que los hombres tomen la advertencia, y cooperen con Dios para su propia auto-preservación. Nos ha dado ejemplos de abstinencia absoluta, y nos ha dado instrucciones que, si se siguen, resultarán en la creación y preservación del vigor, la habilidad y la excelencia de nuestros hijos.

Los padres y las madres deben tener mentes claras y despejadas, no afectadas por la indulgencia del apetito pervertido, mentes tales que Dios pueda conectar consigo mismo para la salvación de las almas que están a punto de perecer. Los que consumen vino y licores fermentados debilitan sus facultades físicas y mentales. Sus mentes se nublan tanto que les es imposible discernir las cosas sagradas. Pero si el agente humano coopera con la agencia divina, su desarrollo físico y mental será más elevado y mejor. Su mente se ampliará y crecerá en poder para hacer el bien. La obra más grandiosa y eficaz puede ser realizada por los padres que siguen la instrucción del Señor, y que forman a sus hijos física, mental y moralmente de acuerdo con las instrucciones del Señor. Si los padres descuidan instruir debidamente a sus hijos, y se deja a los jóvenes hacer su propia voluntad y seguir su propio camino desde los días de su niñez, sus caracteres se pervertirán grandemente; porque el enemigo intervendrá y tomará alegremente en sus manos la obra de instruir a los niños y a los jóvenes.

¿Por qué los padres no comprenden la grandeza de la obra que se les ha encomendado? Se requiere la cultura más paciente e infatigable para que los niños y los jóvenes sean preservados de la formación de hábitos que deterioren su carácter. Los padres, con mucha oración, deben guiar cuidadosamente los pies inexpertos de sus hijos por senderos seguros. Dejar que el niño haga lo que le plazca es asegurarle el dominio del mal. Satanás se las arreglará para que los niños sean sabios en la desobediencia, en el egoísmo y en toda clase de extravíos. Mirad un campo que se deja sin labrar, y ¡qué lugar tan desagradable es! Las malas hierbas y la cizaña ensombrecen las plantas preciosas, hasta que finalmente no aparece nada de valor. La primera infancia es generalmente un período en el que se manifiesta una marcada depravación. El niño manifiesta una fuerte inclinación al mal, y se requiere una mano firme y sabia para controlar al pequeño, o crecerá en el pecado, un elemento desagradable y maligno de la sociedad. Los padres que no controlan a sus hijos serán controlados por ellos, y complacerán a sus hijos en vanos deseos, gratificarán el apetito y la inclinación perversos. A menos que alguien, en la providencia de Dios, intervenga, y emprenda la obra misionera de educar al niño, lo aleje de sus padres, donde no tendrán oportunidad de interferir en su disciplina, o de complacerlo en perversidades, no habrá esperanza de que la terrible obra hecha por sus padres sea contrarrestada, o de que el peligro del alma del niño sea eliminado.

Un niño descuidado de esta manera, al que se le permite ser obstinado y desobediente, será portador de una influencia maligna que manchará y contaminará a los que se asocien con él. A una edad muy temprana los niños se vuelven susceptibles a las influencias desmoralizadoras; pero los padres que profesan ser cristianos no parecen discernir la maldad de su propia conducta. ¡Oh, que se dieran cuenta de que la inclinación que se da a un niño en sus primeros años da una tendencia al carácter, y forma el destino ya sea para la vida eterna o para la muerte eterna! Los niños son susceptibles a las impresiones morales y espirituales, y los que son educados sabiamente en la infancia pueden equivocarse a veces, pero no se desviarán mucho. Pero un niño al que se deja formar su propio carácter es más probable que elija las malas influencias que las buenas.

La asociación con niños de mente malvada es peligrosa para el carácter de los niños que han sido criados con ternura y cuidado. Proteja a sus hijos de toda influencia objetable posible; porque en la niñez están más dispuestos a recibir impresiones, ya sea de dignidad moral, pureza y belleza de carácter, o de egoísmo, impureza y desobediencia. Si una vez se dejan influenciar por el

espíritu de murmuración, orgullo, vanidad e impureza, la mancha puede ser tan indeleble como la vida misma. Los padres deben considerar a sus hijos como confiados a ellos por Dios para ser educados para la familia de arriba. Instrúyanlos en el temor y el amor de Dios; porque "el temor del Señor es el principio de la sabiduría".

23 de abril de 1896

La gloria de Dios revelada en la misericordia

EGW

"Y estaba enseñando en una de las sinagogas en sábado. Y he aquí, había una mujer que tenía un espíritu de enfermedad de dieciocho años, y estaba encorvada, y en ninguna manera podía levantarse. Al verla Jesús, la llamó y le dijo: Mujer, has quedado libre de tu enfermedad. Y puso las manos sobre ella; y al instante se enderezó, y glorificó a Dios". El corazón compasivo de Cristo se conmovió al ver a esta mujer sufriente, y deberíamos suponer que todo ser humano que la mirara se habría regocijado de que hubiera sido liberada de su esclavitud y curada de una aflicción que la había doblegado durante dieciocho años. Pero Jesús percibió, por el semblante abatido y enojado de los sacerdotes y rabinos, que no sentían alegría por su liberación. No estaban dispuestos a pronunciar palabras de agradecimiento porque alguien que había estado sufriendo y deformada por la enfermedad recuperara la salud y la simetría. No sentían gratitud porque su cuerpo deformado se había embellecido, y porque el Espíritu Santo había alegrado su corazón hasta que rebosó de agradecimiento, y ella glorificó a Dios. El salmista dice: "El que ofrece alabanzas me glorifica". Pero en medio de las palabras de gratitud se oye una nota discordante. "Y el jefe de la sinagoga respondió indignado, porque Jesús había sanado en sábado". Estaba indignado porque Cristo había hecho que una mujer infeliz diera una nota de alegría en sábado. En voz alta, áspera de pasión, dijo a la gente: "Hay seis días en que los hombres deben trabajar; en ellos, pues, venid y sed curados, y no en el día de reposo."

Si este hombre hubiera tenido realmente escrúpulos de conciencia con respecto a la verdadera observancia del sábado, habría discernido la naturaleza y el carácter de la obra que Cristo había realizado. Si hubiera cultivado la verdad y la rectitud en su corazón, habría dado una interpretación enteramente diferente de la obra que se realizó en el día de reposo, y que según él pertenecía a los seis días laborables. La obra que Cristo había realizado estaba en armonía con la santificación del día de reposo. La gente de un lado y de otro se maravillaba y

se alegraba de la obra que se había realizado en favor de la mujer que sufría; y había algunos cuyos corazones estaban conmovidos, cuyas mentes estaban iluminadas, que se habrían reconocido discípulos de Cristo, de no haber sido por los semblantes bajos y airados de los rabinos. La gente sabía que si expresaban su admiración por Cristo, les costaría algo. Muchos creían en él, pero no se atrevían a confesar su fe, por miedo a ser expulsados de la sinagoga. Amaban más la alabanza de los hombres que la alabanza de Dios.

En la obra de misericordia que Cristo había realizado, resplandecía su poder divino y daba testimonio de que sus recursos se encontraban en el único Dios vivo y verdadero. Muchos obtenían un conocimiento correcto de Dios y, por la fe en Cristo, conocían mejor el Camino, la Verdad y la Vida. A la airada reprensión del jefe de la sinagoga, Jesús respondió con dignidad y autoridad. En distintas expresiones se oyó la voz de Cristo que decía: "Hipócrita, ¿no desata cada uno de vosotros en sábado su buey o su asno del establo y lo lleva a abreviar? Y esta mujer, hija de Abraham, a la que Satanás ha atado estos dieciocho años, ¿no debería ser desatada de esta atadura en sábado?". Habían condenado a Cristo por aliviar a una mujer que sufría, que había estado bajo aflicción durante dieciocho años, cuando ellos mismos no tenían escrúpulos en aliviar la sed de una bestia en el día de reposo. No dejaban a su buey o a su asno atados en el establo cuando necesitaban agua, sino que los sacaban a donde se pudiera obtener agua. Señaló su incoherencia, diciendo: Alimentáis vuestro ganado en sábado, y sin embargo os enojáis con la gente que está únicamente angustiada y sufriendo, que está bajo el poder opresivo de Satanás, porque vienen en día de sábado para ser curados. Haces una obra de misericordia por tu bestia, pero juzgas porque yo he quebrantado el poder de Satanás y he liberado a una hija de Abraham en sábado. "Y cuando hubo dicho estas cosas, todos sus adversarios se avergonzaron; y todo el pueblo se regocijó por todas las cosas gloriosas que habían sido hechas por él."

Los rabinos habían enseñado al pueblo que todos los que eran de origen judío eran santos y especialmente favorecidos por el cielo. ¿Por qué no alzaron su voz en agradecimiento a Dios porque esta sufrida hija de Abrahán había sido liberada de su larga esclavitud? La mujer no había sido poseída en espíritu, sino que el Señor había permitido que Satanás ejerciera su voluntad trayendo la enfermedad sobre ella; porque Dios estaba demostrando el carácter de su reino ante todo el universo del cielo. Debía dársele esta oportunidad para revelar el carácter de la apostasía. Los habitantes de los mundos no caídos podían ver en este caso los atributos de Satanás y el carácter de Dios. La ley de Dios es un trasunto de su carácter. El caudillo rebelde se oponía a la ley de Dios, y revelaba

que sus principios eran los que animaban a quien es inicuo, desobediente, impío, acusador, mentiroso y homicida. El verdadero carácter del jefe de la sinagoga quedó al descubierto, y se puso de manifiesto que estaba del lado del gran rebelde, aunque santurronamente profesaba ser muy puntilloso en cuanto a la ley de Dios. Desconocía el principio del amor que subyace en los mandamientos, y prefería que la mujer sufriera a que Jesús obrara un milagro para curarla, contrarrestando así su obra de tergiversación. Aunque la reprensión de Jesús trajo reproches a su adversario, y aunque el pueblo se regocijó por todas las cosas gloriosas que se habían hecho, el gobernante nunca perdonó a Cristo por haberse apartado de las máximas, costumbres y mandamientos de los hombres, con los que los rabinos habían cargado la ley de Dios y oscurecido su significado espiritual.

30 de abril de 1896

La lealtad a la ley es la lealtad a Dios

EGW

"Todo aquel que es nacido de Dios, no peca; porque su simiente permanece en él, y no puede pecar, porque es nacido de Dios". La norma que ha de probar toda doctrina, toda teoría, toda profesión, es la ley de Dios. "Todo aquel que es nacido de Dios no comete pecado", es decir, no quebranta la ley de Jehová. Si un hombre ha nacido de Dios, respetará los principios del gobierno divino, y no transgredirá voluntariamente la ley de Dios en pensamiento, palabra o acción. "Siendo renacido, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre". "De su propia voluntad nos engendró con la palabra de verdad, para que fuésemos una especie de primicias de sus criaturas". Jesús oró para que sus discípulos fueran santificados por medio de la verdad, y añadió: "Tu palabra es verdad."

El nuevo nacimiento se realiza mediante la recepción de la palabra de Dios; pero los que menosprecian la palabra de Dios, los que desprecian la ley de Jehová, se colocan bajo el estandarte del príncipe de las tinieblas. Satanás comenzó la obra de rebelión en el cielo oponiéndose a la constitución y al gobierno de Dios; y ésta es la manera de obrar que ha llevado a cabo desde la caída del hombre. Por medio de hombres malvados trata de anular la ley del Altísimo. "Para esto se manifestó el Hijo de Dios, para destruir las obras del diablo". Cristo vindicó y honró la ley de Dios, declarando que de los principios de los Diez Mandamientos penden toda la ley y los profetas. Los que

manifiestan falta de respeto por la ley de Jehová, hacen evidente que no han nacido de nuevo, y la verdad no mora en ellos.

"Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros". Esta declaración debe leerse de tal manera que armonice con la declaración de que si nacemos de Dios, no cometeremos pecado; porque "si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros". "Y en esto sabemos que le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él. Pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente se ha perfeccionado el amor de Dios; en esto sabemos que estamos en él." Juan dice: "No os escribo mandamiento nuevo, sino el mandamiento antiguo que teníais desde el principio."

"El que permanece en él no peca", es decir, no transgrede voluntariamente la ley de Dios; porque "el pecado es transgresión de la ley". Pero, ¿qué conclusión hemos de sacar de la profesión de quienes afirman estar santificados, vivir sin pecado y, sin embargo, desprecian abiertamente la ley de Dios? Afirman poseer una piedad avanzada, y al mismo tiempo, de pensamiento, palabra y obra, transgreden la ley, y enseñan a otros por precepto y ejemplo que pueden pecar impunemente. Juan pone a prueba sus pretensiones y dice: "El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él". "El que permanece en él no peca; el que peca no le ha visto, ni le ha conocido". Los que pretenden ser santificados, y que al mismo tiempo difaman abiertamente la ley de Dios, están en un terrible engaño, y son blasfemos del Dios del cielo. Juan dice: "Nadie os engañe; el que hace justicia [guarda los mandamientos de Dios] es justo, como Él es justo. El que comete pecado [transgrede la ley] es del diablo". Dios ha colocado al transgresor de la ley en las filas de los poderes de las tinieblas, en compañía del primer gran apóstata.

"Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis. Y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo". Incluso aquellos que se esfuerzan sinceramente por guardar la ley de Dios, no siempre están libres del pecado. A través de alguna tentación engañosa, son engañados, y caen en el error. Pero cuando su pecado llega a su conciencia, se ven condenados a la luz de los santos preceptos de la ley de Dios; pero no guerrear contra la ley que los condena, sino que se arrepienten de su pecado y buscan el perdón por el mérito de Cristo, que murió por sus pecados para que fueran

justificados por la fe en su sangre. No evitan la confesión y el arrepentimiento cuando se les llama la atención sobre la descuidada ley de Dios, exclamando, como hacen los santurriones que pretenden la santidad: "Estoy santificado, soy santo y no puedo pecar". Esta es la clase a la que el apóstol reprende; pues dice: "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros." Es evidente que donde se afirma la impecabilidad, allí la ley de Dios no ha sido escrita en el corazón; porque los mandamientos de Dios son muy amplios, y disciernen los pensamientos y las intenciones del corazón. El apóstol dirige palabras de aliento a los que se dan cuenta de que son pecadores, y dice: "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad." "Si decimos que no tenemos pecado", cuando nuestros pensamientos, palabras y acciones, reflejados en la ley de Dios, el gran espejo moral, nos revelan como transgresores, hacemos a Dios mentiroso, y probamos que su palabra no está en nosotros.

El apóstol traza una aguda distinción entre la condición del transgresor declarado, que se atreve a vivir desafiando la ley de Dios y, sin embargo, reclama la santidad, y la condición de aquel que, aun sometiendo su corazón a las exigencias de la ley de Dios, todavía ve defectos en su carácter y se inclina humildemente ante Dios para hacer confesión de pecado. Pablo dice: "¿Qué diremos, pues? ¿Es pecado la ley? Dios no lo quiera. No, yo no había conocido el pecado, sino por la ley; pues no había conocido la concupiscencia, si la ley no hubiera dicho: No codiciarás. Pero el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, obró en mí toda clase de concupiscencia. Porque sin la ley el pecado estaba muerto". Cuán peligrosa es la posición de los hombres que, mientras reclaman la santificación, todavía no reciben la luz de la ley por la cual se detecta el pecado. La santificación es conformidad con la voluntad de Dios, y la voluntad de Dios se expresa en su santa ley. Sólo son verdaderamente santificados los que viven de toda palabra que sale de la boca de Dios. ¡Qué terrible es ser una luz falsa y, mientras se reclama la salvación por el mérito de la sangre de Cristo, estar sembrando la semilla de la rebelión contra la ley de Dios en los corazones de los hombres!

Pablo continúa: "Una vez viví sin la ley [suponiéndose justo]; pero cuando llegó el mandamiento [a su conciencia], el pecado revivió, y [la ley(?) murió]". Esto es lo que a muchos les gustaría hacernos creer; pero es una falsedad fatal, y no podemos creerla a la luz de la palabra de Dios; porque Pablo declara: "El pecado revivió, y yo morí. Y el mandamiento, que estaba ordenado para vida, hallé que era para muerte. Porque el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, me

engañó, y por él me mató". El testimonio de Pablo estaba en armonía con las palabras del Señor en el Antiguo Testamento; porque él dice: "Haréis mis juicios, y guardaréis mis ordenanzas, para andar en ellas; yo soy Jehová vuestro Dios. Guardaréis, pues, mis estatutos y mis decretos; los cuales, si el hombre los hiciere, vivirá en ellos." "Y les di mis estatutos, y les mostré mis decretos, los cuales, si el hombre los hiciere, vivirá en ellos. Además también les di mis sábados, para que fueran una señal entre ellos y yo, para que supieran que yo soy el Señor que los santifico. Pero la casa de Israel se rebeló contra mí en el desierto; no anduvieron en mis estatutos, y menospreciaron mis decretos, los cuales, si alguno los hiciere, aun vivirá en ellos; y mis sábados profanaron en gran manera; entonces dije que derramaría mi ira sobre ellos en el desierto, para consumirlos." "Porque Moisés describe la justicia que es de la ley, Que el hombre que hace esas cosas vivirá por ellas."

Pablo no hizo la guerra contra los mandamientos de Dios por la aguda obra que habían hecho al detectar su pecado; sino que, aunque estaba condenado a muerte por la sentencia de la ley, exclama: "La ley es santa, y el mandamiento santo, y justo, y bueno". Los que hacen la guerra a los mandamientos de Dios manifiestan que sus mentes son carnales; porque "la mente carnal es enemistad contra Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede. Así que los que están en la carne no pueden agrandar a Dios". Pero aun cuando estemos en defensa de la ley de Dios, y en oposición al mundo, que está anulando esa ley, y que está cayendo bajo la tentación del enemigo de Dios, no debemos decir que no tenemos pecado, sino arrepentirnos mansamente del pecado, y hacer confesión de nuestra falta ante el Señor. La ley señala nuestros defectos de carácter, pero cuando veamos que nos hemos quedado cortos, no tendremos ganas de reprender a la ley que ha condenado nuestro pecado, no estaremos dispuestos a llamar a los mandamientos de Dios un yugo de esclavitud, sino que, como Pablo, reconoceremos nuestro pecado, y el yo morirá. Porque "si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo; y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo."

7 de mayo de 1896

La fe abre el almacén

EGW

No es señal de que Jesús haya dejado de amarnos que experimentemos dudas y desalientos. La aflicción nos llega en la providencia de Dios para que veamos

que Cristo es nuestro ayudador, que en Él hay amor y consuelo. Podemos recibir la gracia por la cual podemos ser vencedores, y heredar la vida que mide con la vida de Dios. Debemos tener una experiencia para que, cuando nos sobrevenga la aflicción, no nos apartemos de nuestra fe y escojamos fábulas.

Había hombres entre los discípulos de Cristo que no siempre manifestaban fe en la palabra de Dios. Cuando Cristo les dijo que se iría y les prepararía mansiones, y que vendría otra vez y los recibiría en sí, y dijo: "A dónde voy sabéis, y el camino sabéis", Tomás le dijo: "Señor, no sabemos a dónde vas; ¿y cómo podemos saber el camino?". Jesús le dijo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí. Si me hubierais conocido, también habríais conocido a mi Padre; y desde ahora le conocéis y le habéis visto." Tomás no creía en la palabra de Dios, y no discernía el carácter divino de Cristo. Pero no estaba solo en su incredulidad. "Felipe le dice: Señor, muéstranos al Padre, y nos basta. Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mí mismo, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras. Creedme que estoy en el Padre, y el Padre en mí; o creedme por las mismas obras. De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, las obras que yo hago, él también las hará; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre. Y todo lo que pidierais en mi nombre, eso haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si pedís algo en mi nombre, yo lo haré".

Debemos estar en una posición en la que podamos creer que Dios está dispuesto a hacer por nosotros más de lo que podemos pedir o pensar. Con la llave de la fe podemos abrir el almacén de Dios. Entonces, ¿por qué no ser cristianos creyentes en lugar de escépticos? La fe nos permitirá mostrar la compasión de Jesús en mucha mayor medida de lo que lo hacemos cuando permanecemos en la duda. ¡Qué insensato sería entrar en un sótano y lamentarnos porque estamos a oscuras! Si queremos luz, debemos subir a una habitación más alta. Es nuestro privilegio venir a la luz, venir a la presencia de Dios. Debemos venir a él confesando nuestros pecados y creyendo en la promesa de que seremos limpiados de toda maldad. El apóstol dice: "Si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad.... Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis. Y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el

Justo; y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo. Y en esto sabemos que le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él. Mas el que guarda su palabra, en éste verdaderamente se ha perfeccionado el amor de Dios; en esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo."

Debemos crecer cada día en la fe para llegar a la plena medida de la estatura espiritual en Cristo Jesús. Debemos creer que Dios responderá a nuestras oraciones, y no confiar en los sentimientos. Debemos decir: Mis sentimientos sombríos no son prueba de que Dios no me haya escuchado. No quiero rendirme a causa de estas tristes emociones; porque "la fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve." El arco iris de la promesa rodea el trono de Dios. Me acerco al trono, señalando el signo de la fidelidad de Dios, y abrigo la fe que obra por el amor y purifica el alma. No hemos de creer porque sintamos o veamos que Dios nos escucha. Debemos confiar en la promesa de Dios. Debemos ocuparnos de nuestros asuntos creyendo que Dios hará exactamente lo que ha dicho que haría, y que las bendiciones por las que hemos orado nos llegarán cuando más las necesitemos. Toda petición entra en el corazón de Dios cuando acudimos creyendo. No tenemos suficiente fe. Deberíamos considerar que nuestro Padre celestial está más dispuesto a ayudarnos que un padre terrenal a ayudar a su hijo. ¿Por qué no confiar en él? "El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él gratuitamente todas las cosas?". Ojalá los rayos de luz que brillan en la palabra de Dios pudieran entrar fácilmente en nuestros corazones, porque entonces recibiríamos consuelo. Jesús dice: "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa, cenaré con él y él conmigo". Cristo nos invita a abrir la puerta de nuestro corazón, a quitar la basura y dejar entrar al Salvador. ¿No quitaremos la carga que está amontonada en la puerta, y haremos que Cristo sea el primero, el último y el mejor en todo?

Si deseamos ser cristianos, sentémonos a los pies de Jesús y aprendamos de él. Él nos dará fuerzas para superar todo defecto de nuestro carácter, y para oponer a estos defectos hereditarios o cultivados las virtudes de Jesucristo. Debemos abrirnos paso a través de las tinieblas engañosas hacia la luz divina. Jesús dice: "Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y os será hecho." El desaliento y la melancolía nos sobrevienen, no porque la verdad no nos baste, sino porque no la llevamos a nuestros corazones, y dejamos que tenga una influencia controladora sobre nuestras vidas y

acciones. Jesús nos ha amado con un amor superior al de una madre por su hijo. Se ha hecho la pregunta: "¿Acaso puede una mujer olvidarse de su niño de pecho, para no compadecerse del hijo de sus entrañas?". Y se da la respuesta: "Sí, pueden olvidarse, pero yo no me olvidaré de ti. He aquí que en las palmas de mis manos te tengo esculpido". Agarremos con la mano de la fe las promesas de Dios y situémonos en terreno ventajoso. Entonces estaremos donde Satanás no pueda acercarse y decir: "Dios no puede ayudarte. Has pecado, y no puedes reclamar las promesas". El adversario nos haría pensar que el camino de la vida es tan difícil que será imposible alcanzar la bienaventuranza del cielo. Pero Dios nos ha colocado en circunstancias en las que puede desarrollarse lo mejor de nuestra naturaleza y en las que pueden ejercitarse las facultades más elevadas. Si cultivamos lo que es bueno, las tendencias objetables no ganarán la supremacía, y al fin seremos considerados dignos de unirnos a la familia de arriba. Pero si deseamos ser santos arriba, primero debemos ser santos en la tierra.

14 de mayo de 1896

Cuando hagas fiesta, llama a los pobres

EGW

Cuando el Señor fue invitado a la casa del jefe de los fariseos, no sólo reprendió a los que elegían los puestos más altos, sino que les dio instrucciones sobre la clase de invitados que debían invitar a sus fiestas. "Entonces dijo también al que le convidaba: Cuando hagas una comida o una cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a tus vecinos ricos; no sea que también ellos te conviden, y se te haga una recompensa."

Esta es una lección de gran importancia para aquellos a quienes el Señor ha confiado riquezas, y muchos no consideran los intereses de los que están en circunstancias menos favorables que ellos mismos. "Cuando hagas banquete, llama a los pobres, a los mancos, a los cojos, a los ciegos; y serás bienaventurado; porque no te podrán recompensar, pues serás recompensado en la resurrección de los justos."

¡Cuán pocos que se dicen cristianos practican la lección que Cristo ha dado sobre este punto! En principio, no se trataba de una enseñanza nueva, pues el Antiguo Testamento daba normas que debían controlar la acción de los que amaban a Dios. Desde la columna de nube, Cristo había dado instrucciones a su pueblo, diciendo: "Si hubiere entre vosotros un pobre de alguno de tus hermanos

dentro de cualquiera de tus puertas, en tu tierra que el Señor tu Dios te da, no endurecerás tu corazón, ni cerrarás tu mano a tu hermano pobre, sino que le abrirás de par en par tu mano, y le prestarás seguramente lo suficiente para su necesidad, en lo que necesite.... Porque nunca dejará de haber pobres en la tierra; por eso yo te mando, diciendo: Abrirás tu mano a tu hermano, a tu pobre y a tu necesitado en tu tierra". Estas palabras le habían sido dadas a Moisés para que las dijera a los hijos de Israel. Fueron unas de las últimas palabras que dirigió a la nación hebrea. Su Líder invisible, que estaba envuelto en la columna de nube, dio estas palabras de instrucción al pueblo que había sido elegido por Dios para ser la luz del mundo.

¡Cuán estrechamente armoniza la instrucción dada en labios de Moisés con la que cayó de labios de Cristo en casa del fariseo! Presentó a los fariseos los principios que debían mantener siempre sus representantes en el mundo. Cristo vio abundantes razones para repetir los principios que había dado en el Antiguo Testamento; porque su pueblo profeso no los aplicaba en la vida práctica. Los pobres no debían desaparecer de la tierra; debían permanecer siempre en ella, para que hubiera necesidad de ejercer continuamente la beneficencia. De este modo se contrarrestaba la tentación de volverse egoístas, de apropiarse de los dones confiados por el Señor, de utilizar las oportunidades y los privilegios que les había concedido para satisfacerse a sí mismos. Si descuidaban a los pobres y dejaban de difundir la luz, entonces representarían a Satanás, mientras se halagaban a sí mismos diciendo que estaban representando los principios del carácter de Dios. El Señor recuerda a los reunidos que Dios desea que repartan de su generosidad a los menos afortunados.

En su conversación en la mesa el Señor no estaba diciendo una nueva verdad, avanzando nuevas doctrinas, o exponiendo nuevos principios. Estaba repitiendo un antiguo mandamiento que había dado anteriormente a Moisés para que se lo dieran a ellos. Quería que comprendieran que sus enseñanzas no disminuían en nada la fuerza de los mandamientos dados anteriormente. Las fiestas y las cenas que daban los sacerdotes, los fariseos y los gobernantes, se daban meramente para el disfrute egoísta. Llamaban a sus favoritos, a sus parientes y amigos ricos, que a su vez los invitaban a banquetes en sus casas y, si era posible, extendían ante ellos provisiones más abundantes. Jesús trató de ampliar su visión, de mostrarles que tenían un deber, que les era obligatorio para siempre, y que consistía en atender a los pobres, los cojos, los cojos y los ciegos. También quería que considerasen el hecho de que ningún deber cumplido con los necesitados, los afligidos y los afligidos perdería su recompensa.

Ningún hombre debe contentarse con establecerse en el confortable hogar que le ha sido proporcionado por la benevolencia de Dios, y cerrar los ojos y las manos, para no ver las necesidades de los pobres, ni atender a sus necesidades. Todo hombre está llamado a cultivar los atributos que Dios aprobará. Debemos desechar las ambiciones egoístas y terrenales. En vez de agotar nuestros poderes en la lucha por el primer y más alto lugar, buscando ser estimados como honorables por los hombres, debemos procurar ayudar a otros a gozar de las cosas preciosas que nos son dadas por Dios. No debemos dejar la eternidad fuera de nuestro cálculo, sino recordar que al bendecir a otros nos traeremos un retorno seguro a nosotros mismos. Los que siguen el ejemplo de Cristo recibirán nada menos que el cielo, y la vida que se mide con la vida de Dios.

El Señor Jesús ruega a los agentes humanos que no se defrauden a sí mismos de los tesoros celestiales, ni se priven de una herencia inmortal atesorando sus tesoros terrenales y tratando de procurarse una porción en esta vida. Quiere que comprendan que son parte de la gran red de la humanidad, y que deben entretejer sus intereses con los intereses de los demás, y reconocer que son parte de la red de la humanidad, supliendo las necesidades de los pobres sufrientes de Dios. Cristo da precauciones y advertencias que son de la mayor importancia, instando a los hombres a establecer su interés principal en el cielo. "Pero cuando hagas banquete, llama a los pobres, a los mancos, a los cojos, a los ciegos; y serás bienaventurado, porque no te podrán recompensar, pues serás recompensado en la resurrección de los justos". En su sermón de la montaña expuso la misma verdad cuando dijo: "No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan; porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón."

21 de mayo de 1896

¿Y no vengará Dios a sus propios elegidos?

EGW

"Y les refirió una parábola para que los hombres orasen siempre, y no desmayasen, diciendo: Había en una ciudad un juez que no temía a Dios ni estimaba a los hombres; y había en aquella ciudad una viuda, la cual vino a él, diciendo: Véngame de mi adversario. Y él no quiso por algún tiempo; pero después dijo dentro de sí: Aunque no temo a Dios ni estimo a los hombres, ya que esta viuda me perturba, la vengaré, no sea que con sus continuas venidas

me canse. Y el Señor dijo: Oye lo que dice el juez injusto. ¿No vengará Dios a sus escogidos, que claman a él día y noche, aunque los soporta mucho tiempo? Yo os digo que los vengará pronto. Sin embargo, cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?"

Este juez era un hombre designado por la ley para decidir sobre los casos que se le presentaban. No tenía amor ni reverencia por Dios, y por lo tanto no tenía amor desinteresado por su prójimo. No tenía consideración por los derechos de los hombres. Los jueces debían prestar especial atención a las viudas; pero a este hombre no le importaban los derechos de nadie. El Señor dio instrucciones por medio del profeta Jeremías acerca de lo que los jueces debían hacer por quienes los invocaban. "Así dice el Señor: Ejecutad juicio y justicia, y librad al despojado de mano del opresor, y no hagáis agravio; no hagáis violencia al extranjero, ni al huérfano, ni a la viuda, ni derramáis sangre inocente en este lugar." La viuda y el huérfano eran objeto del cuidado especial del Señor, pero aquellos que no temían a Dios, que no tenían consideración por sus semejantes, se aprovechaban de los casos de los desvalidos e indigentes. Un juez infiel a su confianza permitió que la fuerza triunfara sobre el derecho.

La viuda que acudió a suplicar al juez injusto que la vengara de su adversario estaba decidida a que el juez atendiera su caso. Durante un tiempo se abstuvo de responder a su petición, pero después, como se estaba cansando de las continuas venidas de la viuda, dijo que la vengaría. En la posición que ocupaba, el juez podría haber liberado inmediatamente a esta mujer de sus opresores, pero no estaba dispuesto a hacerlo. En lugar de liberarla, se unió a sus adversarios para hacer lo que traería opresión sobre ella. Durante mucho tiempo se retrasó la justicia, pero al final, por puro cansancio a causa de la persistente importunidad de ella, decidió hacer el acto que debería haber hecho mucho antes.

¡Cuántas revelaciones se harán en el día del juicio final que mostrarán cuánto sufrimiento han causado los jueces injustos a sus semejantes! Se pondrá de manifiesto que su injusticia no ha llegado a los hombres por ignorancia de cuáles eran sus derechos, sino porque no tenían en cuenta los privilegios que Dios había dado a sus semejantes. Aunque se erigieron en jueces, ellos mismos causaron a los hombres una terrible opresión y ayudaron al ladrón a robar a sus semejantes. Se acerca el día en que estos jueces serán presentados ante el trono de la justicia eterna, y tendrán que rendir cuentas ante Aquel que es el juez de vivos y muertos. Cuando se abran los libros y los hombres sean juzgados según las obras escritas en los libros, se pronunciará sentencia contra los malos jueces

que han oprimido tanto a los inocentes y a los desvalidos. Serán llamados a contemplar cada acto de injusticia, y a ver los sufrimientos que con ello han causado a sus semejantes. Aquellas acciones que tenían la apariencia de corrección externa, e incluso de bondad, serán desenmascaradas, y la hipocresía de los hombres se verá en su verdadero carácter. Aquellos que hacen una obra de justicia simplemente para librarse de la molestia de escuchar las lamentables historias de sufrimiento que los afligidos vierten en sus oídos, se colocan en agudo contraste con el Padre todo misericordioso, todo piadoso, que considera las súplicas de sus hijos sufrientes con infinita compasión y amor. El Señor pide a los hombres y a los ángeles que escuchen lo que dijo el juez injusto. El Cielo conoce las acciones de los hombres. El Señor pone en contraste el espíritu y la acción del juez injusto con su propio Espíritu y acción, diciendo: "¿No vengará Dios a sus elegidos, que claman a él día y noche, aunque los soporta mucho tiempo? Os digo que los vengará pronto".

Estas palabras son para dar consuelo a todos los oprimidos. Dios escucha los gritos de sus hijos. Jesús les da la seguridad de que Dios no los ha abandonado, de que vendrá a reivindicar su causa. Hay Alguien que ha sufrido por ellos, que ha soportado con ellos sus penas y aflicciones, y que aparecerá como su libertador. El pueblo de Dios que sufre persecuciones por su fe, que es falsificado, despreciado y escarnecido, a menudo se siente tentado a pensar que Dios lo ha abandonado. A los ojos de los hombres están en minoría y, según todas las apariencias, sus enemigos triunfan sobre ellos; sin embargo, que no violen su conciencia, porque el Señor les dará una victoria señalada. Dios escuchará las humildes oraciones de sus contritos. "Porque así dice el alto y sublime que habita la eternidad, cuyo nombre es Santo: Yo habito en el lugar alto y santo, también con el que es de espíritu contrito y humilde, para reanimar el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los contritos."

Se pregunta: "¿Y no vengará Dios a sus elegidos?". Los elegidos de Dios son objeto de su especial cuidado. De su pueblo dijo Cristo: "Vosotros sois la luz del mundo". Los elegidos son aquellos a quienes Dios ha hecho depositarios de responsabilidades sagradas. Son aquellos a quienes Dios ha llamado de las tinieblas a su luz maravillosa, para que manifiesten sus alabanzas y brillen como luces en medio de las tinieblas morales del mundo. El juez injusto no tenía ningún interés especial en la viuda que le suplicaba la liberación; sin embargo, para librarse de su lastimosa súplica, la escuchó y la libró de su adversario. Pero ¡qué diferente es la actitud de Dios hacia sus hijos! "Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna". Ama a su pueblo con amor infinito. Dios nos ha elegido

desde el principio para la salvación mediante la santificación del Espíritu y la creencia en la verdad.

Estamos llamados a ser colaboradores de Dios. El Señor tiene especial consideración por los elegidos y fieles, que claman día y noche a él. Puede parecer que las pruebas y los sufrimientos continúan, y que Dios no se fija en ellos. La demora puede parecer larga; pero sus oraciones no son en vano, porque él los vengará prontamente, es decir, al fin, y de una manera no esperada por ellos, cuando se llegue al punto más difícil. No hay peligro de que el Señor deje de escuchar las oraciones de su pueblo. Él será fiel a su palabra. El peligro es que su pueblo probado y tentado se desanime y no persevere en la oración, para que Dios se venga de todo lo que los hombres malvados han traído sobre ellos. El Señor pregunta: "¿Acaso se olvidará la madre de su niño de pecho, para no compadecerse del hijo de sus entrañas? Sí, se olvidarán, pero yo no me olvidaré de ti".

(Concluido la próxima semana).

28 de mayo de 1896

¿Y no vengará Dios a sus propios elegidos?

(Concluido.)

EGW

El Salvador manifestó compasión divina hacia la mujer sirofenicia. Su corazón se conmovió con compasiva ternura, al ver su aflicción y dolor. Anhelaba darle inmediatamente la seguridad de que su oración había sido escuchada y su petición satisfecha; pero deseaba enseñar una lección a sus discípulos, y durante un corto período de tiempo pareció exteriorizar los sentimientos que los impulsaban, y desatendió el clamor del corazón de ella. Actuó con ella de la misma manera que los fariseos enseñaban al pueblo a actuar con todos los llamados paganos. Cristo incluso la repugnó. Él conocía el corazón de la mujer. Conocía el dolor que oprimía su alma y comprendía su persistente determinación de no ser expulsada hasta que su petición fuera concedida. Cuando ella dio a conocer su petición a Cristo, él le dijo: "No está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perrillos". Pero ella tenía preparada una respuesta, y dijo: "Los perros comen de las migajas que caen de la mesa del amo". Esto es todo lo que pido. Dame el privilegio de comer las migajas que caen de la mesa. ¿Se fue vacía y desanimada? No, recibió su petición. El Señor

la elogió por su gran fe y la despidió con la preciosa bendición que había pedido. Luego se volvió a sus discípulos y les dijo: "No he encontrado una fe tan grande, no, no en Israel". ¿Se olvidaron alguna vez los discípulos de esta lección? -No. Este caso se ha registrado para mostrar cuál es el resultado de perseverar en la presentación de nuestras necesidades al Oidor de la oración. De Cristo fue escrito. "No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humea". No se dejará perecer a ninguna alma que pida con fe la ayuda de Cristo. El alma más débil, la que más lucha, puede vivir y encontrar esperanza y suficiencia en Dios. Cuando Jesús entra en la tormenta y en la oscuridad, la medianoche es tan brillante como el mediodía. La fe que reconoce a Cristo lleva al alma a descansar implícitamente en las promesas, porque Dios está detrás de ellas. Hay esperanza para los más abatidos. Aquellos que toman a Cristo por su palabra, que entregan sus almas a su custodia, sus vidas a sus órdenes, encontrarán paz, tranquilidad y descanso. Él impartirá gracia al alma necesitada.

El Señor llama la atención sobre las palabras del juez, diciendo: "Escucha lo que dice el juez injusto. ¿No vengará Dios a sus escogidos, que claman a él día y noche? Presenta al juez injusto y a sí mismo de tal manera que muestra que es imposible que Dios falle a su pueblo en tiempos de necesidad. Justo antes de que el Señor esté cerca de venir, la prueba de Dios estará sobre su pueblo. La iglesia será probada hasta el momento en que el Señor aparezca en las nubes del cielo. Los que reciben respuestas a sus oraciones son los que andan a la luz de los mandamientos de Dios. Pero que no espere recibir nada del Señor aquel que camina en contra de la voluntad expresa de Dios. El Señor dice: "Y todo lo que pidieréis en mi nombre, eso haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si pedís algo en mi nombre, yo lo haré. Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros.... El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama será amado por mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él". De nuevo nos asegura el Señor: "Si alguno me ama, guardará mis palabras; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él. El que no me ama, no guarda mis palabras; y la palabra que oís no es mía, sino del Padre que me envió".

Para recibir los preciosos dones de Dios, debemos encontrarnos con él en la plataforma de su propia invención, cumpliendo las condiciones que ha establecido en su palabra. Hay mucho que se aparta de la palabra de Dios. Porque abunda la iniquidad, el amor de muchos se enfría. Cuando una prueba

de fe sobreviene a los que profesan ser hijos de Dios, no presentan perseverantemente sus peticiones ante el trono de misericordia, dependiendo del Espíritu Santo, esperando y velando, y continuando a presentar sus peticiones, escudriñando las Escrituras al mismo tiempo para saber cuál es la mente de Dios. Pongan sus pies en el camino de los mandamientos de Dios, y tengan la seguridad de que sus oraciones serán escuchadas. Hay una gran falta de seriedad, una gran falta de interés vital en la oración. Sin embargo, se nos exhorta a ser "constantemente en la oración", a "orar sin cesar". Debemos mantener un espíritu de intercesión y presentar a Dios todas nuestras necesidades. Debemos hablarle de las cosas más pequeñas de la vida, de nuestras preocupaciones, de nuestros negocios, de nuestros deseos y necesidades. Nunca podrás cansar al Señor con tus importunaciones. Contemplando a Jesús te transformas en la semejanza divina. Podemos contemplarlo si continuamos orando, hasta que no nos demos cuenta de que estamos orando, porque nuestras almas se vuelven hacia el Sol de Justicia como una flor se vuelve hacia la luz.

Debemos estudiar la oración de Cristo que se nos ha dado en el capítulo diecisiete de Juan. Al vivir esa oración, podemos ser elevados día tras día a una atmósfera pura y santa, y así tener fe para creer que recibimos lo que pedimos a Dios. El Salvador dijo: "No ruego sólo por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me has enviado. Y la gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, como nosotros somos uno; yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfeccionados en uno; y para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado". ¡Qué declaración es ésta! ¿Cómo puede captarla el hombre finito? El hombre puede elevarse, ennoblecerse mediante la obediencia a los mandamientos de Dios, y convertirse en súbditos leales y verdaderos de su reino. Podemos llegar a ser uno con Cristo en espíritu y carácter, y testificar al mundo que Dios nos ama como ama a su Hijo. ¡Qué posibilidades tiene ante sí el agente humano caído! Que la obediencia perfecta sea rendida a Dios mediante la justicia imputada de Cristo, y revelaremos al mundo el hecho de que Dios nos ama como ama a Jesús. Se hará evidente que "el que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas gratuitamente?".

¿Por qué estamos tan dispuestos a desconfiar de Dios? ¿Por qué dudamos como Iglesia de su amor? Que la fe aumente con el ejercicio. Que sea sostenida por las obras de justicia. Es el pecado el que oscurece la razón del hombre y nubla

el entendimiento. Que los afectos se entreguen a Dios para que su ley se escriba en el corazón, y todo el hombre se convertirá en una nueva criatura, nacido de nuevo del Espíritu. Entonces se manifestará que la ley de Dios "es perfecta, que convierte el alma". El Señor Jesús nos ha revelado el valor del alma humana. Dice: "Padre justo, el mundo no te ha conocido; pero yo te he conocido, y éstos han conocido que tú me enviaste. Y yo les he declarado tu nombre, y lo declararé; para que el amor con que me has amado esté en ellos, y yo en ellos". De nuevo se hace la promesa: "Haré un hombre más precioso que el oro fino; un hombre más que la cuña de oro de Ofir". ¿Cooperaremos con Dios, y poseeremos la fe que obra por el amor y purifica el alma?

11 de junio de 1896

La salvación ha llegado a tu casa

EGW

"Entró Jesús y pasó por Jericó. Y he aquí, había allí un hombre llamado Zaqueo, que era el principal entre los publicanos, y era rico. Y procuraba ver a Jesús quién era; pero no podía por el apremio, porque era pequeño de estatura. Y corriendo delante, se subió a un sicómoro para verle, porque había de pasar por allí. Cuando Jesús llegó a aquel lugar, levantó los ojos y, viéndole, le dijo: Zaqueo, baja pronto, porque hoy tengo que quedarme en tu casa. Y él, dándose prisa, bajó, y le recibió gozoso".

La recepción de Cristo por Zaqueo fue uno de los puntos brillantes de la experiencia del Salvador en su viaje por Jericó. Los miembros de su propia familia no creían en él como Redentor del mundo, y su incredulidad angustiaba el corazón del Salvador. Sabía que estaban perdiendo preciosas oportunidades de conocerle y de recibir las preciosas lecciones de la verdad que estaba dando a su pueblo. Había sido rechazado por los escribas y fariseos, y por los sumos sacerdotes y jefes religiosos de su propia nación, porque sus enseñanzas no armonizaban con las del profeso pueblo de Dios. No podían reconciliarse con el hecho de que Jesús, que no era reconocido como maestro religioso por los rabinos y escribas, enseñara como alguien que tenía autoridad. Tampoco podían soportar la manifestación de amor y misericordia que daba a los que eran considerados parias y pecadores.

Zaqueo era judío y, sin embargo, publicano. Incluso era el jefe de los publicanos, ya que supervisaba a los que recaudaban los impuestos para el gobierno romano. Un publicano era alguien despreciado por el pueblo judío, y

el hecho de que Zaqueo fuera judío, y aún así ocupara esta posición, lo hacía doblemente ofensivo. Lo miraban con desprecio, aunque era un hombre de considerable riqueza y de cierta influencia en la posición que ocupaba. Algunos miraban a Cristo con odio, y se creían mucho mejores que Zaqueo; pero no respondían a sus enseñanzas celestiales ni cedían a la influencia atrayente del Espíritu Santo. Se sorprendieron al ver que Zaqueo aceptaba a Cristo tan fácilmente. Se asombraron al verle bajar alegremente del árbol para dar la hospitalidad de su casa a uno que aparentemente era pobre en posesiones terrenales. No comprendían que Cristo se había hecho pobre por amor de los hombres, para que por su pobreza ellos se hicieran poseedores de riquezas eternas.

Zaqueo había oído hablar de las obras misericordiosas de Cristo, había escuchado la repetición de sus maravillosas enseñanzas y había anhelado ver a Cristo por sí mismo. Las palabras del Salvador que le habían comunicado los que le habían oído, habían calado hondo en su corazón, y le habían hecho comprender que necesitaba reformar su vida. Sentía profundamente la necesidad de arrepentirse, de restituir a aquellos a quienes había cobrado injustamente, y a quienes había exigido tarifas exorbitantes. Deseaba conocer mejor los principios y doctrinas de este maravilloso Maestro. La semilla de la verdad había sido sembrada en su corazón, y él la había nutrido, y estaba a punto de producir una cosecha para la gloria de Dios.

Los escribas y fariseos murmuraban entre sí al oír las palabras de gracia a Zaqueo. Estaban ansiosos por encontrar algo con que acusar a Cristo, y llevar al pueblo a rechazarlo. Cristo era el Príncipe de Dios, pero no se le honraba como a los príncipes terrenales. No vino en espléndido estado, ni pasó por las ciudades de los hombres en magnífico equipo. Se hizo uno de la multitud en medio de la cual viajaba. Dirigía palabras de aliento a los abatidos, aliviaba a los que sufrían, curaba a los enfermos y afligidos y bendecía a los que entraban en la esfera de su influencia. Venía como misionero del cielo para representar al Padre, y se regocijaba cada vez que encontraba un alma que lo recibía sin prejuicios y respondía a la atracción misericordiosa del Espíritu de Dios. Aunque los escribas y fariseos murmuraban que se había mostrado favor a Zaqueo, su corazón se regocijó cuando Jesús dijo: "Debo quedarme en tu casa".

Zaqueo apenas podía pensar que había oído bien. Se sintió abrumado por la condescendencia del gran Maestro al elegir su casa como lugar de morada. Había estado en su poder oprimir a aquellos de quienes había sido designado para recaudar los impuestos. Estaba convencido de que su práctica no estaba en

armonía con las Escrituras del Antiguo Testamento. Conocía las Escrituras, y bajo la influencia de las palabras que le habían sido comunicadas, salidas de los labios del gran Maestro, se había dado cuenta de que era un pecador a los ojos de Dios. Comenzó inmediatamente a seguir la convicción que se había apoderado de él, y a restituir a aquellos a quienes había robado. Esta fue una evidencia de conversión genuina. Los escribas y fariseos expresaron su indignación, diciendo que Cristo había ido a ser huésped de un hombre que era pecador; pero el hecho era que el Espíritu Santo estaba obrando en la mente de este hombre, y la multitud tenía una clara evidencia del hecho. "Y Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si a alguno he tomado algo por acusación falsa, se lo devuelvo cuadruplicado."

Al obrar así, Zaqueo seguía las mismas instrucciones que el Señor había dado en las Escrituras del Antiguo Testamento, y demostró ser un cumplidor de las palabras de Cristo. Cuando los publicanos vinieron a ser bautizados por Juan en el Jordán, preguntaron: "¿Qué haremos? Y él les dijo: No exijáis más de lo que os está señalado". Al restituir el cuádruplo de lo que había tomado en extorsión, seguía la palabra del profeta cuando dijo: "Restituirá el cuádruplo al cordero por haber hecho esto, y por no haber tenido piedad." Jesús reconoció su sincero arrepentimiento y aceptó su obra de reforma. "Y Jesús le dijo: Hoy ha llegado la salvación a esta casa, pues también él es hijo de Abraham". No sólo Zaqueo fue bendecido, sino toda su casa con él.

¡Qué lección nos enseña la historia de la conversión de Zaqueo! Si hemos perjudicado a otros mediante una transacción comercial injusta, si nos hemos excedido en el comercio o hemos defraudado a alguien, aunque esté dentro de los límites de la ley, si somos cristianos confesaremos nuestro error y lo repararemos en la medida de nuestras fuerzas. Debemos dar evidencia de que hay una obra genuina de la gracia dentro de nuestros corazones. Si los tribunales terrenales nos conceden bienes que no nos corresponden, no debemos aceptar la decisión de jueces injustos. Aunque seamos claros en los registros de los hombres, en los libros del cielo seremos escritos como opresores, y el caso irá contra nosotros cuando el juicio tenga lugar en los tribunales de Dios.

Antes de que Zaqueo hubiera mirado el rostro de Cristo, había comenzado la obra que lo hace manifiesto como un verdadero penitente. Antes de ser acusado por el hombre, había confesado su mal. Había cedido a las convicciones del Espíritu Santo. Había comenzado a llevar a cabo el espíritu de las palabras escritas para el antiguo Israel, así como para nosotros mismos. Dijo al Salvador:

"La mitad de mis bienes la doy a los pobres". El Señor había dicho mucho antes: "Si tu hermano se empobrece y decae contigo, *lo ayudarás*, aunque sea forastero o extranjero, para que viva contigo. No tomes de él usura ni aumento, sino teme a tu Dios, para que tu hermano viva contigo. No le darás tu dinero a usura, ni le prestarás tus víveres en aumento. Yo soy Jehovah tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto para darte la tierra de Canaán, y para ser tu Dios." "No os oprimiréis, pues, unos a otros, sino que temeréis a vuestro Dios". Estas palabras habían sido pronunciadas por Cristo cuando estaba envuelto en la columna de nube. El mismo Maestro había pronunciado estas palabras como había pronunciado el sermón de la montaña. Era Cristo quien había dicho: "Pondréis por obra mis estatutos y guardaréis mis decretos". Cristo había presentado los mismos principios en el monte de las bienaventuranzas que en el monte Sinaí. Había dicho que de los principios del amor a Dios y al prójimo pendían toda la ley y los profetas.

Cuando el agente humano es despertado por el Espíritu Santo, lo menos que puede hacer es reconocer su error, y trabajar seriamente para restaurar tanto el principal como los intereses a aquellos a quienes ha defraudado. Entre los publicanos existía una confederación, de modo que estos hombres podían oprimir al pueblo, y sostenerse mutuamente en las prácticas fraudulentas. Zaqueo, con su arrepentimiento y reforma, protestó contra esta confederación. Devolvió el cuádruplo a los que había oprimido. Si hemos agraviado a alguien quitándole lo que justamente le correspondía, debemos considerar que es justo que le devolvamos no sólo lo que le hemos quitado, sino todo lo que habría acumulado si se le hubiera dado un uso sabio y correcto durante el tiempo que ha estado en nuestra posesión.

A Zaqueo dijo el Salvador: "Hoy ha llegado la salvación a esta casa". Cristo fue a su casa para morar con él, para darle lecciones de verdad, para instruir a su familia en las cosas de su reino. La salvación llega al alma cuando se recibe a Cristo como Salvador personal. El caso de Zaqueo fue una muestra muy agradecida a Cristo mientras seguía su camino. Aunque los escribas y los fariseos acusaron a Zaqueo de ser un pecador, y murmuraron contra Cristo porque había condescendido a ser su huésped, el Señor consideró el asunto de una manera totalmente diferente. En vez de llamar pecador a Zaqueo, lo reconoció como "hijo de Abraham". Había manifestado que era digno de ser llamado hijo de Abrahán; porque se parecía a Abrahán en carácter, y estaba lleno de fe, aceptando a Cristo como su Salvador, como lo hizo también el "padre de los fieles". De sí mismo dijo Cristo: "El Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido". Aquellos que habían condenado a otros,

que se creían más allá de la necesidad de arrepentimiento, se mostraron más pecadores que aquellos a quienes condenaban. Aquellos a quienes acusaban irían al reino de los cielos, y aquellos que se creían justos, y que reivindicaban su propia trayectoria, serían expulsados. Jesús había venido, como dijo, no a llamar a los justos, sino a los pecadores al arrepentimiento, y aquellos que lo reciban con alegría, reconocerán el hecho de que la salvación ha llegado a sus almas.

18 de junio de 1896

Cristo, medio de bendición

EGW

Cuando Cristo vino al mundo, Juan dice que "vino a los suyos, y los suyos no le recibieron". La nación judía había establecido una norma de carácter que ellos consideraban justa, y no se daban cuenta de su necesidad de la justicia de Cristo. Se engañaban a sí mismos, como el hombre que se presentó a las bodas sin llevar puesto el traje nupcial. Los judíos no apreciaron el incomprensible amor de Dios al dar a Cristo para que fuera nuestro Mediador, y para que fuera el representante de Dios ante el hombre. No apreciaban el hecho de que Cristo era nuestro intercesor, investido con la plenitud del amor divino. No se dieron cuenta de la necesidad de un Abogado a la diestra de la Deidad. Satisfechos con su propia justicia propia, no querían a Jesús.

¿Seremos tan poco agradecidos como lo fueron los judíos, o consideraremos a Cristo como un espécimen perfecto de nuestra humanidad perfeccionada que une en sí mismo los atributos de la Deidad con nuestra naturaleza humana? El Hijo unigénito de Dios manifestó lo que puede llegar a ser la humanidad. En su naturaleza humana santificada reveló lo que el hombre debe ser. Por medio de Él, la misericordia pudo castigar con justicia al transgresor de la ley, y la justicia pudo perdonar sin perder su dignidad ni su pureza. En la cruz se abrazaron la misericordia y la verdad, se besaron la justicia y la paz. ¡Oh, qué maravillosa provisión se hizo para el hombre! ¿Cómo es que no apreciamos el don celestial? Por el camino que seguimos individualmente, damos testimonio del valor que damos a los privilegios de oro que nos han sido concedidos.

Debemos considerar el hecho de que para Cristo nuestra naturaleza era un manto de humillación y sufrimiento. Se humilló a sí mismo para hacerse hombre, para que se encontrara un cuerpo, un Cordero sin mancha como ofrenda sin pecado, para que Dios fuera justo y el Justificador del que cree en

Jesús. La humanidad estaba unida a la divinidad. ¿Cuál fue el gran dolor que soportó, cuando, a pesar de ser sin pecado, cargó sobre sí la masa de la culpa del mundo? Cuando contemplamos su cruz y contemplamos el asombroso sacrificio del unigénito del Padre, cuando miramos al santo Sufriente, nos damos cuenta de algo del carácter ofensivo del pecado, y al mismo tiempo tenemos una débil comprensión del amor de Dios por una raza caída y apóstata.

Dios no nos ama porque haya provisto esta gran propiciación, sino que amó tanto al mundo que hizo la propiciación desde la fundación del mundo. Él ha hecho todas las provisiones para que su gracia y favor lleguen al hombre. Pero, ¿se hizo el gran sacrificio para que el pecado de Adán se perpetuara y las compuertas del infortunio quedaran siempre abiertas sobre nuestro mundo? Cristo dice: "Vosotros sois mis amigos si hacéis todo lo que yo os mando". La obediencia perfecta a la ley de Dios es la prueba por la que se sabe que nuestro amor es perfecto hacia Cristo. El Padre revela su amor a Cristo recibiendo y acogiendo como amigos suyos a los amigos de Cristo. El Padre está plenamente satisfecho con la expiación que Cristo ha hecho. Sufrió el castigo de la ley para que el hombre tuviera la oportunidad de ejercitar el arrepentimiento hacia Dios y la fe hacia nuestro Señor Jesucristo. En favor de los pecadores, Cristo ha soportado penalidades, insultos, calumnias, abusos y tergiversaciones. Fue rechazado por aquellos a quienes vino a salvar, rechazado por su propia nación. El Señor de la gloria fue sometido a una muerte vergonzosa, y Dios mismo estuvo en Cristo, sufriendo con su Hijo unigénito, para reconciliar al mundo consigo. Todo esto se hizo para que el hombre caído tuviera otra oportunidad de redimirse. Cristo imputa su justicia al alma arrepentida y creyente, y el que recibe a Cristo se convierte en amigo de Dios. La humanidad es glorificada por la encarnación de Cristo. A través del plan de salvación, el gobierno divino permanece intachable, mientras que la salvación de las almas penitentes está asegurada.

En su oración por sus discípulos, Cristo dijo: "Yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados por medio de la verdad. No ruego sólo por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos". En su oración, Cristo incluye a todos los que oirán las palabras de vida y de salvación por medio de los mensajeros que envía. Debemos mirar con respeto a los obreros de Dios, recordando que son trabajadores junto con Dios. El pueblo de Dios, por su unión con Cristo, se hace uno con los demás. Este es el objeto de su santificación, "que todos sean uno; como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. Y la gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, como nosotros

somos uno: Yo en ellos, y tú en mí, para que se perfeccionen en uno; y para que el mundo conozca que tú me has enviado, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado."

¿Puede la mente humana comprender esta afirmación? ¿Podemos comprender por la fe que somos amados por el Padre como el Hijo es amado? Si lo comprendiéramos y actuáramos de acuerdo con ello, la gracia de Cristo, el óleo de oro del cielo, se derramaría en nuestras pobres almas sedientas y reseca. Nuestra luz ya no sería inconstante y vacilante, sino que brillaría intensamente en medio de las tinieblas morales que, como un velo fúnebre, envuelven al mundo. Debemos escuchar por la fe la intercesión prevalente que Cristo presenta continuamente en nuestro favor, cuando dice: "Padre, quiero que también ellos, los que tú me has dado, estén conmigo donde yo estoy, para que contemplen mi gloria, que tú me has dado; porque tú me amaste antes de la fundación del mundo. Padre justo, el mundo no te ha conocido; pero yo te he conocido, y éstos han conocido que tú me enviaste. Y yo les he declarado tu nombre, y lo declararé; para que el amor con que me has amado esté en ellos, y yo en ellos."

Tenemos un abogado en el trono de Dios, que está rodeado por el arco de la promesa, y se nos invita a presentar nuestras peticiones en nombre de Cristo ante el Padre. Jesús dice: Pedid lo que queráis en mi nombre, y se os hará. Al presentar mi nombre, dais testimonio de que me pertenecéis, de que sois mis hijos e hijas, y el Padre os tratará como a suyos y os amará como a mí. Vuestra fe en mí os llevará a ejercer un afecto estrecho y filial hacia mí y hacia el Padre. Yo soy la cadena de oro por la que vuestro corazón y vuestra alma están unidos en amor y obediencia a mi Padre. Expresa a mi Padre que mi nombre te es querido, que me respetas y me amas, y podrás pedirle lo que quieras. Él perdonará tus transgresiones y te adoptará en su familia real, te hará hijo de Dios, coheredero de su Hijo unigénito. Por la fe en mi nombre, te impartirá la santificación y la santidad que te capacitarán para su obra en un mundo de pecado, y te cualificarán para una herencia inmortal en su reino. El Padre ha abierto, no sólo todo el cielo, sino todo su corazón, a los que manifiestan fe en el sacrificio de Cristo, y que por la fe en el amor de Dios, vuelven a su lealtad. Aquellos que creen en Cristo como el portador del pecado, la propiciación por sus pecados, el intercesor en su favor, pueden a través de las riquezas de la gracia de Dios, reclamar los tesoros del cielo. El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él gratuitamente todas las cosas? Jesús dice: "Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo".

El resumen del beneficio de la oración es aquella devoción que conduce a la fe en las promesas de Dios. Esta fe es la llave que abre el tesoro divino, es la mano mediante la cual nos apropiamos para nuestro uso de los más ricos dones de Dios. La oración del corazón contrito abre el tesoro de las provisiones y echa mano del poder omnipotente. Este tipo de oración permite al suplicante comprender lo que significa echar mano de la fuerza de Dios y hacer las paces con Él. Este tipo de oración nos hace tener una influencia sobre aquellos con quienes nos asociamos. La oración de fe no es lánguida, seca y sin interés. Brota de una confianza y seguridad perfectas, y con su fervor manifiesta al mundo, a los ángeles y a los hombres que crees en Dios y que has hecho de Cristo tu Salvador personal. El Señor Jehová acepta el argumento que se presenta en nombre de su Hijo, y pone a tus órdenes los recursos de su mérito. Es nuestro privilegio y nuestro deber llevar la eficacia del nombre de Cristo a nuestras peticiones, y usar los mismos argumentos que Cristo ha usado en nuestro favor. Nuestras oraciones estarán entonces en completa armonía con la voluntad de Dios. Entonces es cuando Cristo reviste al suplicante contrito con sus propios ornamentos sacerdotales, y el peticionario humano se acerca al altar sosteniendo el santo incensario, del que asciende el incienso de la fragancia del mérito de la justicia de Cristo.

Nuestro Redentor nos anima a presentar continuas súplicas. Nos hace las más decididas promesas de que no suplicaremos en vano. Dice: "Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá". Luego presenta el cuadro de un niño que pide pan a su padre, y muestra cuánto más dispuesto está Dios a conceder nuestras peticiones que un padre a conceder la petición de su hijo. Dice: "Si un hijo pidiera pan a alguno de vosotros que es padre, ¿le dará una piedra? o si le pidiera un pez, ¿le dará por pez una serpiente? o si le pidiera un huevo, ¿le ofrecerá un escorpión? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?"

Nuestro precioso Salvador es nuestro hoy. En Él se centran nuestras esperanzas de vida eterna. Él es quien presenta nuestras peticiones al Padre, y nos comunica la bendición que pedimos. Él es el medio de oración por el que el hombre habla a Dios, y el medio por el que Dios imparte la bendición a la humanidad. Él es el Intercesor y el Otorgador. Aquí se manifiesta el amor de Dios, "no porque nosotros hayamos amado a Dios, sino porque él nos amó a nosotros y envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados". Dios ha dado seguridad sobre seguridad, amontonado don sobre don, multiplicado gracia sobre gracia, e

impartido sus divinos tesoros a la humanidad, para que creamos el amor que Dios nos tiene. Contemplando este amor, Juan exclama: "Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es."

25 de junio de 1896

Salvar la vida de los hombres

EGW

"Después de esto, el Señor designó también a otros setenta, y los envió de dos en dos delante de él a todas las ciudades y lugares adonde él mismo había de ir". Los discípulos debían preceder a Cristo y prepararle el camino, como Juan le había precedido y preparado el suyo. Debían predicar el reino de Dios. Iban a ir de dos en dos, y así atravesarían un vasto territorio. El Señor emprendía su último viaje desde Galilea hacia Jerusalén. Los discípulos no sólo debían predicar el reino de Dios, sino también curar a los enfermos y preparar el terreno para la venida del gran Médico. Debían proclamar su carácter divino y despertar el interés de la gente, anunciando que era el Mesías y dando publicidad a su obra y misión.

A estos discípulos se les ordenó que no saludaran a nadie por el camino. No debían entrar en saludos formales que abrieran el camino a la controversia. La vida de Cristo estaba llegando a su fin. Debían preparar el camino para la última obra que iba a realizar en persona por los habitantes del mundo. Los envió con las manos vacías, para que dependieran de la hospitalidad de aquellos con quienes se encontraran. No debían ocultar su origen humilde. Al mezclarse con la gente, debían sentarse con ellos a sus mesas, acompañar a quienes les invitaran, sin prestar atención a la casta o la posición. Su único objetivo era proclamar el Evangelio a todo hombre, sin importar la nación o el carácter de sus oyentes. "Y aconteció que yendo hacia Jerusalén, pasó por en medio de Samaria y de Galilea. Y entrando en cierta aldea, le salieron al encuentro diez hombres leprosos, que estaban lejos." Esta circunstancia ocurrió en las afueras de la aldea. Los diez hombres constituían un espectáculo sumamente penoso. La ley prohibía a un leproso entrar en las ciudades o aldeas, y para que nadie se les acercara de improviso, debían lanzar el grito lastimero: "¡Inmundo! ¡Inmundo!". Estos leprosos estaban formados por judíos y samaritanos, y el prejuicio que existía entre ellos fue roto por esta terrible enfermedad, y, condenados a muerte, se asociaron. Los leprosos no ignoraban a Jesús. Habían

oído hablar de sus maravillosas obras de misericordia y de cómo había curado a los que estaban en las mismas condiciones que ellos. Reconociendo al gran Maestro y Sanador, alzaron sus voces en un lastimero lamento de angustia, y clamaron: "Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros". Estaban aislados de la sociedad, y se presentaron ante Jesús como sujetos de piedad. Su corazón se conmovió con la compasión divina, y les dijo: "Id a mostraros a los sacerdotes". Cuando oyeron esta palabra, creyeron que significaba su restauración, y se apresuraron a obedecer. Sabían que Jesús comprendía la ley y cómo su enfermedad los había excluido de la sociedad. Era necesario que un leproso purificado tuviera el testimonio de un sacerdote de que estaba limpio de su plaga, y que tuviera su permiso, para poder volver a relacionarse libremente con sus semejantes. Se apresuraron a obedecer la palabra de Jesús; "y sucedió que, mientras iban, quedaron limpios".

Jesús fue un ayudante de los desvalidos, un amigo de los necesitados. Diariamente manifestaba compasión y amor por el género humano. Mientras recibía a los humildes, los enfermos, los pobres y los afligidos, presentaba principios a los fariseos, escribas y rabinos que condenaban su orgullo, su egoísmo y su autogloria. Estos maestros intolerantes estaban llenos de envidia porque las masas se apartaban de su instrucción para escuchar a Jesús. Hablaban mal de Cristo y de su doctrina. Tenían en el corazón destruirlo, pero no sabían qué podían hacer, porque el pueblo estaba muy atento a escucharlo. Cuanto mayor era el bien que hacía al pueblo y cuanto más glorificaban a Dios por sus maravillas, tanto más desesperados y decididos se volvían sus enemigos. Decían entre sí: "¿Veis cómo nada prevalecéis? He aquí que el mundo va tras él".

Los que se creían justos y sin necesidad de nada rechazaron la palabra de Cristo, pero los pobres y afligidos recibieron sus seguridades. Los diez leprosos siguieron su camino obedeciendo su mandato, y sabían que se había producido un gran cambio en ellos y que estaban curados. Su fe había sido puesta a prueba por la indicación de Cristo; pero no aplazaron ni un momento el actuar conforme a su palabra. Si había alguna posibilidad de ser curados, se arriesgarían. Los tonos de su voz habían estremecido sus corazones y les habían inspirado esperanza, fe y confianza. No sólo estaban limpios, sino completamente sanos. El poder divino había obrado una nueva creación.

Cuando se presentaron al sacerdote, éste declaró que estaban libres de toda mancha de lepra. Uno de ellos se llenó de alegría y agradecimiento, y decidió volver y encontrar al maravilloso Sanador, para darle gracias por la restauración. Venía regocijándose a cada paso, y a gran voz glorificaba a Dios.

Cuando llegó a la presencia de Cristo, se postró sobre su rostro, y con un corazón desbordante expresó el amor y la gratitud que sentía. Este hombre que volvió para alabar a Cristo era un extranjero, un samaritano. Su nación era despreciada y odiada por los judíos. Cristo había curado de la lepra a hombres que eran judíos, pero ninguno de los nueve volvió para glorificar a Dios en nombre de su obra por ellos. Este samaritano creía en Cristo como Redentor del alma y del cuerpo. Puso de manifiesto el hecho de que era más susceptible a la gracia de Dios, y más apreciativo del amor divino, que los otros nueve. Jesús llamó la atención de sus discípulos sobre el hecho de que era samaritano, y dijo: "¿No había diez limpios? pero ¿dónde están los nueve? No se han hallado que hayan vuelto a dar gloria a Dios, excepto este extranjero. Y le dijo: Levántate, vete; tu fe te ha salvado".

Los discípulos de Cristo, como judíos, habían sido educados para odiar a los samaritanos, y ésta era una lección que les sería de gran provecho en su experiencia futura. Jesús les haría comprender que había muchas almas preciosas entre los samaritanos que no se negarían a venir a la fiesta del Evangelio. Este samaritano que había vuelto para alabar a Dios no era un ciudadano insignificante, y resultaría ser un testigo eficaz de Cristo. Después de la resurrección y ascensión de Cristo, daría testimonio decidido de que Cristo era el Hijo de Dios. Repetiría la historia de su restauración, y con un corazón lleno de intenso amor e interés, diría a aquellos con quienes entraba en contacto: "¿Creeréis en Jesús?". Fueron testimonios de este tipo los que apartaron a los hombres de las enseñanzas establecidas y de las interminables repeticiones y tradiciones sin valor de los escribas y fariseos. Hombres ignorantes daban testimonio del poder de Cristo y hablaban audazmente de la gracia de Dios, y sus brillantes testimonios contrastaban agudamente con el ritual despiadado y exigente de los fariseos. Y la gente se vio obligada a decir que estos hombres habían estado con Jesús y habían aprendido de él.

(Concluido la próxima semana).

2 de julio de 1896

Salvar la vida de los hombres

(Concluido.)

EGW

El leproso que volvió para dar gloria a Dios fue recompensado por su fe y su gratitud. Pero ¡qué triste es que sólo uno de los diez apreciara la bendición que se le había concedido! En todas las épocas Dios ha derramado sus bendiciones sobre los hombres, y los ha sanado y restaurado como sanó a los diez leprosos. Pero ¡cuán a menudo la proporción de los que reconocen y aprecian las misericordias de Dios es aún menor que uno a diez! Los nueve no se presentaron, sino que siguieron su camino, satisfechos de haber sido restaurados. No honraron a Dios ni a Jesucristo, a quien había enviado para curarlos. El Señor obra continuamente en beneficio de la humanidad. Continuamente imparte sus bondades. Levanta a los enfermos de los lechos de languidez, libra a los hombres de peligros que no ven; encarga a los ángeles celestiales que salven a los hombres de las calamidades, que los protejan de la peste que camina en las tinieblas y de la destrucción que asola el mediodía, pero sus corazones no se dejan impresionar. No consideran las bendiciones de Dios, no se regocijan en su amor. Centran todos sus pensamientos en sí mismos. No aprecian la ternura compasiva y el amor incomparable de Cristo. Sólo unos pocos discernen que sus bendiciones son el resultado de las misericordias inagotables de Dios por medio de Jesucristo; pero los que sí discernen este hecho, cantan melodías a Dios en sus corazones y, como hizo el leproso purificado, le ofrecen un tributo de alabanza y acción de gracias.

Son muchos los que afirman que Jesús los ha limpiado de la lepra del pecado. Pero ¡cuán pocos continúan ofreciendo un tributo de alabanza, atribuyendo la gloria a Dios! El gran don que Dios ha concedido al mundo en su Hijo unigénito, exige una respuesta de amor y gratitud tan sincera como la que brotó de los labios del samaritano, que volvió a dar gloria a Dios. Cuando nuestros amigos humanos nos conceden dones y favores, nos sentimos inclinados a manifestar gratitud y a devolverles dones y favores. Pero, ¡cuán indiferentes y descuidados, cuán poco agradecidos son los corazones de los hombres al amor de Dios! ¡Cuán poco parecen pensar los hombres en las bendiciones que derrama sobre ellos nuestro bondadoso Padre celestial! El Señor preguntó: "¿Dónde está mi gloria y mi alabanza por el amor sin límites que he mostrado a los hombres?". Es imposible que Dios dé una manifestación mayor de su tierna compasión y de su

amor benevolente. "Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna". Todo el cielo estaba comprendido en ese único don. Es por los méritos del don de Cristo que recibimos todas nuestras misericordias. Podemos regocijarnos con el corazón, el alma y la voz cuando participamos de nuestro alimento diario, porque es el don de Dios por medio de Jesucristo.

En los concilios del cielo, el Señor planeó remodelar los caracteres quebrantados y pervertidos del hombre, y restaurar en ellos la imagen moral de Dios. Esta obra se denomina el misterio de la piedad. Cristo, unigénito del Padre, asumió la naturaleza humana, vino en semejanza de carne de pecado para condenar el pecado en la carne. Vino a dar testimonio del carácter inmutable de la ley de Dios que había sido impugnada por Satanás. Ni una jota ni una tilde de ella podía ser cambiada para satisfacer al hombre en su condición caída. Cristo vivió la ley en la humanidad, a fin de que se tapara toda boca y se demostrara que Satanás era acusador y mentiroso. Cristo reveló al mundo el carácter de Dios, lleno de misericordia, compasión y amor inefable. Vino para elevar al hombre. Dispuso que todo el que creyera en Cristo como su Salvador personal se salvara. En todas sus obras enseñó a los hombres que su misión no era destruir la vida de los hombres, sino salvarlos.

A través del plan de salvación, el poder debía operar en la re-creación del hombre. El remedio para el pecador era de carácter sobrenatural. No era esencial que el hombre caído entendiera la filosofía del plan de redención, o comprendiera cómo la divinidad y la humanidad estaban unidas en Cristo. No era esencial que los doctores en divinidad, que los hombres de erudición, fueran capaces por medio de la sabiduría mundana de desplegar todo lo que pertenecía al gran esquema de la redención. Se hizo evidente que era esencial que el hombre caído creyera en la palabra de Dios y obedeciera al pie de la letra sus mandamientos. La palabra de Dios puede compararse a un cofre del tesoro, y cuanto más la escudriñamos, tanto más encontramos sus riquezas ocultas. En ella podemos contemplar al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Es en la Palabra de Dios donde encontramos aliento para volver nuestros ojos a Cristo, para levantar nuestra voz con esperanza y expectación, diciendo: "Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí". Es en la palabra de Dios donde encontramos el remedio eficaz para la lepra del pecado. Aquí es donde vemos el rescate que ha sido provisto, oímos la amable invitación y contemplamos la misericordia de Dios, que no tiene paralelo, hacia aquellos que son rebeldes y enemigos.

Como mensajeros escogidos por Dios, hemos de anunciar la buena nueva de la salvación, y cooperar seriamente con Él en la salvación de las almas que perecen. Debemos tratar de guiar a los que están atados a la esclavitud del pecado, para que acepten el costoso sacrificio que el cielo ha hecho por el hombre. Las condiciones sobre las que se asegura la salvación son claras y sencillas, de modo que el caminante no tiene por qué equivocarse. Descuidar o rechazar estas condiciones es perder toda esperanza de salvación. Sólo Dios puede decir en qué condiciones puede salvarse el hombre caído y rebelde. Cuán insensato es que los hombres gasten sus energías en tratar de escalar algún otro camino que no sea ese camino que es tan simple y tan fácil de entender que el más analfabeto puede aprovechar sus disposiciones. Los teólogos profesos parecen complacerse en hacer misterioso lo que es sencillo. Revisten las sencillas enseñanzas de la palabra de Dios con sus propios oscuros razonamientos, y así confunden las mentes de los que escuchan sus doctrinas. Dejemos que el Señor explique lo que quiere que el pecador haga para heredar la vida eterna. Él ha provisto ampliamente para su salvación, pues se dio a sí mismo en Cristo. Él proveyó una salvación tan plena y completa como plena y completa fue la ofrenda. Un abogado vino a Cristo preguntando qué debía hacer para heredar la vida eterna, y Jesús le dijo: "¿Qué está escrito en la ley? Respondiendo él, dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo."

El abogado habló tal como estaba convicto, y Cristo le confirmó en su interpretación de la ley. "Y le dijo: Bien has respondido; haz esto y vivirás". ¡Qué hermosa era esta verdad en su sencillez! Esto es lo que Dios requiere de nosotros. Mediante la fe en Jesucristo como nuestro sustituto, garantía y justicia, podemos echar mano del poder divino, para que la justicia de la ley se cumpla en nosotros, que no andamos según la carne, sino según el Espíritu. La observancia de los mandamientos de Dios es una prueba de nuestra fe en Cristo como Salvador divino. Juan dice: "Este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos". Otra vez escribe: "Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida, y entren por las puertas en la ciudad."

9 de julio de 1896

Grandeza en la humildad

EGW

"Subiendo Jesús a Jerusalén, tomó aparte en el camino a los doce discípulos, y les dijo: He aquí, subimos a Jerusalén; y el Hijo del hombre será entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles para que le escarnezan, le azoten y le crucifiquen; y al tercer día resucitará."

Dijo estas palabras a sus discípulos cuando emprendía su último viaje hacia Jerusalén. Lucas habla de esta conversación, y la da con más detalle. Dice: "Entonces tomó a los doce y les dijo: He aquí subimos a Jerusalén, y se cumplirán todas las cosas escritas por los profetas acerca del Hijo del hombre. Porque será entregado a los gentiles, y será escarnecido, y calumniado, y escupido; y le azotarán, y le matarán; y al tercer día resucitará. Y no entendían nada de esto; y esta palabra les era encubierta, y no sabían lo que se decía."

Los discípulos de Cristo no podían creer que Cristo fuera tratado con tanto desprecio, que los hombres lo azotaran y lo condenaran a muerte. Esperaban que estableciera un reino temporal, que se sentara en el trono de David y reinara como príncipe temporal en Jerusalén, sometiendo a todas las naciones a su voluntad. Aunque Cristo les dijo claramente cuál sería su destino, no estaban dispuestos a cambiar sus ideas. No estaban dispuestos a creer las desagradables verdades que les abrió, no estaban dispuestos a renunciar a la idea de que Cristo sería un vencedor. No querían albergar la idea de que sería rechazado y tratado como un esclavo por sus enemigos. Al no creer en las palabras de Cristo, no comprendieron las palabras de los profetas, y pensaron que no estaban en armonía con las palabras de Cristo. Nos maravillamos de que no pudieran comprender estas cosas; porque al estar a este lado de la cruz, vemos claramente cómo se cumplieron al pie de la letra las predicciones de los profetas. Como no creían en las palabras que Cristo les dirigía (y él siempre decía la verdad y nunca los engañaba), no estaban preparados para las escenas de prueba por las que estaban llamados a pasar.

Jesús les reveló claramente el hecho de que iba a ser rechazado y crucificado, y sin embargo, aferrándose a su idea de un reino temporal, la madre de los hijos de Zebedeo, con sus hijos, se acercaron a él, "adorándole y pidiéndole una cosa. Y él le dijo: ¿Qué quieres? Ella le dijo: Haz que estos dos hijos míos se sienten,

el uno a tu derecha y el otro a tu izquierda, en tu reino". Si hubieran comprendido la declaración que Cristo les había hecho acerca de su muerte, sus corazones se habrían conmovido demasiado para hacer semejante petición. "Pero respondiendo Jesús, dijo: No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber del cáliz que yo beberé, y ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado? Ellos le dijeron: Podemos. Entonces él les dijo: Beberéis ciertamente de mi cáliz, y seréis bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado; pero el sentarme a mi derecha y a mi izquierda no me toca a mí darlo, sino que será dado a aquellos para quienes está preparado por mi Padre."

Debían participar con Cristo en sus sufrimientos. Todos los que siguen a Cristo se negarán a sí mismos, compartirán su humillación, sufrirán aflicción y persecución, y serán odiados por todos los hombres por causa de su nombre. Santiago fue muerto a espada por Herodes, y la vida de Juan se habría extinguido si Dios no hubiera mantenido encendida su luz para ser testigo fiel de su conocimiento personal de Jesucristo. Pero si hubieran comprendido bien las palabras de Cristo, habrían entendido lo que quiso decir cuando afirmó que sentarse a su derecha y a su izquierda no era algo que le correspondiera a él, sino que se daría a aquellos para quienes está preparado por su Padre. Aquellos que serían así distinguidos en el reino de Dios, serían preparados para estos lugares manifestando el amor de Cristo, dando al mundo en su propio carácter una representación de su carácter. "Porque a todo el que tiene se le dará, y tendrá en abundancia; pero al que no tiene se le quitará aun lo que tiene". El que emplea las capacidades que Dios le ha dado en mejorar las oportunidades que se le envían, tendrá luz proporcional a su fidelidad, y porque tiene, tendrá más abundantemente. Pero si las capacidades que Dios ha confiado a los hombres no son utilizadas, sus habilidades disminuirán, y porque son siervos perezosos, y no hacen una aplicación de sus talentos al servicio de Dios, se volverán menos y menos calificados para hacer su trabajo. Su luz disminuirá, y cultivarán los poderes por los cuales se alejarán de Cristo. Perderán todo lo bueno y quedarán incapacitados para ocupar un lugar en los atrios del cielo. Por no haber mejorado sus privilegios, perderán alma, cuerpo y espíritu. Su pérdida será el resultado natural de su conducta; porque el que obra contra Dios no puede tener lugar en su reino.

La petición que se hizo para la exaltación de Juan y Santiago en el reino de Cristo, será concedida, si ellos mejoraron de tal manera sus talentos en el servicio de Dios como para capacitarlos para ese lugar. Pero Juan y Santiago estaban a prueba, y si demostraban ser verdaderos, si se aferraban a la fe una vez dada a los santos, tendrían la posición que el Padre había preparado para

ellos, y la posición sería de acuerdo con su fidelidad desinteresada en el uso de los talentos que Dios les había confiado en el servicio de Cristo. Cada uno de nosotros será tratado según la misma regla. ¿No deberíamos todos tomarnos la lección a pecho? La forma en que utilicemos los talentos que el Señor nos ha confiado marcará una diferencia decisiva en cuanto a lo que será nuestra recompensa futura y eterna. Aquellos que se sienten obligados ante Dios a mejorar cada talento que les ha prestado para su gloria, serán recompensados en proporción a su fiel celo en su servicio. Los que emplean mal los preciosos talentos que Dios les ha dado, los que, en vez de usarlos para la gloria de Dios, los ponen al servicio de fines egoístas, serán recompensados como lo fue el hombre de la parábola que fue y escondió el dinero de su Señor en la tierra. Aquellos que son descuidados, indolentes, egoístas, que piensan más en su propia exaltación que en el honor de Dios, no serán encontrados guardando los primeros cuatro y los últimos seis mandamientos, y no podrán ser recompensados como serán recompensados aquellos que han manifestado pura devoción en el servicio de Dios. El registro de nuestras vidas es guardado con precisión por el ángel registrador, y cada uno de nosotros será recompensado según hayan sido nuestras obras. Habrá muchos que serán grandemente sorprendidos en el último día. Jesús dice: "Vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; pero los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes."

16 de julio de 1896

Antes del honor está la humildad

EGW

Dios había bendecido señaladamente a los judíos, y ellos habían sido infieles a su confianza; aunque profesaban ser el pueblo de Dios, no tendrían lugar en el reino de los cielos. Habían sido hechos depositarios de la verdad sagrada; habían tenido luz mucho antes que cualquier otra nación sobre la faz de la tierra, y sin embargo, al malversar los grandes dones que se les habían prestado en confianza, al deshonar y representar mal a Dios, al hacerse santurriones y engreídos, habían perdido las preciosas gracias del Espíritu de Dios, y eran totalmente incapaces para los atrios celestiales. No habían honrado a Dios, por lo tanto Dios no podía honrarlos a ellos. Habían considerado a los demás como indignos de asociarse con ellos. Los habían despreciado, y creían plenamente que ellos mismos irían al cielo antes que los demás. Pero aquellos a quienes

ellos despreciaban, que hacían un uso más fiel de sus privilegios, serían aceptados por Dios y entrarían en el cielo para sentarse con hombres distinguidos que no rechazaban al Redentor del mundo ni despreciaban la ley de Jehová.

Las palabras que Cristo dirigió a Juan y Santiago, registradas en Mateo 20:21, 22, contienen una verdad profunda e inmutable. Aunque ellos no comprendieron todo su significado cuando se las dijo, después apreciaron su sentido, porque el Espíritu Santo iluminó sus mentes. Estas palabras están escritas tanto para nuestra instrucción como para la de ellos. Corremos el mismo peligro que aquellos que suponían que eran los favoritos del cielo, que suponían que Cristo había venido a exaltar a los judíos como nación, y a romper el yugo de esclavitud bajo el cual gemían con tal sentido de humillación. Excluían a los gentiles de toda participación en el reino de Dios; pero Jesús les dijo claramente que muchos de los llamados paganos se salvarían, mientras que aquellos que habían descuidado mejorar sus ricas oportunidades, y que no apreciaban los tesoros de la verdad, serían arrojados a las tinieblas exteriores.

Si queremos ser hijos de Dios en hechos y en verdad, debemos buscar primero el reino de Dios y su justicia, y decidir que seremos hacedores de las palabras de Cristo, que obedeceremos a Dios antes que a los hombres. Debemos honrar a las agencias humanas en las que vemos la hermosura del carácter de Cristo, pero no debemos deshonar a Dios, y a aquel que fue el Enviado de Dios, dando a los hombres títulos lisonjeros. El Maestro más grande que el mundo haya conocido no dejó ningún ejemplo de este carácter para que lo sigamos. No llamó a ningún hombre falible y pecador por un título que sólo pertenece a Dios. Ningún ser humano escuchó de sus labios el título de reverendo o reverendo derecho aplicado al hombre. Nuestro mayor honor es nuestra humildad. Cristo, que fue el más excelso entre los hombres y los ángeles, nos invita a aprender de Aquel que es manso y humilde de corazón. Cristo reprendió como hipócritas a los que se arrogaban altos títulos. Dijo que ellos mismos no entrarían en el reino de los cielos ni permitirían que otros lo hicieran. Hacían grandes pretensiones y se presentaban ante el pueblo como los que tenían un conocimiento superior de las Escrituras, pero Cristo dijo de ellos que ignoraban tanto las Escrituras como el poder de Dios. Dijo: "En vano me adoran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres".

Los fariseos trataron por todos los medios de destruir la fuerza de la verdad y eclipsar la luz de Dios de la vista del pueblo. Profesando ser representantes de Dios, bajo el ropaje de la religión, cometían las más groseras transgresiones.

Cristo vino a representar al Padre, y por eso se encendieron en enemistad contra él, y estaban decididos a quitarlo del camino. Cristo puso los principios del Evangelio ante la mente de sus discípulos y del pueblo para que vieran cuán grande era el contraste entre el espíritu de la verdadera religión y el de la religión profesada por los fariseos.

Juan y Santiago, que hicieron la petición de poder sentarse, uno a la derecha y el otro a la izquierda de Cristo en su reino, no hicieron esta petición con el espíritu que muchos han pensado que lo hicieron. Ambos amaban a Cristo y deseaban estar lo más cerca posible de su persona. Era costumbre que Juan ocupara su puesto junto al Salvador en cada oportunidad posible. Santiago también anhelaba ser honrado con una relación tan estrecha con Cristo como la que deseaba Juan. Pero cuando los diez oyeron la petición que se les había hecho, "se indignaron contra los dos hermanos". Jesús llamó a sus discípulos y les dijo: "Vosotros sabéis que los príncipes de los gentiles ejercen dominio sobre ellos, y los que son grandes ejercen autoridad sobre ellos. Pero entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros, que sea vuestro ministro; y el que quiera ser el principal entre vosotros, que sea vuestro servidor." Esto significa que aquellos que quieran ser grandes en la iglesia de Dios deben actuar como verdaderos pastores en su iglesia. Deben seguir el ejemplo que Cristo ha dado. "Y el que quiera ser jefe entre vosotros, sea vuestro servidor; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos."

La mente de Cristo

Jesús no vino a la tierra con pompa y ostentación. Sus obras de amor y misericordia divinas debían dar testimonio de su origen y carácter divinos. Aquellos que no lo recibieran a causa de su humildad exterior, no tendrían ningún valor para el Salvador, ninguna bendición para la humanidad. Revestía su divinidad de humanidad y, sin embargo, no exigía que nadie le sirviera. Vino para trabajar por los demás. Siempre se esforzó por hacer el bien a los hombres; proveyó a sus necesidades. Entre sus discípulos fue en todos los sentidos un cuidador, un portador de cargas. Compartió su pobreza. Practicaba la abnegación por ellos. Fue delante de ellos para allanar los lugares más difíciles, y ahora se acercaba el momento en que consumaría su obra por los hombres en la tierra entregando su vida. Pagó su vida como precio de nuestra redención.

Las lecciones dadas a los discípulos de Cristo, están llenas de significado, y presentan la instrucción más provechosa para nosotros que creemos. No

debemos actuar según la manera, el precepto o el ejemplo de los hombres que tienen autoridad en posiciones terrenales, sino ministrar a los demás, ser siervos de todos, "como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos". El reino de Dios está establecido sobre principios diferentes a los de los reinos de este mundo. No debe haber rango entre los siervos de Cristo. Cristo dice: "Todos vosotros sois hermanos". Los ricos, los pobres, los sabios, los ignorantes, los esclavos y los libres son igualmente herencia de Dios, y el más exaltado a los ojos de Dios es el que tiene la humildad más genuina, el sentido más profundo de su indignidad, la mayor comprensión de su dependencia de Dios. Quien ama de verdad a Dios, ama de verdad a sus semejantes. Buscan constantemente hacer el bien a todos los que se relacionan con ellos. Son colaboradores de Dios.

Cristo no reprendió a Juan y Santiago y a su madre por ofrecer esta petición de sentarse a su derecha y a su izquierda en el reino. Al presentar los principios del amor que debían guiarles en su trato con los demás, presenta a los discípulos indignados la instrucción que quiere que practiquen en su vida diaria. Debían tomar su vida como ejemplo y seguir sus pasos. El apóstol presenta este asunto ante nosotros también en su verdadera luz, y dice: "Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad de ánimo, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo. No mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los demás. Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomó forma de siervo y se hizo semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre."

Cristo vivió la ley. No copió ningún modelo humano, no sacó lecciones de las máximas que guiaban al mundo. Era el resplandor de la gloria de su Padre, la imagen expresa de su persona. No pensó que ser igual a Dios fuera algo a lo que aferrarse, y sin embargo no hubo un solo acto de opresión en toda su vida. Soportó pacientemente a Judas. Judas se condenó a sí mismo al traicionar a su Señor, se entregó al enemigo, se sentenció a sí mismo y se dio muerte. Con cuánta ternura trató Jesús a Pedro; aunque le negó tres veces, le miró con doloroso pesar, con amor perdonador. Fue esa mirada la que rompió el corazón del discípulo. Contemplemos la vida inmaculada de Cristo, apreciemos su pureza de carácter sin mancha, y oremos fervientemente: "Sé tú mi modelo."

Cristo siempre se conmovió con el dolor humano. Sanó a los enfermos. Hizo milagros. Condescendió a ir a los que no podían ir a él. Resucitó a los muertos. Y, sin embargo, soportó con mansedumbre y paciencia la acusación de que expulsaba demonios por medio del príncipe de los demonios. Denunció toda abominación en la tierra. Su propia pureza inmaculada e intachable avergonzaba toda práctica malvada. Era este carácter el que mostraba en contraste el carácter de los que engañaban al pueblo y se enseñoreaban de la heredad de Dios. Sus labios estaban libres de todo engaño; el celo por el honor de Dios se manifestaba incesantemente en su vida, y sin embargo se despertó el odio más inveterado contra el unigénito Hijo de Dios, que odiaba sólo al pecado, y sin embargo amaba al pecador. Satanás no pudo encontrar en Cristo nada con que apartarlo del camino de la rectitud. Judas declaró: "He traicionado sangre inocente". Pilato, que lo condenó, dijo: "No encuentro en él culpa alguna". Pero, aunque sin mancha, aunque irrepreensible, fue entregado para ser crucificado. ¿Nos quejaremos de penurias nosotros, que hemos sido comprados por la sangre de Cristo? ¿Nos oprimiremos unos a otros nosotros, por quienes Cristo ha muerto? ¿Acaso nosotros, que somos mortales y errantes, vamos a reprochar a los que son mortales y errantes como nosotros? ¿Pensaremos que es demasiada desgracia sufrir oprobio por el nombre de Cristo? Salgamos del campamento y, si es necesario, soportemos el oprobio alegremente, con gusto, por causa de Cristo. Si hemos encontrado a Cristo precioso para nuestras almas, entonces le debemos a Jesús hablar a otros de su preciosidad, para hacerles comprender lo que deben hacer para heredar la vida eterna. Hemos recibido mucho del cielo; debemos impartir mucho del cielo. Debemos dar a conocer los caminos de Cristo en la tierra.

23 de julio de 1896

"Venid a mí y bebed"

EGW

"En el último día, aquel gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y clamó, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba". Las ceremonias solemnes y alegres estaban llevando al pueblo al más alto estado de entusiasmo, cuando la voz clara y melodiosa de Jesús se oyó entre aquella inmensa muchedumbre de todas las clases y grados de la sociedad. Algunos, los sacerdotes y gobernantes, los escribas y fariseos, estaban llenos de prejuicios y amargura. Algunos se burlaban, y otros planeaban cómo podrían burlar la muerte de Cristo; sin

embargo, este gran y maravilloso ceremonial había sido instituido por él mismo, y era una representación de su misión.

Cuando Jesús contempló aquella vasta congregación, leyó el dolor del corazón bajo la manifestación externa de gozosa exultación. Vio a muchos cuyas almas estaban resacas como el desierto, muchos fatigados por la participación en el gran ceremonial que le señalaba a él mismo. ¡Cuánto anhelaba derramar en sus corazones la corriente de su amor! Muchos estaban a punto de desfallecer de cansancio, pero aquella voz, distinta de cualquier otra, llegó a sus oídos con acentos tranquilizadores: "Si alguno tiene sed" de seguridad en la verdad, de esperanza tranquila, de liberación de propensiones pecaminosas, "venga a mí y beba". No necesita ir a los sacerdotes o a los rabinos, sino que venga a mí. "El que cree en mí, como dice la Escritura, de su vientre correrán ríos de agua viva. (Pero esto decía del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; porque aún no había sido dado el Espíritu Santo, por cuanto Jesús no había sido glorificado todavía)". Cuando ascendiera al Padre, entonces vendría el Consolador que el Salvador prometió enviar. Jesús prometió manifestarse por medio del Espíritu Santo a todo aquel que le buscara y creyera en él.

La atención del pueblo se detuvo. Aquella voz clara y penetrante transmitió sus palabras hasta los confines de la congregación. Al oír estas palabras, muchos dijeron: "Verdaderamente, éste es el Profeta. Otros decían: Este es el Cristo. Pero algunos decían: ¿Vendrá el Cristo de Galilea?". La incredulidad surgió en muchas mentes, porque estaban razonando sobre falsas pretensiones. En su ignorancia habían recibido rumores, y suponían que Jesús había nacido en Galilea. Pero había nacido en Belén. Algunos de los sacerdotes y gobernantes querían llevárselo, pero no se atrevían a ponerle las manos encima de una manera tan pública. El pueblo no pensaba lo mismo que los sacerdotes y los jefes. Estos últimos enviaron oficiales para que se llevaran a Jesús y detuvieran aquella voz que despertaba tanto interés en aquella inmensa reunión. Los oficiales llegaron a la presencia del Salvador; oyeron sus palabras, miraron su rostro, y fue como si lo glorificaran. Sus palabras hablaron directamente a sus corazones, olvidaron su misión y volvieron sin Jesús. Los sacerdotes y los gobernantes preguntaron: "¿Por qué no lo habéis traído?". La respuesta no se hizo esperar: "Jamás hombre alguno habló como éste".

Les parecía que le rodeaba un halo de luz, como si estuviera rodeado de la gloria de Dios. Estaban en su presencia llenos de temor y reverencia. ¿Se lo llevaron? -No; en la mente de aquellos endurecidos oficiales quedaron impresiones que nunca se borraron.

Los fariseos, al llegar por primera vez a la presencia de Cristo, habían sentido toda esta reverencia, todas estas convicciones; sus mentes y sus corazones estaban profundamente conmovidos. Con un poder casi irresistible se les impuso la convicción de que "nunca hombre alguno habló como éste". Si hubieran cedido a la influencia del Espíritu, habrían recibido a Jesús, y habrían avanzado de la luz a una luz mayor; pero se envolvieron en sus vestiduras de justicia propia, y pisotearon las convicciones de la conciencia. Los fariseos respondieron a los oficiales con escarnio y desprecio: "¿También vosotros estáis engañados? ¿Ha creído en él alguno de los magistrados o de los fariseos? Pero este pueblo que no conoce la ley es maldito". Aquí estaba uno que era el fundamento mismo de las ceremonias judías, uno que hizo la ley, uno que en el monte Sinaí proclamó la ley, uno que conocía cada fase y principio de la ley. Pero los dirigentes de Israel no le reconocían ni le reconocían.

Nicodemo, que fue a Cristo de noche, había recibido luz. Las lecciones de Cristo eran como la semilla que se deja caer en el corazón, para que brote y dé fruto. Se había encendido una luz que aumentaría y brillaría más y más hasta el día perfecto. Las palabras de Nicodemo tenían peso ante los gobernantes y fariseos, pues era el principal gobernante del pueblo y ocupaba un alto puesto en el Sanedrín. Dijo: "¿Juzga nuestra ley a alguno, antes que le oiga y sepa lo que hace?". Ellos le respondieron con amarga burla: "¿Tú también eres de Galilea? Escudriña y mira, porque de Galilea no ha salido profeta". ¿No había escudriñado las profecías? ¿No había oído al mismo Cristo? Podría haber testificado, con los oficiales enviados a arrestar a Jesús: "Nunca hombre alguno habló como éste." La lección dada aquella noche a Nicodemo fue para él como una luz que brilla en un lugar oscuro hasta que amanece, y el lucero del día surge en el corazón. ¿Quiénes fueron los engañados? -Los hombres que sofocaron la convicción, que apartaron sus oídos de oír la verdad, y se volvieron a las fábulas.

La historia se repite. En nuestros días nos encontramos con el mismo falso razonamiento entre los gobernantes y los ministros como la gente se encontró cuando Cristo estaba en la tierra. Necesitamos considerar las palabras de Cristo. "Mirad que nadie os engañe". Los judíos se engañaban a sí mismos. No era por falta de luz y de pruebas que Cristo no era recibido, creído y honrado como el Mesías; era la malignidad, los celos y los prejuicios los que ataban a un número tan grande con su cruel poder. Las mentes nubladas por el prejuicio, deformadas por la envidia y la pasión impía, no acudirán a la palabra de Dios para su decisión. Los que ocupaban la cátedra de Moisés inculcaron en la mente del pueblo sus falsas interpretaciones de las Escrituras. La verdad quedó sepultada

bajo sus propias doctrinas, máximas y tradiciones. Enseñaron al pueblo que Cristo iba a aparecer como un gran conquistador para romper el yugo romano de la nación. No podían hacer que sus orgullosos corazones creyeran las profecías.

Era demasiado humillante para sus orgullosos corazones aceptar a uno que era varón de dolores y estaba familiarizado con la aflicción. Recibieron aquella parte de la profecía que predecía a uno que iba a brillar gloriosamente ante sus antepasados, que iba a reinar de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra. Como en Jesús no había muestras externas de un conquistador, le volvieron la cara, se resistieron a sus palabras y trabajaron por todos los medios imaginables para contrarrestar su influencia. Así cumplieron la misma profecía que lo señalaba como varón de dolores y experimentado en quebranto.

Jesús hizo las obras de Dios, curando a los enfermos, alimentando a miles de personas por milagro, hollando las olas de cresta blanca para llegar hasta sus discípulos en la barca zarandeada por la tempestad. Cuando Pedro, apartando la mirada de Jesús hacia las olas, se hundía, se oyó su grito de angustia: "Señor, sálvame o pereceré". Aquel grito implorante llegó a los oídos de Aquel que es infinito en compasión. Jesús salvaría hasta el extremo al alma pobre, temblorosa y en peligro. En la tormenta nocturna del mar de Galilea, Jesús fue despertado por el grito de sus discípulos: "Maestro, ¿no te importa que perezcamos?". Oh, si al principio de la tempestad se hubieran dado cuenta de que Jesús estaba a bordo, no habrían tenido que trabajar tanto tiempo con el corazón aterrorizado. Pero cuando le pidieron ayuda, su palabra de poder, "Paz, calma", calmó rápidamente la tempestad. La profecía se cumplió en todos los acontecimientos de la vida de Cristo, desde el pesebre hasta la cruz. El estudiante desprejuiciado de la Biblia se ve obligado a convencerse de que Jesús en carne humana es el Hijo unigénito del Padre. Él es la roca que fue herida en el desierto por la vara de Moisés, y de la que brotaron torrentes de agua pura.

Y en el último gran día de la fiesta se dirigió a las almas cansadas, nostálgicas, enfermas de pecado, muchas anhelantes de comprender al Señor y sus caminos, muchas decepcionadas y perplejas: a ellas llega la voz musical de la invitación, clara, decidida, positiva y con convincente poder de amor: "Si alguno tiene sed, venga a mí y beba."

Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así ha sido levantado el Hijo del hombre, para que todo aquel que le mira con fe, no se pierda, sino que tenga vida eterna. Mira a Jesús, levantado en la cruz. Cuando la serpiente fue

levantada sobre el asta en el campamento de Israel, se proclamó que todos los que habían sido mordidos por las serpientes ardientes debían mirar a aquel símbolo de bronce; y el que miraba quedaba inmediatamente curado. El pueblo no debía razonar cómo era esto posible, ni preguntarse dónde estaba la virtud que los sanaría. Debían hacer exactamente lo que se les ordenaba. Los que se paraban a razonar, morían. Así nosotros debemos mirar a Jesús; pecadores, errantes, débiles, indignos, debemos aceptar la palabra de Dios, la invitación de Cristo: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os aliviaré. Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga".

30 de julio de 1896

La vida infantil de Jesús

EGW

Jesús era el Comendador del cielo, igual a Dios, y sin embargo condescendió a despojarse de su corona real, de su manto real, y revistió su divinidad de humanidad. La encarnación de Cristo en carne humana es un misterio. Podía haber venido a la tierra con un aspecto extraordinario, distinto del de los hijos de los hombres. Su rostro podría haber resplandecido de gloria, y su forma podría haber sido de una gracia extraordinaria. Podría haber presentado una apariencia tal que hubiera encantado al observador; pero esto no estaba de acuerdo con el plan ideado en los atrios de Dios. Debía llevar las características de la familia humana y de la raza judía. En todos los aspectos, el Hijo de Dios debía tener los mismos rasgos que los demás seres humanos. No debía tener una belleza de persona que lo hiciera singular entre los hombres. No debía manifestar encantos maravillosos para atraer la atención sobre sí mismo. Vino como representante de la familia humana ante el cielo y la tierra. Debía ser el sustituto y la garantía del hombre. Debía vivir la vida de la humanidad de tal manera que contradijera la afirmación que Satanás había hecho de que la humanidad era su posesión eterna, y que Dios mismo no podía arrebatarse al hombre de las manos de su adversario.

Cristo apareció en escena como un bebé, como un niño, sin tener ventajas adicionales en el mundo. Venía de padres pobres, no tenía privilegios que los pobres no hayan conocido. Experimentó las dificultades que los pobres y los humildes experimentan desde la infancia hasta la niñez, desde la juventud hasta la edad adulta. Hay un misterio en torno al nacimiento de Cristo que no puede

ni necesita ser explicado. Hace casi dos mil años se oyó en el cielo una voz extraña y misteriosa, que procedía del trono de Dios y decía: "Sacrificio y ofrenda no quisiste, pero un cuerpo me has preparado". "He aquí que vengo; en el volumen del libro está escrito de mí: Me complazco en hacer tu voluntad, oh Dios mío; sí, tu ley está dentro de mi corazón". Dios manifestado en carne vino a nuestro mundo, siendo justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en la gloria.

Al contemplar la encarnación de Cristo en la humanidad, nos quedamos perplejos ante un misterio insondable, que la mente humana no puede comprender. Cuanto más reflexionamos sobre él, más asombroso nos parece. ¡Cuán grande es el contraste entre la divinidad de Cristo y el niño indefenso del pesebre de Belén! ¿Cómo podemos abarcar la distancia entre el Dios poderoso y un niño indefenso? Y, sin embargo, el Creador de los mundos, Aquel en quien estaba corporalmente la plenitud de la Divinidad, se manifestó en el indefenso niño del pesebre. Mucho más alto que cualquiera de los ángeles, igual al Padre en dignidad y gloria y, sin embargo, vestido de humanidad. La divinidad y la humanidad se unieron misteriosamente, y el hombre y Dios se hicieron uno. En esta unión encontramos la esperanza de nuestra raza caída. Mirando a Cristo en humanidad, miramos a Dios, y vemos en Él el resplandor de su gloria, la imagen expresa de su persona.

Cristo vivió la vida de un trabajador desde sus primeros años. En su juventud trabajó con su padre en el oficio de carpintero, y así honró todo trabajo. Aunque era el Rey de la gloria, con su práctica de seguir un empleo humilde, reprendió la ociosidad en todos los miembros de la familia humana, y dignificó todo trabajo como noble y propio de Cristo. Los que se entregan a la ociosidad se apartan de la lección que Cristo ha dado con su ejemplo a toda la humanidad. Desde su infancia fue un modelo de obediencia y laboriosidad. Era como un agradable rayo de sol en el círculo familiar. Fiel y alegremente cumplió su parte en la realización de los humildes deberes que su humilde vocación requería. Como Redentor del mundo, había elegido la posición más humilde. Había revestido su divinidad de humanidad para poder llegar a la humanidad. Podía simpatizar con los pobres, porque comprendía los inconvenientes de la pobreza. Él mismo había compartido las cargas de los humildes. El Redentor del mundo no vivió una vida de comodidad y placer egoístas. No eligió una posición que le reportara la alabanza y la adulación de los hombres. Conoció por experiencia las penurias de los que se afanan por ganarse la vida, y pudo consolar y alentar a todos los humildes trabajadores. El registro de la historia de la humilde labor de su vida de carga, está escrito para nuestra admonición y consuelo. Aquellos

que tienen una verdadera concepción de la vida de Cristo, nunca pueden sentir que deben hacer una distinción entre clases, y establecer a los ricos como superiores a los humildes pobres. El Rey de gloria vivió una vida de trabajo.

Está escrito de Jesús en la infancia que "el niño crecía, y se fortalecía en espíritu, lleno de sabiduría; y la gracia de Dios era sobre él". Cuando sólo contaba doce años de edad, puso de manifiesto que su mente se desarrollaba según líneas espirituales. Sus padres iban todos los años a Jerusalén a la fiesta de la Pascua, y a los doce años Jesús los acompañó a la ciudad. "Y cuando cumplieron los días, al volver, el niño Jesús se quedó en Jerusalén; y José y su madre no lo sabían. Pero ellos, suponiendo que estaba en la compañía, se fueron un día de camino; y le buscaron entre sus parientes y conocidos; y como no le hallaron, se volvieron de nuevo a Jerusalén buscándole." Durante tres días lo buscaron ansiosamente; porque se despertaron a un sentido de la responsabilidad de la carga que Dios había puesto sobre ellos. "Y aconteció que al cabo de tres días le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores, oyéndoles y haciéndoles preguntas. Y todos los que le oían se asombraban de su inteligencia y de sus respuestas."

Sus padres escuchaban asombrados sus inquisitivas preguntas. Jesús aprovechaba la ocasión providencial que se le había abierto para difundir la luz. Había llevado a los rabinos y maestros a hablar de las profecías relativas a la aparición del Mesías. Ellos habían presentado su punto de vista del asunto, hablando de la maravillosa elevación que esta bendición traería a la nación judía; pero Jesús presentó la profecía de Isaías, preguntándoles el significado de aquellas escrituras que traían a la vista la humillación, el sufrimiento y la muerte del Hijo de Dios. Adoptando la actitud de un aprendiz, Cristo impartió luz en cada palabra que pronunció. Interpretó la Escritura a la mente oscurecida de los rabinos, y les dio una luz clara con respecto al Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. Las agudas y claras preguntas del niño aprendiz trajeron un torrente de luz a su oscurecido entendimiento. La verdad resplandeció como el claro resplandor de una luz en un lugar oscuro, mientras recibía e impartía el conocimiento del plan de salvación.

Se dice claramente que Cristo crecía en conocimiento. ¡Qué lección se encuentra en este incidente de la vida de Cristo para todos los jóvenes! Si escudriñan diligentemente la palabra de Dios, y por medio del Espíritu Santo reciben la guía divina, podrán impartir luz a otros. Al comunicar la gracia que se les ha dado, se impartirán nuevas gracias del Cielo. Cuanto más comunique el agente humano a los demás las riquezas de la gracia de Cristo, tanto más claro

y vigoroso será su entendimiento, y tanto más ricamente morará la gracia de Dios en su propio corazón. Si los jóvenes permanecen humildes como el niño Jesús, se convertirán en canales de luz.

Los doctores y los sabios se asombraron de la pregunta del niño Jesús y, deseando animar a aquel estudioso de las profecías, trataron de sonsacarle los conocimientos que había obtenido. José y María quedaron tan asombrados, al oír las sabias respuestas de su Hijo, como los mismos sabios. Cuando hubo una pausa en la conversación, María, la madre de Jesús, se acercó a su Hijo y le preguntó: "Hijo, ¿por qué nos has tratado así? he aquí que tu padre y yo te hemos buscado apenados". La luz divina brilló a través de la humanidad cuando Jesús levantó su mano derecha y preguntó: "¿Cómo es que me buscabais? ¿No sabíais que debo ocuparme de los asuntos de mi Padre? Y no entendieron lo que les decía". No comprendieron el verdadero sentido de sus palabras. Pero, aunque era el Hijo de Dios, descendió con sus padres y vino a Nazaret, y estaba sujeto a ellos. Y, aunque su madre no comprendió entonces el significado de sus palabras, "guardaba todas estas palabras en su corazón".

A la edad de doce años, el Espíritu Santo moraba en Jesús, y él sintió algo del peso de la misión para la que había venido a nuestro mundo. Su alma se puso en acción. Como alguien que quería aprender, hizo preguntas de carácter nada ordinario, con las que iluminó las mentes de sus oyentes y les hizo comprender las profecías y la verdadera misión y obra del Mesías que esperaban. El pueblo judío albergaba ideas erróneas. Anticipaban cosas grandes y maravillosas, esperando su propia exaltación personal por encima de las naciones de la tierra cuando apareciera el Mesías. Buscaban la gloria que asistiría a la segunda venida de Cristo, y pasaban por alto la humillación que asistiría a su primer advenimiento. Pero Jesús, en sus preguntas sobre las profecías de Isaías que señalaban su primera aparición, iluminó las mentes de los que estaban dispuestos a recibir la verdad. Él mismo había dado estas profecías antes de su encarnación en la humanidad, y a medida que el Espíritu Santo le traía estas cosas a la mente, y le impresionaba con respecto a la gran obra que iba a realizar, impartía luz y conocimiento a los que le rodeaban.

Aunque aumentaba en conocimientos y la gracia de Dios caía sobre él, no se enorgullecía ni se creía por encima de las tareas más humildes. Asumió su parte de la carga, junto con su padre, su madre y sus hermanos. Trabajaba para sostener a la familia y participaba en el trabajo que sufragaba los gastos de la casa. Aunque su sabiduría había asombrado a los doctores, se sometió mansamente a sus guardianes humanos, soportó su parte en las cargas familiares

y trabajó con sus propias manos como lo haría cualquier trabajador. Se dice de Jesús que (a medida que avanzaba en años) "crecía en sabiduría y estatura, y en gracia para con Dios y los hombres".

El conocimiento que obtenía diariamente de su maravillosa misión no lo inhabilitaba para desempeñar los deberes más humildes. Aceptó alegremente el trabajo que corresponde a los jóvenes que viven en hogares humildes presionados por la pobreza. Comprendía las tentaciones de los niños, pues soportaba sus penas y pruebas. Su propósito de hacer el bien era firme y constante. Aunque fue tentado al mal, se negó a apartarse en un solo caso de la más estricta verdad y rectitud. Mantuvo una perfecta obediencia filial; pero su vida intachable despertó la envidia y los celos de sus hermanos. Su infancia y juventud fueron todo menos tranquilas y alegres. Sus hermanos no creían en él, y se sentían molestos porque no actuaba en todo como ellos, y se convertía en uno de ellos en la práctica del mal. En su vida hogareña era alegre, pero nunca bullicioso. Siempre mantuvo la actitud de un aprendiz. Se deleitaba en la naturaleza, y Dios era su maestro.

6 de agosto de 1896

Vida infantil de Jesús-Nº 2

EGW

En la vida infantil de Jesús comenzó a abrirse ante su mente la condición de la sociedad, al ver el gran contraste entre las prácticas de los hombres y las enseñanzas de las Escrituras del Antiguo Testamento. Cuando lo reprendían por sus costumbres y prácticas sencillas, presentaba la palabra de Dios como justificación de sus acciones; pero sus hermanos lo acusaban de suponerse superior a ellos, y lo reprendían por erigirse por encima de sus maestros, y de los sacerdotes y gobernantes del pueblo. Sabía que si obedecía la palabra de Dios, le sería imposible encontrar descanso y paz en el círculo familiar entre sus hermanos. Tenía un conocimiento profundo y creciente acerca de las ideas, costumbres y tradiciones erróneas que iban en aumento entre los hombres y provocaban una disminución de la piedad, la sencillez y la verdad. Los hombres se apartaban de las Escrituras y prestaban atención a las doctrinas de los hombres. Vio que la gente seguía ritos supersticiosos que no poseían virtud alguna. Contempló a los hombres que participaban en un servicio que era una mera ronda de ceremonias, en la que, por tradición humana, la verdad sagrada se ocultaba al adorador. Sabía que en sus servicios infieles no podían encontrar

ni paz, ni descanso, ni satisfacción. No podían conocer la libertad de espíritu que les llegaría sirviendo a Dios en la verdad.

Jesús fue un inconformista, y no siempre permaneció como espectador silencioso de las prácticas erróneas de los hombres. Su clara penetración al distinguir entre lo falso y lo verdadero, molestó mucho a sus hermanos, que se aferraban a las tradiciones de los hombres. Insistían en que había que obedecer las tradiciones de los rabinos, como si fueran exigencias de Dios. Enseñó por precepto y ejemplo que el servicio religioso debía despojarse de todas las invenciones humanas; pero el hecho de que no cumpliera con las cosas que los rabinos prescribían, y que no estaban de acuerdo con las instrucciones divinas, fue una fuente de molestia para sus hermanos, los fariseos y los sacerdotes.

Cuando intentaron que Jesús aceptara las diminutas invenciones, máximas y tradiciones humanas que, según ellos, procedían de los antiguos rabinos, les preguntó por su autoridad en las Sagradas Escrituras. Les dijo que acataría toda palabra que saliera de la boca de Dios; pero que no procedería a obedecer las invenciones de los hombres. Les señaló el hecho de que era evidente que, a través de sus tradiciones e invenciones, estaban exaltando la palabra de los hombres por encima de la palabra de Dios. Los rabinos sabían que no tenían ninguna autoridad en las Sagradas Escrituras para exigirle obediencia a sus tradiciones; se daban cuenta de que en comprensión y práctica espiritual estaba muy por delante de ellos; y, sin embargo, se enfadaban porque no obedecía implícitamente sus dictados. Al no poder convencerle de que la tradición humana debía considerarse sagrada, buscaron a José y a María, y les expusieron su conducta de incumplimiento de sus tradiciones y costumbres.

Jesús sabía lo que era tener a su familia dividida contra él a causa de su fe religiosa. Amaba la paz, anhelaba el amor y la confianza de los miembros de su familia, pero sabía lo que era que se alejaran de él. Como seguía un camino recto y no se conformaba con las prácticas de los hombres, sino que era fiel a las exigencias de Jehová, sufrió reprimendas y censuras. Sus hermanos le reprocharon que se mantuviera alejado de las ceremonias que enseñaban los rabinos, pues tenían en más estima las tradiciones de los hombres que la palabra de Dios. Jesús hacía de las Escrituras, que se leían en las sinagogas, su estudio constante, y cuando los escribas y fariseos trataban de imponerle sus rígidas exacciones, lo encontraban completamente provisto de la palabra de Dios. Nada pudieron contra él. Parecía conocer las Escrituras de principio a fin, y las presentaba en su verdadero significado. Se avergonzaban de ser vencidos por un niño que, según ellos, debía obedecer todos los mandatos y no faltar al

respeto a sus tradiciones y máximas. Afirmaban que era asunto suyo explicar las Escrituras, y que a él le correspondía aceptar su interpretación. Les indignaba que este niño se opusiera a su palabra, cuando su vocación era estudiar y explicar las Escrituras.

Los escribas, rabinos y fariseos no pudieron obligar a Jesús a descuidar la palabra de Dios y seguir las tradiciones de los hombres; pero influyeron en sus hermanos para amargarle la vida. Sus hermanos lo amenazaron y trataron de intimidarlo y obligarlo a tomar un camino equivocado; pero él siguió adelante, haciendo de las Escrituras su guía. Desde el momento en que sus padres lo encontraron en el templo preguntando y respondiendo a las preguntas de los doctores, su proceder fue un misterio para ellos. No quería entrar en controversias, pero su ejemplo era una lección constante. Parecía un hombre apartado. Siempre que le era posible, salía solo a contemplar las escenas de la naturaleza y a estar en comunión con el Dios de la naturaleza. Siempre que tenía el privilegio, se apartaba del escenario de su trabajo y responsabilidad para ir al campo, pasear por la orilla del lago, meditar en los verdes valles, mantener comunión con Dios en la ladera de la montaña o entre los árboles del bosque. Regresaba a su hogar para retomar sus humildes obligaciones y dar ejemplo de paciente labor.

Jesús amaba la compañía de los niños y ejercía una gran influencia sobre ellos. Los pobres y los necesitados eran objeto de su especial atención. Trataba de complacer a aquellos con los que entraba en contacto de todas las maneras posibles: con dulzura, ternura y sumisión. Pero aunque era tan amable y sumiso, nada podía inducirle a practicar ceremonias, a seguir máximas y costumbres que se apartaban de la palabra de Dios. Algunos admiraban su perfección de carácter y a menudo buscaban su compañía. Pero los que aceptaban los dichos de los hombres como palabra de Dios, al ver su disconformidad con las tradiciones de los hombres, se apartaban de él y evitaban su presencia.

A lo largo de su infancia y juventud, manifestó la perfección de carácter que marcó su vida posterior. Creció en sabiduría y conocimiento. Al presenciar las ofrendas de sacrificio, el Espíritu Santo le enseñó que su vida debía sacrificarse por la vida del mundo. Creció como una planta tierna, no en la ciudad grande y ruidosa, que está llena de confusión y contiendas, sino en los valles retirados entre las colinas. Desde su más tierna infancia fue custodiado por ángeles celestiales, pero su vida fue una larga lucha contra los poderes de las tinieblas. Las agencias satánicas se combinaron con los instrumentos humanos para hacer de su vida una de tentación y prueba. A través de agencias sobrenaturales, sus

palabras, que eran vida y salvación para todos los que las recibían y practicaban, fueron pervertidas y malinterpretadas.

Debido a que su vida estaba libre de toda mancha de pecado, y condenaba toda impureza, fue objeto de oposición tanto en su país como en el extranjero. Sus horas de felicidad las encontraba en comunión con la naturaleza y con el Dios de la naturaleza. Como se ajustaba a un "Así dice el Señor" con tanta fidelidad, presentaba un marcado contraste con los que le rodeaban, y muchos se sentían reprendidos por su vida intachable, y evitaban su presencia. Pero había algunos que buscaban su compañía, sintiéndose en paz en su presencia, porque nunca contendía por sus derechos. Aunque amaba a sus hermanos, ellos le odiaban y manifestaban la más decidida incredulidad y desprecio. En su vida familiar, donde todos deberían haber estado en paz, se enfrentaba constantemente a la envidia y los celos. Sus trabajos se hicieron innecesariamente severos porque él estaba dispuesto y no se quejaba. No fracasó ni se desanimó. Vivió por encima de estas dificultades, como si estuviera a la luz del rostro de Dios. No tomaba represalias cuando lo maltrataban, sino que soportaba el insulto con paciencia, y en su naturaleza humana se convirtió en un ejemplo para todos los niños y jóvenes. Soportó el calor y el frío, el sol y la lluvia, de sus colinas y valles natales.

La vida de Cristo estuvo marcada por el respeto, la devoción y el amor a su madre. A menudo le reñía y procuraba que accediera a los deseos de sus hermanos. Sus hermanos no pudieron persuadirle de que cambiara sus hábitos de vida en la contemplación de las obras de Dios, en manifestar simpatía y ternura hacia los pobres, los que sufren y los desafortunados, y en tratar de aliviar los sufrimientos tanto de los hombres como de los animales mudos. Cuando los sacerdotes y los gobernantes se acercaron a María para persuadirla de que obligara a Jesús a plegarse a sus ceremonias y tradiciones, se sintió muy turbada. Pero la paz y la confianza llegaron a su atribulado corazón cuando su Hijo le presentó las claras afirmaciones de las Escrituras en defensa de sus prácticas. A veces vacilaba entre Jesús y sus hermanos, que no creían que fuera el Enviado de Dios. Pero la evidencia era poderosa y abundante de que el suyo era un carácter divino. Le vio sacrificarse por el bien de los demás. Le vio ir al encuentro de la gente allí donde se encontraba. Lo vio crecer constantemente en gracia y conocimiento, y en gracia ante Dios y los hombres. Su vida era como la levadura que trabaja en medio de los elementos de la sociedad. Inofensivo y sin mancha, caminaba entre los descuidados, los desconsiderados, los rudos, los descorteses; entre los publicanos injustos, los pródigos imprudentes, los samaritanos injustos, los soldados paganos, los campesinos rudos y las

multitudes mezcladas. Todos eran objeto de su compasión. Se dirigió a ellos, no para reprender y desanimar, no para pronunciar palabras imprudentes, sino para presentar lecciones de su niñez a su juventud, y de su juventud a su madurez, que serían un sabor de vida a vida para los que creyeran.

Trataba a cada ser humano como poseedor de valor. Enseñó a los hombres a considerarse dotados de talentos preciosos que, si se empleaban correctamente, los elevarían y ennoblecerían, y les asegurarían riquezas eternas. Por su ejemplo y carácter, enseñó que cada momento de la vida estaba cargado de resultados eternos. De la niñez a la juventud, de la juventud a la madurez, su vida fue la realización de la norma de la rectitud. Desbrozó la vida de todas las vanidades, y enseñó que debía ser atesorada como un tesoro, y empleada para propósitos santos. Enseñó que el carácter era precioso, y que cada momento de la vida debía pasarse al servicio de Dios, debía ser como sal salvadora, para preservar a la sociedad de la corrupción moral. Cristo no pasó por alto a ningún ser humano como inútil y sin esperanza, sino que trató de aplicar el remedio salvador a cada alma que necesitaba ayuda. En cualquier compañía en que se encontrara, presentaba lecciones por precepto y ejemplo que eran apropiadas al tiempo y a las circunstancias. Trataba de inspirar esperanza a los más rudos y poco prometedores, presentándoles la idea de que podían llegar a ser irreprochables e inofensivos, alcanzando un carácter tal que los haría manifiestos como hijos de Dios en medio de una generación torcida y perversa, en medio de la cual brillarían como luces en el mundo. Esta fue la razón por la que, después de que comenzó su ministerio público, tantos le escucharon de buena gana.

Desde su infancia había trabajado para el pueblo de manera discreta, dejando brillar su luz en medio de las tinieblas morales de una nación torcida y perversa. Manifestó el carácter de Dios a nuestro mundo al soportar las cargas de la vida privada y en el campo más amplio de la actividad. Alentó todo lo que pertenecía a los verdaderos intereses de la vida, pero se esforzó por romper las contemplaciones románticas y soñadoras. Enseñó con el precepto y el ejemplo que la posición futura sería decidida por los propios seres humanos, que el destino está marcado por nuestro propio curso de acción. Aquellos que aprecian los principios correctos, que llevan a cabo el plan de Dios en una estrecha esfera de acción, haciendo lo correcto porque es correcto, encontrarán campos más amplios de utilidad. Aquellos que son fieles a los santos mandamientos de Dios en un lugar humilde, se califican a sí mismos para hacer el servicio de Dios al ministrar a sus semejantes en una posición más elevada. El Señor les dará una visión y un discernimiento tan claros, y los bendecirá con visiones de la

eternidad que elevarán y purificarán sus caracteres. Es posible que seamos conscientes del favor de Dios, como lo fue Cristo.

Los judíos habían levantado muros de separación entre ellos y las demás naciones, y los hermanos de Cristo estaban enojados porque él no respetaba los límites prescritos, sino que se mezclaba con toda clase de personas. Durante su infancia, juventud y madurez, Cristo caminó solo. En su pureza, en su fidelidad, pisó el lagar solo; y del pueblo no había nadie con él. Pero ahora tenemos el privilegio de participar en la obra y misión de Cristo. Podemos llevar el yugo con él y ser colaboradores de Dios. Para cualquier obra a la que seamos llamados, Cristo trabajará con nosotros y en nuestro favor. Él está haciendo todo lo posible para liberarnos, y para que nuestras vidas estrechas y angostas sean amplias y eficientes. Él quiere que reconozcamos nuestra responsabilidad, y que nos demos cuenta de que al rehuir nuestro trabajo estamos incurriendo en una gran pérdida. En sus días vio a muchos que estaban cayendo muy por debajo de su privilegio de utilidad. A los indolentes les dijo: "¿Por qué estáis aquí todo el día ociosos?".

Se nos ordena trabajar mientras sea hoy, porque viene la noche, en la que nadie puede trabajar. Jesús reconoció y cargó con el terrible peso de la responsabilidad por la salvación de la familia humana. Sabía que a menos que se produjera un cambio decidido en los principios y propósitos de la raza humana, todo estaría irremediablemente perdido. Esta era la carga de su alma, y estaba solo en llevar esta carga. Nadie podía apreciar el peso que descansaba sobre su corazón. Lleno de intenso propósito, se propuso que su vida fuera una lámpara en el mundo, que él mismo fuera "la Luz del mundo".

13 de agosto de 1896

Cómo deben disciplinar los padres a sus hijos

EGW

Es deber de los padres educar y disciplinar a sus hijos desde sus primeros años. Deben procurar conducirlos amable y tiernamente a Jesús, e inculcar en los niños el hecho de que están ansiosos de asegurar la bendición de Dios sobre sus pequeñuelos. Los padres deben sentir la necesidad de esto tanto como las madres que llevaban a sus hijos a Jesús para recibir su bendición. Los discípulos de Cristo no entendían por qué aquellas madres estaban tan ansiosas por llevar a sus hijos a la presencia de Cristo. Trataron de convencer a las madres de que esto era algo muy impropio; pero Jesús reprendió a sus demasiado entusiastas

discípulos, y animó a las madres a llevar a sus hijos a su presencia. Dijo a sus discípulos: "Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de los cielos". Estas preciosas palabras deben ser apreciadas, no sólo por cada madre, sino también por cada padre. Estas palabras son un estímulo para que los padres presionen a sus hijos para que se fijen en ellos, para que pidan en el nombre de Cristo que el Padre permita que su bendición descansa sobre toda su familia. No sólo los más amados deben recibir una atención particular, sino también los hijos inquietos y caprichosos, que necesitan una educación cuidadosa y una guía tierna.

Los padres no deben sentir que es necesario reprimir la actividad de sus hijos, sino que deben comprender que es esencial guiarlos y educarlos en direcciones correctas y adecuadas. Estos impulsos activos son como las enredaderas, que, si no se las controla, correrán por encima de cualquier tocón y maleza, y sujetarán sus zarcillos en soportes bajos. Si las enredaderas no están sujetas a un soporte adecuado, malgastan sus energías en vano. Lo mismo ocurre con los niños. Sus actividades deben orientarse en la dirección correcta. Dale a sus manos y a sus mentes algo que hacer que les haga avanzar en sus logros físicos y mentales.

El Señor ha prometido bendiciones a los niños. Él ama purificar e impresionar sus mentes, y conducirlos por el camino de la rectitud. Los niños y los jóvenes pueden ser formados de tal manera que lleguen a ser obreros en la viña del Señor. El Señor los desea a su servicio, y espera que los padres los formen de tal manera que se conviertan en misioneros en el país y en el extranjero. Deben ser educados de tal manera que les sea grato aliviar las preocupaciones de sus padres y madres, tan fatigados. Si los padres no hubieran descuidado el cumplimiento de sus responsabilidades al cumplir sus deberes paternales para con sus hijos, no habría tan pocos niños y jóvenes alistados como jóvenes soldados en el ejército de Cristo. Con la instrucción apropiada los niños serán ganados para Cristo, y pueden llegar a ser canales de bendición para otros niños y jóvenes. Su influencia puede extenderse, y deben idearse métodos para que sus temperamentos activos encuentren mucho que hacer para bendecir a otros. Cuando los padres cumplen cabalmente su parte, dándoles línea sobre línea, y precepto sobre precepto, haciendo sus lecciones breves e interesantes, y enseñándoles no sólo por precepto sino por ejemplo, el Señor obrará con sus esfuerzos, y los hará maestros eficientes.

¡Oh, que los jóvenes y los niños entregaran sus corazones a Cristo! ¡Qué ejército se levantaría entonces para ganar a otros a la justicia! Pero los padres no deben

dejar que la iglesia haga sola esta obra. Si los padres escudriñaran las Escrituras para que pudieran aprender cuál es su deber de la Palabra de Dios, serían despertados a su deber. Descubrirían que el mundo está convirtiendo a la iglesia, y que ellos mismos están ofreciendo las mismas excusas triviales para el incumplimiento del deber que el mundo ofrece para no prestar atención a la palabra de Dios. Que los padres cumplan con las condiciones establecidas en la palabra de Dios, se arrepientan de sus pecados y se conviertan. Los niños han oído malinterpretar las Escrituras, y han pensado que la malinterpretación debe ser la verdad. Cuando se presenta la luz de la verdad, muchos de estos mismos niños se convencen de que Dios les ha hablado. ¡Cuán responsable es la posición de los padres cuando sus hijos discernen la verdad, y ellos usan los argumentos que han oído en los púlpitos para impedir que sus hijos sigan el camino de la justicia, y enseñan por doctrinas los mandamientos de los hombres! Los padres deben educar a sus hijos con ternura y bondad, y ser ellos mismos representantes de la fe que obra por el amor y purifica el alma. Esta clase de educación es ahora más necesaria que nunca, porque el mundo está en la iglesia, moldeándola y formándola según un estándar mundano.

La educación significa algo más que el mero estudio de los libros. Es necesario que se ejerciten tanto las facultades físicas como las mentales para tener una educación adecuada. Cuando en el consejo con el Padre antes de que el mundo fuera, fue diseñado que el Señor Dios plantara un jardín para Adán y Eva en Edén, y les diera la tarea de cuidar los árboles frutales, y cultivar y entrenar la vegetación. El trabajo útil debía ser su salvaguardia, y debía perpetuarse a través de todas las generaciones hasta el final de la historia de la Tierra. Para tener una educación integral, es necesario combinar la ciencia con el trabajo práctico. Desde la infancia los niños deben ser entrenados para hacer aquellas cosas que son apropiadas para su edad y habilidad. Ahora los padres deben animar a sus hijos a ser más independientes. Pronto se verán serios problemas sobre la tierra, y los niños deben ser entrenados de tal manera que sean capaces de enfrentarlos. Muchos padres dedican mucho tiempo y atención a divertir a sus hijos, animándoles a que les traigan todos sus problemas; pero los niños deben ser entrenados para divertirse por sí mismos, para ejercitar sus mentes ideando planes para su propia satisfacción, haciendo las cosas sencillas que son naturales para ellos.

No se debe animar a los niños de dos a cuatro años a pensar que deben tener todo lo que piden. Los padres deben enseñarles lecciones de abnegación, y nunca tratarlos de tal manera que piensen que son el centro, y que todo gira en torno a ellos. Muchos hijos han heredado el egoísmo de sus padres, pero éstos

deben procurar desarraigar de su naturaleza toda fibra de esta mala tendencia. Cristo reprendió muchas veces a los codiciosos y egoístas. Los padres deben procurar, a la primera manifestación de rasgos egoístas de carácter, ya sea en su presencia o en asociación con otros niños, refrenar y desarraigar estos rasgos del carácter de sus hijos. No permitan que el niño reciba la impresión de que, porque es su hijo, se le debe diferir y permitir que elija y dirija su propio camino. No se le debe permitir que elija alimentos que no son buenos para él, simplemente porque le gustan. La experiencia de los padres debe tener un poder de control en la vida del niño.

¡Cuán cuidadosamente deben los padres dirigir a sus hijos para contrarrestar toda inclinación al egoísmo! Deben sugerir continuamente maneras por las cuales sus hijos puedan llegar a pensar en los demás, y aprender a hacer cosas para sus padres y madres, que están haciendo todo por ellos. Pero si los padres no tienen cuidado, tratarán a sus hijos de tal manera que éstos exigirán atenciones y privilegios que obligarán a los padres a privarse de sí mismos para complacer a sus pequeños. Los niños pedirán a los padres que hagan cosas por ellos, que satisfagan sus deseos, y los padres accederán a sus deseos, sin tener en cuenta el hecho de que están inculcando el egoísmo en sus hijos. Pero al hacer esto, los padres están perjudicando a sus hijos, y descubrirán después lo difícil que es contrarrestar la influencia de la educación de los primeros años de la vida de un niño. Los niños necesitan aprender pronto que no pueden ser gratificados cuando el egoísmo impulsa sus deseos.

Los padres deben formar a sus hijos para que se dediquen con ellos a sus oficios y empleos. Los agricultores no deben pensar que la agricultura es un negocio poco elevado para sus hijos. La agricultura debe avanzar gracias al conocimiento científico. La agricultura ha dejado de ser rentable. La gente dice que la tierra no paga el trabajo invertido en ella, y se lamentan del duro destino de los que cultivan la tierra. En este país (Australia) muchos han abandonado la idea de que la tierra pagará por trabajarla, y miles de acres yacen sin mejorar. Pero si las personas con la capacidad apropiada se dedicaran a esta línea de empleo, estudiaran el suelo y aprendieran a plantar, cultivar y recoger la cosecha, se podrían ver resultados más alentadores. Muchos dicen: "Hemos probado la agricultura, y sabemos cuáles son sus resultados", y sin embargo estos mismos necesitan saber cómo cultivar el suelo, y llevar la ciencia a su trabajo. Sus rejas de arado deberían cortar surcos más profundos y anchos, y necesitan aprender que al labrar la tierra no necesitan volverse comunes y toscos en su naturaleza. Que aprendan a incorporar la religión a su trabajo. Que

aprendan a poner la semilla en su estación, a prestar atención a la vegetación y a seguir el plan que Dios ha ideado.

El agricultor y sus hijos tienen ante sí el libro abierto de la naturaleza, y deben aprender que la agricultura es una ocupación noble, cuando el trabajo se realiza de manera adecuada. La opinión que prevalece de que la agricultura degrada al hombre, es errónea. La tierra es creación de Dios, y Él la llama muy buena. Las manos pueden volverse duras y ásperas, pero esta dureza no tiene por qué extenderse al alma. El corazón no tiene por qué volverse descuidado, ni el alma contaminada. La palidez afeminada puede curarse del semblante, pero el testimonio de la salud se ve en el rojo y el moreno de la tez. La semejanza a Cristo puede preservarse en la vida del agricultor. Los hombres pueden aprender, al cultivar la tierra, preciosas lecciones sobre el cultivo del Espíritu.

20 de agosto de 1896

La prueba nos lleva a Dios

EGW

El Señor permite que las pruebas lleguen a sus seres queridos para que a través de la prueba puedan tener un mayor conocimiento acerca del Dios de su salvación. El Señor dice: "Amados, no os extrañéis de la prueba de fuego que ha de probaros, como si alguna cosa extraña os aconteciese; antes bien alegraos, por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo; para que cuando su gloria se manifieste, os gocéis también con gran alegría." Otra vez dice a los que son guardados por el poder de Dios mediante la fe para salvación, que por un tiempo están "en angustia a causa de múltiples tentaciones; para que la prueba de vuestra fe, siendo mucho más preciosa que el oro que perece, aunque se pruebe con fuego, sea hallada para alabanza, honra y gloria en la manifestación de Jesucristo."

Santiago escribe: "Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo esto: que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Pero dejad que la paciencia haga su obra perfecta, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte nada." "Por tanto, nosotros también, estando rodeados de tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios. Porque considerad a aquel que soportó tal

contradicción de pecadores contra sí mismo, para que no os canséis y desmayéis de ánimo. Aún no habéis resistido hasta la sangre, luchando contra el pecado. Y habéis olvidado la exhortación que os habla como a niños: Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por él; porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo. Si soportáis el castigo, Dios os tratará como a hijos.... Ahora bien, ningún castigo al presente parece ser gozoso, sino doloroso; sin embargo, después da fruto apacible de justicia a los que por él son ejercitados."

Podemos decir con Job: "Él conoce el camino que tomo; cuando me haya probado, saldré como el oro". "Porque tú, oh Dios, nos probaste; nos probaste como se prueba la plata". Nuestro Padre celestial dio a su Hijo unigénito para hacer frente a los poderes de las tinieblas, y para refrenar las agencias satánicas, a fin de que no prevalecieran contra sus probados y elegidos, y los vencieran y destruyeran. Jesús, nuestro gran Sumo Sacerdote, se conmueve con el sentimiento de nuestras debilidades, y trabaja para vendar a los que están heridos y magullados por el enemigo. No deja el alma tentada a merced del destructor. Los hijos de Dios deben trabajar en la línea de Cristo. Deben buscar a las ovejas errantes y descarriadas de su prado. Los que dicen amar a Dios deben formar una guardia alrededor de las almas que perecen para salvarlas de la ruina. En vez de decir: "Dejad ir a los descarriados, no trataremos de ayudarlos", hemos de fortalecer las manos que cuelgan y confirmar las rodillas débiles. Nunca formaremos caracteres según la semejanza divina si abrigamos la piedad escasa y atrofiada que mira sólo por nosotros mismos, y no nos lleva a hacer un trabajo serio y positivo por la salvación de los demás. Debemos dejar que nuestra luz brille de tal manera que guíe a las almas hacia el puerto seguro, para que puedan encontrar refugio en Cristo. Los que no tienen una religión positiva, no tienen influencia para atraer a otros al redil de la seguridad. Su religión deshonra la verdad, y da a los que no son de nuestra fe una excusa para sus propias vidas defectuosas. Aquellos que son indolentes, que centran todo en sí mismos, traen desprecio a la causa que profesan amar.

El Señor permite que nos sobrevengan pruebas para que podamos interceder con sinceridad y de corazón. La prueba nos lleva a Dios, y nos lleva a formar una conexión más cercana con Cristo nuestro Salvador. La prueba nos obliga a cumplir la palabra de Dios. Ponemos en práctica el mandamiento: "Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá". ¿Creemos en estas palabras, que están llenas de eficacia divina? Dice el Señor: "Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?".

Nuestra suficiencia en cada momento de necesidad se encuentra en la promesa de Dios. Debemos alegrarnos, educar nuestros corazones y labios para alabar a Dios. Hemos de hablar palabras alegres, recorrer el camino hacia el cielo de tal manera que manifestemos a los demás que lo consideramos el mayor privilegio que podríamos tener. Alégrese, acérquese a Jesús, hablen de su amor y cuenten de su poder. Que los jóvenes tengan ante sí excelentes ejemplos, para que vean lo que es la fortaleza, el valor y la estabilidad cristianas. Que cada palabra y cada acción sean de tal carácter que sean halladas para alabanza, honor y gloria en la aparición de Jesucristo. Que los jóvenes vean en los cristianos mayores la manera en que pueden emplear sus talentos con el fin de honrar a su Creador y Redentor. Los cristianos experimentados deben buscar la sociedad de los jóvenes para que puedan ayudarles a comprender el camino de la salvación. Que presenten la belleza de la santidad, y al enseñar a otros, ellos mismos aprenderán a ganar los pies de los jóvenes para que caminen por sendas seguras.

Satanás está continuamente presentando sus encantos seductores, con el fin de atraer los pies de los jóvenes para que tomen posición bajo su negro estandarte. Presenta el mal con falsos colores. Bajo la apariencia de un ángel de luz, oculta la deformidad de su carácter, y así engaña a miles. Que aquellos que se esfuerzan por obtener una herencia gloriosa con los santos en luz, no presenten un aspecto prohibitivo, frío y antipático. Que no actúen de tal manera que lleven a la juventud a evitar su sociedad. Cuando es así, no brillan como luces en el mundo. Interponen sus defectos entre la luz del mundo y el alma del pecador. A cada paso ilumina el camino de aquellos con quienes entran en contacto. Satanás ha arrojado su sombra infernal en el camino de cada alma, para eclipsar cada rayo de luz que brilla desde Cristo hacia el agente humano. Tanto los jóvenes como los ancianos tendrán que afrontar pruebas, pero que la fe sea alentada. Que penetre a través de las tinieblas, para que el alma pueda entrar en lo que está dentro del velo, y caminar a la luz de los rayos del Sol de Justicia. El que cree en Jesús como su Salvador personal, vence a los poderes de las tinieblas, y hace que las huestes del cielo entonen un cántico de triunfo.

27 de agosto de 1896

El ejemplo de Cristo frente al formalismo

EGW

Del Señor Jesucristo en su juventud se da el testimonio divino: "Y el niño crecía, y se fortalecía en espíritu, lleno de sabiduría; y la gracia de Dios era sobre él." Después de la visita a Jerusalén en su niñez, regresó con sus padres, "y vino a

Nazaret, y estaba sujeto a ellos.... Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres".

En tiempos de Cristo, los educadores de la juventud eran formalistas. Durante su ministerio, Jesús declaró a los rabinos: "Erráis, no conociendo las Escrituras ni el poder de Dios". Y les acusó de "enseñar como doctrinas mandamientos de hombres". La tradición era considerada, ampliada y reverenciada muy por encima de las Escrituras. Los dichos de los hombres, y una interminable ronda de ceremonias, ocupaban una parte tan grande de la vida del estudiante, que se descuidaba la educación que imparte el conocimiento de Dios. Los grandes maestros se extendían continuamente sobre pequeñas cosas, especificando cada detalle que debía observarse en las ceremonias de la religión, y haciendo de su observancia un asunto de la más alta obligación. Pagaban "el diezmo de la menta, del anís y del comino", mientras que "omitían los asuntos más pesados de la ley, el juicio, la misericordia y la fe". De este modo se introdujo una masa de basura que ocultaba a la vista de los jóvenes los grandes aspectos esenciales del servicio de Dios.

En el sistema educativo no había lugar para esa experiencia personal en la que el alma aprende por sí misma el poder de un "Así dice el Señor", y adquiere esa confianza en la palabra divina que es la única que puede traer paz y poder con Dios. Ocupados con la ronda de formularios, los estudiantes de estas escuelas no encontraban horas tranquilas en las que comulgar con Dios y escuchar su voz hablándoles a sus corazones. Lo que los rabinos consideraban una educación superior era en realidad el mayor obstáculo para la verdadera educación. Se oponía a todo desarrollo real. Bajo su entrenamiento, las facultades de los jóvenes eran reprimidas, y sus mentes se encogían y estrechaban.

A los hermanos y hermanas de Jesús se les enseñaban las multitudinarias tradiciones y ceremonias de los rabinos, pero Cristo no pudo ser inducido a interesarse por estos asuntos. Aunque oía por todas partes el reiterado "harás" y "no harás", se movía independientemente de estas restricciones. Las exigencias de la sociedad y las exigencias de Dios estaban siempre en colisión, y aunque en su juventud no atacó directamente las costumbres o los preceptos de los doctos maestros, tampoco se convirtió en alumno de sus escuelas.

Jesús no siguió ninguna costumbre que le obligara a apartarse de la voluntad de Dios, ni se puso bajo la instrucción de quienes exaltaban las palabras de los hombres por encima de la palabra de Dios. Apartó de su mente todos los

sentimientos y formalidades que no tenían a Dios por fundamento. No daba lugar a que estas cosas influyeran en él. Así enseñó que es mejor prevenir el mal que tratar de corregirlo después de que se ha afianzado en la mente. Y Jesús no llevaría a otros con su ejemplo a colocarse donde pudieran ser corrompidos. Tampoco se colocaría innecesariamente en una posición en la que entraría en conflicto con los rabinos, lo que en años posteriores podría debilitar su influencia sobre el pueblo. Por las mismas razones no podía ser inducido a observar las formas sin sentido o ensayar las máximas que más tarde en su ministerio tan decididamente condenó.

Aunque Jesús estaba sometido a sus padres, comenzó muy pronto a actuar por sí mismo en la formación de su carácter. Aunque su madre fue su primera maestra humana, recibía constantemente educación de su Padre celestial. En lugar de estudiar detenidamente la erudita sabiduría transmitida por los rabinos de siglo en siglo, Jesús, bajo el divino Maestro, estudió las palabras de Dios, puras e incorruptas, y estudió también el gran libro de lecciones de la naturaleza. Las palabras "Así dice el Señor" estaban siempre en sus labios, y "Está escrito" era la razón de cada acto que se apartaba de las costumbres familiares. Trajo una atmósfera más pura a la vida del hogar. Aunque no se puso bajo la instrucción de los rabinos convirtiéndose en alumno de sus escuelas, a menudo estaba en contacto con ellos, y las preguntas que hacía, como si fuera un aprendiz, desconcertaban a los sabios; porque sus prácticas no armonizaban con las Escrituras, y no tenían la sabiduría que viene de Dios. Incluso a aquellos a quienes disgustaba su incumplimiento de las costumbres populares, su educación les parecía de un tipo superior a la de ellos.

La vida de Jesús dio pruebas de que esperaba mucho y, por lo tanto, intentó mucho. Desde su infancia fue la luz verdadera, que brillaba en medio de las tinieblas morales del mundo. Se reveló como la verdad y el guía de los hombres. Su concepción de la verdad y su poder para resistir la tentación eran proporcionales a su conformidad con aquella palabra que él mismo había inspirado a los hombres santos. La comunión con Dios, la entrega total del alma a Él en el cumplimiento de su palabra, independientemente de la falsa educación o de las costumbres o tradiciones de su tiempo, marcaron la vida de Jesús.

Estar siempre en un ajetreo de actividad, buscando por alguna actuación externa mostrar su piedad superior, era, en la estimación de los rabinos, la suma de la religión, mientras que al mismo tiempo, por su constante desobediencia a la palabra de Dios, estaban pervirtiendo el camino del Señor. Pero la educación que tiene a Dios detrás de ella, conducirá a los hombres a buscar a Dios, "si

acaso pudieran sentirlo y encontrarlo". El Infinito no está, y nunca estará, restringido por organizaciones o planes humanos. Cada alma debe tener una experiencia personal en la obtención de un conocimiento de la voluntad y los caminos de Dios. En todos los que están bajo el entrenamiento de Dios ha de revelarse una vida que no está en armonía con el mundo, sus costumbres, su práctica o sus experiencias. A través del estudio de las Escrituras, a través de la oración ferviente, pueden oír su mensaje para ellos: "Estad quietos, y conoced que yo soy Dios". Cuando toda otra voz se acalla, cuando todo interés terrenal se aparta, el silencio del alma hace más clara la voz de Dios. Aquí se encuentra el descanso en Él. La paz, la alegría, la vida del alma es Dios.

Cuando el niño busca acercarse a su padre, por encima de cualquier otra persona, demuestra su amor, su fe, su perfecta confianza. Y en la sabiduría y la fuerza del padre el hijo descansa seguro. Así sucede con los hijos de Dios. El Señor nos dice: "Mirad a mí y sed salvos". "Venid a mí... y yo os haré descansar". "Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, que da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada".

"Así dice el Señor: Maldito el hombre que confía en el hombre y hace de la carne su brazo, y cuyo corazón se aparta del Señor. Porque será como el brezo en el desierto, y no verá cuando viene el bien, sino que habitará en los lugares resecos del desierto, en tierra salada y no habitada. Bienaventurado el hombre que confía en el Señor, y cuya esperanza es el Señor. Porque será como árbol plantado junto a las aguas, y que junto al río extiende sus raíces, y no verá cuando venga el calor, sino que su hoja estará verde; y no tendrá cuidado en el año de sequía, ni dejará de dar fruto."

3 de septiembre de 1896

Para que Cristo habite por la fe en vuestros corazones

EGW

"Por lo cual doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda la familia del cielo y de la tierra, para que os conceda, conforme a las riquezas de su gloria, ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios."

Esta escritura expone el hecho reconfortante de que Cristo puede morar en nuestros corazones por la fe. Que Cristo habite en nuestros corazones significa que contemplaremos a Cristo, contemplaremos a Cristo, y siempre apreciaremos al amado Salvador como nuestro mejor y más honrado amigo, uno a quien por ningún motivo afligiríamos u ofenderíamos. Amando así a Jesús, tendremos la gracia divina; "porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios".

Nunca llegará el momento en que la sombra infernal de Satanás no se proyecte en nuestro camino, para obstruir nuestra fe y eclipsar la luz que emana de la presencia de Jesús, el Sol de Justicia. Pero nuestra fe no debe tambalearse; debe atravesar la sombra. Nuestra fe no está en el sentimiento, sino en la verdad. El apóstol inspirado habla de nuestra edificación sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo Jesucristo mismo la piedra angular. La iglesia de Cristo es representada como edificada para "habitación de Dios por el Espíritu". Si estamos arraigados y cimentados en el amor, seremos "capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento". ¡Oh preciosas posibilidades y estímulo! En el corazón humano limpio de toda impureza moral, mora el precioso Salvador, ennobleciendo, santificando toda la naturaleza, y haciendo del hombre un templo para el Espíritu Santo.

Cristo es, pues, un Salvador personal. Llevamos en nuestro cuerpo la muerte del Señor Jesús, que es vida, salvación y justicia para nosotros. Dondequiera que vayamos, llevamos la presencia permanente de Alguien tan querido para nosotros; porque permanecemos en Cristo por una fe viva. Él permanece en nuestros corazones por nuestra fe individual y apropiadora. Tenemos la compañía del divino Jesús, y a medida que nos damos cuenta de su presencia, nuestros pensamientos son llevados cautivos a él. Nuestra experiencia en las cosas divinas será proporcional a la intensidad de nuestro sentido de su compañía. Enoch caminó con Dios de esta manera; y Cristo mora en nuestros corazones por fe cuando apreciamos lo que él es para nosotros, y qué obra ha realizado para nosotros en el plan de redención. Entonces seremos muy felices cultivando el sentido de este gran Don de Dios a nuestro mundo, y a nosotros personalmente.

Los pensamientos de este orden tienen un poder controlador sobre nuestro carácter. ¡Oh, que cada cristiano se diera cuenta de que tiene un compañero divino siempre con él! "¿Y qué acuerdo tiene el templo de Dios con los ídolos? porque vosotros sois el templo del Dios viviente; como Dios ha dicho: Habitaré

en ellos, y andaré en ellos; y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo". A medida que la mente habita en Cristo, el carácter se moldea según la semejanza divina. Los pensamientos están impregnados de un sentido de su bondad, de su amor. Contemplamos su carácter, y así él está en todos nuestros pensamientos. Su amor nos inclina. Si contemplamos aunque sea por un momento el sol en su gloria meridiana, cuando apartamos los ojos, la imagen del sol aparecerá en todo lo que miramos. Así sucede cuando contemplamos a Jesús; todo lo que miramos refleja su imagen, el Sol de Justicia. No podemos ver otra cosa, ni hablar de otra cosa. Su imagen se imprime en el ojo del alma, y afecta a cada porción de nuestra vida diaria, suavizando y subyugando toda nuestra naturaleza. Al contemplar, nos conformamos a la semejanza divina, incluso a la semejanza de Cristo. Para todos aquellos con quienes nos relacionamos, reflejamos los rayos brillantes y alegres de su justicia. Nuestro carácter se ha transformado, porque el corazón, el alma y la mente están irradiados por la luz de Aquel que nos amó y se entregó por nosotros. Aquí también hay una comprensión de una influencia personal y viviente que mora en nuestros corazones por la fe.

Cuando sus palabras de instrucción han sido recibidas, y han tomado posesión de nosotros, Jesús es para nosotros una presencia permanente, que controla nuestros pensamientos y acciones. Estamos imbuidos de la instrucción del Maestro más grande que el mundo haya conocido. Un sentido de responsabilidad humana y el valor de la influencia humana dan carácter a nuestra visión de la vida y de los deberes diarios. Jesucristo lo es todo para nosotros, el primero, el último, el mejor en todo. Jesucristo, su Espíritu y su carácter, lo colorean todo; es la urdimbre y la trama, la textura misma de todo nuestro ser. Las palabras de Cristo son espíritu y vida. Ya no vivimos nosotros, sino que es Cristo quien vive en nosotros, y él es la esperanza de gloria. El yo está muerto, pero Cristo es un Salvador vivo. Si seguimos mirando a Jesús, reflejaremos su imagen a todos los que nos rodean. No podemos detenernos a considerar nuestros desengaños, ni siquiera a hablar de ellos, porque una imagen más agradable atrae nuestra vista: el precioso amor de Jesús. Él habita en nosotros por la palabra de verdad.

¿Qué dijo Cristo a la samaritana en el pozo de Jacob? "Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva". "El que beba de esta agua volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna." El agua a la que Cristo se refería era la revelación de su gracia en su palabra. Su Espíritu, su enseñanza, su amor son como una fuente satisfactoria para toda alma. Cualquier otra fuente a la que

recurren los hombres resulta insatisfactoria; pero la palabra de verdad es como las corrientes frescas, representadas como las aguas del Líbano, que siempre satisfacen. En Cristo hay plenitud de gozo para siempre. Los placeres y diversiones del mundo nunca satisfacen ni sanan el alma. Pero Jesús dice: "El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna".

La presencia misericordiosa de Cristo en su palabra siempre habla al alma, representándolo como el pozo de agua viva para refrescar al sediento. Tenemos el privilegio de contar con un Salvador vivo y permanente. Él es la fuente del poder espiritual en nosotros, y su influencia fluirá en palabras y acciones que refrescarán a todos dentro de la esfera de nuestra influencia, engendrando en ellos deseos y aspiraciones de fortaleza y pureza, de santidad y paz, de ese gozo que no trae tristeza consigo. Tal experiencia será el resultado de tener a Cristo como Salvador residente.

Jesús dice: "Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo". Caminó una vez como hombre en la tierra, su divinidad revestida de humanidad, un hombre sufriente, tentado, acosado por las artimañas de Satanás. Fue tentado en todo según nuestra semejanza, y sabe socorrer a los que son tentados. Ahora está a la diestra de Dios, está en el cielo como nuestro Abogado, intercediendo por nosotros. Debemos tener siempre consuelo y esperanza al pensar en esto. Él piensa en los que están sujetos a tentaciones en este mundo. Él piensa en nosotros individualmente, y conoce cada una de nuestras necesidades. Cuando te sientas tentado, di: Él se preocupa por mí, intercede por mí, me ama, ha muerto por mí. Me entregaré a Él sin reservas. Entristecemos el corazón de Cristo cuando nos lamentamos de nosotros mismos como si fuéramos nuestro propio salvador. No; debemos confiar la custodia de nuestras almas a Dios como a un Creador fiel. Él siempre vive para interceder por los probados y tentados. Abre tu corazón a los brillantes rayos del Sol de Justicia, y no dejes escapar de tus labios ni un aliento de duda, ni una palabra de incredulidad, no sea que siembres las semillas de la duda. Hay ricas bendiciones para nosotros; tomémoslas por la fe. Os ruego que tengáis valor en el Señor. La fuerza divina es nuestra, y hablemos de valor, fuerza y fe. Lean el tercer capítulo de Efesios. Pongan en práctica las instrucciones dadas. Dad un testimonio vivo de Dios en toda circunstancia.

10 de septiembre de 1896

La prueba de Refidim

EGW

"Toda la congregación de los hijos de Israel partió del desierto del pecado, después de sus jornadas, conforme al mandamiento de Jehová, y acamparon en Refidim; y no había agua para que bebiera el pueblo. Entonces el pueblo riñó a Moisés, y dijo: Danos agua para que bebamos. Y Moisés les respondió: ¿Por qué os burláis de mí? ¿Por qué tentáis a Jehová? Y el pueblo tuvo allí sed de agua; y el pueblo murmuró contra Moisés, y dijo: ¿Por qué nos has hecho subir de Egipto, para matarnos de sed a nosotros y a nuestros hijos y a nuestros ganados? Y clamó Moisés al Señor, diciendo: ¿Qué haré con este pueblo? Casi están dispuestos a apedrearme. Y Jehová dijo a Moisés: Pasa delante del pueblo, y toma contigo de los ancianos de Israel; y tu vara con que heriste el río, tómala en tu mano, y vete. He aquí yo estaré delante de ti allí sobre la peña en Horeb; y herirás la peña, y saldrán de ella aguas para que beba el pueblo. Y Moisés lo hizo así en presencia de los ancianos de Israel. Y llamó el nombre de aquel lugar Massah, y Meribah, por la reprensión de los hijos de Israel, y porque tentaron a Jehová, diciendo: ¿Está Jehová entre nosotros, o no?"

Por orden de Dios, los hijos de Israel fueron llevados a Refidim, un lugar desprovisto de agua. El que estaba envuelto en la columna de nube los guiaba, y fue por orden expresa suya que acamparon en este lugar. Dios sabía de la falta de agua en Refidim, y trajo a su pueblo allí para probar su fe; pero ¡qué mal demostraron ser un pueblo en el que podía confiar! Una y otra vez se había manifestado a ellos. Había matado a los primogénitos de todas las familias de Egipto para lograr su liberación, y los había sacado de la tierra de su cautiverio con mano altiva; los había alimentado con manjares de ángeles, y se había comprometido a llevarlos a la tierra prometida. Pero ahora, cuando las dificultades se presentaron ante ellos, se rebelaron, desconfiaron de Dios y se quejaron de que Moisés los había sacado a ellos y a sus hijos de Egipto sólo para que murieran de sed en el desierto. Por su falta de fe deshonraron a Dios, y se colocaron en un lugar donde no podían apreciar sus misericordias.

Muchos hoy piensan que cuando comienzan su vida cristiana encontrarán la libertad de toda necesidad y dificultad. Pero todo el que toma su cruz para seguir a Cristo llega a un Refidim en su experiencia. No todo en la vida son verdes pastos y refrescantes arroyos. La desilusión nos alcanza; vienen las privaciones; ocurren circunstancias que nos llevan a lugares difíciles. Mientras seguimos el

camino angosto, haciendo lo mejor que podemos, como pensamos, encontramos que nos llegan pruebas penosas. Pensamos que debemos haber caminado por nuestra propia sabiduría lejos de Dios. Golpeados por la conciencia, razonamos: si hubiéramos caminado con Dios, nunca habríamos sufrido tanto.

Tal vez la duda y el abatimiento se agolpen en nuestras almas, y digamos: El Señor nos ha fallado, y estamos maltratados. Él conoce las estrecheces por las que pasamos. ¿Por qué permite que suframos así? No puede amarnos; si lo hiciera, quitaría las dificultades de nuestro camino. "¿Está el Señor con nosotros, o no?"

Pero en otros tiempos el Señor condujo a su pueblo a Refidim, y puede decidir llevarnos allí también a nosotros, para probar nuestra fidelidad y lealtad hacia Él. En su misericordia hacia nosotros, no siempre nos coloca en los lugares más fáciles; porque si lo hiciera, en nuestra autosuficiencia olvidaríamos que el Señor es nuestro ayudador en tiempos de necesidad. Pero él anhela manifestarse a nosotros en nuestras emergencias, y revelar los abundantes suministros que están a nuestra disposición, independientemente de nuestro entorno; y se permite que la decepción y la prueba vengan sobre nosotros para que podamos darnos cuenta de nuestra propia impotencia, y aprender a llamar al Señor en busca de ayuda, como un niño, cuando tiene hambre y sed, llama a su padre terrenal.

Nuestro Padre celestial tiene el poder de convertir la roca pedernalina en arroyos vivificantes y refrescantes. Nunca sabremos, hasta que estemos cara a cara con Dios, cuando veamos como somos vistos, y conozcamos como somos conocidos, cuántas cargas ha llevado por nosotros, y cuántas cargas se habría alegrado de llevar si, con fe infantil, se las hubiéramos traído.

En la hora de la necesidad no podemos obtener ningún poder mirándonos a nosotros mismos. Nuestros ojos necesitan ser ungidos con el colirio celestial, para que podamos discernir nuestra pobreza espiritual y falta de fe. Dios se declara en todos sus tratos con su pueblo; y con ojos claros y despejados, en la adversidad, en la enfermedad, en el desengaño y la prueba, así como en la prosperidad, hemos de contemplar la luz de la gloria de Dios en el rostro de Jesús, y confiar en su mano guiadora. Recuerda el poder y el amor que Dios nos ha mostrado en el pasado. Él "amó tanto al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no se pierda, sino que tenga vida eterna". Entonces, ¿no nos encontrará un camino para salir de nuestras dificultades?

Por su duda e incredulidad, el pueblo de Dios hace mucho para entristecer el corazón de Dios, y tentar a una retirada de su misericordia. Pero a pesar de todo, su amor es inmutable. Las olas de la misericordia pueden ser rechazadas, pero una y otra vez fluyen a los corazones de los seres humanos que no lo merecen. Dios ama su posesión adquirida, y anhela verlos vencer el desaliento con que Satanás los dominaría. Que ningún pensamiento de incredulidad aflija vuestras almas; porque la incredulidad actúa como una parálisis sobre las energías espirituales. No magnifiquéis vuestras dificultades, sino tened presente al Señor, velando en oración.

Y a nosotros nos llega la Escritura: "Moisés a la verdad fue fiel en toda su casa como siervo, para testimonio de las cosas que habían de decirse después; pero Cristo como Hijo sobre su propia casa, cuya casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la confianza y el regocijo de la esperanza. Por tanto, como dice el Espíritu Santo: Hoy, si oís su voz, no endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación, en el día de la tentación en el desierto; cuando vuestros padres me tentaron, me probaron y vieron mis obras durante cuarenta años. Por lo cual me entristecí contra aquella generación, y dije: Siempre yerran en su corazón, y no han conocido mis caminos. Por eso juro en mi ira: No entrarán en mi reposo. Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad, que se aparte del Dios vivo. Antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice Hoy; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado. Porque somos hechos participantes de Cristo, si retenemos firme hasta el fin el principio de nuestra confianza."

17 de septiembre de 1896

El Señor, nuestra fuerza

EGW

"Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes. Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y vestidos con la coraza de justicia, y calzados los pies con el apresto del Evangelio de la paz; sobre todo, tomando el escudo de la fe, con el cual podréis apagar todos los dardos de fuego del maligno."

Que todo el que pronuncie el nombre de Cristo lea esta escritura una y otra vez, y luego se pregunte: ¿Estoy vestido con toda la armadura de Dios, para que pueda ser un colaborador exitoso con Cristo? Cuanto más nos conozcamos a nosotros mismos, cuanto más sondeemos nuestros motivos y deseos, tanto más sentida será nuestra conciencia de nuestra total incapacidad para pelear la batalla del Señor con nuestras propias fuerzas, y tanto más profundamente sentiremos la necesidad de tener nuestros lomos "ceñidos con la verdad", a fin de que podamos tener pureza de propósito, y saber que no nos estamos sirviendo a nosotros mismos, sino al Señor Jesucristo.

"Sobre todo", declara la palabra inspirada, "tomando el escudo de la fe, con el cual podréis apagar todos los dardos de fuego del maligno". Afirmad vuestros corazones en la creencia de que Dios conoce todas las pruebas y dificultades que encontraréis en la guerra contra el mal; porque Dios es deshonrado cuando cualquier alma menosprecia su poder hablando con incredulidad.

Este mundo es el gran campo de trabajo de Dios; ha comprado a los que lo habitan con la sangre de su Hijo unigénito, y quiere que su mensaje de misericordia llegue a todos. Aquellos que son comisionados para hacer este trabajo serán probados y puestos a prueba, pero siempre deben recordar que Dios está cerca para fortalecerlos y sostenerlos. No nos pide que dependamos de ninguna caña rota. No debemos buscar ayuda humana. Dios nos libre de poner al hombre en el lugar de Dios. Él ha prometido ayudarnos, y en el Señor Jehová está "la fortaleza eterna".

Una lección de fe nos la da la experiencia de Cristo con los discípulos de Juan el Bautista. Encarcelado en la solitaria mazmorra, Juan había caído en el desaliento, y envió a sus discípulos a Jesús, preguntándole: "¿Eres tú el que había de venir, o esperamos a otro?". Cristo sabía con qué misión habían venido estos mensajeros, y mediante una poderosa demostración de su poder les dio pruebas inequívocas de su divinidad. Volviéndose hacia la multitud, habló, y los sordos oyeron su voz. Volvió a hablar, y los ojos de los ciegos se abrieron para contemplar las bellezas de la naturaleza y mirar el rostro de su compasivo Restaurador. Extendió su mano, y a su toque la fiebre abandonó a los afligidos. A su orden, los endemoniados sanaban y, cayendo a sus pies, le adoraban. Luego, volviéndose a los discípulos de Juan, les dijo: "Id y volved a mostrar a Juan las cosas que veis y oís."

El mismo Jesús que realizó aquellas maravillas es hoy nuestro Salvador, y está tan dispuesto a manifestar su poder en nuestro favor como lo estuvo en favor de

Juan el Bautista. Cuando nos vemos cercados por circunstancias adversas, rodeados de dificultades que nos parece imposible superar, no debemos murmurar, sino recordar la pasada bondad amorosa del Señor. Mirando a Jesús, el Autor y Consumador de nuestra fe, podemos soportar como si viéramos al que es invisible, y esto evitará que nuestras mentes se nublen por la sombra de la incredulidad.

Poco antes de la ascensión de Cristo, Felipe le dijo: "Señor, muéstranos al Padre, y nos basta". Dolido por su incredulidad, Cristo se dirigió a él diciéndole: "¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y aún no me has conocido, Felipe?". ¿Es posible que haya caminado contigo, y hablado contigo, y te haya alimentado con milagros, y sin embargo no hayas comprendido que yo era el Enviado de Dios, "el Camino, la Verdad y la Vida", que vine del cielo para representar al Padre? "¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mí mismo, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras." "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre"; porque yo soy el resplandor de su gloria y la imagen expresa de su persona. "¿Cómo dices, pues, muéstrame al Padre?". "Creedme que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí, o creedme por la obra misma".

Con demasiada frecuencia entristecemos el corazón de Jesús por nuestra incredulidad. Nuestra fe es corta de miras, y permitimos que las pruebas saquen a relucir nuestras tendencias heredadas y cultivadas al mal. Cuando nos encontramos en circunstancias difíciles, deshonramos a Dios murmurando y quejándonos. En lugar de esto, deberíamos mostrar que hemos aprendido en la escuela de Cristo, ayudando a los que están peor que nosotros, a los que buscan la luz, pero no pueden encontrarla. Los tales tienen un derecho especial a nuestra simpatía, pero en vez de tratar de elevarlos, pasamos de largo, concentrados en nuestros propios intereses o pruebas. Si no mostramos decidida incredulidad, manifestamos un espíritu murmurador y quejoso.

"Oh hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?". Cristo ya ha demostrado ser nuestro Salvador siempre presente. Él conoce todas nuestras circunstancias, y en la hora de la prueba, ¿no podemos rogar a Dios que nos conceda su Espíritu Santo para que nos traiga a la memoria sus muchas manifestaciones de poder en nuestro favor? ¿No podemos creer que está tan dispuesto a ayudarnos como en ocasiones anteriores? Sus tratos pasados con sus siervos no deben desvanecerse de nuestras mentes, sino que su recuerdo debe siempre fortalecernos y sostenernos.

Ninguna tribulación puede separarnos de Cristo. Si nos lleva a Refidim, es porque ve que es para nuestro bien y para gloria de su nombre. Si le miramos con fe confiada, a su debido tiempo convertirá la amargura de Mara en dulzura. Él puede abrir la roca de pedernal, y hacer que fluyan arroyos refrescantes. Entonces, ¿no alzaremos nuestras voces en alabanza y acción de gracias por las misericordias pasadas, y seguiremos adelante con la plena seguridad de que él es una ayuda siempre presente en tiempo de angustia? Él ha estado con nosotros en nuestras experiencias pasadas, y su palabra para nosotros es: "He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo".

"Por tanto, hermanos, estad firmes y retened las tradiciones que habéis sido enseñados, sea por palabra, sea por carta nuestra. Y nuestro Señor Jesucristo mismo, y Dios, nuestro Padre, que nos amó y nos dio eterna consolación y buena esperanza por la gracia, consuelen vuestros corazones y os confirmen en toda buena palabra y obra."

24 de septiembre de 1896

Oír y hacer

EGW

"Cualquiera que oye estas palabras mías y las pone en práctica, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre una roca; y descendió la lluvia, y vinieron los torrentes, y soplaron los vientos, y azotaron aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre una roca. Y todo el que oye estas palabras mías y no las pone en práctica, será semejante a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; y descendió la lluvia, y vinieron los torrentes, y soplaron los vientos, y dieron con ímpetu sobre aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina."

En esta parábola se presentan dos clases: los que oyen las palabras de Cristo y las cumplen, y los que las oyen y no las cumplen. Cristo nos dice que los que oyen y hacen, edifican sobre la roca, y que los que oyen y no hacen, escogen como fundamento la arena movediza.

Dios tiene una norma de justicia por la que mide el carácter. Esta norma es su santa ley, que nos ha sido dada como regla de vida. Estamos llamados a cumplir con sus requisitos, y cuando lo hacemos, honramos tanto a Dios como a Jesucristo; porque Dios dio la ley, y Cristo murió para magnificarla y hacerla honorable. Él declara: "Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi

amor, así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor". "El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama, y el que me ama será amado por mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él". Y el Espíritu Santo, hablando a través del apóstol Juan, declara: "El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él. Pero el que guarda su palabra, en él verdaderamente se perfecciona el amor de Dios". "El mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre."

Hay muchos oidores, pero pocos hacedores de las palabras de Cristo. Sus palabras pueden aceptarse teóricamente, pero si no se imprimen en el alma y se entretejen en la vida, no tendrán ningún efecto santificador en el carácter. Una cosa es aceptar la verdad, y otra cosa es practicarla en la vida diaria. De los que sólo oyen, la palabra de Dios no suscita ninguna respuesta agradecida. El mandamiento: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas", es reconocido como justo, pero sus demandas no son reconocidas; sus principios no son llevados a la práctica.

Todos somos pecadores, y por nosotros mismos somos incapaces de cumplir las palabras de Cristo. Pero Dios ha hecho provisión por la cual el pecador condenado puede ser librado de mancha y contaminación. "Si alguno pecare, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo". "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad". Pero aunque Cristo salva al pecador, no suprime la ley que condena al pecador. La obra de la redención es exaltar esa ley, y el gran sacrificio de Cristo se hizo para que el hombre pudiera ser cumplidor de esa ley. La ley nos muestra nuestros pecados, como un espejo nos muestra que nuestro rostro no está limpio. El espejo no tiene poder para limpiar el rostro; esa no es su función. Lo mismo sucede con la ley. Señala nuestros defectos y nos condena, pero no tiene poder para salvarnos. Debemos acudir a Cristo en busca de perdón. Él cargará con nuestra culpa y nos justificará ante Dios. Y no sólo nos librará del pecado, sino que nos dará poder para obedecer la voluntad de Dios.

Los que están representados en la parábola como construyendo sobre la arena, no son conscientes de su peligro. Cuando Cristo viene a recompensar a cada uno según sus obras, le dicen: "Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en tu nombre, y en tu nombre hemos echado fuera demonios, y en tu nombre hemos hecho muchas obras maravillosas?". Pero Cristo se aparta de ellos, diciendo: "Nunca os conocí; apartaos de mí, obradores de iniquidad." Sólo los que son

hacedores de la palabra de Dios son aptos para tener un lugar en mi reino; pero vosotros habéis caminado en contra de sus mandamientos, y vuestro proceder ha extraviado a otros.

Hoy en día muchos erigen un estandarte propio, pensando ganar el cielo, aunque descuiden hacer la voluntad de Dios. Pero todos los tales están construyendo sobre la arena. Sólo son oidores. Pueden hacer altas profesiones, pero están destituidos de toda verdadera piedad. La pretensión no es evidencia del verdadero carácter cristiano. Si su profesión no armoniza con la palabra de Dios, su santidad no es genuina; porque la verdadera santidad se otorga sólo a los que "son hechos de la palabra" y "no solamente oidores". Cuando comparezcan ante el tribunal de Dios, los que ahora hacen caso omiso de su palabra pueden esperar que se les conceda un lugar entre los redimidos; pero en la tristeza Cristo les dirá: "Apartaos de mí; nunca os conocí."

¿Sobre qué cimientos construyes? Esta pregunta nos afecta a todos. Vivimos en medio de los peligros de los últimos días. La ley de Dios es ignorada casi universalmente. Satanás no está ocioso; anda como león rugiente, buscando a quien apartar del camino recto. Y no siempre aparece como león; tiene el poder de venir como cordero, y entonces su voz es suave y baja. Pero, ¿le permitiremos que controle nuestros corazones? ¿Bajo su dirección, construiremos sobre unos cimientos que no resistirán la tormenta? No podemos permitirnoslo. ¿No nos esforzaremos más bien por estar entre aquellos de quienes Juan escribe: "Aquí están los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús"?

Nuestra salvación costó la vida del Hijo de Dios, y Dios exige de nosotros que construyamos nuestro carácter sobre un fundamento que resista la prueba del juicio. ¿Sabéis que vuestros cimientos son profundos y firmes, para que no os derriben los torrentes de angustia que vendrán sobre la tierra? ¿Sabéis que con vuestro ejemplo no descarriáis a otros? Si desperdicias las horas de tu probación construyendo sobre la arena, tu vida será un fracaso. Si eliges ignorar la palabra de Dios, estarás perdido cuando la tempestad se abata sobre ti; porque sólo los hechos de la palabra de Dios pueden edificar sobre la roca.

Justo antes de su crucifixión, Cristo oró por sus seguidores: "Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad". La palabra de Dios tiene un poder santificador sobre todos los que verdaderamente la creen y la ponen en práctica. ¿No deberíamos tomar esta palabra en nuestras vidas, y así edificar sobre el verdadero fundamento un carácter que ganará para nosotros un peso eterno de

gloria? Juan vio una compañía de pie alrededor del trono de Dios. "Y uno de los ancianos respondió", escribe, "diciendo: ... ¿Qué son éstos que están vestidos de ropas blancas, y de dónde han venido? Y yo le dije: Señor, tú lo sabes. Y él me dijo: Estos son los que salieron de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero. Por eso están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo; y el que está sentado en el trono morará en medio de ellos. Ya no tendrán hambre ni sed, ni les dará el sol ni calor alguno. Porque el Cordero que está en medio del trono los apacentará, y los conducirá a fuentes de aguas vivas; y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos." Estar entre ese número es el feliz privilegio de todos los que presten obediencia voluntaria a las palabras de Cristo.

"Bienaventurados", dijo Cristo, "los que oyen la palabra de Dios y la guardan". Mirad bien el fundamento de vuestra esperanza. Que vuestra vida testifique que sois hacedores de la palabra de Dios. Entonces, cuando Cristo aparezca en las nubes del cielo, podréis exclamar: "He aquí nuestro Dios; le hemos esperado, y él nos salvará." La corona de la vida será puesta sobre vuestra frente, y oiréis la voz del Salvador, que dirá: "Bien, buen siervo y fiel; ... entra en el gozo de tu Señor."

1 de octubre de 1896

La Madre y los Hermanos de Cristo

EGW

"Mientras aún hablaba con el pueblo, he aquí su madre y sus hermanos estaban fuera, deseando hablar con él. Entonces uno le dijo: He aquí tu madre y tus hermanos están fuera, deseando hablar contigo. Respondiendo él, dijo al que le había dicho: ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo la mano hacia sus discípulos, dijo: Mirad a mi madre y a mis hermanos. Porque cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre."

La vida de Cristo fue una vida de intensa actividad. Aunque se le oponía a cada paso, se dedicaba continuamente a enseñar al pueblo y a curar a los enfermos. En apariencia, el trabajo que asumía le suponía una gran carga, y esto era una fuente de ansiedad para sus parientes. Se enteraron de que dedicaba noches enteras a la oración, que durante el día estaba atestado de gente y que no se daba tiempo ni para comer. Los hijos de José, sus hermanos, pidieron a María que fuera con ellos, pues sabían que su amor por ella aumentaría su influencia para

convencerle de que fuera más prudente. Sentían que su propio honor se veía comprometido por las críticas que recibía Jesús. No les agradaban en absoluto sus sorprendentes denuncias contra los líderes religiosos de los judíos, y sentían el reproche que recaía sobre ellos como consecuencia de su relación con él. Sabían el gran alboroto que creaban sus palabras y sus obras, y no sólo estaban alarmados por sus atrevidas declaraciones, sino indignados por su denuncia de los escribas y fariseos. Las palabras que había pronunciado antes de que vinieran a tratar de obligarle a cesar en su manera de obrar los habían excitado profundamente. El registro dice que él comenzó "a reprender a las ciudades donde la mayoría de sus obras poderosas se habían hecho, porque no se arrepentían". Él había dicho: "¡Ay de ti, Corazín! Ay de ti, Betsaida! porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho las maravillas que se han hecho en vosotras, hace tiempo que se habrían arrepentido en cilicio y ceniza. Pero yo os digo que el día del juicio será más tolerable para Tiro y Sidón que para vosotros." Y con la severidad de un juez dijo: "Y tú, Capernaum, que eres exaltada hasta el cielo, serás abatida hasta el infierno; porque si las maravillas que se han hecho en ti, se hubieran hecho en Sodoma, habría permanecido hasta el día de hoy. Pero yo os digo, que será más tolerable para la tierra de Sodoma en el día del juicio, que para ti."

Ante la acusación de los fariseos de que él y sus discípulos habían quebrantado el sábado, les había demostrado claramente que su acusación era falsa y que no había hecho nada contrario a la ley. Ante sus reproches, había curado en sábado al hombre de la mano seca y se había declarado Señor incluso del sábado. Los fariseos se volvieron locos contra él y amenazaron a los hermanos de Cristo con lo que harían. Celebraron un concilio contra él, y planearon cómo podrían destruirlo. "Pero cuando Jesús lo supo, se retiró de allí; y le siguieron grandes multitudes, y sanó a todos; y les mandó que no le dieran a conocer, para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: He aquí mi siervo, a quien he elegido; mi amado, en quien mi alma se complace; pondré mi Espíritu sobre él, y él mostrará juicio a los gentiles. No contendrá, ni clamará; ni nadie oirá su voz en las calles. No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humea, hasta que envíe el juicio a la victoria. Y en su nombre confiarán los gentiles. Entonces le fue presentado un endemoniado, ciego y mudo; y lo sanó, de tal manera que el ciego y el mudo hablaban y veían. Y todo el pueblo se asombraba, y decía: ¿No es éste el hijo de David? Pero cuando lo oyeron los fariseos, dijeron: Este no echa fuera los demonios, sino por Beelzebú, príncipe de los demonios."

La gente estaba convencida de que Cristo era hijo de David. Estaban asombrados de sus obras y palabras poderosas. Pero cuanto más curaba Cristo las enfermedades de la gente, más vehementes eran las acusaciones de los fariseos. Reconocían que había una manifestación de poder sobrenatural, pero no estaban de acuerdo en que fuera el poder de Dios. Le acusaban de expulsar demonios por medio de Belcebú, el príncipe de los demonios. Se demostró que todas las acusaciones que presentaron contra Cristo eran falsas. A esta acusación se opuso él, presentando argumentos contra su posición, y mostrando que todas sus teorías eran como cuerdas de arena. Les dijo: "Todo reino dividido contra sí mismo es assolado; y toda ciudad o casa dividida contra sí misma no permanecerá; y si Satanás echa fuera a Satanás, está dividido contra sí mismo; ¿cómo, pues, permanecerá su reino? Y si yo por Beelzebú echo fuera los demonios, ¿por quién los echan vuestros hijos? Por tanto, ellos serán vuestros jueces. Pero si yo echo fuera los demonios por el Espíritu de Dios, entonces ha llegado a vosotros el reino de Dios."

Los que hicieron esta acusación contra Cristo estaban en terreno peligroso. Estaban apagando el último rayo de luz que emanaba del trono de Dios para sus almas prejuiciosas e ignorantes. Jesús les advirtió de su peligro, diciendo: "Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; pero la blasfemia contra el Espíritu Santo no será perdonada a los hombres. A cualquiera que hable contra el Hijo del hombre, le será perdonado; pero a cualquiera que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este mundo ni en el venidero."

A pesar de que Cristo les había dado pruebas y más pruebas de su poder divino sanando enfermos, expulsando demonios, abriendo los ojos a los ciegos y realizando muchas obras poderosas, algunos escribas y fariseos se le acercaron y le dijeron: "Maestro, queremos ver de ti una señal. Pero él, respondiendo, les dijo: La generación mala y adúltera busca señal; y señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás; porque como estuvo Jonás en el vientre del cetáceo tres días y tres noches, así estará el Hijo del hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches." Luego pasa a ilustrar la manera de su incredulidad, y las consecuencias que les sobrevendrían. Dijo: "Los hombres de Nínive se levantarán en juicio con esta generación, y la condenarán; porque se arrepintieron a la predicación de Jonás, y, he aquí, un mayor que Jonás está aquí. La reina del sur se levantará en el juicio con esta generación, y la condenará; porque vino de los confines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón, y he aquí que está aquí uno mayor que Salomón."

Jesús hablaba con autoridad suprema, personal, y sin embargo siempre daba la impresión a la gente de que hablaba por la autoridad de su Padre. Se puso a la altura del trono eterno. La gloria de Dios caía directamente sobre él y se derramaba sobre los que recibirían la luz y se convertirían en portadores de luz para los demás.

Mientras que mucha gente creía en él, sus propios hermanos, unidos a él por lazos de parentesco, eran incrédulos, y pensaban que estaba fuera de sí al reclamar así la autoridad divina, y al presentarse ante los fariseos como reprobador de sus pecados. Sus hermanos sabían que buscaban ocasión contra él, y pensaban que en las palabras que había pronunciado, había dado ocasión suficiente. Debían hacer algún esfuerzo decidido para evitar que pronunciara palabras que no sólo lo involucrarían en dificultades, sino que harían caer sobre su familia las denuncias de los fariseos. Mientras pronunciaba estas decididas palabras contra los incrédulos, sus discípulos trajeron el mensaje de que su madre y sus hermanos estaban fuera y deseaban hablar con él. Él sabía lo que había en sus corazones. Sabía que no comprendían su carácter ni su misión, ni se daban cuenta de que había salido del seno del Padre. No se daban cuenta de que había nacido para dar testimonio de la verdad, y no comprendían sus palabras de serena autoridad, que salían de sus labios con una seriedad proporcionada a su realidad e importancia.

Al oír que su madre y sus hermanos estaban fuera y deseaban verle, preguntó: "¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo las manos hacia sus discípulos, dijo: He aquí a mi madre y a mis hermanos. Porque todo el que *haga* la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre."

Había venido a la tierra como sustituto y fiador del hombre, y los que lo recibieran por la fe, creyendo que era el Enviado de Dios, estaban más estrechamente relacionados con él que los que estaban unidos a él por los lazos de la relación humana. Los tales no perecerían, sino que tendrían vida eterna. Llegarían a ser uno con él, como él era uno con el Padre. Su madre, como creyente y hacedora de sus palabras, estaba más cerca y salvíficamente relacionada con él por este hecho que por su relación natural en la carne. Aquellos que eran sus hermanos de una manera natural, no se beneficiarían en lo más mínimo por su relación con él, a menos que lo aceptaran como su Salvador personal. Pero, ¡cuán preciosas son las palabras de Cristo para los que creen! ¡Qué motivo de regocijo deberían ser para cada alma que está unida a Cristo por la fe salvadora! Qué apoyo habría encontrado Cristo en sus parientes

terrenales si hubiesen creído en él como en uno del cielo, y hubiesen cooperado con él en la realización de la obra de Dios. Pero la palabra inspirada declara: "Tampoco sus hermanos creyeron en él". Cristo había declarado un hecho triste en su experiencia cuando en Nazaret dijo: "Ningún profeta es aceptado en su propio país."

Cristo no pronunció sentimientos, nociones u opiniones que fueran simplemente tales. Lo que decía era la verdad. Había salido del seno del Padre y era el revelador de la mente infinita. Hablaba con la autoridad del oráculo divino. Pronunció las palabras de la vida eterna, reveló verdades del más alto orden. Entonces, qué consuelo debe venir al creyente cuando lee estas palabras: "Cualquiera que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, y hermana, y madre".

8 de octubre de 1896

Testigos de Dios

EGW

"Sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable".

Todos los que defienden la verdad en contraposición al error, tienen un trabajo especial que hacer para vindicar la ley de Dios. Los hombres inspirados por un poder de abajo, han considerado su deber defender, como el sábado del Señor, el primer día de la semana. Al hacer caso omiso de las demandas de Dios, los ministros, que pretenden predicar el Evangelio, se hacen eco de las palabras dichas a Adán y Eva en el Edén, de que si transgredían la ley, no morirían, sino que serían como dioses, concedores del bien y del mal. La influencia y el ejemplo de estos hombres han hecho que una mentira sea recibida como verdad. Con perseverante energía han trabajado para establecer un sábado espurio, y esta institución hecha por el hombre ha recibido el homenaje de la mayor parte del mundo. Pero esto no hace santo un día que Dios nos ha dado como día de trabajo común. Aunque este error esté envejecido, aunque el mundo se incline ante él en reverencia, sigue siendo un error y un engaño; porque Dios dice: "A la ley y al testimonio; si no hablan conforme a esta palabra, es porque no hay luz en ellos".

La ley de Dios es objeto de un desprecio casi universal, y todos los que le son fieles tienen la sagrada y solemne tarea de magnificar la ley y hacerla honorable. Dios puso su santidad sobre el séptimo día, y se lo dio al hombre para que lo santificara; y dice: "No romperé mi pacto, ni alteraré lo que ha salido de mis labios". Al rendir obediencia a sus mandamientos, sostenemos el honor de Dios en la tierra.

Satanás trabaja contra la ley con incansable energía, y Dios llama a su pueblo a ser testigos de él, llevando la batalla hasta las puertas. Esta obra debe avanzar, o retrocederá. En esta guerra no hay liberación. Los que toman parte en ella deben revestirse de toda la armadura de Dios, para que puedan luchar varonilmente en la guerra contra el mal.

A menudo los soldados de Dios se encontrarán en lugares difíciles, sin saber por qué. Pero, ¿deben relajarse porque surjan dificultades? ¿Debe disminuir su fe porque no pueden ver su camino a través de la oscuridad? Dios no lo quiera. Deben abrigar un sentido permanente del poder de Dios para sostenerlos en su trabajo. No pueden perecer, ni pueden perder su camino, si siguen su guía y se esfuerzan por cumplir su ley.

La experiencia de los hijos de Israel en el desierto debe guiarnos en nuestro trabajo. La palabra del Señor declara: "Todas estas cosas les sucedieron como ejemplos; y están escritas para nuestra amonestación, sobre quienes han venido los fines del mundo." En sus viajes, el Señor llevó a los hijos de Israel a lugares difíciles, para probar su fe y su fidelidad a él. Se había comprometido a llevarlos a la tierra prometida, y si hubieran esperado pacientemente al Señor, reavivando su fe en él mediante el relato de su gran bondad y de sus maravillosas obras en su favor, les habría acortado la prueba. Pero olvidaron a su Líder celestial. Murmurando y quejándose, descargaron su ira y amargura contra Moisés, olvidando que su emergencia era la oportunidad de Dios.

Hoy Dios dice a su pueblo: No imitéis a los hijos de Israel mostrando incredulidad cuando se os presentan dificultades. Porque "no os ha sobrevenido otra tentación que la común a los hombres; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar."

"Queridos hermanos", dice el apóstol Pedro, hablando por el Espíritu Santo, "os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de las concupiscencias carnales, que batallan contra el alma; teniendo vuestra conversación honesta entre los gentiles; para que, mientras ellos hablan contra vosotros como

malhechores, puedan por vuestras buenas obras, que ellos contemplarán, glorificar a Dios en el día de la visitación." Dios nos ha llevado a defender su ley, y nos llama a dejar que nuestra luz brille de tal manera que los demás, al ver nuestras buenas obras, glorifiquen a nuestro Padre celestial. No tenemos tiempo que perder pensando en nuestras dificultades individuales. Cuando nos lamentamos de la dureza del camino, nos apartamos de la senda de la fe. Dios puede hacernos plenamente capaces de subir y poseer la tierra prometida. Dice: "Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida y entren por las puertas en la ciudad."

Si nuestro camino no es siempre llano y fácil, si no somos siempre tan favorecidos como pensamos que deberíamos ser, miremos a Dios, y digamos con fe: Por la poderosa cuchilla de la verdad Dios nos ha separado del mundo, de sus costumbres y máximas, y nos ha escogido como su pueblo peculiar, y él puede obrar por nosotros. Avancemos con la fuerza del Señor Dios Todopoderoso, esforzándonos por levantar su ley en la tierra. Así daremos testimonio de su verdad. "Vosotros sois mis testigos, dice el Señor, y mi siervo a quien he elegido; para que me conozcáis y creáis, y entendáis que yo soy; antes de mí no fue formado Dios, ni lo será después de mí". "Yo he declarado, y he salvado, y he mostrado, cuando no había entre vosotros dios extraño; por tanto, vosotros sois mis testigos, dice el Señor." "Para que sepan desde el nacimiento del sol, y desde el poniente, que no hay otro fuera de mí".

15 de octubre de 1896

Una lección del pueblo elegido de Dios

EGW

Dios eligió a Israel como su pueblo y le hizo promesas de gracia a condición de que le obedeciera. Cumplió fielmente sus promesas. Demostró su poder en su liberación de Egipto; les abrió un camino en el Mar Rojo, y les hizo pasar sanos y salvos, mientras sus enemigos, en su persecución, perecían bajo sus aguas. Sometió a las naciones delante de ellos; los guió con su consejo; los enriqueció con sus bondades.

La multitud mixta que subió de Egipto con Israel se apartaba continuamente de Dios y se convertía en una trampa para su pueblo. Dios vio que Israel, en sus futuras relaciones con otras naciones, correría el peligro de seguir su ejemplo, y dispuso lo necesario para ello. Su ley debía serles leída y explicada como nación; sus tratos para con ellos debían ser repetidos; las advertencias, las

repreensiones y los consejos que el Señor les había dado, debían serles presentados. Su ley fue proclamada desde el monte Sinaí, para que todos la oyeran. Punto por punto, se explicaba para satisfacer las mentes tanto de los eruditos como de los ignorantes. Era necesario que todos llegaran a ser inteligentes con respecto a sus afirmaciones obligatorias, especialmente en referencia al sábado y a los matrimonios mixtos con otras naciones.

El sábado y el matrimonio fueron instituidos en el Edén, cuando el hombre era recto e inocente ante Dios. Fueron establecidos cuando se echaron los cimientos de la tierra, cuando las estrellas de la mañana cantaban juntas y todos los hijos de Dios gritaban de alegría. Pero los hombres quebrantaron las reglas que Dios dio respecto a estas instituciones, y atrajeron sobre sí condenación y desdicha.

Cuando se pronunció la ley, el Señor, Creador del cielo y de la tierra, estaba junto a su Hijo, envuelto en el fuego y el humo del monte. No fue aquí donde la ley fue dada por primera vez, sino que fue proclamada para que los hijos de Israel, cuyas ideas se habían confundido en su asociación con los idólatras de Egipto, pudieran recordar sus términos y comprender lo que constituye el verdadero culto a Jehová.

Qué condescendencia fue ésta, que el Dios infinito estuviera al lado de su Hijo, mientras se daba la ley, que es el fundamento de su gobierno. Quiso dar a su pueblo un conocimiento inteligente de su voluntad. No ordena a los hombres que le obedezcan cuando no comprenden lo que exige. Aquí se manifestó su sabiduría, su poder y su amor. El hombre era tan querido para el Creador del mundo que le habló por medio de Jesucristo, con voz audible, dando pruebas inequívocas de su presencia y majestad.

Pero en esta ocasión tenemos una ilustración del poder de la tentación sobre los hombres. Satanás con sus huestes se puso en medio de los ejércitos de Israel para ejercer su influencia sobre el pueblo escogido por Dios. Los tentó, y muchos cedieron a sus sugerencias; porque mientras la santa ley de Dios resonaba todavía en sus oídos; mientras la gloria de Dios se desplegaba ante sus ojos, y Dios mismo los guiaba, guardaba y sostenía con su poder milagroso, los hijos de Israel se rebelaron contra él, e imitaron las prácticas que habían presenciado en Egipto. Volvieron sus rostros de nuevo hacia Egipto; se volvieron de Dios a los ídolos.

El Señor, en su trato con Israel, siempre magnificó su ley ante ellos, y les prometió ricas bendiciones si guardaban sus preceptos. Y cuando permitió que sus enemigos triunfaran sobre ellos, fue porque quería que se acercaran a él y

encontraran en él a su amigo y refugio. Su ingratitud y rebelión; su desprecio de las restricciones y reprensiones de Dios; su persecución de aquellos a quienes Dios envió para salvarlos de la total degradación y ruina; su recaída en la idolatría; su dureza e impenitencia de corazón al seguir un curso que Satanás eligió para ellos, en lugar del camino de la obediencia en el sendero de la verdad y la verdadera santidad, trajeron la miseria sobre sí mismos. Cuando en el dolor y la amargura de la esclavitud, sufriendo bajo la cruel tiranía de los paganos, invocaron a Dios, él los escuchó y se compadeció de ellos. No los desechó. No permitió que se extinguieran. Él obró por ellos una y otra vez, como sólo Dios podía hacerlo, para llevarlos a una relación más estrecha consigo mismo.

Esta ha sido la historia del pueblo de Dios desde la caída de Adán. La iglesia se ha apartado de su ley y ha seguido fábulas de invención humana. Con frecuencia se ha hecho de sus requisitos una cuestión de conveniencia, y los hombres han obedecido o desobedecido, según lo dictaban los negocios o la inclinación. Pero el Señor habla en serio, y los hombres no pueden desobedecer impunemente su ley. No pasará por alto ninguna transgresión con más ligereza ahora que en el día en que pronunció su juicio contra Adán.

También nuestro Salvador alzó su voz de protesta contra los que consideran el mandamiento divino con descuido o indiferencia. Declaró: "Cualquiera, pues, que quebrante uno de estos mandamientos más pequeños, y así lo enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; pero cualquiera que los cumpla y los enseñe, ése será llamado grande en el reino de los cielos."

Y, sin embargo, Dios, en lugar de destruir a una raza pecadora, ha dado a su Hijo para que muera por ellos. Su propio pueblo ha sido cambiante y rebelde, y se ha visto obligado a retener grandes bendiciones que anhelaba conceder, porque eligieron su propio camino en lugar del suyo. Pero siempre está dispuesto a escuchar sus oraciones, perdonar sus transgresiones y hacerles el bien, cuando, con contrición de alma, vuelven a él. El Salvador también está lleno de compasión y amor. Nunca desprecia al verdadero penitente, por grande que sea su culpa. Pero exige una obediencia estricta. "El pecado es la transgresión de la ley"; y Jesús murió, el justo por los injustos, el inocente por los culpables, para que el honor de la ley de Dios pudiera ser preservado, y sin embargo el hombre fuera restaurado al favor del cielo. Mediante el arrepentimiento, la fe y la obediencia, puede perfeccionar un carácter justo y, por los méritos de Cristo, llegar a ser hijo de Dios.

22 de octubre de 1896

La fuente de la fuerza

Sra. E. G. White

EGW

"Levántate, resplandece; porque ha venido tu luz, y la gloria del Señor ha nacido sobre ti. Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra, y oscuridad las gentes; mas sobre ti nacerá el Señor, y sobre ti será vista su gloria. Y los gentiles vendrán a tu luz, y los reyes al resplandor de tu nacimiento."

Hay trabajo para cada uno si coopera con Dios. "Porque así dice el alto y sublime que habita la eternidad, cuyo nombre es Santo: Yo habito en el lugar alto y santo, también con el que es de espíritu contrito y humilde, para reanimar el espíritu de los humildes y vivificar el corazón de los contritos". Las inteligencias santas esperan obrar a través de nosotros. Si consagramos corazón y mente al servicio de Dios, haciendo el trabajo que Él tiene para nosotros, y caminando tras las huellas de Jesús, nuestros corazones se convertirán en arpas sagradas, cada acorde de las cuales enviará alabanzas y acciones de gracias al Cordero enviado por Dios para quitar los pecados del mundo.

La vida de Cristo y sus obras de amor avergüenzan y condenan la incredulidad mostrada por muchos. Él lo ha prometido: "Pedid y se os dará", "Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará cosas buenas a los que se lo pidan?". Los que no conocen a Jesús como su Salvador personal, no se benefician de las bendiciones prometidas; pero para todos los que creen, él es como el Árbol de la Vida en el Paraíso de Dios. Sus ramas se extienden hasta este mundo, para que las bendiciones que ha comprado para nosotros puedan estar a nuestro alcance. ¿Por qué, entonces, gastamos nuestro precioso tiempo lamentándonos de nuestra debilidad, cuando Cristo ha hecho todas las provisiones para que seamos fuertes? Nos ha dado un Consolador, el Espíritu Santo, que nos presentará el precioso fruto del Árbol de la Vida. De este árbol podemos arrancar y comer, y luego podemos guiar a otros hacia él, para que también coman. ¿Por qué habríamos de lamentar nuestra ineficacia, cuando los ángeles celestiales están esperando para cooperar con nosotros, para hacer de nosotros agencias vivientes, bendiciendo al mundo con los mensajes que Dios nos dará para llevar?

Si has descuidado poner tu mano en la mano de Cristo, estás en constante peligro de ser engañado. Muchos son espiritualmente débiles porque en vez de cultivar la fe, miran los rasgos desalentadores de su trabajo. En el momento de la prueba se vuelven a la humanidad en busca de ayuda, pero al hacer esto, se apoyan en una caña rota; porque en la humanidad a menudo se sentirán gravemente decepcionados. La desconfianza y la sospecha así despertadas dan su propio fruto.

Cristo quiere que nuestros pensamientos se centren en él. Después de habernos dado muchas muestras de su disposición a ayudarnos en cualquier emergencia, se entristece si apartamos nuestros ojos de su suficiencia para mirar nuestra propia debilidad o las debilidades de los demás. Apartad la mirada del yo y mirad a Jesucristo, la Vida de toda bendición, de toda gracia, la Vida de todo lo que es precioso y valioso para los hijos de Dios. No tenemos por qué lamentarnos de nuestra propia ineficacia, porque Cristo ha demostrado ser una ayuda siempre presente en tiempos de necesidad.

El Señor Jesús es nuestra fuerza y felicidad, el gran almacén del que, en toda ocasión, los hombres pueden sacar fuerzas. A medida que lo estudiamos, que hablamos de él, que somos cada vez más capaces de contemplarlo, que nos servimos de su gracia y recibimos las bendiciones que nos ofrece, tenemos algo con lo que ayudar a los demás. Llenos de gratitud, comunicamos a los demás las bendiciones que se nos han concedido gratuitamente. Así, recibiendo e impartiendo, crecemos en gracia; y una rica corriente de alabanza y gratitud fluye constantemente de nuestros labios; el dulce espíritu de Jesús enciende la acción de gracias en nuestros corazones, y nuestras almas se elevan con un sentido de seguridad. La justicia indefectible e inagotable de Cristo se convierte en nuestra justicia por la fe.

Cuando las tentaciones te asalten, como seguramente lo harán, cuando la preocupación, la perplejidad y la oscuridad parezcan rodear tu alma, mira al lugar donde viste la luz por última vez, descansa en el amor de Cristo y bajo su sombra protectora; porque a su sombra podemos encontrar descanso y paz. Cuando el pecado lucha por dominar el corazón humano, cuando la culpa oprime el alma y agobia la conciencia, cuando la incredulidad nubla la mente, recuerda que la gracia de Cristo basta para dominar el pecado y expulsar las tinieblas. Jesús, el Salvador que perdona los pecados, es nuestro Abogado en los atrios del cielo, y nos llama a "levantarnos y resplandecer", porque su gloria ha resucitado sobre nosotros.

Una razón de la debilidad espiritual de hoy es la baja estimación que los creyentes en Cristo están constantemente inclinados a formar de sí mismos. Cristo pagó un precio infinito por nosotros, y desea que su herencia escogida se valore a sí misma de acuerdo con el precio que él puso en ella. No defrauden a Jesús estimándose poco a sí mismos. Aprovechad las oportunidades y los privilegios que aumentarán vuestro valor ante Dios; porque aceptando los tesoros de su gracia os haréis preciosos y agradables a sus ojos. La piedad práctica correrá por vuestras vidas como hilos de oro, y cuando Dios contemple vuestra consagración a él, dirá: "Haré al hombre más precioso que el oro fino; al hombre más que la cuña de oro de Ofir." Todo el cielo se regocija por el alma humana débil y defectuosa que se entrega a Jesús, y en su fuerza vive una vida de pureza.

Nuestro camino hacia el Paraíso de Dios será a menudo interceptado por el tentador, que pretende debilitar nuestra fe ocultando los rayos del Sol de Justicia. Nuestro Salvador nos ha advertido que a través de mucha tribulación debemos entrar en el reino de Dios. "Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis tribulación; pero confiad, yo he vencido al mundo." "La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo". Por cada servicio que prestemos, por cada abnegación, por cada sacrificio que hagamos, el Señor nos tiene garantizada la recompensa, no porque sea una deuda suya, sino porque su corazón está lleno de amor infinito, lleno de misericordia y de ternura. En esta vida nos pagará el ciento por uno, y en el mundo futuro nos dará la vida eterna.

Cada momento es sumamente precioso. Los que vencen *mucho*, aman más a Jesús, y en aquel día, cuando cada uno sea recompensado según sus obras, serán puestos junto a Cristo, dentro del círculo íntimo; honrados, sí, grandemente honrados. "El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, sino que confesaré su nombre delante de mi Padre y de sus ángeles."

En el nombre de Jesucristo de Nazaret, sé fuerte en el Señor y en el poder de su fuerza. Sabed que Él os ama y será vuestra constante eficacia. "Levántate y resplandece, que ha llegado tu luz". "He aquí, bendecid al Señor, todos los siervos del Señor, que de noche estáis en la casa del Señor. Levantad vuestras manos en el santuario, y bendecid al Señor. El Señor que hizo el cielo y la tierra te bendiga desde Sión".

29 de octubre de 1896

La Ley exaltada por la obediencia

EGW

Al hablar de las verdaderas doctrinas de su reino, Jesús dijo: "Nadie pone un pedazo de un vestido nuevo sobre uno viejo; si no, entonces ambos se rasgan, y el pedazo que se sacó del nuevo no concuerda con el viejo. Y nadie echa vino nuevo en odres viejos; de otra manera, el vino nuevo reventará los odres y se derramará, y los odres perecerán. Pero el vino nuevo debe echarse en odres nuevos; y ambos se conservan."

Los sacerdotes, rabinos, saduceos, escribas y fariseos, que hasta entonces habían tenido una autoridad indiscutible en materia de religión, y que no estaban dispuestos a dar lugar a Cristo y a recibir las verdades de su reino, fueron representados como botellas viejas. Se consideró que no eran aptos para contener el vino nuevo de sus doctrinas, y fue necesario encontrar depositarios de la verdad fuera de aquellos que estaban satisfechos con sus propios logros espirituales. En la enseñanza de Cristo se hizo provisión para un cambio de corazón, para un nuevo desarrollo del carácter. Su sistema fue diseñado para toda la familia humana. Se basaba en la fe que obra por el amor y purifica el alma. La verdad recibida en el corazón haría cambios decididos en el carácter. Llevada al templo del alma, limpiaría de toda contaminación moral. Los que profesan recibir la verdad y, sin embargo, no cambian de carácter, manifiestan que sólo han recibido una teoría de la verdad y no saben cuál es la influencia vital de sus operaciones. La piedad práctica lleva a su poseedor a guardar los mandamientos de Dios. Levanta el alma de su depravación moral, y el creyente arrepentido se da cuenta no sólo de que sus pecados son perdonados, sino de que está limpio de toda maldad. Por la fe contempla al Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo.

Estos desarrollos no se veían en la vida y el carácter de los que seguían la religión de los escribas y fariseos. Sus formas secas y ceremonias fijas estaban desprovistas de poder vital, y eran representados como sal que había perdido su sabor. No bendecían a aquellos con quienes entraban en contacto. No había en su religión ninguna cualidad preservadora que impidiera que el mundo se corrompiera por completo. Su religión no tenía más valor que la sal sin sabor, que sólo era apta para ser desechada y pisoteada por el hombre. Sólo aquellos que conservan el poder salvador del cristianismo cooperan con Dios en la salvación del mundo. Tales son representados como la sal de la tierra. Pero si

los hombres pierden su espiritualidad, si su piedad se vuelve enfermiza, si, porque abunda la iniquidad, su amor se enfría, entonces su religión ha perdido su sabor. Su energía y eficacia han desaparecido.

Pero Cristo representa a su pueblo que no ha perdido su conexión vital con Dios, como la luz del mundo. Dice: "Vosotros sois la luz del mundo. La ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una vela para ponerla debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en la casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos." Los judíos habían levantado un muro de separación entre ellos y cualquier otro pueblo, pero esto no era según la dirección del Señor. Cuando el Señor da luz y conocimiento, no es para que los hombres se excluyan de los demás, para que oculten la luz en el egoísmo, de modo que los rayos divinos no lleguen al pueblo por el canal humano que Dios ha designado; sino que da la luz para que se difunda, para que los hombres vean las buenas obras de sus seguidores y sean llevados a glorificar a Dios.

Lo necesario

Los escribas y los fariseos escucharon las palabras de Cristo, y decidieron que se estaba burlando de la ley. En lugar de esto, les estaba mostrando claramente que la ley debe ser consagrada en el corazón y revelada en el carácter. La conformidad externa con la letra de la ley no era suficiente. Los principios mismos de la ley deben estar plantados en el corazón, y el amor a Dios y el amor al hombre deben revelarse en el carácter, las palabras y las acciones. Los que creyeran en Cristo como su Salvador personal tendrían la fe que obra por el amor, manifestarían su Espíritu y su gracia, y cooperarían con él en la educación y disciplina de las almas para su reino celestial. En su propia vida dio al mundo un ejemplo de lo que quería decir con su sermón de la montaña, pues guardó los mandamientos de su Padre. Despojó de los santos preceptos las invenciones y exacciones humanas con que los hombres habían encubierto los verdaderos principios de la norma de justicia. Mostró que la ley de Dios era santa, justa y buena. Demostró que tenía poder para convertir el alma, y que exigía de la raza humana un servicio de todo corazón a Dios y al hombre. En vez de despreciar la ley, demostró que los mandamientos de Dios son el fundamento de su reino, un reflejo del carácter divino. Los que iban a ser súbditos de su reino debían alcanzar un nivel superior al de los escribas y fariseos. Presentó la espiritualidad de la ley y dijo: "Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos". Su propia vida fue una expresión

constante de la ley de Dios, y dio a sus seguidores un ejemplo para que siguieran sus pasos.

Cristo fue el fundamento de todo el sistema judío, y barrió las máximas, mandatos, tradiciones y preceptos con los que los hombres habían gravado el plan de salvación. Cuando barrió la basura con la que los hombres habían enterrado la verdad, pensaron que estaba barriendo la verdad misma. Pero él se enfrentó a sus pensamientos tácitos, diciendo: "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido. Cualquiera, pues, que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así lo enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos. Pero cualquiera que los cumpla y los enseñe, ése será llamado grande en el reino de los cielos." Las máximas, tradiciones y doctrinas de los hombres habían servido al propósito para el cual Satanás las había instigado, y habían eclipsado la dignidad y el honor de la santa ley. Las formas y las ceremonias habían ocupado el lugar de la piedad vital; pero Cristo vino a exaltar la ley, a librarla de la basura que los hombres habían colocado sobre ella, y así dejarla brillar en su carácter exaltado, y revelar al mundo la gloria divina de su Autor.

Los maestros religiosos de la época judía eran muy celosos de su autoridad y de sus doctrinas, y condenar la severidad de sus exacciones, tratar de aligerar la carga intolerable que imponían al pueblo y que ellos mismos no lograban levantar, se consideraba una traición y una blasfemia. Las palabras de Cristo despertaron su odio. Lo calificaron de entrometido, de intruso, de alguien que pretendía derribar las costumbres establecidas de la nación. Satanás tenía un dominio casi indiscutible sobre la tierra, y éste era el secreto de la enemistad manifestada contra Cristo, que, como Luz del mundo, brillaba en medio de las tinieblas morales. Las tinieblas habían cubierto la tierra, y las tinieblas las gentes, y el dios de este mundo incitaba los corazones de sus súbditos a la guerra contra aquel que había venido a condenar el mal y a exaltar la justicia. Había llegado el momento en que debía hacerse una obra en la tierra. Cuando la tierra estaba en una condición como ésta, el Señor había prometido: "El Señor se levantará sobre ti, y su gloria será vista sobre ti. Y los gentiles vendrán a tu luz, y los reyes al resplandor de tu nacimiento". El profeta dijo que Cristo había de venir cuando "el juicio se apartó hacia atrás, y la justicia se detuvo lejos; porque la verdad está caída en la calle, y la equidad no puede entrar. Sí, la verdad desfallece, y el que se aparta del mal se hace presa; y el Señor lo vio, y le desagradó que no hubiera juicio. Vio que no había hombre, y se maravilló de

que no hubiera intercesor; por tanto, su brazo le trajo salvación; y su justicia, le sustentó. Porque se vistió de justicia como de coraza, y de yelmo de salvación sobre su cabeza Así temerán el nombre del Señor desde el occidente, y su gloria desde el nacimiento del sol. Cuando el enemigo venga como una inundación, el Espíritu del Señor levantará un estandarte contra él. Y el Redentor vendrá a Sión y a los que se conviertan de la transgresión en Jacob".

Como en los días de los judíos, así es en nuestros días. Vemos manifestarse en nuestros días la misma enemistad contra la palabra de Dios que se manifestó en el tiempo en que Cristo estuvo sobre la tierra. Los hombres todavía se aferran a sus tradiciones y veneran sus costumbres, y sienten odio contra aquellos que les muestran que están en el error. En este día, cuando se nos pide que llamemos la atención sobre los mandamientos de Dios y la fe de Jesús, y señalemos el hecho de que es vano pensar que estamos adorando a Dios al enseñar como mandamientos las tradiciones de los hombres, vemos manifestarse la misma enemistad. Del pueblo remanente de Dios está escrito: "El dragón se enfureció contra la mujer, y fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo."

5 de noviembre de 1896

Sed, pues, perfectos

EGW

"Así que, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él, arraigados y sobreedificados en él, y firmes en la fe, como habéis sido enseñados, abundando en ella con acción de gracias." "Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad. Y vosotros estáis completos en él".

Se abre ante todos los cristianos un camino de continuo progreso. Tienen un objetivo que alcanzar, una norma que ganar, que incluye todo lo bueno, puro, noble y elevado; y deben progresar constantemente hacia la perfección del carácter. El ideal del carácter cristiano es la semejanza a Cristo. La religión de Jesucristo nunca degrada al receptor, nunca lo hace tosco o rudo, descortés o engreído, apasionado o de corazón duro. Al contrario, refina el gusto, santifica el juicio y ablanda el corazón. Purifica y eleva los pensamientos, llevándolos cautivos a Cristo.

El Dios vivo nos ha dado en su ley un trasunto de su carácter, y a esta ley nos exhorta a obedecer, diciendo: "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro

Padre que está en los cielos es perfecto". Así como Dios es perfecto en su alta esfera de acción, así el hombre puede ser perfecto en su esfera humana.

El caso de Daniel puede ser estudiado con provecho por todos los que desean la perfección del carácter. Él y sus compañeros eran cristianos sinceros y fieles. Para ellos la voluntad de Dios era la ley suprema de la vida. Sabían que para glorificar a Dios debían desarrollar todas sus facultades, y procuraban adquirir conocimientos para perfeccionar su carácter cristiano y presentarse en aquella nación pagana como dignos representantes de la verdadera religión. Para conservar la salud, decidieron evitar los lujos de la mesa del rey, se negaron a tomar cualquier bebida estimulante y practicaron una estricta templanza en todas las cosas, para no debilitar ni el cerebro ni los músculos. Ejercían todas sus facultades para obrar su propia salvación, y Dios obraba en ellos el querer y el hacer de su buena voluntad. Bajo su entrenamiento, sus facultades fueron capaces de hacer el más alto servicio para él; y de ellos está escrito: "En cuanto a estos cuatro niños, Dios les dio conocimiento y destreza en toda ciencia y sabiduría; y Daniel tuvo entendimiento en todas las visiones y sueños."

Cuando la imagen de oro de Nabucodonosor fue erigida en las llanuras de Dura, se ordenó a los tres compañeros de Daniel que se postraran y la adoraran; pero sus principios les prohibieron rendir homenaje al ídolo, porque era un rival del Dios del cielo. Sabían que debían a Dios todas las facultades que poseían, y aunque sus corazones estaban llenos de generosa simpatía hacia todos los hombres, tenían la elevada aspiración de mostrarse enteramente leales a su Dios.

Estos fieles testigos fueron arrojados al fuego por negarse a obedecer la orden del rey, pero Dios manifestó su poder para la liberación de sus siervos. Uno semejante al Hijo del hombre caminaba con ellos en medio de las llamas, y cuando fueron sacados, ni siquiera el olor del fuego había pasado sobre ellos. "Entonces Nabucodonosor habló y dijo: Bendito sea el Dios de Sadrac, Mesac y Abed-nego, que envió su ángel y libró a sus siervos que confiaron en él." "Entonces el rey ascendió a Sadrac, Mesac y Abed-nego, en la provincia de Babilonia."

Así, estos tres jóvenes hebreos, imbuidos del Espíritu Santo, declararon a toda la nación su fe en que aquel a quien adoraban era el único Dios vivo y verdadero. Esta demostración de su fe fue la presentación más elocuente de sus principios. Para impresionar a otros con el poder y la grandeza del Dios viviente, sus siervos deben revelar su propia reverencia por él, haciendo manifiesto que él es el único objeto de su honor y adoración, y que ninguna consideración, ni

siquiera la preservación de la vida misma, puede inducirlos a hacer la menor concesión a la idolatría.

El temor del Señor es el principio de la sabiduría, y todos los que viven en comunión con su Creador, tendrán una comprensión de su designio en su creación, y un sentido de su propia obligación de emplear sus facultades para el mejor propósito. No buscarán ni glorificarse ni depreciarse a sí mismos, sino que glorificarán a Dios; porque el hombre que consiente en ser moldeado y formado según la semejanza divina, es el espécimen más noble de la obra de Dios.

El agente divino

Pero sin la obra divina, el hombre no puede hacer nada hacia la perfección de su carácter. Dios llama a todo hombre al arrepentimiento; sin embargo, el hombre ni siquiera puede arrepentirse a menos que el Espíritu Santo obre en su corazón. Un principio de origen divino debe impregnar su conducta y atarlo a Dios. Pero el Señor no quiere que ningún hombre espere hasta creer que se ha arrepentido, antes de volver sus pasos hacia Jesús. El Salvador está continuamente atrayendo a los hombres al arrepentimiento; sólo necesitan someterse a ser atraídos, y sus corazones serán derretidos y sometidos, templos aptos para la morada de Cristo.

El Espíritu Santo viene a convencer del pecado y a ablandar los corazones endurecidos por el alejamiento de Dios. Viene a revelar el amor con que Dios nos ama, y las posibilidades que se abren ante cada hijo creyente de Dios. Pero, ¿no temen algunos a este huésped celestial? A veces viene con una influencia omnipresente, pero ¿es recibido? ¿Acaso aquellos a quienes llega se inclinan ante Dios con corazones contritos, suplicando que estén preparados para recibir las bendiciones que Él les presenta? Os ruego a todos que recibáis a este visitante celestial como huésped permanente, porque os guiará a toda la verdad y os dará gozo y paz en el Señor.

Dios llama a todos los hombres a aprovechar las bendiciones que ha puesto ante ellos, para que puedan cooperar con él en la realización de la gran obra de la redención. Ha dado su Espíritu Santo como poder suficiente para vencer todas las tendencias hereditarias y cultivadas del hombre hacia el mal. Sometiendo sus capacidades al control de este Espíritu, el hombre quedará impresionado por el carácter perfecto de Dios, y se convertirá en un instrumento a través del cual Él puede revelar su misericordia, su bondad y su amor.

La cultura de la mente

En la consecución de un carácter cristiano perfecto, es necesaria la cultura del intelecto, a fin de que podamos comprender la revelación de la voluntad de Dios para nosotros. Esto no puede ser descuidado por aquellos que son obedientes a los mandamientos de Dios. En nuestras facultades intelectuales poseemos la dote de Dios. Estas facultades no nos fueron dadas para el servicio del yo, sino para el servicio de Dios; y deben ser tratadas como un poder superior, para gobernar las cosas del cuerpo. Son derivadas de Dios, no creadas por uno mismo, y deben ser consagradas a su obra.

El conocimiento que dará la cultura más elevada, se obtiene de la palabra de Dios. Las palabras de la revelación, cuidadosamente estudiadas, fortalecen tanto el intelecto como el corazón. El conocimiento experimental de la verdadera piedad, que se encuentra en la consagración y el servicio diarios a Dios, da la verdadera cultura de la mente, el alma y el cuerpo. Esta consagración de nuestras facultades impide la exaltación propia; y la impartición del poder divino honra nuestro sincero esfuerzo en pos de la sabiduría, a fin de que sepamos cómo emplear nuestras facultades para honrar a Dios y bendecir a nuestros semejantes.

Esta es la voluntad de Dios respecto a todo ser humano, incluso tu santificación. En nuestro camino hacia el cielo, cada facultad debe mantenerse en las condiciones más perfectas, para que pueda prestar el servicio más fiel. Las facultades con que Dios ha dotado al hombre han de ser puestas a prueba. Lo que Dios exige de aquellos a quienes ha creado y redimido, se resume en las palabras: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas". "Trabaja en tu propia salvación con temor y temblor; porque Dios es el que obra en ti el querer y el hacer por su buena voluntad".

Cooperar con Dios

Al hombre se le asigna una parte en la gran lucha por la vida eterna. Debe responder a la obra del Espíritu Santo. Requerirá una lucha para romper los poderes de las tinieblas, pero el Espíritu que obra en él puede lograrlo y lo logrará. El hombre no es un instrumento pasivo, para ser salvado en la indolencia. Está llamado a forzar cada músculo en la lucha por la inmortalidad, pero es Dios quien suministra la eficiencia. Ningún ser humano puede salvarse en la indolencia.

Cristo asumió la naturaleza humana para demostrar al mundo caído, a Satanás y a su sinagoga, al universo del cielo y a los mundos no caídos, que la naturaleza humana, unida a su naturaleza divina, podía llegar a ser enteramente obediente a la ley de Dios, para que sus seguidores, por su amor y unidad, dieran pruebas de que el poder de la redención es suficiente para capacitar al hombre para vencer. Y se regocija al pensar que su oración de que sus seguidores puedan ser santificados por medio de la verdad, será contestada; serán moldeados por la influencia transformadora de su gracia en un carácter según la semejanza divina. Todos los que quieran poseer un carácter cristiano perfecto deben llevar el yugo de Cristo. Si quieren sentarse juntos en los lugares celestiales en Cristo Jesús, deben aprender de él mientras están en esta tierra. Cristo dice a todos los tales: "Esforzaos a entrar por la puerta estrecha; porque os digo que muchos procurarán entrar, y no podrán". "Ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan."

12 de noviembre de 1896

Cristo, nuestro modelo

EGW

El ejemplo de Cristo tiene autoridad para todos los hijos e hijas de Adán. Su vida fue la ley de Dios vivida y ejemplificada, un modelo perfecto para toda la humanidad, mostrando lo que el hombre puede llegar a ser al participar de la naturaleza divina. Al representar el carácter de Dios, fue un modelo perfecto de excelencia moral para la humanidad.

¿Cómo anduvo el Redentor del mundo? No para complacerse a sí mismo, sino para glorificar a Dios y realizar las obras del que le envió, elevando al hombre, formado a imagen divina, y enseñando la justicia con preceptos y ejemplos.

No tenía un camino llano para sus pies. Aquellos que deberían haber sido colaboradores suyos en todas sus obras, estaban tan alejados de Dios por el egoísmo que contrarrestaron la obra de Cristo. Su conveniencia, su comodidad y placer, no fueron estudiados. Él era el Comandante de todo el cielo; sin embargo, estaba aquí en la tierra como uno que sirve. Sin rechistar soportó privaciones, vivió la vida de un pobre. Los lujos que se permiten muchos que pretenden ser hijos e hijas de Dios, él no los introdujo en su vida. Era varón de dolores y estaba familiarizado con la aflicción. Toda su vida fue de abnegación, expresando: "No se haga mi voluntad, sino la tuya".

Cristo nunca halagó a ningún hombre; nunca engañó, nunca defraudó, nunca cambió su curso de recta rectitud para obtener favor o aplauso. Siempre expresó la verdad. La ley de la bondad estaba en sus labios; no había engaño en su boca.

El Hijo de Dios condujo su vida de tal manera que incluso sus compatriotas incrédulos se vieron obligados a decir: "Todo lo ha hecho bien". Su carácter era intachable. No dejó el ejemplo de una vida de ociosidad y autoindulgencia, aunque era heredero de todas las cosas en el cielo y en la tierra, el Hijo unigénito del Padre.

Aquí es donde las inteligencias humanas han perdido de vista el Modelo. Los hombres, porque se les han confiado talentos de medios; siguen, no la norma del carácter de Cristo, sino la norma del mundo. Porque tienen abundancia de dinero, casas y tierras, educan a sus hijos en una vida de ociosidad e indulgencia egoísta, haciéndolos inútiles en lo que se refiere a hacer el bien en el mundo. Por su imprudente formación, los jóvenes no están preparados en carácter para la futura vida eterna. Cristo, en su vida, nos dio un ejemplo totalmente diferente; trabajó en el oficio de carpintero con su padre.

Ahora se educa a la juventud en la creencia de que la posesión de mucho dinero es lo que da valor a los hombres. El resultado seguro es el orgullo y la vanidad, el amor al placer y la abundancia de ociosidad. Así se abre el camino para que Satanás corrompa la vida y el carácter con sus tentaciones al vicio. Las prácticas pecaminosas se vuelven comunes. Ya sea rico o pobre, alto o bajo, Satanás encuentra empleo para la juventud que no está entrenada para la industria útil, y vigilada y atrincherada con principios.

El tiempo no se considera como un tesoro precioso, una confianza de Dios, de la que todo ser humano debe dar cuenta. También el dinero es confiado por Dios para ser usado, no en derroches innecesarios por los padres para ruina de sus hijos, sino como medio de hacer el bien a sus semejantes. Incluso desde sus primeros años, a medida que se desarrolla la razón, los principios del carácter de Dios, tal como se dan en su ley, deben convertirse en la norma de la vida y del carácter.

Cristo es nuestro modelo, y los que siguen a Cristo no caminarán en tinieblas; no buscarán su propio placer. La gloria de Dios será la norma a la que apuntarán sin cesar. Los dos grandes preceptos de la ley moral han de regular la conducta de todas las inteligencias humanas: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu

prójimo como a ti mismo". El Señor del cielo exige de nosotros amor y adoración supremos.

El Señor obrará a través del agente humano si éste se une a Cristo, y su registro en los libros del cielo será, como en el caso de Enoc, que camina con Dios. Como Enoc, tendrá la sensación de la presencia permanente de Dios. La razón por la que un número tan grande de los que profesan ser hijos de Dios se sienten siempre en la incertidumbre, es porque sienten que son huérfanos. No cultivan la preciosa seguridad de que Jesús es el portador del pecado; que aunque han transgredido la ley, y son pecadores a sus ojos, el objeto de la encarnación de Cristo era traer al pecador arrepentido y creyente paz y seguridad eternas. El gran Abogado asumió la naturaleza humana, y se hizo semejante a sus hermanos, para inculcar en la mente humana que nadie que por la fe lo acepte como Salvador personal es huérfano, o queda abandonado a llevar la maldición de sus propios pecados. Los cristianos pueden cultivar diariamente la fe contemplando a Aquel que ha asumido su causa, su "misericordioso y fiel Sumo Sacerdote". Habiendo padecido, habiendo sido tentado, no sólo en algunas cosas, sino en todo según nuestra semejanza, puede socorrer a todos los que son tentados. Incluso ahora en el cielo está afligido en todas nuestras aflicciones, y como Salvador vivo pide intercesión por nosotros.

El agente humano debe comparar su vida con el carácter de Jesucristo y, mediante la gracia que imparte a todos los verdaderos creyentes, tratar de alcanzar la perfección de su ejemplo, que vivió la ley de Jehová.

El testimonio que Cristo dio de sí mismo fue: "He guardado los mandamientos de mi Padre". Los que siguen a Cristo mirarán constantemente la ley perfecta de la libertad, y por medio de la gracia que Cristo les ha dado, formarán su carácter para satisfacer los requisitos divinos. El corazón debe abrirse para recibir a Cristo y permanecer en él. Como el sarmiento está unido a la vid viva, se forma una unión vital entre el tallo paterno y el sarmiento, y aparece en el sarmiento el mismo fruto que se ve en la vid. Todas las facultades de la mente y del cuerpo deben alistarse al servicio de Cristo, siguiendo su ejemplo y captando su espíritu, edificando así el carácter según la semejanza divina. Nuestra fe ha de ejercitarse diariamente, y aumentar por el ejercicio en Aquel que nos ha redimido, no sólo porque nos amó, sino porque "de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna."

19 de noviembre de 1896

El amor de Dios

EGW

"Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas". "Por lo cual doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda la familia del cielo y de la tierra, para que os conceda, conforme a las riquezas de su gloria, ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios."

El amor de Dios es una cadena de oro que une al hombre finito con el Dios infinito. Es un amor que "sobrepasa todo conocimiento". Ninguna ciencia puede explicarlo, ninguna sabiduría comprenderlo. Cuanto más sintamos la influencia de este amor, mayor será nuestro asombro ante él. Job exclama: "¿Acaso puedes tú, escudriñando, descubrir a Dios? ¿Acaso puedes descubrir al Todopoderoso hasta la perfección? Es tan alto como el cielo; ¿qué puedes hacer? más profundo que el infierno; ¿qué puedes saber?". "Su medida es más larga que la tierra, y más ancha que el mar". "¡Oh profundidad de las riquezas, tanto de la sabiduría como del amor de Dios!" exclama Pablo, "cuán inescrutables son sus juicios, y sus caminos incomprensibles." "Estoy persuadido de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni la altura, ni la profundidad, ni ninguna otra criatura, podrá separarnos del amor de Dios, que es en Cristo Jesús."

Las criaturas de Dios nunca están ausentes de su mente. Hasta las aves que vuelan en los cielos y las flores del campo son objeto de su tierno cuidado. "Mirad las aves del cielo", dijo Cristo, "no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; sin embargo, vuestro Padre celestial las alimenta". "Considerad los lirios del campo, cómo crecen; no trabajan, ni hilan, y sin embargo os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos". Si el gran Maestro Artista ha dedicado tanto cuidado a estas cosas, ¡cuánto mayor será su consideración por el hombre, que es "imagen y gloria de Dios"! Su cuidado y amor por sus hijos son incesantes, y anhela verlos revelar un carácter según su

semejanza. "Haré un hombre más precioso que el oro fino", declara, "un hombre más que la cuña de oro de Ofir".

Y aunque el pecado ha existido durante siglos, tratando de contrarrestar la marea de amor que fluye de Dios a la raza humana, aunque el hombre ha perdido la imagen de Dios por ceder a este pecado, sin embargo, el amor y el cuidado que Dios otorga a los seres que ha creado, no ha dejado de aumentar en riqueza y abundancia. Él "amó tanto al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna". Aquel que era en forma de Dios, que no consideró un robo ser igual a Dios, descendió de su trono, revistiendo su divinidad de humanidad para llegar a la humanidad. Él estaba en el principio con Dios; sin embargo, vino a anunciar al género humano, caído y degradado, que le había traído el don de la vida eterna.

El don de Dios a esta tierra superó todo cálculo; nada le fue retenido. El amor demostrado en la vida de Cristo, desde el pesebre hasta la cruz, el misterio de su divinidad velada en la humanidad, los brillantes rayos de justicia manifestados al mundo en sus palabras y en sus obras, son temas que los ángeles desean examinar. ¿Cómo recibirían los hombres este don? ¿Podrían no apreciar el sacrificio? ¿Podría el mundo resistirse a este amor sin límites? En el momento del advenimiento de Cristo, los corazones de los hombres estaban corrompidos por el pecado. El odio contra Dios era abrigado por toda la raza. Los enemigos de Dios ejercían una impiedad despierta; los principios de la injusticia estaban muy extendidos; y un poder dominante estaba en acción, tratando de eclipsar el amor de Dios, y obtener el control de las mentes de los hombres. Y así Cristo, el Pan de vida, vino a los suyos, "y los suyos no le recibieron". La luz de Dios brilló sobre las tinieblas de este mundo, pero las tinieblas no la comprendieron. El don inestimable del cielo no fue apreciado; el torrente sanador de vida y gracia celestial fue despreciado.

Dios ha dado a los hombres el intelecto para que pueda conducir sus mentes más alto y aún más alto, abriéndoles los misterios del amor divino. La contemplación del tema de la redención agranda la mente y santifica la voluntad. Al contemplar a Cristo, el Cordero de Dios, que "quita el pecado del mundo", se profundiza y amplía nuestra concepción de su amor. ¿Por qué, entonces, nuestras ideas son tan estrechas? ¿Por qué no comprendemos ese amor tan profundo y tan amplio?

Como en los días de Cristo, el enemigo de Dios trabaja constantemente para llevar a los hombres a poner la voluntad bajo su control, para que Dios sea

olvidado. Él sabe que si esto se hace, puede controlar al hombre entero. Tienta a los hombres de muchas maneras para que olviden a su Creador. A algunos les ofrece tabaco y bebidas alcohólicas. A otros los tienta señalándoles su propia degradación e impotencia. Los que ceden a sus tentaciones no pueden concebir el amor de Dios. La voluntad queda esclavizada, obligada a seguir un camino que la palabra de Dios no justifica. La razón se debilita; se pierde el poder de distinguir entre el bien y el mal; las realidades sagradas y eternas se consideran de menor valor que el oro, la plata, las casas, las tierras y las acciones bancarias. El amor de Dios se desvanece de la mente; y los cautivos en el poder del tentador viven "sin esperanza y sin Dios en el mundo", porque no contemplan al Cordero de Dios.

El pecado sólo puede triunfar esclavizando la mente. Cristo vino a nuestro mundo para quebrantar el poder de Satanás y emancipar la voluntad del hombre. Vino a "proclamar la libertad a los cautivos", a "deshacer las cargas pesadas" y a "dejar libres a los oprimidos"; y nos llama a cooperar con él entrando a su servicio, llevando su yugo y levantando sus cargas. Y, si consentimos, él puede identificarse y se identificará de tal modo con nuestros pensamientos y objetivos, de tal modo mezclará nuestros corazones y mentes en conformidad con su voluntad, que cuando le obedecemos, no haremos más que llevar a cabo nuestros propios impulsos. La voluntad, refinada y santificada, encontrará su mayor deleite en hacer su servicio.

El hombre no es suyo; ha sido comprado por un precio, "la sangre preciosa de Cristo". Al derramar todo el tesoro del cielo en este mundo, al darnos en Cristo todo el cielo, Dios ha comprado la voluntad, los afectos, la mente, el alma y la fuerza de cada uno. Y el hombre sólo está seguro cuando se pone bajo el dominio de Dios. Cuando esto se hace, la voluntad se vuelve firme y fuerte para hacer el bien; el corazón se limpia de todo egoísmo y se llena de un amor y una ternura semejantes a los de Cristo. La mente se somete a la autoridad de la ley del amor, y "todo pensamiento es llevado cautivo a la obediencia de Cristo". Las potencias, hasta entonces "miembros de la injusticia" y "siervos del pecado", se consagran al servicio de un Dios de amor.

"Así dice el Señor Dios, el que creó los cielos y los extendió, ... Yo el Señor te he llamado en justicia, y sostendré tu mano, y te guardaré, y te daré por alianza del pueblo, por luz de los gentiles, para que abras los ojos de los ciegos, para que saques de la cárcel a los presos, y de la casa de prisión a los que están sentados en tinieblas." Esta preciosa seguridad de Dios a su Hijo, el Ungido, abarca a todos los que reciben a Jesucristo; porque la palabra de Dios declara:

"A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios."

Satanás está decidido a cerrar el paso a toda luz y comunicación de lo alto. Como si desafiara la misericordia de la Omnipotencia, hizo crucificar al Hijo de Dios. Pero Cristo resucitó de la tumba, y hoy es nuestro Abogado en los tribunales del cielo, reconciliándonos "con Dios... por la cruz, habiendo matado con ella la enemistad". Él tiene derecho a nuestras voluntades y afectos, y con una voz llena de amor y misericordia nos llama: "Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os aliviaré. Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga".

El Señor dirige toda mente que se somete al poder de su amor, y le revela el misterio de la piedad. Entrégate enteramente a su custodia, porque su amor es eterno e inmutable. Consagra a él tus fuerzas. La influencia divina de su amor se difundirá por las cámaras de tu mente; el templo de tu alma se limpiará de todo egoísmo; tu corazón, lleno de todo lo que es puro y hermoso, revelará los misterios del amor redentor. Entonces serás verdaderamente hechura de Dios, "creado en Cristo Jesús para buenas obras", "santificado y apto para el uso del Maestro".

26 de noviembre de 1896

Una lección del rey más sabio de Israel

EGW

"Esfuézate, pues, y muéstrate hombre; y guarda el precepto del Señor tu Dios, andando en sus caminos, guardando sus estatutos, sus mandamientos, sus decretos y sus testimonios, como está escrito en la ley de Moisés, para que seas prosperado en todo lo que hagas y en todo aquello a lo que te vuelvas; para que el Señor continúe su palabra que habló acerca de mí, diciendo: Si tus hijos cuidan su camino, para andar delante de mí en verdad con todo su corazón y con toda su alma, no te faltará (dijo él) un hombre en el trono de Israel."

Este fue el último encargo de David a Salomón. El anciano monarca ya había investido a su hijo con la autoridad real, y ahora le pide que cumpla fielmente los deberes que le corresponden. Le aconseja que no se muestre sólo como un guerrero, un estadista o un soberano, sino que reine como un hombre fuerte y bueno. Le suplica que muestre una naturaleza noble y varonil, que muestre

misericordia y bondad amorosa hacia sus súbditos; y añade: "Entonces prosperarás, si cuidas de cumplir los estatutos y decretos que el Señor encargó a Moisés acerca de Israel. Sé fuerte y valiente; no temas ni desmayes".

En su primera juventud Salomón era un personaje noble. Fue llamado "Jedidiah", que significa "Amado del Señor". Era el orgullo y la esperanza de su padre, y "tierno y único amado a los ojos de su madre." Y durante los primeros años de su reinado Salomón cumplió la promesa de su juventud. Amaba a Dios y era amado por Dios. El Señor se le apareció en sueños, diciendo: "Pide lo que te daré". Salomón respondió al Señor con estas palabras: "Da a tu siervo un corazón comprensivo, ... para que pueda discernir entre el bien y el mal". El Señor le concedió esta petición, "y la sabiduría de Salomón superó a toda la sabiduría de los hijos de oriente, pues era más sabio que todos los hombres."

Si Salomón hubiera confiado continuamente en el Señor, si hubiera guardado los preceptos y mandamientos que se le impusieron, ¡qué historia habría sido la suya! Pero la pluma infalible de la inspiración, a la vez que registra sus virtudes, también da fiel testimonio de su triste caída. Después de una mañana prometedora y una madurez íntegra, Salomón tomó un camino desagradable al Señor. No siguió caminando ante Dios en la verdad. Elevado al pináculo de la grandeza humana, y rodeado de los dones de la fortuna, se mareó. Fue ensalzado por los poderes reales por su insuperable sabiduría, y no pudo soportar los halagos. Así, el mismo don del cielo, la sabiduría que Dios le había confiado y que debería haber honrado al Dador, llenó a Salomón de orgullo. Construyó el templo, y fue una maravilla de riqueza y gloria, sin parangón con ninguna obra de arte humano. Alguien más grande que Salomón fue el diseñador de este edificio; la sabiduría y la gloria de Dios se revelaron allí; pero el honor fue desviado de Dios y dado a Salomón.

Dios escogió a los hijos de Israel como su pueblo. Los separó de los demás pueblos, haciéndolos depositarios de su ley; y fue su designio que preservaran su honor en la tierra. Se les prohibió mezclarse con las naciones idólatras, y en ningún caso debían casarse con ellas. Se erigió así una sabia barrera entre ellos y el resto del mundo, y su seguridad consistía en observar estos hitos. Pero él, que con su lealtad e integridad podría haber hecho mucho para evitar que el pueblo de Dios se desviara, él, que en la dedicación del templo los había exhortado: "Sea, pues, perfecto vuestro corazón para con Jehová nuestro Dios, andando en sus estatutos y guardando sus mandamientos", dio el ejemplo de la

apostasía. En su sed de poder político, cultivó y fomentó alianzas con reinos paganos, y violó el mandato expreso de Jehová tomando esposas de entre ellos.

Salomón se creyó lo suficientemente fuerte y sabio como para mantener la pureza de su religión y, sin embargo, desviarse de los mandamientos de Dios. Pensó que podría convertir a sus esposas a la verdadera religión, y que uniéndose así a las naciones idólatras, podría ganarlas a todas al servicio del verdadero Dios. Pero no podemos incorporar la luz con las tinieblas. Cristo no tiene comunión con Belial. Mediante la unión con los idólatras, la propia fe del rey se pervirtió. El poder y la pureza de la verdadera religión perdieron su influencia sobre él. Su conciencia se empañó y embotó; su juicio finito, en el que depositaba tanta confianza, lo extravió mucho, y la licencia salvaje fue considerada por él como independencia y tolerancia. Perdió su conexión con Dios, y ya no se dio cuenta de que Dios era su sabiduría y su fuerza.

Salomón pensó ganar más poder aliándose así con las naciones paganas que le rodeaban; y se enriqueció con el oro y la plata que le transportaron desde Ofir y Tarsis, pero fue a costa de sacrificar nobles principios y traicionar sagradas confianzas.

Un paso en falso lleva a otro. A la alianza de Salomón con las naciones paganas siguieron males que llevaron a los hijos de Israel a violar la ley de Dios. El pueblo se contaminó con los principios y prácticas de los paganos. Se introdujo la poligamia en Palestina. El servicio religioso puro instituido por Dios fue reemplazado por la idolatría del matiz más oscuro. Se ofrecieron sacrificios humanos y se toleraron los ritos licenciosos practicados por los habitantes del mundo noático.

Y "aconteció que cuando Salomón envejeció, sus mujeres hicieron volver su corazón tras dioses ajenos, y su corazón no fue perfecto para con el Señor su Dios". De ser uno de los reyes más grandes que jamás haya empuñado un cetro, cuya exaltada sabiduría lo hizo famoso en todo el mundo, Salomón se volvió derrochador e intemperante, instrumento y esclavo de otros. Su carácter, antes noble y varonil, se enervó y afeminó. Su fe en el Dios vivo se tambaleó y fue suplantada por dudas ateas. La incredulidad empañó su felicidad, debilitó sus principios y degradó su vida; pensamientos sombríos y desalentadores le atormentaban noche y día. La justicia y la magnanimidad de los primeros tiempos de su reinado se convirtieron en despotismo y tiranía, y su extravagancia se vio sostenida por impuestos exorbitantes que se impusieron al

pueblo. ¡Pobre y frágil naturaleza humana! Dios puede hacer muy poco por los hombres, porque pierden tan pronto su sentido de dependencia de él.

El Señor quiere que todos aprendan una lección del registro de la vida de Salomón. Desea que sus siervos conserven su carácter santo y peculiar. "No os unáis en yugo desigual con los incrédulos" es su mandamiento; "porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? y ¿qué comunión tiene la luz con las tinieblas? y ¿qué concordia tiene Cristo con Belial? o ¿qué parte tiene el que cree con un infiel?".

Aunque debemos ser amables y corteses con todos, no debemos relacionarnos con quienes sabemos que actúan en oposición a Dios. Salomón fue alejado de Dios por la influencia de sus esposas paganas; y Dios ha prohibido a su pueblo que se una con los incrédulos, porque al hacerlo, traen sobre sí un dolor indecible y un reproche sobre la causa de Dios. Pueden pensar, como Salomón, que su influencia sobre los que están equivocados será beneficiosa; pero con demasiada frecuencia ellos mismos, atrapados y vencidos, ceden su fe sagrada, sacrifican sus principios y se separan de Dios. Con un paso en falso se colocan donde no pueden esperar romper las cadenas que los atan.

Yo advertiría a todos, tanto a los jóvenes como a los mayores: Tened cuidado con las amistades que formáis y con los compañeros que elegís. Tened cuidado, no sea que lo que ahora pensáis que es oro puro se convierta en metal vil. Las asociaciones mundanas tienden a poner obstáculos en el camino de vuestro servicio a Dios; y muchas almas se arruinan por infelices uniones, ya sean de negocios o matrimoniales, con aquellos que nunca pueden elevar o ennoblecer. Por esto, muchos hombres y mujeres están sin esperanza y sin Dios en el mundo. Sus nobles aspiraciones están muertas; por una cadena de circunstancias están sujetos en la red de Satanás.

Guardaos de seguir cualquier voz que no sea la de Dios. Aquellos que se llaman a sí mismos hijos e hijas de Dios, y sin embargo caminan en contra de sus sabias disposiciones para seguir los impulsos de sus propios corazones no santificados, que son gobernados por la pasión y el impulso, tendrán una amarga cosecha que recoger en esta vida, y su curso puede resultar en la pérdida de sus almas.

Mantén tu religión pura e impoluta. Los intereses mundanos pueden tentarte a ceder en tus principios, pero "¿de qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma?". La grandeza mundana no es equivalente a la integridad, la honestidad, un corazón puro y un propósito noble e inquebrantable de hacer el bien. Incluso Salomón, en toda su gloria, no estaba ataviado como

aquel que posee el ornamento de un espíritu manso y tranquilo, intocado por el oropel y el espectáculo del mundo.

Dios quiere que aprendamos la solemne lección de que estamos forjando nuestro propio destino. El carácter que formamos en esta vida decide si somos aptos o no para vivir en las edades eternas. Ningún hombre puede intentar servir a Dios y al mundo con seguridad. Dios es plenamente capaz de mantenernos en el mundo, pero no del mundo. Su amor no es incierto ni fluctuante. Siempre vela por sus hijos con un cuidado sin medida y eterno. Pero nos pide que le rindamos toda nuestra lealtad. "Nadie puede servir a dos señores; porque o aborrecerá a uno y amará al otro, o se apegará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas".

Salomón estaba dotado de una maravillosa sabiduría, pero el mundo lo alejó de Dios. Necesitamos guardar nuestras almas con toda diligencia, no sea que las preocupaciones y atracciones del mundo absorban el tiempo que deberíamos dedicar a las cosas eternas. Dios advirtió a Salomón de su peligro, y hoy nos advierte a nosotros que no pongamos en peligro nuestras almas por afinidad con el mundo, diciendo: "Salid de en medio de ellos, apartaos y no toquéis lo inmundo, y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y seréis mis hijos y mis hijas, dice el Señor Todopoderoso."

3 de diciembre de 1896

La oración que Dios aprueba

EGW

Jesús enseñó a sus discípulos que un espíritu humilde y contrito es un principio interior; que el semblante austero y sombrío no es índice de un espíritu humilde y sumiso. Aunque el corazón debe tener la gracia de la humildad, el semblante debe ser alegre, no sombrío y repulsivo. Sus palabras de instrucción para ellos fueron: "Además, cuando ayunéis, no seáis como los hipócritas, de semblante triste, pues desfiguran sus rostros para parecer a los hombres que ayunan. En verdad os digo que ya tienen su recompensa. Pero tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro, para que no parezcas a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en secreto; y tu Padre, que ve en secreto, te recompensará en público."

Al igual que otras observancias de carácter religioso, el ayuno, cuando se practica por motivos correctos, será una bendición. Pero éste, como la limosna,

había sido pervertido. Los fariseos daban una apariencia externa de gran santidad, de humillación y contrición, mientras que en sus corazones abrigaban pecados de carácter repugnante. Hacían su religión poco atractiva por su apariencia severa y prohibitiva. Pero el verdadero cristiano nunca enfriará la atmósfera con severas exacciones y dolorosa rigidez. Debe tener una influencia dulce, sumisa, alegre y salvadora sobre aquellos con quienes entra en contacto.

El objeto de los fariseos al dar publicidad a sus oraciones -ser exaltados en la opinión de los hombres- era el que Cristo condenaba. Y las mismas oraciones farisaicas rechaza hoy dondequiera que se ofrezcan entre el profeso pueblo de Dios. En nuestros días, como en los de Cristo, a menudo las oraciones y las limosnas son impulsadas por motivos indignos. Estas cosas se hacen para obtener la aprobación de los hombres; pero llevan la desaprobación del Redentor del mundo. El nombre de Dios es profanado cada día en las oraciones sin sentido de muchos que profesan ser cristianos.

Este pecado no se encuentra solamente entre los analfabetos, sino frecuentemente incluso entre los hombres que tienen habilidad e influencia. Profesarán orar a Dios, mientras en verdad le están predicando un sermón. Como si le faltara información, le dan cuenta de todo. Sus oraciones son para el pueblo; Dios apenas entra en sus mentes. Todas esas oraciones son como metal que resuena y címbalo que retiñe, sin corazón, sin propósito, sin sentido. Tales oraciones serán sólo una maldición para los que profanan así este sagrado privilegio. Nada es tan repulsivo para Cristo como la devoción insincera, la humildad voluntaria y la limosna hipócrita. Él dijo: "Cuando más rápido te levantes, unge tu cabeza y lava tu rostro"; muéstrate cómodo y limpio. Es un gran error suponer que el rostro sin lavar y los mechones enmarañados proclaman tu santidad.

Esta lección a los discípulos es aplicable a todo cristiano hasta el fin de los tiempos. La devoción a Dios no consiste en gemidos, suspiros y semblante triste. Muchos dan al mundo impresiones erróneas respecto a la religión de la Biblia quejándose de pruebas, cruces y dificultades. Los verdaderos siervos del Rey celestial son las personas más felices del mundo. Mientras su servicio es ferviente y sincero, llevan consigo los rayos del Sol de Justicia, para iluminar el camino hacia el cielo a todos los que lo recorren. La vida religiosa es una vida de conflictos y pruebas, pero también de felicidad y alegría espirituales.

Algunos supuestos seguidores de Dios pronuncian oraciones en voz alta y ejercitan el cuerpo de forma violenta. Los profetas de Baal se ponían frenéticos

cuando rezaban a sus dioses ídolos. Estos paganos lloraban y se cortaban con lancetas y cuchillos hasta presentar un aspecto espantoso. Pero eran más sinceros que muchos de los que hoy ofrecen oraciones en medio de una tormenta de excitación. Su conducta estaba en consonancia con sus ideas de devoción a sus dioses. Pero los cristianos tienen un Dios vivo y todopoderoso, cuyo oído es rápido para detectar las verdaderas necesidades del suplicante, y por su manera excitada y antinatural deshonran a su Dios que escucha la oración y responde a la oración.

Nuestros corazones se han dolido cuando hemos escuchado oraciones que se han hecho a los hombres y no a Dios. Las oraciones santurronas y seguras de sí mismas nunca se elevan más alto que los labios que las pronuncian. La oración ofrecida con fervor espasmódico, una mera tormenta de palabras, no será escuchada ni contestada por Dios.

Algunos piensan que es una señal de humildad orar a Dios de una manera común, como si hablaran con seres humanos. Profanan su nombre intercalando innecesaria e irreverentemente sus oraciones con "Dios Todopoderoso", palabras horribles y sagradas, que nunca deberían salir de los labios humanos excepto con la respiración contenida y tonos solemnes y tenues.

La oración de fe, humilde e inteligente, que sale de labios sinceros, es totalmente aceptable a Dios. Es la oración de corazón que se escucha en el cielo y se recompensa con una respuesta en la tierra. "Mas a éste miraré: al pobre, al de espíritu contrito, al que tiembla a mi palabra". "Porque así dice el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, cuyo nombre es Santo: Yo habito en el lugar alto y santo, también con el que es de espíritu contrito y humilde, para reanimar el espíritu de los humildes y vivificar el corazón de los contritos." "Los sacrificios de Dios son un espíritu quebrantado; un corazón quebrantado y contrito, oh Dios, no despreciarás."

Jesús enseñó a sus discípulos que sólo la oración que surge de labios sinceros, impulsada por las necesidades reales del alma, es genuina y traerá la bendición del cielo al peticionario. Dio a sus discípulos una oración breve y completa. Esta oración, por su hermosa sencillez, no tiene parangón. Es una oración perfecta para la vida pública y privada; es digna y elevada, pero tan sencilla que el niño en las rodillas de su madre puede entenderla. Los hijos de Dios han repetido esta oración durante siglos y, sin embargo, su brillo no se ha atenuado. Como una gema de valor, sigue siendo amada y apreciada. Esta oración es una producción maravillosa. Nadie orará en vano si en sus oraciones se incorporan

los principios contenidos en ella. Nuestras oraciones en público deben ser breves y expresar sólo las verdaderas necesidades del alma, pidiendo con sencillez y fe simple y confiada las cosas que necesitamos. La oración del corazón humilde y contrito es el aliento vital del alma hambrienta de justicia.

Dios comprende las necesidades de la humanidad. Sabe lo que deseamos antes de que se lo pidamos. Él ve el conflicto del alma con la duda y la tentación. Él reconoce la sinceridad del suplicante. Si el corazón está afligido, si el espíritu es humilde ante Dios, Él lo reconoce. Él aceptará la humillación y la aflicción del alma, y recompensará según la pureza de los motivos que impulsaron la acción.

Como un médico fiel, el Redentor del mundo tiene su dedo en el pulso del alma. Marca cada latido; toma nota de cada latido. No hay emoción que la estremezca; no hay pena que la ensombrezca; no hay pecado que la manche; no hay pensamiento ni propósito que pase por ella y que él no conozca. El hombre fue comprado a un costo infinito, y es amado con una devoción que excede la que un padre siente por su hijo. La oración que sale de un corazón sincero encontrará siempre una respuesta en el cielo.

10 de diciembre de 1896

Unión con Cristo

EGW

"Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo quita; y todo el que da fruto, lo limpia, para que dé más fruto."
"Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí, y yo en él, ése da mucho fruto; porque sin mí nada podéis hacer."

Todo verdadero creyente debe tener una conexión viva con Aquel en quien vivimos, y nos movemos, y tenemos nuestro ser. Así como el cuerpo necesita el aire vitalizador en todo momento, así el alma necesita la gracia divina. Separados de Cristo, estamos indefensos, sin esperanza y sin Dios en el mundo; pero verdaderamente unidos a Él, somos un poder para el bien.

En la parábola de la vid y los sarmientos, Cristo presenta la necesidad y la ventaja de una unión vital con Él. ¿Y qué símbolo tan sencillo, y sin embargo

tan llamativo, podría haber utilizado para mostrar la necesidad de una entera dependencia de Él? Separado de la vid, el sarmiento está muerto y carece de valor. Unido a la vid, recibe el alimento de las raíces, y así puede dar fruto. Tal es la relación del creyente con Cristo. Por nuestra parte, debemos tener una fe implícita en Cristo como nuestro Salvador personal. El resultado de esta fe se ve en el fruto que damos. Cristo nos suministra constantemente la gracia y, a su vez, nosotros impartimos esta gracia a los demás, revelando así que recibimos nuestro alimento de la Vid verdadera. Dios reconoce esta unión, y nuestras peticiones son aceptadas por medio de Jesucristo. Uno con Él, como Él es uno con el Padre, somos aceptados en el Amado. Cristo no se avergüenza de llamarnos hermanos, y las inteligencias celestiales cooperan con nosotros en nuestros esfuerzos por servirle.

Por la naturaleza y la abundancia del fruto que produce, el sarmiento demuestra que forma parte de la vid, y por el fruto que damos, mostramos si estamos o no verdaderamente unidos a Cristo. El verdadero sarmiento da ricos racimos de fruto genuino, y si estamos verdaderamente unidos a Cristo, revelamos en nuestra vida los frutos del Espíritu Santo. "En esto es glorificado mi Padre", dijo Cristo, "en que llevéis mucho fruto".

El sarmiento que no se nutre de la vid no puede dar fruto. Al no tener una conexión real y vital con la vid, al no recibir la savia que fluye a través de la cepa madre, es infructuoso. Lo mismo ocurre con los que no están verdaderamente unidos a Cristo. Pueden afirmar que lo conocen, sus nombres pueden estar en la lista de la iglesia, pero a menos que sean ramas vivas de la Vid Verdadera, esto no tiene ningún valor. Hay una unión con la iglesia que no sirve de nada con Dios. Su profesión no los salvará, porque su falta de fe, su falta de fruto, prueba que son pámpanos falsos. Son oidores, y no hacedores, de la palabra de Dios, y su futuro se muestra en esta parábola. Su separación de Cristo implica una ruina tan completa como la representada por la rama muerta. "Si alguno no permanece en mí", dijo Cristo, "como pámpano es echado fuera, y se seca; y los hombres los recogen, y los echan en el fuego, y arden".

Aquellos que afirman conocer a Cristo y, sin embargo, se entregan a un espíritu celoso y buscador de faltas, sembrando semillas de disensión con palabras y acciones, revelan con demasiada certeza que no son sarmientos de la Vid Verdadera. "Por sus frutos los conoceréis". "¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así todo buen árbol da buen fruto; pero el árbol corrompido da frutos malos."

Como el labrador poda las ramas de los árboles frutales para que den más fruto, así el Señor poda a los que se esfuerzan por servirle. A menudo, al podar el crecimiento malsano de los intereses temporales y seculares que ponen en peligro el corazón y el carácter, causa dolor. Pero no obra con manos indolentes ni corazón indiferente. Es por amor a sus hijos que corta el crecimiento que amenaza con destruir la salud y la vida del alma.

El Señor permite que nos sobrevengan pruebas para que nos limpiemos de la terrenalidad, del egoísmo, de los rasgos agudos y anticristianos del carácter; para que seamos llevados a mirarle a Él como fuente de toda fortaleza. Él permite que las olas profundas de la aflicción pasen sobre nuestras almas para que podamos tener profundos anhelos de ser limpiados de toda contaminación, y salir de la prueba más puros y santos, con un conocimiento más profundo de Él.

"Para que muramos al yo, se nos llama a soportar la prueba, y cuando la mano castigadora del Señor se posa sobre nosotros, no debemos inquietarnos ni quejarnos, ni rebelarnos, ni preocuparnos por escapar de la mano de Cristo. Debemos humillarnos ante Dios, suplicándole que nos dé descanso y paz. Entramos en el horno de la aflicción con nuestros corazones oscurecidos por el egoísmo; pero si somos pacientes bajo la prueba crucial, saldremos reflejando la imagen divina, como oro probado en el fuego. "Ningún castigo al presente parece ser gozoso, sino penoso; sin embargo, después da fruto apacible de justicia a los que en él se ejercitan".

Cristo abandonó su hogar celestial y vino a este mundo para mostrar que sólo estando conectado con la divinidad puede el hombre guardar la ley de Dios. En sí misma, la humanidad está manchada y corrompida; pero Cristo trajo al hombre el poder moral, y los que viven en comunión con él vencen como él venció. No hemos quedado huérfanos en este mundo; Cristo ha unido al hombre caído con el Dios infinito. Ha abierto un camino para que nuestras oraciones asciendan a Dios, y la fragancia de su justicia asciende con la oración de todo pecador arrepentido.

Ante los hombres y ante los ángeles, por una vida de perfecta obediencia, Cristo representó el carácter de Dios. Hoy nos llama a unirnos a él, para que participemos de su naturaleza divina, y escapemos a la corrupción que hay en el mundo por la concupiscencia. "Yo, si fuere levantado de esta tierra", dijo, "atraeré a todos hacia mí". Sus bondadosas invitaciones de misericordia se dirigen a toda la humanidad. Él está invitando a todos a entrar en estrecha

conexión con él; y aquellos que respondan encontrarán la vida y la salvación. A medida que nos conectamos con él, el temor incrédulo es barrido ante la fe viva, y la confianza humilde y agradecida se convierte en un principio permanente en el alma.

El resultado de una unión vital con Cristo debería hacer que todos estuviéramos dispuestos a dejarlo todo con tal de estar unidos a él. Así como el alimento de la vida es llevado a cada verdadero sarmiento, así la justicia de Cristo es impartida a todo aquel que se une a él. "Él, que no conoció pecado, fue hecho pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él". Como nuestro sustituto y fiador, nuestros pecados son cargados a su cuenta. Su gracia nos es dada en gran medida, y este poder vitalizador nos convierte en canales de bendición para el mundo. "Si permanecéis en mí", dijo, "y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y os será hecho". "El que cree en mí, las obras que yo hago, él también las hará; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre. Y todo lo que pidieréis en mi nombre, eso haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo."

El Señor está cerca. Los ángeles celestiales esperan para cooperar con los hijos de Dios en hacer resonar el mensaje: "Todavía un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará". Los ángeles no pueden ocupar nuestro lugar, pero están dispuestos a cooperar con nosotros para atraer las almas a Cristo; y nos solicitan que trabajemos en comunión con ellos. Estos ángeles inspeccionan el terreno ocupado por los que dicen seguir a Cristo. Ven la ventaja que obtiene el enemigo cuando los hombres y las mujeres rehúsan unirse a Cristo y descuidan la obra que Dios les ha asignado, y se entristecen por las almas que se pierden como consecuencia de este descuido.

Los que de verdad se esfuerzan por honrar a Dios serán obreros junto con él. Verdaderamente unidos a Cristo, llevan voluntariamente su yugo y soportan sus cargas. Se dan cuenta de que no son suyos, sino que Cristo los ha comprado a un precio infinito; y sus propias perspectivas ambiciosas se pierden de vista en su deseo de trabajar para Dios. A todos los tales puede decir Dios: Hijo, sube más alto. Te he probado, y sé que puedo confiar en ti para que entres en los atrios del cielo y no te rebeles. Pero aquellos en cuyos corazones se abriga el egoísmo, que no tienen conexión con Cristo, nunca podrán entrar en el reino de los cielos.

Poco antes de su crucifixión, Cristo oró por sus discípulos: "No ruego sólo por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para

que todos sean uno; como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me has enviado." Ojalá estas palabras estuvieran escritas con el dedo de Dios en cada alma. Cuando los hijos de Dios le entregan todo, cuando están dispuestos a ser podados de todo egoísmo y mundanalidad y a unirse a la Vid Verdadera, cuando predomina un solo interés -ser uno con Cristo como Él es uno con el Padre-, entonces sí que pueden dar testimonio de la verdad. Verdaderos pámpanos de la Vid viva, darán "mucho fruto" para él, "llenos de los frutos de justicia que son por Jesucristo para honra y alabanza de Dios."

17 de diciembre de 1896

En el mundo, pero no del mundo

EGW

Cristo oró por sus discípulos: "No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal". Les he dado tu palabra; y el mundo los ha odiado, porque no son del mundo".

Aunque los cristianos deben estar en el mundo, no deben ser del mundo. Para ser un poder salvador, deben separarse de toda mundanalidad. Así como el aceite no se mezcla con el agua, tampoco deben mezclarse con lo que Dios condena. Deben mantenerse "sin mancha del mundo", porque no pueden tocar lo que es inmundo y permanecer impolutos. La verdad tal como es en Jesús debe santificar sus almas. Sus principios profundos y vivos deben presidir el pensamiento, la palabra y la acción.

Por todas partes hay algo que tentaría al cristiano a abandonar el camino angosto; pero los que quieren perfeccionar un carácter apto para la eternidad deben tomar la voluntad de Dios como norma, separándose enteramente de todo lo que le desagrada. Miles de personas son traicionadas al pecado porque dejan desguarnecida la ciudadela del corazón. Se enfrascan en las preocupaciones de este mundo, y la verdadera piedad se aleja de sus corazones. Se precipitan ansiosamente en la especulación, buscando acumular más tesoros de este mundo. Así se colocan donde les es imposible avanzar en la vida cristiana. "Sed, pues, sobrios, y velad en oración". Y mientras oráis, esforzaos seriamente por guardar vuestro corazón de toda contaminación; porque la oración sin esfuerzo es una solemne burla.

"No améis al mundo ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él". Cada momento de nuestro tiempo pertenece a Dios, y no tenemos derecho a cargarnos tanto de preocupaciones que no quede espacio en nuestro corazón para su amor. Al mismo tiempo, hemos de obedecer el mandato: "No seáis perezosos en los negocios". Hemos de trabajar, para tener que dar al que necesita. Dios no desea que dejemos que nuestros poderes se oxiden por la inacción. Los cristianos deben trabajar; deben dedicarse a los negocios; y pueden llegar hasta cierto punto en esta línea, y no cometer ningún pecado contra Dios.

Pero con demasiada frecuencia los cristianos permiten que las preocupaciones de la vida les quiten el tiempo que pertenece a Dios. Dedicán sus preciosos momentos a los negocios o a la diversión. Emplean todas sus energías en adquirir tesoros terrenales. Al hacerlo, se colocan en terreno prohibido. Muchos cristianos profesantes son muy cuidadosos de que todas sus transacciones comerciales lleven el sello de la estricta honestidad, pero la deshonestidad marca sus relaciones con Dios. Absortos en los negocios mundanos, dejan de cumplir los deberes que tienen para con los que los rodean. Sus hijos no son educados en la crianza y amonestación del Señor. Se descuida el altar familiar; se olvida la devoción privada. Los intereses eternos, en lugar de ser puestos en primer lugar, son puestos en segundo lugar. Dios es robado porque sus mejores pensamientos son dados al mundo, porque su tiempo es gastado en cosas de menor importancia. Así se arruinan, no por su falta de honradez en el trato con sus semejantes, sino porque han defraudado a Dios de lo que le pertenece por derecho.

La máxima: "La religión debe ceder el paso a los negocios, es un ardid de Satanás para extraviar a los hombres". El que sigue esta regla puede pensar que es el alma del honor, pero su vida es un largo acto de complicado robo contra Dios. Y cuando esta vida termine, ¿de qué le servirá el tesoro que tanto ha perdido para ganar?

La locura de darlo todo al mundo se ilustra en la parábola del rico insensato. Había sido prosperado grandemente por el Señor, pero en vez de dar a Dios lo que le correspondía, "pensó dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo dónde repartir mis frutos? Y dijo: Haré esto: derribaré mis graneros y edificaré otros mayores, y allí repartiré todos mis frutos y mis bienes. Y diré a mi alma: Alma, tienes muchos bienes acumulados para muchos años; descansa, come, bebe y alégrate." ¿No es de extrañar que el Señor le dijera: "Necio, esta noche

tu alma te será requerida. Entonces, ¿de quién serán esas cosas que has provisto"?

Como el hombre rico, muchos hoy viven totalmente para el mundo. El engaño del enemigo está sobre ellos, y sus sentidos están pervertidos. Bajo este hechizo sacrifican las riquezas eternas por tesoros mundanos, que ya no serán suyos cuando termine la historia de su vida; y a los ojos de Dios son necios.

Mediante el amor al mundo Satanás adormece los sentidos de los hombres. ¿Vas a permitir que te extravíe? Es infinitamente mejor para vosotros luchar ahora con la pobreza, soportar privaciones y abandono, ver destrozadas vuestras acariciadas esperanzas, y saber que tenéis un título para las mansiones celestiales, que poseer muchos tesoros mundanos, y en el último gran día oír la sentencia irrevocable: "No os conozco". "Apartaos de mí todos los obradores de iniquidad".

Pero aunque los cristianos han de distinguirse del mundo, no han de recluirse, levantando un muro entre ellos y sus semejantes, a causa de las tentaciones que temen que les asalten. Tienen una obra que hacer por los que les rodean. Se han hecho grandes sacrificios por su redención, y Cristo les dice: "De gracia recibisteis, dad de gracia". Las tentaciones los asaltarán, su trabajo se hará duro; porque sus enemigos serán incansables en sus esfuerzos por desanimarlos. Pero Cristo es su Líder, el Capitán de su salvación. Si están revestidos de toda la armadura de Dios, si luchan como a la vista del universo celestial, vencerán en su nombre.

Cuando las pruebas llegan a los que se han separado del mundo, ¿no les basta saber que Cristo soportó las mismas aflicciones? Él era la Majestad del cielo, el Hijo bien amado de Dios. Pero cuando vino a esta tierra para liberar a los hombres de la esclavitud del pecado, no vieron en él belleza alguna para desearlo. No comprendían su unión con el Padre; no tenían noción de su carácter divino. "En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho, y el mundo no le conoció". El Redentor del mundo fue "despreciado y desechado por los hombres". Aquellos a quienes vino a salvar lo estimaban "azotado, herido de Dios y afligido".

Lo mismo sucede con los seguidores de Cristo. Son hijos e hijas de Dios, coherederos con Cristo. Los reinos del mundo les pertenecen. Pero los hombres mundanos se rigen por principios mundanos; no pueden entender otros. Ven a un pueblo poco numeroso, débil e impopular, que lucha contra el mal. En sus filas se ven muy pocos ricos o sabios. Los ven llevando la cruz de la

humillación, conociendo el dolor y la tristeza. Los ven afligidos ante Dios, castigados y humillados por sus pecados. Todo esto ve el mundo, y piensa que no hay nada deseable en la suerte de un cristiano.

Pero aunque el pueblo de Dios sea extraño entre los hombres, considerado débil, insensato e indigno de atención, aunque el mundo no logre discernir la relación que existe entre él y Dios, sin embargo es más precioso a sus ojos que el oro de Ofir. "Aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es".

"No os maravilléis, hermanos míos, si el mundo os aborrece". Los seguidores de Cristo no deben sorprenderse si no son reconocidos por el mundo. Como el mundo no discernió a Cristo, como se negó a reconocer su divinidad y filiación, así menospreciará y descuidará a sus seguidores. "El mundo no nos conoce", escribe Juan, "porque no le conoció". Pero esto no debe ser motivo de desaliento y prueba. "¿No sabéis -pregunta Santiago- que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, es enemigo de Dios".

Estamos viviendo en el gran día de la intercesión, el día de la expiación, y a cada uno viene la palabra de advertencia: "Guárdate sin mancha del mundo". No puedes unirte con seguridad al mundo. "Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus concupiscencias; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre." Mejor que toda la amistad del mundo es la amistad de Jesucristo. Mejor que un título al palacio más noble de la tierra es un título a las mansiones que Cristo ha ido a preparar. Y mejores que todas las palabras de alabanza terrenas, serán las palabras de Jesús a sus siervos fieles: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo".

24 de diciembre de 1896

La prueba de la vida cristiana

EGW

La Biblia es una guía infalible para el hombre en todas las fases de la vida. En ella se exponen claramente las condiciones de la vida eterna. La distinción entre el bien y el mal está claramente definida, y el pecado se muestra en su carácter más repugnante, vestido con las ropas de la muerte. Si esta guía es estudiada y

obedecida, es para nosotros como la columna de nube que guió a los hijos de Israel a través del desierto; pero si es ignorada y desobedecida, testificará contra nosotros en el día del juicio. Dios juzgará a todos por su palabra; según hayan cumplido o desobedecido sus prescripciones, permanecerán o caerán.

La Biblia exige que se observen principios rectos en todas las transacciones comerciales. En los términos más enérgicos condena los tratos falsos y exige pureza de pensamiento, palabra y acción. "Así ha hablado Jehová de los ejércitos, diciendo: Juzgad con verdad, y haced misericordia y piedad cada uno con su prójimo. Y no oprimáis a la viuda, ni al huérfano, ni al extranjero, ni al pobre; y ninguno de vosotros piense mal contra su hermano en su corazón." "¿Qué pide el Señor de ti, sino que hagas justicia, ames la misericordia y camines humildemente con tu Dios?".

"Todo lo que queráis que los hombres hagan con vosotros -dijo Cristo-, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas". Estas palabras son de la mayor importancia, y deberían ser nuestra regla de vida. Pero, ¿cumplimos este principio divino? Cuando entramos en contacto con nuestros semejantes, ¿los tratamos como quisiéramos que nos trataran a nosotros en circunstancias similares?

Dios prueba a los hombres por su vida diaria. Pero muchos que hacen altas profesiones de servicio a él, no pueden soportar esta prueba. En su afán de lucro usan pesas falsas y balanzas engañosas. No hacen de la Biblia su regla de vida, y por lo tanto no ven la necesidad de una estricta integridad y fidelidad. Ansiosos por amasar riquezas, permiten que la deshonestidad intrigante entre en su trabajo. El mundo observa su conducta, y no tarda en medir su valor cristiano por sus negocios. Dios también ve su deshonestidad, y pregunta: "¿Los contaré puros con las balanzas perversas, y con la bolsa de las pesas engañosas?". "Oíd esto, oh vosotros que tragáis al menesteroso, y hacéis fracasar al pobre de la tierra, diciendo: ¿Cuándo pasará la luna nueva, para que vendamos grano? y el sábado, para que pongamos a la venta, trigo, haciendo pequeño el efa, y grande el siclo, y falsificando las balanzas con engaño? para que compremos al pobre por plata, y al menesteroso por un par de zapatos; sí, y vendamos el desecho del trigo?". El Señor ha jurado por la excelencia de Jacob: Nunca olvidaré ninguna de sus obras." "Una balanza falsa es una abominación para el Señor, pero un peso justo es su delicia".

Los hijos de Dios deben recordar que por su conducta en los negocios están decidiendo si tienen o no derecho a ser llamados sus hijos e hijas. Determinamos

el carácter de un árbol por sus frutos, y Cristo dijo de los hombres: "Por sus frutos los conoceréis". "¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los cardos? Así todo buen árbol da buenos frutos; pero el árbol corrompido da frutos malos". Si permitimos que la infidelidad caracterice nuestro trabajo, estamos dando abrojos y espinos. Mientras sigamos así, no podremos servir verdaderamente al Señor, y nunca podremos esperar entrar en su reino.

No es la grandeza de la ofensa lo que la hace mala a los ojos de Dios. Él ha establecido principios de justicia que no puede cambiar sin cambiar toda su naturaleza; y la menor desviación de la verdad y la rectitud se considera como una transgresión de la ley de Dios. El hombre que se extralimita con su prójimo en asuntos pequeños, bajo una tentación más fuerte, se extralimitará en asuntos mayores. Por la continua indulgencia en pecados menores, los hombres se acostumbran a hacer el mal. A sus ojos, el pecado pierde su excesiva pecaminosidad; pero los santos ángeles, cuyo trabajo es vigilar el desarrollo del carácter y sopesar el valor moral, registran cada transgresión en los libros del cielo. En el día del juicio muchos serán excluidos de la ciudad de Dios por pecados que suponían indignos de atención.

Cuando se trata de una ganancia pecuniaria, un acto de deshonestidad no se considera tan pecaminoso. Pero los que se aseguran una propiedad mediante una falsa representación se condenan a sí mismos. Y la Biblia siempre cuenta la misma historia. Para ella, el pecado es siempre pecado, ya sea cometido por el poseedor de millones o por el mendigo de la calle. Más vale una vida de la más profunda pobreza coronada con las bendiciones de Dios, que todo el tesoro del mundo sin él. Podemos ser muy ricos; pero a menos que tengamos la conciencia de que Dios nos honra, somos realmente pobres.

Los hombres pueden pretender ser verdaderos siervos de Dios, pero si se desvían del camino de la rectitud, la deformidad y la impureza siguen existiendo en su carácter. Pueden tratar de aparentar lo que no son; pueden hablar de la misericordia y el amor de Jesús; pero sus palabras son como "metal que resuena o címbalo que retiñe". Pueden estar cegados ante el engaño en sus corazones, y pueden creerse justos; pero a los ojos de un Dios santo están en los lazos de la iniquidad.

Cristo definió al hombre honesto como aquel que manifestaba una integridad inquebrantable en todas sus transacciones comerciales, tanto si su proceder le reportaba pérdidas como ganancias. Y el hombre que está realmente relacionado con Dios, que guarda su ley en verdad, también mantiene su vida pura. Sus

planes están en armonía con las lecciones de Cristo; sus palabras y acciones son aprobadas por un Dios justo; pues todos sus tratos con sus semejantes muestran rectitud. Sus principios se basan en el fundamento seguro, y su conducta en los asuntos mundanos es un trasunto de los principios que lo gobiernan. Su integridad inquebrantable brilla como una luz en las tinieblas morales del mundo.

El que quiera ser un siervo fiel de Cristo, debe escuchar la instrucción del más grande Maestro que el mundo haya conocido. Sus ideas y principios deben mantenerse puros por el poder de Dios. Cada día debe aprender a ser más digno de la confianza que se le ha confiado. Su mente debe ser vivificada por el poder divino; su carácter no debe estar contaminado por la mundanalidad. A veces debe apartarse de la vida activa para estar en comunión con Dios, para oír su voz que dice: "Estad quietos y conoced que yo soy Dios". La verdad tal como es en Jesús debe ser llevada a su lugar de trabajo; sus máximas escudriñadoras deben probar los propósitos de su alma; sus principios deben ser aplicados a cada transacción. El cristiano así santificado para Dios puede llevar a Jesús consigo dondequiera que vaya. No hay engaño en su boca, porque sus afectos están puestos en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Él es en verdad una luz en el mundo, una epístola viviente, "conocida y leída de todos los hombres".

Sé siempre fiel a los principios rectos. No te desconectes de ellos ni por un momento; si están incorporados en todo lo que haces, serán vida para tu alma, permaneciendo contigo en todas tus dificultades, atestiguando todas tus transacciones comerciales, guiándote en todas las relaciones de la vida, controlando en lugares donde ningún ojo excepto el de Dios ve, ningún oído excepto el de Dios oye. Si mantienes firme tu integridad en todas las circunstancias, puedes saber que la firma de Dios está en tu obra.

Entonces, aunque oigáis hablar de guerras y pestes, de hurtos, robos y quiebras, podréis descansar en la seguridad de que poseéis verdaderas riquezas; porque vuestro tesoro está guardado en el cielo, "donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan."

7 de enero de 1897

La fe que obra por el amor

EGW

"Y he aquí que se levantó un abogado y le tentó, diciendo: Maestro, ¿qué haré para heredar la vida eterna?". Jesús le respondió "¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees? Respondiendo él, dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo." Cristo le dijo: "Has respondido bien; haz esto y vivirás". He aquí una pregunta claramente contestada. La condición de la vida eterna está explícitamente definida. Es amar a Dios supremamente, y a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Este es el principio que subyace en la ley de Dios, que es santa, justa y buena.

Pero el abogado, queriendo justificarse, dijo a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo? Respondiendo Jesús, dijo: Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones, los cuales le despojaron de sus vestidos, le hirieron y se fueron, dejándole medio muerto. Por casualidad bajó por allí un sacerdote, y viéndole, pasó de largo. Y asimismo un levita, que estaba en aquel lugar, vino y le miró, y se pasó de largo. Pero un samaritano que iba de camino, llegó adonde él estaba; y cuando lo vio, tuvo compasión de él, y fue a él, y vendó sus heridas, echándoles aceite y vino, y lo puso sobre su cabalgadura, y lo llevó a una posada, y cuidó de él. Y al día siguiente, cuando partió, sacó dos peniques, y se los dio al huésped, y le dijo: Cuida de él; y todo lo que gastes de más, cuando yo vuelva, te lo pagaré. ¿Cuál de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó entre los ladrones? Y él respondió: El que tuvo misericordia de él. Entonces Jesús le dijo: Ve, y haz tú lo mismo".

La ley de Dios exige que se ejerza la justicia y el derecho entre el hombre y sus semejantes; exige que no perjudiquemos a nuestro prójimo en su propiedad, sus sentimientos, su salud o su buen nombre. Requiere compasión por el afligido, aunque sea nuestro enemigo, que en todas nuestras asociaciones con nuestros semejantes mostremos el mismo amor y cuidado que desearíamos que se ejerciera hacia nosotros mismos. ¿Quién puede comparecer ante esta gran norma moral y declararse inocente?

Podríamos preguntarnos: ¿Cómo podrían el sacerdote y el levita satisfacer sus conciencias, y considerarse a sí mismos ascendidos al cielo, mientras dejan en el sufrimiento y la angustia a un semejante a quien podrían administrar? Pero estos

hombres representan a una gran clase de personas que pretenden ser hijos de Dios. Cada uno tiene una excusa endeble para no cumplir con su deber hacia los que sufren a su alrededor. Pero los cristianos no pueden armonizar esta negligencia con el requisito de Dios: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo".

Puede que no veas nada que amar en el proceder de tu prójimo; pero esto no te lo exige el Señor; es a tu prójimo mismo, el alma que Dios ha comprado a un precio infinito, a quien quiere que ames. Puedes decir, yo nunca puedo hacer esto; pero si no lo haces, no eres partícipe de la naturaleza divina; nunca podrás contemplar la pureza del cielo, nunca caminarás por las calles doradas. Sin santidad, nadie verá al Señor; y sólo obedeciendo los dictados de la voluntad de Dios, podrás manifestar que has alcanzado esta perfección.

Hay muchos que se felicitan de tener un sentimiento bondadoso hacia los hombres en general. A veces dan dinero a los pobres y contribuyen a los fondos públicos; y cuando han hecho esto, consideran que han cumplido con su deber. ¿En qué, argumentan, puedo ser deficiente? Cumplen una parte de su deber, pero no todo. El yo es supremo. Su prójimo no es amado en la forma en que Cristo quiere que sus hijos se consideren mutuamente como miembros de la familia de Dios.

Cuando la simpatía humana se mezcla con el amor y la benevolencia, y es santificada por el Espíritu de Jesús, es un elemento que puede producir un gran bien. Cada rayo de luz derramado sobre los demás se reflejará en nuestros propios corazones. Toda palabra amable y compasiva dirigida al afligido, todo acto para aliviar al oprimido, y todo donativo para suplir las necesidades de nuestros semejantes, dado o hecho con miras a la gloria de Dios, resultará en bendiciones para el dador. Los que obran así están obedeciendo la ley del cielo, y recibirán la aprobación de Dios.

Los principios que deben regir nuestras acciones están claramente señalados en la palabra divina. El arrepentimiento para con Dios y la fe en nuestro Señor Jesucristo son las condiciones de la salvación. En los días de Santiago surgieron hombres que hacían lo mismo que muchos hacen en nuestros días: predicar que la fe en Cristo libera a los hombres de la obediencia a la ley de Dios. Santiago declara que "la fe, si no tiene obras, es muerta, estando sola. Sí, un hombre puede decir: Tú tienes fe, y yo tengo obras; muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras. Tú crees que hay un solo Dios; haces bien; también los demonios creen y tiemblan. Pero ¿sabes tú, hombre vano, que la fe sin obras está muerta?". Presenta ante ellos el caso de Abraham, que fue

justificado por la fe viva, sus obras probando, o correspondiendo, a su fe. "¿Ves cómo la fe obró con sus obras, y por las obras fue perfeccionada la fe? Y se cumplió la Escritura que dice: Abraham creyó a Dios, y le fue imputado por justicia; y fue llamado amigo de Dios". Es por el ejercicio constante de la fe y el amor que los creyentes son hechos brillar como luces en el mundo.

Si has estado violando la ley de Dios, ¿no quieres, amigo mío, detenerte y considerar? No es imposible para ti, que has sido engañado toda tu vida, mirar más de cerca la ley de Dios, y aprender una lección allí. "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". ¿Ha entrado este amor en tu experiencia, o has tratado de evitar este claro mandato? Mírate en el gran espejo, la ley de Dios. ¿No te dice que no has amado a tu prójimo como a ti mismo? Puedes tratar de protegerte de su santa luz; puedes negarte a mirarte en el espejo y discernir tus deformidades de carácter. Puedes adoptar una norma corriente con el mundo; pero sus costumbres y prácticas no son la norma de Dios. Los que aman verdaderamente a su prójimo como a sí mismos son los que se dan cuenta de sus responsabilidades y de las demandas que la humanidad sufriente tiene sobre ellos, y llevan a cabo los principios de la ley de Dios en la vida diaria.

Que nadie engañe a su propia alma. Las palabras de Cristo muestran claramente que si no seguimos sus mandatos, nos perderemos. Pero aunque la ley pueda convencernos como transgresores, no puede salvarnos de su pena. "Por la ley es el conocimiento del pecado". "Si alguno pecare, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo". Mirádonos en este espejo, podemos descubrir las manchas de nuestro carácter; pero para que queden limpias, debemos lavarnos en la fuente preparada por el Redentor del mundo. La ley no debe ser abolida; esto no eliminaría nuestros defectos. Cristo no vino a salvar a los hombres en sus pecados, sino de sus pecados. Cuando nos sentimos condenados por la ley, y acudimos con corazón humilde y penitente a Dios en busca de perdón, Jesús, nuestro Abogado, toma nuestros pecados y nos imputa su justicia. Podemos mirar a un Salvador crucificado y resucitado, y reclamar sus méritos. Él, el Gran Médico, curará las heridas que el pecado ha hecho; porque su sangre fue derramada para sanar al pecador. Así se nos hace santificación, justicia y redención.

Sra. E. G. White

14 de enero de 1897

Nuestra suficiencia divina

EGW

"Aconteció que, estando él orando en cierto lugar, cuando cesó, uno de sus discípulos le dijo: Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos. Y él les dijo: Cuando oréis, decid: "Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga a nosotros tu reino. Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día. Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal: Porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén".

A petición de los discípulos para que se les instruyera en la oración, el Señor les dio la oración que aquí se registra, cada palabra de la cual posee un profundo significado.

El Salvador sabía que sus discípulos eran torpes de entendimiento, y al tratar de inculcarles la voluntad de su Padre celestial de escuchar y responder a la oración, simplificó su enseñanza con ilustraciones. "¿Quién de vosotros", dijo, "tiene un amigo, y va a él a medianoche, y le dice: Amigo, préstame tres panes; porque ha venido a mí un amigo mío de viaje, y no tengo qué ponerle delante? Y él, desde dentro, responderá y dirá: No me molestes; la puerta está ya cerrada, y mis hijos están conmigo en la cama; no puedo levantarme y dártelos. Os digo que aunque no se levante y le dé, porque es su amigo, por su importunidad se levantará y le dará cuantos necesite."

Aquí, a la intempestiva hora de medianoche, se representa a un viajero que llega con retraso a casa de su amigo, que no tiene nada con lo que satisfacer sus necesidades. Pero el anfitrión no se sienta ni hace ningún esfuerzo por satisfacer las necesidades de su huésped. Se dirige a un vecino y le dice: "Amigo, préstame tres panes, porque ha venido a verme un amigo de viaje y no tengo nada que ofrecerle". El vecino le responde: "No me molestes; la puerta está cerrada, y mis hijos están conmigo en la cama; no puedo levantarme a dártelos". Pero aunque no le concede su petición por ser su amigo, a causa de su importunidad, se levanta y le da cuantas necesita.

Esta ilustración debe ser considerada muy cuidadosamente. El viajero necesita alimento, y su amigo le presta toda la ayuda que está a su alcance. Aunque su

vecino no quiere ser molestado, no desiste de suplicar; su amigo debe ser aliviado; y al fin su ferviente importunidad es recompensada; sus necesidades son suplidas.

Pero ninguna de las excusas esgrimidas por el vecino renuente será ofrecida por nuestro Padre celestial. Él dice: "Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.

"Si un hijo pidiera pan a alguno de vosotros que es padre, ¿le dará una piedra? o si le pidiera un pez, ¿le dará por pez una serpiente? o si le pidiera un huevo, ¿le ofrecerá un escorpión? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?"

Con el estímulo que nos da esta promesa, ¿por qué habríamos de ser reacios a dar a conocer nuestras peticiones a Dios? Cristo compara el amor de un padre, que está tan dispuesto a aliviar las necesidades de sus hijos, con el de nuestro Padre celestial. Quiere hacer comprender a sus discípulos su verdadera relación con Dios. Son sus hijos, suyos por creación y por redención. Dios es su Padre en un sentido que implica una relación más estrecha que la de un niño con sus padres terrenales. Él "amó tanto al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna". Si los padres terrenales saben dar buenos dones a sus hijos, ¿cuánto más nuestro Padre celestial "dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan"?

En sus lecciones Cristo presentó la relación que los agentes humanos deben sostener con Dios y entre sí. No deja un alma en tinieblas respecto a la Fuente de nuestra fuerza. Nos señala la oración como refugio en todas las perplejidades y decepciones. Dice: "Todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá". El alma necesitada puede ser provista de gracia si pide con fe sencilla, confiada e infantil en Dios como su Padre, a través de Jesús como su Salvador. Cristo comprende las necesidades de la humanidad. No será indiferente al alma que desea su amor y su presencia. Él está esperando para ser misericordioso, para impartir los rayos brillantes de su justicia. Para eso vino a nuestro mundo. Dice: "No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento". Pero es sólo por nuestro propio consentimiento que Jesús puede liberarnos de nuestra esclavitud a Satanás. Su promesa es: "Al que a mí viene, en ninguna manera lo echo fuera". Entonces no deshonremos a Dios negándonos a venir a él.

Cristo anunció su misión al mundo cuando, en la sinagoga de Nazaret, leyó la profecía de Isaías: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungió para anunciar el Evangelio a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón, a predicar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos, a predicar el año de gracia del Señor". Qué obra tenía ante sí: predicar el año agradable del Señor. Este período abarca edad tras edad, se extiende de siglo en siglo, mientras dure el tiempo de prueba. Dios está esperando oír la petición y la llamada; vigilando para ver a la humanidad acercarse a él, que es el único que puede ayudarnos. Él anhela perdonar sus pecados, recibirlos como suyos. Recibirá a todas las almas contritas que acudan a Él, pues para esta obra ungió Dios a su Hijo unigénito.

Pero, ¿por qué Cristo no terminó la declaración registrada en Isaías? ¿Por qué omitió la cláusula "y el día de venganza de nuestro Dios"? La última parte de esta frase era tan cierta como la primera; y Cristo no negó la verdad con su silencio, reteniendo una parte de sus propias palabras dadas a su profeta elegido. Pero esta última cláusula era en la que sus oyentes se deleitaban en detenerse, y la que estaban inclinados a practicar, pronunciando juicio sobre todos los que no eran de su fe religiosa. En vez de dar al pueblo palabras de verdad, justicia y perdón, le habían enseñado que Dios odiaba a todo el mundo pagano. El carácter paternal de Dios había sido tergiversado y sepultado bajo las tradiciones humanas.

Pero había llegado el momento del cumplimiento de la profecía: "El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz; los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos." Isaías 9:2. La obra de Cristo consistió en presentar al mundo la puerta abierta de la misericordia, por la que todos pudieran tener una entrada abundante mediante la fe y el arrepentimiento. Tenía en su mano todos los tesoros de la sabiduría. La verdad eterna caía de sus labios como joyas preciosas, y su significado se reflejaba en las mentes y los corazones de los que recibían sus palabras. Había venido a desarraigar la tradición y la superstición, y a sembrar la tierra con la verdad; en lugar de los mandamientos de los hombres, a darles los mandamientos de Dios. La insuficiencia de la obediencia formal y ceremonial para salvar el alma, la hizo aparecer en su verdadera luz cuando se contrasta con las obligaciones eternas que descansan sobre la familia humana.

Cristo alienta las peticiones sinceras que se le hacen con fe sencilla y confiada. Todos los que le buscan encontrarán; a todos los que llaman se les abrirá la puerta. No se pondrá la excusa: No me molestes; la puerta está cerrada; no

quiero abrirla. La de Dios es una amistad divina, una casa del tesoro donde se almacenan abundantes provisiones de riquezas espirituales para todo aquel que tiene sentido de su necesidad y pide con fe.

El Señor desea que aprovechemos los ricos suministros que aguardan nuestra demanda, para que podamos aliviar las necesidades de los que tienen hambre y sed del pan y el agua de la vida, indicándoles la fuente de la justicia y la salvación. Pero a menos que dependamos de la gracia y la sabiduría que sólo vienen de Dios, no podemos suministrar la ayuda de la que la humanidad que nos rodea está tan necesitada. No podemos trabajar con éxito por las almas que perecen a menos que frecuente y urgentemente hagamos conocer nuestras peticiones a Dios, nuestro Amigo en cada emergencia.

En la obra que Cristo ha dejado a sus seguidores, podemos contar con la ayuda divina. Su promesa es: "Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra". Y esta promesa es "para vosotros, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos, para cuantos el Señor nuestro Dios llamare." Cuando surgen perplejidades, el primer pensamiento debe dirigirse a Dios en oración. Esta fue la práctica de Cristo, y él es nuestra eficacia. No necesitamos fracasar ni desanimarnos. Al mirar a Aquel a quien traspasaron nuestros pecados, vemos a Aquel a quien el Padre ha dado para que sea la propiciación por nuestros pecados; y no sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo.

Sra. E. G. White

21 de enero de 1897

"Su servicio razonable"

EGW

"Os ruego, pues, hermanos, por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. Y no os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta." No somos nuestros. Por creación y por redención pertenecemos a Dios. El barro del que somos formados es su producción; y "¿no tiene potestad el alfarero sobre el barro?". No sólo esto, sino que hemos sido comprados por un precio, incluso "con la preciosa sangre de

Cristo". El gran Maestro Artista es el único dueño legítimo de la obra de sus manos; y tiene derecho a nuestro servicio voluntario; "porque en él vivimos, nos movemos y existimos".

"Del Señor es la tierra y su plenitud; el mundo y los que lo habitan". Suyo es el ganado sobre mil colinas; suyo es todo el oro y la plata. Ha hecho a los hombres administradores de sus bienes. A algunos les ha confiado un talento especial; a otros, posesiones mundanas. Todos tienen alguna capacidad de utilidad. Estos talentos son dados para que puedan ser usados para honrar y glorificar a Dios. Él reclama nuestro tiempo, porque es suyo. Nuestra fuerza debe emplearse en su servicio; nuestro intelecto y nuestros medios deben entregársele de buen grado.

Dios no ha dado a los hombres talentos caprichosamente. Él, que todo lo sabe, que conoce a cada uno, ha dado a cada uno su obra. Aquellos a quienes ha confiado mucho no deben vanagloriarse, porque lo que poseen no es suyo; se les presta a prueba; y cuanto mayor es la dotación, mayores son los rendimientos exigidos. Día tras día Dios pone a prueba a los hombres, para ver si le reconocen como el dador de todo lo que tienen. Vela para ver si se hacen merecedores de las riquezas eternas. El uso que hagan de sus preciosas dotes, decide su destino para la eternidad.

De todos los dones que Dios ha concedido a los hombres, ninguno puede ser una bendición mayor que el don de la palabra. Con la lengua convencemos y persuadimos; con ella ofrecemos oraciones y alabanzas a Dios; y con ella hablamos a los demás del amor del Redentor. Dios quiere que consagremos este don a su servicio, pronunciando sólo las palabras que ayuden a los que nos rodean. Y si Cristo reina en nuestros corazones, nuestras palabras revelarán la pureza, la belleza y la fragancia de un carácter moldeado y formado por Él. Pero si estamos bajo la guía del enemigo de todo bien, nuestras palabras se harán eco de sus sentimientos. Cuida bien tus palabras. Consagra tu don de la palabra al servicio del Señor, porque un día él lo exigirá de tus manos.

Cada uno de nosotros ejerce una influencia sobre aquellos con los que entra en contacto. Esta influencia nos viene de Dios, y somos responsables de la forma en que la usamos. Dios quiere que esté del lado del bien; pero a cada uno de nosotros corresponde decidir si nuestra influencia será pura y elevadora, o si actuará como una malaria venenosa. Los que participan de la naturaleza divina ejercen una influencia semejante a la de Cristo. Los santos ángeles los acompañan en su camino, y todos aquellos con quienes entran en contacto son

ayudados y bendecidos. Pero aquellos que no reciben a Cristo como su Salvador personal no pueden influir en otros para bien. Cualquiera que sea su posición en la vida, llevan consigo una influencia que Satanás utiliza a su servicio. Los tales pierden toda esperanza de la vida eterna, y con su ejemplo descarrían a otros. Guarda bien tu influencia; es "tu servicio razonable" ponerla del lado del Señor.

Dios también confía a los hombres medios, no para que los utilicen egoístamente. Él desea que sus dones se utilicen para ayudar a los que necesitan ayuda. Él da a los hombres poder para obtener riquezas. Riega la tierra con el rocío del cielo y con lluvias refrescantes. Él da la luz del sol, que calienta la tierra, despertando a la vida las cosas de la naturaleza, y haciéndolas florecer y dar fruto. ¿Es demasiado para él pedir una retribución propia?

Dios permite que la desgracia venga a los hombres, que la adversidad los pruebe, para poder probar a los que ha colocado en circunstancias más favorables. Si sus administradores son fieles, los declara dignos de caminar con él en blanco. Pero si usan sus dones únicamente para su propio beneficio, se les dirá: "Si, pues, no habéis sido fieles en las riquezas injustas, ¿quién confiará a vuestro cuidado las verdaderas riquezas?"

Muchos, en vez de consagrar sus medios al servicio de Dios, consideran su dinero como propio, y dicen que tienen derecho a usarlo como les plazca. Como los habitantes del mundo noético, usan los dones de Dios en su propio servicio. Incluso algunos que profesan conocer y amar al Señor hacen esto. Dios les ha revelado su voluntad. Los ha llamado a entregarle todo lo que tienen; pero el amor del mundo ha pervertido su voluntad y endurecido sus corazones. Se niegan a obedecer a Aquel a quien deben todo lo que tienen. Sin tener en cuenta su llamada, estrechan sus tesoros en sus brazos, olvidando que el Dador tiene algún derecho sobre ellos. Así, las bendiciones dadas por Dios se convierten en maldición, porque se hace un mal uso de ellas.

Cristo comprendió el peligro del amor al dinero, pues dijo: "¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que confían en las riquezas!". Miró con dolor el entusiasmo mostrado por las cosas que perecen, y, levantando la cortina que velaba la eternidad de la vista, declaró: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia". "No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan". Hoy nos pide que prestemos mucha atención a nuestros intereses eternos. Quiere que

subordinemos todo interés terrenal a su servicio. "Porque ¿de qué le servirá al hombre -pregunta- ganar el mundo entero, si pierde su alma?".

El derecho de Dios a nuestro servicio se mide por el sacrificio infinito que ha hecho por nuestra salvación. "Mirad qué amor nos ha dado el Padre para que seamos llamados hijos de Dios". Cristo vivió por nosotros una vida de dolor y privaciones. Era puro y santo, pero sobre él recayó la iniquidad de todos nosotros. Alivió a los afligidos, pero él mismo era "varón de dolores, experimentado en quebranto". Con un toque de su mano sanó a los enfermos; sin embargo, sufrió graves dolores corporales. Expulsaba a los demonios con una palabra y liberaba a los que estaban atados por las tentaciones de Satanás; sin embargo, le asaltaban tentaciones como nunca han asediado a ningún hombre. Resucitó a los muertos con su poder, pero sufrió la agonía de una muerte terrible.

Todo esto lo sufrió Cristo por nosotros. ¿Qué le damos a cambio? Él, la Majestad del cielo, se sometió pacientemente al escarnio y al insulto. ¿Podemos quejarnos si el servicio de Dios exige paciencia y abnegación? El que puso los cimientos del mundo consintió en hacerse siervo por nosotros; y con sus propios pasos allanó la áspera senda para nuestros pies. ¿Debemos considerar demasiado grande cualquier sacrificio? ¿Debemos vacilar en prestar a Dios un servicio razonable?

No hay religión en la entronización del yo. Dios nos pide que le seamos fieles, que comerciemos con los talentos que nos ha dado, para ganar a los demás. Su voluntad debe ser nuestra voluntad en todas las cosas. Cualquier desviación de esta norma degrada nuestra naturaleza moral. Puede resultar en elevarnos, en enriquecernos y en sentarnos junto a príncipes; pero a los ojos de Dios somos inmundos e impuros. Hemos vendido nuestra primogenitura por interés y ganancia egoístas, y en los libros del cielo está escrito de nosotros: Pesados en la balanza del santuario, y hallados faltos.

Pero si consideramos nuestros talentos como dones del Señor, y los utilizamos a su servicio mostrando compasión y amor hacia nuestros semejantes, seremos canales a través de los cuales fluirán al mundo las bendiciones de Dios; y en el último gran día seremos saludados con las palabras: "Bien, buen siervo y fiel; has sido fiel en lo poco, yo te pondré al frente de mucho; entra en el gozo de tu Señor."

El tiempo, cargado de preciosas y doradas oportunidades para servir al Señor, está pasando rápidamente hacia la eternidad. Querido lector, ¿estás

aprovechando estas oportunidades a medida que pasan? No puedes darte el lujo de despreciarlas; porque debes comparecer ante el tribunal de Dios, para responder por las obras hechas en el cuerpo. ¿Tus palabras animan y alientan a los que acuden a ti en busca de ayuda y consuelo? ¿Tu influencia fortalece a aquellos con quienes te relacionas? ¿Das fielmente tus bienes al Señor?

Conságrate hoy al servicio del Señor. Recuerda cuán breve es el período de vida que te ha sido asignado. No digas presuntuosamente: "Hoy o mañana iremos a tal ciudad, y permaneceremos allí un año, y compraremos y venderemos, y obtendremos ganancias." Dios puede tener otros planes para ti. No tienes un plazo de vida para llevar a cabo tus propios propósitos. La vida no es más que un vapor que "aparece por poco tiempo, y luego se desvanece". No sabes cuán pronto tu mano puede perder su astucia, tu paso su firmeza. Pon tu cuidado en el Señor, y no permitas que las cosas del mundo te separen de él. Consagra todo lo que tienes y eres a él. Esto no es más que "tu servicio razonable". No te demores; porque hay peligro en un momento de demora. Unos pocos años más a lo sumo serán tuyos para trabajar para el Maestro, y entonces se oirá la voz que no puedes negarte a responder, diciendo: "Da cuenta de tu mayordomía."

Sra. E. G. White

28 de enero de 1897

La verdadera luz

EGW

Antes de que el pecado entrara en nuestro mundo a través de la transgresión de la ley de Dios, era la gloria de Adán y Eva obedecer los requerimientos de Dios. Vivían en perfecta conformidad con su voluntad. Ni una nube descansaba sobre sus mentes para oscurecer su visión de Dios. No había duda ni incertidumbre en cuanto a sus obligaciones morales, y toda la fuerza de sus afectos estaba entregada a su Padre celestial. Una hermosa y suave luz, procedente de Dios, envolvía a la santa pareja, y se reflejaba en todos los objetos que miraban. Dios era su maestro, y en las bellezas de la naturaleza que les rodeaba se repetían sus lecciones. Las cosas invisibles de Dios eran claramente vistas y comprendidas por las cosas que él había hecho.

Si el hombre hubiera permanecido fiel a Dios, la luz del Cielo habría seguido guiándolo. Pero cuando entró el pecado, cortó su conexión con Jehová, y la luz que lo había envuelto se fue. El pecado desfiguró tanto la imagen de Dios en él,

oscureció tanto su entendimiento, que fue necesario que Dios enviara a su Hijo unigénito para que brillara como la luz del mundo.

Desde su caída de la pureza del cielo, Satanás se ha propuesto infundir su espíritu en los hijos de los hombres y hacerles seguir el mismo camino que él recorrió cuando trató de igualarse a Dios. Ha inducido a hombres pecadores y descarriados, transgresores de la ley de Dios, a atribuirse los nombres de "Reverendo" y "Reverendísimo", nombres que sólo deberían aplicarse a Dios mismo. No siguen el ejemplo que Cristo nos dio en su vida terrena. Él ha dicho: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos". E invita a los suyos: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón".

"Porque así dice el alto y sublime que habita la eternidad, cuyo nombre es santo: Yo habito en el lugar alto y santo, también con el que es de espíritu contrito y humilde, para vivificar el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los contritos." Aquellos que "siguen para conocer al Señor," sabrán que "su salida está preparada como la mañana."

¿Por qué los hombres a quienes el Señor ha dado capacidades y talentos, se resisten a la atracción de Cristo, rehúsan llevar su yugo y soportar sus cargas? Es porque están orgullosos de su conocimiento e influencia, "envanecidos" con el favor y el aplauso que reciben debido a estos talentos. Se jactan de la ciencia y la filosofía, y las colocan por encima de Cristo, el Dios de la ciencia y la verdadera filosofía. Así se engrandecen estos sabios mundanos, tratando de eclipsar con sus centelleantes meteoros la Luz del mundo. Pero, ¿están estos hombres por encima de Cristo? ¿Pueden las estrellas eclipsar al sol? ¿Puede todo el firmamento del cielo declarar la gloria de Dios?

El Señor llama necios a estos hombres porque dan tanto valor a los dones que se les han concedido, mientras que desprecian la Fuente de suministro, y rechazan la Fuente de toda sabiduría y luz, que puede hacer que estos dones aumenten constantemente. El principio que impulsa a los hombres a poner sus ideas humanas en primer lugar conduce a muchas conjeturas y engaños falsos. Cristo no ha hecho independiente a ningún hombre. Ha dado a los hombres talentos para que los mejoren por el ejercicio, aprendiendo de Él a usarlos sabiamente. Ha dicho: "Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida."

Nunca se le dio al hombre la razón para hacerle suponer que puede subir más alto que la Fuente de donde mana esa razón. Dios dio al hombre sus poderes de

razonamiento, y puede quitárselos, como en el caso de Nabucodonosor, cuando no se usan para su gloria. En los días de Noé, los habitantes de la tierra buscaron muchos inventos. Eran sabios para hacer el mal. Las imaginaciones de sus corazones sólo eran malas continuamente, y Dios los barrió de la faz de la tierra.

A través de su profeta, el Señor nos exhorta: "No se gloríe el sabio en su sabiduría, ni el poderoso en su fuerza, ni el rico en sus riquezas; sino gloríese el que se gloria en esto: en que me entiende y me conoce, que yo soy el Señor que ejerzo en la tierra la misericordia, el juicio y la justicia; porque en estas cosas me complazco, dice el Señor."

La gloria de Dios se ve en la vida y el carácter de Cristo. En la piedad pura y elevada exhibida en su vida en la humanidad tenemos un ejemplo de lo que es la religión pura. Su vida de santidad inflexible crea en los corazones de aquellos que están en rebelión contra Dios, un deseo de seguir sus propias inclinaciones, como lo hicieron los habitantes del mundo antediluviano; porque "la mente carnal es enemistad contra Dios; porque no está sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede estarlo". El Señor ha dicho: "Salid de en medio de ellos y apartaos". Pero los hombres se rebelan contra la luz porque el camino que marca implica una cruz.

La perfección del carácter sólo puede alcanzarse a través de Jesucristo. Sólo Él es capaz de disipar las tinieblas que se han acumulado en torno a las almas de los hombres. Él elevará a la humanidad caída a una atmósfera pura y santa, si los hombres creen en él como su Salvador personal. Él inspirará en sus corazones y mentes un entusiasmo que los hará nobles, y los moldeará según la semejanza divina.

El creyente cristiano posee la clave de la verdadera filosofía. En conexión con Cristo, cooperando con él en las buenas obras, puede brillar en medio de las tinieblas de este mundo. Cristo es la Verdad, la Vida y la Luz del mundo, y al contemplarlo sus seguidores serán transformados a su misma imagen, de gloria en gloria.

Satanás arrojaría sus sombras a través de nuestro camino, para impedir que la luz del cielo brille en las cámaras de la mente, en el templo del alma; pero las nieblas de abajo no pueden oscurecer los brillantes rayos del Sol de Justicia. La verdad brilla más allá de las nubes de la duda y la incredulidad.

Las palabras "Yo soy la luz del mundo" han resonado a través de los siglos hasta nuestros días. No son menos verdaderas ahora que en los días de Cristo, y hoy

tienen el mismo consuelo para el seguidor de Cristo, la misma esperanza para los que se sientan en las tinieblas y en la sombra de la muerte. Dios apela a sus hijos para que eleven ante el mundo al Hombre del Calvario, para que con él sea elevada la naturaleza humana. "Sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable".

Sra. E. G. White

4 de febrero de 1897

La humildad y el dolor piadoso

EGW

En el Sermón de la Montaña de Cristo, se dan luz y verdad, y se establecen principios que se aplican a todas las condiciones de la vida y a todos los deberes que Dios exige de nuestras manos. Cristo había venido a magnificar y hacer honorable la ley que él mismo había proclamado desde el monte Sinaí a su pueblo elegido durante su peregrinación por el desierto. Dejó a un lado la gloria que tenía con el Padre antes de que el mundo fuera, y se revistió de humanidad, para poder servir a los hijos de los hombres.

En todas sus lecciones, Cristo trató de grabar en las mentes y los corazones de sus oyentes los principios que subyacen a su gran norma de justicia. Les enseñó que si querían guardar los mandamientos de Dios, el amor a Dios y a sus semejantes debía manifestarse en su vida diaria. Trató de inculcar en sus corazones el amor que él sentía por la humanidad. Así sembró las semillas de la verdad, cuyos frutos producirán una rica cosecha de santidad y belleza de carácter. La santa influencia del amor no sólo tendrá gran alcance mientras dure el tiempo, sino que sus resultados se sentirán y apreciarán por toda la eternidad. Santificará las acciones y tendrá una influencia purificadora dondequiera que exista.

Sentado en el monte, rodeado de sus discípulos y de una numerosa y promiscua concurrencia, Jesús "abrió la boca y les enseñaba, diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos." No se trata de murmuradores y quejosos, sino de los que están contentos con su condición y con lo que les rodea en la vida. No abrigan el sentimiento de que merecen una posición mejor que la que la Providencia les ha asignado, sino que manifiestan

un espíritu de gratitud por cada favor que se les concede. Todo pensamiento orgulloso y sentimiento exaltado es desterrado del alma.

Justo aquí podríamos distinguir entre la santificación genuina y la falsa. La santificación no consiste meramente en profesar y enseñar la palabra de Dios, sino en vivir en conformidad con su voluntad. Los que pretenden estar libres de pecado, y se jactan de su santificación, están seguros de sí mismos, y no se dan cuenta de su peligro. Anclan sus almas en la suposición de que, habiendo experimentado una vez el poder santificador de Dios, no corren peligro de caer. Mientras afirman ser ricos y aumentados en bienes, y no tener necesidad de nada, no saben que son miserables, y pobres, y ciegos, y desnudos.

Pero los que están verdaderamente santificados tienen conciencia de su propia debilidad. Sintiendo su necesidad, acudirán en busca de luz, gracia y fortaleza a Jesús, en quien habita toda plenitud, y quien es el único que puede suplir sus necesidades. Conscientes de sus propias imperfecciones, procuran asemejarse más a Cristo y vivir de acuerdo con los principios de su santa ley. Este continuo sentido de ineficacia les llevará a una dependencia tan completa de Dios, que su Espíritu se ejemplificará en ellos. Los tesoros del cielo se abrirán para suplir las necesidades de toda alma hambrienta y sedienta. Todos los de este carácter tienen la seguridad de contemplar un día la gloria de ese reino que todavía la imaginación sólo puede captar débilmente.

Los que han sentido el poder santificador y transformador de Dios, no deben caer en el peligroso error de pensar que están libres de pecado, que han alcanzado el más alto estado de perfección y que están fuera del alcance de la tentación. La norma que el cristiano debe mantener ante sí es la pureza y la hermosura del carácter de Cristo. Día tras día puede revestirse de nuevas bellezas y reflejar al mundo cada vez más la imagen divina.

¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No os engaños: ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores heredarán el reino de Dios. Y así erais algunos de vosotros; mas ya estáis lavados, ya estáis santificados, ya estáis justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios". Y el apóstol Pablo, escribiendo a la iglesia de Colosas, dice: "Y a vosotros, que en otro tiempo erais extraños y enemigos en vuestra mente por obras inicuas, ahora os ha reconciliado en el cuerpo de su carne por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irrepreensibles delante de él."

Es motivo de regocijo que algunos hayan sometido su voluntad a la voluntad de Dios, hayan desechado las obras de las tinieblas y hayan consentido en andar en la luz como Cristo está en la luz. Pero aun a estos la prueba de Dios continuará hasta que cese el tiempo de prueba. Él quiere determinar si soportaremos la dureza como buenos soldados de Jesucristo.

Nos enfrentamos a un enemigo sutil. El mundo, con sus costumbres, sus atracciones y corrupciones, debe ser resistido. El poder de Satanás se ejercerá sobre cada alma, para vencerla y destruirla. El camino de la seguridad, tanto para el fuerte como para el débil, es buscar diariamente la sabiduría celestial, asirse de la fuerza divina. Por este medio podemos obtener la gracia que nos capacite para manifestar un espíritu semejante al de Cristo bajo toda dificultad y prueba.

"Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados". Con estas palabras, Cristo no quiere hacernos pensar que el llanto en sí mismo tiene algún poder para eliminar la culpa del pecado. No sanciona el fanatismo, la pretensión o la humildad voluntaria. El luto no debe manifestarse con miradas melancólicas, ni expresarse con llantos y lamentaciones; tampoco desea que nos privemos de las relaciones sociales. Aunque nuestros corazones se llenen de tristeza al ver que la maldad contamina las almas de los hombres, debemos mantener un espíritu de alegría acorde con el precioso privilegio que se nos ha concedido de ser hijos e hijas de Dios. No podemos esperar atraer almas a Cristo mientras nos rodeamos de una atmósfera de pesimismo.

No había nada de antisocial en la vida y el carácter de Cristo. No se aisló del mundo, pero al mismo tiempo no se conformó a sus hábitos y costumbres. Era alegre, pero sobrio. Se compadecía de los que estaban tristes y se alegraba con los que tenían motivos para alegrarse. Dondequiera que iba, su presencia difundía luz y bendición.

Gran parte de la tristeza que se siente entre los hombres de hoy es tristeza porque sus malas acciones han salido a la luz, y porque, como consecuencia, ellos mismos han sido colocados en circunstancias desagradables. Pero ésta no es la tristeza piadosa que produce arrepentimiento.

Judas no llevó a la práctica en su vida la fe que profesaba. Cultivó un espíritu de egoísmo, que se convirtió en codicia y deshonestidad, y le llevó a vender a su Maestro por treinta monedas de plata. No se dio cuenta de lo que estaba haciendo hasta que fue demasiado tarde para deshacer la temible obra. Se lamentó por el resultado del pecado, pero no tenía un sentido real de su carácter

grave. Faraón también se arrepintió cuando vio el resultado de su dureza de corazón en las plagas que cayeron sobre su pueblo. Pero su arrepentimiento no fue sincero; porque cuando, a petición suya, las plagas fueron quitadas, su corazón no se humilló; su espíritu orgulloso y su voluntad decidida no se sometieron a Dios.

David pecó gravemente contra Dios; pero "se entristeció piadosamente". Oró para que el Señor quitara la causa de su disgusto: "Por tu nombre, Señor, perdona mi iniquidad, porque es grande". Y el dolor de Pedro por su apostasía era sincero. Llevó a Dios un corazón quebrantado y contrito; y esto Dios ha prometido que no lo despreciará. Su arrepentimiento fue aceptado por el cielo, y Jesús le confió no sólo el cuidado de las ovejas de su rebaño, sino también de los tiernos corderos, los jóvenes convertidos a la fe.

El apóstol Pablo describe la verdadera tristeza cuando dice: "La tristeza piadosa produce arrepentimiento para salvación de la cual no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte. Porque he aquí esto mismo: que os entristecisteis según Dios, ¡qué cuidado produjo en vosotros, sí, qué limpieza de vosotros mismos, sí, qué indignación, sí, qué temor, sí, qué vehemente deseo, sí, qué celo, sí, qué venganza!"

Esto es arrepentimiento genuino. Llevará a una transformación en la vida. Es la ausencia de este verdadero arrepentimiento lo que hace que muchas de las conversiones de este tiempo sean superficiales. Las reformas no se hacen en la vida. Pero cuando el pecado es visto a la luz de Dios, y se comprende su verdadero carácter, será alejado del corazón y de la vida.

A nosotros, que estábamos muertos en delitos y pecados, Dios nos ha vivificado y renovado con su propio poder. Nos ha elevado y ennoblecido, no porque fuéramos dignos, sino porque la bondad y la misericordia son los atributos de su carácter, por el gran amor con que nos ha amado.

Este amor, que no tiene parangón, trajo al Hijo de Dios desde los atrios del cielo, para que sufriera y muriera a fin de que nosotros pudiéramos vivir por medio de Él. El horror de las tinieblas que envolvió al Salvador en Getsemaní, y que hizo brotar de sus poros grandes gotas de sangre, fue experimentado por Él a causa de nuestros pecados. Aquí, en efecto, tenemos motivos para lamentar que nuestros pecados hayan causado tan inexpresable agonía al amado Hijo de Dios.

El verdadero dolor por el pecado acerca al alma penitente al costado sangrante de Jesús. Allí puede suplicar eficazmente el perdón y obtener gracia para

vencer; allí puede iluminarse su entendimiento oscurecido y transformarse el corazón de piedra en un corazón de carne. Allí se somete al pecador rebelde, y su voluntad se conforma a la voluntad de Dios.

Sra. E. G. White

11 de febrero de 1897

Obedientes y desobedientes

El contraste

EGW

La ley de Dios es su gran norma de justicia. Esta ley es perfecta en todos sus requisitos; y Dios nos exhorta a obedecerla; porque por ella se decidirán nuestros casos en aquel día en que se abran los libros del cielo, y las obras de todos se examinen ante el Juez del universo.

Pero hay, y siempre ha habido, dos clases en este mundo; y la pregunta, ¿Qué constituye la diferencia entre estas dos clases? es grave e importante. Una clase ama y teme a Dios; la otra no desea retenerlo en su conocimiento. Una clase rinde obediencia a su ley; la otra hace caso omiso y desobedece sus requerimientos.

Los que no están dispuestos a obedecer la ley de Dios declaran que ya no existe, que Dios la ha abolido. Pero si esta ley es perfecta, ¿por qué habría Dios de abolirla o cambiarla? Lo que es perfecto no puede ser mejorado por ningún cambio. Un intento de remodelar una promulgación perfecta sólo causa imperfección. Dios no ha abolido ni cambiado su ley. Es el fundamento de su gobierno; y permanecerá para siempre, la norma inmutable e inalterable que todos deben alcanzar para ser salvos. "Hasta que pasen el cielo y la tierra - declaró Cristo-, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido."

"La ley del Señor es perfecta -escribe el salmista-, convierte el alma; el testimonio del Señor es seguro, hace sabio al sencillo. Los estatutos del Señor son rectos, alegran el corazón; el mandamiento del Señor es puro, ilumina los ojos.... Y por ellos es amonestado tu siervo, y en guardarlos hay gran recompensa". ¿Cómo mira, pues, el Dios del cielo a los que desprecian su ley? Que no se tengan por sabias las palabras pronunciadas contra la ley de Dios por

los que se niegan a obedecerla, pues Dios ha dicho: "El sabio de corazón recibirá los mandamientos; pero el necio charlatán caerá."

Después de que Adán perdió el Edén por desobediencia, y el pecado entró en el mundo, los hombres se volvieron más y más desobedientes. El mundo entero, con pocas excepciones, fue entregado a la depravación y la corrupción. "Vio Dios que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal. Y se arrepintió Jehová de haber hecho al hombre sobre la tierra, y le dolió en su corazón. Y dijo el Señor: "Destruiré de la faz de la tierra al hombre que he creado, tanto al hombre como a la bestia, al reptil y a las aves del cielo, porque me arrepiento de haberlos hecho". Y mediante un diluvio el Señor barrió la tierra de su corrupción moral.

Pero incluso en aquella época el Señor tenía sus representantes. Estos hombres amaban a Dios; le obedecían; y él les dio la luz y la verdad. Cristo caminó con ellos, dándoles poder moral para obedecerle, y abriendo ante ellos el futuro de la historia de esta tierra, y la escena de su segunda venida. "Enoc anduvo con Dios; y no fue, porque Dios lo tomó". De él escribe Judas: "También Enoc, el séptimo desde Adán, profetizó acerca de éstos, diciendo: He aquí que el Señor viene con diez mil de sus santos, para hacer juicio contra todos, y para convencer a todos los impíos de entre ellos de todas sus obras impías que impíamente han cometido, y de todas sus duras palabras que los pecadores impíos han proferido contra él."

También Noé fue testigo de Dios en aquella época de maldad. "Estas son las generaciones de Noé: Noé fue un hombre justo y perfecto en sus generaciones, y Noé caminó con Dios". Cuando Dios estaba a punto de destruir a los habitantes de la tierra con un diluvio, dijo a Noé: "Entra tú y toda tu casa en el arca; porque a ti he visto justo delante de mí en esta generación."

¿Cuál fue la diferencia entre Enoc y Noé, y los que fueron destruidos por el diluvio? Enoch y Noah eran obedientes a la ley de Dios; los otros caminaron en la imaginación de sus propios corazones, y corrompieron sus maneras antes del señor, desatendiendo todos sus requisitos. Por su desobediencia se separaron de él y provocaron su destrucción. Enoc y Noé fueron hallados justos cuando fueron probados por la ley de Dios. Si los antediluvianos hubieran guardado el camino de Dios, si hubieran obedecido sus mandamientos, también ellos habrían sido hallados justos y habrían recibido el encomio del Señor.

En su carta a los Romanos, Pablo escribe sobre los obedientes y los desobedientes. "No me avergüenzo del Evangelio de Cristo", dice, "porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego. Porque en él se revela la justicia de Dios de fe en fe; como está escrito: El justo por la fe vivirá." Estos son los obedientes. A medida que aumenta la fe en Dios, tanto más claramente soportamos el ver a aquel que es invisible, y somos fortalecidos para obedecerle.

El apóstol presenta entonces el gran ejército de los desobedientes, aquellos que no aman retener a Dios en su conocimiento, sino que escogen sus propios caminos desleales, y siguen la imaginación de sus propios corazones: "La ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres, que detienen con injusticia la verdad; porque lo que de Dios se puede conocer, en ellos es manifiesto; pues Dios se lo ha mostrado. Porque las cosas invisibles de él, desde la creación del mundo, se ven claramente, siendo entendidas por las cosas hechas, aun su eterno poder y Deidad; de modo que no tienen excusa, porque habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en una imagen semejante a la del hombre corruptible, y a la de las aves, los cuadrúpedos y los reptiles."

Pedro también esboza dos clases, una aprobada por Dios, porque obedece todos sus mandamientos; la otra desleal a él, pecando contra él porque transgrede su ley; porque "el pecado es transgresión de la ley". "Hubo también falsos profetas entre el pueblo -escribe-, como habrá entre vosotros falsos maestros, que en privado introducirán herejías condenables, negando incluso al Señor que los compró, y acarrearán sobre sí mismos una destrucción rápida. Y muchos seguirán sus perniciosos caminos; por causa de los cuales se hablará mal del camino de la verdad. Y por codicia os harán mercadería con palabras fingidas". Pero él dice: "El Señor sabe librar de la tentación a los piadosos, y reservar a los injustos para el día del juicio para ser castigados".

"Como fue en los días de Noé, así será también en los días del Hijo del hombre". Ahora, como entonces, los servidores de las riquezas, descuidados, indiferentes y desobedientes, siguen y siguen, descuidando la gran salvación que tan gratuitamente se les ofrece, sin reconocer a Dios, ni ofrecerle acción de gracias y alabanza. El Señor se ha manifestado en sus obras, que el ojo puede ver y los sentidos discernir; en términos demasiado claros para ser malentendidos, ha declarado su voluntad en su palabra. Pero los desobedientes no ven a Dios en

las múltiples obras de la creación, no oyen su voz que les habla por su palabra. Se les ofrece la luz de la verdad, pero eligen el pecado. Siguen su propia imaginación, como hacían los habitantes del mundo noético, anteponiendo sus deseos y ambiciones a todo lo demás.

Es una maravilla para la hueste celestial que Dios soporte tanto tiempo a los transgresores de su ley. Pero Dios es paciente y misericordioso. Su sol brilla sobre los malos y sobre los buenos, sobre los que están tan cegados por el poder engañoso de Satanás que niegan la existencia de la Omnipotencia, y sobre los que se esfuerzan fervientemente por hacer su voluntad. Él da a los hombres ricamente "todas las cosas para disfrutar", y aunque todos no lo reconocen como digno de su alabanza o servicio, sin embargo, soporta pacientemente con ellos, y su voz de súplica todavía se oye: "Volveos, volveos de vuestros malos caminos; ¿por qué moriréis?" Él quiere que "todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad".

Dios siempre elogia la obediencia. Por su obediencia Enoc fue trasladado al cielo, y Noé se salvó del diluvio que inundó la tierra. "He aquí", escribe el salmista. "el ojo del Señor está sobre los que le temen, sobre los que esperan en su misericordia; para librar su alma de la muerte, y para mantenerlos con vida en el hambre". "He visto al impío con gran poder, y extendiéndose como un laurel verde. Pero pasó, y he aquí que no estaba; sí, lo busqué, pero no pudo ser hallado. Observa al hombre perfecto, y mira al recto; porque el fin de ese hombre es la paz. Pero los transgresores serán juntos destruidos; el fin de los impíos será cortado".

Debilitados por el pecado, no podemos cumplir por nosotros mismos la ley de Dios. Pero Cristo vino a nuestro mundo para restaurar la imagen moral de Dios en los hombres y hacerlos volver del camino de la desobediencia al de la obediencia. Su misión en el mundo fue revelar el carácter de Dios viviendo la ley, que es el fundamento de su gobierno; y aquellos que lo acepten como su Salvador personal crecerán en gracia, y en su fuerza estarán capacitados para obedecer la ley de Dios.

Cuando Cristo venga en las nubes del cielo, sólo dos clases, los obedientes y los desobedientes, saldrán a su encuentro. Y sólo aquellos que, habiendo tenido la luz sobre los requisitos de Dios, han sido obedientes a él, pueden encontrarse con él con alegría. Aquellos que han persistido en un curso de desobediencia, huirán aterrorizados, escondiéndose en las guaridas de las montañas, y diciendo a las rocas y a las montañas: "Caed sobre nosotros, y escondednos de la faz del

que está sentado en el trono, y de la ira del Cordero". Pero los que han honrado a Dios con su obediencia, levantarán la vista y dirán: "He aquí, éste es nuestro Dios; le hemos esperado, y él nos salvará; éste es el Señor, le hemos esperado; nos alegraremos y gozaremos en su salvación."

Sra. E. G. White

18 de febrero de 1897

La responsabilidad de los padres

EGW

La educación de los hijos es una de las responsabilidades más solemnes que se han encomendado a los mortales. Los niños son la herencia del Señor, y él quiere que sean educados para ser colaboradores suyos. Él tiene un interés especial en esta obra; porque en los niños ve talento e influencia, que, cuando son controlados por su Espíritu Santo, se convertirán en un poder para el bien, y traerán gloria a su nombre. Cristo murió para salvar a los niños, y está dispuesto a hacer una gran obra por ellos si los padres cooperan con él formándolos y educándolos de acuerdo con las instrucciones que les ha dado. Esta debería ser la primera obra de todos los padres.

Dios nos hace responsables de cada rayo de luz que ha permitido que brille sobre nosotros. Debemos reflejar esta luz a los demás en rayos claros y certeros. "A todos los que le recibieron, a éstos les dio potestad de ser hechos hijos de Dios". Estos son los depositarios de la verdad. Esta verdad la tienen en depósito, y es su deber darla a conocer a todos, especialmente a los niños. Pero con demasiada frecuencia nuestra negligencia a la hora de cumplir con nuestras responsabilidades como Dios nos exige, nos deja en una posición incierta. Pocos pueden soportar la luz de la palabra de Dios sin un sentimiento de autorreproche por un cumplimiento defectuoso del deber.

Como es el niño en hábitos y modales, así será el hombre. Por lo tanto, ¡cuánta dedicación debe dedicarse a la formación del carácter de los niños! Cuando son muy pequeños, los niños son susceptibles a las influencias divinas. El Señor toma a estos niños bajo su cuidado especial; y cuando son criados en la crianza y amonestación del Señor, son una ayuda y no un estorbo para sus padres. Pero con demasiada frecuencia la indiferencia de los padres los lleva a descuidar a sus hijos; tienen poca idea de cómo educarlos para el Maestro.

Los que tratan con niños necesitan una gran provisión de la gracia de Cristo. Dios quiere que sean tratados con sabiduría, ternura y firmeza, para que sus pies no se desvíen de la frontera, hacia el lado del enemigo. Aquellos padres que se dan cuenta de la responsabilidad que Dios les ha dado en este asunto, tendrán fe en Dios, y trabajarán con aflicción de alma por sus hijos, para que sus mentes, sus manos y sus corazones sean consagrados al servicio de Dios.

El carácter y la experiencia de Juan el Bautista, el precursor de Cristo, deberían ser un estímulo para los padres en la formación de sus hijos. Juan no estableció su hogar en las ciudades y aldeas. De la niñez a la juventud, y de la juventud a la madurez, vivió en el desierto. Pero no vivió así por ningún propósito egoísta. En su época, los maestros religiosos judíos casi habían perdido toda vida espiritual. Nada en sus enseñanzas era claro y convincente. Se habían encerrado tanto en sí mismos, y se les consideraba poseedores de tal santidad, que nadie del pueblo discutía lo que decían o enseñaban.

Pero la vida de Juan era una vida especial; y era la voluntad de Dios que se separara de las ocupadas guaridas de los hombres, y aprendiera sus lecciones de vida de la naturaleza y del Dios de la naturaleza, recibiendo sus impresiones sólo de él. Su trabajo consistía en preparar el camino para el Mesías. Consideraba que su mente pertenecía a Dios, y puso sus pensamientos en obediencia a Cristo. Entrenó su mente para contemplar las grandes e importantes verdades de la Palabra de Dios, e insensiblemente se ensanchó y adquirió una expansión que le permitió comprender las cosas espirituales.

Así será ahora. La mente que se entrega a Dios, para ser moldeada y formada según la semejanza divina, crecerá en poder. A medida que trabajamos en las líneas de Dios, reconociendo nuestra responsabilidad de hacer el trabajo que Él nos ha dado para hacer, recibimos continuamente un suministro de gracia para impartir a otros.

Es importante que no bajemos el listón que Dios nos ha puesto. Nos sentimos alarmados por la discrepancia que se observa entre nuestras obligaciones para con Dios y la manera en que las cumplimos. Pero no podemos curar este mal rebajando la norma, para que pasen nuestras deficiencias. Con el ejemplo de Juan y de Cristo ante nosotros, ¿podemos hacer menos que elevar la norma de pureza y santidad?

Dios ha honrado a los jóvenes. Eligió a José en su juventud para realizar una obra especial en favor de su pueblo. Llamó a Samuel y le confió un mensaje solemne. Por un voto solemne, antes de su nacimiento, Ana había entregado a

Samuel al Señor. Después de su nacimiento, fiel a su voto, lo llevó al tabernáculo. "Y Samuel ministraba delante del Señor, siendo niño, ceñido con un efod de lino. Además, su madre le hacía una túnica pequeña, y se la traía de año en año, cuando subía con su marido a ofrecer el sacrificio anual." ¡Cuántas oraciones cosió la madre en esta muestra de amor por su hijo! De Samuel se dijo, como de Juan el Bautista y de Cristo: "Y el niño Samuel crecía, y era en gracia del Señor y de los hombres". De esto se desprende que el Señor vigila a los niños, observando con intenso interés el carácter que forman.

Cuando los padres tienen ante sí la Palabra de Dios, que define lo que aprueba y lo que desaprueba, no tienen excusa para seguir un camino equivocado. Pero, a pesar de esto, hay negligencia en enseñar a los hijos en el camino del Señor, una negligencia temible, terrible; y muchos niños se pierden para Jesús por falta de una educación cuidadosa. Los padres han descuidado las responsabilidades que Dios les ha dado, y Satanás ha tomado posesión de sus hijos. Bajo su dirección, por su mala comunicación corrompen a otros niños. Así Satanás tiene bajo su control a los hijos, aun de los que profesan ser cristianos. Pero aun así los padres pasan indiferentes, como si no estuvieran descuidando una de las responsabilidades más solemnes jamás dadas al hombre.

Padres, si deseáis que las mentes de vuestros hijos sean perversas, dejad que se salgan con la suya. Entonces habrá tal desarrollo del mal que los ángeles celestiales mirarán con pena y tristeza a padres e hijos.

Dios ha dado a los padres una advertencia en la historia de la familia de Elí. Elí descuidó el deber que le incumbía como padre. Consintió a sus hijos y no supo refrenar sus malos hábitos y prácticas. "Los hijos de Elí eran hijos de Belial; no conocían al Señor". Sin embargo, a pesar de esto, aunque totalmente incapacitados para la obra de Dios, sirvieron en el santo oficio; y Dios fue deshonrado.

Elí reprendió a sus hijos, diciendo: "No, hijos míos; porque no es buena fama la que oigo; hacéis prevaricar al pueblo de Jehová". Pero no tomó ninguna medida decidida para refrenarlos, y "no escucharon la voz de su padre". El Señor hizo a Elí responsable del terrible ejemplo dado por sus hijos. Era juez en Israel, pero descuidó los deberes que le incumbían.

Dios envió un mensajero a Elí, para revelarle lo que había hecho por él al exaltarlo a la posición más honorable en el reino, haciéndolo sacerdote y juez, y conectándolo consigo mismo como el que había de llevar a cabo su mente; el mensajero debía decirle también del castigo que vendría sobre él y sobre su casa

a causa de su pecado. "He aquí que vienen días", le dijo, "en que cortaré tu brazo y el brazo de la casa de tu padre, para que no haya anciano en tu casa..... Y esto te será por señal, que vendrá sobre tus dos hijos, sobre Ofni y Finees; en un día morirán ambos."

El Señor no vino más a Elí. Al no juzgar a sus propios hijos, al no separarlos del servicio del Señor, deshonró a Dios. El Señor no le habló más. Llamó al joven Samuel y le reveló lo que le esperaba a Elí.

¡Cuánto podría haberse evitado si Elí hubiera seguido el consejo del Señor y hubiera educado cuidadosamente a sus hijos en su niñez y juventud! Que los padres tomen esta lección a pecho, y en vez de permitir que sus hijos se complazcan y gratifiquen a sí mismos, edúquenlos para que se controlen y tengan en vista la gloria de Dios.

Los padres deben enseñar a sus hijos a trabajar para Cristo; deben educarlos para el servicio real. ¡Ojalá pudiera hacer oír mi voz y hacer sentir mi influencia cerca y lejos, para que los padres se dieran cuenta de su responsabilidad en este asunto! Vuestros hijos son la herencia del Señor; y él preguntará un día a cada padre: "¿Dónde está el rebaño que te fue dado, tu hermoso rebaño?".

Padres, llevad a vuestros hijos con vosotros a vuestros ejercicios religiosos. Rodeadlos con los brazos de vuestra fe y consagraarlos a Cristo. No permitáis que nada os haga desentenderos de vuestra responsabilidad de educarlos rectamente; no permitáis que ningún interés mundano os induzca a dejarlos de lado. Nunca permitas que tu vida cristiana los aisle de ti. Llévalos contigo al Señor; educa sus mentes para que se familiaricen con la verdad divina. Deja que se asocien con los que aman a Dios. Llevadlos al pueblo de Dios como hijos a quienes procuráis ayudar a formar caracteres aptos para la eternidad.

De Abraham declaró el Señor: "Yo le conozco, que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, y guardarán el camino del Señor, haciendo justicia y juicio." Abraham hizo sendas rectas para sus pies, para que los cojos no se apartasen del camino. Cumplió fielmente con su deber, y el Señor lo bendijo e hizo de él una bendición. Este es el camino por el que el Señor quiere que caminen todos los padres. Padres, estudiad este ejemplo que se os ha dado y esforzaos por seguirlo. Cuando cumpláis los deberes que Dios os ha dado, como lo hizo Abraham, Dios os elogiará en los atrios celestiales, como lo hizo con Abraham.

Sra. E. G. White

25 de febrero de 1897

La Ley y el Evangelio

EGW

La Ley y el Evangelio no pueden separarse. En Cristo se encuentran la misericordia y la verdad; la justicia y la paz se han besado. El Evangelio no ha ignorado las obligaciones que el hombre debe a Dios. El Evangelio es la Ley desplegada, ni más ni menos. No da más libertad al pecado que la Ley. La Ley señala a Cristo; Cristo señala a la Ley. El Evangelio llama a los hombres al arrepentimiento. ¿Arrepentimiento de qué? ¿Y qué es el pecado? Es la transgresión de la Ley. Por lo tanto, el Evangelio llama a los hombres de su transgresión de nuevo a la obediencia a la Ley de Dios. Jesús, en su vida y en su muerte, enseñó la obediencia más estricta. Él murió, el justo por los injustos, el inocente por los culpables, para que el honor de la Ley de Dios pudiera ser preservado, y sin embargo el hombre no pereciera del todo.

La obra de salvación tanto en la dispensación del Antiguo como en la del Nuevo Testamento es la misma. Cristo era el fundamento de toda la economía judía. Los tipos y sombras bajo los cuales los judíos adoraban, todos apuntaban hacia el Redentor del mundo. Fue por la fe en un Salvador venidero que los pecadores fueron salvados entonces. Es por la fe en Cristo que son justificados hoy.

Al dar a su Hijo, Dios se dio a sí mismo, para que el hombre pudiera tener otra prueba. Si Dios hubiera podido cambiar su Ley para satisfacer al hombre en su condición caída, ¿no lo habría hecho y habría retenido a su Hijo unigénito en el cielo? Pero como su Ley era tan inmutable como su carácter, dio a su Hijo amado, que estaba por encima de la Ley y era uno consigo mismo, para cumplir la pena que exigía su justicia.

Satanás está trabajando con todo su poder engañoso para entrapar al mundo. Quiere hacerles creer que este gran sacrificio se hizo para abolir la Ley de Dios. Él representa a Cristo como opuesto a la Ley del gobierno de Dios en el cielo y en la tierra. Pero el Soberano del mundo tiene una Ley por la cual gobierna sus inteligencias celestiales y su familia humana, y la muerte de su Hijo fija la inmutabilidad de esa ley más allá de toda duda. Dios no tiene intención de suprimir su gran norma de justicia. Por esta norma puede definir lo que es un carácter correcto.

Cristo consintió en morir en lugar del pecador, para que el hombre, mediante una vida de obediencia, pudiera escapar de la pena de la Ley de Dios. Su muerte no hizo que la Ley de Dios quedara sin efecto; no mató la ley, ni disminuyó sus exigencias, ni restó valor a su dignidad sagrada. La muerte de Cristo proclamó la justicia de la ley de su Padre al castigar al transgresor, en cuanto consintió en sufrir él mismo la pena de la ley transgredida, a fin de salvar al hombre caído de su maldición. La muerte del Hijo amado de Dios en la cruz muestra la inmutabilidad de la Ley de Dios. Su muerte engrandece la Ley y la hace honorable, y da testimonio al hombre de su carácter inmutable. De sus propios labios divinos se oyen las palabras: "No penséis que he venido para abrogar la Ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir." La muerte de Cristo justificó las exigencias de la Ley.

Pero ahora se enseña mucho la doctrina de que el Evangelio de Cristo ha hecho que la Ley de Dios no tenga efecto; que por "creer" somos liberados de la necesidad de ser hacedores de la palabra. Pero ésta es la doctrina de los nicolaítas, que Cristo condenó tan implacablemente. A la iglesia de Éfeso le dice: "Yo conozco tus obras, y tu trabajo, y tu paciencia, y cómo no puedes soportar a los que son malos; y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos; y has soportado, y has tenido paciencia, y por mi nombre has trabajado, y no has desmayado. Sin embargo, tengo algo contra ti, porque has dejado tu primer amor. Acuérdate, pues, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras; porque si no, vendré presto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te arrepientes. Pero esto tienes, que aborreces las obras de los nicolaítas, las cuales yo también aborrezco."

Los que hoy enseñan esta doctrina tienen mucho que decir con respecto a la fe y a la justicia de Cristo; pero pervierten la verdad y la ponen al servicio de la causa del error. Declaran que sólo tenemos que creer en Jesucristo, y que la fe lo basta todo; que la justicia de Cristo ha de ser la credencial del pecador; que esta justicia imputada cumple la ley por nosotros, y que no estamos bajo ninguna obligación de obedecer la ley de Dios. Esta clase afirma que Cristo vino a salvar a los pecadores, y que los ha salvado. "Soy salvo", repetirán una y otra vez. Pero, ¿son salvos mientras transgreden la ley de Jehová? -No; porque las vestiduras de la justicia de Cristo no son un manto para la iniquidad. Tal enseñanza es un gran engaño, y Cristo se convierte para estas personas en una piedra de tropiezo como lo fue para los judíos, para los judíos porque no lo recibieron como su Salvador personal; para estos profesos creyentes en Cristo, porque separan a Cristo y la Ley, y consideran la fe como un sustituto de la obediencia. Separan al Padre y al Hijo, el Salvador del mundo. Prácticamente

enseñan, tanto por precepto como por ejemplo, que Cristo, por su muerte, salva a los hombres en sus transgresiones.

Es necesario que todo ser inteligente comprenda los principios de la ley de Dios. Cristo, por medio del apóstol Santiago, declara: "Cualquiera que guardare toda la ley, y ofendiere en un punto, es culpable de todos". Estas palabras fueron pronunciadas a este lado de la muerte de Cristo; por lo tanto, la Ley era obligatoria para todos en aquel tiempo.

El Salvador levantó su voz en protesta contra los que consideran los mandamientos divinos con indiferencia y descuido. Dijo: "Cualquiera, pues, que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así lo enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; pero cualquiera que los cumpla y los enseñe, ése será llamado grande en el reino de los cielos". Y también declaró: "Hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la Ley, hasta que todo se haya cumplido."

Los hombres pueden hablar de libertad, de libertad evangélica. Pueden afirmar que no están esclavizados a la ley. Pero la influencia de una esperanza evangélica no llevará al pecador a considerar la salvación de Cristo como un asunto de gracia gratuita, mientras siga viviendo en transgresión de la Ley de Dios. Cuando la luz de la verdad amanezca en su mente, y comprenda plenamente los requisitos de Dios, y se dé cuenta de la magnitud de sus transgresiones, reformará sus caminos, se hará leal a Dios mediante la fuerza obtenida de su Salvador, y llevará una vida nueva y más pura. "El que permanece en él", dice Juan, "no peca; el que peca no le ha visto, ni le ha conocido".

Sra. E. G. White

4 de marzo de 1897

Cristo y la Ley

EGW

El amor supremo a Dios lo demostrará todo hombre o mujer que sea un verdadero seguidor de Jesucristo. "Dad al Señor la gloria debida a su nombre", escribe el salmista; "porque el Señor es grande y digno de gran alabanza; es de temer sobre todos los dioses". Los que rodean su trono, los ángeles sin pecado, se postran y le adoran, alabando su nombre y exclamando: "Santo, santo, santo,

Señor Dios todopoderoso, el que era, el que es y el que ha de venir." Somos sus criaturas, obra de sus manos, y él tiene justo derecho a la reverencia, el honor y el amor.

Sólo obedeciéndole podemos demostrar nuestro amor. Si él es nuestro temor, buscaremos honrarlo y glorificarlo, y encontraremos nuestra mayor felicidad en hacer su voluntad. Cualquier fracaso en rendirle obediencia voluntaria mostrará que nuestro amor por él es falso.

Por amor, con el deseo de elevarnos y ennoblecernos, Dios nos proporcionó una norma de obediencia. Con terrible majestad, entre truenos y relámpagos, proclamó desde el monte Sinaí sus diez santos preceptos. Esta ley revela todo el deber de la familia humana; los cuatro primeros preceptos definen nuestro deber para con Dios, y los seis últimos nuestro deber para con el hombre. Un abogado se acercó a Cristo y le tentó, diciendo: "Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento de la ley? Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el primero y el gran mandamiento. Y el segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas".

Dios exige la perfección de carácter de sus hijos. Exige que su ley sea recordada y meditada, que se preste obediencia inquebrantable a sus exigencias. "Y ahora, Israel", pregunta, "¿qué pide Jehová tu Dios de ti, sino que temas a Jehová tu Dios, que andes en todos sus caminos, que le ames, y que sirvas a Jehová tu Dios de todo tu corazón y de toda tu alma, guardando los mandamientos de Jehová y sus estatutos? Pero el pecado entró en este mundo, y al ceder a las tentaciones del enemigo, el hombre se degradó y se hizo pecador. Su capacidad de distinguir entre el bien y el mal se perdió; su poder para obedecer se debilitó. Lleno de pecado, era por sí mismo incapaz de cumplir la norma de justicia de Dios.

Dios vio la condición desesperada del hombre. Contempló con tristeza el mundo, que se degradaba y pecaba cada vez más. No podía cambiar su ley para satisfacer las deficiencias del hombre; porque dice: "No romperé mi pacto, ni mudaré lo que ha salido de mis labios". Pero en su gran amor por el género humano, en su deseo de que el hombre no quedara abandonado a la pena de su transgresión, sino que fuera elevado y ennoblecido, "dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna". Cristo se despojó de sus vestiduras reales y vino a esta tierra, trayendo consigo un poder suficiente para vencer el pecado. Vino a vivir la ley de Dios en la

humanidad, para que, participando de su naturaleza divina, viviéramos también nosotros esa ley.

Los judíos habían malinterpretado la ley de Dios, despojándola de su espiritualidad y haciéndola gravosa con sus muchas exacciones. Cristo vino a corregir esto. El mismo que siglos antes había pronunciado la ley desde el monte Sinaí, vino ahora a magnificarla y hacerla honorable. En su Sermón de la Montaña explicó la ley, mostrando lo que comprendía cada precepto. Mostró que la codicia era idolatría, la lujuria adulterio y la ira homicidio. Puso de manifiesto la espiritualidad de la ley y señaló que alcanza a todas las fases de la vida.

Ante el universo celestial, ante los ángeles caídos y ante aquellos a quienes había venido a salvar, Cristo vivió la ley de Dios. Por su obediencia suprema a sus exigencias, la exaltó y la hizo cumplir. Por su pureza, bondad, beneficencia, devoción y celo por la gloria de Dios, por su insuperable amor a sus semejantes, dio a conocer la perfección de la ley. Con su vida intachable ilustró su excelencia.

Cristo fue el representante del amor del Dios infinito, y todas sus palabras y acciones fueron la efusión del amor de Dios a la humanidad. Y en palabra y acción fue todo lo que Dios exigía que fuera. La ley era un poder controlador en su vida. Siempre el lenguaje de su corazón fue: "Me complazco en hacer tu voluntad, oh Dios mío; sí, tu ley está en mi corazón".

Este ejemplo de obediencia se presenta al mundo. Cristo debe ser nuestro modelo en todas las cosas. Él nos dice: "Aprended de mí". "Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo". "El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama será amado por mi Padre; y yo le amaré y me manifestaré a él".

La ley que Cristo dio desde el monte, y que ejemplificó en su vida sin pecado, es de gran alcance en su carácter. Condena toda acción mala y exige una obediencia perfecta. Los que verdaderamente siguen a Cristo guardarán los mandamientos de Dios como él los guardó. Si lo aceptan sinceramente como su Salvador personal, se sentirán impulsados por un ferviente deseo de cumplir su deber para con Dios y de representarlo en su carácter. Y si la ley fuera perfectamente obedecida, la tierra no estaría ahora corrompida bajo sus habitantes. La opresión y la injusticia no existirían. Se verían el amor, la armonía y la alegría. El poder del cristianismo se revelaría en las iglesias, y el mundo no tendría motivos para acusar de inconsecuencia a los seguidores de

Cristo. Se sentiría el poder convertidor del Espíritu Santo, y se añadirían miles a la iglesia de los que debieran ser salvos.

Pero con demasiada frecuencia los que profesan ser cristianos olvidan su deber para con su Creador. Temiendo la cruz, descuidan honrarle obedeciendo sus mandamientos; y la religión es mal interpretada y despreciada por los incrédulos, porque muchos que profesan seguir a Cristo, no revelan su carácter en sus vidas. El cristianismo pierde su poder porque los cristianos transgreden constantemente la ley de Dios, porque se ve el egoísmo, y se manifiestan la idolatría y la codicia.

Podemos decir que es imposible para nosotros alcanzar el estándar de Dios; pero cuando Cristo vino como nuestro sustituto y fiador, fue como un ser humano. "No tomó sobre sí la naturaleza de los ángeles, sino que tomó sobre sí la simiente de Abraham". "Se hizo carne y habitó entre nosotros". Con su divinidad velada por la humanidad, vivió una vida de perfecta obediencia a la ley de Dios. "Fue tentado en todo según nuestra semejanza", para poder "socorrer a los que son tentados". Nos ha "dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia". ¿Acaso nosotros, por quienes él ha hecho y sufrido tanto, elegiremos nuestro propio camino antes que el de Dios?

Los que profesan conocer y amar a Dios tienen una gran responsabilidad. Como hijos e hijas obedientes de Dios, él espera que dejen brillar su luz, no con pretensiones y afirmaciones, sino con buenas obras, revelando al mundo con su piedad sencilla y elevada las exigencias vinculantes de la ley de Dios y el poder de Cristo para guardarlos de la transgresión. Pero cuando los que dicen amar a Dios revelan con sus obras que tienen poca idea de sus exigencias, Dios es deshonrado. Si pudieran verse a sí mismos como Dios los ve, si pudieran darse cuenta de lo lejos que están de cumplir la voluntad de Dios, se llenarían de terror de que sus vidas fueran cortadas en medio de su desobediencia.

"Este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos". "La ley del Señor es perfecta, que convierte el alma; el testimonio del Señor es seguro, que hace sabio al sencillo." "Recibid, pues, con mansedumbre la palabra injertada, que puede salvar vuestras almas". "Sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno es oidor de la palabra y no hacedor, semejante es al hombre que mira su rostro natural en un espejo; porque

mirándose a sí mismo, se va por su camino, y luego olvida qué clase de hombre era. Pero el que mira la perfecta ley de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en su obra."

La obediencia debe venir del corazón. Fue obra del corazón con Cristo. A medida que nos esforzamos por honrar a Dios, vendrán a nosotros desalientos; el enemigo tratará con todo su poder de hacernos desviar de lo recto; pero no necesitamos, por esto, abandonar la guerra contra el mal. Nuestro deber es vigilar cuidadosamente los puntos débiles de nuestro carácter, procurando por la gracia divina fortalecerlos. No hay nadie vivo que tenga algún poder que no haya recibido de Dios, y la fuente de donde vino está abierta al ser humano más débil. Si nos acercamos a Dios, fuente infalible de fortaleza, realizaremos el cumplimiento de la promesa: "Pedid y recibiréis." Si levantamos la cruz, dejando los resultados con Dios, que nos ha dado la ley que estamos tratando de cumplir, encontraremos que "todos los caminos del Señor son misericordia y verdad para los que guardan su pacto y sus testimonios."

Así como Cristo vivió la ley en la humanidad, así podremos hacerlo nosotros si nos aferramos al fuerte para fortalecernos. Al darnos cuenta de que no podemos hacer nada por nosotros mismos, recibiremos sabiduría de lo alto para honrar y glorificar a Dios. Y al contemplar "la gloria del Señor", seremos transformados en la misma imagen, "de gloria en gloria"; y en el último gran día recibiremos la bendición: "Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida, y entren por las puertas en la ciudad."

Sra. E. G. White

11 de marzo de 1897

"Amarás a tu prójimo"

EGW

"Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el primero y el gran mandamiento. Y el segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo".

La ley de Dios condena todo egoísmo, y está en desacuerdo con todo pensamiento y palabra malvados. Impone a los hombres y a las mujeres la bondad, la mansedumbre y la paciencia, la tierna protección de los intereses de los demás, que se reveló en la vida de nuestro Salvador. El que toma esta ley

como norma debe prestar cuidadosa atención a las palabras de Cristo: "Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos". Por la abnegación de corazón y de carácter, por un amor sincero a nuestros semejantes, podemos mostrar que nos esforzamos por honrar a nuestro Hacedor; pero si, encontrando dificultades de guardar los últimos seis preceptos de la ley, los transgredimos al no manifestar amor mutuo, por falta de palabras y acciones bondadosas, no podemos, con ninguna verdad, pretender estar prestando un servicio aceptable a Dios.

El que desea sinceramente cumplir la voluntad de Dios debe mirar diariamente la ley de Dios, el gran espejo moral, para poder verse a sí mismo como Dios lo ve. Pero con demasiada frecuencia los cristianos descuidan esto. El espejo no se mira tan constantemente como debiera, y nuestros defectos de carácter pasan inadvertidos. Se ignora el mandamiento: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo"; no respetamos los derechos de nuestros semejantes. El yo, altamente estimado, reclama reconocimiento, y escuchamos su voz, caminando lejos de aquellos a quienes deberíamos ayudar, sin tener en cuenta sus necesidades y aflicciones.

Muchos se disculpan por su debilidad espiritual, por sus arrebatos de pasión, por la falta de amor que muestran a sus hermanos. Tienen un sentimiento de alejamiento de Dios, una comprensión de su esclavitud al yo y al pecado; pero su deseo de hacer la voluntad de Dios se basa en su propia inclinación, no en la convicción profunda e interior del Espíritu Santo. Creen que la ley de Dios es obligatoria; pero no comparan sus acciones con esa ley con el ansioso interés de las almas atadas al juicio. Admiten que Dios debe ser adorado y amado supremamente, pero Dios no está en todos sus pensamientos. Creen que los preceptos que ordenan el amor al hombre, deben ser observados; pero tratan a sus semejantes con fría indiferencia, y a veces con injusticia. Así se apartan del camino de la obediencia voluntaria. No llevan suficientemente lejos la obra del arrepentimiento. El sentido de su mal debería llevarles a buscar a Dios con mayor fervor el poder de revelar a Cristo por medio de la bondad y la paciencia.

Se hacen muchos esfuerzos espasmódicos por reformarse, pero los que los hacen no se crucifican a sí mismos. No se entregan enteramente en las manos de Cristo, buscando el poder divino para hacer su voluntad. No están dispuestos a ser moldeados según la semejanza divina. En general, reconocen sus imperfecciones, pero no renuncian a los pecados particulares. "Hemos hecho lo que no debíamos hacer", dicen, "y hemos dejado sin hacer lo que debíamos hacer". Pero sus actos de egoísmo, tan ofensivos para Dios, no son vistos a la

luz de su ley. No expresan plena contrición por las victorias que el egoísmo ha obtenido.

El enemigo desea que se hagan estos esfuerzos espasmódicos, porque los que los hacen no emprenden una guerra decidida contra el mal. Un emplasto calmante, por así decirlo, se coloca sobre sus mentes, y en la autosuficiencia hacen un nuevo comienzo para hacer la voluntad de Dios.

Pero una convicción general de pecado no es reformadora. Podemos tener un sentido vago y desagradable de imperfección, pero esto no nos servirá de nada a menos que hagamos un esfuerzo decidido por obtener la victoria sobre el pecado. Si queremos cooperar con Cristo, vencer como él venció, debemos, en su fuerza, hacer la más decidida resistencia contra el yo y el egoísmo.

Las reformas genuinas del carácter no son comunes. Esto es un obstáculo en el camino del avance espiritual. ¿Qué obra se instituirá para purificar y limpiar al yo de su contaminación moral? ¿Qué se hará para despertar a los que confiesan su mal y, sin embargo, nunca abandonan su propio camino? Un hombre que ha profesado a Cristo ve que su vieja naturaleza egoísta se levanta y gana fuerza con cada mala acción. Sus pecados lo atan con grilletes de hierro, y se ve a sí mismo bajo la condenación de la ley. ¿Qué debe hacer? Cualquiera que sea su vocación o profesión, cualquiera que sea su rango o posición en la vida, ese hombre debe comprender en sí mismo la verdad de las palabras dichas a Nicodemo: "De cierto, de cierto te digo: Os es necesario nacer de nuevo". "El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios".

Hay muchos, demasiados, que dicen ser siervos de Dios, pero que no tienen un conocimiento experimental de él. Su reconocimiento de Cristo es engañoso, porque no tienen fe para creer que él les dará poder para vencer sus pecados. No lo reciben como su Salvador personal, y sus caracteres revelan defectos hereditarios y cultivados. Su conducta no está en armonía con la ley de Dios, sino influida por sus propias inclinaciones. El egoísmo los ata de pies y manos. Dios mira con dolor su esclavitud. Si se sometieran a su dirección, la luz de su santa Palabra brillaría en sus mentes por el poder del Espíritu Santo, convenciéndolos de pecado, de justicia y de juicio, de pecado, especialmente porque han pretendido hacer la voluntad de Dios y, sin embargo, la han descuidado. Si reciben a Cristo como su Salvador personal, sus pecados serán perdonados; porque la Palabra de Dios declara: "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda

maldad". De Cristo está escrito: "A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios."

Se puede enseñar y aceptar una teoría de la verdad, pero de nada sirve para salvar a menos que el poder divino de Dios se revele en la vida por medio de acciones desinteresadas y palabras bondadosas. ¿Está usted convertido? ¿Se revela Cristo en tu vida diaria? Ninguna teoría de la verdad te salvará; ninguna confesión parcial te servirá. Debes servir a Dios con todo tu corazón.

"Amaos los unos a los otros con amor fraterno", escribe Pablo, "con honor prefiriéndoos los unos a los otros". "Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. No os conozcáis a vosotros mismos, cómo Jesucristo está en vosotros, si no sois réprobos." "Así que, hermanos, somos deudores, no a la carne, para vivir según la carne. Porque si vivís según la carne, moriréis; pero si por el Espíritu mortificáis las obras del cuerpo, viviréis." "Si el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos mora en vosotros, el que resucitó a Cristo de entre los muertos vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros." "Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios."

Si los hombres y las mujeres examinan críticamente su conducta, midiéndola por la ley de Jehová, podrán ver que el pecado no se limita a las cosas que el mundo condena, sino que el egoísmo y la opresión, aun en el grado más pequeño, son pecados contra Dios. Verán que al ceder a sus inclinaciones y abstenerse de obedecer, se están privando de las más ricas bendiciones que Dios puede dar.

"Un mandamiento nuevo os doy -dijo Cristo-: que os améis unos a otros. Como yo os he amado, que también os améis los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis amor los unos a los otros." El que cumple con su deber para con el prójimo debe necesariamente amar a Dios supremamente; pero el que tiene poco amor por los que están en tinieblas, que tienen gran necesidad de la revelación del amor de Jesús, es señalado en los atrios del cielo como un moroso. Se le pesa en la balanza y se le encuentra faltó.

El amor a Dios debe estar presente en nuestra vida cotidiana. Entonces, y sólo entonces, podremos mostrar verdadero amor a nuestros semejantes. Cuando esto se hace, cuando Cristo es entronizado en nuestros corazones, manifestamos por nuestra vida diaria, por nuestra conversación, por nuestro interés desinteresado por los demás, por nuestro profundo amor por las almas, que somos hacedores de la Palabra de Dios. La realidad de nuestra conversación

está marcada por una profunda y ferviente piedad, que purifica el alma y trabaja incesantemente por el bien de los demás.

"Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios". "El amor no hace mal al prójimo; por tanto, el amor es el cumplimiento de la ley". "El fin de todas las cosas se acerca; sed, pues, sobrios, y velad en oración. Y sobre todo, tened entre vosotros ferviente caridad; porque la caridad cubrirá multitud de pecados."

Sra. E. G. White

18 de marzo de 1897

El sábado de la Biblia

EGW

Si la nación judía hubiera sido fiel a su confianza y hubiera comunicado al mundo la luz que tenía, habría seguido siendo la depositaria de la verdad de Dios. Dios había sacado a su pueblo de la cruel esclavitud de Egipto, y lo había exaltado ante las naciones que lo rodeaban. Fueron favorecidos con toda bendición temporal y espiritual. La presencia de Dios iba con ellos, envuelta en la columna de nube de día y en la columna de fuego de noche. Estaban bajo su tutela, y su amor y cuidado se manifestaban en protección y bendición. Pero fueron infieles; se rebelaron contra Dios, y transgredieron su santa ley pronunciada desde el monte Sinaí por su propia voz, y escrita en tablas de piedra por su propio dedo; y Dios envió a su Hijo para dar a conocer al mundo su carácter y las leyes de su reino.

"En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. El mismo estaba en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas; y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz resplandece en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron.... Aquella era la Luz verdadera, que alumbra a todo hombre que viene al mundo. Estaba en el mundo, y el mundo fue hecho por él, y el mundo no le conoció. Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron. Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios.... Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad.... Y de su plenitud tomamos todos, y gracia por gracia".

En el momento en que más se le necesitaba, Jesús, el Hijo de Dios, el Redentor del mundo, dejó a un lado su divinidad y vino a la tierra vestido de humanidad. Vino a vivir en su vida la santa ley de Dios, que había sido tergiversada y sepultada bajo la tradición humana y los mandamientos de los hombres. Las formas y las ceremonias se habían puesto en lugar de la Palabra de Dios, hasta que sus principios puros y santos estaban casi extinguidos.

Cristo vino como representante de Dios, la Luz del mundo. Su misión en la tierra era disipar, con sus rayos claros y luminosos, las tinieblas morales que envolvían al mundo. No hizo caso de las tradiciones y máximas de los hombres. Estas invenciones humanas se oponían al Evangelio del reino que había venido a establecer. Trató de eliminar de la ley la masa de basura con que los hombres la habían cubierto. De los sacerdotes y gobernantes dijo: "En vano me adoran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres".

En su Sermón de la Montaña, Cristo declaró: "No penséis que he venido a abrogar la ley o los profetas; no he venido a abrogar, sino a cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido."

Muchos cristianos profesantes de hoy están cerrando sus corazones y mentes al Sol de Justicia, cuyos rayos brillantes ahuyentarían la oscuridad y la niebla que allí existen. Rechazan la luz, y hacen los requerimientos y la voluntad de Dios de importancia secundaria. En lugar del día de descanso dado por Jehová, aceptan un sábado falso; adoran a un ídolo, y transgreden la santa ley de Dios al pisotear el sábado que él ha instituido y bendecido.

El objeto del sábado era beneficiar a toda la humanidad. Después de haber hecho el mundo en seis días, Dios descansó, y bendijo y santificó el día en que descansó de toda la obra que había creado y hecho. Apartó ese día especial para que el hombre descansara de su trabajo, a fin de que al contemplar la tierra por debajo y los cielos por encima, pruebas tangibles de la infinita sabiduría de Dios, su corazón se llenara de amor y reverencia hacia su Hacedor. Si el hombre hubiera guardado siempre el día que Dios ha bendecido y santificado, nunca habría habido un infiel en nuestro mundo; porque el sábado fue dado como un memorial de la obra del Creador; fue dado para que en ese día, en un sentido especial, el hombre pudiera apartar su mente de las cosas de la tierra para contemplar a Dios y su poderoso poder.

"Pero el Señor es el Dios verdadero, es el Dios vivo y Rey eterno; ante su ira temblará la tierra, y las naciones no podrán soportar su indignación. Así les

diréis: Los dioses que no hicieron los cielos y la tierra perecerán de la tierra y de debajo de estos cielos. El ha hecho la tierra con su poder, ha establecido el mundo con su sabiduría, y ha extendido los cielos con su discreción. Cuando él pronuncia su voz, hay multitud de aguas en los cielos, y hace subir los vapores de los confines de la tierra; hace relámpagos con la lluvia, y saca el viento de sus tesoros." Los paganos, en su ceguera, se inclinan ante ídolos de madera y piedra. "Estos son nuestros dioses", dicen. Pero en el cuarto mandamiento tenemos la prueba de que nuestro Dios es el Dios vivo y verdadero. En él está el sello de su autoridad: "Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas; porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, bendijo Jehová el día de reposo y lo santificó." En los cielos, que declaran la gloria de su Hacedor -el sol, brillando con su fuerza, dando vida y belleza a todas las cosas creadas; la luna y las estrellas, obras de sus manos-, vemos la superioridad del Dios que adoramos. Él es el Dios que "hizo los cielos y la tierra".

Se prometen grandes bendiciones a los que estiman en alto el sábado y se dan cuenta de las obligaciones que recaen sobre ellos en cuanto a su observancia: "Si apartares tu pie del sábado, de hacer tu voluntad en mi día santo, y llamares al sábado delicia, santo de Jehová, honroso; y le honrares, no haciendo tus caminos, ni hallando tu voluntad, ni hablando tus propias palabras, entonces te deleitarás en Jehová; y te haré cabalgar sobre las alturas de la tierra, y te apacentaré de la heredad de Jacob tu padre; porque la boca de Jehová lo ha dicho."

Cristo ordenó a sus seguidores: "Escudriñad las Escrituras, porque en ellas pensáis que tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí". Pedro nos exhorta: "Santificad a Dios el Señor en vuestros corazones; y estad siempre preparados para responder con mansedumbre y temor a todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros." La tierra misma no está más entretejida de vetas de oro y de cosas preciosas que la Palabra de Dios. Es el campo de la revelación, el almacén de las inescrutables riquezas de Cristo. Las verdades contenidas en ella son como un tesoro escondido en un campo; el cual cuando un hombre lo encuentra, de gozo va y vende todo lo que tiene, y compra ese campo, para escudriñar cada parte de él, y hacerse dueño de su tesoro.

Ese campo es la Palabra de Dios; y hay que escudriñarla antes de poder sacar a la luz sus cosas preciosas. Pero por la gracia de Dios, y la iluminación de su Espíritu Santo, podemos hacernos poseedores de su tesoro escondido. Entonces escudriñemos las Escrituras diariamente, como lo hicieron los nobles bereanos de los días de Pablo, para averiguar si estas cosas son así, y estemos dispuestos a recibir "con toda prontitud de mente" la pura Palabra de Dios.

Sra. E. G. White

25 de marzo de 1897

El misterio de Dios

EGW

"A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me ha sido dada esta gracia de predicar entre los gentiles las inescrutables riquezas de Cristo, y hacer ver a todos cuál es la comunión del misterio que desde el principio del mundo estuvo oculto en Dios, quien creó todas las cosas por Jesucristo, a fin de que ahora sea conocida por la iglesia la multiforme sabiduría de Dios a los principados y potestades en los lugares celestiales." "De lo cual yo soy hecho ministro, según la dispensación de Dios que me ha sido dada para con vosotros, para que se cumpla la palabra de Dios; el misterio que ha estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos, a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; el cual es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria, a quien anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre, para lo cual también trabajo, luchando según la operación de él, la cual actúa poderosamente en mí."

¿Qué es este misterio del que Pablo escribe a los Efesios y a los Colosenses, diciendo que le fue dado para cumplir la palabra de Dios, el misterio "que ha estado oculto desde los siglos y desde las generaciones"? Una traducción dice: "que ha estado guardado en silencio desde los siglos eternos".

Muchos se han esforzado por definir el misterio que Pablo menciona aquí. Pero abarca mucho, y nuestras ideas respecto al amor, la bondad y la compasión de Dios son extrañamente limitadas. Debido a que nuestro conocimiento de las cosas espirituales se ha empequeñecido y debilitado tanto, no hemos avanzado de la luz a una luz mayor. El Señor no ha podido abrir a nuestro entendimiento

muchas cosas preciosas. En vista de las pérdidas que hemos sufrido por nuestra terrenalidad y vulgaridad, tenemos mucho que nos hace humildes.

Dios conocía los acontecimientos del futuro, incluso antes de la creación del mundo. No hizo que sus propósitos se ajustaran a las circunstancias, sino que permitió que las cosas se desarrollaran y funcionaran. No obró para producir una determinada condición de las cosas, sino que sabía que tal condición existiría. El plan que debía llevarse a cabo en caso de deserción de cualquiera de las altas inteligencias del cielo, éste es el secreto, el misterio que ha estado oculto desde los siglos. Y en los propósitos eternos se preparó una ofrenda para realizar la misma obra que Dios ha hecho por la humanidad caída.

Pablo fue llevado al tercer cielo, y allí vio y oyó cosas que a un hombre no le es lícito decir. Se le revelaron misterios que habían permanecido ocultos durante siglos, y se le dio a conocer todo lo que pudo soportar acerca de las obras de Dios y de sus tratos con las mentes humanas. El Señor dijo a Pablo que debía predicar entre los gentiles las inescrutables riquezas de Cristo. La luz debía ser dada a los gentiles. Este es un misterio que había estado oculto durante siglos.

Los judíos habían crecido en la creencia de que todo lo relacionado con los gentiles estaba maldito y era impuro. Los prejuicios habían levantado el muro de la nacionalidad y el aislamiento religioso. Pero Dios mismo instruyó a Pablo que su trabajo era presentar a Cristo a los gentiles. La gran obra de la redención debía ser llevada ante todas las naciones, tribus, lenguas y pueblos. A causa de su desobediencia, los judíos fueron desgajados del olivo, y aquellos de entre los gentiles que aceptaran a Cristo como su Salvador debían ser injertados en el buen olivo, y hechos uno con las ramas originales. Pero en ningún caso deben jactarse de ello, no sea que sean desgajados como lo fueron las ramas naturales.

Los gentiles no sabían nada de la circuncisión, pero debían ser traídos bajo el pacto de gracia dado a Abraham. El Señor habló con Pablo, y le dijo que las bendiciones dadas a la nación judía eran dadas igualmente a los gentiles. Y Pablo les escribe: "Por tanto, acordaos de que vosotros, siendo en otro tiempo gentiles en la carne, llamados incircuncisión por la llamada circuncisión en la carne hecha por manos humanas, en aquel tiempo estabais sin Cristo, siendo extranjeros de la comunidad de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo; pero ahora, en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo."

La encarnación de Cristo es un misterio. La unión de la divinidad con la humanidad es un misterio en verdad, oculto para Dios, "el misterio que ha

estado oculto desde los siglos". Guardado en eterno silencio por Jehová, fue revelado por primera vez en el Edén, por la profecía de que la Simiente de la mujer heriría a la serpiente en la cabeza, y que ésta le heriría en el calcañar. Presentar al mundo este misterio que Dios mantuvo en silencio durante edades eternas antes de que el mundo fuera creado, antes de que el hombre fuera creado, era la parte que Cristo debía actuar en la obra que emprendió cuando vino a esta tierra. Y este maravilloso misterio, la encarnación de Cristo y la expiación que hizo, debe ser declarado a todo hijo e hija de Adán, ya sea judío o gentil. Sus sufrimientos cumplieron perfectamente las exigencias de la ley de Dios. Ninguno de los apóstoles podría haber llenado la deficiencia, si la hubiera habido.

Dios nos ha dado advertencias a las que debemos prestar atención si queremos escapar de los peligros de los últimos días. Las tentaciones, feroces y fuertes, nos pondrán a prueba. El enemigo se esforzará por arrebatar nos la esperanza de la vida eterna. Si no estamos creciendo en Cristo, nuestra cabeza viviente, estamos creciendo en desconfianza e incredulidad, y estamos dando nuestra lealtad al mundo.

Desde la promesa dada en el Edén, Dios ha revelado sus misterios por medio de sus profetas. Según el mandato del Dios eterno, han sido dados a conocer a todas las naciones. Dios, que es rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, aun cuando estábamos muertos en delitos y pecados, nos dio vida juntamente con Cristo, y nos resucitó para que nos sentáramos juntos en los lugares celestiales con él, "para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia, en su bondad para con nosotros por medio de Cristo Jesús."

Pero aún quedan muchos misterios por desvelar. ¡Cuánto de lo que se reconoce como verdad es misterioso e inexplicable para la mente humana! ¡Cuán oscuras parecen las disposiciones de la Providencia! ¡Cuán necesaria es la fe implícita y la confianza en el gobierno moral de Dios! Estamos dispuestos a decir con Pablo: "¡Cuán inescrutables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!"

Ahora no estamos suficientemente avanzados en los logros espirituales para comprender los misterios de Dios. Pero cuando formemos la familia del cielo, estos misterios se desplegarán ante nosotros. De los miembros de esa familia escribe Juan: "Ya no tendrán hambre, ni sed; ni el sol brillará sobre ellos, ni calor alguno. Porque el Cordero que está en medio del trono los apacentará, y

los conducirá a fuentes de aguas vivas; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos." "Y verán su rostro; y su nombre estará en sus frentes."

Entonces se revelará mucho en explicación de los asuntos sobre los que Dios ahora guarda silencio porque no hemos recogido y apreciado lo que se ha dado a conocer de los misterios eternos. Se aclararán los caminos de la Providencia; se revelarán los misterios de la gracia por medio de Cristo. Se explicará lo que la mente no puede comprender ahora, lo que es difícil de entender. Veremos el orden en lo que parecía inexplicable; la sabiduría en todo lo retenido; la bondad y la misericordia en todo lo impartido. La verdad se desplegará a la mente libre de oscuridad, en una sola línea, y su brillo será soportable. El corazón cantará de alegría. Se acabarán para siempre las controversias y se resolverán todas las dificultades.

Sra. E. G. White

1 de abril de 1897

"Ve a trabajar hoy a mi viña"

EGW

"Trabajad en vuestra salvación con temor y temblor; porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, según su beneplácito. Hacedlo todo sin murmuraciones ni contiendas, para que seáis irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin mancha, en medio de una nación torcida y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminarias en el mundo." "Porque en Jesucristo ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor."

En nuestros esfuerzos por la salvación, sólo somos responsables ante Dios. El perdón de nuestros pecados sólo es posible gracias al sacrificio expiatorio de Jesús. Él murió por nosotros; y esto nos ha unido a Dios en continua dependencia. Quien desea el perdón debe presentar sus oraciones a Dios, confiando en los méritos de Jesucristo, único mediador entre Dios y los hombres. La confesión no debe hacerse a través de ningún cauce humano, como sacerdote o Papa; debe presentarse a Dios, que ha entregado a Jesús como sacrificio por los pecados del mundo. Y si confesamos nuestros pecados con humildad y contrición, recibimos pleno perdón. "Yo Jesús he enviado a mi ángel para que os dé testimonio de estas cosas en las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, y la estrella resplandeciente de la mañana. Y el Espíritu y la esposa

dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tenga sed, que venga. Y el que quiera, que tome del agua de la vida gratuitamente".

Pero el hecho de que recibamos el perdón por la gracia de Jesucristo, no nos libera de tomar parte en la lucha por la vida inmortal. Hay muchos falsos maestros en el mundo de hoy que enseñan que la sola creencia es necesaria para la salvación. Estos crecen en popularidad porque agradan a la gente. Falsas doctrinas son recibidas en lugar de la verdad. Se muestra una fe espuria en lugar de la fe que obra por el amor y purifica el alma.

Pero la primera ley del cielo es la obediencia en todas las cosas. Por la creación y por la redención somos propiedad de Dios, y debemos someternos a la obra de su Espíritu Santo, cooperando con él, pero sin intentar obrarla nosotros mismos. Bajo su guía, nuestro corazón se vuelve contrito. Nuestras almas no se elevan en vanidad, sino que se humillan ante Dios.

Cuando la mente y el corazón se rinden en perfecta obediencia a Dios, sentimos un arrepentimiento que no necesita ser arrepentido. El corazón obstinado es subyugado. El cambio del que Cristo habló a Nicodemo cuando dijo: "Os es necesario nacer de nuevo", se realiza en nosotros. Pero esta lección sólo podemos aprenderla de Dios. No basta que se reforme la conducta exterior, mientras el pecado se abriga y se consiente en el corazón. El cambio debe comenzar en el corazón y obrar hacia afuera.

El arrepentimiento de los que buscan verdaderamente el perdón les llevará a trabajar por Cristo. Será una gracia viva, operante y transformadora. Aquellos que sientan este arrepentimiento lo revelarán en sus vidas. Cada poder de la mente, del alma y del cuerpo será puesto en obediencia a Cristo. La sinceridad de sus oraciones será probada por sus esfuerzos para servir a Dios. Este cambio, de la injusticia a la justicia, se efectúa mediante la cooperación con Dios.

"Esta es la vida eterna", dijo Cristo, en su oración a su Padre, "que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado." Pero no podemos obtener un conocimiento de Dios y de Jesucristo si descuidamos el estudio de las Escrituras. La mente es posesión comprada de Dios. Este don debe ser apreciado por nosotros, y usado como una casa de tesoro, en la cual almacenar el conocimiento de Dios. Necesitamos pensar mucho mientras trabajamos para Dios. El salmista dice: "Pensé en mis caminos, y volví mis pies a tus testimonios". Dios quiere que almacenemos nuestras mentes con los principios de su santa palabra, para que sepamos "lo que dice el Señor". Quiere que entrenemos nuestras mentes para luchar con las dificultades, exigiéndoles

que recuerden las Escrituras hasta que recordar ya no sea una imposibilidad, hasta que la palabra de Dios sea para nosotros un todo armonioso. Si la mente recibe habitualmente tareas difíciles, adquiere eficacia y poder.

Entrena tu mente para escudriñar las Escrituras. Así podrás conocer a Dios y obrar tu propia salvación. Llénala con la verdad divina. Entonces estará en perfecta armonía con el corazón, que, limpio de todo egoísmo y contaminación moral, se regocija en rendir homenaje a la ley de Dios.

"Es necesario que yo trabaje las obras del que me envió, mientras es de día", dijo Cristo; "llega la noche, cuando nadie puede trabajar". Este es el ejemplo que Cristo nos ha dejado para que lo sigamos. Era la Majestad del cielo, el Rey de la gloria, pero vino a la tierra y se dedicó a hacer el bien. Fue el Maestro más grande que el mundo haya conocido. Tierno, compasivo, siempre considerado con los demás, representaba el carácter de Dios, y siempre estaba comprometido en su servicio. Y así como Jesús fue en carne humana, así Dios quiere que sean sus seguidores.

"Somos colaboradores de Dios", declara Pablo, escribiendo por inspiración del Espíritu Santo. En la lucha contra el mal, debemos poner a prueba cada músculo, ejercitando cada cualidad dada por Dios para el bien, a fin de que podamos resistir la tentación y avanzar paso a paso en la vida cristiana. Salvados en la indolencia, en la inactividad, nunca podemos estar. No es posible que vayamos a la deriva al cielo. Ningún perezoso puede entrar allí. Si no nos esforzamos por ganar una entrada en ese reino, si no buscamos seriamente aprender lo que constituyen sus leyes, no somos aptos para tomar parte en él. Los que entran allí deben ser siervos leales y fieles de Dios, uniéndose a Cristo, trabajando sus obras, venciendo como él venció, luchando día tras día con tendencias hereditarias y cultivadas al mal, que deben ser crucificadas a menudo.

Deben ser "obreros junto con Dios", incansables en la oración, con la mente constantemente dirigida hacia el cielo en busca de la asistencia del Espíritu Santo, utilizando al mismo tiempo todos los medios que Dios ha provisto para su ayuda.

Si quieres trabajar como Cristo trabajó, si quieres vencer como él venció, acude directamente a él en busca de la ayuda necesaria para dominar las inclinaciones de la mente carnal y las pasiones del corazón natural. Resiste toda indulgencia pecaminosa, toda inclinación a gratificar deseos equivocados, recordando que

Cristo es todo y en todos, y que es capaz de hacer "todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos."

Como agentes de Jesús debemos trabajar para él. ¿Por qué, entonces, tantos actúan como Meroz, sin hacer nada, mientras los que están sentados en las tinieblas no reciben luz ni ayuda de los hijos de Dios? ¿Cuánto se parecen estos holgazanes al ángel que se representa volando en medio del cielo, proclamando los mandamientos de Dios y la fe de Jesús? A esos holgazanes del mercado, Cristo les dice: "Id hoy a trabajar en mi viña". Los ángeles que ministran a los que serán herederos de la salvación están diciendo a cada uno: "Hay trabajo para que hagas". "Ve, ponte de pie y habla .. a la gente todas las palabras de esta vida". Si los destinatarios atendieran a este mandato, difundiendo el conocimiento que tienen y presentando a Cristo como el único Mediador, el Señor prepararía su camino ante ellos.

El corazón de los que trabajan con Cristo debe latir al unísono con el corazón de Cristo. Deben estar enteramente consagrados a su servicio, dispuestos a cumplir sus órdenes, a ir adonde los conduzca su Providencia, a pronunciar las palabras que Él les dé que pronuncien. Al realizar este trabajo, sus facultades espirituales se despiertan y se dinamizan. Sabiendo que están en armonía con Dios, se sienten alegres y felices. Bajo la guía del Espíritu Santo, obtienen una experiencia que les resulta inestimable. Sus facultades intelectuales y morales alcanzan su máximo desarrollo, pues la gracia se da en respuesta a la demanda.

Como Dios dijo a Moisés, así nos dice a nosotros: "Sigue adelante". Hemos de dar a los demás las inescrutables riquezas de Cristo, obrando con fe y comprendiendo nuestra responsabilidad como agentes humanos de Dios, a quienes ha encomendado esta obra. En el servicio de Dios encontraremos obstáculos y dificultades. Pero esto no debe desanimarnos. Los acontecimientos pertenecen a Dios, y sus siervos encontrarán dificultades y oposición; porque éstos son sus métodos escogidos de disciplina, y sus condiciones señaladas de progreso y éxito seguros. A pesar de las pruebas, haz la obra que Dios te ha dado con sinceridad y fe, para que tu carácter se forme según el modelo divino. "He aquí que vengo pronto, dijo Cristo, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según su obra". Él dará a todos según sus obras. "A los que, perseverando en el bien, buscan gloria, honra e inmortalidad, les dará la vida eterna; pero a los contenciosos, que no obedecen a la verdad, sino a la injusticia, indignación e ira..... sino gloria, honra y paz a todo hombre que obra el bien".

Sra. E. G. White

8 de abril de 1897

Cristo dador de vida

[Reproducido íntegramente en Mensajes selectos 1:296-300].

"En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. El mismo estaba en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas; y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz en las tinieblas resplandece; y las tinieblas no la comprendieron". El mundo no vio divinidad en el humilde Hombre de Nazaret. El Hijo unigénito del Dios infinito estaba en el mundo, y los hombres no lo conocían en su verdadero carácter.

"En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres". No es la vida física lo que aquí se especifica, sino la inmortalidad, la vida que es propiedad exclusiva de Dios. El Verbo, que estaba con Dios y era Dios, tenía esta vida. La vida física es algo que recibe cada individuo. No es eterna ni inmortal, pues Dios, el dador de vida, la vuelve a tomar. El hombre no tiene control sobre su vida. Pero la vida de Cristo no era prestada. Nadie puede arrebatarse esta vida. "La pongo de mí mismo", dijo. En él había vida, original, no prestada, subyacente. Esta vida no es inherente al hombre. Sólo puede poseerla a través de Cristo. No puede ganarla; se le da como un don gratuito si cree en Cristo como su Salvador personal. "Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado". Esta es la fuente abierta de vida para el mundo.

Dando su encargo a Timoteo, Pablo dice: "Pero tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas, y sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre. Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna, a la cual también has sido llamado, y has profesado buena profesión delante de muchos testigos. Te encargo ante Dios, que da vida a todas las cosas, y ante Cristo Jesús, que ante Poncio Pilato fue testigo de una buena confesión, que guardes este mandamiento sin mancha, irreprochable, hasta la aparición de nuestro Señor Jesucristo; el cual en sus tiempos mostrará, que es el bendito y único Potentado, el Rey de reyes, el Señor de señores; el único que tiene inmortalidad, que habita en la luz a la cual ningún hombre puede acercarse; a quien ningún hombre ha visto, ni puede ver; a quien sea la gloria y el poder eternos."

Escribiendo de nuevo, Pablo dice: "Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. Pero por esto alcancé misericordia, para que Jesucristo mostrase en mí primero toda longanimidad, por ejemplo a los que en adelante creyesen en él para vida eterna. Y al Rey eterno, inmortal, invisible, el único sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos."

Cristo "sacó a la luz la vida y la inmortalidad por medio del Evangelio". Ningún hombre puede tener una vida espiritual independiente de él. El pecador no es inmortal; porque Dios ha dicho: "El alma que pecare, esa morirá". Esto significa todo lo que expresa. Va más allá de la muerte que es común a todos; significa la muerte segunda. Los hombres se echan atrás ante esto, diciendo: ¿Queréis hacer del hombre no más que una bestia? Se piensa que esto es degradante. Pero, ¿qué es lo que eleva al hombre a los ojos de Dios? ¿Es su acumulación de dinero? -No; porque Dios declara: El oro y la plata son míos. Si el hombre abusa de los tesoros que le han sido confiados, Dios puede dispersarlos más rápido de lo que el hombre puede reunirlos. El hombre puede tener un intelecto brillante; puede ser rico en la posesión de dotes naturales. Pero todo esto se lo ha dado Dios, su Hacedor. Dios puede quitarle el don de la razón, y en un momento el hombre se volverá como Nabucodonosor, degradado al nivel de las bestias del campo. Dios hace esto porque el hombre actúa como si su sabiduría y su poder hubieran sido obtenidos independientemente de él.

El hombre es sólo mortal, y mientras se sienta demasiado sabio para aceptar a Jesús, seguirá siendo sólo mortal. Los hombres han hecho cosas maravillosas en el mundo intelectual, pero ¿quién les dio poder para hacer esto? -El Señor Dios de los ejércitos. Si en su fantástica eficiencia los hombres triunfan a causa de su propio poder, y se glorifican a sí mismos, siguiendo el ejemplo del mundo antediluviano, perecerán. La imaginación de esa raza longeva sólo era mala, y eso continuamente. Fueron sabios para hacer el mal, y la tierra se corrompió bajo sus habitantes. Si se hubieran relacionado con Aquel que es infinito en sabiduría, podrían haber hecho cosas maravillosas con la capacidad y los talentos que Dios les dio. Pero, apartándose de Dios, optaron por seguir el ejemplo de Satanás, como hacen muchos hoy en día; y el Señor los barrió de la tierra, con todo su presumido conocimiento.

La humanidad puede ser exaltada por el mundo por lo que ha hecho. Pero el hombre puede rebajarse muy rápidamente a los ojos de Dios aplicando mal y apropiándose indebidamente de los talentos que le han sido confiados, los cuales, si se usaran correctamente, lo elevarían. Aunque el Señor es paciente y

no quiere que nadie perezca, de ningún modo exculpará a los culpables. Que todos presten atención a las palabras del Señor. "¿Por qué dais coces a mi sacrificio y a mi ofrenda, que yo he mandado en mi morada, y honráis a vuestros hijos más que a mí, para engordaros con la principal de todas las ofrendas de Israel mi pueblo? Por eso el Señor, Dios de Israel, dice: En verdad dije que tu casa y la casa de tu padre andarían delante de mí para siempre; pero ahora el Señor dice: Lejos de mí; porque a los que me honran yo los honraré, y los que me desprecian serán tenidos en poca estima."

Dios honra a los que le obedecen. "El Señor me recompensó conforme a mi justicia", dijo David; "conforme a la limpieza de mis manos me ha recompensado. Porque he guardado los caminos del Señor, y no me he apartado impiamente de mi Dios. Porque todos sus juicios estaban delante de mí, y no aparté de mí sus estatutos."

Sólo el creyente en Cristo puede recibir la vida eterna. Sólo alimentándonos continuamente de la carne y la sangre de Cristo podemos tener la seguridad de que somos partícipes de la naturaleza divina. Nadie debe ser indiferente sobre este tema, diciendo: Si somos honestos, no importa lo que creamos. No puedes renunciar con seguridad a ninguna semilla de la verdad vital para complacerte a ti mismo o a cualquier otra persona. No busques evitar la cruz. Si no recibimos luz del Sol de Justicia, no tenemos conexión con la Fuente de toda luz; y si esta vida y luz no permanecen en nosotros, nunca podremos ser salvos.

Dios ha hecho todas las provisiones para que Su propósito en la creación del hombre no sea frustrado por Satanás. Después que Adán y Eva trajeron la muerte al mundo por su desobediencia, se proveyó un costoso sacrificio para la raza humana. Se les asignó un valor superior al que poseían originalmente. Al dar a Cristo, su Hijo unigénito, como rescate por el mundo, Dios dio todo el cielo.

La aceptación de Cristo da valor al ser humano. Su sacrificio lleva vida y luz a todos los que aceptan a Cristo como su Salvador personal. El amor de Dios por Jesucristo se derrama en el corazón de cada miembro de su cuerpo, llevando consigo la vitalidad de la ley de Dios Padre. Así Dios puede habitar con el hombre, y el hombre puede habitar con Dios. Pablo declaró: "Con Cristo estoy juntamente crucificado; mas vivo, y no yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí."

Si por la fe el hombre se hace uno con Cristo, puede ganar la vida eterna. Dios ama a los redimidos por Cristo, como ama a su Hijo. ¡Qué pensamiento! ¿Puede Dios amar al pecador como ama a su propio Hijo? Sí; Cristo lo ha dicho, y quiere decir exactamente lo que dice. Él honrará todos nuestros proyectos si nos aferramos a su promesa por fe viva, y ponemos nuestra confianza en él. Míralo y vive. Todos los que obedecen a Dios están abrazados en la oración que Cristo ofreció a su Padre: "Yo les he declarado tu nombre, y lo declararé; para que el amor con que me has amado esté en ellos, y yo en ellos". Maravillosa verdad, ¡demasiado difícil de comprender para la humanidad!

Cristo declara: "Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás". "Y ésta es la voluntad del que me envió: que todo el que vea al Hijo y crea en él tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el último día." "En verdad, en verdad os digo: El que cree en mí tiene vida eterna." "Si no coméis la carne del Hijo del hombre y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, así también el que me come vivirá por mí. Este es el pan que ha bajado del cielo; no como vuestros padres comieron el maná, y están muertos; el que come de este pan vivirá para siempre." "El espíritu es el que vivifica; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os hablo son espíritu y son vida."

Sra. E. G. White

15 de abril de 1897

Cristo restaurador

EGW

"Y saldrá una vara del tronco de Isaí, y un vástago de sus raíces; y reposará sobre él el Espíritu del Señor, espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de temor del Señor, y lo hará pronto de entendimiento en el temor del Señor; Y no juzgará según la vista de sus ojos, ni reprenderá según el oído de sus oídos; sino que con justicia juzgará a los pobres, y reprenderá con equidad a los mansos de la tierra; y herirá la tierra con la vara de su boca, y con el aliento de sus labios matará a los impíos. Y la justicia será el cinto de sus lomos, y la fidelidad el ceñidor de sus riendas."

Antes del primer advenimiento de Cristo, el mundo parecía haberse convertido en la tumba de toda piedad. Era el asiento de Satanás; el hombre estaba en poder del gran apóstata, recibiendo impotente sus mentiras de Dios y de Cristo como verdad. Los ángeles celestiales contemplaban el mundo contaminado por el pecado bajo sus habitantes, y pensaban cuánto más fácil sería exterminarlo que reformarlo. Pero el mismo Hijo de Dios vino a obrar una reforma.

Los concilios del Cielo decidieron que Cristo, el gran Maestro, debía venir por sí mismo al mundo. Dios había hablado a través de la naturaleza, a través de tipos y símbolos, a través de patriarcas y profetas. Las lecciones debían darse a la humanidad en el lenguaje de la humanidad. El mensajero de la alianza, el Sol de Justicia, debía surgir sobre el mundo. Su voz debe ser oída en su propio templo. Cristo debe venir a pronunciar palabras que sean clara y definitivamente comprendidas. Él, el Autor de la verdad, debía separar la verdad de la paja de la palabra del hombre, que la había hecho ineficaz. Los principios del gobierno moral de Dios y el plan de redención debían definirse claramente. Las lecciones del Antiguo Testamento debían ser expuestas plenamente ante los hombres.

"Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo". La terrible necesidad del hombre exigía ayuda sin demora. Un ilustre maestro, el Hijo de Dios. El Verbo eterno vino a nuestro mundo para ganarse la confianza de la humanidad. El profeta que había sido revelado a Moisés, semejante a sus hermanos, a quien debían escuchar en todo, vino como Redentor del hombre. Oíd, cielos, y asombraos, tierra, pues el instructor designado del hombre era nada menos que el Hijo de Dios.

Aunque la rebelión se había extendido por todo su dominio, aunque la corrupción y el desafío podían verse en cada parte de la provincia extranjera, Dios dio a su Hijo amado para su recuperación, para que cada hijo e hija de Adán pudiera salvarse. Cristo no vino a barrer de la faz de la tierra a los agentes vivientes del mal; vino con una embajada de misericordia. Él tomó la pena de la transgresión del hombre sobre su propia alma divina.

La profecía ha delineado claramente la obra de Cristo. "El Espíritu del Señor Dios está sobre mí, porque el Señor me ha ungido para anunciar buenas nuevas a los mansos; me ha enviado a vendar a los quebrantados de corazón, a pregonar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel; a pregonar el año agradable del Señor, y el día de venganza de nuestro Dios; para consolar a todos los enlutados; para señalar a los que lloran en Sión; para darles belleza en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alabanza en lugar del espíritu

afligido; para que sean llamados Árboles de justicia, Plantación del Señor, para que él sea glorificado." "He aquí mi siervo, a quien sostengo; mi elegido, en quien se deleita mi alma; he puesto mi Espíritu sobre él; él traerá juicio a los gentiles. No clamará, ni se alzarán, ni hará oír su voz en la calle. No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humea; traerá juicio a la verdad. No desfallecerá ni se desanimará, hasta que ponga juicio en la tierra, y las islas esperen su ley."

Dios no quiso que su maravilloso plan de redención del hombre alcanzara sólo resultados insignificantes. ¿Qué podría ser más grande y más costoso que el plan de redención? Toda la fuerza celestial se alista en la gran obra de elevar, refinar y santificar el alma humana. El poder divino se ejerce para salvar y no para destruir la obra de las manos de Dios. Toda esta estupenda maquinaria se pone en movimiento para salvar a los hombres del ejército de Satanás, de la esclavitud del pecado, y para conducirlos a alistarse en la obra de la salvación.

Cristo era el resplandor de la gloria de su Padre. Cuando comenzamos a trazar la grandeza del plan de la redención, sentimos la pobreza y la debilidad de las palabras humanas. El intelecto más poderoso sólo puede sentir su vacío cuando trata de comprender estos grandes temas. Individualmente necesitamos fe, porque la sabiduría humana no es más que ignorancia. Nuestro entendimiento es demasiado débil para penetrar en el misterio de la encarnación, Dios manifestado en Cristo, su Hijo unigénito.

Al contemplar este tema, Pablo se sintió oprimido por su peso, su grandeza, su incomprensible magnitud. "A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, se me ha dado esta gracia -escribe- de predicar entre los gentiles las inescrutables riquezas de Cristo, y de hacer ver a todos cuál es la comunión del misterio, que desde el principio del mundo estuvo oculto en Dios, el cual creó todas las cosas por Jesucristo." "Por esto doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda la familia del cielo y de la tierra, para que os conceda, según las riquezas de su gloria, ser fortalecidos con poder por su Espíritu en el hombre interior; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios."

En Cristo Dios contempló el reflejo de su propia imagen. Dios se manifestó en la carne debido a la total identidad de su carácter con el carácter de Cristo. Que

Dios se manifestara así en la carne fue una maravilla para la hueste celestial, "misterio oculto desde los siglos y edades". Pero tan pronto como la luz se reveló en el mundo, fue asaltada por todas las energías de la apostasía. El gran apóstata trabajó con una feroz determinación para destruir al campeón de Dios y de la verdad. Con su banda del mal, determinó mediante un acto desesperado cortar toda comunicación entre el mundo y el cielo. Se confabuló con los sacerdotes y gobernantes de la nación judía para matar a Cristo; y cuando se hizo la pregunta al pueblo en el juicio de Cristo: "¿Qué haré, pues, con Jesús, llamado Cristo?", gritaron con el corazón lleno de frenesí: "Que sea crucificado". Con una sola voz hicieron su elección entre Barrabás, el ladrón y asesino, y Cristo, el Hijo de Dios.

¡Qué espectáculo para el universo celestial! Desde las cortes celestiales los ángeles observaban cada movimiento con intenso interés. Vieron a su Comandante en manos de un poder despiadado. Vieron su agonía en el Huerto de Getsemaní. Lo vieron insultado, burlado, escarnecido, azotado. Lo vieron tambalearse bajo el peso de su propia cruz, desmayarse, morir según todas las apariencias. Sin embargo, el Dios del cielo no les ordenó que rompieran filas y acudieran en ayuda del divino Sufriente. Lo vieron colgado de la cruz en vergonzosa humillación y agonía. ¿Qué recibiría el hombre por esta obra satánica?

Se ha hecho una provisión completa para que el hombre se convierta en uno con Jesucristo. La vida y la inmortalidad salen a la luz por medio de Cristo. La verdad ha de dejar una profunda huella en la mente y el carácter. A medida que vemos a Cristo y contemplamos su carácter, y nos identificamos con él, conocemos a Dios. Nuestro conocimiento de Dios se mide por nuestro conocimiento de Cristo.

La elevación del hombre no se mide por su conocimiento de las cosas mundanas, sino por su conocimiento de la única cosa necesaria para la salvación. Puede ser levantado de su degradación si acepta a Jesús, el designado, que puede salvar por completo a todos los que vienen a él. Pero si piensa que al recibir a Cristo está dando un paso hacia abajo, ya está abajo. Cae como cayó Adán. Al igual que la nación judía, rechaza la única provisión mediante la cual el hombre puede ser liberado del poder tiránico de Satanás, y exaltado como Dios quiso que fuera.

Si nos apartamos de Jesucristo, negándonos a hacer de él nuestro Salvador personal, las palabras de Pablo son aplicables a nosotros: "Porque si la palabra

dicha por los ángeles fue firme, y toda transgresión y desobediencia recibió justa retribución, ¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos tan grande salvación; la cual al principio comenzó a ser dicha por el Señor, y nos fue confirmada por los que le oyeron". Dios entregó a su Hijo a una muerte vergonzosa, por la salvación del mundo; y la grandeza del pecado de descuidar la salvación así puesta al alcance del hombre es proporcional a la grandeza de la ofrenda. ¡Cuánto cuidado debe tener todo ser humano de no menospreciar esta salvación! ¿Cómo se atreve alguien a jugar con sus intereses eternos? Tal negligencia niega a Cristo, rechaza sus ofertas de misericordia y arroja escarnio y desprecio sobre el Salvador.

22 de abril de 1897

Jesús en el pozo de Sicar

El agua de la vida

EGW

Como Redentor del mundo, el Hijo de Dios asumió nuestra naturaleza humana. Se humilló a sí mismo, cubriendo su divinidad con la humanidad, para poder compartir en su vida terrena las experiencias de los pobres, los oprimidos y los sufrientes del género humano. Estaba sujeto a las debilidades de la humanidad, y mientras viajaba de Judea a Galilea, estaba cansado por el trabajo y el viaje. Hambriento y sediento, se detuvo a descansar en el pozo de Jacob, cerca de la ciudad de Sicar, mientras sus discípulos iban a comprar comida a la ciudad. El que se había sometido a la humanidad era la Majestad del cielo, el Creador de todo don bueno y perfecto. Al entregarse para redimir nuestro mundo, Cristo se dio a sí mismo como sacrificio vivo. Se despojó de sus altas prerrogativas, dejó sus mansiones de gloria, su trono y su alto mando, y se hizo pobre, para que nosotros, por su pobreza, nos enriqueciéramos.

Mientras Jesús estaba sentado junto al pozo, el agua fresca y refrescante, tan cercana y sin embargo tan inaccesible para él, no hacía sino aumentar su sed. No tenía cuerda ni cubo con que sacar agua, y esperó a que alguien se acercara al pozo. Si hubiera querido, podría haber obrado un milagro y haber sacado agua del pozo; pero éste no era el plan de Dios. No debía permitirse que nada lo separara de la suerte de la humanidad, que había asumido voluntariamente.

"Vino una mujer de Samaria a sacar agua; Jesús le dijo: Dame de beber". La mujer respondió: "¿Cómo es que tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que

soy mujer de Samaria? porque los judíos no tienen trato con los samaritanos." Cristo estaba cerca de la mujer de Samaria, y ella no lo conocía. Ella tenía sed de la verdad, pero no sabía que Él, la Verdad, estaba junto a ella y podía iluminarla. Y hoy hay almas sedientas sentadas cerca de la fuente viva. Pero miran lejos del pozo que contiene el agua refrescante y, aunque se les diga que el agua está cerca, no creen.

Respondió Jesús a la mujer, diciendo: Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva. La mujer le dijo: Señor, no tienes con qué sacar, y el pozo es hondo; ¿de dónde, pues, tienes esa agua viva? ¿Eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio el pozo y bebió de él él, sus hijos y sus ganados?". Sí, Jesús podía haber respondido: "El que os habla es el Hijo unigénito de Dios; yo soy mayor que vuestro padre Jacob, porque antes que Abraham existiera, existo yo". Pero respondió: "El que beba de esta agua, volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna."

La mujer estaba tan asombrada por sus palabras que apoyó su cántaro en el pozo, y, olvidando la sed del forastero y su petición de que le diera de beber, olvidando su recado al pozo, se perdió en su ferviente deseo de escuchar cada palabra. "Señor", dijo, "dame esta agua, que no tengo sed, ni vengo aquí a sacar".

Jesús cambió ahora bruscamente de tema de conversación y le dijo a la mujer que llamara a su marido. Ella respondió francamente: "No tengo marido". Jesús le dijo: Bien has dicho, no tengo marido; porque cinco maridos has tenido; y el que ahora tienes no es tu marido; en esto has dicho verdad."

A medida que el pasado de su vida se extendía ante ella, la oyente temblaba. Se despertó la convicción de pecado. Dijo: "Señor, me doy cuenta de que eres profeta". Y luego, para cambiar la conversación a otro tema, trató de llevar a Cristo a una controversia sobre sus diferencias religiosas. "Nuestros padres adoraban en este monte -dijo ella-, y vosotros decís que en Jerusalén es donde se debe adorar. Jesús le dijo: Mujer, créeme, llega la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adorareis al Padre. Vosotros adoráis no sabéis qué; nosotros sabemos lo que adoramos, porque la salvación es de los judíos. Pero la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque el Padre busca a los tales que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran deben adorarle en espíritu y en verdad. La mujer le

dijo: Yo sé que viene el Mesías, que se llama Cristo; cuando él venga, nos dirá todas las cosas". Pero cuál fue su asombro cuando Jesús le dijo: "Yo soy el que habla contigo."

La convicción del Espíritu de Dios había llegado al corazón de la samaritana. Creía que las palabras de Cristo eran la verdad. Ninguna enseñanza que ella hubiera escuchado hasta entonces había despertado su naturaleza moral, y la había despertado a un sentido de su necesidad superior.

Cristo lee bajo la superficie, y reveló a la mujer de Samaria la sed de su alma, que el agua del pozo de Sicar nunca podría saciar. Él mismo perdió todo sentido del hambre, de la sed y del cansancio. Su sed quedó satisfecha al verla beber del agua de la vida. Se regocijaba en espíritu porque sus palabras habían despertado su conciencia adormecida y avivado sus percepciones espirituales.

Cristo comprende las necesidades del mundo, y sólo a través de Él puede el Padre suplirlas. Tiene sed de dar gratuitamente a las almas necesitadas el agua de la vida. Cristo tiene sed del reconocimiento de aquellos por quienes dejó los atrios del cielo, su honor, su gloria, su trono real, su alto mando. Tiene sed del amor, de la cooperación que deben darle como su Salvador personal. Quiere que vengan a él, que se aferren a su gracia por la fe, que participen de él, el Agua viva.

La sed natural de la mujer de Samaria la había llevado a una sed del alma por el agua de la vida. Aunque ella no le había pedido que satisficiera sus necesidades espirituales, Cristo le ofreció un abundante suministro para la gran necesidad de su alma. Y a través de las palabras que le dirigió, el agua de vida iba a fluir a muchas almas sedientas.

Olvidando el recado que la había traído al pozo, la mujer dejó su cántaro de agua y se fue a la ciudad, diciendo a todos los que encontraba: "Venid, ved a un hombre que me ha contado todas las cosas que he hecho: ¿no es éste el Cristo?".

Todavía no había tomado Cristo la refrescante bebida que deseaba, ni probado la comida que le habían traído sus discípulos. Vieron que su Maestro estaba absorto en la meditación, con el rostro resplandeciente de luz divina, y apenas se atrevieron a interrumpir su comunión con el cielo. Pero sabían que llevaba mucho tiempo sin comer y, poniéndole delante un poco, le rogaron que se refrescara. Volviéndose cariñosamente hacia ellos, les dijo: "Tengo que comer algo que vosotros no sabéis".

Los discípulos, pensando que hablaba de alimentos temporales, preguntaron entre sí: "¿Alguien le ha traído algo de comer?". Pero Jesús explicó: "Mi comida es hacer la voluntad del que me envió y terminar su obra. ¿No decís vosotros: Aún faltan cuatro meses para la siega? He aquí, yo os digo: Alzad los ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega. Y el que siega recibe salario, y recoge fruto para vida eterna; para que se gocen juntamente el que siembra y el que siega. En esto es verdad el dicho: Uno siembra, y otro cosecha. Yo os envié a segar aquello en lo que no trabajasteis; otros trabajaron, y vosotros habéis entrado en sus labores."

Cristo esperaba el día de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo descendiera sobre sus discípulos. Les enseñaría que no debían considerar esto como el resultado de su propio trabajo. No debían perder de vista el hecho de que patriarcas, profetas y hombres santos habían estado sembrando las semillas de la verdad. El antiguo pueblo elegido de Dios había sido enriquecido con la preciosa verdad, que era para ellos como el río de Dios. Cristo había sido su líder invisible a través de todos sus viajes por el desierto. Graciosas ilustraciones de su amor les fueron dadas en el pacto firmado por Dios en el arco iris de la promesa, que iba a ser siempre una garantía de que el tiempo de la siembra y el tiempo de la cosecha permanecerían, y que el mundo nunca más sería destruido por un diluvio. Cristo fue tan verdaderamente el agua de vida para Abel, Set, Enoc, Noé y todos los que recibieron su instrucción entonces, como lo es en la actualidad para los que le piden la refrescante bebida. Dios ha dado su Palabra a sus elegidos y ha dado a conocer su camino. Por medio de su Hijo les ha suministrado el rocío y las lluvias de su gracia. Pero a menudo se pasan por alto sus bendiciones, y los hombres se atribuyen la gloria.

La lluvia no se ve hasta que empieza a caer, y a menudo llega de forma totalmente inesperada. Así, el precioso don de la gracia del Señor está a menudo más cerca de lo que pensamos. Si tenemos fe y esperamos pacientemente un poco, su ayuda llegará y nos sorprenderá como sorprendió a la mujer de Samaria. Descenderá como lluvias sobre la tierra fecunda.

Cuando el Señor dio su mensaje a los laodicenses, que se creían ricos y aumentados en bienes, sin tener necesidad de nada, no les ocultó su verdadera condición. Les dijo: "El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Y escribe al ángel de la iglesia de Laodicea: Esto dice el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios: Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente; ojalá fueras frío o caliente. Así que, porque eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque dices: Soy rico, y me he enriquecido,

y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que eres desventurado, y miserable, y pobre, y ciego, y desnudo". Este fue el mensaje de verdad que Cristo abrió ante ellos. Tenían necesidad de todo. Pero no les presentó su gran necesidad sin proporcionarles también un remedio. Abre ante ellos una fuente de provisión para toda necesidad: "Te aconsejo que me compres", dice, "oro afinado en el fuego, para que seas rico; y vestiduras blancas, para que estés vestido y no aparezca la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas". Es necesario que conozcamos la necesidad de nuestra alma para recibir el tesoro celestial que se nos ha provisto en Cristo.

En el Edén, el Señor prometió que la simiente de la mujer heriría a la serpiente en la cabeza. Y la obra que Cristo llevó a cabo en el pozo de Jacob, al ofrecer el agua de la vida a la mujer de Samaria, es el cumplimiento de esa promesa. Y continuará esta obra hasta que cada alma haya sido probada y probada.

La mujer, al negar aparentemente a Cristo el agua que le pedía, representa a muchos que le niegan el reconocimiento, la simpatía y el amor de que está hambriento y sediento en respuesta a su gran amor por nosotros. Cristo no ha negado su gracia y su amor a ningún miembro de la familia humana. Para cada uno tiene una provisión inagotable. Y, sin embargo, qué poco reconocimiento recibe, qué poco agradecimiento, qué poco fruto en buenas obras. Está hambriento de la simpatía y el amor de aquellos a quienes ha comprado con su propia sangre. Está vigilando y esperando ese amor que no podemos negarle con ninguna seguridad.

El Redentor del mundo conoce las necesidades de cada alma. Cuando estamos oprimidos y lánguidos, él lo sabe, y él es quien suministra el refrigerio espiritual. Pedidle; velad en oración, y vendrá. Jesús es el pan de vida, que se ha de comer todos los días; es el agua de vida para el alma reseca y desfallecida, y todos pueden participar de su gracia.

Las cisternas de la tierra se vacían a menudo, sus estanques se secan; pero en Cristo hay un manantial vivo del que podemos beber continuamente. Por mucho que saquemos y demos a los demás, seguirá habiendo abundancia. No hay peligro de agotar el suministro, porque Cristo es el manantial inagotable de la verdad. Él ha sido la fuente de agua viva desde la caída de Adán. Dice: "Si alguno tiene sed, venga a mí y beba". Y "el que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna."

Sra. E. G. White

29 de abril de 1897

Una lección del rey de Babilonia

EGW

"Y en el segundo año del reinado de Nabucodonosor, soñó Nabucodonosor sueños, con los cuales se turbó su espíritu, y se le cortó el sueño. Entonces el rey mandó llamar a los magos, a los astrólogos, a los hechiceros y a los caldeos, para que mostrasen al rey sus sueños." "Y el rey les dijo: He soñado un sueño, y mi espíritu se turbó por saber el sueño.... Decidme, pues, el sueño, y sabré que podéis mostrarme su interpretación. Los caldeos respondieron delante del rey, y dijeron: No hay hombre en la tierra que pueda mostrar el asunto del rey." "Es cosa rara la que el rey requiere, y no hay otro que pueda mostrarla delante del rey, excepto los dioses, cuya morada no es con la carne."

Al oír esto, el rey se enojó mucho y mandó matar a todos los sabios. Pero Dios reveló el sueño a Daniel en una visión nocturna. "Entonces Daniel fue a ver a Arioc, a quien el rey había ordenado destruir a los sabios de Babilonia; fue y le dijo así: No destruyas a los sabios de Babilonia; llévame ante el rey, y yo mostraré al rey la interpretación."

Daniel fue llevado ante el rey, y le dijo: "El secreto que el rey ha demandado no pueden mostrárselo al rey los sabios, los astrólogos, los magos, los adivinos. Pero hay un Dios en el cielo que revela los secretos y da a conocer al rey Nabucodonosor lo que sucederá en los últimos días. Tu sueño, y las visiones de tu cabeza en tu lecho, son éstos: ...Tú, oh rey, viste, y he aquí una gran imagen. Esta gran imagen, cuyo resplandor era excelente, estaba delante de ti; y su forma era terrible."

Después de describir la imagen que el rey había visto, Daniel dijo: "Este es el sueño, y diremos su interpretación delante del rey. Tú, oh rey, eres rey de reyes; porque el Dios del cielo te ha dado reino, poder, fuerza y gloria. Y dondequiera que habitan los hijos de los hombres, las bestias del campo y las aves del cielo, él los ha entregado en tu mano, y te ha hecho soberano sobre todos ellos. Tú eres esta cabeza de oro. Y después de ti se levantará otro reino inferior a ti, y otro tercer reino de bronce, que dominará sobre toda la tierra. Y el cuarto reino será fuerte como el hierro.... Y en los días de estos reyes levantará el Dios del cielo un reino que no será jamás destruido; y el reino no será dejado a otro pueblo, sino que desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, y permanecerá para siempre."

Este sueño fue dado al rey de Babilonia, los acontecimientos del futuro, llegando hasta el final de los tiempos, fueron abiertos ante él, para que pudiera tener luz sobre este importante tema. También fue dado en beneficio de todas las generaciones futuras. El registro fue trazado por la pluma profética para que la luz pudiera ser compartida por aquellos reinos que sucedieran al reino de Babilonia.

Aunque este maravilloso sueño causó un marcado cambio en las ideas y opiniones del rey Nabucodonosor, su alma no fue limpiada de su orgullo, de su ambición mundana, de su deseo de exaltación propia, por el poder convertidor de Dios. El profeta le describió minuciosamente el surgimiento y la caída de los reinos que sucederían a Babilonia; pero en vez de atesorar la convicción que se había hecho en su mente con respecto a la caída de todos los reinos terrenales, y la grandeza y el poder del reino de Jehová, el rey, después de que desapareció la impresión inmediata, sólo pensó en su propia grandeza, y estudió cómo podría hacer que el sueño se convirtiera en su propia exaltación y honor.

Dijo muchas cosas acerca de la interpretación dada por Daniel, pero las palabras: "Tú eres esta cabeza de oro", produjeron el mayor efecto en su mente. Éstas le impresionaron tanto que sus sabios, que no habían sido capaces de contar el sueño, le propusieron que hiciera una imagen como la que se veía en su sueño, y que la erigiera, para que todos pudieran ver la cabeza de oro, que era una representación de su reino.

Esto complació al rey. Su orgullo y vanidad hallaron plena expresión en la idea de que podía representar así su importancia; y resolvió que, en lugar de limitarse a copiar la imagen que había visto, haría una imagen que superase a la original. Quería que toda la imagen representara la grandeza de Babilonia. Por lo tanto, lo que se había dicho con respecto a los reinos que iban a seguir, debería ser borrado de su mente, y de las mentes de los que habían oído el sueño, por el esplendor de la imagen que estaba a punto de hacer. Esta imagen no debía perder valor desde la cabeza hasta los pies, como la que se le había mostrado, sino que debía estar compuesta en su totalidad del metal más precioso.

Dios había hablado claramente a Nabucodonosor con respecto a su reino. "En los días de estos reyes", dijo Daniel, "el Dios del cielo establecerá un reino que no será destruido jamás; y el reino no será dejado a otro pueblo, sino que desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, y permanecerá para siempre..... El sueño es cierto, y su interpretación segura".

El rey había reconocido el poder de Dios, diciendo: "Es verdad que vuestro Dios es Dios de dioses, y Señor de reyes, y revelador de secretos"; pero a pesar de este reconocimiento, ahora se unía a los hombres que una vez había condenado a muerte, para deshonorar a Dios. Se había propuesto destruir a estos hombres, porque había discernido sus engaños, y porque estaba convencido de que su saber no poseía el poder que él había supuesto; y habían sido salvados de una muerte cruel por la intercesión de Daniel. Ahora se une a ellos para enmarcar un diseño para su imagen, y para hacer que la luz del cielo sirva a su orgullo, y adelante su exaltación. El reino de Babilonia fue interpretado como el reino que había de hacer pedazos a todos los demás reinos y permanecer para siempre; y se esforzaron por hacer una imagen que representara adecuadamente a Babilonia como eterna, indestructible y todopoderosa, un reino que duraría para siempre.

"El rey Nabucodonosor hizo una imagen de oro, cuya altura era de sesenta codos, y su anchura de seis codos; la erigió en la llanura de Dura, en la provincia de Babilonia". Como un ídolo, un objeto de adoración, la imagen fue colocada en la posición más favorable; y se emitió una proclama para que todos la adoraran.

Así, la gran lección dada por Dios a los paganos, y a todos los pueblos, fue mal interpretada y extraviada. Lo que Dios había designado para enseñar lecciones de verdad, y para dar al mundo claros y definidos rayos de luz, Nabucodonosor lo desvió de su propósito, haciéndolo servir a su orgullo y vanidad. La ilustración profética fue hecha para servir a la glorificación de la humanidad. El símbolo destinado a revelar acontecimientos importantes se convirtió en un símbolo que obstaculizaría la difusión de aquel conocimiento que Dios quiso que recibieran los reinos de la tierra. Por la altura y belleza de su imagen, por el material del que estaba formada, el rey trató de hacer que el error y la falsa doctrina fueran magníficos y atractivos, más poderosos, aparentemente, que cualquier cosa que Dios hubiera dado.

Aquellos que están dispuestos a ser enseñados, pueden aprender una lección de la conducta del rey de Babilonia. Así como el enemigo trató de hacer que la luz dada por Dios sirviera a sus propios propósitos, llevando al rey a trabajar para su propia gloria en lugar de trabajar para la gloria de Dios, así trabaja hoy para pervertir la verdad con el fin de obstaculizar los propósitos de Dios. Toda religión falsa tiene su origen en una corrupción de la verdadera. Cuando no está mezclada con el mal, la verdad es un poderoso poder para salvar; pero si permitimos que el enemigo trabaje a través de nosotros, si por la luz que se nos

ha dado buscamos exaltarnos a nosotros mismos, incluso esta verdad puede convertirse en un poder para el mal.

Así fue en tiempos de Cristo. En su orgullo, los líderes judíos pervirtieron el significado de sus servicios religiosos. Los que se sentaban en la cátedra de Moisés no podían hacer que sus orgullosos corazones creyeran en las profecías, e inculcaron en las mentes del pueblo su falsa interpretación de las Escrituras. La verdad quedó sepultada bajo sus propias doctrinas, máximas y tradiciones. Enseñaron al pueblo que Cristo iba a aparecer como un gran conquistador, para romper el yugo romano del cuello de la nación. Recibieron aquella parte de la profecía que predecía a uno que iba a brillar gloriosamente ante sus antepasados, que iba a reinar de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra; y esperaban que el Mesías exaltara a Israel al dominio universal. Cuando Cristo llegó, sin ninguna demostración externa de conquistador, le volvieron la cara, resistiéndose a sus palabras y trabajando por todos los medios imaginables para contrarrestar su influencia.

El enemigo nos llevaría a todos a utilizar, como hizo Nabucodonosor, la luz y el conocimiento de Dios para nuestra propia exaltación. Pero la exaltación propia no puede encontrar lugar en la obra de Dios. "Así ha dicho Jehová: No se gloríe el sabio en su sabiduría, ni el valiente en su fuerza, ni el rico en sus riquezas; sino gloríese el que se gloria en esto: en que me entiende y me conoce, que yo soy Jehová, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra; porque en estas cosas me complazco, dice Jehová".

Sra. E. G. White

6 de mayo de 1897

El cuidado de Dios por sus hijos

EGW

"El rey Nabucodonosor hizo una estatua de oro, cuya altura era de sesenta codos, y su anchura de seis codos; la erigió en la llanura de Dura, en la provincia de Babilonia. Entonces el rey Nabucodonosor envió a reunir a los príncipes, a los gobernadores y a los capitanes... para la dedicación de la imagen que el rey Nabucodonosor había erigido." "Entonces un heraldo gritó en voz alta: A vosotros se os ordena, oh pueblos, naciones y lenguas, que en el momento en que oigáis el sonido de la corneta, la flauta, el arpa, el sacabuche, el salterio, el

dulcemele y toda clase de música, os postréis y adoréis la estatua de oro que el rey Nabucodonosor ha erigido."

"En aquel tiempo se acercaron ciertos caldeos y acusaron a los judíos. Hablaron y dijeron al rey Nabucodonosor: Oh rey, vive para siempre..... Hay ciertos judíos a quienes has puesto sobre los asuntos de la provincia de Babilonia, Sadrac, Mesac y Abed-nego; estos hombres, oh rey, no te han mirado; no sirven a tus dioses, ni adoran la estatua de oro que has levantado."

Estos hombres que así acusaban a los hebreos se habían salvado de la muerte por la apelación de Daniel al rey en su favor, pero tenían envidia de los tres hebreos y deseaban dañar su influencia; por lo tanto, llevaron la queja al rey de que estos hombres se habían atrevido a desobedecer sus mandatos.

La idea de que su menor deseo no fuera respetado en la dedicación de la imagen, llenó al rey de ira, y ordenó que los hombres fueran llevados ante él. "¿Es verdad, Sadrac, Mesac y Abed-nego, que no servís a mis dioses ni adoráis la estatua de oro que he levantado?". ¡Cuán efímera es la exaltación otorgada por los hombres! ¡Qué poca confianza se puede depositar en ellos! Estos tres hombres, una vez honrados y a quienes se les confiaron grandes responsabilidades, son ahora objeto de la ira de un rey cuya voluntad es ley. Verdaderamente no podemos confiar en los príncipes.

Cuando los tres hebreos se presentaron ante el rey en su dignidad moral, inocencia y pureza, éste se convenció de que eran superiores a los hombres de su reino. Siempre habían sido fieles en el cumplimiento de sus deberes, y decidió que sería clemente y les daría una segunda prueba. "Si estáis dispuestos", dijo, "a que en el momento en que oigáis el sonido de la corneta, la flauta, el arpa, el sacabuche, el salterio y el dulcemele, y toda clase de música, os postréis y adoréis la imagen que he hecho; bien; pero si no adoráis, seréis arrojados en la misma hora en medio de un horno de fuego ardiendo." Y luego, con la mano extendida hacia arriba en señal de desafío, preguntó: "¿Y quién es ese Dios que os libraré de mis manos?".

Sus sentidos estaban pervertidos por la perspectiva de su propia grandeza, y parecía haber perdido todo conocimiento de un monarca por encima de todos los reyes terrenales. Cuando Daniel le mostró su sueño, había reconocido: "Es verdad que tu Dios es un Dios de dioses y un Señor de reyes"; pero ahora se retractó de todo esto y trató de demostrar ante los representantes de las diferentes naciones, que se habían reunido para la dedicación de esta imagen, que él, el rey de Babilonia, era el rey más grande del universo, y que todos

debían inclinarse ante su supremacía y someterse como esclavos a su voluntad. Y todo fue bien en la realización de este acuerdo hasta la desobediencia de los cautivos hebreos.

Con el horno a la vista, los cautivos respondieron a la horrible amenaza del rey, diciendo: "Oh Nabucodonosor, no tenemos cuidado de responderte en este asunto. Si es así, nuestro Dios, a quien servimos, es capaz de librarnos del horno de fuego ardiente, y él nos libraré de tu mano, oh rey". Su fe se elevó con el conocimiento de que Dios sería glorificado en esta transacción, y con un timbre firme y triunfante de implícita confianza y seguridad en sus voces, dijeron: "Pero si no, que sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni adoraremos la estatua de oro que has levantado."

Cuando el rey vio que su voluntad no era recibida como la voluntad de Dios, se "llenó de furor", y la forma de su semblante cambió contra aquellos hombres. Los atributos satánicos hicieron que su semblante pareciera el de un demonio; y con toda la fuerza de que era capaz, ordenó que el horno se calentara siete veces más de lo acostumbrado, y mandó a los hombres más poderosos que ataran a los jóvenes y los arrojaran al horno. Sintió que se requería más que el poder ordinario para tratar con estos nobles hombres. Su mente estaba fuertemente impresionada de que algo inusual se interpondría en su favor, y se ordenó a sus hombres más fuertes que se ocuparan de ellos.

La orden del rey era urgente. Estaba ansioso por castigar a los hombres que se habían atrevido a ejercer su voluntad en oposición a la suya; y sin demora, con toda su ropa encima, fueron arrojados al fuego. "Por tanto, como la orden del rey era urgente, y el horno muy caliente, la llama del fuego mató a aquellos hombres que habían levantado a Sadrac, Mesac y Abed-nego".

Rodeado por los funcionarios de su gobierno, por los caldeos y por hombres distinguidos y grandes de muchos países, el rey, lleno de furia satánica, contemplaba la escena, esperando ver cuán pronto serían completamente consumidos los hombres que lo habían desafiado. Pero su triunfo llegó de repente a su fin. Vio algo que pensó que debía ser una ilusión. Se puso pálido y, sombreándose los ojos con la mano, dirigió su mirada al horno, observándolo con intenso interés. Todos no discernieron tan rápidamente como el rey el resultado de su cruel proyecto. Alarmado, preguntó a sus grandes hombres: "¿No echamos a *tres* hombres atados en medio del fuego?". "Cierto, oh rey", fue la respuesta. Con voz temblorosa por la excitación, exclamó: "He aquí que

veo a *cuatro* hombres sueltos, que caminan en medio del fuego, y no tienen ningún daño; y la forma del cuarto es semejante a la del Hijo de Dios."

¿Cómo sabía este rey pagano cómo era el Hijo de Dios? Por su firme adhesión a los principios rectos, los cautivos hebreos habían sido llamados a ocupar puestos de confianza en los tribunales de Babilonia. Fueron tentados por otros a faltar a la verdad, para obtener ventajas; pero fueron fieles en todas sus transacciones comerciales. En su vida y carácter representaban la verdad; y cuando se les pedía una razón para su proceder, la daban sin vacilar. Con sencillez y simplicidad presentaban los principios vivos de la verdad, y así los que los rodeaban se familiarizaban con la Fuente de su fuerza. De este modo, el rey de Babilonia conoció la forma del Hijo de Dios.

Con sentimientos de profunda humillación y remordimiento, el rey se puso tan cerca del horno ardiente como se atrevió, y con voz clara y fuerte gritó: "Siervos del Dios altísimo, salid y venid aquí". Ellos obedecieron la voz del rey, y salieron ilesos, sin sentir siquiera el olor del fuego.

El hecho de que estos jóvenes salieran del fuego sin haber recibido daño alguno, salvo que sus grilletes habían sido quemados, superaba la comprensión de los sabios, e hizo cambiar decididamente los sentimientos de la gente. Las noticias de esta maravillosa liberación fueron llevadas a muchos países por los representantes de las diferentes naciones. Así Dios fue glorificado por la fidelidad de sus hijos.

La historia se repetirá. La religión falsa será exaltada. El primer día de la semana, un día de trabajo común, que no posee santidad alguna, será erigido como lo fue la imagen en Babilonia. Se ordenará a todas las naciones y lenguas y pueblos que adoren este sábado espurio. Este es el plan de Satanás para anular el día instituido por Dios y dado al mundo como memorial de la creación.

El decreto que impone el culto de este día debe extenderse a todo el mundo. En un grado limitado, ya se ha extendido. En varios lugares el poder civil está hablando con la voz de un dragón, al igual que el rey pagano habló a los cautivos hebreos.

La prueba y la persecución vendrán a todos los que, en obediencia a la Palabra de Dios, se nieguen a adorar este falso sábado. La fuerza es el último recurso de toda religión falsa. Al principio prueba la atracción, como el rey de Babilonia probó el poder de la música y del espectáculo exterior. Si estas atracciones, inventadas por hombres inspirados por Satanás, no lograban que los hombres

adoraran la imagen, las llamas hambrientas del horno estaban listas para consumirlos. Lo mismo sucederá ahora. El Papado ha ejercido su poder para obligar a los hombres a obedecerle, y continuará haciéndolo. Necesitamos el mismo espíritu que manifestaron los siervos de Dios en el conflicto con el paganismo. Dando cuenta del trato que recibían los cristianos por parte del emperador de Roma, Tertuliano dice: "Se nos arroja a las fieras para hacernos retractar; se nos quema en las llamas; se nos condena a prisiones y a minas; se nos destierra a islas,-como Patmos,-y todo ha fracasado." Así fue en el caso de los tres dignatarios hebreos; su ojo era único para la gloria de Dios; sus almas estaban firmes; el poder de la verdad los mantuvo firmemente en su lealtad a Dios. Sólo el poder de Dios nos capacitará para serle leales.

"Si me amáis", dijo Cristo, "guardad mis mandamientos". "El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama será amado por mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él". ¿Y no se ha manifestado Cristo a sus hijos fieles? ¿No caminó en el horno con los cautivos que se negaban a ceder a la imagen de oro una tilde de la reverencia que pertenecía a Dios? ¿No se manifestó a Juan, desterrado a la isla de Patmos por su fidelidad? Aquellos que han sido perseguidos por causa de la justicia, que, aunque se han visto obligados a sufrir, se han negado a adorar la institución del Papado, ¿no se han dado cuenta de la presencia del divino Consolador en sus solitarias prisiones?

Los mandamientos de los hombres finitos y pecadores deben hundirse en la insignificancia al lado de la Palabra del Dios eterno. La verdad debe ser obedecida a cualquier precio, incluso cuando las prisiones, las cadenas y el destierro nos miren a la cara. Si eres leal y fiel, ese Dios que caminó con los tres niños hebreos en el horno de fuego, que protegió a Daniel en el foso de los leones, que se manifestó a Juan en la isla solitaria, irá contigo dondequiera que vayas. Su presencia permanente te consolará y sostendrá; y realizarás el cumplimiento de la promesa: "Si alguno me ama, guardará mis palabras; y mi Padre le amaré, y vendremos a él, y haremos morada con él."

Sra. E. G. White

13 de mayo de 1897

"Debemos obedecer a Dios antes que a los hombres"

EGW

Cristo declaró de los judíos: "En vano me adoran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres". Esto se está haciendo hoy. Se exaltan los mandamientos de los hombres, y los hombres tratan de obligar a sus semejantes a rendirles obediencia. Pero en ningún caso debemos anteponer la palabra de los hombres a la Palabra de Dios. "Debemos obedecer a Dios antes que a los hombres", declaró Pedro. Y Cristo, en su Sermón de la Montaña, habló clara y distintamente de la importancia de los mandamientos de Dios. "No penséis -dijo- que he venido a abrogar la Ley o los Profetas; no he venido a abrogar, sino a cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido. Cualquiera, pues, que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así lo enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; pero cualquiera que los cumpla y los enseñe, ése será llamado grande en el reino de los cielos."

Pero Dios nunca obliga a los hombres a obedecerle. La verdad y el error se enfrentan. La luz brilla en medio de las tinieblas morales, y se deja que los hombres elijan a su propio líder.

Después que el rey de Babilonia presenció la maravillosa liberación obrada por Dios en favor de sus fieles siervos, y vio a los hombres salir ilesos del fuego, publicó un decreto para que cualquiera que dijera una palabra contra el Dios del cielo, que tan maravillosamente había salvado a sus siervos, fuera cortado en pedazos, "porque -declaró- no hay otro dios que pueda librar de esta manera". Así, a través del poder engañoso del enemigo, la verdad de Dios es mal interpretada y mal aplicada, y su camino confundido por invenciones humanas.

El rey tenía derecho a adorar al Dios del cielo y a hacer todo lo que estuviera en su poder para exaltarlo por encima de otros dioses; pero no tenía derecho a usar su autoridad para obligar a sus súbditos a cambiar la adoración de los ídolos por la adoración del Dios verdadero. No tenía más derecho a amenazar a los hombres con la muerte por no adorar al Dios verdadero que el que tenía para dictar el decreto que condenaba a las llamas a todos los que se negaban a adorar la imagen de oro.

Hoy, como en los días de Babilonia, el acusador de los hermanos obra por medio de agencias humanas para herir y destruir a los que son queridos del Señor. Los hombres en el poder no se dan cuenta de que no pueden en justicia controlar las mentes de sus semejantes, y Satanás obra por medio de ellos para corromper el recto proceder. Los que tratan de guardar los mandamientos de Dios, encontrarán mucha oposición. Los atributos satánicos tomarán posesión de los corazones de los hombres, endureciéndolos como el acero; y todos los que se aparten del mal serán presa del odio de los que se nieguen a obedecer la ley de Dios.

Pero cuando el Estado forma leyes directamente opuestas a las leyes de Jehová, y así se esfuerza por obligar a los hombres a obedecerlas, está siguiendo el ejemplo dado por el rey de Babilonia. Cuando toma la tutela de los intereses religiosos de la nación, se manifiesta un espíritu de intolerancia si los hombres tratan de practicar la verdad que, mediante un estudio serio, han encontrado en la Palabra de Dios. Los que están animados por tal espíritu de opresión no pueden comprender lo que significa la libertad religiosa.

Todo hombre tiene derecho a adorar a Dios según sus propias convicciones; nadie está llamado a obedecer leyes que se opongan a las leyes de Dios; y la única posición que el Estado puede adoptar, y contar con la aprobación de Dios, es la de proteger los derechos de cada individuo, sin permitir que nadie sea oprimido por sus creencias religiosas.

Así como Nabucodonosor trató de obligar a sus súbditos a obedecer sus mandatos, así los hombres tratarán de obligarnos a hacer caso omiso de la Palabra de Dios. Tratarán de obligarnos a rendir homenaje a estatutos hechos por el hombre; pero en la fuerza de Dios debemos rehusarnos a deshonrarlo. Las leyes de los reinos terrenales han de ser obedecidas sólo cuando no entren en conflicto con las leyes de Dios. Cuando los gobiernos son tiránicos y prepotentes, cuando pisotean la ley de Dios, sus leyes son despreciables a sus ojos. Y cuando tratan de controlar las mentes y las conciencias de aquellos a quienes Cristo murió para hacer libres, los hijos de Dios deben mostrarle su lealtad negándose a desobedecer sus mandamientos.

Cuando se celebre el juicio y se abran los libros del cielo, todos serán juzgados, no por las leyes que las mentes humanas hayan promulgado, sino por la ley de Dios, que existía antes de que se pusieran los cimientos del mundo. Y los hombres que han sido colaboradores del primer gran rebelde, y que, como guardianes del Estado, no han escudriñado la Palabra de Dios, para que como

gobernantes pudieran tratar con justicia y misericordia, serán juzgados por la ley que han desatendido y deshonrado.

En aquel día en que toda obra será sometida a juicio, cuando el Señor Jesús, con las marcas de la crucifixión en su cuerpo, venga en las nubes del cielo con poder y gran gloria, aquellos que, mientras ocupaban puestos de confianza, han hecho sufrir al pueblo de Dios, arrojarán sus ídolos de plata y oro a los topos y a los murciélagos; "para ir a las hendiduras de las peñas, y a las cumbres de las peñas desgarradas, por temor del Señor, y por la gloria de su majestad, cuando se levante para sacudir terriblemente la tierra." "Porque he aquí que el Señor sale de su lugar para castigar a los habitantes de la tierra por su iniquidad; también la tierra revelará su sangre, y no cubrirá más a sus muertos."

No han mostrado ningún respeto por Dios, ningún temor a transgredir sus mandamientos; sino que se han negado a conceder a sus semejantes derechos iguales a los suyos, y han tratado de hacerles desobedecer a Dios. Se han adherido obstinadamente a mandamientos hechos por el hombre, y serán juzgados en consecuencia. Los que persisten en promulgar leyes que los hombres no pueden obedecer sin deshonrar a Dios, y los que obedecen estas leyes, y pisotean la ley del Dios eterno, deben prepararse para el resultado; porque Dios no cambiará, ni alterará lo que ha salido de su boca.

"Como el Padre me ha amado -dijo Cristo-, así os he amado yo a vosotros; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. Estas cosas os he hablado, para que mi gozo permanezca en vosotros, y vuestro gozo sea completo." "El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente se ha perfeccionado el amor de Dios; en esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo". "Cualquiera que comete pecado, transgrede también la ley; porque el pecado es transgresión de la ley." "Y el que guarda sus mandamientos, permanece en él, y él en él".

Dios honra a quienes le honran con la obediencia a sus preceptos. Juan, el discípulo amado, fue desterrado a la isla de Patmos por su fidelidad. "Yo Juan", escribe, "que también soy vuestro hermano, y compañero en la tribulación, y en el reino y la paciencia de Jesucristo, estuve en la isla que se llama Patmos, por la Palabra de Dios, y por el testimonio de Jesucristo. Estaba en el Espíritu en el día del Señor". Sólo hay un día llamado el día del Señor, y es el séptimo día de

la semana, el sábado instituido en la creación. Dios creó el mundo en seis días, y en el séptimo descansó y se refrescó. Él bendijo y santificó este día, y lo apartó para ser observado como un memorial de la creación. Y en el séptimo día Juan oyó detrás de él "una gran voz, como de trompeta, que decía: Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último; y: Lo que ves, escríbelo en un libro y envíalo a las siete iglesias". "Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo. Y volviéndome, vi siete candeleros de oro; y en medio de los siete candeleros uno semejante al Hijo del hombre." Así honró Cristo a Juan por su firme obediencia a él.

Adán y Eva perdieron todo acceso al Edén y al árbol de la vida porque tomaron la palabra de otro antes que la Palabra de Dios. Por este acto de desobediencia abrieron las compuertas del infortunio sobre nuestro mundo. Pero los que se adhieren firmemente a la Palabra de Dios, oirán la bendición: "Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida, y entren por las puertas en la ciudad." Ninguna espada flamígera guarda ese árbol de aquellos que, después de que se les ha dado la luz, ante toda oposición se apartan de los mandamientos de los hombres para obedecer los mandamientos de Dios.

Sra. E. G. White

20 de mayo de 1897

Una lección de la vida de Judas

EGW

Judas era uno de los doce discípulos elegidos para colaborar con Cristo. Se le confió el pequeño fondo constituido con las contribuciones de los creyentes, pero no estaba preparado para la posición de confianza que ocupaba. La codicia no se había purificado de su corazón, sino que se había alimentado y cultivado. Por su razonamiento no santificado y sutil, magnificó su posición hasta convertirla en una de gran importancia. Su avaricia crecía a medida que la consentía, hasta que se convirtió rápidamente en el rasgo más prominente de su carácter.

El Salvador se refirió claramente a los males de la codicia y la avaricia, la injusticia y el fraude. Y, aunque no mencionó el nombre de Judas, ni se refirió directamente a él, se sintió culpable de estas cosas. Pero no se separó de pecados tan odiosos, ni purificó su alma obedeciendo las palabras de Jesús. En vez de

esto, se ofendió por la palabra pronunciada para corregir los males crecientes de los atributos de Satanás.

Los principios que deben regir el corazón hecho nuevo fueron constantemente el tema de las enseñanzas de Cristo. Pero no fueron recibidas por Judas. Las lecciones que los demás discípulos recibieron y pusieron en práctica provocaron a Judas. Bajo el impulso de Satanás, actuó directamente en contra de los principios que Cristo se esforzaba por inculcar en cuanto a lo que constituye el carácter cristiano. Un poder estaba obrando desde el corazón que había quedado impuro, profano y no santificado. Aunque Judas profesaba ser discípulo de Cristo, este principio interno actuaba constantemente y de vez en cuando lo dominaba, haciéndole expresar la propensión que corrompía a todo el hombre. El mismo principio del Evangelio que ordena la misericordia hacia los pobres, se convirtió en una excusa para su codicia. Con el pretexto del despilfarro, puso objeciones cuando María ungió los pies de su Maestro con el precioso unguento.

Cristo simpatizaba con la humanidad sufriente. Sus esfuerzos fueron siempre para elevar y restaurar, nunca para debilitar, oprimir o destruir. El hombre verdaderamente convertido manifestará en su corazón y en su vida la manifestación de la vida divina. Los débiles y desafortunados despertarán siempre en su corazón sentimientos de tierna piedad y de compasión semejante a la de Cristo. No habrá dureza de corazón, ni espíritu áspero y tosco. El agua de la vida, como un manantial interior, brotará siempre para bendecir a todos dentro de la esfera de su influencia. Así, los dones y las ofrendas son llevados a Dios con un corazón dispuesto, una mente preparada. Realizan actos de misericordia y benevolencia, no porque estén obligados a hacerlo, sino porque son partícipes de la naturaleza divina, partícipes del carácter de Cristo.

Si Judas hubiera tenido esa vida verdadera de la que Cristo es la sustancia y la fuente, se habría alimentado de aquello que conduce al crecimiento en Cristo, el pan de vida. Acariciando en su corazón la vida de Cristo, alimentándose del pan bajado del cielo, habría tenido el poder de asimilarse a Cristo. Se habría apropiado del alimento del pan vivo, habría recibido en su propia naturaleza el espíritu y la vida de las palabras de Cristo, y así se habría hecho uno con él. Se habría convertido, en carácter, en todo lo que profesaba ser.

La verdadera vida es progresiva; donde hay vida, hay crecimiento. Si Judas hubiera sido un cumplidor de las palabras de Cristo, si Cristo hubiera permanecido en su corazón por la fe, este crecimiento se habría manifestado primero en un curso descendente, en un humilde conocimiento de sí mismo y

de Dios. Habría estado aprendiendo las lecciones que Cristo dio a sus discípulos cuando les preguntó: "¿Qué era lo que discutíais entre vosotros por el camino?". El tema de la conversación había sido quién debía ser el mayor en el reino de los cielos. Era un asunto que nunca debería haber entrado en su conversación, porque su tendencia era despertar sentimientos egoístas, expresiones egoístas, y eclipsar el amor de Cristo en el alma.

Tomando a un niño pequeño, y poniéndolo en medio de ellos, Cristo dijo: "De cierto os digo que si no os convertís [de vuestro carácter natural y egoísta] y os hacéis como niños [libres de engaño, hipocresía y de todo egoísmo y falta de bondad], no entraréis en el reino de los cielos. Cualquiera, pues, que se humille como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos. Y el que reciba en mi nombre a uno de estos niños, a mí me recibe. Pero a cualquiera que ofenda a uno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría que le colgaran al cuello una piedra de molino y lo hundieran en el fondo del mar". ¿Qué lección es ésta, no sólo para los discípulos y Judas, sino también para todos los que hoy creen en Cristo!

Judas oyó todo esto, pero pensó, como muchos piensan hoy, que semejante enseñanza no venía a cuento. Pero si así fuera, ¿por qué insistió Cristo en tales temas? Y añadió: "¡Ay del mundo por las ofensas! porque es necesario que vengan las ofensas; pero ¡ay de aquel hombre por quien viene la ofensa! Por tanto, si tu mano o tu pie te ofenden, córtalos y échalos de ti; mejor te es entrar en la vida cojo o manco, que teniendo dos manos o dos pies ser arrojado al fuego eterno. Y si tu ojo te escandaliza, sácatelo y échalo de ti; mejor te es entrar en la vida con un solo ojo, que teniendo dos ojos ser arrojado al fuego del infierno."

Aquí Cristo nos enseñaría que la formación del carácter requiere una atención estrecha y cuidadosa. Este es el trabajo que la aguda percepción de Judas podría haber discernido si hubiera recibido las lecciones que Cristo trataba de enseñarle. Sus rasgos objetables de carácter habrían desaparecido entonces, y se habría vuelto manso y humilde de corazón, como su Maestro.

Y este trabajo es algo que debemos hacer tanto nosotros como Judas. Aquellos que tienen tendencias hereditarias al mal, aquellos que están sacando ramas espinosas para herir a todos con los que entran en contacto, deben ver que los miembros ofensivos sean cortados. Por doloroso que sea este trabajo de separar el mal de nuestro carácter, debe hacerse. El egoísmo y la codicia, que son idolatría; el espíritu áspero y cruel que, manifestado de palabra o de obra, hiere y destruye las almas, deben ser eliminados de la vida, o todo el hombre se

volverá ofensivo para sí mismo y para Dios. Su dureza de corazón le hará descuidar a los mismos que necesitan su ayuda.

"Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, procurad amaros unos a otros con fervor de corazón puro, habiendo nacido de nuevo, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la Palabra de Dios que vive y permanece para siempre. Porque toda carne es como hierba, y toda la gloria del hombre como flor de la hierba. La hierba se seca y su flor se marchita, pero la Palabra del Señor permanece para siempre. Y ésta es la Palabra que por el Evangelio os es anunciada".

Este es el pan bajado del cielo, la Palabra de Dios. Y esta Palabra, recibida y apropiada por los agentes vivientes, producirá esa fe que obra por amor y purifica el alma. Cortará las tendencias hereditarias al mal, y los rasgos erróneos del carácter que han sido fortalecidos por el cultivo. Por mucho que los apreciemos, es mejor separarlos ahora de la práctica de nuestra vida que tener su poder predominante contaminando y corrompiendo al hombre entero. Y no sólo esto, sino que destruyen nuestra influencia para el bien, y, en lugar de ser un sabor de vida para la vida, nos convertimos en un sabor de muerte para la muerte.

"Por lo cual, desechando toda malicia, y todo engaño, e hipocresías, y envidias, y toda maledicencia, como niños recién nacidos, desead la leche espiritual de la Palabra, para que por ella crezcáis; si es que habéis gustado que el Señor es benigno. A los cuales, viniendo como a una piedra viva, desechada a la verdad por los hombres, pero escogida de Dios y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sois edificados como casa espiritual, un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, agradables a Dios por medio de Jesucristo." Judas pudo haber sido todo esto. Bendecido como fue con abundantes oportunidades de comer del pan de vida, podría haber formado un carácter firme y semejante al de Cristo.

"Por lo cual también está contenido en la Escritura: He aquí, pongo en Sión la principal piedra del ángulo, escogida, preciosa; y el que creyere en él no será avergonzado. Para vosotros, pues, los creyentes, él es precioso; pero para los desobedientes, la piedra que desecharon los edificadores, la misma es hecha cabeza del ángulo, y piedra de tropiezo y roca de escándalo, para los que tropiezan en la Palabra, siendo desobedientes, a lo cual también fueron destinados."

Dios ha dado a su Hijo unigénito a nuestro mundo como nuestro portador del pecado, para que quite nuestras iniquidades. Por sus méritos divinos, todo hijo e hija de Adán que crea en Él como Camino, Verdad y Vida, será presentado sin mancha ante la presencia de su gloria con gran alegría. Los que vuelven a su lealtad a Dios son preciosos a sus ojos; porque Cristo murió para redimir a estas almas de la esclavitud del pecado; murió para asegurar la felicidad eterna del hombre caído.

Y "el que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él gratuitamente todas las cosas?". Nuestro Redentor ha resucitado de entre los muertos. Llevó cautiva la cautividad y dio dones a los hombres. Y ahora vive siempre para dispensar sus bendiciones en ricas corrientes de gracia y poder, según lo requieran las circunstancias de sus hijos creyentes. Y al pecador se oye su voz en amorosa invitación: "Inclina tu oído, y ven a mí; oye, y vivirá tu alma; y haré contigo pacto eterno, las misericordias firmes de David". "A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hijos de Dios".

Sra. E. G. White

27 de mayo de 1897

¿Qué es la tentación?

EGW

¿Qué es la tentación? Es el medio por el cual se prueba a los que pretenden ser hijos de Dios. Leemos que Dios tentó a Abraham, que tentó a los hijos de Israel. Esto significa que permitió que se dieran circunstancias que pusieran a prueba su fe y les llevaran a buscar su ayuda. Dios permite que la tentación llegue a su pueblo hoy, para que se den cuenta de que él es su ayudador. Si se acercan a él cuando son tentados, los fortalece para enfrentar la tentación. Pero si ceden ante el enemigo, descuidando acercarse a su Ayudador Todopoderoso, son vencidos. Se separan de Dios. No dan evidencia de que andan en el camino de Dios.

Así determina el Señor el carácter. Así decide si somos obedientes o desobedientes. No lo hace para su propia iluminación, pues lee todas las cosas como un libro abierto. Lo hace para que se manifiesten los motivos secretos del corazón de los hombres, para que se fortalezcan sus verdaderos testigos, para que otros lleguen a ser inteligentes en cuanto a los caminos y las obras de Dios en contraste con los caminos y las obras del enemigo.

Las tentaciones se derramarán sobre nosotros; porque por ellas hemos de ser probados durante nuestra probación. Esta es la prueba de Dios, la revelación de nuestros propios corazones. No hay pecado en tener tentación; pero el pecado viene cuando se cede a la tentación.

Cuando Jesús fue llevado al desierto para ser tentado, fue guiado por el Espíritu de Dios. Al ir al desierto, no invitó a la tentación. Pero Satanás sabía que el Salvador había ido allí, y pensó que era el mejor momento para acercarse a él.

Cristo fue al desierto para estar solo, para contemplar su misión y su obra. Había dado los pasos que todo pecador debe dar: conversión, arrepentimiento y bautismo. Él mismo no tenía pecados de los que arrepentirse y, por tanto, no tenía pecados que lavar. Pero era nuestro ejemplo en todas las cosas, y por lo tanto debía hacer lo que quería que nosotros hiciéramos. Cristo ayunó y oró, preparándose para el camino manchado de sangre que debía recorrer. Era el Hijo del Dios eterno, pero como fiador del hombre, debía afrontar y resistir todas las tentaciones que asaltan al hombre.

Cuando Cristo hubo ayunado cuarenta días y cuarenta noches, vino el enemigo, tentándole a hacer pan de las piedras. Cristo sabía que sería atacado en el apetito, porque fue en este punto que Adán y Eva habían fallado. Y con el terrible peso de los pecados del mundo sobre él, resistió la temible prueba del apetito, del amor al mundo y de ese amor a la ostentación que conduce a la presunción. Soportó estas tentaciones y venció en nombre del hombre, forjando para él un carácter justo, porque sabía que el hombre no podía hacerlo por sí mismo.

El Redentor del mundo, el segundo Adán, mediante su sufrimiento y su muerte obró la redención del género humano. Fue tentado en todo según nuestra semejanza. Sabía que el enemigo vendría a cada ser humano, para aprovecharse de la debilidad hereditaria, y para atrapar, con sus falsas insinuaciones, a todos aquellos cuya esperanza y confianza no están en Cristo. Y al pasar por el terreno que el hombre debe recorrer, al mostrar que, mediante el poder divino que le ha sido concedido, el hombre puede vencer toda forma de tentación, Cristo nos preparó el camino para obtener la victoria.

Si Satanás puede persuadir a la gente a seguir un curso que es contrario a los principios que subyacen y corren a través de cada promulgación de la ley de Dios, tiene la oportunidad de trabajar en sus mentes. Un paso aventurado en prácticas engañosas, bajo la engañosa dirección de Satanás, conduce a un segundo paso semejante. Los que siguen este camino se apartan de Dios. La malaria venenosa de los principios mundanos es disfrazada de tal manera por el

enemigo que los actores llegan a estar dispuestos a trabajar en líneas que son contrarias a la voluntad de Dios. Se valen de los artificios del mundo para obtener una ventaja sobre sus vecinos. Esto crea una corriente de pensamiento que separa el alma del Espíritu de Dios. La mente se encapricha cada vez más, y se destruye el poder de vencer la tentación. Las tendencias así cultivadas se transmiten a la descendencia, como la desobediencia de Adán se transmitió a la familia humana.

Cristo vino a nuestro mundo como fiador del hombre, preparándole el camino para obtener la victoria dándole poder moral. No es su voluntad que el hombre se encuentre en desventaja. No quiere que los que se esfuerzan por vencer se sientan intimidados y desanimados por los astutos ataques de la serpiente. "Tened buen ánimo", dice, "yo he vencido al mundo".

Con tal general que nos conduzca a la victoria, podemos tener alegría y valor. Él vino como nuestro campeón. Se da cuenta de la batalla que deben librar todos los que están enemistados con Satanás. Presenta a sus seguidores un plan de la batalla, señalando sus peculiaridades y severidad, y advirtiéndoles que no se unan a su ejército sin antes calcular el costo. Les dice que la vasta confederación del mal se ha alzado contra ellos, y les muestra que están luchando por un mundo invisible, y que su ejército no se compone meramente de agencias humanas. Sus soldados colaboran con inteligencias celestiales, y en sus filas hay uno superior a los ángeles, pues allí está el Espíritu Santo, representante de Cristo.

Entonces Cristo convoca a cada seguidor decidido, a cada verdadero soldado, a luchar por él, asegurándoles que hay liberación para todos los que obedezcan sus órdenes. Si los soldados de Cristo obedecen fielmente las órdenes de su Capitán, tendrán éxito en su lucha contra el enemigo. Por muy acosados que estén, al final triunfarán. Sus debilidades pueden ser muchas, sus pecados grandes, su ignorancia aparentemente insuperable; pero si se dan cuenta de su debilidad, y miran a Cristo en busca de ayuda, él será su eficiencia. Él está siempre dispuesto a iluminar su torpeza y a vencer su pecaminosidad. Si se valen de su poder, su carácter se transformará; estarán rodeados de una atmósfera de luz y santidad. Por sus méritos y el poder impartido serán "más que vencedores". Recibirán una ayuda sobrenatural que les permitirá, en su debilidad, realizar las obras de la omnipotencia.

Los que luchan por Cristo están luchando a la vista del universo celestial, y deben ser soldados, no cobardes. Los que verdaderamente desean servir a Dios

no seguirán su propia sabiduría, ni la sabiduría del archiengañador, que está jugando el juego de la vida por sus almas. Por la fe han de mirar con calma a cada enemigo, exclamando: "Pelemos la buena batalla de la fe, bajo el mando de un Poder omnipotente. Porque Él vive, nosotros también viviremos. Por medio de Jesús, que es el autor y consumidor de nuestra fe, podremos resistir todos los dardos encendidos del enemigo."

Abraham certificó su obediencia a Dios cuando, con Isaac a su lado, se puso en camino, en respuesta a la orden: "Toma ahora a tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y entra en la tierra de Moriah; y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré." A Job se le permitió sufrir; fue duramente tentado; pero no quiso decir ni una palabra contra Dios. Durante la vida de Cristo en la tierra, los escribas y fariseos, instigados por Satanás, le tentaron de todas las maneras posibles. Pero nunca permitió que esas tentaciones le apartaran del camino de la obediencia. Cuando Dios habla, obedecemos, por más que el enemigo nos tienta a desobedecer; porque el camino de la obediencia es el único seguro.

El ejemplo de Cristo nos muestra que nuestra única esperanza de victoria está en la resistencia continua a los ataques de Satanás. Aquel que triunfó sobre el adversario de las almas en el conflicto con la tentación comprende el poder de Satanás sobre la raza, y ha vencido en nuestro favor. Como vencedor, nos ha dado la ventaja de su victoria, para que en nuestros esfuerzos por resistir las tentaciones de Satanás, podamos unir nuestra debilidad a su fuerza, nuestra inutilidad a sus méritos. Y, sostenidos por su fuerza perdurable, podamos resistir en su nombre todopoderoso, y vencer como él venció.

Sra. E. G. White

3 de junio de 1897

Getsemaní

EGW

"Entonces vino Jesús con ellos a un lugar llamado Getsemaní, y dijo a los discípulos: Sentaos aquí, mientras voy a orar allá. Y tomando consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a entristecerse y a angustiarse en gran manera. Entonces les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí y velad conmigo. Y yendo un poco más lejos, se postró sobre su rostro y oró, diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz; pero no sea como

yo quiero, sino como tú". Fue aquí donde la misteriosa copa tembló en la mano de Cristo. Aquí pendía de un hilo el destino de un mundo perdido. ¿Debía negarse a ser fiador del hombre? Satanás rodeó su humanidad con un horror de grandes tinieblas, tentándole a pensar que Dios le había abandonado.

En esta hora de prueba, la naturaleza humana de Cristo anhelaba compasión. En la suprema agonía de su alma, se acercó a sus discípulos con el anhelante deseo de oír algunas palabras de alivio de aquellos a quienes tantas veces había bendecido, consolado y protegido en el dolor y la angustia; porque la ley de la bondad estaba siempre en sus labios. Aquel que siempre había tenido palabras de consuelo para ellos sufría ahora una agonía sobrehumana, y ansiaba compasión; anhelaba saber que rezaban por él y por ellos mismos. ¡Cuán oscura parecía la malignidad del pecado! Ningún potentado terrenal puede mostrarse más agudamente observador de sus súbditos que Jesús. Estaba celoso de su ley como ningún rey terrenal puede estarlo, porque él era el rey, eterno, invisible, inmortal. Si pudiera saber que sus discípulos comprendían y apreciaban la terrible tentación de dejar que la raza humana cargara con las consecuencias de su propia culpa, mientras él permanecía inocente ante Dios, se sentiría fortalecido.

"Y viniendo a los discípulos, los encontró dormidos". Si los hubiera encontrado orando, se habría sentido aliviado. Si hubieran estado buscando refugio en Dios, para que las agencias satánicas no prevalecieran sobre ellos, se habría sentido reconfortado por su fe firme. Pero, desoyendo la repetida advertencia: "Velad y orad", se habían dormido. No conocían la necesidad de velar y orar fervientemente para resistir las tentaciones de Satanás.

Como sorprendido, Cristo se dirigió a ellos, diciendo: "¿Qué, no habéis podido velar conmigo una hora?". Se despertaron y miraron apenados a su Señor. "Velad y orad", les dijo, "para que no entréis en tentación". Entonces el divino Sufridor excusó a los discípulos, diciendo: "El espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil."

Cristo se alejó por segunda vez, y oró fervientemente: "Padre mío, si esta copa no pasa de mí, si no la bebo, hágase tu voluntad". De nuevo las tinieblas oprimían su alma con una agonía casi insoportable, y de nuevo sintió el anhelo de compañía, de unas palabras que le aliviaran y rompieran el hechizo de las tinieblas que casi le dominaban. "Llegó y los encontró durmiendo de nuevo, pues sus ojos estaban pesados; no sabían qué responderle. Vieron su rostro

marcado con el sudor sangriento de la agonía, y se llenaron de tristeza; porque "su semblante estaba tan estropeado, más que el de cualquier hombre."

Cristo se marchó de nuevo y rogó que, si fuera posible, pasara de él este cáliz. Su alma estaba llena de un miedo abrumador a la separación de Dios como consecuencia del pecado. Satanás le dijo que si se convertía en sustituto y fiador de un mundo pecador, nunca más sería uno con Dios, sino que estaría bajo su control.

Tres veces subió a Dios la oración: "Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz", seguida siempre de las palabras: "No se haga mi voluntad, sino la tuya". ¿Pasará la copa del Sufriente? ¿Abandonará el sacrificio de Cristo, ordenado antes de la fundación del mundo y simbolizado en todos los sacrificios ofrecidos desde la transgresión de Adán? ¿Acaso carecerá de importancia el glorioso propósito de Dios Padre y de Jesucristo, su Hijo, de salvar a un mundo que perece? ¿Acaso lo que los ángeles deseaban ansiosamente ver y comprender, lo que había sido la carga de la profecía, lo que yacía en el fundamento de los tipos y sombras, fracasará después de todo, dejando que Satanás y sus fuerzas apóstatas y la confederación del mal salgan triunfantes?

¡Oh, cuánto había sufrido ya Cristo como Hijo del hombre, para redimir y salvar a los hombres! ¡Cuánto había soportado como su sustituto! Ahora había llegado el momento en que debían cumplirse todos los tipos y símbolos que apuntaban a su sufrimiento y muerte. ¿Fracasaría y quedaría corto en su obra redentora? ¿Triunfará el príncipe de las tinieblas? ¿Se convertirá en verdad su orgullosa jactancia? ¿Quedará la presa indefensa en manos de los poderosos, o serán liberados los cautivos, vencido Satanás, y se demostrará que la obediencia a la ley es posible, pues todos han sido hechos más que vencedores por Cristo?

La voluntad de Dios era que nadie pereciera, sino que todos tuvieran vida eterna mediante la fe en el sacrificio de Cristo. Dios Padre lo selló para que se convirtiera en el Restaurador del hombre. Los mundos no caídos y los ángeles celestiales observaron con intenso interés cómo el conflicto llegaba a su fin. Satanás y su confederación del mal, las legiones de la apostasía, observaban atentamente esta gran crisis en la obra de la redención. Las potencias del bien y del mal esperaban la respuesta a la oración tres veces repetida de Cristo. En esta terrible crisis, cuando todo estaba en juego, cuando la copa misteriosa temblaba en la mano del Sufriente, los cielos se abrieron, una luz brilló en medio de la tormentosa oscuridad de la hora de la crisis, y un ángel que está en la presencia de Dios, ocupando la posición de la que cayó Satanás, vino al lado de Cristo.

¿Qué mensaje traía? ¿Había venido a decirle a Cristo que el precio a pagar era demasiado grande, que costaría demasiado salvar al mundo, y que el hombre debía ser abandonado a su perdición, para ser destruido por la ira de un Dios ofendido? ¿Le dijo que no tenía que beber el cáliz amargo, que no tenía que cargar con la culpa del hombre?

El ángel no vino a tomar el cáliz de la mano de Cristo, sino a fortalecerlo para que lo bebiera, con la seguridad del amor del Padre. Vino a dar poder al suplicante divino-humano. Le señaló los cielos abiertos, hablándole de las almas que se salvarían como resultado de sus sufrimientos. Le aseguró que su Padre es más grande y más poderoso que Satanás, que su muerte tendría como resultado la total derrota de Satanás, y que el reino de este mundo sería entregado a los santos del Altísimo. Le dijo que vería los dolores de su alma y se sentiría satisfecho, porque vería una multitud de redimidos, salvados, eternamente salvados.

La agonía de Cristo no cesó, pero le abandonaron la depresión y el desánimo. Todavía llevaba la carga de la culpa, y cumplió las exigencias de la ley divina, y glorificó al Padre bebiendo el cáliz amargo.

"Entonces se acerca a sus discípulos y les dice: Dormid ahora y descansad; he aquí que se acerca la hora, y el Hijo del hombre es entregado en manos de pecadores". La tempestad de las huestes infernales no había amainado en absoluto, pero el que era su súbdito estaba fortalecido para hacer frente a su furia. Salió tranquilo y sereno. Había soportado lo que ningún ser humano puede soportar jamás, pues había probado los sufrimientos de la muerte por todos los hombres. "¿Quién es éste que viene de Edom, con vestiduras teñidas de Bosra? ¿Éste que es glorioso en su vestidura, que viaja en la grandeza de su fuerza? Yo que hablo en justicia, poderoso para salvar. ¿Por qué eres rojo en tu vestido, y tus vestiduras como el que pisa en la grosura del vino? Yo he pisado el lagar solo; y del pueblo no había nadie conmigo."

La tentación de los cristianos

Como Satanás tentó a Cristo, así tentará a los seguidores de Cristo. El Hijo del hombre fue entregado en manos de pecadores. Muchos, por causa de Cristo, pasarán por una experiencia semejante. Sacerdotes y gobernantes instigarán a los hombres a testificar falsamente contra ellos. Cristo nos ha hablado de la persecución que sobrevendrá a los que aman y temen a Dios por medio de hombres que trabajan en coparticipación con Satanás. Bajo la enseñanza del

Espíritu Santo, el pueblo de Dios aprenderá más del carácter terrible del pecado al sentir la crueldad de los que están controlados por él. Pero toda la crueldad manifestada hacia ellos se imputa a los hacedores como hecha a Cristo, que ha redimido las almas humanas con su propia sangre, y las ha llamado por su nombre.

La fuerza dada a Cristo en la hora del sufrimiento corporal y de la angustia mental en el huerto de Getsemaní, ha sido y será dada a los que sufren por causa de su amado nombre. La misma gracia dada a Jesús, el mismo consuelo, la más que mortal firmeza, serán dados a todo hijo de Dios creyente, que es llevado a la perplejidad y al sufrimiento, y amenazado de prisión y muerte, por los agentes de Satanás. Nunca se ha dejado perecer a un alma que confía en Cristo. El potro, la estaca, las muchas invenciones de crueldad, pueden matar el cuerpo, pero no pueden tocar la vida que está escondida con Cristo en Dios.

"Se levantará nación contra nación -dijo Cristo-, y reino contra reino; y habrá grandes terremotos en diversos lugares, y hambres y pestilencias; y habrá espantosos espectáculos y grandes señales del cielo. Pero antes de todo esto, os echarán mano y os perseguirán, entregándoos a las sinagogas y a las cárceles, siendo llevados ante reyes y gobernantes por causa de mi nombre. Y os servirá de testimonio. Arregladlo, pues, en vuestros corazones, no meditando antes lo que habéis de responder; porque yo os daré boca y sabiduría, que no podrán contradecir ni resistir todos vuestros adversarios. Y seréis delatados tanto por vuestros padres como por vuestros hermanos, parientes y amigos; y a algunos de vosotros os harán morir. Y seréis odiados de todos los hombres por causa de mi nombre. Pero no perecerá ni un cabello de vuestra cabeza". "En el mundo tendréis tribulación; pero confiad, yo he vencido al mundo."

Sra. E. G. White

17 de junio de 1897

La vida y la luz de los hombres

EGW

"En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. El mismo estaba en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprenden.... Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (y vimos su

gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad". Estas palabras resonantes llegan sonando hasta nuestros días. Están llenas de seguridad, porque Juan hablaba en serio. Inspiradas por Dios, estas palabras poseen un poder que no puede estimar nadie que no crea en Cristo como su Salvador personal. Tienen un significado profundo y un amplio alcance, y son una verdad eterna para todos los que las creen.

Juan está llamando la atención del mundo sobre Cristo como la vida y la luz de los hombres. La vida y la luz, que ningún otro ser que haya respirado jamás posee, se encuentran en Cristo. El ser humano vive, pero la suya es una vida dada, una vida que se apagará.

"¿Qué es vuestra vida? Es vapor, que aparece por poco tiempo, y luego se desvanece". Pero la vida de Cristo no es un vapor; es interminable, una vida que existe desde antes de que los mundos fueran hechos.

Adán era un ser creado, dependiente del árbol de la vida para su existencia. Por su desobediencia, perdió el precioso privilegio de comer de este árbol, que iba a perpetuar la vida que Dios le había insuflado, y para la cual dependía de Dios. Después de desobedecer a Dios, los preciosos dones y dotes que obtenía de Dios dejaron de ser suyos. La desobediencia de Adán a los mandamientos de Dios llevó a la familia humana a la pena de muerte. "En Adán todos mueren", y la muerte eterna, no la vida eterna, es el castigo final de todos los que continúan en la transgresión.

Pero Cristo dijo: "Yo tomaré la pena de la transgresión de Adán". En el Edén se predicó el primer sermón evangélico. Dios dijo a la serpiente: "Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar."

Y "cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, ... para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos". Cristo murió en favor de la familia humana, dando a los hombres una probación, para que tuvieran oportunidad de ver la maldad del pecado, y elegir como su líder, o al apóstata que fue expulsado del cielo, o al Príncipe de la Vida, que se dio a sí mismo como sacrificio expiatorio, para que todos pudieran volver a su lealtad.

El sufrimiento y la muerte de Cristo han colocado la vida en Él y a través de Él sobre una base eterna de seguridad. Él tomó la naturaleza humana. Se hizo carne como nosotros. Muchas veces tuvo hambre, sed y cansancio. Se mantenía con

la comida y se refrescaba con el sueño. Tuvo afecto natural, pues lo vemos llorar compadeciéndose de las penas de los demás y lamentándose por el castigo que caería sobre Jerusalén a causa de su impenitencia. Mientras estuvo en este mundo, Cristo vivió una vida de completa humanidad, a fin de poder erigirse en representante de la familia humana. Fue tentado en todo según nuestra semejanza, para poder socorrer a los que son tentados. Como Príncipe de la Vida en carne humana, se encontró con el príncipe de las tinieblas y, pasando por el suelo donde Adán cayó, soportó todas las pruebas que Adán no pudo soportar. Se enfrentó a todas las tentaciones que podían caer sobre la humanidad caída y las venció.

Si no hubiera sido plenamente humano, Cristo no habría podido ser nuestro sustituto. No habría podido realizar en la humanidad esa perfección de carácter que todos tenemos el privilegio de alcanzar. Él era la luz y la vida del mundo. Vino a esta tierra para obrar en favor de los hombres, a fin de que dejaran de estar bajo el control de las agencias satánicas. Pero mientras llevaba la naturaleza humana, dependía del Omnipotente para su vida. En su humanidad, se aferró a la divinidad de Dios; y esto cada miembro de la familia humana tiene el privilegio de hacerlo. Cristo no hizo nada que la naturaleza humana no pueda hacer si participa de la naturaleza divina.

Durante la vida de Cristo, la guerra entre él y el enemigo fue constante. Cada movimiento de su vida era vigilado. Satanás se esforzaba por obtener la victoria; procuraba atrapar a Cristo y llevarlo a la tentación. Satanás fue una vez un ser exaltado, santo, en funciones en los atrios celestiales. Pero se volvió desleal, transgresor de la ley de Jehová. Pretendía ser el poder más elevado del universo. Su pecado es inexplicable. Si pudiera explicarse, habría una excusa para el pecado. Es el misterio de la iniquidad, sin causa alguna.

Tras recibir el bautismo de manos de Juan, Cristo fue conducido por el Espíritu al desierto. Allí fue duramente tentado por Satanás. Pero no cedió. Resistió todo asalto, toda influencia engañosa, toda tentación. Si hubiera cedido en lo más mínimo, la familia humana habría estado bajo el control del poder de Satanás.

La batalla que se libraba en este mundo era presenciada por el universo celestial y por los mundos no caídos. Vieron los propósitos de odio abrigados por el astuto enemigo contra el unigénito Hijo de Dios. Se vio la enemistad de Satanás contra la verdad y la justicia. Al tratar a Cristo, Satanás demostró la falsedad de sus propios atributos y de sus engañosas y torcidas pretensiones de ser amigo de Dios. Se mostró enemigo de Dios y del hombre. La ofrenda sacrificial en la

cruz del Calvario sonó la sentencia de muerte de Satanás y de todos los que lo eligieron como su líder. Cayó para siempre de la simpatía de los ángeles celestiales.

Cuando Cristo, muriendo en la cruz, gritó a gran voz: "Consumado es", Satanás y los ángeles que simpatizaban con él en el cielo, y cayeron con él, fueron vencidos. Cuando Cristo proclamó sobre el sepulcro desgarrado de José: "Yo soy la resurrección y la vida", el hombre fue colocado en terreno ventajoso. El asunto estaba resuelto. El misterio de la piedad salió victorioso. Por medio de Cristo, el hombre fue liberado de la esclavitud del odioso apóstata. Para todos los que creen en Cristo se obtuvo una victoria. Ya no serían contados como pecadores, hijos de la rebelión, sino como hijos de Dios, mediante su aceptación de la justicia de Cristo.

Así como Adán perdió el don de la vida y la inmortalidad por su desobediencia, todos los nacidos de Adán pierden este don. Esa sola transgresión abrió las compuertas del infortunio sobre nuestro mundo. Adán no tenía poder en sí mismo para redimir el pasado ni para recuperar los dones otorgados por Cristo. Pero por su encarnación, Cristo se hizo plenamente competente para colocar al hombre donde ya no sería un paria, excluido del árbol de la vida. Cristo mismo cargó con la pena del pecado, para traer a la luz la vida y la inmortalidad.

Si el hombre coopera con Dios volviendo voluntariamente a su lealtad y obedeciendo los mandamientos, Dios lo recibirá como hijo. A través de la provisión que Cristo ha hecho al tomar el castigo debido al hombre, podemos ser reintegrados en el favor de Dios, siendo hechos partícipes de la naturaleza divina. Si nos arrepentimos de nuestra transgresión y recibimos a Cristo como dador de vida, nuestro Salvador personal, nos convertimos en uno con él, y nuestra voluntad se armoniza con la voluntad divina. Nos hacemos partícipes de la vida de Cristo, que es eterna. Obtenemos la inmortalidad de Dios al recibir la vida de Cristo, pues en Cristo habita corporalmente toda la plenitud de la Divinidad. Esta vida es la unión mística y la cooperación de lo divino con lo humano.

Como hijos del primer Adán, participamos de la naturaleza moribunda de Adán. Pero a través de la vida impartida por Cristo, al hombre se le ha dado la oportunidad de recuperar de nuevo el don perdido de la vida, y de permanecer en su posición original ante Dios, como partícipe de la naturaleza divina. "A todos los que le recibieron -escribe Juan- les dio potestad de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en su nombre". "El que tiene al Hijo tiene la vida; y el que

no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida". "Yo he venido", dijo Cristo, "para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia".

"Así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados". Y la vida que Cristo nos ofrece es más perfecta, más plena y más completa que la vida que Adán perdió por la transgresión.

Sra. E. G. White

24 de junio de 1897

Cristo, Redentor del mundo

EGW

"Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna". "Cuando se cumplió el tiempo, Dios envió a su Hijo". Oíd, cielos, y asombraos, tierra. Aparece el Maestro designado por el cielo, y no es un personaje menor que el Hijo del Dios Infinito. Desenrollad el pergamino y leed acerca de *él*. Moisés declaró a los hijos de Israel: "El Señor me dijo: Han dicho bien lo que han dicho. Yo les suscitaré un profeta de entre sus hermanos, como tú, y pondré mis palabras en su boca; y él les hablará todo lo que yo le mande. Y sucederá que a cualquiera que no escuche mis palabras que él hablará en mi nombre, yo se lo exigiré". He aquí la predicción que anuncia la llegada insigne. Sus palabras no debían ser desoídas; porque su autoridad era suprema, y su poder invencible.

Desenrolla aún más el pergamino y lee lo que Isaías dice de su obra: "El Espíritu del Señor Dios está sobre mí, porque el Señor me ha ungido para anunciar buenas nuevas a los humildes; me ha enviado a vendar a los quebrantados de corazón, a proclamar la libertad a los cautivos y la apertura de la cárcel a los presos; a proclamar el año agradable del Señor y el día de venganza de nuestro Dios; para consolar a todos los enlutados; para señalar a los que lloran en Sión; para darles belleza en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alabanza en lugar del espíritu afligido; para que sean llamados árboles de justicia, plantío del Señor, para que él sea glorificado." "He aquí mi siervo, a quien sostengo; mi elegido, en quien se deleita mi alma; he puesto mi Espíritu sobre él; él traerá juicio a los gentiles. No clamará, ni se alzarán, ni hará oír su voz en la calle. No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humea; traerá juicio a la verdad. No desfallecerá ni se desanimará, hasta que ponga juicio en la tierra; y las islas esperarán su ley."

De nuevo leemos acerca de Cristo como el mensajero de la alianza que está por venir, y como el Sol de Justicia que está por surgir. Los profetas lo convirtieron en su tema más antiguo y más reciente.

¿Cuándo despertará la mente humana a la importancia de la misión de Cristo en nuestro mundo? Él habló de su obra como por encima de cualquier otra consideración. Pero los judíos, que pretendían entender las Escrituras y ser los únicos intérpretes verdaderos de la Palabra de Dios, no vieron a Jesús como el Mesías a la luz de su interpretación. A su venida no lo recibieron, porque se habían hecho una falsa idea de la forma de su venida. ¿Este Jesús, campesino y carpintero, de origen oscuro, el Hijo de Dios, el Mesías? No podía ser.

Pero la peculiaridad que separaba a los judíos de las demás naciones desapareció en Cristo. Él se colocó donde podía dar instrucción a todas las clases de personas. A menudo les dijo que estaba relacionado con toda la familia humana, judíos y gentiles. "No he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento", declaró. Vino a buscar y a salvar lo que estaba perdido. Por eso dejó a los noventa y nueve; por eso se despojó de sus vestiduras reales y veló su divinidad con humanidad. El mundo entero es el campo de trabajo de Cristo. Una esfera más estrecha que ésta no entra en sus pensamientos.

Cristo mantuvo una autoposición total y firme en su notable simpatía por los demás. Hacía el bien con una tranquilidad y una paciente constancia nunca igualadas por ningún ser humano. Los fariseos y saduceos le seguían siempre la pista; y muchos de ellos, al escuchar sus palabras y notar su calma, aun cuando eran asaltados por hombres apasionados y descorteses, creyeron en él. Cristo tuvo que enfrentarse constantemente a la oposición solapada y engañosa de los mismos hombres que con gusto le habrían recibido y reconocido. Pero él estaba siempre tranquilo, mientras que sus adversarios, porque no podían prevalecer contra él, estaban en una fiebre de excitación indignada. Su indignación y malignidad mostraban de qué espíritu eran.

Todo el desprecio y la amargura con que Cristo se encontró día tras día no pudieron robarle su serenidad. Cuando fue injuriado, no volvió a injuriar. No se dejaba llevar por la pasión para injuriar a los que aprovechaban cualquier ocasión para injuriarle. Nunca sobrepasó los límites del decoro. ¿Quién era? La Majestad del cielo, el Rey de la gloria. La tormenta levantada por sus oponentes golpeó a su alrededor, pero él no le prestó atención. Podía permitirse estar tranquilo, pues era la encarnación viva de la verdad.

Y los que hoy llevan el mensaje de la verdad al mundo deben estudiar la vida de Cristo y practicar sus lecciones. No olvidéis nunca que sois hijos del Rey celestial, hijos del Señor de los ejércitos. Mantened un sereno reposo en Dios, incluso cuando os encontréis con quienes están movidos por un poder de lo profundo para sostener la falsedad. Estad seguros de que las mejores armas que posean no son capaces de destruir la verdad, por mucho que se empeñen en ennegrecerla con tergiversaciones. "Si Dios está por nosotros, ¿quién puede estar contra nosotros?".

Cristo no pronunció ninguna palabra que revelara su importancia o mostrara su superioridad; no ignoró a sus semejantes. No asumió ninguna autoridad por su relación con Dios, sino que sus palabras y acciones mostraron que poseía un conocimiento de su misión y carácter. Hablaba de las cosas celestiales como alguien a quien todo lo celestial le era familiar. Hablaba de su intimidad y unidad con el Padre como un niño hablaría de su conexión con sus padres. Hablaba como alguien que había venido a iluminar el mundo con su gloria. Nunca frecuentó las escuelas de los rabinos, pues era el Maestro enviado por Dios para instruir a la humanidad. Como alguien en quien se encuentra todo el poder restaurador, Cristo habló de atraer a todos los hombres hacia sí, y de dar la vida eterna. En él hay poder para curar todas las enfermedades físicas y espirituales.

Cristo vino a nuestro mundo con una conciencia de grandeza más que humana, para realizar una obra que había de ser infinita en sus resultados. En la casa de Pedro el pescador. Descansando junto al pozo de Jacob, hablando a la samaritana del agua viva. Generalmente enseñaba al aire libre, pero a veces en el templo, pues asistía a las reuniones del pueblo judío. Pero la mayoría de las veces enseñaba sentado en la ladera de una montaña, o en la barca de un pescador. Entraba en la vida de estos humildes pescadores. Se solidarizaba con los necesitados, los que sufrían, los despreciados, y muchos se sentían atraídos por él.

Cuando se trazó el plan de la redención, se decidió que Cristo no apareciera de acuerdo con su carácter divino; porque entonces no podía asociarse con los afligidos y los que sufrían. Debía venir como un pobre hombre. Podía haber aparecido de acuerdo con su exaltada posición en los atrios celestiales; pero no, debía llegar a las profundidades más bajas del sufrimiento y la pobreza humanas, para que su voz pudiera ser oída por los agobiados y decepcionados, para que al alma cansada y enferma por el pecado pudiera revelarse como el Restaurador, el deseo de todas las naciones, el Dador del Restablecimiento. Y a

los que hoy anhelan descanso y paz con la misma verdad que los que escucharon sus palabras en Judea, les dice: "Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré".

Sra. E. G. White

1 de julio de 1897

Mirando a Jesús

EGW

"Y había entre ellos algunos griegos que habían subido a adorar en la fiesta; vinieron, pues, éstos a Felipe, que era de Betsaida de Galilea, y le rogaron, diciendo: Señor, queremos ver a Jesús. Felipe vino y se lo dijo a Andrés; y otra vez Andrés y Felipe se lo dicen a Jesús". En este momento la obra de Cristo tenía el aspecto de una cruel derrota, y a sus discípulos el caso les parecía desesperado. Pero Cristo se acercaba a la consumación de su obra. Estaba a punto de producirse un acontecimiento que afectaba no sólo a la nación judía, sino al mundo entero. Cuando Cristo oyó el grito ansioso y hambriento: "Queremos ver a Jesús", su semblante se iluminó y dijo: "Ha llegado la hora de que el Hijo del hombre sea glorificado". Salió al atrio del templo, donde estaba reunida la multitud; porque en el momento en que los discípulos vinieron a él, se encontraba en aquella parte del templo de la que estaban excluidos todos menos los judíos. Se encontró con los griegos y tuvo una entrevista personal con ellos.

Estos hombres, venidos de occidente al final de la vida de Cristo en la tierra, representan lo que los magos de oriente representaron al principio de la vida de Cristo. En el momento del nacimiento de Cristo, el pueblo judío no estudiaba las profecías relativas a los trascendentales acontecimientos que estaban a punto de producirse. Tan absortos estaban en sus propios y ambiciosos planes que ignoraban el momento del advenimiento del Mesías. Los ángeles no los encontraron preparados para recibir al Salvador, y la comunicación que debería haber sido dada a sacerdotes y gobernantes, fue dada a humildes pastores. Éstos, guiados por una estrella brillante, llegaron al lugar del nacimiento de Cristo y lo adoraron. También los magos acudieron al pesebre con regalos, incienso y mirra.

Así que estos griegos, que representaban a las naciones, tribus y pueblos que despertarían a su necesidad de un poder fuera y por encima del poder finito,

vinieron a ver a Jesús. Habían oído hablar de la entrada triunfal de Cristo en Jerusalén, y anhelaban ser instruidos acerca de las esperanzas de la nación judía con respecto al Mesías. Algunos suponían, y habían hecho circular el informe, que Cristo había expulsado a los sacerdotes y a los gobernantes del templo, y que iba a tomar posesión del trono de David y a reinar como rey de Israel. "Veríamos a Jesús", decían.

Glorificado a través de la muerte

La hora de la glorificación de Cristo había llegado. Estaba de pie a la sombra de la cruz, y la investigación de los griegos le mostró que el sacrificio que estaba a punto de hacer llevaría a todos los que lo aceptaran a la perfecta armonía con Dios. Sabía que los griegos pronto lo verían en una posición que entonces ni soñaban. Lo verían colocado al lado de un ladrón y asesino, que sería elegido antes que el Hijo de Dios. Oirían al pueblo, inspirado por los sacerdotes y gobernantes, hacer su elección. Como el bramido de las fieras se oirían sus voces, diciendo: "Soltadnos a Barrabás". Y a la pregunta de Pilato: "¿Qué haré, pues, con Jesús, llamado el Cristo?", se respondería: "Que sea crucificado."

Al hacer esta propiciación por los pecados del hombre, Cristo sabía que su reino se perfeccionaría y se extendería por todo el mundo. Obraría como el Restaurador, y su Espíritu prevalecería. Por un momento miró hacia el futuro, y oyó las voces que proclamaban en todas partes de la tierra: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo." La anticipación de esto, la consumación de sus esperanzas, se expresa en las palabras: "Ha llegado la hora de que el Hijo del hombre sea glorificado". Pero la forma en que esta glorificación debía tener lugar nunca estuvo ausente de la mente de Cristo. Sólo por su muerte podía salvarse el mundo. Como el grano de trigo, el Hijo del hombre debía ser echado en tierra, morir y ser sepultado hasta perderse de vista; pero había de volver a vivir.

Ninguna de las gentes, ni siquiera los discípulos, comprendían la naturaleza del reino de Cristo. ¡Oh, cómo debió agotar su paciencia la baja estimación que los hombres hacían de su misión y carácter! Parecían incapaces de creer que no se sentaría en el trono de David, que no tomaría el cetro y reinaría como príncipe temporal en Jerusalén.

Las palabras verdaderas y llenas de significado cuando están bien colocadas son engañosas cuando se aplican mal. Las palabras del profeta que describían la segunda aparición de Cristo fueron aplicadas por los maestros judíos a su primer

advenimiento. La descripción de la segunda venida de Cristo es verdadera, pero esta verdad, aunque hermosa y grandiosa, no podía armonizarse con su primera venida. La palabra era verdadera, pero era una verdad colocada en un lugar equivocado.

Cristo había tratado muchas veces de decir a sus discípulos la verdad sobre su obra, pero ellos eran incapaces de asimilarla. Les daba lecciones que no podían comprender. Anhelaba abrirlo todo ante ellos; pero se veía obligado a decir: "Aún tengo muchas cosas que decirlos, pero ahora no podéis soportarlas". Se esforzaba por retener la revelación que deseaba hacer. Sabía que si les decía lo que deseaba, sus palabras no serían apreciadas ni comprendidas. Las impresiones hechas en sus mentes por las máximas y tradiciones con las que se habían familiarizado desde su juventud, eran difíciles de borrar.

Pero después de la crucifixión de Cristo, judíos y griegos, bárbaros y escitas, esclavos y libres, serían capaces de entender su obra y comprender las palabras que en esta ocasión dirigió a sus discípulos: "De cierto, de cierto os digo", dijo, "que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto". Cristo vio que el terreno baldío del corazón debía ser roturado, la tierra trabajada a fondo, la buena semilla sembrada y cuidadosamente arada. No fue agradable para los discípulos someterse a esto. Muchas influencias opuestas habían actuado confundiendo y enturbiando sus mentes. Pero con qué sabiduría Cristo presenta su futuro, ilustrándolo con las cosas de la naturaleza, para que los discípulos comprendieran que el propósito de su misión iba a cumplirse con su muerte. "En verdad, en verdad os digo", dijo. Cuando Cristo decía: "En verdad, en verdad", los discípulos siempre comprendían que algo importante iba a suceder, y ahora, al escuchar sus palabras, veían la divinidad revelada en la humanidad. "De cierto, de cierto os digo: Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto". Cuando el grano de trigo cae en tierra y muere, brota y da fruto. Así la muerte de Cristo daría fruto para el reino de Dios. La vida iba a ser el resultado de su muerte, en exacta conformidad con la ley del reino vegetal.

Lecciones de la naturaleza-Muerte del yo

Cada cosecha se repite esta lección. Los que cultivan la tierra tienen siempre ante sí la ilustración de las palabras del Salvador. Año tras año, el hombre conserva su grano tirando aparentemente su muestra más selecta. Durante un tiempo debe ocultarse bajo el surco, para que el Señor lo vigile. Luego aparece la hoja, luego la espiga y después el maíz en la espiga. Pero este desarrollo no

puede tener lugar a menos que el grano esté enterrado fuera de la vista, oculto y, en apariencia, perdido.

La semilla enterrada en la tierra produce fruto y, a su vez, las semillas de este fruto se plantan. Así se multiplica la cosecha. Así la muerte de Cristo en la cruz del Calvario dará fruto para la vida eterna. La contemplación de este sacrificio será la gloria de aquellos que, como fruto de él, vivirán a través de las edades eternas.

Con esta lección relaciona Cristo la abnegación que todos deben practicar. "El que ama su vida, la perderá -declara-; y el que aborrece su vida en este mundo, la conservará para la vida eterna. Si alguno me sirve, sígame; y donde yo esté, allí estará también mi servidor; si alguno me sirve, a ése honrará mi Padre."

Este es el único honor que debemos buscar. Y debemos buscarlo con una determinación y una seriedad proporcionales al valor del tesoro que tenemos en vista: la vida eterna en el reino de Dios. Cristo reclama la completa consagración del hombre a sí mismo. Esta es la condición sobre la cual el hombre es exaltado. Según someta su mente, su cuerpo y su alma a Dios, así será honrado. La renuncia a sí mismo es la gran ley de la autoconservación, y la autoconservación es la ley de la autodestrucción.

El que vive para sí mismo, y dedica su vida a servirse a sí mismo, perderá su vida. Puede que recoja mucho, pero imparte poco. Todos los tales son como el grano que se come. Aquellos que piensan y planean sólo para sí mismos, que desean que todo sirva a sus ideas y promueva sus intereses, siguen un curso de idolatría egoísta. Dios dice de ellos: "Efraín está unido a los ídolos; déjalo en paz". Aquellos que aman esta vida temporal tan bien que traman para sí mismos, y trabajan en planes mundanos, encontrarán al fin que están en bancarrota; porque están sin las riquezas eternas. Pero aquellos que odian esta vida, que eligen la muerte antes que una vida sin Cristo, ganan el cielo. Aquellos que dedican sus vidas al servicio de Dios, que lo honran y le confían la custodia de sus almas como a un Creador fiel, darán fruto para la vida eterna. El Señor guardará lo que le ha sido confiado para ese día. Honrará al hombre que le sirva de todo corazón.

Sra. E. G. White

(Continuará.)

8 de julio de 1897

Mirando a Jesús

EGW

"Ahora está turbada mi alma, dijo Cristo, conmovida hasta lo más profundo, y ¿qué diré? Padre, sálvame de esta hora". Este es el grito de la humanidad de Cristo, mientras contemplaba el futuro. Estaba a punto de entrar en la hora de su humillación. Para su naturaleza humana, la muerte en la cruz no podía sino estar revestida de horror. Pero la gloria había de venir de la humillación. La vida y la inmortalidad iban a salir a la luz por su muerte.

A los discípulos se les ocultó la gravedad del conflicto y de la prueba que se avecinaban. Cristo vio la opinión que tenían de su obra, y sabía que hablarles ahora de su sufrimiento y muerte no les daría una luz satisfactoria. No corregiría su creencia con respecto a su misión. No podía revelarles todo lo que le esperaba.

Mientras estaba en presencia de sus discípulos, Cristo les parecía como alguien que veía cosas lejanas, cosas que ellos no veían. No mantuvo ante ellos las escenas de su humillación; éstas debía soportarlas él solo. Pero un leve vislumbre de la angustia de su alma se da en las palabras: "Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? Padre, sálvame de esta hora". Estas palabras fueron pronunciadas en anticipación del futuro. En previsión, ya estaba bebiendo el cáliz de amargura. Su humanidad temía esta hora de abandono, en la que, según todas las apariencias, sería abandonado incluso por Dios, en la que todos le verían herido, golpeado por Dios y afligido. Rehuía la exposición pública, ser tratado como el peor de los criminales, una muerte vergonzosa y deshonrada.

Luego vino la sumisión divina a la voluntad de su Padre. "Por esta causa", añadió, "he venido a esta hora. Padre, glorifica tu nombre". Antes de que el mundo fuera creado, estaba trazado el plan de que la Majestad del cielo viniera a la tierra como portador del pecado. Mientras Cristo pronunciaba estas palabras, una nube pareció envolverle; una vez más la divinidad brilló a través de la humanidad. Llegó una voz del cielo que decía: "Lo he glorificado y lo glorificaré de nuevo". La vida de Cristo, desde el pesebre hasta el momento en que pronunció estas palabras, había glorificado a Dios, y sus futuros sufrimientos divino-humanos glorificarían realmente el nombre de su Padre.

Exaltación mediante la crucifixión

Algunos de los presentes, al contemplar la revelación de Dios, dijeron que había tronado. Otros, los investigadores griegos y los discípulos, captando las palabras de la voz, dijeron: "Un ángel le habló". Respondió Jesús y dijo: Esta voz no ha venido por mí, sino por vosotros. Ahora es el juicio de este mundo; ahora será expulsado el príncipe de este mundo. Y yo, si fuere levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí. Esto dijo, dando a entender de qué muerte había de morir". Esta es la crisis del mundo. Si me convierto en la propiciación por los pecados de los hombres, el mundo será iluminado. La imagen desfigurada de Dios será reproducida y restaurada, y una familia de santos creyentes habitará finalmente el hogar celestial. Este es el resultado de la crucifixión de Cristo. "A todos los que le recibieron, a éstos les dio potestad de ser hechos hijos de Dios".

"Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo". Quedaba poco tiempo para que el muro de separación levantado por los judíos para impedir que otros gozaran de los privilegios que ellos disfrutaban, fuera derribado. Cristo vio, como resultado de su muerte, la reunión de naciones, tribus y pueblos. Perdido en la contemplación de las escenas de triunfo que se presentaban ante él, no habló inmediatamente. Vio la cruz, la cruel e ignominiosa cruz, con todos los horrores que la acompañaban, resplandeciente de gloria. Pero antes de que la cosecha pueda ser recogida, el grano de trigo debe caer en la tierra y morir. También Cristo debe ser crucificado. Sólo con su muerte pudo realizarse la obra de la redención.

"Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo". Es porque no quieren venir; porque no eligen morir al yo; porque desean, como Judas, conservar su propia individualidad, sus propios rasgos naturales y cultivados de carácter. Aunque se les dan todas las oportunidades, todos los privilegios, no renuncian a esas tendencias que, si no se eliminan del carácter, los separarán de Cristo. Si, continuando acariciando estos rasgos de carácter, fueran admitidos en el cielo, causarían una segunda rebelión.

Mucha gente estaba alrededor de Cristo mientras pronunciaba estas palabras, y uno dijo: "Hemos oído por la ley que Cristo permanece para siempre; ¿y cómo dices tú: Es necesario que el Hijo del hombre sea levantado? ¿Quién es este Hijo del hombre? Entonces Jesús les dijo: Todavía un poco está la luz con vosotros. Caminad mientras tenéis la luz, para que no os alcancen las tinieblas; porque el que camina en tinieblas no sabe a dónde va. Mientras tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de la luz. Esto dijo Jesús, y se fue, y se ocultó de ellos".

Los judíos deseaban provocar allí mismo una controversia con él, para tener con qué acusarlo. Ya se había formado una conspiración con el propósito de darle muerte.

Nótese el poder de la incredulidad. "Aunque había hecho tantos milagros delante de ellos, no creyeron en él". Cristo había hecho muchos milagros ante los judíos. Como prueba de su misión divina, había resucitado a Lázaro de entre los muertos. Pero los hombres que presenciaron este milagro habían puesto su corazón en contra de Cristo, y nada podía iluminar las tinieblas que los envolvían. "Aunque había hecho tantos milagros delante de ellos, no creyeron en él; para que se cumpliese la palabra del profeta Isaías, que dijo: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? y ¿a quién se ha manifestado el brazo del Señor? Por eso no pudieron creer, porque Esaías volvió a decir: Cegó sus ojos y endureció su corazón, para que no vean con sus ojos ni entiendan con su corazón, y se conviertan y yo los sane."

"Sin embargo, también entre los principales gobernantes muchos creyeron en él; pero a causa de los fariseos no lo confesaron, para no ser expulsados de la sinagoga; porque amaban más la alabanza de los hombres que la alabanza de Dios."

El mensaje de Dios para nosotros

Hoy Jesús lee los corazones de todos; conoce los sentimientos de cada alma. Y a nosotros, al final de la historia de este mundo, nos dice: "El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me envió Luz he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas".

La enseñanza de Cristo hizo que los discípulos se dieran cuenta de sus propias imperfecciones. Y los que ahora contemplan a Jesús, y se someten plenamente al proceso santificador que elimina las tendencias y hábitos naturales, se volverán pacientes, amables, indulgentes y llenos de compasión. Esta es una esperanza grande con inmortalidad, y llena de gloria.

Dios ha concedido graciosamente a los hombres un período de prueba, para que puedan obtener por medio de Cristo ese poder que los constituirá hijos suyos. Pero se requiere de nosotros una total y completa consagración a Dios. Mientras nuestro Redentor trabajaba y sufría por nosotros, se negó a sí mismo, y toda su vida fue una escena continua de trabajo y privaciones. Si hubiera querido, podría haber pasado sus días en la tierra con facilidad y abundancia, y haberse apropiado de todos los placeres y alegrías de esta vida. Pero no lo hizo. No vivió

para glorificarse a sí mismo, sino para hacer el bien, salvar a los demás del sufrimiento y ayudar a quienes más lo necesitaban. Soportó hasta el final. El castigo de nuestra paz recayó sobre él, y cargó con la iniquidad de todos nosotros. El amargo cáliz nos fue repartido. Pero el amado Salvador tomó la copa de nuestros labios y la bebió él mismo, y en su lugar nos presenta una copa de misericordia, bendición y salvación. ¡Oh, qué inmenso sacrificio! ¡Qué amor, qué amor sin límites!

Después de esta manifestación de amor, ¿nos acobardaremos ante las pequeñas pruebas que tengamos que soportar? ¿Podemos amar a Cristo y negarnos a levantar la cruz? ¿Podemos amar a Cristo y no seguirle desde el tribunal hasta el Calvario? Si Cristo, esperanza de gloria, está en nosotros, andaremos como él anduvo. Imitaremos su vida de abnegación; beberemos del cáliz del que él bebió, y seremos bautizados con el bautismo con que él fue bautizado; por amor de Cristo acogeremos una vida de devoción, prueba y abnegación. Así, contemplándole, seremos transformados de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor.

Sra. E. G. White

15 de julio de 1897

El objeto del sacrificio de Cristo

EGW

Cristo fue enviado para representar a Dios en la humanidad. Cuando vino a nuestro mundo, su divinidad se revistió de humanidad, para que la humanidad tocara a la humanidad, y la divinidad se asentara en el trono de la divinidad. Así se trajo al hombre el poder moral. Cuando comprendamos la Palabra de Dios, comprenderemos mejor la obra y la misión de Cristo, y podremos trazar su actuación en favor de la humanidad. Por nosotros, Cristo se hizo pobre, para enriquecernos con su pobreza. Descendió humillándose de profundidad en profundidad por nosotros, hasta llegar a la cruz. No podía ir más lejos en su abnegación y sacrificio. Era imposible que la condescendencia divina alcanzara una profundidad menor. Este maravilloso sacrificio conmovió a todo el cielo, y ¿podemos contemplarlo sin que se nos rompa el corazón al verlo?

Cristo vino a comunicar la vida de Dios a la humanidad. Declaró: "Yo vivo por el Padre", siendo mi vida y la suya una sola. "Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo que tenga vida en sí mismo". "El que

come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, así también el que me come, vivirá por mí."

Estas palabras ofendieron a muchos de los discípulos. Debido a la terrenalidad de sus mentes, sus palabras les resultaron insufribles, y malinterpretaron su significado. "Esto", decían, "es un dicho duro; ¿quién puede oírlo?". ¿Quién puede consentir que se hable así? Pero Cristo no suaviza su representación simbólica. Todos los que lo desearon pudieron trazar las verdades concernientes a su persona y oficio. "¿Os ofende esto?", pregunta. "¿Qué, y si viereis al Hijo del hombre subir adonde antes estaba? El Espíritu es el que vivifica; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os hablo son espíritu y son vida." Al dar su carne y su sangre por la vida del mundo, Cristo da la vida eterna a todos los que la reciben con fe. Ningún ser humano puede nutrirse del alimento que come otro. Cada uno debe comer por sí mismo. Y así, al comer las palabras de Cristo, cada uno debe recibir por sí mismo. Así comemos la carne y bebemos la sangre del Hijo de Dios. En obediencia a su Palabra, nos hacemos partícipes de la naturaleza divina, del mismo modo que nuestro cuerpo se construye con los alimentos que comemos. Los que comen la carne y beben la sangre del Hijo de Dios se hacen uno con Cristo en la vida espiritual.

Cristo recibirá a todos los que vengan a él por la fe. Sin embargo, miles perecen en sus pecados, desatentos y temerarios en su desobediencia a la ley de Dios. Y muchos en su ceguera se ofenden, porque están cumpliendo una norma falsa. Es el corazón amante y obediente el que vendrá a Cristo; y su promesa es: "Al que a mí viene, en ninguna manera le echo fuera".

Aunque el servicio sacramental no se menciona aquí, sin embargo está encarnado en las figuras presentadas. Mientras el creyente celebra la ordenanza en espíritu y en verdad que mantiene ante la mente la crucifixión del Señor, está comiendo la carne y bebiendo la sangre del Hijo de Dios. A través de la fe estas representaciones de Cristo pueden ser claramente entendidas. El Espíritu Santo preparará la mente y agilizará las facultades perceptivas para captar las grandes verdades que se transmiten en ellas.

"Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él". Estos hombres se habían unido a Cristo como aprendices. Pero su mente carnal interpretó literalmente la figura que Cristo presentó. Su entendimiento

era burdo. Esto lo veremos en todas las épocas del mundo. Mientras dure el tiempo, se hallará trigo entre la cizaña, y cizaña entre el trigo. Pero "por sus frutos", declara Cristo, "los conoceréis".

La lección que debemos aprender es que siempre que se descuida el consejo que Dios decide enviar, ciertamente colocará al hombre en una posición de desconfianza y sospecha. Si no reforma a fondo los defectos de su carácter, si no muere al yo, se separará cada vez más de la justicia y la verdad.

No debemos sorprendernos si pasamos por una experiencia similar. Los hombres que no hacen de Cristo su todo y en todo, sino que tienen una fe superficial, no entenderán las palabras de Cristo. Muchos se unen a Cristo esperando obtener alguna ventaja temporal, pero las exigencias del Evangelio los ofenden. Al no haberse unido a Cristo para hacer la voluntad de Dios, no tienen vida espiritual. Si hubieran recibido su palabra, habrían tenido entendimiento. Dijo Cristo: "Si alguno quiere hacer su voluntad, conocerá la doctrina, si es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta. El que habla de sí mismo, su propia gloria busca; pero el que busca la gloria del que le envió, ése es verdadero, y no hay en él injusticia."

Pero no todos los que habían oído y creído en Cristo debían alejarse de él. Jesús dijo a sus discípulos: "¿También vosotros queréis marcharos?". Simón Pedro respondió "Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros creemos y estamos seguros de que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Jesús les respondió: ¿No os he elegido yo a vosotros doce, y uno de vosotros es diablo? Hablaba de Judas Iscariote, hijo de Simón, porque él era el que le iba a entregar, siendo uno de los doce".

El deseo de los discípulos era estar con Cristo. "¿A quién", dijeron, "iremos?". ¿Volveremos a buscar el consejo del formalista? No podemos comprender por qué tantos se marchan. Surgió en sus mentes el pensamiento de que Cristo se había equivocado al decir palabras que ofenderían. Estos discípulos desafectos, pensaron, podrían haber sido retenidos si Cristo no hubiera hablado tan decididamente con respecto a participar de su carne y de su sangre. "Pero", decían, "¿dejaremos al gran Maestro? Los escribas y los fariseos han sido muy injustos con Cristo. ¿Enseñaremos la tradición de los ancianos? ¿Tomaremos partido con ellos en un formalismo sin vida, enseñando como doctrina los mandamientos de los hombres?"

Cristo anhelaba a sus discípulos. Anhelaba que entraran en una relación sagrada consigo mismo, y que le comprendieran. Creer en Cristo es algo más que un

mero sentimiento. Es una fe viva en un Salvador personal, que puede rescatar y rescatará del pecado. El Salvador previó que en la hora de la tentación cada uno de sus amados discípulos sería severamente probado, y les dijo que sus palabras serían comprendidas después de su crucifixión, su resurrección y su ascensión. "El Espíritu Santo", dijo, "os recordará todo lo que os he dicho". Y los consoló con estas palabras: "No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, os lo habría dicho. Voy a prepararos un lugar. Y si me voy y os preparo un lugar, vendré otra vez y os recibiré a mí mismo, para que donde yo esté, estéis también vosotros."

Esta seguridad de nuestro Salvador debería ser suficiente para enseñarnos la importancia de vivir la vida de Cristo en este mundo, para que podamos aferrarnos a la futura vida inmortal. Debemos poner todas las facultades de la mente y del corazón en un esfuerzo diligente proporcional al valor de la recompensa que se nos presenta, incluso la vida eterna. Nuestro servicio a Dios decidirá nuestro destino eterno.

"El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él gratuitamente todas las cosas?". Y no es del todo apropiado que la misma pregunta nos venga a nosotros, cuando tan gran amor se ha expresado por nosotros en el don de Cristo como nuestro rescate, - ¿Cómo no le daremos gratuitamente todas las cosas? Cuando tal amor se ha expresado en nuestro favor, ¿nuestro amor y gratitud serán sólo como una onda en la superficie?

El Señor exige de cada cristiano que crezca en eficacia y en capacidad en todos los sentidos. Él ha dado libremente incluso su propia sangre y sufrimiento para asegurar nuestra obediencia. ¿Nos esforzamos por mantener una conexión vital con Dios, de modo que nos demos cuenta de nuestra obligación? ¿Sentimos que todo lo que tenemos es un préstamo de Jesús? No es nuestro. Somos administradores de su gracia, encargados de sus bienes. Nuestros talentos deben ser utilizados, no para servirnos a nosotros mismos, sino para servir a Dios con devoción y de todo corazón. Y sólo aquellos que reciben su Palabra, su vida, pueden servirle desde corazones puros y amorosos.

Sra. E. G. White

22 de julio de 1897

"Toma mi yugo sobre ti"

EGW

"Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, y Yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga".

Hay una condición para el descanso y la paz que aquí nos ofrece Cristo. Es la de yugo con él. Todos los que acepten la condición encontrarán que el yugo de Cristo les ayudará a soportar toda carga que necesiten llevar. Sin Cristo a nuestro lado para llevar la parte más pesada de la carga, debemos ciertamente decir que es pesada. Pero uncidos con Él al carro del deber, las cargas de la vida pueden ser todas llevadas con ligereza. Y así como un hombre actúa en obediencia voluntaria a los requerimientos de Dios, vendrá su paz mental. Dará pruebas de un juicio claro y de una firmeza de carácter al cooperar con Dios para redimirse mediante la fe en Cristo.

Sumisión de la fe en Cristo

La mansedumbre y la humildad caracterizarán a todos los que sean obedientes a la ley de Dios, a todos los que lleven el yugo de Cristo con sumisión. Y estas gracias traerán el resultado deseable de paz en el servicio de Cristo. Al aprender la mansedumbre y humildad de Cristo, someteremos todo el ser a su control. Entonces la gracia transformadora de Cristo obrará sobre el corazón y el carácter, haciendo que los seres humanos, caídos en el pecado, se completen en él.

Cristo enseñaría esta lección a todos los que le siguieran. Como nuestro Sustituto y Fianza, a la cabeza de la humanidad, es nuestro ejemplo. Fue obediente a todas las exigencias de Dios. Él, la Majestad del cielo, el Rey de gloria, dejó a un lado su realeza, su posición como Comandante en las cortes celestiales, vino a nuestro mundo como hombre, y se sometió a la ley. Y todo esto para que el hombre pudiera llegar a ser como su Maestro, obediente, no al enemigo de Dios, sino obediente a su Padre celestial, para que pudiera dedicarse al servicio que Dios exige de cada uno de sus hijos obedientes.

Esta es la condición de la salvación. Y Dios impone esta condición a todo ser humano con la misma veracidad con que la impuso a Adán y Eva en el Jardín del Edén. Nuestros primeros padres cayeron porque, tentados por Satanás, desobedecieron a Dios. Con pocas excepciones, la familia humana ha estado desde entonces al servicio de Satanás, haciendo su trabajo, llevando su yugo y soportando sus cargas. Pero han encontrado su yugo incómodo y molesto, sus cargas pesadas y penosas de llevar.

Pero Cristo empeñó su propia vida para que el transgresor pudiera ser perdonado, para que el hombre pudiera tener otra prueba. Él mismo se pondría en el lugar del hombre; se vestiría con el ropaje de la humanidad y viviría la vida del hombre desde el principio. Pasaría por las etapas de la infancia, la niñez, la juventud y la madurez, para mostrar al hombre cómo vivir, cómo emplear sus horas de prueba.

Obediencia de la fe en Cristo

Cristo se reconoció sujeto a la ley. Si no fuera así, no podría ser nuestro Salvador. Y Dios quiere que el hombre viva de acuerdo con cada especificación de la ley, para que pueda revelar un carácter según el modelo que le dio Cristo. Desea que, mientras estén en el mundo, sus seguidores no sean del mundo. Su experiencia puede hallar expresión en las palabras: "Con Cristo estoy juntamente crucificado; mas vivo, y no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí."

En su Hijo, Dios ha puesto ante el hombre la vida que ha de vivir. No le corresponde a él estar constantemente ramificándose en líneas de su propia elección, y poniendo su voluntad en oposición a la voluntad de Dios. Sin embargo, muchos gastan sus fuerzas en la búsqueda desesperada de cosas que nunca podrán alcanzar. Cuán diferentes son las vidas de los tales cuando se comparan con la de su Ejemplo, el Hijo de Dios, que por ellos se comprometió a una vida de abnegación, de pobreza y de sufrimiento, sin ser apreciado, reconocido, despreciado y rechazado. Era "varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no le tuvimos en cuenta.... Herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados.... Fue oprimido y afligido, pero no abrió la boca; como cordero fue llevado al matadero, y como oveja delante de sus trasquiladores enmudeció, y no abrió la boca". Cristo estaba a menudo cansado y hambriento y lleno de dolor

en la conciencia del amor no correspondido. La nación a la que había venido a salvar y bendecir no comprendía su misión. Se habían apartado de Dios, y le malinterpretaban y malentendían constantemente. "Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron".

Obediencia voluntaria en Cristo

En vista de las abundantes pruebas que Dios ha dado de su amor, su simpatía y su benevolencia, exige nuestra obediencia voluntaria. Su amor será una salvaguardia para todas las almas. Cerrará el camino al pecado y a la indulgencia egoísta. Al mirar a Jesús, el autor y consumidor de nuestra fe, al estudiar su vida de abnegación y sacrificio, estamos armados con la misma mente para hacer el mismo servicio. "El que quiera venir en pos de mí", dice Cristo, "niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame". Para el verdadero seguidor de Cristo hay un placer en hacer las cosas que Cristo ha hecho en su favor. No considera la exigencia del Señor como una exacción arbitraria, sino como una clara especificación de su única seguridad contra los avances del astuto enemigo, que siempre trata de enredar sus pies y dificultar su camino.

Dios sabe que si se nos dejara seguir nuestras propias inclinaciones, ir sólo donde nuestra voluntad nos llevara, caeríamos en las filas de Satanás y nos convertiríamos en poseedores de sus atributos. Por eso la ley de Dios nos limita a su voluntad, que es alta, noble y elevadora. Él desea que asumamos con paciencia y sabiduría los deberes del servicio. Es para nuestro bien presente y eterno trabajar en las obras de Dios. Si se acepta su voluntad con alegría y gratitud, los resultados se verán en el servicio prestado y en el carácter desarrollado.

Resultado de la presentación de Sullen

Una sumisión hosca a la voluntad del Padre desarrollará el carácter de un rebelde. Tal persona considera el servicio como un trabajo pesado. No se presta con alegría y en el amor de Dios. Es una mera ejecución mecánica. Si se atreviera, desobedecería. Su rebelión está sofocada, lista para estallar en cualquier momento en amargas murmuraciones y quejas. Tal servicio no trae paz ni tranquilidad al alma.

Cristo asumió la humanidad, con toda su humillación y servicio, para liberar a los hombres de la esclavitud de Satanás. Sabía que el servicio de Satanás sólo puede traer consigo desdicha y miseria. El pecador es ajeno al reposo. Dice: "Quiero mi libertad". Espera librarse de toda restricción desechando la ley de

Dios. Pero es este deseo el que ha hecho del mundo lo que es hoy, corrupto como en los días de Noé, y contaminado como las ciudades de Sodoma y Gomorra.

La ley y el servicio forman parte de toda vida verdadera. La ociosidad es pecado. Se supone que el dinero lleva a su poseedor por encima del servicio. Porque un hombre tiene dinero, se le permite pasar su tiempo en la ociosidad. Pero Satanás compromete a todos los tales en la clase más mezquina de trabajo. Es el Señor quien tiene derecho a nuestro servicio. Cuanto más viva un individuo para sí mismo y menos para el bien de los demás, menos noble y pura será su vida. Su poder moral degenera mientras vive para sí mismo. Compara la vida ociosa con la de quien mira de frente a sus responsabilidades y asume el servicio de su vida para Dios y para sus semejantes.

La obra de la fe con Cristo

Todos los que tengan sentido de su deber para con sus semejantes aceptarán la invitación a trabajar en coparticipación con Jesucristo, mediante una vida de obediencia y servicio. Sólo así podrán dar al mundo las credenciales divinas. Estos tendrán un concepto elevado de la vida. No es para ellos una ronda de placeres y diversiones mundanas. Esto nunca puede satisfacer el alma hambrienta. La verdad es noble, elevada y sagrada, y la sabiduría y el conocimiento que se nos dan en ella son como un árbol de vida para todos los que los acepten.

En el capítulo cincuenta y ocho de Isaías, Dios nos presenta la obra que quiere que hagamos por Él y por nuestros semejantes. Dice: "¿No es éste el ayuno que he escogido? desatar las ligaduras de la maldad, deshacer las cargas pesadas, dejar libres a los oprimidos y romper todo yugo? ¿No es repartir tu pan al hambriento, y traer a tu casa a los pobres desechados? Cuando veas al desnudo, cúbrelo, y no te escondas de tu propia carne. Entonces nacerá tu luz como el alba, y tu salud brotará pronto; y tu justicia irá delante de ti; la gloria del Señor será tu recompensa. Entonces llamarás, y el Señor responderá; clamarás, y dirá: Heme aquí. Si quitares de en medio de ti el yugo, el extender el dedo y el hablar vanidad; y si sacares tu alma al hambriento, y saciases al alma afligida, entonces nacerá tu luz en la oscuridad, y tus tinieblas serán como el mediodía; y el Señor te guiará continuamente, y saciará tu alma en la sequía, y engordará tus huesos; y serás como huerto regado, y como manantial de aguas, cuyas aguas nunca faltan."

Entonces, ¿por qué no probar este tipo de servicio? El Señor dice que su yugo es fácil y su carga ligera. Sin embargo, ese yugo no nos dará una vida de facilidad, libertad e indulgencia egoísta. La vida de Cristo fue de abnegación y sacrificio a cada paso; y con ternura y amor constantes, semejantes a los de Cristo, su verdadero seguidor caminará tras las huellas del Maestro; y a medida que avance en esta vida, se inspirará más y más con el Espíritu y la vida de Cristo.

Sra. E. G. White

29 de julio de 1897

El sábado del Cuarto Mandamiento

EGW

"Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas; porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, bendijo Jehová el día de reposo y lo santificó."

La ley de Dios es obligatoria para los hombres de todas las épocas y de todos los países. Toda la humanidad está obligada a obedecer cada uno de los mandamientos establecidos en sus diez preceptos. El cuarto mandamiento forma parte de esa ley. Dios lo ha hecho especialmente significativo, colocándolo en el mismo seno del Decálogo.

La santa ley de Dios no fue instituida en el Sinaí, aunque allí fue proclamada por primera vez. Los truenos y relámpagos que envolvieron el Sinaí presentaron una escena de asombro y terror que ninguna voz o pluma pueden describir. El esplendor y la majestad de la gloria de Dios allí revelados hicieron temblar de miedo al pueblo que él había rescatado de la esclavitud de Egipto. Y al oír la voz de Dios entre el humo y el fuego, los truenos y los relámpagos, y el ruido de una trompeta, se alejaron del monte y dijeron a Moisés: "Habla tú con nosotros, y te oiremos; pero no hable Dios con nosotros, no sea que muramos.

"Y Moisés dijo al pueblo: No temáis, porque Dios ha venido para probaros, y para que su temor esté delante de vuestros rostros, a fin de que no pequéis. Y el pueblo se paró lejos, y Moisés se acercó a la densa oscuridad donde estaba Dios.

Y Jehová dijo a Moisés: Así dirás a los hijos de Israel: Vosotros habéis visto que yo he hablado con vosotros desde el cielo." "Seis días harás tu trabajo, y el séptimo día descansarás; para que descansen tu buey y tu asno, el hijo de tu sierva y el extranjero".

Durante la ausencia de Moisés en el monte, adonde había ido para recibir las tablas de la ley, los hijos de Israel cayeron en la idolatría. Cuando Moisés regresó y vio que habían roto su pacto con Dios, la vergüenza y la confusión se apoderaron de él, y allí arrojó las tablas y las rompió. Como ellos habían roto su pacto con Dios, Moisés, al romper las tablas, les dio a entender que también Dios había roto su pacto con ellos.

"Y Jehová dijo a Moisés: Hazte dos tablas de piedra semejantes a las primeras; y escribiré en estas tablas las palabras que estaban en las primeras tablas que quebraste". Al escribir la ley sobre tablas de piedra, Dios quiso enseñar a los hombres el carácter duradero de su ley, y la obligación perpetua de toda la humanidad de obedecer esa ley que es la transcripción de su carácter.

Al comienzo mismo del cuarto precepto Dios dijo: "Acuérdate", sabiendo que el hombre, en la multitud de sus preocupaciones y perplejidades, estaría tentado a excusarse de cumplir todos los requisitos de la ley, o en la presión de los negocios mundanos olvidaría su sagrada importancia. No es el primer día, ni ningún día común, sino el séptimo el que Dios ha bendecido y apartado para un uso sagrado. Al examinar su obra de creación, vio que era muy buena, y descansó en ese día. Y quiso que el hombre lo santificara, porque él mismo había descansado en ese día. Los maestros de nuestros días, por elevadas que sean sus pretensiones de santidad, que declaran que la ley de Dios es judía, tergiversan las Escrituras, engañan al pueblo y hacen que la ley de Dios carezca de efecto. El sábado fue dado a Adán y Eva en el Edén para toda su posteridad. Los judíos no estaban más estrechamente relacionados con Adán que cualquiera de las otras naciones de la tierra. En lugar de perder su fuerza ahora, la ley debe entenderse más plenamente. Cuando los sacrificios típicos cesaron con la muerte de Cristo, el original, grabado en las tablas de piedra, permaneció inmutable, manteniendo sus exigencias sobre los hombres de todas las épocas. Y en la era cristiana el deber del hombre no está limitado, sino más especialmente definido y expresado con sencillez.

Dios descansó el séptimo día, no sólo para dar ejemplo a los judíos. El mandamiento del sábado es obligatorio para todos los hombres hasta el fin de

los tiempos. Y no sólo esto, su observancia ha de llevarse al mundo futuro, para perpetuarse por toda la eternidad.

Dios ha dado al hombre seis días para realizar su trabajo y llevar a cabo las actividades habituales de la vida; pero reclama un día, que ha bendecido y santificado. Y lo concede al hombre como un día en el que puede descansar del trabajo y dedicarse a la adoración de su Creador. Es la mayor presunción que el hombre mortal se aventure a transigir con el Todopoderoso para asegurar sus propios intereses temporales mezquinos. "Yo, el Señor tu Dios, soy un Dios celoso", tronó desde el Sinaí. Ninguna obediencia parcial, ningún interés dividido, es aceptado por Aquel que declara que las iniquidades de los padres se visitarán sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que le odian, y que mostrará misericordia a miles de generaciones de los que le aman y guardan sus mandamientos.

Cristo era el fundamento de toda la economía judía, y en todas sus instrucciones específicas respecto a las observancias ceremoniales, éstas se distinguían del Decálogo. Debían desaparecer. El tipo debía encontrarse con el antitipo en la gran ofrenda de Cristo por los pecados del mundo.

Cristo y sus discípulos guardaban el sábado. Cuando se le acusó de quebrantar el sábado al frotar las espigas de trigo en sus manos y comer con sus discípulos para saciar su hambre, negó la acusación que se le hacía. Aseguró a sus acusadores que habían condenado al inocente, pues él sólo había hecho aquellas cosas que estaban perfectamente en armonía con el mandamiento del sábado. Si los sacerdotes y los gobernantes hubieran podido fundamentar su acusación, no habrían tenido necesidad de sobornar a los hombres para que dieran falso testimonio contra Dios en su juicio.

La muerte de Cristo en la cruz muestra la inmutabilidad de la ley de Dios. Su muerte engrandeció la ley y la hizo honorable. De sus propios labios divinos se oyen las palabras: "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido".

5 de agosto de 1897

"Venid aparte, ... y descansad un rato"

EGW

"Y se juntaron los apóstoles a Jesús, y le contaron todo lo que habían hecho y lo que habían enseñado. Y él les dijo: Venid vosotros aparte a un lugar desierto, y descansad un poco; porque eran muchos los que iban y venían, y no tenían tiempo ni para comer." Los discípulos acababan de regresar de su primera gira misionera. Se acercaron a Jesús y se lo contaron todo. Su íntima relación con él les animó a exponerle todas sus experiencias favorables y desfavorables, su alegría al ver los resultados de sus trabajos y su tristeza por sus fracasos, sus faltas y sus debilidades. Habían cometido errores en su primer trabajo como evangelistas, y cuando le contaron con franqueza sus experiencias, Cristo vio que necesitaban mucha instrucción. Vio también que se habían cansado en sus trabajos y que necesitaban descansar.

Pero donde estaban entonces no podían obtener la intimidad necesaria; "porque eran muchos los que iban y venían, y no tenían tiempo ni para comer". La gente se agolpaba tras Cristo, ansiosa de ser curada y deseosa de escuchar sus palabras. Muchos se sentían atraídos por él, pues les parecía la fuente de todas las bendiciones. En sus palabras se expresaban la misericordia, la verdad y la esencia misma del amor. Era, en efecto, la fuente misma de todo bien, capaz de satisfacer todas las necesidades de un mundo caído y de una Iglesia probada. Nadie recurría a él en vano. Todo lo que necesitan los pecadores pobres, sufrientes e indefensos se encuentra en él. No sólo es poderoso, lo cual no lo expresa plenamente, sino todopoderoso para salvar, dispuesto a cargar con la culpa del pecador e imputarle su justicia.

La restauración física de cada alma que vino a Cristo para ser sanada es una garantía de que Él es plenamente capaz de quitar el pecado, y sanar el alma enferma. Él es "el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo". Muchos de los que entonces se agolpaban en torno a Cristo para recibir la preciosa bendición de la salud, lo aceptaron como su Salvador. Muchos otros, temerosos entonces de confesarle, a causa de los fariseos, se convirtieron al descender el Espíritu Santo, y ante los airados sacerdotes y gobernantes le reconocieron como Hijo de Dios.

Pero ahora Cristo anhelaba retirarse para estar con sus discípulos, pues tenía mucho que decirles. En su trabajo habían pasado por la prueba y el conflicto, y

habían encontrado oposición de todo tipo. Juan el Bautista acababa de ser decapitado, y sus discípulos, llenos de dolor por su muerte, habían recogido su cuerpo y lo habían depositado en un sepulcro, y luego habían venido a decírselo a Cristo.

Hasta entonces los discípulos habían consultado a Cristo en todo, pero durante algún tiempo habían estado solos, y a veces se habían sentido muy turbados por no saber qué hacer. Habían encontrado mucho aliento en su trabajo, pues Cristo no los despidió sin su Espíritu, y por la fe en él obraron muchos milagros; pero ahora necesitaban alimentarse del Pan de Vida. Necesitaban ir a un lugar de retiro, donde pudieran tener comunión con Jesús y recibir instrucción para el trabajo futuro.

Deber de descanso

"Y les dijo: Venid vosotros aparte a un lugar desierto, y descansad un poco". Cristo está lleno de ternura y compasión por todos los que están a su servicio. Quiere mostrar a sus discípulos que Dios no exige sacrificios, sino misericordia. Han estado poniendo toda su alma en el trabajo por el pueblo, y esto estaba agotando sus fuerzas físicas y mentales. Era su deber descansar. Cristo los llamó a descansar para que pudieran pasar unas horas con él. ¡Qué atento y tierno era su amor y su cuidado por ellos!

"Y partieron a un lugar desierto en barco privado". Con sus discípulos, Jesús cruzó las aguas y eligió un lugar retirado, lejos de las ciudades, lejos de las vías de comunicación, a poca distancia del lago, donde estarían en reclusión y lejos del bullicio y la agitación de la ciudad. Las escenas de la naturaleza eran en sí mismas un descanso, un cambio agradecido para los sentidos. Allí podrían escuchar las palabras de Cristo sin oír las airadas interrupciones, las réplicas y acusaciones de los escribas y fariseos. Aquí podían disfrutar de una breve temporada de descanso y preciosa comunión en compañía de su Señor.

El descanso que Cristo y sus discípulos tomaron no fue un descanso autoindulgente. El tiempo que pasaban retirados no lo dedicaban a placeres o diversiones frívolas. Hablaban juntos de la obra de Dios y de la posibilidad de hacerla más eficaz. Los discípulos habían estado con Cristo, y podían entenderle; a ellos no necesitaba hablarles en parábolas. Corrigió sus errores y les explicó la manera correcta de acercarse a los incrédulos. Les abrió más plenamente los preciosos tesoros de la verdad divina. Les presentó importantes

verdades del inagotable depósito. Fueron vitalizados por el poder divino e inspirados con esperanza y valor.

Las palabras de compasión de Cristo se dirigen hoy a sus obreros con la misma seguridad con que se dirigieron a sus discípulos. "Venid aparte... y descansad un poco", dice a los que están cansados. No nos exhorta a trabajar al máximo de nuestras fuerzas. Debemos recordar que hay un trabajo importante que hacer mañana, y por esa razón debemos cuidar nuestras fuerzas físicas. Hay mucho trabajo que hacer, día tras día; pero no debemos esforzarnos por cargarnos con más peso del que podemos llevar.

Aunque se nos exige abnegación y esfuerzos abnegados, Dios ha fijado un límite. Sus obreros no deben mostrar presunción. Dios no exige que sus siervos arruinen su salud con continuos impuestos. Este no es el ayuno que glorificará a Dios. La mente no puede actuar saludablemente si el obrero debilita su maquinaria física por el sobreesfuerzo. Dios quiere que todos estudien las leyes de la salud, y luego usen la razón cuando trabajen para él, para que la vida que se les ha dado pueda ser preservada.

La religión de Jesucristo exige que todo ser humano obedezca las leyes del organismo físico. Podemos estar preparados para los trabajos del mañana mediante el ejercicio juicioso y el cuidado de nuestras facultades de hoy. Los siervos de Jesucristo no deben tratar su salud con indiferencia. El Señor recuerda que no somos más que polvo, y no espera de nosotros más de lo que podemos hacer.

Que nadie trabaje hasta la extenuación, descalificándose así para otros deberes. No tratéis de amontonar dos días de trabajo en uno. Todos deben emplear sus fuerzas sabiamente, y al final se encontrará que aquellos que trabajan cuidadosa y sabiamente han logrado tanto como aquellos que gastan su fuerza física y mental de tal manera que no tienen ningún depósito del cual sacar en un momento de necesidad.

La obra de Dios es mundial; requiere cada jota y tilde de la capacidad y el poder que tenemos; pero existe el peligro de que los obreros de Dios abusen de sus poderes al ver que el campo está maduro para la cosecha. Pero Dios no exige esto. Después de haber hecho lo mejor, pueden decir: "La mies a la verdad es mucha, y los obreros pocos; pero Dios conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo."

Los obreros de Cristo deben tomarse tiempo para descansar. No me refiero a los que están constitucionalmente cansados, a los que piensan que llevan cargas más pesadas que los demás. Los que no trabajan no necesitan descansar. Aquellos que no pueden demostrar que han estado usando sus poderes espirituales y físicos para Dios, trabajando seria y completamente para él, con mente, alma y fuerza, no necesitan la compasión que Cristo dio a sus discípulos. Cristo dirigió sus tiernas y compasivas palabras a los que estaban agotados en su servicio, no a los que siempre se escatimaban, a los que no hacían un trabajo serio y abnegado. Y hoy es a los que se olvidan de sí mismos, a los que trabajan hasta el límite de su capacidad, a los que se afligen porque no pueden hacer todo lo que quisieran, y que en su celo van más allá de sus fuerzas, a quienes Cristo dirige las palabras: "Apartaos... y descansad un poco".

Los discípulos buscaron a Jesús y le contaron "todas las cosas", y él los consoló y animó. Si hoy nos tomáramos el tiempo de acudir a Jesús con nuestros problemas, seríamos más fuertes. No nos desilusionaríamos, porque Él estaría a nuestra derecha, y no nos conmoviéramos. Necesitamos más sencillez, más confianza y seguridad en nuestro Salvador. "Pedid y se os dará", ha prometido. "Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os aliviaré. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas."

Sra. E. G. White

12 de agosto de 1897

Alimentar a los cinco mil

EGW

Cristo se había retirado a un lugar apartado con sus discípulos, pero esta rara temporada de apacible quietud pronto se vio interrumpida. Los discípulos pensaron que se habían retirado adonde no serían descubiertos; pero tan pronto como la multitud echó de menos al divino Maestro, preguntaron: "¿Dónde está?". Algunos entre ellos habían notado la dirección en que Cristo y sus discípulos se habían ido, y pronto una inmensa multitud buscaba a Cristo. A este número se añadieron nuevos miembros, hasta que la congregación estuvo compuesta por no menos de cinco mil hombres, además de mujeres y niños.

Desde la ladera de la colina, Jesús contempló a la multitud en movimiento, y su gran corazón de amor y compasión se conmovió con simpatía. Interrumpido

como estaba y privado de su descanso, no se impacientó. Vio una necesidad mayor que exigía su atención mientras observaba a la gente que venía y seguía viniendo. Sintió "compasión de ellos, porque eran como ovejas que no tienen pastor". Abandonando su retiro en la montaña, encontró un lugar conveniente donde poder atender a su indigencia espiritual. No recibían ayuda de los sacerdotes ni de los gobernantes; pero las aguas curativas de la vida fluían de Cristo mientras enseñaba a la multitud el camino de la salvación.

El pueblo escuchaba las palabras de misericordia que brotaban libremente de los labios del Hijo de Dios. Oían las palabras misericordiosas, tan sencillas y tan simples que eran como el bálsamo de Galaad para sus almas. La curación de su mano divina trajo alegría y vida a los moribundos, y alivio y salud a los que sufrían enfermedades. El día les pareció como el cielo en la tierra, y eran completamente inconscientes de cuánto tiempo hacía que no comían nada.

"Cuando ya había pasado mucho tiempo, se le acercaron sus discípulos y le dijeron: Este es un lugar desierto, y ya ha pasado mucho tiempo; despídelos para que vayan a los alrededores y a las aldeas y compren pan, porque no tienen qué comer. Respondiendo él, les dijo: Dadles vosotros de comer". Sorprendidos y asombrados, le dicen: "¿Iremos a comprar doscientos denarios de pan, y les daremos de comer? Él les dijo: "¿Cuántos panes tenéis? Id a ver. Y como lo supieron, dijeron: Cinco, y dos peces. Y les mandó que se sentaran todos por grupos sobre la hierba verde. Y se sentaron por grupos de cien y de cincuenta. Y tomando los cinco panes y los dos peces, levantando los ojos al cielo, bendijo, partió los panes y los dio a sus discípulos para que los pusieran delante; y los dos peces los repartió entre todos. Y comieron todos, y se saciaron. Y recogieron doce cestas llenas de los pedazos y de los peces".

El que enseñó al pueblo el camino para asegurar la paz y la felicidad, pensó tanto en sus necesidades temporales como en sus necesidades espirituales. El milagro de los panes nos muestra que el trato de Dios con su pueblo está lleno de bondad y verdad. La gente estaba cansada y desfallecida. Muchos llevaban horas de pie. Habían estado tan intensamente interesados en las palabras de Cristo que ni una sola vez habían pensado en sentarse, y la multitud era tan grande que había peligro de que se pisotearan unos a otros. Jesús quiso darles la oportunidad de descansar, y les ordenó que se sentaran. Podían sentarse y descansar cómodamente, pues había mucha hierba en el lugar. Cristo dispuso darles todo el descanso que necesitaban. ¡Oh, qué pocos comprenden la simpatía y el amor de Jesús!

Objeto de milagros

Cristo nunca hizo un milagro excepto para suplir una necesidad genuina, y cada milagro tenía el carácter de conducir a la gente al árbol de la vida, cuyo fruto es para la curación de las naciones. La sencilla comida que los discípulos pasaban de mano en mano contenía todo un tesoro de lecciones. Cristo podría haber ofrecido a la gente un rico banquete si hubiera pensado que esta dieta les transmitiría la instrucción esencial para sus almas. Pero la comida preparada para la gratificación del apetito pervertido no habría transmitido ninguna lección para su bien. Cristo les enseñó en esta lección que las provisiones naturales de Dios para el hombre habían sido pervertidas. Y nunca un pueblo disfrutó de los lujosos festines preparados para la gratificación del apetito pervertido como este pueblo disfrutó del descanso y de la sencilla comida que Cristo proveyó tan lejos de las moradas humanas.

Si los hombres de hoy fueran sencillos en sus hábitos, viviendo en armonía con las leyes de la naturaleza, como lo hicieron Adán y Eva en el principio, habría un abundante suministro para las necesidades de la familia humana. Habría menos necesidades imaginarias y más oportunidades de trabajar en los caminos de Dios. Pero el egoísmo y la indulgencia de gustos antinaturales han traído pecado y miseria al mundo, por exceso por un lado, y por necesidad por el otro. Se ha creado una condición de cosas que revela que Satanás ha estado induciendo a otros a participar del fruto del árbol del conocimiento, que el Señor prohibió comer a Adán y Eva.

El libro de la naturaleza debería ser estudiado por todos. La tierra se cultiva y la semilla se pone en el suelo. Entonces Dios, a través de su poder milagroso, envía la lluvia y el sol, haciendo que la semilla brote, primero la hoja, luego la espiga, y después el maíz en la espiga. Así se obtienen los materiales con los que el hombre, utilizando las facultades que Dios le ha dado, prepara el pan que se pone sobre la mesa. De esta manera Dios alimenta a miles, y diez veces diez mil, una multitud que no puede ser contada.

Pero los hombres están acostumbrados a este proceso, y dejan a Dios fuera de sus pensamientos, pensando que ellos mismos están haciendo el trabajo. No dan a Dios la gloria debida a su nombre. Pero se necesita tanto poder para preparar la cosecha que los hombres recogen como para hacer que unos pocos panes de cebada sirvan para tantos miles. Dios nos da todo lo necesario para mantener la vida y, al hacerlo, obra milagros diariamente. Si no fuera por estos milagros, que se repiten tan graciosamente en nuestro favor, estaríamos cansados,

hambrientos, muertos de hambre y de muerte. Pero Dios, lleno de misericordia y compasión, cuida constantemente de nosotros; y porque no cesa su bondad, porque estamos rodeados de sus milagros, dejamos de apreciar sus misericordias continuamente crecientes. Fijando nuestros ojos en los instrumentos humanos, damos la gloria a los hombres, y atribuimos los milagros de Dios a causas naturales. Los hombres permiten que el enemigo de Dios los lleve a glorificar a los hombres en lugar de alabar a su Creador. Muchos convierten las ricas provisiones de la naturaleza en estimulantes antinaturales, y así pervierten las cosas buenas de Dios. Ofuscan el intelecto y desgastan los delicados órganos del sistema por la indulgencia del apetito. Destierran a Dios de sus pensamientos, y actúan como los habitantes del mundo noático, contaminando la tierra con sus pecados. Así deshonra el hombre a su Dios.

Recoger los fragmentos

Después del milagro de la alimentación, sobró comida en abundancia. Pero Él, que tenía todas las fuentes del poder infinito a su disposición, dijo: "Recoged los fragmentos que quedan, que no se pierda nada". Esta lección era doble. Nada debe desperdiciarse. No debemos dejar escapar ninguna ventaja temporal. No debemos descuidar nada que tienda a beneficiar a un ser humano. Que se recoja todo lo que alivie la necesidad de los hambrientos de la tierra.

Los que estaban en aquel banquete tan ricamente provisto debían salir y dar a los necesitados el pan que Cristo había provisto para calmar el hambre física, y debían darles también el pan que desciende del cielo, para saciar el hambre del alma. Debían repetir lo que habían aprendido de las maravillas de Dios. Nada debía perderse. Ni una sola palabra que tuviera que ver con su salvación eterna debía caer inútilmente al suelo.

"Recoged los pedazos que quedan, para que nada se pierda", significaba algo más que poner el pan en los cestos. Estas palabras contienen una preciosa lección espiritual. Debemos hundir el pozo profundamente en las minas de la verdad, recogiendo el precioso mineral, que es de más valor que el oro o la plata o las costosas moradas de la tierra, con sus caros muebles.

Este milagro fue la prueba de que Jesús es el Redentor del mundo, de que posee un poder omnipotente; y es también una preciosísima lección de su beneficencia. Cristo quiso que enseñara a sus discípulos la compasión y el interés que debían sentir por sus semejantes que buscaban conocer el camino de la salvación. Deben hacer esfuerzos interesados, para que los que están ansiosos

de oír la Palabra de vida tengan la oportunidad. Cuando estuvieran cansados y hambrientos, no debían ser desatendidos. Sus hermanos deben hacer todo lo posible, para que ninguno sea despedido cansado y desanimado. Es un deber cristiano estudiar las mejores maneras de ayudar al pueblo. Nadie debe hacer que el camino hacia Cristo sea fatigoso y desagradable. Elimine todo lo que obstruya el camino.

"¿No es éste el ayuno que he escogido?", pregunta el Señor, "desatar las ligaduras de la maldad, deshacer las cargas pesadas, y dejar libres a los oprimidos, y que rompáis todo yugo? ¿No es repartir tu pan al hambriento, y traer a tu casa a los pobres desechados? Cuando veas al desnudo, cúbrelo, y no te escondas de tu propia carne. Entonces nacerá tu luz como la mañana, y tu salud brotará pronto; y tu justicia irá delante de ti; la gloria del Señor será tu recompensa.... Si sacares tu alma al hambre, y saciares al alma afligida, entonces nacerá tu luz en la oscuridad, y tus tinieblas serán como el mediodía; y el Señor te guiará continuamente, y saciará tu alma en la sequía, y engordará tus huesos; y serás como huerto regado, y como manantial de aguas, cuyas aguas nunca faltan."

Sra. E. G. White

19 de agosto de 1897

Alimentar a los cinco mil

EGW

El milagro de los panes es una lección para los seguidores de Cristo en todos los tiempos. Mientras llevaba nuestra naturaleza humana, Cristo daba constantemente, por precepto y ejemplo, lecciones de dependencia de Dios. Cuando alimentó a los cinco mil, la comida no estaba a mano. Aparentemente no tenía medios a su disposición. Allí estaba, con cinco mil hombres, además de mujeres y niños, en el desierto. No invitó a esta gran multitud a seguirle; vinieron sin invitación ni orden; pero sabía que después de haber escuchado tanto tiempo su instrucción, sentirían hambre y desfallecerían; porque él era uno con ellos en su necesidad de alimento. La providencia de Dios lo había colocado a él, el Hijo de Dios, donde estaba; y él dependía de su Padre celestial para los medios de aliviar su necesidad.

Y cuando nos vemos en apuros, debemos depender de Dios. Debemos ejercitar la sabiduría y el juicio en cada acción de la vida, para que no nos pongamos a

prueba por movimientos descuidados e imprudentes. No hemos de precipitarnos en las dificultades, descuidando los medios que Dios nos ha proporcionado y haciendo mal uso de las facultades que nos ha dado. Si hacemos esto, el Señor nos abandonará a nuestros propios errores. Pero cuando, después de haber seguido el mejor conocimiento que tenemos, nos encontremos en lugares estrechos y rodeados de dificultades, Dios nos librá. No debemos rendirnos en el desaliento, sino que en cada emergencia debemos buscar la sabiduría de Aquel que tiene infinitos recursos a su disposición. A menudo estaremos rodeados de circunstancias difíciles, y entonces, con la mayor confianza, debemos depender enteramente de Dios, y no fracasar ni desanimarnos. Él guardará a toda alma que se vea sumida en la perplejidad por tratar de guardar el camino del Señor.

El camino seguro

El camino del deber, aunque no siempre sea agradable a los sentimientos naturales, es el único camino seguro. Cuando el Señor nos pone a prueba, no nos abandona a la voluntad del enemigo. Nos ha señalado una vía de escape; pero nuestra fe en su palabra empeñada debe ejercitarse. Teniendo la seguridad de la asociación con Cristo, podemos superar muchas dificultades. Confiando constantemente en su fortaleza, pidiéndole consejo, no confiando en nosotros mismos, sino en Dios, realizaremos las obras de Cristo.

La obra de edificar el reino de Cristo seguirá adelante, aunque a todas luces avanza lentamente, y los medios son tan limitados que las imposibilidades parecen atestiguar contra el avance. La obra es de Dios, y él no sólo nos proporcionará los medios, sino que nos enviará ayudantes, discípulos verdaderos y sinceros, cuyas manos también se llenarán de alimentos para la multitud hambrienta. Dios no es indiferente a los que trabajan con amor para dar la Palabra de vida a las almas que perecen, que a su vez extienden sus manos para alimentar a otras almas hambrientas.

Se ordenó a los discípulos que alimentaran a la multitud hambrienta antes de comer ellos mismos. Después de haber saciado las necesidades de todos, se dio la orden: "Recoged los pedazos que quedan, para que no se pierda nada". Se recogieron doce cestas llenas, y entonces Cristo y sus discípulos comieron del precioso alimento suministrado por el cielo.

En nuestro trabajo para Dios existe el peligro de confiar demasiado en lo que el hombre puede hacer con sus talentos y habilidades. Así perdemos de vista al

único Maestro-trabajador. Con demasiada frecuencia el obrero de Jesús no se da cuenta de su responsabilidad personal. Corre el peligro de trasladar sus cargas a las organizaciones, en vez de mirar y confiar en Aquel que es la fuente de toda fuerza. Pero es un gran error confiar en la sabiduría humana o en los números en la obra de Dios. El éxito no depende del talento ni de los números.

Soporta tu propia carga

En lugar de trasladar tu responsabilidad a alguien a quien consideras más ricamente dotado que tú, trabaja según tu capacidad, aunque sólo tengas un talento. Todas nuestras obras deben realizarse en Dios. Cada uno debe hacer su propia obra en la viña del Señor. No debemos esperar que otro haga el trabajo que está directamente en nuestro camino. Hay que asumir responsabilidades personales; hay que asumir deberes personales; hay que hacer esfuerzos personales por los que no conocen a Cristo. Y para aquellos que hacen este trabajo con fe, el Espíritu Santo obrará como obró para los discípulos en el día de Pentecostés.

La vida de Cristo, de constante utilidad y desinterés, es un ejemplo para nosotros. Debemos olvidarnos de nosotros mismos si queremos esparcir bendiciones a los que nos rodean. Cuando el seguidor de Cristo se inclina sobre el sagrado registro de la vida y milagros de su Maestro, si busca la ayuda del Espíritu de Dios, no pedirá sabiduría en vano. Discernirá bajo la superficie joyas de la verdad que lo cautivarán; porque en la vida de Cristo hay una riqueza y una belleza que el lector casual no ve.

Seguir los planes de Dios

Al alimentar a los cinco mil, Cristo mostró cómo cada verdadero creyente debe ser un obrero junto con Dios. Los obreros de Cristo deben obedecer implícitamente sus instrucciones. No deben planificar según sus propias ideas. La obra es de Dios y sus planes deben seguirse si queremos bendecir a los demás. La abnegación y el sacrificio deben practicarse diariamente. El yo no puede convertirse en un centro; no puede recibir ningún honor. Cada receptor debe mirar directamente a Dios, y debe reconocer que la conversión de las almas se logra, no por sus propios esfuerzos, sino por el poder de Dios. No debe mostrarse susceptibilidad para no ser debidamente reconocido. Las horas son preciosas; no deben emplearse en complacerse a sí mismo, sino en servir a Dios.

En este acto de suplir las necesidades temporales de una multitud hambrienta se encierra una profunda lección espiritual para todos los obreros de Cristo. Cristo

recibió del Padre; impartió a los discípulos; y ellos impartieron a la multitud. Todos los que están unidos a Cristo serán hacedores de su palabra, recibiendo de Cristo el pan de vida, el alimento celestial, y repartiéndolo a los demás.

Una lección práctica

El ejemplo de nuestro Salvador es una lección objetiva para nosotros. Confiando plenamente en Dios, tomó la pequeña provisión de panes y, aunque sólo había suficiente para él y sus discípulos, comenzó a poner el alimento en sus manos, ordenándoles que lo distribuyeran entre la gente. El alimento se multiplicó en sus manos, y las manos de los discípulos, tendidas hacia Cristo, el mismo Pan de Vida, nunca estuvieron vacías. El poco alimento almacenado era suficiente para todos. Así debemos confiar implícitamente en Cristo para nuestras provisiones.

Nuestro Salvador ponía en las manos de sus discípulos el alimento para la gente, y a medida que ellos vaciaban sus manos, se llenaban de nuevo con el alimento, que se multiplicaba en las manos de Cristo tan rápidamente como era requerido. Los discípulos eran canales de comunicación. Esto debería ser un gran estímulo para los discípulos de Cristo hoy. Cristo es el gran centro, la fuente de toda fuerza. Sus discípulos deben recibir sus provisiones de él. Él ha dado su vida por la vida del mundo, y dice: "El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna."

Un Pablo puede plantar, y un Apolo regar, pero sólo Dios da el crecimiento. Esto es para que nadie pueda jactarse. Los más inteligentes, los más espirituales, sólo pueden dar lo que reciben. De sí mismos no pueden fabricar nada para las necesidades del alma. Sólo podemos impartir lo que recibimos de las manos de Cristo; y sólo podemos recibir lo que impartimos a los demás. A medida que continuamos impartiendo, continuamos recibiendo; y cuanto más impartamos, más recibiremos. Así podemos estar constantemente creyendo, confiando, recibiendo e impartiendo.

Dios es el tesoro de toda sabiduría, y el obrero más humilde que dependa de este suministro inagotable podrá trabajar las obras de Cristo. Si el fin del obrero es glorificar a Dios, se le abrirán abundantes canales de utilidad, en los que podrá trabajar con toda esperanza de éxito. Dios le ha proporcionado tales ayudantes en las inteligencias celestiales, que el fracaso no será visto ni mencionado. Cristo ha prometido: "He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo". Si Dios está por nosotros, ¿quién puede estar

contra nosotros? Si Cristo es nuestro compañero, porque llevamos su yugo y levantamos sus cargas, obtendremos victorias avanzadas. La oposición de los hombres carecerá de fuerza, y su sabiduría será debilidad, cuando los discípulos de Cristo extiendan sus manos vacías de fe a Aquel que siempre está dispuesto a impartir. Los hombres pueden oponerse, pero ningún arma puede prosperar que se forme contra aquellos que están imbuidos del amor de Cristo, y armados con las armas del Evangelio.

Más precioso que el oro

Este milagro contiene lecciones de más valor para nosotros que la plata o el oro. Llevadas a la práctica en la experiencia, nunca perderían su fuerza. La obra del Espíritu Santo es impresionar las mentes de aquellos que deben vivir en todas las generaciones con la importancia de estas lecciones. Fue el designio de Dios que sonaran hasta nuestros días.

Necesitamos recibir más de la gracia celestial, para tener más que impartir a los demás. Treinta años después del día de Pentecostés, el apóstol Pablo escribió: "Si permanecéis en la fe fundados y firmes, y no os movéis de la esperanza del Evangelio que habéis oído, y que ha sido predicado a toda criatura que está debajo del cielo; del cual yo Pablo soy hecho ministro". Si en ese corto tiempo la obra se había extendido tanto mediante la cooperación de las inteligencias celestiales, ¿no deberíamos animarnos? Cristo ha prometido: "Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra." "Yo rogaré al Padre -dijo de nuevo-, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros. No os dejaré sin consuelo; vendré a vosotros".

Como discípulos de Cristo, ¿participamos en la gran obra de salvar a las almas por las que él ha muerto? ¿Les señalamos al Cordero de Dios, para que crean en él y tengan vida eterna? Los medios que poseemos pueden parecer insuficientes para la obra, pero si avanzamos con fe, creyendo en el poder omnipotente de Dios, se abrirán ante nosotros abundantes recursos. Si la obra es de Dios, Él mismo proveerá los medios para realizarla. Recompensará la confianza honesta y sencilla en Él. Lo poco que se emplee sabiamente y económicamente en el servicio del Señor del cielo aumentará en el acto mismo de impartirlo. En la mano de Cristo, la pequeña provisión de alimento permaneció intacta hasta que la multitud hambrienta quedó satisfecha. ¿No

aprenderemos nosotros, siervos de Cristo, a dar lo que recibimos de él? Si vamos a la Fuente de toda fuerza, con nuestras manos de fe extendidas para recibir, seremos sostenidos en nuestro trabajo, incluso bajo las circunstancias más prohibitivas, y seremos capaces de dar a otros el Pan de Vida.

Sra. E. G. White

26 de agosto de 1897

"Obreros junto a Dios"

EGW

"Porque somos colaboradores de Dios; vosotros sois la labranza de Dios, vosotros sois el edificio de Dios. Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, como buen maestro de obras, he puesto los cimientos, y otro edifica sobre ellos. Pero cada uno mire cómo edifica sobre él. Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo." Antes de que el mundo fuera, Dios destinó a su Hijo para ministrar a la familia humana, y en él podemos recibir el más alto ideal del verdadero ministerio. Dios ha exaltado ese ministerio como digno del lugar más alto en la obra que ha de realizarse en nuestro mundo; y sólo por medio de su Hijo, que era igual a sí mismo, podía ejemplificarlo. Dios invistió a su Hijo con el ideal del ministerio y le ordenó que lo realizara en la humanidad. No era una simple teoría lo que Cristo debía sostener respecto al carácter del ministerio; lo realizó según la semejanza que Dios le había dado. De su propia plenitud ministró a todos.

Cristo fue el Maestro más grande que el mundo ha conocido. Y él es el ejemplo que sus seguidores deben copiar, tanto en la manera de dirigirse como en los temas de sus lecciones. Sus palabras eran muy sencillas. La verdad hablada llevaba sus propias credenciales a la gente que escuchaba. Los mismos tonos de su voz expresaban su cálida y tierna simpatía por sus oyentes. Y Cristo era un maestro práctico. La verdad que llegaba a la gente en tonos profundos y serios de un hombre que era uno en naturaleza con ellos mismos era lo que necesitaban por encima de todo lo demás. Nunca se congregó tanta gente para escuchar las enseñanzas de un hombre como la que se reunió para escuchar a Cristo. Hombres, mujeres y niños escuchaban sus palabras con solemne y seria atención.

Cristo vino a dar expresión a la ley de Dios, a representar el carácter del Padre. Vino a servir al hombre, a restaurar en él la imagen moral de Dios. Siendo rico, se hizo pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza.

Dios no creó al hombre pecador. Adán salió de la mano de su Creador sin la mancha del mal. La santa pareja podría haber conservado su inocencia, si hubieran vivido de acuerdo con cada palabra que salía de la boca de Dios, si se hubieran negado a escuchar la extraña voz que declaraba otra historia que la que Dios les había contado. Pero abusaron de sus altos y santos privilegios. Se les dejó libertad para elegir entre el bien y el mal, y eligieron el mal. Y como eligieron creer la mentira de Satanás y desobedecer el mandato expreso de Dios, lo que era puro y divino en su naturaleza se pervirtió y contaminó.

Pero Cristo vino para ser la propiciación por los pecados del hombre. Juan, el discípulo amado, declara: "Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por eso el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo hombre que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro. Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; porque el pecado es infracción de la ley. Y sabéis que él fue manifestado para quitar nuestros pecados; y en él no hay pecado."

En su humanidad, Cristo vivió una vida perfecta, elevando así a la humanidad en la escala de valor moral con Dios. Con su brazo humano, Cristo sostiene al hombre, mientras que con su brazo divino se aferra al trono del Infinito. De este modo, imbuye al hombre de su propia naturaleza espiritual y lo eleva a su lado, para que sea querido y amado como el Padre ama a su Hijo.

Cristo declaró: "Estoy entre vosotros como uno que sirve". Y, sin embargo, cuántos de nosotros queremos, no servir, sino ser servidos. La naturaleza egoísta del hombre necesita un maestro divino que le muestre mediante la piedad práctica el ejemplo que debe seguir. Cristo pone nuestro deber delante de nosotros en líneas claras. A los que están a su derecha se les representa diciendo en el juicio: "Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me hospedasteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme". Aquellos que, con el amor de Dios ardiendo en sus corazones, ministran a sus semejantes, son considerados como ministros de Cristo mismo. Y la recompensa ofrecida a los

tales es: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo". Cristo ha prometido: "Voy a prepararos un lugar. Y si me voy y os preparo lugar, vendré otra vez y os tomaré a mí mismo, para que donde yo esté, estéis también vosotros". Pero los que no tienen sentido de las bendiciones del ministerio no apreciarán el cielo; no verán la necesidad de hacer la voluntad de Dios en esta vida, sino que irán adonde los lleve la inclinación.

Cada facultad que poseemos nos ha sido proporcionada en Cristo; pues cuando Dios dio a su Hijo a nuestro mundo, incluyó todo el cielo en su don. Y Dios quiere que los hombres valoren sus facultades como un don sagrado suyo. Una chispa de la propia vida de Dios ha sido insuflada en el cuerpo humano, haciendo del hombre un alma viviente, poseedora de dotes morales y de una voluntad para dirigir su propio curso de acción. Tiene el privilegio de participar de la naturaleza divina. Esto le dará poder para vencer el mal, y amar y elegir lo que es bueno. Tiene una conciencia que, bajo el control de Dios, aprobará el bien y condenará el mal. Y puede, si quiere, tener comunión con Dios. Puede caminar y hablar con Dios como lo hizo Enoc. Esta santa compañía no se niega a nadie que crea en Cristo como su Salvador personal.

Centrando así sus afectos en la contemplación de Dios, el hombre puede desarrollar un carácter noble. Consagrada a Dios, cada facultad debe ser un obrero en el carácter que hemos de construir. Ladrillo a ladrillo estos obreros están construyendo el templo, y si la estructura está erigida sobre una base sólida, la Roca, resistirá la tormenta y la tempestad que seguramente azotarán contra ella. La advertencia viene a nosotros: "Pero que cada uno tenga cuidado de cómo construye sobre ella". Así como un defecto hace que la cadena no valga nada, así un defecto arruinará el carácter, y si no se supera, ganará el dominio. El yo es nuestro mayor enemigo, y día a día cada uno debe luchar por la victoria. No debe haber un trabajo descuidado y al azar en los cimientos elegidos o en la estructura construida sobre ellos. Nuestras facultades físicas, mentales y morales deben ser entrenadas, cada habilidad debe ser cultivada y utilizada al máximo, cada poder debe ser puesto en funcionamiento.

El hombre está llamado a cooperar con Dios. Día tras día debe tener cuidado de cómo se realiza su trabajo de formación del carácter; porque este trabajo ha de durar, no sólo para el tiempo, sino para la eternidad. Si lo desea, puede llegar a ser puro en sus pensamientos, noble y recto en sus acciones. Cada acto puede ser de un carácter que recibirá la aprobación de Dios. Dios se complace en el hombre que a través de la fe en Jesús permanecerá como una piedra pulida en

su templo, honrado por Dios y por los hombres. Él declara: "Haré al hombre más precioso que el oro fino; más que la cuña de oro de Ofir".

Dios mira con agrado al hombre, a la mujer, al joven o al niño que le teme y le ama, y se niega a dejarse seducir en medio de un mundo de corrupción. A través de su profeta ha dicho: "Oh Israel, vuélvete al Señor tu Dios, porque has caído por tu iniquidad. Toma contigo palabras, y vuélvete al Señor; dile: Quita toda iniquidad, y recíbenos benigneamente; así rendiremos los becerros de nuestros labios. No nos salvará Assur; no cabalgaremos sobre caballos; ni diremos más a la obra de nuestras manos: Vosotros sois nuestros dioses; porque en ti encuentra misericordia el huérfano. Sanaré su rebeldía, los amaré gratuitamente; porque mi ira se ha apartado de él. Seré para Israel como el rocío; crecerá como el lirio, y echará sus raíces como el Líbano. Sus ramas se extenderán, y su belleza será como el olivo, y su olor como el Líbano. Volverán los que habitan bajo su sombra; revivirán como el trigo, y crecerán como la vid; su aroma será como el vino del Líbano. Efraín dirá: ¿Qué tengo yo que ver ya con los ídolos? Yo lo he oído y lo he observado; soy como un abeto verde. De mí se halla tu fruto. ¿Quién es sabio, y entenderá estas cosas? prudente, y las conocerá? porque los caminos del Señor son rectos, y los justos andarán por ellos; pero los prevaricadores caerán en ellos."

Sra. E. G. White

2 de septiembre de 1897

Una lección de los tres niños hebreos

EGW

"El rey Nabucodonosor hizo una estatua de oro, cuya altura era de sesenta codos, y su anchura de seis codos; la erigió en la llanura de Dura, en la provincia de Babilonia. Entonces el rey Nabucodonosor envió a reunir a los príncipes, a los gobernadores, a los capitanes, a los jueces, a los tesoreros, a los consejeros, a los alguaciles y a todos los gobernantes de las provincias, para que vinieran a la dedicación de la estatua que el rey Nabucodonosor había erigido. Entonces se reunieron los príncipes, los gobernadores, los capitanes, los jueces, los tesoreros, los consejeros, los alguaciles y todos los gobernantes de las provincias, para venir a la dedicación de la estatua que el rey Nabucodonosor había erigido. Entonces un heraldo gritó en alta voz: A vosotros se os ordena, oh pueblos, naciones y lenguas, que en el momento en que oigáis el sonido de la corneta, la flauta, el arpa, el sacabuche, el salterio, el dulcemele y toda clase

de música, os postréis y adoréis la estatua de oro que el rey Nabucodonosor ha levantado; y el que no se postrare y adorare, será echado en la misma hora dentro de un horno de fuego ardiendo. Por tanto, en aquel tiempo, cuando todo el pueblo oyó el sonido de la corneta, de la flauta, del arpa, del sacabuche, del salterio y de toda clase de música, todos los pueblos, naciones y lenguas se postraron y adoraron la estatua de oro que el rey Nabucodonosor había levantado."

Una Confederación para establecer la religión

Este plan, ideado en consejo de Satanás, se hizo para obligar a los tres niños hebreos a obedecer las leyes humanas en oposición directa a las leyes de Jehová. Los más sabios de la nación, hombres que se destacaban por su aptitud y sus ventajas educativas, trabajaron así para formar una confederación que exaltara al rey de Babilonia y excitara la enemistad contra los cautivos hebreos. Prevalcieron sobre el rey para que promulgara ciertas leyes que estos jóvenes no podían consentir en respetar.

La adoración de la imagen que el rey había erigido se convirtió en la religión establecida del país. Pero los hijos de los hebreos estaban decididos a no deshonorar al Dios del cielo, que hizo el mundo y todas las cosas que hay en él. Su Dios era el Rey de reyes y Señor de señores, y le servirían a cualquier precio.

"En aquel tiempo se acercaron unos caldeos y acusaron a los judíos. Hablaron y dijeron al rey Nabucodonosor: ¡Oh rey, vive para siempre! Tú, oh rey, has decretado que todo hombre que oiga el sonido de la corneta, de la flauta, del arpa, del sacabuche, del salterio, de la zampoña y de toda clase de música, se postre y adore la estatua de oro; y el que no se postre y adore, que sea echado dentro de un horno de fuego ardiendo. Hay algunos judíos que has puesto sobre los asuntos de la provincia de Babilonia, Sadrac, Mesac y Abed-nego; estos hombres, oh rey, no te han mirado; no sirven a tus dioses, ni adoran la estatua de oro que has levantado." Hasta entonces el rey había mostrado gran consideración por estos jóvenes. Su fidelidad en todos sus deberes no podía sino aumentar su confianza en ellos, y los había exaltado a puestos de alto honor. Pero se llenó de ira al ver que se había hecho caso omiso de *su palabra*, y ordenó que fueran llevados a su presencia.

"Habló Nabucodonosor y les dijo: ¿Es verdad, Sadrac, Mesac y Abed-nego, que no servís a mis dioses ni adoráis la estatua de oro que he levantado? Ahora bien, si estáis dispuestos a que en el momento en que oigáis el sonido de la corneta,

la flauta, el arpa, el sacabuche, el salterio y el dulcemele, y toda clase de música, os postréis y adoréis la imagen que he hecho; bien; pero si no adoráis, seréis arrojados en la misma hora en medio de un horno de fuego ardiendo; ¿y quién es ese Dios que os libraré de mis manos? Sadrac, Mesac y Abed-nego respondieron y dijeron al rey: Oh Nabucodonosor, no tenemos cuidado de responderte en este asunto. Si es así, nuestro Dios, a quien servimos, puede librarnos del horno de fuego ardiente, y él nos libraré de tu mano, oh rey. Pero si no, que sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses ni adoraremos la estatua de oro que has levantado". La sentencia de muerte no cambió su decisión. Los mártires sabían lo que disminuiría la ferocidad del fuego que se encendía en nervios y músculos. En la contemplación de Cristo, en la manifestación de su presencia, la muerte más cruel se hizo soportable.

El último recurso de una religión falsa

El último recurso del rey de Babilonia era la fuerza, y puso en práctica su terrible amenaza. Lleno de furia contra estos hombres por haberlo desafiado de esta manera, ordenó que el horno se calentara siete veces más de lo acostumbrado. "Y ordenó a los hombres más poderosos que había en su ejército que ataran a Sadrac, Mesac y Abed-nego, y los arrojaran al horno de fuego ardiente. Entonces estos hombres fueron atados con sus túnicas, sus calzas, sus sombreros y sus demás vestidos, y fueron arrojados en medio del horno de fuego ardiendo." "Entonces el rey Nabucodonosor se asombró, y levantándose apresuradamente, habló y dijo a sus consejeros: ¿No echamos a tres hombres atados en medio del fuego? Ellos respondieron y dijeron al rey: Ciertamente, oh rey. El respondió y dijo: He aquí yo veo cuatro hombres sueltos, que andan en medio del fuego, y no tienen ningún daño; y la forma del cuarto es semejante a la del Hijo de Dios. Entonces Nabucodonosor se acercó a la boca del horno de fuego ardiendo, y habló diciendo: Sadrac, Mesac y Abed-nego, siervos del Dios Altísimo, salid y venid acá. Entonces Sadrac, Mesac y Abed-nego salieron de en medio del fuego. Y reunidos los príncipes, gobernadores y capitanes, y los consejeros del rey, vieron a estos hombres, sobre cuyos cuerpos el fuego no había hecho mella, ni se les había chamuscado un cabello de la cabeza, ni se les había mudado la túnica, ni olor de fuego había pasado sobre ellos."

Una lección para hoy

Los Hijos de Dios de hoy no deben esperar encontrar menos persecución y prueba que estos antiguos dignatarios. Mientras seamos seguidores de Cristo, debemos ser testigos de él. La tribulación vendrá ciertamente; porque Satanás

sabe que Cristo ha comprado la salvación para el mundo entero, y está resuelto a arrancar de su mano toda alma posible.

Cristo advirtió a sus discípulos de esto, diciendo: "Estas cosas os he hablado para que no os escandalicéis. Os expulsarán de las sinagogas; sí, llega el tiempo en que cualquiera que os mate pensará que hace un servicio a Dios. Y estas cosas os harán, porque no han conocido al Padre ni a mí. Pero estas cosas os he dicho, para que cuando llegue el tiempo, recordéis que yo os hablé de ellas." No es el mundo, que no hace profesión, de quien viene la persecución. Son los que profesan estar al servicio de Dios los que manifiestan el odio más amargo.

Pero aunque el hombre tenga poder para dañar los cuerpos de aquellos que exaltan la ley de Dios por encima de todas las disposiciones humanas, no puede dañar sus almas. La gracia de Dios nos será dada en toda proporción a la prueba que suframos. Cristo ha prometido: "Me manifestaré a él"; "No os dejaré sin consuelo; vendré a vosotros". Y de nuevo nos consuela con las palabras: "Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis tribulación; pero confiad, yo he vencido al mundo."

Nuestra victoria como creyentes se obtiene a través de la gracia de Cristo, que Él puede conceder y concederá a todos los que pongan su confianza en Él. Esta es la buena nueva con la que Cristo quiere que nos consolemos. En todas las tribulaciones que el hijo de Dios debe recibir, sea cual fuere su posición en el mundo, puede tener buen ánimo en la contemplación de la verdad de que Cristo ha vencido al mundo.

Es una gran cosa estar bien con Dios, el alma en armonía con su Hacedor. En medio del contagio del mal ejemplo, que por su engañosa apariencia atraería al alma del deber, los ángeles serán enviados a nuestro rescate. Pero si invitamos a la tentación, no podremos contar con la ayuda divina para evitar ser vencidos. Los tres dignatarios soportaron el horno de fuego, porque Jesús caminó con ellos en medio de las llamas. Si ellos, por sí mismos, hubieran entrado en el fuego, se habrían consumido. Así será con nosotros. Si no caemos deliberadamente en la tentación, Dios nos sostendrá cuando llegue la tentación.

Conocer el futuro conociendo el presente

Pero que nadie piense que hay que comunicar un conjunto completamente nuevo de energías cuando nos encontramos en circunstancias difíciles. Debemos buscar diariamente el poder convertidor de Dios. Debemos buscar diariamente recuperar en nosotros la imagen moral de Dios. Todo afecto, todo

atributo que haya sido pervertido, debe ser restaurado por la gracia de Cristo. Las pruebas menores, soportadas noblemente bajo el control de Dios, nos purificarán, refinarán y ennoblecerán para resistir cuando llegue el tiempo de pruebas mayores.

Entonces miremos al futuro decididamente a la cara, y digamos: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece". Debemos apreciar la presencia de Cristo, porque lo necesitamos tanto en las pruebas menores como en las mayores. Estando dispuestos por él a soportar la vergüenza y el oprobio, aprendiendo la mansedumbre y humildad de Cristo, probaremos la sinceridad de nuestro cristianismo. Cuando seamos llamados a la prisión y a la vergüenza, cuando seamos degradados por nuestros semejantes, que están inspirados por el espíritu de Satanás, Dios nos dará su gracia para sostenernos. Su promesa es: "Como tus días, así será tu fortaleza".

Los justos siempre han obtenido ayuda de lo alto. ¡Cuántas veces los enemigos de Dios se han combinado para destruir el carácter y la influencia de unas pocas personas sencillas que confiaban en Dios! Pero como el Señor estaba a su favor, nadie pudo prevalecer contra ellos. Que los seguidores de Cristo estén unidos y prevalecerán. Que se separen de sus ídolos y del mundo, y el mundo no los separará de Dios. Cristo es nuestro Salvador actual, que todo lo basta. En él habita toda la plenitud. Es privilegio de los cristianos saber que Cristo está en ellos de verdad. "Esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe". Todo es posible para el que cree; y todo lo que deseamos cuando oramos, si creemos que lo recibiremos, lo tendremos. Esta fe penetrará la nube más oscura, y traerá esperanza al alma decaída y abatida. Es la ausencia de esta fe y confianza lo que trae perplejidad, temores angustiosos y conjeturas de mal. Dios hará grandes cosas por su pueblo cuando éste ponga toda su confianza en él. Cristo demostrará ser una fuente inagotable de fortaleza, una ayuda presente en todo tiempo de angustia.

Sra. E. G. White

9 de septiembre de 1897

La mujer de Canaán

EGW

"Y partiendo Jesús de allí, se fue a las costas de Tiro y de Sidón". Allí Jesús esperaba encontrar el descanso y la tranquilidad que su naturaleza humana

necesitaba. Tiro y Sidón no eran como Jerusalén, donde todo el mundo conocía las maravillosas obras de Cristo; ni como Galilea, donde multitudes le seguían diariamente. Esperaba que donde su obra no fuera tan conocida podría encontrar retiro. Pero éste no era el único propósito de su viaje.

"He aquí, una mujer de Canaán salió de las mismas costas, y clamó a él, diciendo: Ten piedad de mí, Señor, Hijo de David; mi hija está gravemente atormentada por un demonio". La gente de este distrito era de la antigua raza cananea. Eran idólatras y los judíos los despreciaban y odiaban. A esta clase pertenecía la mujer que ahora venía a Jesús. Era pagana y, por lo tanto, estaba excluida de las ventajas de que gozaban diariamente los judíos.

Esta mujer había oído hablar de un profeta maravilloso que, según decían, curaba todo tipo de enfermedades. Al oír hablar de su poder, la esperanza brotó en su corazón. Inspirada por el amor de una madre, decidió presentarle el caso de su hija. Tenía el firme propósito de llevar su aflicción a Jesús. Él debía curar a su hija. Había buscado ayuda en los dioses paganos, pero no había obtenido alivio. Y a veces se sentía tentada a pensar: ¿Qué puede hacer por mí este Maestro judío? Pero había llegado la palabra: Él cura toda clase de enfermedades, sean ricos o pobres los que acuden a él en busca de ayuda, y ella decidió no perder su única esperanza.

Cristo conocía la situación de esta mujer. Sabía que ella anhelaba verle, y se puso en su camino. Atendiendo a su dolor, podía dar una representación viva de la lección que quería enseñar. Para eso había traído a sus discípulos a esta región. Deseaba que vieran la ignorancia existente en las ciudades y aldeas cercanas a Judea. Aquellos que habían tenido todas las oportunidades de comprender la verdad, no conocían las necesidades de los que les rodeaban. No se hacía ningún esfuerzo por ayudar a los que estaban en la oscuridad.

Los judíos se creían superiores a cualquier otro pueblo porque eran descendientes de Abraham. Pensaban que ningún otro tenía derecho a las promesas o al amor de Dios. Habían sido especialmente bendecidos por el Señor, pero era para que a su vez pudieran ser una bendición para los demás. Pero esto lo habían perdido de vista. En su orgullo y autosuficiencia construyeron un muro entre ellos y las naciones circundantes. Pero con todas sus ventajas, los sacerdotes y gobernantes judíos ignoraban las Escrituras. No veían su verdadera importancia. Ocupaban puestos importantes y de responsabilidad, como hombres principales de la nación, pero necesitaban comprender los primeros principios de una religión pura y sin mácula. Deberían

haber estado dispuestos a ministrar a los que los rodeaban, pero pasaron de largo, sin prestar atención a sus necesidades.

Cristo no respondió inmediatamente a la petición de la mujer. Recibió las importunidades de esta representante de una raza despreciada de la misma manera que lo habrían hecho los judíos. Con esto quiso que sus discípulos quedasen impresionados por la frialdad y la falta de corazón con que los judíos tratarían un caso semejante, como lo demostró al recibir a la mujer, y por la compasión con que quiso que tratarasen tal angustia, como lo manifestó al acceder posteriormente a su petición.

Pero, aunque Jesús no respondió, la mujer no perdió la fe. Al pasar él, como si no la oyera, ella le siguió, continuando con sus súplicas. Molestos por sus importunidades, los discípulos pidieron a Jesús que la despidiera. Vieron que su Maestro la trataba con indiferencia, por lo que supusieron que le agradaba el prejuicio de los judíos contra los cananeos. Pero era un Salvador compasivo a quien la mujer hizo su súplica, y en respuesta a la petición de los discípulos, Jesús dijo: "No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel." Aunque esta respuesta estaba de acuerdo con los prejuicios de los judíos, era una reprimenda implícita a los discípulos, que ellos entendieron después como un recordatorio de lo que él les había dicho a menudo: que había venido al mundo para salvar a todos los que quisieran aceptarle.

La mujer insistió cada vez más en su caso, postrándose a los pies de Cristo y gritando: "Señor, ayúdame". Jesús, aún rechazando aparentemente sus súplicas, según el prejuicio insensible de los judíos, respondió: "No es justo tomar el pan de los hijos y echarlo a los perrillos". Esto era virtualmente afirmar que no era justo prodigar las bendiciones traídas al pueblo favorecido de Dios sobre extraños y extranjeros de Israel. Esta respuesta habría desanimado por completo a un buscador menos sincero; pero la mujer vio que había llegado su oportunidad. Bajo la aparente negativa de Jesús, ella vio una compasión que él no podía ocultar. "Verdad, Señor", respondió ella; "pero los perros comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos".

Jesús acababa de salir de su campo de trabajo porque los escribas y fariseos pretendían quitarle la vida. Murmuraban y se quejaban, manifestaban incredulidad y amargura, y rechazaban la salvación que tan gratuitamente se les ofrecía. Aquí Cristo se encuentra con una de una raza desafortunada y despreciada, que no ha sido favorecida con la luz de la Palabra de Dios; sin embargo, ella cede de inmediato a la influencia divina de Cristo, y tiene una fe

implícita en su capacidad para conceder el favor que pide. Pide las migajas que caen de la mesa del Maestro. Si puede tener los privilegios de un perro, está dispuesta a ser considerada como un perro. No tiene ningún prejuicio u orgullo nacional o religioso que influya en su conducta, e inmediatamente reconoce a Jesús como el Redentor, y como capaz de hacer todo lo que le pide.

El Salvador está satisfecho. Ha puesto a prueba su confianza en él, y ahora le concede su petición, y termina la lección a los discípulos. Volviéndose hacia ella con una mirada de piedad y amor, le dice: "Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como tú quieres". A partir de aquel momento, su hija quedó sana. El demonio no la molestó más. La mujer partió, reconociendo a su Salvador, y feliz por la concesión de su oración.

Este fue el único milagro que Jesús realizó durante su viaje. Fue para realizar este acto por lo que se dirigió a las fronteras de Tiro y Sidón. Deseaba aliviar a la mujer afligida y, al mismo tiempo, dejar un ejemplo en su obra de misericordia hacia una persona de un pueblo despreciado, para beneficio de sus discípulos cuando ya no estuviera con ellos. Quería sacarlos de su exclusivismo judío para que se interesaran en trabajar por los demás, además de por su propio pueblo.

Este acto abrió la mente de los discípulos más plenamente a la labor que tenían por delante entre los gentiles. Vieron un amplio campo de utilidad fuera de Judea. Vieron almas que soportaban penas desconocidas para los más favorecidos. Entre aquellos a quienes se les había enseñado a despreciar había almas que anhelaban la ayuda del poderoso Sanador, hambrientas de la luz de la verdad, que tan abundantemente se había dado a los judíos.

Más tarde, cuando los judíos se apartaron aún más persistentemente de los discípulos porque declararon que Jesús era el Salvador del mundo, y cuando el muro de separación entre judíos y gentiles fue derribado por la muerte de Cristo, esta lección, y otras similares que apuntaban a una obra evangélica sin restricciones de costumbre o nacionalidad, ejercieron una poderosa influencia sobre los representantes de Cristo a la hora de dirigir sus labores.

Sra. E. G. White

16 de septiembre de 1897

Limpieza del templo

EGW

"Y estaba cerca la Pascua de los judíos, y subió Jesús a Jerusalén, y halló en el templo a los que vendían bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas sentados". Cristo fue al templo, el lugar donde Dios debería haber sido adorado, donde deberían haberse hecho oraciones de corazón, y ofrecido acción de gracias a Dios por el gran rescate que había proporcionado. Pero la escena que encontró ante sus ojos era extrañamente diferente de ésta.

Los líderes judíos habían instruido al pueblo para que en Jerusalén se les enseñara por precepto y ejemplo a adorar a Dios. Aquí, durante la semana de la Pascua, se reunió un gran número de personas de todas partes de Palestina y de tierras lejanas. Muchos no podían traer consigo los sacrificios que debían ofrecerse como tipificación del único gran Sacrificio. Para comodidad de éstos, se compraban y vendían animales en los atrios del templo. Aquí se reunían todas las clases de personas para comprar sus ofrendas. Aquí se cambiaban las monedas extranjeras por la moneda del santuario.

Los tratantes pedían precios exorbitantes por los animales vendidos. Y los sacerdotes y gobernantes, así como los comerciantes, se enriquecían a costa del pueblo. Acumulaban riquezas vendiendo a los adoradores, que habían sido educados para creer que la bendición de Dios no se posaría sobre sus hijos o sus tierras si no ofrecían sacrificios. Los animales se vendían a un alto precio, pues después de venir de tan lejos, no regresarían a su lugar de origen sin realizar el acto de devoción para el que habían venido.

Los recintos del templo de Dios deberían haberse considerado sagrados. El templo estaba dedicado al Todopoderoso, y debería haber sido celosamente guardado. Pero en contraste con esto, fue convertido en un mercado y en una casa de mercaderías.

Los sacerdotes y los gobernantes deberían haber mantenido el temor de Dios ante sus ojos. La compra y la venta deberían haberse llevado a cabo con un solo ojo para la gloria de Dios. Los comerciantes deberían haber vendido sus bueyes, ovejas y palomas a un precio justo. Deberían haber sido capaces de apreciar la situación de los compradores, y estar dispuestos a ayudar a aquellos que no podían comprar los sacrificios requeridos. Pero no lo hicieron. El espíritu de

avaricia, el deseo de acumular riquezas, por medios injustos, se había hecho cada vez más común.

A esta fiesta acudían los que sufrían, los que estaban en la miseria y en la angustia. Allí estaban los ciegos, los cojos, los sordos. A algunos los trajeron en camas. Acudieron muchos que eran demasiado pobres para comprar la más humilde ofrenda para el Señor, demasiado pobres incluso para comprar comida con la que saciar su propia hambre. Estos estaban muy afligidos por las declaraciones de los sacerdotes. Los sacerdotes se jactaban de su piedad y compasión; decían ser los guardianes del pueblo; pero carecían de simpatía y compasión. Los enfermos, los que sufrían, los moribundos, hacían su vana súplica de favor. Su sufrimiento no despertaba piedad alguna en el corazón de los sacerdotes.

Cuando Jesús llegó al templo, contempló toda la escena. Vio las transacciones injustas. Vio la angustia de los pobres, que pensaban que sin derramamiento de sangre no habría perdón de sus pecados. Vio el atrio exterior de su templo convertido en lugares de tráfico profano. El recinto sagrado se había convertido en un inmenso mercado.

Cristo vio que había que hacer algo. Numerosas ceremonias fueron impuestas al pueblo, sin la debida instrucción en cuanto a su importancia. Ofrecían sus sacrificios sin comprender que eran típicos del único sacrificio perfecto. Y entre ellos estaba Aquel que simbolizaba todo su servicio. Él era el fundamento de toda la economía judía. Había dado instrucciones con respecto a las ofrendas. Comprendía su valor simbólico y veía que ahora estaban pervertidas y malinterpretadas. El servicio del templo se había convertido en una mera forma. El culto espiritual estaba desapareciendo rápidamente. Ningún vínculo unía a los sacerdotes y gobernantes con su Dios. La obra de Cristo consistía en establecer una forma de culto totalmente diferente. Había venido al mundo como hombre, para ir al encuentro de la humanidad allí donde se encontraba y mostrar a los hombres lo que constituía el verdadero culto.

Con mirada escrutadora, Cristo contempló la escena que tenía ante sí, mientras se hallaba en la escalinata del atrio del templo. Con ojo profético miró hacia el futuro, y vio no sólo años, sino siglos y edades. Indignación, autoridad y poder se expresaron en su semblante. Al instante se acallaron todas las voces. Los ojos de los que participaban en su impío tráfico se clavaron en su rostro. No podían apartar su atención de él. Era como si estuvieran compareciendo ante el Juez de toda la tierra.

La divinidad resplandeció a través del ropaje de la humanidad. Cuando Cristo hubo hecho un azote de pequeñas cuerdas, "los echó a todos del templo, y a las ovejas y a los bueyes; y derramó el dinero de los cambistas, y derribó las mesas; y dijo a los que vendían palomas: Quitad esto de aquí; no hagáis de la casa de mi Padre una casa de mercado". Expulsó a los sacrílegos ladrones, diciendo: "Escrito está: Mi casa es casa de oración; pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones."

Dominados por el terror, los sacerdotes y los gobernantes huyeron de los atrios del templo y de la mirada escrutadora que leía sus corazones. Cristo miró a los hombres que huían con compasión anhelante por su temor y su ignorancia de lo que constituía el verdadero culto. En esta escena vio simbolizada la dispersión de la nación judía por su maldad e impenitencia.

¿Por qué huyeron los sacerdotes del templo? ¿Por qué no se mantuvieron firmes? El que les ordenaba ir era el hijo de un carpintero, al que consideraban un pobre galileo, sin rango ni poder terrenales. ¿Por qué, pues, no le opusieron resistencia? ¿Por qué abandonaron la ganancia tan mal adquirida y huyeron ante la orden de Uno cuya apariencia externa era tan humilde?

Cristo habló con la autoridad de un rey, y en su apariencia y en los tonos de su voz, había algo a lo que no tenían poder para resistirse. A la palabra de mando, se dieron cuenta como nunca antes se habían dado cuenta de su verdadera posición como hipócritas y ladrones. Cuando la divinidad destelló a través de la humanidad, no sólo vieron la expresión de indignación en el semblante de Cristo, sino que comprendieron el significado de sus palabras. Se sintieron como ante el trono del Juez eterno, con su sentencia dictada sobre ellos para el tiempo y para la eternidad. Durante un tiempo estuvieron convencidos de que Cristo era un profeta, y muchos creyeron que era el Mesías. El Espíritu Santo hizo resonar en sus mentes las palabras de los profetas acerca de Cristo: "El celo de tu casa me ha consumido". ¿Cederían a esta convicción?

No querían arrepentirse. Sabían que se había despertado la compasión de Cristo por los pobres. Sabían que habían extorsionado a la gente más de lo que valía lo que les habían vendido. Como Cristo discernía sus pensamientos, lo odiaban. Lo desafiarían en cuanto al poder con el que los había expulsado, y quién le había dado ese poder.

Lenta y reflexivamente, pero con odio en el corazón, regresaron al templo. Pero ¡qué cambio se había producido durante su ausencia! Cuando ellos huyeron, los pobres se quedaron atrás; y éstos miraban ahora a Jesús, cuyo semblante

expresaba su amor y simpatía. Con lágrimas en los ojos, dijo a los temblorosos que le rodeaban: No temáis; yo os libraré, y vosotros me glorificaréis. Para esto he venido al mundo.

La gente acudía a la presencia de Cristo con súplicas urgentes y lastimeras: Maestro, bendíceme. Su oído escuchó todos los gritos. Con una piedad superior a la de una tierna madre, se inclinó sobre los pequeños que sufrían. Todos recibieron atención. Todos fueron curados de cualquier enfermedad que tuvieran. Los mudos abrieron sus labios en alabanza; los ciegos contemplaron el rostro de su Restaurador. Los corazones de los que sufrían se alegraron.

Cuando los sacerdotes y los funcionarios del templo presenciaron esta gran obra, ¡qué revelación para ellos fueron los sonidos que cayeron sobre sus oídos! La gente contaba la historia del dolor que habían sufrido, de sus esperanzas defraudadas, de días dolorosos y noches sin dormir. Pero cuando la última chispa de esperanza parecía muerta, Cristo les había curado. La carga era tan pesada, dijo uno; ¡pero he encontrado un Ayudador! Es el Cristo de Dios, y dedicaré mi vida a su servicio. Poniendo palmas en las manos de sus hijos, los padres les decían: Él te ha salvado la vida; alza tu voz y alábale. Las voces de niños y jóvenes, padres y madres, amigos y espectadores, se unieron en acción de gracias y alabanza. La esperanza y la alegría llenaron sus corazones. La paz llegó a sus mentes. Restablecidos en cuerpo y alma, regresaron a sus hogares proclamando por doquier el incomparable amor de Jesús.

En la crucifixión de Cristo, las voces de los que así habían sido curados no se unieron a la muchedumbre para gritar: Crucifícalo, crucifícalo. Sus simpatías estaban con Jesús, porque habían sentido su gran simpatía y su maravilloso poder. Sabían que era su Salvador, porque les había dado la salud del cuerpo y había iluminado sus almas. Escuchaban la predicación de los apóstoles, y la entrada de las palabras de Dios en sus corazones les daba entendimiento. Se convirtieron en agentes de la misericordia de Dios y en instrumentos de su salvación.

Así Cristo cumplió las palabras de la profecía: "El Señor me ha unguido para anunciar buenas nuevas a los mansos; me ha enviado a vendar a los quebrantados de corazón, a proclamar la libertad a los cautivos y la apertura de la cárcel a los encadenados.... a designar a los que lloran en Sión, a darles belleza en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alabanza en lugar del espíritu afligido; para que sean llamados árboles de justicia, plantío del Señor, para que él sea glorificado."

Sra. E. G. White

23 de septiembre de 1897

En la Fiesta de los Tabernáculos

EGW

Tres veces al año, los judíos debían reunirse en Jerusalén con fines religiosos. Envuelto en la columna de nube, el Líder invisible de Israel había dado las instrucciones con respecto a estas reuniones. Durante el cautiverio de los judíos, no pudieron observarse; pero cuando el pueblo fue restaurado a su propia tierra, comenzó de nuevo la observancia de estas conmemoraciones. El designio de Dios era que estos aniversarios le recordaran a él en la mente del pueblo. Pero con pocas excepciones, los sacerdotes y dirigentes de la nación habían perdido de vista este propósito. Aquel que había ordenado estas asambleas nacionales y comprendido su significado, fue testigo de su perversión.

La Fiesta de los Tabernáculos era la reunión de clausura del año. Era el designio de Dios que en este tiempo el pueblo reflexionara sobre su bondad y misericordia. Toda la tierra había estado bajo su guía, recibiendo su bendición. Día y noche había continuado su vigilancia. El sol y la lluvia habían hecho que la tierra produjera sus frutos. De los valles y llanuras de Palestina se había recogido la cosecha para su uso futuro. Las bayas de olivo habían sido recogidas, y el precioso aceite almacenado en botellas. La palma había dado su cosecha. Los racimos purpúreos de la vid habían sido pisados en el lagar.

Esta fiesta duró siete días, y para su celebración, los habitantes de Palestina, con muchos de otras tierras, salieron de sus casas y vinieron a Jerusalén. De lejos y de cerca venía la gente, llevando en sus manos un signo de regocijo. Viejos y jóvenes, ricos y pobres, todos traían algún regalo como tributo de acción de gracias a Aquel que había coronado el año con su bondad, y había engordado sus caminos. Todo lo que podía agrandar a la vista y dar expresión a la alegría universal, era traído de los bosques; la ciudad tenía el aspecto de un hermoso bosque. Se erigían cabañas o tabernáculos de ramas en las calles, en los atrios del templo o en los tejados de las casas. Las colinas y los valles que rodeaban Jerusalén también estaban salpicados de estas frondosas viviendas, y parecían estar llenos de gente.

Los fieles celebraron la ocasión con cantos sagrados y acciones de gracias. "Dad gracias al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia", se alzaba

triunfante, mientras todo tipo de música acompañaba el canto unido. Las colinas se hicieron vocales, mientras la inmensa multitud, agitando sus ramas de palmera o mirto, se unía a la melodía y se hacía eco del coro.

Al despuntar el alba, los sacerdotes hacían sonar sus trompetas de plata, y las trompetas respondían, y los gritos de alegría de la gente desde sus cabañas, resonando en colinas y valles, daban la bienvenida al día festivo. Entonces el sacerdote mojó en las corrientes aguas del Cedrón un cántaro de agua y, levantándolo en alto, mientras sonaban las trompetas, subió los anchos escalones del templo, siguiendo el compás de la música con paso lento y medido, cantando mientras tanto: "Nuestros pies se detendrán dentro de tus puertas, oh Jerusalén". Llevó la jarra hasta el altar, que ocupaba una posición central en el atrio del templo. Allí había dos pilas de plata, con un sacerdote en cada una. El cántaro de agua se vertía en una y el de vino en la otra, y el contenido de ambas se vertía en un conducto que comunicaba con el Cedrón y era conducido al Mar Muerto. Este despliegue del agua consagrada representaba la fuente que, por orden de Dios, había brotado de la roca de granito para saciar la sed de los hijos de Israel. Entonces resonaron los acordes jubilosos: "El Señor Jehová es mi fuerza y mi canción"; "por tanto, con alegría sacaremos agua de las fuentes de la salvación".

Mientras los hijos de José se preparaban para asistir a la Fiesta de los Tabernáculos, vieron que Cristo no hacía ningún movimiento que indicara su intención de asistir. Lo observaron con ansiedad. Aunque no se contaban entre sus discípulos, estaban impresionados por sus obras, y esperaban que diera una prueba de su poder que hiciera ver a los fariseos que era lo que decía ser. ¿Y si fuera el Mesías, el Príncipe de Israel? Ellos abrigaban este pensamiento con orgullosa satisfacción.

Tan preocupados estaban por esto que instaron a Cristo a que fuera a Jerusalén. "Sal de aquí -le decían- y vete a Judea, para que también tus discípulos vean las obras que haces. Porque no hay nadie que haga algo en secreto, y él mismo procura ser conocido abiertamente. Si haces estas cosas, muéstrate al mundo". Habían sido testigos de sus obras, y cuando se rumoreó que pasaba la noche en oración, después de trabajar todo el día, acudieron a él con su madre, pensando obligarle a que dejara de fatigar tan continuamente sus fuerzas. Le dijeron: "Si haces estas cosas, muéstrate al mundo". El "si" expresaba duda e incredulidad. Le atribuían cobardía y debilidad. Si sabía que era el Mesías, si realmente poseía tal poder, ¿por qué no ir audazmente a Jerusalén y afirmar sus pretensiones?

¿Por qué no realizar en Jerusalén las maravillosas obras de las que se hablaba en Galilea?

Razonaban a partir de los motivos egoístas que suelen encontrarse en el corazón de los ambiciosos de ostentación. Este espíritu era el que gobernaba el mundo. Se sintieron ofendidos porque, en lugar de buscar un trono temporal, Cristo declaró ser el Pan de Vida. Cuando hizo esta declaración, muchos de sus discípulos le abandonaron, y Juan dice: "Ni sus hermanos creyeron en él". Se apartaron de él para escapar a la cruz de reconocer lo que revelaban sus obras: que era el Enviado de Dios.

No buscar el mundo

"Entonces Jesús les dijo: Mi tiempo aún no ha llegado; pero vuestro tiempo está siempre preparado. El mundo no puede aborreceros; pero a mí me aborrece, porque yo doy testimonio de él, de que sus obras son malas. Subid a esta fiesta. Yo no subo todavía a esta fiesta, porque aún no ha llegado mi hora. Cuando les dijo estas palabras, se quedó todavía en Galilea". Sus hermanos le habían hablado en tono de autoridad, prescribiéndole el camino que debía seguir. Él les devolvió la reprimenda, clasificándolos no con sus abnegados discípulos, sino con el mundo. "El mundo no puede odiaros", dijo, "pero a mí me odia, porque yo testifico de él que sus obras son malas". El mundo no odia a los que son como él en espíritu; los ama como a los suyos.

El mundo no era para Cristo un lugar de comodidad y engrandecimiento personal. No buscaba la oportunidad de apoderarse de su poder o de su gloria. No le ofrecía tal premio. Era el lugar al que su Padre le había enviado. Se le había dado para la vida del mundo, para llevar a cabo el gran plan de redención. Estaba cumpliendo su obra en favor de la raza caída; pero no debía ser presuntuoso, no debía precipitarse al peligro, no debía precipitar una crisis. Cada acontecimiento de su obra tenía su hora señalada. Debía esperar pacientemente. Sabía que iba a recibir el odio del mundo; sabía que su obra acabaría con su muerte; pero exponerse prematuramente no sería la voluntad de su Padre.

"Cuando sus hermanos subieron, él también subió a la fiesta, no abiertamente, sino como en secreto". En medio de la fiesta, cuando la agitación en torno a él estaba en su apogeo, entró en el atrio del templo, en presencia de la multitud. Debido a su ausencia de la fiesta, se había insistido en que no se atrevía a

ponerse en poder de los sacerdotes y de los gobernantes. Todos se sorprendieron de su presencia.

De pie así, en el centro de atracción de aquella vasta multitud, Jesús se dirigió a ellos como nadie lo había hecho jamás. Sus palabras fueron muy claras y convincentes, y de nuevo, como en Cafarnaúm, la gente se asombró de su enseñanza; "porque su palabra era con poder".

La fiesta tocaba a su fin. La mañana del último día de coronación encontró al pueblo cansado por la larga temporada de festividades. De repente, Jesús alzó la voz en un tono que resonó en los atrios del templo: "Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su vientre correrán ríos de agua viva". La condición del pueblo hacía que este llamamiento fuera muy convincente. Habían participado en una escena continua de pompa y festividad; sus ojos se habían deslumbrado con la luz y el color, y sus oídos se deleitaron con la música más rica, pero no había nada para satisfacer las necesidades del espíritu, nada para satisfacer la sed del alma de lo que no perece. Jesús les invitó a venir y beber de la fuente de la vida, de lo que sería en ellos un manantial de agua que salta hasta la vida eterna.

El sacerdote había celebrado aquella mañana la imponente ceremonia que representaba el golpe de la roca en el desierto. Esa roca era un símbolo de Aquel que con su muerte haría fluir corrientes vivas de salvación a todos los sedientos. Las palabras de Cristo eran agua de vida. Allí, en presencia de la multitud reunida, se apartó para ser herido, a fin de que el agua de vida fluyera al mundo. Al herir a Cristo, Satanás pensó destruir al Príncipe de la vida, pero de la roca herida brotó agua viva. Cuando Jesús habló así a la gente, sus corazones se estremecieron con un extraño temor, y muchos estaban dispuestos a exclamar con la mujer de Samaria: "Dame de esta agua, que no tenga sed."

El grito de Cristo al alma sedienta sigue resonando, y nos interpela con mayor fuerza aún que a quienes lo escucharon en el templo aquel último día de fiesta. La fuente está abierta para todos. A los cansados y agotados se les ofrece la refrescante bebida de la vida eterna. Jesús sigue clamando: "Si alguno tiene sed, venga a mí y beba". El que tenga sed, que venga. Y el que quiera, tome gratuitamente del agua de la vida". "El que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna".

Sra. E. G. White

30 de septiembre de 1897

Ejercicio y dieta

EGW

Hoy en día hay muchos que sufren de mala salud porque no prestan atención a las leyes de la salud. No ejercitan su razón en el cuidado de la maquinaria humana que Dios les ha confiado y así presentan a Dios una ofrenda lisiada. Muchas personas se encierran en habitaciones mal ventiladas, donde el aire no está cargado con su suministro apropiado de oxígeno. Al espirar estamos constantemente arrojando de los pulmones impurezas que contaminan el aire, y hay una necesidad positiva de tener un suministro constante de aire puro. Muchos respiran aire que está envenenado, y la sangre no se purifica en los pulmones, y pasa al cuerpo sin ser vitalizada por una corriente de aire fresco. El resultado es que tales personas sufren vértigos, inquietud, pensamientos confusos y espíritus sombríos. El proceso de la digestión no avanza adecuadamente, el cerebro se nubla y el corazón se deprime. Estas personas sufren por falta de ejercicio en el aire puro. Si quieren que sus órganos realicen su trabajo correctamente, y salvarse de las incursiones de la enfermedad, deben cambiar su curso de acción.

Las aulas suelen ser trampas mortales, al igual que los dormitorios mal ventilados. Si los edificios se construyen de tal manera que no puedan tener un suministro constante de aire fresco, la salud de sus habitantes se verá seguramente perjudicada. Los ministros a menudo se ven obligados a pagar una severa penalidad por hablar en edificios cerrados y mal ventilados. El predicador se maravilla de no tener poder para impresionar a la gente, cuando ellos, así como él mismo, están sufriendo por la falta de aire vitalizante, y por lo tanto son incapaces de apreciar el tema sobre el que está hablando. La falta de circulación de aire puro en una iglesia hace que muchas reuniones no tengan ningún efecto, ya que el trabajo se gasta en vano, porque la gente no puede mantenerse despierta.

Hay muchos que se creen reformadores de la salud y que practican hábitos correctos en materia de alimentación. Muchos tienen sensaciones desdichadas, que atribuyen a una cantidad insuficiente de comida, cuando estas sensaciones desdichadas se deben a una causa totalmente diferente. A veces se debe a que la comida no es de la calidad adecuada, o no ha sido preparada correctamente.

Otros, que han satisfecho su apetito desde la infancia, piensan que es esencial para ellos tener alimentos que sepan bien, no importa cuán insalubre pueda ser su carácter. Así cultivan un gusto pervertido, y como resultado tienen un estómago enfermo. Abusan y sobrecargan sus órganos digestivos comiendo lo que les gusta en lugar de lo que es bueno para ellos. Por otra parte, muchos que se creen modelos de estricta corrección en materia de dieta no son en realidad reformadores inteligentes de la salud, y su ejemplo no es digno de imitación. Han educado sus gustos en la dirección equivocada, y tendrán que aprender de nuevo lo que constituye una reforma de la salud. Algunos que han profesado ser reformadores de la salud han dicho que fueron alimentados con comida rica desde su juventud, y que sus gustos fueron cultivados para disfrutar de este tipo de dieta. Pero tales personas deberían comprender que deben tomar un camino diferente y educarse para disfrutar de una comida sencilla y nutritiva. Deben estudiar para preparar platos baratos para la mesa. Los que profesan ser reformadores de la salud no deben engañar a los demás con sus propios hábitos alimenticios. Ni por precepto ni por ejemplo deben dar un falso ejemplo en estos asuntos. Si no empezamos a practicar la economía ahora, nos veremos obligados a practicarla en un futuro próximo. El tiempo es dinero; pertenece a Dios. Emplear un tiempo precioso en preparar una variedad de platos que sólo producirán dispepsia, es sin duda emplear mal el tiempo. El cocinero no debe convertirse en un esclavo, ni se le debe exigir que atienda al apetito. Que la dieta sea de tal carácter que ella pueda prepararla, y aún así tener tiempo para la lectura de su Biblia, para la oración, y para relajarse del trabajo. No debemos fomentar la autoindulgencia, ni enseñar a otros con nuestro ejemplo a seguir un camino egoísta. Debemos comprender lo que hacemos, y considerar qué clase de impresiones causamos en las mentes de aquellos que buscan nuestra guía.

Aplicada a la dieta, la verdadera higiene exige la selección inteligente de los alimentos más sanos, preparados de la manera más sencilla y saludable. Es costumbre ofrecer una variedad de verduras y otros artículos dietéticos para el primer plato de la cena. Después, la moda exige que el postre llegue a la mesa en forma de pudines, natillas u otras clases de dulces. Introducir tales combinaciones en el estómago después de haber comido verduras y frutas es cualquier cosa menos prudente. Una gran parte de las interminables mezclas llamadas platos de la reforma de la salud es en realidad cualquier cosa menos saludable. Cereales y frutas, o verduras con pan y acompañamientos, es todo lo que el sistema necesita. Sería mejor no gravar el estómago con postres poco saludables, y no exigir que el cocinero gaste tiempo, fuerza e ingenio en prepararlos. Sería mucho mejor descartar los pudines dulces, las confituras y las mermeladas, que causan fermentación en el estómago. Cuando los desterremos

de nuestras mesas, cuando tengamos estómagos más dulces, tendremos temperamentos más dulces, y estaremos mejor capacitados para vivir una vida cristiana.

Hay verdadero sentido común en la reforma sanitaria. No todos podemos comer lo mismo. Algunos alimentos que son sanos y apetitosos para una persona pueden ser perjudiciales y desagradables para otra. Algunos no pueden consumir leche, mientras que otros pueden subsistir con ella. Algunos pueden consumir judías y guisantes secos, mientras que otros los encuentran indigestos. Algunos, cuyos estómagos son sensibles, no pueden utilizar los tipos más gruesos de harina de graham. Es imposible establecer una regla invariable para regular los hábitos dietéticos de cada uno. No pensemos que somos reformadores de la salud sólo porque desayunamos papilla. Hay quien no puede comer papilla y tener un estómago sano.

Pero aunque recomendamos simplicidad en la dieta, que se entienda que no recomendamos una dieta escasa. Que haya un suministro abundante de frutas y verduras que estén en buenas condiciones. No deben consumirse frutas demasiado maduras ni verduras marchitas. Las verduras y la fruta no deben consumirse en la misma comida. En una comida, pan y fruta; en la siguiente, pan y verdura. De este modo podemos tener toda la variedad que necesitamos desear, y si debemos tomar pudines y natillas, que el pan y estos artículos formen la comida.

Para preservar la salud, debemos practicar la templanza en todas las cosas: templanza en el trabajo, templanza en el estudio, templanza en el comer y en el beber. Nuestro Padre celestial envió luz sobre la reforma de la salud para precavernos contra el mal que resulta de un apetito degradado. Quiere que sepamos usar con discreción las cosas buenas que nos ha proporcionado. Ejercitando la templanza en nuestra vida diaria, amando la pureza y la santidad, podemos santificarnos por medio de la verdad.

La intemperancia en el comer y beber, la intemperancia en el trabajo, la intemperancia en casi todo, existe en todas partes. Aquellos que hacen grandes esfuerzos para lograr tanto trabajo en un tiempo dado, y continúan trabajando cuando su juicio les dice que deben descansar, nunca son ganadores. Viven de prestado. Gastan una fuerza vital que necesitarán en el futuro. Cuando la energía que han utilizado tan imprudentemente es requerida, fallan por falta de ella. La fuerza física desaparece, y el poder mental no está disponible. Se dan cuenta de que han sufrido una pérdida. Su momento de necesidad ha llegado, y sus

recursos físicos se han agotado. Los que violan las leyes de la salud alguna vez tendrán que pagar el castigo. Dios nos ha dotado de fuerza constitucional, y si agotamos imprudentemente esta fuerza mediante una sobrecarga continua, nuestra utilidad disminuirá, y nuestras vidas terminarán prematuramente.

Sra. E. G. White

7 de octubre de 1897

"Confía en el Señor"

EGW

"En aquel día se cantará este cántico en la tierra de Judá: Tenemos una ciudad fuerte; salvación pondrá Dios por muros y baluartes. Abrid las puertas, para que entre la nación justa que guarda la verdad. Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera, porque en ti confía. Confiad en el Señor para siempre, porque en el Señor Jehová está la fuerza eterna."

Cada miembro de la familia de Dios tiene el privilegio de conocer su voluntad con respecto a su curso de acción. El Señor será buscado por todos los que quieran ser instruidos e iluminados por el Espíritu Santo. Él está dispuesto a estar en comunión con su pueblo. Él declara: "Porque así dice el alto y sublime que habita la eternidad, cuyo nombre es Santo: Yo habito en el lugar alto y santo, también con el que es de espíritu contrito y humilde, para reanimar el espíritu de los humildes y vivificar el corazón de los contritos. Porque no contendereé para siempre, ni me enojaré siempre; porque el espíritu ha de desfallecer delante de mí, y las almas que he hecho. Por la iniquidad de su codicia me enojé y lo herí; me escondí y me enojé, y él siguió perversamente el camino de su corazón. Yo he visto sus caminos, y lo sanaré; yo también lo guiaré, y le devolveré consuelo a él y a sus dolientes. Yo creo el fruto de los labios; paz, paz al que está lejos, y al que está cerca, dice el Señor; y lo sanaré. Pero los impíos son como el mar agitado, cuando no puede descansar, cuyas aguas arrojan cieno y lodo. No hay paz, dice mi Dios, para el impío".

Cada individuo debe buscar por medio de la oración ferviente conocer la Palabra de Dios por sí mismo, y luego ponerla en práctica. Sólo poniendo diariamente su confianza en Dios, y no en el brazo de la carne, obtendrá cualquier alma la experiencia esencial para responder a la oración de Cristo: "Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado."

"Venid a mí", es la invitación de Cristo. Con esto no quiere decir que vayamos a la ciudad vecina o a los confines de la tierra para saber qué camino seguir. Desea que confiemos en Él como nuestro Ayudador actual, como Aquel que gobernará todas las cosas para bien. "Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría", dice, "que la pida a Dios, que da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada. Pero que pida con fe, sin vacilar. Porque el que vacila es semejante a la ola del mar arrastrada por el viento y zarandeada".

"En quietud y confianza estará tu fortaleza". Esta es la lección dada a cada alma. La fuerza de cada alma está en Dios y no en el hombre. La quietud y la confianza han de ser la fortaleza de todos los que entregan su corazón a Dios. En todas nuestras preocupaciones temporales, en todos nuestros cuidados y ansiedades, necesitamos esperar en el Señor. "No pongáis vuestra confianza en príncipes ni en hijos de hombres", es la palabra que nos llega. El Señor ha unido nuestros corazones al suyo. Si lo amamos y somos aceptados en su servicio, llevaremos todas nuestras cargas al Señor y esperaremos en él. Entonces tendremos una experiencia individual, una convicción de su presencia y de su disposición a escuchar nuestra oración por sabiduría e instrucción, que nos dará seguridad y confianza en su disposición a socorrernos en la perplejidad.

Dios quiere que nos regocijemos y le alabemos cada día por el privilegio que nos conceden las palabras de Cristo: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga". Un Amigo y Padre bondadoso y amoroso está por encima de todas las cosas. Y si esto es verdad para los individuos y las naciones, cuánto más para su Iglesia, sus elegidos.

La iglesia está establecida, no sobre teorías de hombres, no sobre planes y formas largamente trazadas. Está edificada sobre la Roca Cristo Jesús, "y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella". Esta es la Roca sobre la que la Iglesia puede edificar con éxito. Es la presencia viva de Dios. Los más débiles pueden depender de ella. Los que se creen los más fuertes pueden llegar a ser los más débiles, a menos que dependan de Cristo, como su eficiencia, su valía. En la medida en que los miembros de la iglesia se alimenten por la fe de Cristo, y no de las opiniones, ideas y métodos de los hombres; si, convencidos de la cercanía de Dios en Cristo, ponen toda su confianza en él, tendrán una conexión vital con Cristo, como la rama tiene conexión con la cepa madre.

El Señor quiere que todos acudan a él como refugio. Quiere que acudan a él en busca de consejo e instrucción, de consuelo y esperanza, en todas sus angustias. A él puedes contarle todas tus penas. Nunca te dirá: "No puedo ayudarte". Para él todos tus problemas son dignos de consideración. Puedes contar con su ayuda en cualquier dificultad. Tú puedes, yo puedo, el más débil en todas las filas de los creyentes puede, confiar en un amoroso, compasivo, fiel Sumo Sacerdote, que se conmueve con los sentimientos de nuestras debilidades. Él nos mantiene a salvo del poder de Satanás aun cuando estamos llenos de perplejidades, desalientos y pruebas. Cada creyente debe seguir mirando a Jesús, el autor y consumidor de su fe. Todos los que hagan esto, trabajarán con calma y tranquilidad, como si tuvieran a la vista todo el universo celestial. No confiarán en la opinión que los hombres tengan de sus virtudes, sino que, sintiendo que recae sobre ellos una responsabilidad individual en las cosas temporales y eternas, pondrán su confianza en Dios.

"Entonces llamarás, y el Señor responderá; clamarás, y él dirá: Heme aquí. Si quitares de en medio de ti el yugo, el extender el dedo y el hablar vanidad; y si sacares tu alma al hambriento, y saciares al alma afligida, entonces nacerá tu luz en la oscuridad, y tus tinieblas serán como el mediodía; y Jehová te guiará continuamente, y saciará tu alma en la sequía, y engordará tus huesos; y serás como huerto regado, y como manantial de aguas, cuyas aguas nunca faltan." "Entonces brotará tu luz como la mañana, y tu salud brotará presto; y tu justicia irá delante de ti; la gloria del Señor será tu recompensa." "Entonces te deleitarás en el Señor; y te haré cabalgar sobre las alturas de la tierra, y te apacentaré con la heredad de Jacob tu padre, porque la boca del Señor lo ha dicho."

El Hermano Mayor de nuestra raza está junto al trono eterno. Él mira a cada alma que vuelve su rostro hacia él como su Salvador. Sabe por experiencia cuáles son las debilidades de la humanidad, cuáles son sus necesidades y dónde reside la fuerza de sus tentaciones. La debilidad de nuestra naturaleza humana no impedirá nuestro acceso al Padre celestial; porque Cristo fue tentado en todo según nuestra semejanza, "pero sin pecado."

Cristo no tiene un interés casual en nosotros. Su amor por nosotros es más fuerte que el de una madre por su hijo. Dice el profeta: "¿Acaso olvidará una mujer a su niño de pecho? ... sí, ellos pueden olvidar, pero yo no te olvidaré". Nuestro Salvador nos ha comprado mediante el sufrimiento y el dolor humanos. Sufrió el insulto, el reproche, el abuso, la burla, el rechazo y la muerte. Dios está cerca en el sacrificio expiatorio de Cristo, en su intercesión, su poder amoroso, tierno y gobernante sobre su iglesia. Sentado junto al trono eterno, observa a sus hijos

con intenso interés. Él vela por ti, tembloroso hijo de Dios. Él te asegurará bajo su protección. Sus promesas son: "Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado". "Espera en el Señor; ten ánimo, y él fortalecerá tu corazón; espera, digo, en el Señor". "Los que esperan en el Señor serán como el monte Sión, que no puede ser conmovido, sino que permanece para siempre".

Sra. E. G. White

<https://secabipministerio.wixsite.com/scbp>